



VIAJE POR LA AMÉRICA DEL SUR

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA»



VIAJE

POR

LA AMÉRICA DEL SUR

IMPRESIONES Y RECUERDOS

POR

D. Octavio Velasco del Real

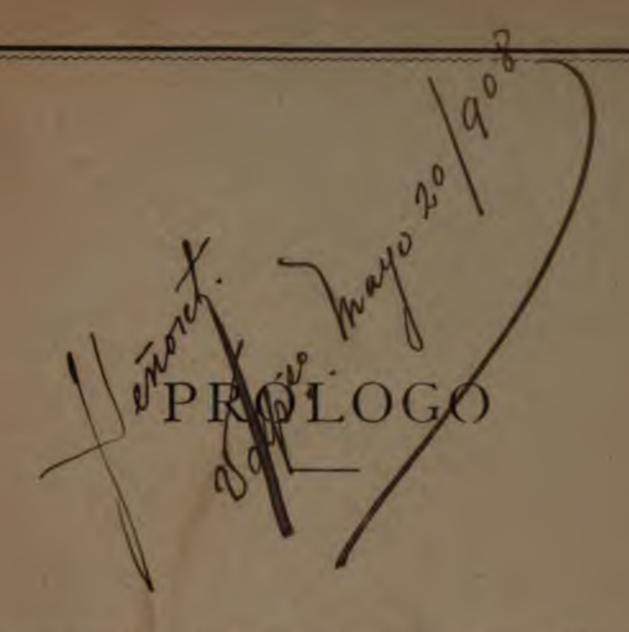
ILUSTRADO CON MAGNÍFICOS GRABADOS

BARCELONA

GRANDE ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS

PLAZA DE TETUÁN, NÚM. 50

1892



PRÓLOGO

Llamado por asuntos de familia á la capital del Perú, y deseoso siempre de conocer nuevos países (mi ambición más ardiente hubiera sido la de contarme entre los *globe-trotters)*, resolví hacer el viaje dando un gran rodeo, á cuyo efecto, en vez de cruzar el istmo, preferí llegarme á Lima pasando por el estrecho.

Parecióme que quizás podría prestar alguna utilidad á mis compatriotas dar á luz el fruto de mis observaciones, y de ahí que no anduviese remiso en tomar notas, á fin de presentar el cuadro más exacto posible de los Estados que recorrí, pero sin pretender por eso escribir, ni mucho menos, un manual de geografía, sino sencillamente ofrecer una colección de datos é impresiones, dando principal importancia á las costumbres.

He escrito estas páginas guiado por los más cariñosos sentimientos hacia nuestros hermanos de Ultramar, pero sin que eso suponga que deba verlo todo de color de rosa. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

O. V. del R.

Quito 20 de octubre de 1892.



PRIMERA PARTE

LA REPÚBLICA DEL PLATA

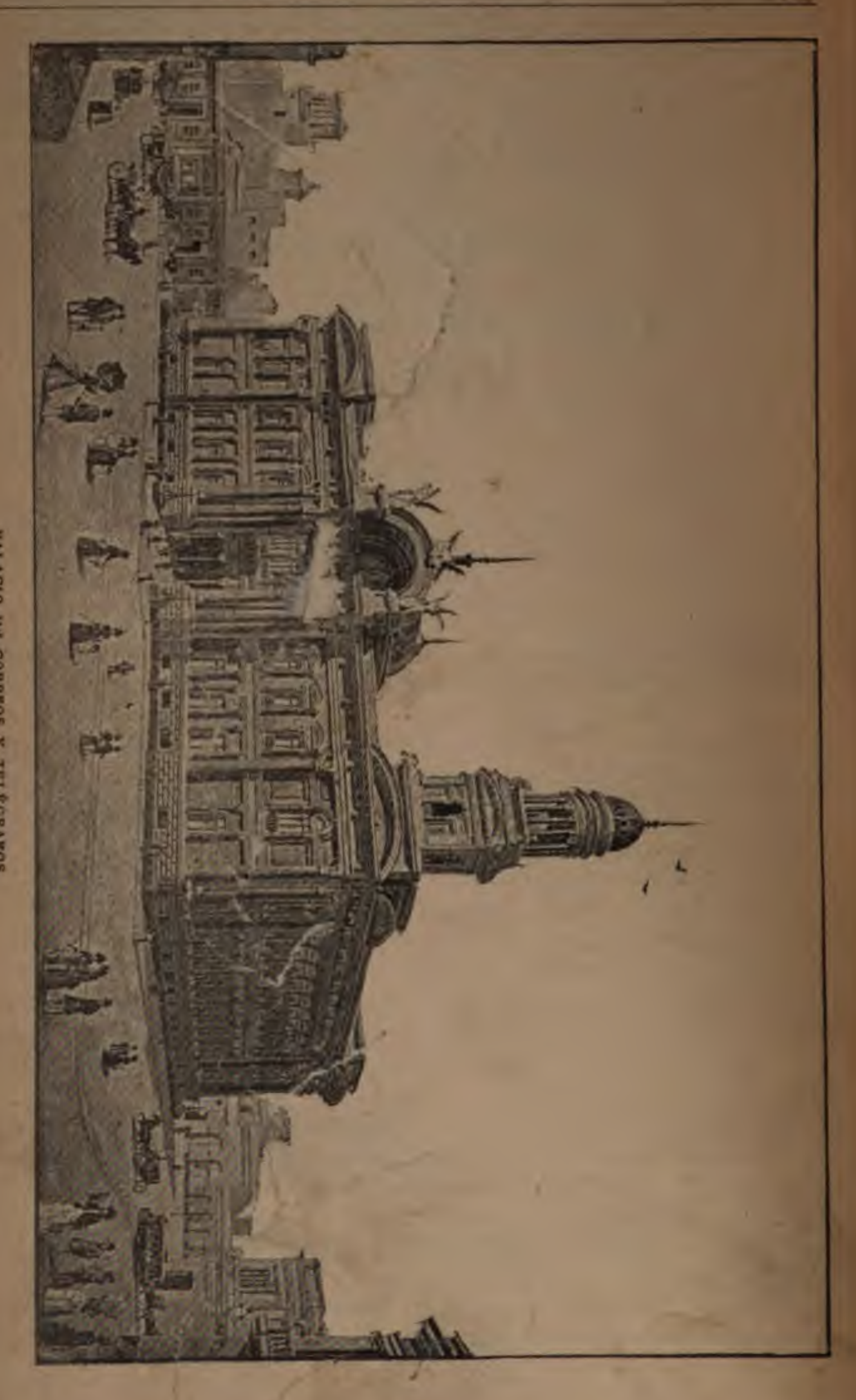
CAPITULO I

EL URUGUAY

Geografía del país.—Población.—Historia.—Organización política.—Principales poblaciones.—Riqueza.—Progresos materiales é intelectuales.—Costumbres

Conocía yo, hasta cierto punto, la simpática República del Uruguay por la magnífica instalación que hizo de sus productos y de sus progresos materiales é intelectuales cuando la célebre Exposición de 1889, en París, y recuerdo muy bien la impresión de asombro que me produjo el examen de los numerosos cuadros estadísticos que en libros y tablas proclamaban la maravillosa prosperidad del país al cabo de tantos años de intestinas luchas. Y resulta que, ya que no fuesen rigurosamente exactos todos los datos, la aproximación era lo suficientemente parecida para que deban estimarse como justas las apreciaciones de los más optimistas preconizadores de las excelentes condiciones económicas de la feliz República.

Es el Uruguay una de las más favorecidas regiones del globo, habiendo en cuenta su situación y su configuración geográficas. Ocupa en la zona templada de la América del Sur, á la izquierda del Plata (entre los 30° 5' y 35° latitud sur y entre los 45° y los 49° 30' longitud oeste, meridiano de Madrid) una faja de forma poligonal rodeada de agua por doquier, excepto en la parte central de la frontera brasileña. La superficie de este polígono se evalúa en 186,920 kilómetros cuadrados, y su perímetro en 1,600, de los cuales 940 están bañados por el mar ó por algún caudaloso río.



PALACIO DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

El Uruguay, llamado también la *Banda Oriental,* confina al N. y al E. con el Brasil, al SE. y al S. con el Atlántico, al SO. y al O. con el río de la Plata y el río Uruguay, que le separan de la República Argentina.

El territorio ofrece un aspecto encantador; de uno á otro extremo



PÓRTICO DEL PALACIO DEL GOBIERNO

va extendiéndose en ondulaciones, alternando las colinas y las montañas con los valles y llanuras, surcados por numerosos arroyos, ríos y lagos y cubiertos por la más hermosa vegetación, de tal manera, que bien puede asegurarse que en ciertos puntos es la Banda Oriental un vivo trasunto de Suiza.

El clima es suave y salubre, aunque húmedo. Las estaciones son, en rigor, nada más que dos, invierno y verano, no siendo preciso decir que empiezan y acaban precisamente al revés que en nuestro hemisferio. El

invierno empieza en julio, y el termómetro no suele bajar nunca más allá de 3° sobre cero. El verano empieza en enero, y es raro que la temperatura exceda de 36°.

La naturaleza se presenta en el Uruguay con caracteres nada exagerados, y sí muy regulares, como si no quisiera salirse del justo medio. La montaña, ó quizás estaría mejor dicho la colina, de mayor elevación, á saber, *Cuchilla Grande,* no se levanta á más de 500 metros sobre el nivel del mar.

Los ríos son numerosísimos, bastando decir que podrían citarse diez y siete verdaderamente importantes: los más caudalosos son el Plata, el Uruguay y el Río Negro. Los dos primeros son limítrofes; pero el último cruza por el centro del país.

El Uruguay, que desemboca en el Plata, es navegable para los vapores trasatlánticos hasta Paysandú; pero los buques de menor calado pueden llegar más al N. hasta Salto. Este río, que, sin embargo, no es de los más crecidos de la América del Sur, lleva un caudal de agua como el Ganges y vierte en el Plata 308,000 metros cúbicos de líquido por minuto. Sus orillas, ora aparecen cubiertas de majestuosa vegetación, ora están formadas por altos acantilados que estrechan su cauce, deslizándose entonces impetuosamente por las murallas de roca que le bordean.

El Río Negro nace en el Brasil y desemboca en el Uruguay, corriendo de NE. á O. en un trayecto de 463 kilómetros, de los cuales son navegables 80, para buques de escaso calado. La cuenca del Río Negro ocupa las tres cuartas partes de la extensión total del territorio, y extiéndense en sus orillas vastas extensiones de terreno llano.

Los demás ríos, que podríamos llamar de segundo orden, recorren cursos que varían de 150 á 245 kilómetros, y reciben el tributo de más de *1,500 afluentes.* Casi todos son navegables en el espacio de algunos kilómetros.

No hay que encarecer las ventajas de un país tan prodigiosamente dotado de regadío. La fertilidad de la Banda Oriental es admirable, en casi todas las provincias ó departamentos. Danse allí todas las producciones vegetales propias de los climas templados; pero la principal fuente de riqueza de la república es la ganadería. En este concepto, puede conceptuarse que el Uruguay es para los rebaños una tierra de promisión, sin rival en el mundo entero. En ninguna otra parte, en efecto, puede disfrutar el ganado de tanta agua, de tan ricos pastos, de tantos árboles, colinas y valles en que resguardarse de la intemperie ó refugiarse en casos de inundación.

Ni puede decirse que en el concepto minero no sea la Banda Oriental un país privilegiado, aunque no en tanta escala como Chile ó el Perú. Encuéntranse allí diamantes y oro, piedras preciosas y metales industriales de toda suerte; pero, por ahora, no hay que pensar en su ex-

plotación, á causa del poco desarrollo de las comunicaciones interiores y de la dificultad de los arrastres.

En globo, diremos que es el Uruguay un país eminentemente ganadero. La agricultura está localizada en los tres departamentos de Montevideo, Canelones y Colonia; la metalurgia en el de Minas. Los quince departamentos restantes se dedican casi exclusivamente á la industria pecuaria.

La población de la Banda Oriental se evalúa, según el último censo (1888), en 687,194 habitantes, de los cuales 214,682 están avecindados en la capital y su departamento: en la primera, las cuatro quintas partes de dicho número, y el resto en el otro. De dichos 214,682 habitantes, son hijos del país 114,578, y extranjeros el resto, ó sea 100,104.

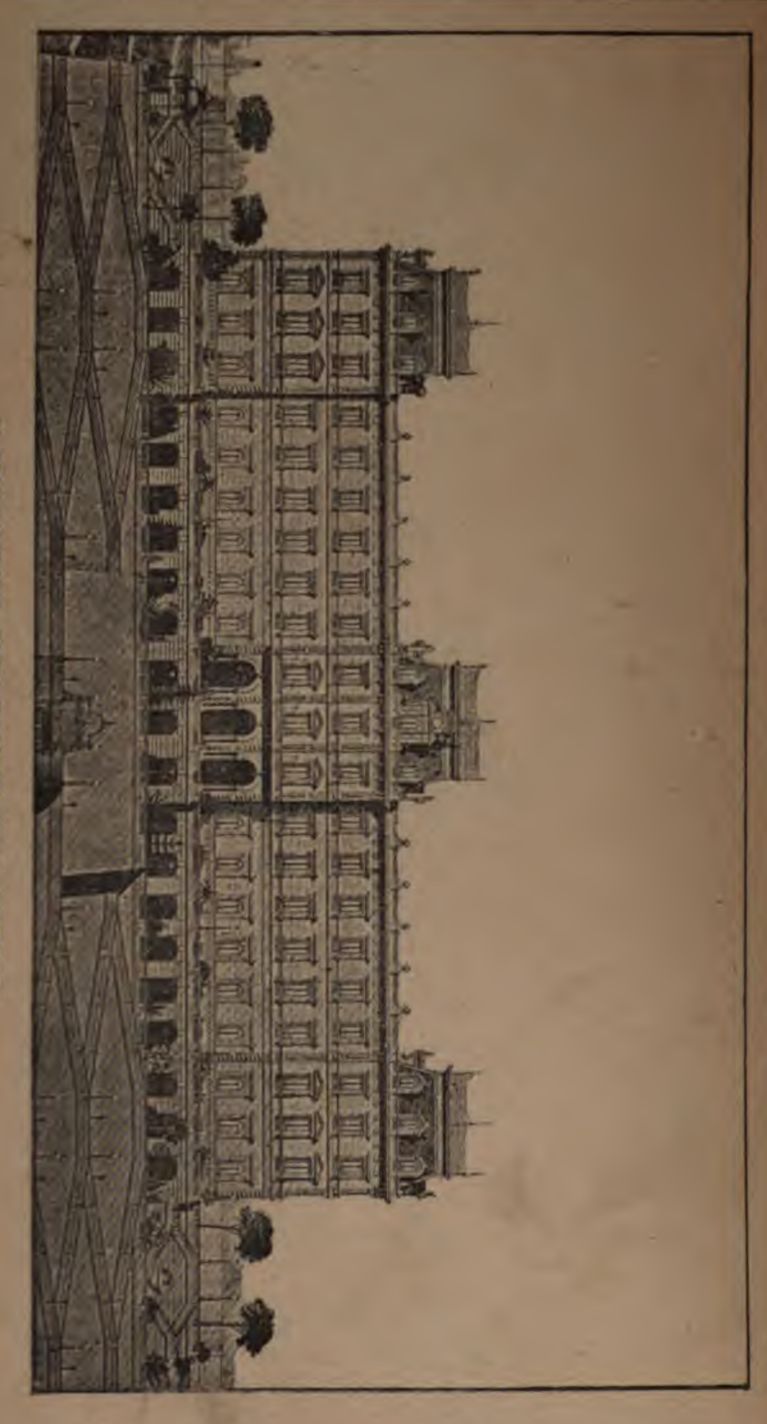
Ya se comprenderá, en vista de las anteriores cifras, que la densidad de población debe variar extremadamente según cada departamento, y, en efecto, mientras que en el de Montevideo es de 308'54 por kilómetro cuadrado, en el de Canelones es de 14'76, y en el de Artigas es de 0'55. Cualquiera puede figurarse la soledad que reinará allí.

La historia de Montevideo es muy interesante y abunda en rasgos de heroísmo. (Hablo de su historia moderna, pues no hay para qué traer á cuento que fué descubierta por Solís en 1515 y que un marinero dijo *Monte vi deo,* contracción de *de lejos,* de donde el nombre de la capital). Me referiré, pues, únicamente á los acontecimientos ocurridos en nuestra antigua colonia desde el tiempo de la emancipación.

Formaba parte la Banda Oriental del virreinato de Buenos Aires, creado en 1778, el cual comprendía, además, lo que es hoy República Argentina, el Paraguay, el Alto Perú (Bolivia) y nominalmente la Patagonia. Durante nuestras guerras con la Gran Bretaña, como aliados que éramos de Napoleón I, apoderáronse los ingleses de Montevideo; pero tuvieron que soltar la tajada poco después.

Sobreviene la guerra de la Independencia; el virreinato de Buenos Aires espera con ansia el momento de declararse emancipado de la metrópoli; estalla la revolución en Buenos Aires; es depuesto y embarcado el virrey, y constitúyese su gobierno el Ayuntamiento de la capital.

A pesar de la guerra que sosteníamos aquí con el coloso de Europa, la Regencia de Cádiz hace frente en cuanto puede al movimiento separatista del Plata: es nombrado virrey el general Elío (1811). Trata de apoderarse de Buenos Aires, es rechazado y se retira entonces á Montevideo, donde pensaba encontrar gran número de adictos á la dominación española. Viéndose apuradísimo, se le ocurre entonces á Elío pedir socorro á la corte de Río Janeiro, que no deseaba sino meter la pata en la Banda Oriental, y, en efecto, faltóle tiempo al Brasil para enviar un ejército al Uruguay. El *talentudo* Elío comprendió entonces la estupidez que había cometido; manifestó al rey de Portugal que podía retirar sus



EL GRAN BALNEARIO, FONDA Y RESTAURANT DE MONTEVIDEO

as; pero la corte de Río Janeiro se llamó andana, sin querer oir de el oído. Por fin, aunque de pésima gana, se retiraron.

Continuaba siempre Montevideo en poder de España, teniéndole si- o los generales Artigas y Rondeau, significado el primero por su ente amor á la uruguaya tierra, de la que quería hacer un Estado



UNA CALLE DE MONTEVIDEO

pendiente. Disgustóse Artigas y se fué, hasta que, por fin, cayó la a en poder de los *independientes*, acaudillados por el coronel argen- Alvear. Riñeron Alvear y Rondeau, y se aprovechó de aquellas nsiones Artigas, que se metió de rondón en Montevideo (1815), pro- nándose jefe de la Banda Oriental.

Los brasileros, que no quitaban el ojo del Uruguay, enviaron enton- un ejército á la Banda Oriental, y se apoderaron de todo (1816), ntras en la otra orilla continuaba la lucha entre nuestras tropas y

los argentinos. Estos recobraron de nuevo el territorio uruguayo; pero como andaban divididos en federalistas y unitarios, el obstinado Brasil volvió á la carga (1822) y se apoderó de nuevo de la Banda Oriental, que se anexionó con el título de *Provincia Cisplatina*. Estalló la guerra entre la Confederación Argentina y el Brasil, y, por fin, en 1828 reconocióse que la Banda Oriental formaría un Estado propio con el nombre de *República Cisplatina* ó *República Oriental del Uruguay*, siendo elegido presidente el general Rondeau.

Como es natural, *elaboróse* una Constitución para el nuevo Estado, la cual fué proclamada el 18 de julio de 1830, siendo sus líneas generales las siguientes:

1.° Un *Poder Ejecutivo*, ejercido por un presidente elegido por un cuatrienio; el presidente no es reelegible hasta haber transcurrido un plazo igual al de su ejercicio; está asistido por cuatro ministros: del Interior, del Exterior, de Hacienda y de Guerra y Marina.

2.° Un *Poder Legislativo*, ejercido por una *Legislatura* compuesta de dos Cámaras: el Senado, presidido por el vicepresidente de la República, y la Cámara de Representantes.

3.° Un *Poder Judicial*, compuesto de tres grados equivalentes á los de nuestra organización de los tribunales: juzgados, audiencias y tribunal supremo. Las causas criminales y los delitos de imprenta pasan al Jurado.

El Código Civil está calcado sobre el de Napoleón.

A pesar de su excelente Constitución, no se libró el Uruguay de la suerte de las demás repúblicas hispano americanas; es decir, que en breve ocurrieron trastornos y alborotos más ó menos graves, agregándose á las discordias civiles los feroces *razzias* que hacían los indios *charrúas*, empeñados en hacer una guerra de exterminio á los blancos.

Era presidente de la República en reemplazo de Rondeau el general D. Fructuoso Rivera. Salió éste contra los indios y los exterminó; pero cuando más satisfecho estaba de su expedición, héte ahí que se *pronuncia* en el campamento un tal Garzón, coronel de su oficio, el cual atáca á Rivera en su tienda, espanta á los ministros y *nombra* generalísimo al general Lavalleja. Rivera, sin embargo, consiguió sofocar el pronunciamiento, y no se mostró demasiado severo en la represión.

En 1835 fué elegido presidente el general Oribe (Manuel), quedándose Fructuoso Rivera de general en jefe; pero el nuevo presidente creyó que dicho cargo le vendría de perilla á su señor hermano D. Ignacio, y, sin más ni más, quitó á Rivera y nombró al susodicho. Rivera, como es de suponer, se enfadó. Como en Buenos Aires seguía empeñadísima la lucha entre unitarios y federales, había en Montevideo muchos emigrados del primer partido que habían puesto el río por en medio entre ellos y Rosas. Rivera, pues, se puso al frente de los unitarios argentinos, reforzados por las colonias francesa é italiana de Montevideo. El

presidente Oribe, viéndose con el agua al cuello, imploró entonces el socorro del terrible dictador de Buenos Aires; súplica que fué atendida al momento, pues el sueño dorado de Rosas era reunir la Banda Oriental á la Confederación Argentina. Envió, pues, tropas al Uruguay, y Rivera, que no contaba con gente bastante para hacer rostro á los oribe-rosistas, no tuvo más remedio que refugiarse en el Brasil (1837). Al año siguiente, á causa de la guerra declarada entre Francia y *Rosas,* fué una escuadra del entonces *vecino reino* á bloquear á Buenos Aires; salió Rivera del Brasil, invadió el Uruguay, entró en Montevideo y se hizo proclamar presidente, mientras Oribe escapaba á Buenos Aires.

Rosas le nombró al fugitivo presidente uruguayo brigadier, y Oribe correspondió á la confianza del gran federal derrotando á los unitarios argentinos, aliados de Rivera. Peleábanse que era una desventura la Confederación Argentina y el Uruguay. La escuadra de Rosas sostenía encarnizados combates con la uruguaya, mandada primeramente por Coes y después por el famoso Garibaldi, y lo peor es que llevaba la mejor parte, teniendo estrechamente bloqueado á Montevideo.

Interpusieron su mediación Francia é Inglaterra; pero fué en vano: ni los unitario riveristas ni los federo-oribistas querían oir hablar de conciliación. En 1842 desembarcaba Oribe en la costa del Uruguay, derrotaba á Rivera en Arroyo Grande y avanzaba sobre Montevideo, dejando en pos de sí un rastro de sangre y desolación, advirtiendo que su ejército se componía todo de argentinos, que le había proporcionado Rosas, *su modelo.* Tan *suave* era el proceder de Manuel Oribe, que sólo se le conocía con el nombre de *Cortacabezas.*

A la noticia de que se acercaba el brutal tirano, armáronse los vecinos de Montevideo, incluso las legiones italiana, francesa y vascongada, mandadas respectivamente por Garibaldi, el coronel Thibaut y el coronel Briz, todos los cuales se ilustraron admirablemente en la defensa. Entonces intervinieron las escuadras europeas (francesa é inglesa) y derrotaron á la de Rosas, consiguiéndose lo que se proponían, en realidad de verdad; á saber: la libre navegación por el Paraná, cerrado hasta entonces al tráfico extranjero (1845.)

Pero ni aun así cesó la guerra entre la Confederación Argentina y la República Oriental. Las tropas oribistas tenían bloqueado por tierra á Montevideo. Por fin, el general rosista Justo José de Urquiza, gaucho tan valiente como talentudo, cayó en la cuenta de que el tirano lo hacía rematadamente mal, y resolvió derribarle al intentar Rosas por cuarta ó quinta vez ser reelegido *gobernador de Buenos Aires.* Principió Urquiza por echar del Uruguay á Oribe (1851) y después completó el resto del programa.

Ya era hora de que la Banda Oriental pudiese reponerse de aquella larga lucha de nueve años; y, en efecto, apenas comenzó á gozarse de tranquilidad, el país adquirió una prosperidad asombrosa. Los gobiernos

se esforzaron en fomentar el florecimiento de la riqueza; y como el Brasil y la Confederación Argentina se acusaban mutuamente de querer apoderarse del Uruguay, éste concluyó con ambas potencias (1859) un tratado destinado á garantizar su independencia, así como su completa neutralidad en caso de sobrevenir cualquier día un conflicto entre aquellos dos poderosos Estados.

Restablecido el orden, procedióse á elecciones presidenciales, siendo elevado á la primera magistratura de la República el general D. Venancio Flores, jefe del partido *colorado* (equivalente á unitario ó *liberal*, de igual manera que el *blanco* equivale á *federal-autoritario)*, cuya administración fué bastante tranquila (1851-1855.)

Sucedióle á Flores el Sr. Pereira, *blanco;* y como algunos generales *colorados* conspirasen, los mandó prender y los fusiló, excediéndose de sobras en la represión.

Llegó la época de proceder á nuevas elecciones (1860), y el Sr. Pereira, padre amante, se forjó la dulce ilusión de poder ser reemplazado por su señor hijo; pero no contaba Pereira *senior* con la huéspeda, la cual se le apareció en forma de un respetable anciano llamado D. Bernardo Berro, ornamento del partido que estaba en candelero y antiguo lugarteniente de Oribe.

El Sr. Berro manifestó desde luego que no apelaría á los procedimientos de violenta represión de que había echado mano su antecesor; pero ni aun así logró tranquilizar á los *colorados*, que andaban emigrados en Buenos Aires y sólo esperaban una ocasión propicia para invadir el Uruguay. Sin embargo, por de pronto no hubo que lamentar ningún desorden, y la prosperidad de la Banda Oriental no sufrió interrupción. Lo que había era que Berro era un demócrata muy especial; pues en cuanto le parecía que alguno de sus ministros le podía hacer sombra se apresuraba á *dimitirlo*. En fin: el hombre fué tirando como pudo, pues no le faltaban quebraderos de cabeza, no sólo por las amenazas de los *colorados*, sino también por las continuas reclamaciones de Italia é Inglaterra, hasta que, perdiendo decididamente la cabeza, comenzó á repartir palos de ciego contra la prensa, los ciudadanos y cuanto le parecía tenía aspecto de querer derribarle del poder.

Así las cosas, sábese que acaba de desembarcar en el Uruguay (abril de 1863) el general Venancio Flores (el *colorado*), lanzando el grito de insurrección, y siendo lo peor que podía contarse con que la Argentina apoyaba á Flores. El desventurado Berro no daba pie con bola ni podía (digámoslo en su descargo). Todos le acusaban, todos le acriminaban; tachábanle los unos de sobrado provocador; los otros de harto débil; quién le echaba en cara que estaba vendido á Flores, quién le afeaba su soberbia, causa de todos los males. El hombre, hecha su cabeza un remolino, disuelve las Cámaras, que se le habían sublevado. Se encuentra con que en caja no hay un cuarto, con que no hay vestuario ni qué comer para

los soldados, y sólo pide á Dios le deje ver el término de su presidencia. Por fin, cesa á últimos de 1863 y es reemplazado por otro *blanco*, don Anastasio Aguirre.

Y sucedió que el Uruguay quedó por gala partido en dos: el Sr. Aguirre presidenciaba en la parte oriental; el general Flores en la occidental, apoyados respectivamente por la Argentina y el Brasil, pero con la mira, una y otro, de ver quién se quedaba con todo. Para colmo de males, salió el Brasil buscando tres pies al gato... de Aguirre, y declaró la guerra al Uruguay, negándose á aceptar el arbitraje que proponía el cuitado presidente de la Banda Oriental. Proceder alevoso, como se ve, pero que es el que suelen seguir siempre los fuertes con los débiles.

El partido *blanco* se dispuso á resistir heroicamente la agresión brasileña (1864). Montevideo, sobre todo, hizo prodigios de patriotismo, mientras lo cual Venancio Flores, á la cabeza de 6,000 soldados del emperador Dom Pedro II de Alcántara, entraba á saco en la uruguaya Paysandú. Como Aguirre no demostraba estar á la altura de la situación, fué depuesto. Proclamóse el Terror y fué elegido presidente el Sr. Villalba.

El nuevo presidente vió claramente que la cosa no tenía compostura. Montevideo estaba bloqueado por mar por trece buques de guerra brasileros y sitiada por tierra por 8,000 imperiales (enero de 1865). Apresuróse, pues, á capitular, dejando que los *colorados* gozasen del festín del presupuesto. El 21 de enero entregó Villalba las riendas del Gobierno á un lugarteniente de Flores, y el 23 hacía éste su solemne entrada en la capital, al mismo tiempo que se embarcaban Aguirre y toda la plana mayor del partido *blanco*. Hubo *Te Deum*, regocijos, etc.

Flores, con delicada modestia, se intituló sencillamente *Gobernador interino de la República*. Acto seguido constituyó ministerio y comenzó á dictar disposiciones: restablecimiento de las buenas relaciones con los gobiernos de Río Janeiro y Buenos Aires; reorganización de los Bancos; restitución á los jesuítas y demás órdenes religiosas de la facultad de abrir colegios, y por ende de volver á la república, de donde habían sido expulsados en tiempo de Pereira; entrada del Uruguay en la alianza del Brasil y la Argentina contra el Paraguay, cuyo presidente López era amigo de los *blancos;* una quinta de un hombre por cada diez para formar parte del ejército que debía partir contra la heroica república antes citada.

Púsose Flores al frente del contingente uruguayo que debía hacer la guerra á López, y dejó encargado el poder ejecutivo á su ministro del Interior Sr. Vidal, el cual demostró poseer condiciones de verdadero hombre de Estado, y á cuya memoria debemos estar agradecidos por haber sido partidario firmísimo de la neutralidad del Uruguay cuando nuestro malhadado conflicto con las repúblicas del Pacífico.

Volvió Flores á Montevideo después de haber llevado una paliza de aquellas de órdago que acostumbraba á administrar Solano López á la triple alianza antiparaguaya; no funcionaba muy bien la máquina gubernamental; pero Flores tomó á pechos la cosa y restableció el orden y la tranquilidad, empezando para el Uruguay una era de portentoso florecimiento. En un solo mes (1867) rindió la Aduana cerca de millón y medio de francos, cifra nunca conocida. Flores atendió á todo: edificó, legisló, fomentó, reformó, organizó. Sólo faltaba devolver sus derechos



UN RANCHO EN EL URUGUAY

políticos al país, privado de ellos desde la proclamación de Flores como gobernador interino de la República.

Flores, pues, se mostró *bon prince* y mandó celebrar elecciones á fines de 1867, las cuales se verificaron con el mayor orden, comprometiéndose, por su parte, el dictador á resignar sus poderes en las Cámaras. Desgraciadamente, no llegó á tiempo, pues fué asesinado al comenzar 1868. A la verdad, todo el bien que había hecho últimamente Flores no bastaba á que muchos depusiesen el odio mortal que le tenían, acusándole de haber vendido al Brasil la independencia del Uruguay y la entrada del Plata.

Fué reemplazado Flores por el honrado, pundonoroso y digno general D. Lorenzo Batlle, descendiente de catalanes y *colorado* resuelto. Insurreccionóse contra el respetable Sr. Batlle el partido *blanco*, y costó mucho reprimir la rebelión. Por fin, gracias al patriotismo de todos y á

la intervención de la Argentina, se llegó á una reconciliación, celebrándose con grandes festejos tan feliz resultado.

Llegó el período en que debía procederse á nuevas elecciones (1872) y se vió aparecer en escena un tercer partido, el *radical*, cuyo programa, eminentemente liberal, se separaba totalmente de los antiguos, *blanco* y *colorado*. Fué elegido para la primera magistratura de la República el doctor D. José Ellauri, cuya administración dejó los mejores recuerdos por las grandes mejoras realizadas. Desgraciadamente, fué arrojado del poder por una insurrección militar, siendo reemplazado por D. Pedro Varela (1875). Encontróse éste con un grande embrollo en la Hacienda y en los recursos del país, y, no queriendo comprometerse, presentó la dimisión. Reemplazóle con el título que había adoptado Flores de *Gobernador interino de la República* el coronel D. Lorenzo Latorre.

Vino luego la presidencia del general D. Máximo Santos, muy distintamente apreciada; pero, en cambio, merece muchos elogios la del general Máximo Tajes. Este excelente ciudadano creó un precedente notabilísimo en la tierra clásica de los presidentes mandilones, y fué que no quiso entrometerse en lo más mínimo en la elección de su sucesor; cosa rarísima en la América del Sur, donde, por lo general, el presidente en propiedad es el que *saca* al que lo ha de sustituir. Por primera vez, en 1890, vióse el Uruguay en plena libertad de elegir presidente á quien mejor le pareciese, alcanzando tan elevado honor el Sr. Herrera y Obes. Verdad es que, como no hay dicha cumplida, resultó, luego, al parecer, que el general Tajes había sido un gran derrochador.

Bien puede asegurarse que para el Uruguay ha terminado definitivamente la era de las revoluciones, reduciéndose hoy todo el empeño de sus gobernantes á procurar la difusión y elevación de la instrucción pública, favorecer las obras de utilidad general y abrir nuevas fuentes al desenvolvimiento del país mediante la construcción de puertos, vías férreas, etc., á lo cual, por triste que sea tener que reconocerlo, contribuyen en primer término los capitales ingleses.

Aparte de esto, el Uruguay es una *república representativa* de verdad, siendo de desear que, imitando sus presidentes la conducta del general Tajes, se limiten á desempeñar su cometido sin anular la soberanía popular, como con tan lamentable frecuencia sucede en otras partes.

La República Oriental no ha escapado á la fiebre de la especulación, que tantos estragos hizo en 1890 en la Argentina; pero, en fin, no fué de gran consideración precisamente por el santo horror con que miran los orientales el papel moneda. El general Lorenzo Batlle, estrechado en 1870 para que firmase el decreto ordenando la circulación forzosa, dijo que antes se cortaría la mano que decretar la ruina del pueblo. Ese instintivo desapego del Uruguay hacia los billetes y láminas le ha salvado de un *crack* como el de la república de la otra parte del Plata. En fin, ya se

va pasando; y así como en los primeros meses del año 1890 los empleados no veían sus pagas, hoy cobran todos á toca teja.

Y, ahora, basta ya de historia y de política, y digamos ya qué es lo que es Montevideo.

Montevideo es, pues, una de las ciudades mejor situadas del mundo,



UNA QUINTA EN "PASO DEL MOLINO"

y las ventajas que sacaría de su admirable situación geográfica serían muchas más si tuviera mejor puerto, ó si, más sencillamente, tuviese un buen puerto. Porque, por más que el Río de la Plata sea un *río* perfectamente seguro, como quieren decir muchos, la verdad es que la tal seguridad no reza cuando sopla el *pampero*. Y que sopla, no tiene duda. Por una parte, pues, falta abrigo contra el *pampero,* y, por otra, la profundidad de la bahía de Montevideo no pasa de *5 metros* donde más. Dícese que el fondo ha subido 5 pies en los últimos 70 años. La cosa se

arregla, sin embargo, de una manera bastante cómoda, y es que cuando sopla el *pampero,* cesa el tráfico, por ser imposible toda comunicación entre la costa y los buques anclados en el paso del Cerro, que es uno de los más peligrosos lugares del mundo.

La carga y descarga se efectúan por medio de barcazas y remolcadores, con lo cual podrá suponerse si saldrá carita la operación. Dase á veces el caso de que el coste del desembarque de mercancías en el puerto de Montevideo sea igual al precio de transporte de las mismas desde Liverpool, Hamburgo ó el Havre á la capital uruguaya.

Por supuesto que no faltan proyectos de puerto; pero todos cojean del mismo pie, esto es, que el coste resulta enorme y que, como es natural, se trata de expropiación de terrenos: cuestión muy peliaguda por la facilidad con que puede dar lugar á agios y especulaciones. De ahí que el puerto no se construya con grave detrimento de los uruguayos y de las naciones importadoras.

El desembarco en Montevideo no es cosa muy fácil ni muy cómoda, ya que no sea peligrosa. Los trasatlánticos, en efecto, anclan á tres kilómetros, lo que menos, de la costa. Cumplidas las formalidades de presentación de patentes, manifiestos, etc., el pasajero pasa á bordo de los vaporcitos que llevan al desembarcadero, deslizándose por en medio del sinnúmero de buques fondeados en los pasos.

La ciudad ofrece, vista desde el mar, un aspecto magnífico, grandioso. A la izquierda, y formando el promontorio occidental de la bahía, yérguese el *Montevideo,* ó sea el cerro de forma cónica que ha dado su nombre á la capital. Su elevación no es mucha, pues no excede de 137 metros sobre el nivel del mar, y en su cumbre se levanta un fuerte, que hace también las veces de vigía marítimo, de faro y de observatorio. Fué construído este castillo por el virrey Elío en 1808, después de la capitulación de los ingleses.

Al pie del cerro extiéndese la bahía, sembrada de embarcaciones de poco calado, y adelántase de su base el promontorio, que se ha comparado á una concha de tortuga, en que está emplazado el caserío antiguo.

A la derecha, vense los vastos docks de la Aduana, las torres de la catedral y las cúpulas y campanarios de las iglesias, cuyas siluetas, esbeltas y graciosas, prestan á Montevideo el aspecto de una ciudad del Oriente. La población se va elevando en forma de anfiteatro, hasta una altura de cien metros, dando perfecta idea de su real magnificencia.

En espera de un desembarcadero digno de la importancia de tan opulento emporio, hay que contentarse con un muelle hecho de estacas y tablones, al que se sube por una escalera mezquina, y, ya arriba, encuéntrase el viajero con una compañía de faquines ó mozos de cordel *(changadores)* en espera de faena. Todo se hace con el mayor orden y sin confusión, y hasta con una formalidad y buenos modales que ya quisiéramos ver en ciertos puertos de la península. Desgraciadamente, los

[illegible] no tienen nada que envidiar á los de otras partes. Este desembarcadero está situado á la derecha, al extremo de los docks de la Aduana.

El puerto de Montevideo es uno de los más concurridos del mundo, y gracias á la iniciativa privada, cuenta con algunos varaderos de inmejorables condiciones. El de Cibils, al pie del Cerro (construído en [illegible]), es de granito, mide [illegible] metros de longitud por 27 de anchura, y puede recibir buques de [illegible] metros de calado. Para mayor seguridad contra los vientos hay además un dique construído con bloques, también de granito, que mide [illegible] de longitud por [illegible] de anchura. Las máquinas son inmejorables, y es sin duda la mejor dársena de toda la América del Sur.

En estos últimos años el término medio del movimiento del puerto ha sido de [illegible] vapores y [illegible] veleros procedentes de puertos del Exterior, y [illegible] veleros y [illegible] vapores dedicados al cabotaje. El mayor número de vapores corresponde á Inglaterra, siguiendo luego Francia, Alemania, Italia, Brasil, Escandinavia, la Argentina, el Uruguay y Holanda. El mayor número de veleros corresponde á Escandinavia, siguiendo luego por orden decreciente Inglaterra, Italia, España, Alemania, Austria-Hungría, Dinamarca, América del Norte, Holanda, Brasil, Rusia, Portugal, y la Argentina. Obsérvese que no entró ningún vapor de los Estados Unidos.

El clima de Montevideo es bastante agradable, pues ni en invierno baja nunca el termómetro á cero, ni en verano suele exceder de [illegible]. Con todo, en invierno (de julio á enero) hay días en que se deja sentir un frío bastante vivo, habiendo necesidad de apelar á la *capa madrileña*. Dicen los hijos del país que el clima ha cambiado algo, siendo más frío que antes, y de ahí que en algunas casas se construyan chimeneas, cosa desconocida en otro tiempo.

[illegible] el emplazamiento de Montevideo sobre un suelo de granito, y en una península, hace que la ventilación sea perfectamente completa, y que no se acumulen detritus en el subsuelo, encargándose de [illegible] la lluvia, que cae con sobrada abundancia (de 70 á 80 días [illegible]).

Desde el primer momento se forma cargo el viajero de que se encuentra en una ciudad riquísima y amiga del lujo, alegre y culta, y con [illegible] de España. Quiero decir que, en vez de ofrecer las calles [illegible] de las calles de París, recuerdan mejor el aspecto de las [illegible] ciudades peninsulares, tan llenas de color.

La ciudad está trazada en forma de tablero de ajedrez, pero sin que [illegible] cansancio ó aburrimiento, pues como el suelo es [illegible] varía á cada instante. Las calles, anchas y rectas, [illegible] y desde las de la parte alta se ven constantemente las aguas del Plata. Todas están surcadas por tranvías, y el movimiento de

carruajes es extraordinario y ensordecedor. En cuanto á las líneas telegráficas y telefónicas, no tienen cuento, apareciendo por todas partes enmarañadas redes de hilos, que cruzan las calles ó las recorren paralelamente á los rieles.

Las casas son bajas, de techo plar o, bien construídas, distinguién-



MONTEVIDEO: PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN: CLUB URUGUAYO

dose por los vivos colores de las fachadas y la prodigalidad de su decoración, en piedra artificial ó estuco. Sin embargo, empiezan ya á construirse casas de dos y tres, y aun de cuatro pisos; pero ésas son excepciones, y el caserío, en general, consta de un solo piso, á la andaluza.

Abierta la puerta de la calle, vese en el fondo del zaguán una verja de hierro forjado, á través de la cual aparece un patio, y á veces dos. Las ventanas, provistas de persianas verdes, están enrejadas, y en las

fachadas abundan las balaustradas de mármol y las molduras de estuco sobre fondo de color salmón, lila, rosa ó amarillento.

El patio suele estar, por lo común, pavimentado de baldosas de mármol y adornado con flores y arbustos, y los corredores y otros aposentos lucen grandes zócalos revestidos de azulejos de colores. En cuanto á materiales de construcción, empléanse de preferencia el ladrillo y luego el hierro, la madera, el estuco, el mármol, la piedra artificial y los azulejos y mosaicos.

En la parte del NE. se han construído no ha muchos años dos magníficos barrios, debidos á la emprendedora iniciativa de nuestro compatriota el doctor D. Emilio Reus y Bahamonde, cuyo nombre llevan. Algunos critican que se haya empleado en la edificación una arquitectura exótica, pues verdaderamente parecen casas de Bruselas ó de Berlín; pero hay que hacerse cargo de que en América no se ha encontrado aún, como tampoco en Europa, ningún estilo nuevo. Resignémonos, pues, á ese arte *volapük*, que lo mismo se aplica á Berlín que á Madrid, á Barcelona que á Montevideo. En lo que sí no cabe regatear aplausos es en la rapidez con que se procedió á la construcción de los dos barrios Reus. Dejo aparte los abusos de especulación á que, según parece, dieron lugar estos nuevos barrios.

Los principales centros de Montevideo son las tres plazas de la Independencia, la Constitución y Cagancha.

La plaza de la Independencia es muy vasta, pues mide 221 metros de longitud por 232 de anchura, estando cruzada por una faja empedrada de 8 metros, á cuyos lados hay dispuestos numerosos bancos. La plaza está rodeada por espaciosos pórticos de estilo dórico, si bien no están terminados aún. Ocupa uno de los lados de este inmenso rectángulo el palacio del Gobierno, edificio de dos pisos, ni muy grande ni muy majestuoso, aunque sí muy típico.

Esta plaza comunica con la de Cagancha por la soberbia y hermosísima calle del 18 de Julio, bulevar espléndido de 26 metros de anchura, sombreado por frondosos plátanos y en cuyas suntuosas tiendas no cabe ostentar mayor riqueza. Dudo que haya en toda la América del Sur una vía tan majestuosa y rica como ésa.

La plaza Cagancha es de menores dimensiones y se honra con una estatua de la Libertad, en bronce, colocada en la cúspide de una esbelta columna de mármol blanco.

Empero, ni la plaza de la Independencia ni la Cagancha admiten comparación con la hermosísima plaza de la Constitución, orgullo de Montevideo y centro de la vida social, política y religiosa de la población. Ocupa uno de sus lados la catedral, edificio de estilo español, cuyas torres están cubiertas de azulejos. Ocupa otro el *Club Uruguayo*, soberbio palacio de mármol, reputado como uno de los más lujosos y opulentos casinos de la América del Sur. Consta de dos pisos: el principal

ofrece una galería con arcadas sostenidas por columnas, y el segundo adelanta hacia la fachada su magnífico intercolumnio corintio, rematado en suntuosa cornisa. El conjunto de la fachada denota desde luego verdadera riqueza; y cuando por la noche aparecen iluminados sus balcones por resplandecientes baterías de globos de gas y grandes candelabros de igual luz, el Club Uruguayo resulta una de las más hermosas mansiones que se pueda imaginar, viéndose claramente que se trata de un centro verdaderamente poderoso.

Otro lado de la plaza de la Constitución está ocupado por el *Cabildo,* donde celebra sus sesiones la *Representación Nacional.* Por fin, el cuarto lado pertenece á la propiedad privada, figurando entre los edificios, de carácter más ó menos monumental, un Casino Inglés que, según dicen, es muy *cosmopolita.*

En medio de la plaza de la Constitución levántase una soberbia fuente de mármol, de muy elegante aspecto y trabajadísima ejecución; digna en un todo de figurar en primer término en tan suntuoso lugar. La plaza está cruzada por caminos en diagonal, orillados de acacias, y sembrada de jardinillos, constituyendo un delicioso salón que en verano sirve de paseo á la buena sociedad de la capital. Esta plaza data ya del tiempo en que fué fundada la ciudad *de San Felipe,* como se llamó antes.

Las principales calles, además de la que ya he citado del 18 de Julio, son las del 25 de Mayo, de Sarandí, del Rincón y de las Cámaras, adornadas todas ellas con guirnaldas circulares y arcos transversales de globos de gas, diariamente encendidos. Muchas calles y todos los establecimientos importantes (que no son pocos) están iluminados por la luz eléctrica.

La gente es muy aficionada á pasear, y á puesta de sol llega á hacerse muy difícil el tránsito por las principales calles, cuando las tiendas echan el resto dejando admirar sus iluminados escaparates, atestados de valiosos géneros del extranjero, y más en especial de París y Londres. El viajero queda sorprendido, á la verdad, al encontrarse con tan magníficas joyerías, ebanisterías, sastrerías, quincallerías, tiendas de objetos de escritorio, almacenes de cuadros ó de pianos, librerías, etc., cuyos dueños saben exponer sus mercancías con verdadero *chic* parisiense. Ello es que, como cuestión de esplendidez y buen gusto, no tienen nada que envidiar las tiendas de las citadas calles á la de la *rue de la Paix* ó de los bulevares de París, ni á las celebradas de la calle de Fernando de Barcelona ni á las de la Carrera de San Jerónimo de Madrid. Llégase á asustar uno al ver tanta riqueza en los escaparates de las joyerías, deslumbrantes de pedrería; las joyas yacen colocadas en primorosos estuches ó arregladas con coquetona y provocativa gracia; pero, de todas maneras, el valor de lo expuesto es cuantiosísimo: en otras tiendas llévanse los ojos los *articles de Paris,* los chirimbolos japoneses ó los pro-

ductos de la industria alemana ó austriaca. Las tiendas de *confecciones*, lo mismo respecto á trajes que sombreros, lencería, etc., ofrecen igual sello de opulencia, teniendo que convenir el más escéptico en que Montevideo es una ciudad en que hay mucho, muchísimo dinero.

Y es indudable que se vende en grande, pues es costumbre muy arraigada aquí la de los *regalos*, que suponen, desgraciadamente, la debida correspondencia; de manera que es el cuento de nunca acabar.



MONTEVIDEO: PALACIO MUNICIPAL

Las librerías exponen en primer término novelas francesas, originales ó traducidas. Indudablemente, han adquirido aquí derecho de ciudadanía, como en nuestro bienaventurado país, los *romanciers* más populares, no digo los mejores. Pero no todo son novelas: abundan también las traducciones de obras científicas ó históricas. Justo es decir que la literatura española *contempordnea* tiene aquí muchos aficionados, aunque no sé si se puede decir lo mismo respecto de nuestros clásicos.

La prensa está dignamente representada por una docena de diarios que se da principal importancia á la política local, los negocios y la es-

tadística. En punto á *literatura,* suele echarse mano de traducciones francesas ó de algún artículo español; pero, en cambio, la sección de noticias es abundantísima, y no menos la de anuncios, No faltan tampoco revistas taurinas, escritas con suficiente gracejo.

Las calles se ven animadísimas, abundando las señoras bien vestidas, ó, á lo menos, vestidas *á la dernière* por las mejores modistas de París. Las uruguayas, con poquísimas excepciones, son preciosas; pero además de las orientales de origen hay no pocas mulatas y negras *(bianche vestite)* que no son de desdeñar. Abundan los ojos habladores, los dientes de marfil, las sonrisas picarescas, á cuyas perfecciones rinden tributo los sietemesinos que, formando doble fila en la calle de Sarandi, en la del 18 de Julio ó en la plaza de la Constitución, presencian el desfile de las bellezas de la capital. Eso en cuanto á las beldades pedestres, pues las de orden superior, cargadas de joyas y brillantes, no son menos vistosas cuando cruzan indolentemente reclinadas en sus carretelas tiradas por magníficos troncos europeos ó aparecen en sus palcos de Solís ó el Politeama.

Esos dos teatros son muy *chouettes,* como diría un parisiense, costando cuatro pesos la butaca. *Solís,* capaz para 2,000 personas, es un coliseo lindísimo, muy elegante y de bien proporcionadas líneas por fuera, y muy cómodo por dentro, aunque el decorado no sea muy lujoso. A estilo de los teatros americanos, tiene una *cazuela* destinada únicamente á las señoras. En el *Politeama,* menos bonito, suelen trabajar las compañías de *verso,* españolas ó extranjeras.

Hay además los teatros de San Felipe y Cibils, menos aristocráticos, y en los cuales suelen actuar compañías de zarzuela. Las compañías, así de ópera como de declamación ó de zarzuela, son siempre *transitorias,* abriendo abonos por corto número de funciones; pues, á lo que se ve, no podrían arraigarse aquí compañías *de temporada*.

En invierno, las noches se pasan bastante aburridamente, pues *non est ad omnibus adhire Solisum... aut Politeamam.* Así es que la gente se divierte á su manera paseando por las mejores calles, admirando los escaparates y retirándose cada mochuelo á su olivo al dar las diez.

Aunque no en gran número, existen en Montevideo muy notables monumentos públicos, debiendo añadirse á los que ya he citado el Palacio Municipal, admirable edificio neogótico, que hace honor al que lo proyectó. Es todo él de piedra artificial blanca, imitando á mármol, y produce inmejorable efecto. Góticos asimismo, ó Renacimiento, son algunos de los principales Bancos. El *Hotel Victoria,* contiguo á la bahía, es un magnífico edificio bien dibujado y proporcionado, constando de tres pisos y sotabanco, estilo Luis XV. El Palacio de Correos y Telégrafos, construído *ad hoc,* se distingue por su comodidad y elegancia. El *Hospital de la Caridad* es inmenso, aunque sin ninguna pretensión arquitectónica. Este hospital se sostiene, y enriquece, con el producto

de una lotería cuyos billetes divididos en *quintos* se vocean en Montevideo *inintermitentemente*, quiero decir de la mañana á la noche, y de la noche á la mañana, constituyendo una verdadera pesadilla. La Bolsa es también un palacio digno de una gran capital.

El *Cementerio Central* constituye una de las *great attractions* de la capital uruguaya, pasando por ser el más lujoso de toda la América del Sur. La verdad es que, si bien de menores dimensiones, se parece mu-



PALACIO DEL GOBIERNO

cho al Cementerio Antiguo de Barcelona, sólo que hay mucha más vegetación.

Otra cosa en que Montevideo se parece á Barcelona es en tener un San Gervasio ó Puchet, esto es, el *Paso del Molino*, distante tres cuartos de hora de la ciudad siguiendo por la bien cuidada carretera que bordea la bahía. El barrio está formado por hermosas quintas rodeadas de jardines, en las que veranean los príncipes del comercio uruguayo. Y lo mismo que se ve en San Gervasio, Sarriá, Vallcarca, etc., nótase en *Paso del Molino*, esto es, la fraternal compañía en que alternan el estilo pompeyano con el gótico, el renacimiento con el morisco, el alemán con el chino.

A cosa de un cuarto de legua de este barrio de millonarios hay el hermoso parque del *Prado*, atravesado por un río orillado de álamos y sauces. Sirve de avenida al Prado, desde Paso del Molino, un paseo de cuatro hileras de eucaliptos. El parque, en el que la vegetación adquiere un desenvolvimiento esplendidísimo, está adornado de fuentes rústicas, grutas, estatuas, surtidores, estanques y cuanto puede contribuir á amenizar un lugar destinado al público esparcimiento. Por desgracia,

el *Prado* suele estar casi constantemente desierto, á causa de la distancia que le separa de la capital.

Montevideo alcanza la plenitud de su animación en verano, cuando llega la época de los baños: entonces acuden á la capital uruguaya bañistas de todo el país, y no pocos de la misma República Argentina.

La gente se baña en las playas de *Pocitos* y *Ramírez*, á las que se va en tranvía, y en las cuales hay instaladas infinidad de casetas, además



MONTEVIDEO: HOTEL "VICTORIA"

de algunos restaurants y cafés. Entonces es cuando se celebran las carreras de caballos de Maronas, frecuentadas por un público cuya elegancia y buenas maneras dejaría asombrado al que no supiese ya cuán fina y culta es la buena sociedad de Montevideo, absolutamente nada inferior á los más aristocráticos *mondes* de la Vieja Europa. Es un deber de justicia reconocer que, á pesar de ser Montevideo un centro eminentemente comercial, donde se presta, ante todo, culto al negocio, las clases ricas han sabido conservar la antigua distinción española, sin caer en las groserías del *yankismo*.

Esta elegancia de maneras, juntamente con la belleza de las uruguayas, hace de Montevideo una de las más agradables ciudades que pueda

visitar un europeo, que ve, á orillas del Plata, reproducida la finura exquisita de las márgenes del Sena ó del Manzanares.

Por lo que yo he podido colegir, á pesar de haberse emancipado de España los uruguayos, han conservado muchas cosas de nuestro país, entre otras el apego á la vida de familia: quiero decir que no son muy aficionados á *rester chez soi* para recibir, ó á dar bailes ó banquetes. Cada uno en su casa, y Dios en la de todos. De vez en cuando el Club Uruguayo da un gran baile; pero nada más. Fuera de las cortas temporadas en que hay ópera ó da algunas representaciones alguna compañía dramática francesa, italiana ó española; fuera de las carreras de Maronas y fuera de alguna fiesta excepcional dada por algún ricacho, la gente acaudalada se ve y se trata poco; la clase media se deja ver en estío en el paseo de la plaza de la Constitución, y la clase proletaria hace vida retirada. Hay, pues, pocas relaciones sociales, y las manifestaciones de la elegancia colectiva tienen pocas ocasiones de manifestarse anualmente. Es la vida española provincial.

Visto Montevideo, poquísimo interés han de ofrecer las poblaciones subalternas. No he visitado ninguna, pero citaré lo que á este propósito escribe un viajero: "El paisaje—dice—es agradable en ciertas partes; hay á lo largo de las orillas del Uruguay estancias bien situadas; las cercanías de Río Negro, sobre todo, son curiosas y características de las regiones fértiles del territorio en que se entremezclan agua, bosque y praderas. Pero, en suma, fatígase pronto uno de mirar un cuadro que no se renueva nunca. De trecho en trecho, los vallados de postes reunidos por alambres están reemplazados por setos formados por piteras y cactus, y aun acá y acullá se han establecido separaciones por medio de eucaliptos, olmos y otros árboles. Los caminos por donde transitan largas procesiones de pesadas carretas arrastradas por bueyes encollerados son tan espantables como los de la República Argentina. Vagan por las praderas innumerables rebaños de ganados y caballos. Encuéntranse, á veces, dos ó tres campesinos vestidos con ponchos pardos que van á caballo, cazando animales, y de vez en cuando pásase por delante de los ranchos ó cabañas en que viven esos campesinos. Ciertamente que los ranchos de la República Argentina tienen miserable aspecto; pero, sin embargo, los he visto en el Uruguay más miserables aún, simples chozas de fango negro con un techo de paja de maíz, un suelo de tierra apisonada, una puerta y á veces una ventana. Las cabañas de los campesinos irlandeses pueden dar idea de los ranchos del Uruguay. Son, en ambos países, las mismas moradas incómodas, malsanas, frecuentadas por los reumatismos, menos habitables que las de los esquimales, construídas menos cuidadosamente que los nidos de los pájaros.

"En cuanto á las poblaciones, la más importante es, después de Montevideo, Paysandú, que en nada difiere de una docena de localidades ar-

gentinas parecidamente situadas. Salto está absolutamente desprovisto de interés. Florida no puede enorgullecerse sino de un monumento conmemorativo de la declaración de la independencia de la República, proclamada en esta ciudad el 25 de agosto de 1825. Santa Lucía, donde los habitantes de Montevideo van en gran número en verano, tiene lindos alrededores, una plaza pintoresca y una grande iglesia con columnas de estuco muy ornamentadas cuyos capiteles corintios sostienen un tímpano."

Sobre la vida de provincias, añade el expresado autor los siguientes



SANTA LUCÍA

interesantes pormenores: "Por regla general,—dice,—la ciudad de provincia consiste en el Uruguay en una vasta aglomeración de calles rectilíneas sin empedrar y de casas de estuco. No se observa en ellas ningún carácter especial; pero el aspecto es menos descuidado y menos sucio que en las ciudades similares de la República Argentina. La Banda Oriental y sus habitantes ofrecen más refinamiento y más aliciente que el país y las gentes de la república hermana, lo cual no impide que todo, en provincias, sea muy primitivo, y que muchos ricos estancieros lleven en sus dominios una existencia sin ninguna especie de bienestar. Esos propietarios poseen muchas leguas de terreno, donde viven como vivían los patriarcas de antaño: el mismo techo y la misma mesa bastan para toda su familia, compuesta de dos ó tres generaciones. Fácilmente se imaginará que esos estancieros tienen su puerta cerrada al progreso: ejercen la industria pastoral sin cambiar nunca nada en su manera de obrar; indolentes, apáticos, descansando en la naturaleza de casi to-

dos los cuidados y no saliendo de su sopor sino cuando se trata de vender ó de cobrar dinero. Por nada consentirían en subdividir sus tierras y arrendar parte de ellas. A ese espíritu conservador de los propietarios criollos es á lo que se debe, sobre todo, la responsabilidad de la situación atrasada del Uruguay: poseen dominios inmensos, á los cuales no dan ningún desarrollo. La ley relativa á las herencias y el fraccionamiento obligatorias de los bienes inmuebles entre los herederos modificarán, sin duda, en el porvenir, este estado de cosas; las grandes propiedades se fraccionarán poco á poco, y cada pequeño propietario hará valer su parte de terreno. Sin embargo, pasará tiempo antes de alcanzarse este resultado; y como, en el entretanto, el Estado no posee terrenos, no podrá ser rápido el aumento de la inmigración."

En efecto: la inmigración al Uruguay no tiene razón de ser y resulta una superfluidad, por más que el Gobierno, no sabemos por qué, haya pensado en favorecerla, imitando, hasta cierto punto, á la Argentina. El Gobierno de esta república, en efecto, posee, cuando menos, buenos ó malos, inmensos territorios por ocupar, como el Chaco, por ejemplo, donde el inmigrante tiene que luchar contra los mosquitos y las calenturas; pero en el Uruguay ¿qué se le puede ofrecer al inmigrante? ¿Quién va á emplearle en empresas de colonización, si toda la propiedad está en manos de particulares nada dispuestos á alterar la sosegada marcha de sus *estancias?* Hasta que el Estado no se haga dueño de terrenos que entregar á la explotación de los inmigrantes, todo intento en este sentido dará los más deplorables resultados.

El número de inmigrantes ha sido, de todas maneras, bastante escaso; pero ni aun así ha sido dable proporcionar ocupación á los que cayeron en la tentación de ir á buscar trabajo al Uruguay; de manera que todos los consulados europeos se han visto asediados por infelices compatriotas en demanda de reimpatriación. Las decepciones han sido muy amargas. Guárdense, pues, los españoles de creer que vayan á encontrar en el Uruguay (y quien dice aquí, dice en toda Hispano-América) lo que no tienen en nuestra patria. Dado el carácter estadizo de los grandes propietarios territoriales, aquí no hay porvenir para los labradores, á pesar de la excelente calidad de la tierra, de lo delicioso del clima y de las facilidades de la navegación: sólo es permitido ensayar una emigración corta y lenta. Sepa el emigrante que si algo ha de conseguir habrá de ser en lucha con las trabas del Gobierno y con el espíritu archiconservador de los estancieros.

Hecha esta advertencia, que en nada afecta á la masa de la población uruguaya, continuemos en la enumeración de las riquezas con que cuenta la República.

La principal industria del Uruguay es la ganadería. El número de reses declaradas, en 1887 (según el *Anuario Estadístico* de 1889), era el siguiente:

Bueyes	6.119,482
Carneros	15.905,441
Caballos	408,452

Es decir, más de 22 millones de cabezas de ganado, que representan la proporción de 120'13 cabezas por kilómetro cuadrado, y de 34'64 cabezas por habitante.

Por término medio, estímase un buey en 60 francos, un caballo en 30, un carnero en 4 y un cerdo en 30.

La agricultura está algo desarrollada en los departamentos de Montevideo, Canelones y Colonia, y muy poco, ó casi nada, en las provincias del interior. Aparte de lo cual, hay que advertir que el país produce más cereales de los que necesita para su consumo, hasta el punto de haberse exportado en 1887 por más de 4 millones de francos de los mismos.

Y ahora menester es decir, para intranquilidad de nuestros compatriotas, que en el Uruguay se están haciendo muy formales tentativas para producir vino, y se produce ya, dando las pruebas unos resultados tan satisfactorios, que es un desconsuelo para nuestro país. En fin, *qui vivra verra;* pero me parece que dentro de no muy largos años habrá que borrar el Uruguay de la lista de nuestros mejores mercados, como es al presente la Banda Oriental.

Dependiente de la industria ganadera es la de los *saladeros*, ó sea los establecimientos en que son sacrificadas, desolladas, descarnadas y puestas en salazón las reses. Los mayores saladeros existen en Montevideo (al pie del Cerro), y siguen luego por orden de importancia los de Fray Ventos, de Paysandú (famosos por sus lenguas de buey en conserva) y del Salto. El saladero de Fray Ventos es celebérrimo en el universo mundo por prepararse allí el ponderado *Extracto de carne Liebig*. Para dar idea de su importancia baste decir que hay ocupados en él mismo 600 operarios, y que el número de reses sacrificadas diariamente, durante el verano, no baja de *mil*.

Excusado es decir que en todos los saladeros, sin excepción, no se puede resistir el enorme mosqueo, que se extiende luego por todas partes, con la consiguiente incomodidad. Digno de citarse es también el saladero de Cibils, en la capital, donde se elaboran los polvos para el *caldo* de dicho nombre. Por supuesto, que no es muy de recomendar á ninguna persona de estómago delicado la visita de esos grandes *assommoirs,* á pesar de la riqueza que suponen. La carne, cortada en largas lonjas, salada y puesta á secar al sol, se convierte en *charqui* ó en *tasajo,* en cuya forma es exportada á Cuba ó al Brasil, acondicionada en sacos *ad hoc.* Y recomiendo á los que vayan á bordo de los buques (generalmente de vela), en que se exportan el tasajo ó el charqui, que tengan mucho cuidado al andar, pues el suelo, con la grasa, se pone tan resbaladizo, que al menor descuido mide uno el suelo de la cubierta á costa de sus costi-

llas. Parece ser que en estos últimos años se hacen ya menos pedidos de tasajo, coincidiendo quizá con la abolición de la esclavitud en Cuba, en vista de lo cual los grandes ganaderos abrigan la idea de exportar ganado vivo ó carne congelada á Europa. De todas maneras, no bajan de 800,000 las cabezas de ganado que se sacrifican anualmente en los saladeros del Uruguay.

Además de reses vivas, tasajos, charquis y polvos de carne seca, expórtanse como *productos de ganadería* lana, pelo, huesos, cueros, sebo, etcétera, renglones de primera importancia en el comercio de los Orientales.

Vamos ahora á dar una ligera idea de la riqueza de la república, ateniéndonos á los datos estadísticos oficiales de 1887, únicos de que he podido disponer, pero que no deben diferenciarse mucho de la realidad actual.

El valor de los bienes inmuebles evaluábase en dicho año á 272.529,674 duros (oro), estando en posesión de los mismos 54,761 propietarios.

Descomponiendo su total, aparece que el 51'32 por 100 de propietarios eran extranjeros, por el orden siguiente, en cuanto al número: italianos, españoles, brasileros, franceses, argentinos, ingleses, alemanes, suizos y portugueses.

Fijándonos en la cuantía de los bienes, el orden es el siguiente: brasileros, españoles, italianos, franceses, ingleses, argentinos, alemanes y portugueses. En las provincias, los propietarios más numerosos son argentinos. En cuanto á la propiedad uruguaya, está representada por el 48'66 por 100 de dicha cifra de 54,761.

El producto de aduanas es el ingreso principal de la Hacienda uruguaya, elevándose á 46.500,000 francos. El presupuesto total es de 70 millones, también de francos. La contribución territorial produce 6 millones, y el resto procede de los sellos de correo, patentes, licencias, timbre, etc.

El Uruguay no es librecambista, ni mucho menos: atestíguanlo sus grandes ingresos aduaneros, y, como es natural, los fuertes derechos con que se gravan las importaciones son causa de que la vida resulte bastante cara. Toda mercancía extranjera importada para el consumo paga en derecho *ad valorem* el 31 por 100; el chocolate, las velas esteáricas y ciertos comestibles pagan el 44; los sombreros, los trajes, el calzado, los muebles, los carruajes, pagan el 48; las armas, la pólvora, el jamón, la carne, la manteca, el queso, el 51 por 100. De donde resulta que, aunque los salarios sean en apariencia algo crecidos, en último resultado no bastan, por regla general, para atender á todas las necesidades, como no se trate de muy gordos sueldos.

La instrucción pública adquiere notable desenvolvimiento. Cuenta la República Oriental con una Universidad, en Montevideo, á la que con-

curren unos 600 alumnos, con un personal de 60 catedráticos. Las escuelas públicas son en número de 280, correspondiendo 60 de ellas á la provincia de Montevideo. En 1888 concurrían á estas escuelas 18,000 niños y 15,000 niñas. El personal docente se componía de 230 maestros y 470 maestras.

Al lado de dichas 280 escuelas públicas hay más de 400 privadas, á las que asisten 21,000 niños y niñas. De entre las citadas escuelas, corresponden 250 á la provincia de Montevideo. En esta ciudad hay, ade



AGUADOR DE MONTEVIDEO

más, una magnífica Escuela de Artes y Oficios, instalada en un hermoso edificio *ex professo,* cerca de la plaza de Ramírez. El profesorado consta de 36 catedráticos y 24 peritos, y hay matriculados 200 alumnos. Citemos, finalmente, la *Escuela Militar,* con 60 alumnos.

El ejército uruguayo se parece, relativamente, al nuestro en el grande número de generales y oficiales con que cuenta. Compónese de 4 batallones de infantería, 4 regimientos de caballería y uno de artillería, formando un total de 3,264 soldados, mandados por 197 oficiales y 21 generales, sin contar los que están de cuartel. Este ejército presta excelentes servicios, pues, excepto las tropas que custodian la frontera y las que prestan guarnición en Montevideo, hace las veces de guardia rural y de policía urbana. El uniforme es parecido al de los soldados franceses. Los soldados son, en su mayoría, negros ó indios.

La marina de guerra consta de tres cañoneros y de muchos vapor-

citos. El personal se compone de 10 jefes, 12 oficiales, 43 maquinistas y fogoneros y 119 marineros.

El presupuesto de la República para el año económico de 1890-1891 era como sigue:

Ingresos	16.143,000	duros
Gastos	16.081,247	»

Como se ve, resulta un *superabit* de más de 60,000 duros.

La hacienda uruguaya debió resentirse necesariamente del tremendo cataclismo de la Argentina, dadas las estrechas relaciones entre las dos repúblicas; pero, afortunadamente, la crisis no ha revestido, ni de cien leguas, las proporciones que en la otra orilla del Plata.

La Banda Oriental dista mucho todavía de contar con las vías de comunicación que le son indispensables para la facilidad de la exportación de sus productos: en vez de la locomotora, ocupa todavía el primer lugar la *diligencia*. Es de esperar, sin embargo, que en breve quede completada la red ferroviaria, y entonces se verá como se explotan muchas minas de oro, cuyo laboreo es actualmente imposible por su incomunicación, y como se establecen grandes empresas industriales y agrícolas.

Casi todos los ferrocarriles del Uruguay pertenecen á compañías inglesas. La compañía principal es la del *Uruguay Central*, con tres líneas que se extienden, divirgiendo como una pata de ganso, á través de todo el territorio. Una de esas tres líneas parte de Montevideo, pasa por La Paz, Piedras, Canelones, Santa Lucía, Florida, Durazno, cruza el Ji por un puente de 17 metros de altura por 670 de longitud y prosigue hasta Paso de los Toros (273 kilómetros), donde empalma con la otra línea del *Uruguay Central*, que va á Paysandú y á Salto (318 kilómetros). Desde Paso de los Toros parte un ramal que llega á la otra parte de Río Negro, el cual atraviesa por un magnífico puente de 9 pilares, con viaductos de aproche á uno y otro lado, sostenidos por 11 pilas.

En Salto hay la estación término del *Ferrocarril del Noroeste*, que va á Santa Rosa y Cuareim (180 kilómetros), en combinación con la línea del Mediodía del Brasil, entre Cuareim, Uruguayana é Itaqui. Esta línea del Noroeste es de grandísima utilidad para el comercio del Uruguay con el Brasil, pues el río Uruguay, desde Salto al Brasil, ofrece rápidos y cataratas que se oponen á la navegación, supliendo así dicha vía férrea los inconvenientes opuestos al tráfico fluvial.

El *Ferrocarril del Noreste* va de Montevideo á Minas (122 kilómetros), con trece estaciones situadas en comarcas ricas en productos agrícolas y canteras de mármol y piedra de construcción. Desde la estación de Toledo, poco distante de Montevideo, parte una línea de 300 kilómetros hacia Nico Pérez y Artigas.

Desde la orilla N. de Río Negro, donde muere el *Uruguay Central*, según queda dicho, parte ahora otra línea hasta Rivera, en la frontera del Brasil (300 kilómetros), y se construirá otra línea de 70 kilómetros para enlazar en Cacequi con la de Portalegre á Uruguayana (brasilera). "Este sistema de ferrocarriles,—dice un autor,—pondrá la provincia de Río Grande do Sul en comunicación directa con Montevideo, que se convertirá en el puerto natural de aquella rica parte del Brasil, en lugar de Porto Alegre, que prácticamente no tiene ninguna utilidad, puesto que la entrada del puerto está en ciertas épocas bloqueada por las arenas y es impracticable durante meses enteros. Pero ya desde ahora es Montevideo, en rigor, el verdadero puerto de Río Grande, á causa de los numerosos contrabandistas, que transportan mercancías europeas del Uruguay. Si se tienen en cuenta, por una parte, los importantes negocios existentes entre la República del Uruguay y la provincia brasilera contigua, y de otra las comunicaciones que parecen deber ser, á corto plazo, más íntimas y más fáciles, gracias á la extensión de las líneas férreas, es permitido suponer que los dos países llegarán á una unión tanto más probable, en cuanto los intereses y las simpatías de sus habitantes tienden á este objeto; y no hay que olvidar, en efecto, que, si los habitantes de la provincia de Río Grande do Sul son portugueses, no por eso deja de existir entre ellos y los uruguayos una afinidad más real que con los brasileros de las regiones tropicales. El número de brasileros que son propietarios de fincas rústicas en el Uruguay es un factor que no hay que desconocer, y la ventaja que habría en fortalecer el Uruguay y establecer una *República-tope* entre la República Argentina y la República de los Estados Unidos del Brasil no debe, quizás, dejar de ser tenida en cuenta por los diplomáticos de ambos hemisferios" (1).

Todos los ferrocarriles del Uruguay (¡ingleses!) están garantizados por el Gobierno de la República, excepto el Uruguay Central y alguna otra línea. Quizás, á juicio de un inglés ó de un francés, el material móvil y la organización no podrán citarse aún como acabados modelos; pero todo se andará, y, como decía el otro, por ahí se empieza, que, si vamos á juzgar por el material de los ferrocarriles españoles, lo mejor será cosernos la boca.

Las dos estaciones del Uruguay Central y del Nordeste en Montevi-

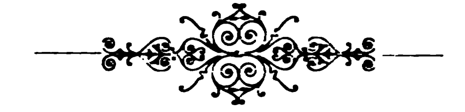
(1) Los acontecimientos que se desarrollan actualmente en el Brasil parecen confirmar las predicciones del autor citado por el Sr. Velasco del Real. Lo mismo si se consolida la forma republicana que si se consigue la restauración imperial, es probable que el Brasil sufra una profunda alteración, y no tendría nada de extraño que la siempre republicana provincia de Río Grande del Sur se fusionara con el Uruguay, formando un nuevo y floreciente Estado, cuya razón de ser estaría más que justificada, ya que no por la identidad de idioma, por la comunidad de intereses.

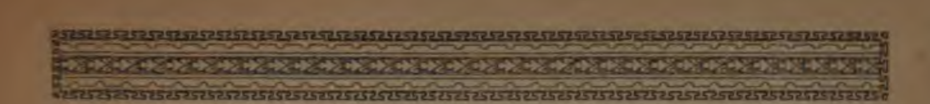
(Nota de la D. de la I. I.)

deo son simples cobertizos; pero en breve la primera compañía va á levantar un edificio que costará más de 650,000 duros (oro), de estilo Renacimiento. Los coches y vagones de mercancías son de sistema norteamericano; pero la mayor parte han sido construídos en el país.

Lo que no deja de ser particular es que los maquinistas, fogoneros, guardaagujas, etc., no sean ingleses, sino austriacos, españoles ó italianos: inglés, ninguno. El fenómeno se debe, al parecer, á la poca confianza que inspiran los rubicundos hijos de la nebulosa Albión, á causa de su desenfrenado amor á la *caña*. Por igual motivo no se ve ningún *englishman* á bordo de los vapores de la *Compañía Platense,* ni como marinero, ni como fogonero, ni como maquinista. Ingenieros, cuanto se quiera; pero en materia de confiarles ninguna maniobra, *nequaquam*.

Tal es la República del Uruguay, una de las que menos se han apartado de la tradición española; una de las más prósperas de Sud-América; una de las más hospitalarias y simpáticas al viajero que llega allí desde nuestra patria. Sirvan las anteriores páginas como de tosco resumen de su modo de ser, y perdónese al autor cualquiera frase que haya podido molestar á los hijos del progresivo y siempre querido Uruguay.





CAPITULO II

La República Argentina.— Buenos Aires.—Monumentos.—Movimiento industrial y comercial.—Desenvolvimiento intelectual.—Estado político

Las comunicaciones entre Montevideo y Buenos Aires son incesantes, pues no solamente cruzan de continuo el Plata los grandes trasatlánticos que, con destino á la capital argentina, hacen escala en la capital uruguaya, sino que hay también un servicio de vapores fluvial, los cuales tienen la ventaja de que fondean en los mismos docks, evitándose así el pasajero la molestia y el gasto de tener que desembarcar en guadaños ó lanchas.

Esos vapores, propiedad de *La Platense,* son de ruedas; calan poco, y su forma es parecida á la de una canoa; hacen la travesía entre Montevideo y Buenos Aires, y suben hasta el Paraná, el Paraguay y el Uruguay, ríos todos ellos cuajados de bancos de arena, por lo cual es sumamente conveniente su disposición. Las cámaras y camarotes son lujosos hasta el exceso; tienen todos luz eléctrica; y en cuanto al servicio, puede pasar, relativamente.

El trayecto entre Montevideo y Buenos Aires es de 120 millas; sálese á las cinco y á las siete de la tarde, y llégase á su destino á la mañanita siguiente. La travesía, hecha de noche, en nada se diferencia de un viaje por mar. El Plata, en efecto, tiene 40 leguas de anchura en su desembocadura, y 8 leguas entre los dos citados puertos. No se tarda, pues, mucho en perder de vista la tierra, no viéndose sino el cielo arriba, y abajo el agua oscura, arrastrando troncos de árboles y grandes entretejimientos de yerbas. A veces es tanta la cantidad de éstas, que parece el Plata como sembrado de praderas flotantes, ó *camalotes,* como dicen los naturales.

Llegado el vapor, antes de la salida del sol, á la *Dársena meridional*, salta en tierra el viajero, toma un birlocho, y llega al cabo de media hora al mismo riñón de la capital argentina.

Como las fondas no suelen ser ningún modelo de *comfort*, lo mejor es hospedarse en alguna *casa amueblada* é ir á comer al restaurant ó al café, habiéndolos muchos y buenos en el barrio del Comercio. Descuellan entre todos el *Aue Keller*, de estilo neogótico alemán á guisa del famoso *Rathhauskeller* de Berlín; el indispensable *Café de París*, el *Criterion*, etc. A la verdad, puede asegurarse que, en punto á restaurants, no tiene nada que envidiar Buenos Aires á las más adelantadas capitales de Europa. La concurrencia suele ser casi toda hombruna y extranjera, prefiriendo los hijos del país alojarse en las fondas.

Lo primero que sorprende al recién llegado es ver cuán estrechas son las calles y bajas las casas. Las primeras no suelen tener más de 13 metros de anchura, y las casas constan, en su mayoría, de un solo piso. En cambio, por mucho que haya abultado en su imaginación la idea del tráfico rodado y pedestre, verá que la realidad excede á cuanto pudiera presumir. No se ha visto pueblo más atrafagado, más cruzado de tranvías, carros, carruajes y carretones, resonando de continuo los cuernos de los conductores y cocheros. El empedrado es de granito, pero lleno de baches, que dan lugar á un traqueteo muy desagradable, especialmente si uno va en coche.

Los vehículos de los tranvías pertenecen á la clase de lo que llamamos en España *jardineras*, pero con la novedad de que las banquetas son de báscula. El tiro lo forman un par de caballejos del país. Ni conductores ni cocheros van uniformados. Hay seis compañías de tranvías, con 199,378 kilómetros de rieles, 342 coches y 6,000 caballos.

Con lo dicho se comprenderá que las calles quedan obstruídas con frecuencia con tanto *maremagnum*. Nada más frecuente que ver detenida una larga hilera de jardineras, carretones y birlochos, hasta que, por fin, al cabo de media hora quizás, restablécese la circulación rodada. En cuanto á la pedestre, no es tampoco muy cómoda por la estrechez de las aceras.

Lleva Buenos Aires en su traza el sello de nuestras antiguas ciudades americanas, es decir, que está dividida en *cuadras* de dimensiones uniformes, á tenor de lo ordenado por las Leyes de Indias. Cada cuadra mide 140 metros de lado; de manera que ocupa una superficie de unas dos hectáreas. Buenos Aires, en total, cubre así una extensión de 18,000 hectáreas. Las calles longitudinales están orientadas de E. á O., teniendo su punto de partida en el río, y las transversales de N. á S.

La ciudad está dividida longitudinalmente por la anchurosa calle de Rivadavia, que termina en el arrabal de Almagro. Al llegar á esta calle, cambian de nombre las calles transversales, como sucede, por ejemplo, en las calles que desembocan en la Rambla de Barcelona, y no

sucede en las que desembocan en el Paseo de Gracia ó la Gran Vía.

El sistema de numeración es ingenioso: las fachadas de cada cuadra, á derecha é izquierda, contienen 100 números, 50 pares y 50 impares. La primera cuadra contendrá, pues, del 1 al 100; la segunda, del 101 al 200; la tercera, del 201 al 300, etc. Así, con decir calle Florida, n.° 2,094, ya se sabe que la casa estará situada en la cuadra 21.ª Considérese ahora cuánta ha de ser la monotonía de esas calles, parecidas en su generalidad á las de la Barceloneta, que empiezan en el n.° 1 y acaban á veces en el 4.000.



BUENOS AIRES DESDE LA RADA EXTERIOR

En el Ensanche, situado al N., las calles son más anchas, pero sin separarse del sistema del casco antiguo. Sin embargo, la monotonía desaparece, gracias al arbolado que las adorna, como en los bulevares de París ó en las calles del Ensanche de Barcelona. Algunos de esos bulevares ó avenidas son verdaderamente soberbios, tales como la calle de Santa Fe, la de Belgrano, Callao, Rodríguez y otras; las avenidas de la República y de Alvear; el bulevar Corrientes, etc., en todos los cuales levántanse suntuosos edificios.

No cabe negar que el desenvolvimiento de Buenos Aires compite con los más asombrosos que se registran en las ciudades norteamericanas. En 1869 la población ascendía á 187,126 habitantes, y en 1887 había subido hasta la cifra de 433,375; de manera que en 18 años aumentó en cerca de 250,000 habitantes. La población legal, es decir, la nacida en Buenos Aires, era sólo de 75,062, estando formada la diferencia por provincianos y extranjeros. La proporción en dicha fecha era de 112 ex

tranjeros por 100 argentinos. Estos figuran en la población total de Buenos Aires por un 47 por 100: los italianos por 31 por 100, nosotros por el 9, y así sucesivamente en decrecimiento alemanes, ingleses, portugueses, norteamericanos, rusos, etc. Por lo demás, cuando llegó á su colmo el delirio de la emigración (1888 y 1889) puede que contase Buenos Aires con medio millón de almas.

Desde el punto de vista de la religión aparece que hay el 97 por 100 de católicos, y solamente 868 librepensadores.

El número de casas (incluyendo los arrabales de Flores y Belgrano) era en 1887 de 33,804, de las cuales 28,353 tenían un piso, 4,979 dos pisos, 435 tres pisos y 36 cuatro pisos. El número ha aumentado algo desde entonces; pero la edificación quedó detenida bruscamente cuando el crak de 1890, que determinó tan grande corriente de contraemigración, apareciendo con frecuencia en todos los barrios el antes desconocido rótulo de *Por alquilar*.

Un viajero que ha estudiado con tanta competencia como ingenio la historia de la arquitectura civil bonaerense, la divide en cuatro períodos. "El primero—dice—es el del rancho de techo de bálago; el segundo es el de los techos de caña, de las paredes espesas de ladrillos ó de adobe, de las puertas adornadas con gruesos clavos, de las ventanas raras y protegidas por pesadas rejas de hierro, de los grandes cuartos y de los patios tomados de las casas andaluzas. Las espaciosas casas de este período fueron construídas por alarifes españoles; existen muchas aún en Buenos Aires, aunque viejas y pasadas de moda, que albergan familias criollas de gustos conservadores. En las antiguas ciudades de provincia, en Córdoba y Corrientes, por ejemplo, encuéntranse también gran número de estas casas.

"Las construcciones del tercer período tienen los techos de tejas, fachadas coronadas por parapetos y balaustradas, paredes exteriores revestidas de estuco ó de cemento romano y pintadas de rosa, azul y otros colores, rejas ornamentales de hierro colado ó forjado delante de las ventanas, pavimentos de mármol, y á menudo plafones de mármol en las paredes. Las casas de esta categoría, que no tienen generalmente más que un piso, han sido construídas casi todas por albañiles italianos, y figuran por un 80 por 100 entre las habitaciones de la capital. Se les puede criticar que son demasiado chicas, incómodas, mal dispuestas desde el punto de vista de la higiene y absolutamente desprovistas del *confortable* moderno. No corresponden por el aspecto á ningún estilo particular de arquitectura: la mayor parte son muy sencillas y no tienen otra ornamentación que las rejas de hierro de las ventanas; otras están recargadas de capiteles, cornisas, columnas, cariátides y florones, modelados todos en cemento y de dibujos muy poco variados. Encuéntranse los mismos modelos reproducidos en cien casas diferentes. Por lo demás, análoga ausencia de diversidad y falta de gusto se manifiesta en las

pinturas y adornos interiores. Parece que el ideal reconocido de la arquitectura doméstica consiste, durante este período, en la mayor profusión posible de adornos en la fachada y en el patio, el cual, aparte de todo, debe estar decorado con estatuas en yeso, palmeras y macetas. Cumplidas estas condiciones, declárase que la habitación es muy linda.



CALLE DE LA RECONQUISTA

"Durante el cuarto período, que es el período actual, la arquitectura se transforma completamente. Los materiales de construcción consisten exclusivamente en hierro para las columnas, cercos traveseros y cabriales (accesorios fabricados en su mayoría en Bélgica), en ladrillos y cemento para las paredes y adornos. Las casas, ya estén destinadas al comercio ó al alojamiento de particulares, tienen unos bajos superados por tres ó cuatro pisos, y están provistas de todas las comodidades que pueden reclamar el arquitecto y el higienista. Algunas de las manzanas afectas al negocio son muy hermosas, tales como la Casa-Ayuntamiento y las nuevas escuelas. Aquí el estilo dominante es el estilo alemán mo-

derno, esto es, una adaptación de los elementos del estilo Renacimiento á las exigencias modernas.

"Las nuevas modificaciones que experimenta la arquitectura argentina tienen por objeto dar á la capital un aspecto propiamente europeo. Por otra parte, los estilos que se prefieren en la arquitectura doméstica, y que se han adoptado particularmente para las casas recientemente construídas al N. de la ciudad, parecen ser los estilos Renacimiento francés é italiano.

"Todo eso parece singular cuando se considera la oportunidad de las cosas en general y las condiciones de la arquitectura en particular. No hay, en todo Buenos Aires, un solo edificio de piedra; ni hay tampoco piedra susceptible de recibir los delicados cincelamientos que contribuyen esencialmente al encanto de la arquitectura del Renacimiento. Ciertamente que el castillo de Blois es hermoso, más allá de toda expresión (1); pero ¿dónde estaría el mérito de sus columnas ornamentadas, si los encajes de sus balaustradas y los arabescos de sus plafones fuesen de cemento ó de piedra artificial? ¿Qué placer puede procurar lo que es de similor, lo que es falso, lo que ni es puro ni lógico? ¿Dónde está, por ejemplo, la razón de ser de los techos á pico de estilo Renacimiento en un clima como el de la República Argentina? ¿Por qué particularidades convienen las casas modernas de Berlín á los veranos terriblemente calurosos de Buenos Aires? ¿Piénsase que las *villas* parisienses del parque Monceau estarían bien adaptadas á las condiciones de existencia que reinan á orillas del Plata? Permítasenos creer que es menester responder negativamente á todas esas preguntas; permítasenos lamentar, en todo caso, que los argentinos hayan abandonado sin ningún motivo fundado las tradiciones de los colonos españoles de antaño, á lo menos en lo que concierne á la arquitectura doméstica.

"Las fuentes de inspiración que la naturaleza y la historia imponen á los arquitectos argentinos de nuestra época no están en los estilos del Renacimiento, tal como los han traducido la Francia ó la Italia, la Bélgica ó la Alemania modernas: están en los monumentos moriscos de Andalucía y del Oriente. La distribución arquitectónica de la casa morisca es la que hasta el presente ha prevalecido en la América Española; los materiales de construcción empleados en la arquitectura morisca son los que pueden procurarse en el país; los métodos y especies de ornamentación particulares á los moros son los únicos apropiados y razonables en una región en que los elementos naturales de que se dispone son la madera y el mármol, la arcilla, la cal, la arena y sus derivados.

(1) Lo mismo podríamos decir de la catedral de Burgos ó de los edificios mudéjares (Alcalá, Guadalajara, Sevilla, Zaragoza) que nos quedan.

O. V. R.

"Si por una parte las calles estrechas de Buenos Aires no responden á las exigencias de la circulación actual, por otra parte, las casas ofrecen á la población unos alojamientos de una conveniencia insuficiente. Las clases obreras, en particular, están acuarteladas en miserables viviendas construídas sin cuidado de las leyes de la higiene. Considerando su vasta superficie de 18,000 hectáreas, la ciudad está poco poblada, y



CALLE DE LA PIEDAD

esta débil densidad de población se explica por la preponderancia de las casas de un solo piso. En ciudades como París ó Berlín, casas que cubren una superficie igual tienen cinco ó seis pisos y proporcionan alojamiento á veinte ó treinta familias. Aun en el centro de la ciudad (en la calle Florida, por ejemplo, que es á Buenos Aires lo que el bulevar de los Italianos es á París) encuéntranse grande número de casas de un piso, y mayor número aún de casas de dos pisos. —¿Por qué,—se dirá,— no reemplazar esas casas por otras más elevadas?— Dada la carestía de

los alquileres, la especulación no dejaría de ser provechosa. Nada es más exacto; pero, sin embargo, los propietarios se atienen al *statu quo*, sea porque no puedan sacudir su apatía de criollos, sea porque hayan, hasta el presente, preferido colocar su dinero en especulaciones sobre los terrenos, los valores y el oro; especulaciones que dan más aprisa y con mayor ventaja. Sea como fuere, lo cierto es que el 80 por 100 de las casas de la capital de la República Argentina no tienen más que un piso, y los alquileres son extremadamente caros y que la población está diseminada en una superficie de tal manera considerable, que los habitantes pierden gran parte de su existencia en recorrer las calles en tranvía."

Me he complacido tanto más en hacer esta cita, en cuanto aquí no fué *el león el pintor*, es decir, que son palabras, no de un español, sino de un francés, M. Child. No se me podrá tachar, pues, de parcialidad y de hablar imbuído por el españolismo al hacer constar que los arquitectos argentinos han errado al buscar en el renacimiento francés y tudesco el modelo de sus proyectos de casas, cuando tan á mano tenían el mejor de todos, el hispano-morisco, adecuadísimo al clima y á las primeras materias de la República Argentina.

Viniendo ahora á la condición de las clases proletarias, es curioso lo que sucede en Buenos Aires. Así como en Londres, París, Barcelona y otros centros industriales viven dichas clases en los barrios excéntricos, en Buenos Aires sucede lo contrario: viven en el centro de la ciudad, pero, ¡de qué manera!, en unos llamados *conventillos*, asquerosos cobertizos con techumbre de hierro ó zinc, á orillas del Plata, entre la *Estación Central* y el arrabal de la Boca. Viven en esos *conventillos*, cuyo número era, hace poco, el de 2,835, nada menos que 120,000 seres humanos. Con terrible pesar de la higiene, de la conveniencia y el aseo, ocupan cada cuarto *diez* personas, cuando no son más, realizando el colmo de la promiscuidad.

Como este horroroso atentado contra la higiene y la moral salta á la vista del más despreocupado, han comenzado á edificarse grandes casas de vecindad, bastante bien proyectadas; pero para que las clases proletarias de la capital argentina pudiesen hallarse humanitariamente instaladas, serían menester 6.000 casas de ésas, capaz cada una para 200 personas, ó sea para 40 familias, por término medio. Sin duda, con el tiempo, todo se andará; pero en el entretanto es una lástima que se vayan perpetuando los *conventillos*, prolongación terrestre de las espantosas *terceras* de los trasatlánticos italianos, franceses y españoles. Esos vagones de ganado.

Siento tener que insistir en la monotonía y pesadez de las calles de Buenos Aires; pero voy ahora á decir algo de los monumentos que la rompen, prestando cierta amenidad á la populosa capital.

Conviene notar, ante todo, que dichos monumentos no lucen todo lo que debieran, por culpa de su emplazamiento, pues en su mayoría se encuentran en calles estrechas, que, por lo mismo, perjudican á su perspectiva. Otra cosa sería si su visualidad fuese mayor, esto es, si estuviesen situados en anchos y despejados espacios.

Llévase la palma entre los mejores sitios de Buenos Aires la Plaza



PLAZA DE LA VICTORIA

de la Victoria, centro *convencional* de la ciudad, y decimos *convencional* porque no tiene nada de céntrica, hallándose situada cerca de los límites de la urbe y á la sola distancia de una cuadra del río. Esto no quita que confluyan allí diez importantes calles y todas las líneas de los tranvías. Está la plaza alfombrada de céspedes y rodeada de palmeras, y en su centro se levanta una hermosa pirámide blanca en cuya cúspide está colocada la estatua de la Libertad. Conmemora este monumento la fecha del *25 de mayo de 1810,* día de la proclamación de la independencia, habiendo en todas las ciudades argentinas una plaza de igual denomina-

ción. Otra estatua hay, además, ecuestre: la del general Belgrano, frente al Palacio del Gobierno.

Ocupan los cuatro lados de la Plaza de la Victoria el Palacio del Gobierno, el de Justicia, la Bolsa, el Teatro Colón, la Catedral, el Palacio Arzobispal, el Congreso, y algunos edificios particulares. El más hermoso de todos los citados es el primero, á cuyos lados se levantan el de Justicia y la nueva Casa de Correos, los tres de estilo Renacimiento italiano. El material empleado en ellos es el ladrillo, revestido de estuco; de estuco son las columnas, los capiteles y todas las molduras en general.

Podría, quizá, criticarse la fachada del Palacio del Gobierno de carecer de uniformidad y de armonía; pero, sea como quiera, contiene detalles muy notables. La fachada, que corresponde al Paseo de Julio, pertenece al estilo compuesto, y en dicha ala, llamada la *Casa Rosada,* habita el presidente de la República, que bien puede alabarse de vivir en morada que no desdeciría del más alto y soberano rey, según lo que se cuenta de lo de dentro. "Pavimentos en mosaico, columnas de mármol, molduras doradas, pinturas representando amores y asuntos mitológicos encuadrados, á lo pompeyano, en guirnaldas de flores; medallones, arabescos, vasos multicolores, cortinajes suntuosos, mobiliario soberbio, todas las magnificencias que procura el dinero y toda la profusión de adornos que puede inventar el genio italiano contemporáneo,—dice un viajero,—han sido acumuladas en cada pulgada de pared, de pavimento y de techo. La escalera, toda de mármol, ofrece bellas proporciones, con superabundancia de decoraciones espléndidas, siendo, en el ánimo de los argentinos, comparable á la grande escalera de la Opera de París". Y, ciertamente, puede compararse con ella.

La Bolsa de Buenos Aires es, á lo que me parece, la mejor que existe actualmente. La fachada, que da á la Plaza de la Victoria, es tan elegante como majestuosa, lo cual no es poco decir. El gran salón, de estilo corintio, está rodeado por una amplia y cómoda galería, y su ornamentación se recomienda por su buen gusto, hermanado con la sencillez. Las demás dependencias están no menos acertadamente dispuestas pudiendo con toda holgura moverse allí un millar de personas. Pueden entrar únicamente en el local los corredores y los socios, y todas las puertas están cuidadosamente vigiladas para impedir el acceso á los intrusos. Las horas de contratación son de doce á cuatro, y bien puede asegurarse que durante dichas horas rivaliza la Bolsa de Buenos Aires con las más animadas del mundo. El edificio tiene otra entrada por la calle de la Piedad, centro de los principales establecimientos de crédito.

En el mismo lado de la plaza que la Bolsa se levanta la vastísima Catedral, de fábrica española, pues fué construída por D. Juan de Garay en 1580 y reedificada en 1752. Mide la catedral 90 metros de longitud por 50 de anchura, ocupando 4,500 metros cuadrados y puede contener 18,000 personas, figurando, en el concepto de la capacidad, en sexto lugar

entre las catedrales del orbe, esto es, inmediatamente después de San Pedro de Roma, San Pablo de Londres, la catedral de Amberes, Santa Sofía de Constantinopla y Nuestra Señora de París.

El célebre dictador federalista Rosas creyó *adornarla* enriqueciéndola con un pesado pórtico clásico, de doce columnas, las cuales sos-



FACHADA DEL PALACIO DEL GOBIERNO

tienen un tímpano en que se admira un bajo relieve representando el encuentro del casto José con sus hermanos. ¡Singular ocurrencia la de Rosas al ir á fijarse en semejante episodio! ¿Qué tendría de común el digno ministro del Faraón con el terrible azote de los unitarios?

El interior de la catedral es no menos imponente que espacioso; está dividido en tres naves, por macizos pilares, y en el crucero se alza una cúpula de 43 metros de altura, dato que basta para dar idea de su mucha majestad.

Entre las cosas notables (no muchas) que contiene la catedral es digno de visitarse el mausoleo del general San Martín, erigido en una rotonda aneja al templo metropolitano. El monumento consiste en una urna de mármol negro que descansa sobre un zócalo de mármol rojo, y está guardada por sendas estatuas en mármol representando la República Argentina, Chile y el Perú, viéndose sobre la losa sepulcral los emblemas de la dignidad militar del insigne guerrero que allí yace.

Citaré ahora, á título de curiosidad, lo que sobre la catedral ha escrito un viajero, asaz atrabiliario. "El aspecto—dice—es frío, desnudo y pobre. Es de temer que los argentinos no concedan grande importancia á la religión, y de ello he adquirido, en particular, la prueba, al asistir, en la catedral, á las ceremonias y la procesión del Corpus. Trajes de los eclesiásticos, candeleros, banderas, accesorios del culto, todo era mezquino y miserable, y habida en cuenta la población de la ciudad, la asistencia era poco numerosa. No se es en Buenos Aires testigo de esas manifestaciones de piedad y de respeto que son características de Chile y del Perú. Las argentinas han abandonado el uso del manto, que en Santiago y en Lima hace á todas las mujeres iguales al pie de los altares; van á los oficios con *toilettes* parisienses, cubierto el rostro con polvos de arroz y velutina. En cuanto á los hombres, traspasan raramente el umbral de las iglesias... etc." Paréceme, sin embargo, que no cabe dudar de la religiosidad de una capital en la que, además del templo metropolitano, hay 23 iglesias católicas y 4 capillas protestantes.

El Congreso no se recomienda, ciertamente, por su suntuosidad, pues es pequeño y mezquino, á pesar de servir de albergue al Senado y á la Cámara de Diputados. Aparte de esto, los argentinos son los primeros en reconocer que tan gran república como la suya necesita dar á sus representantes un edificio digno de la nación, á cuyo efecto está ya proyectada la construcción de un soberbio palacio que costará tres millones de duros.

En cuanto al Teatro Colón, ya no es tal ahora, sino que ha sido convertido en domicilio del Banco Nacional.

Dejemos ya la *Plaza del 25 de Mayo,* ó de la *Victoria,* y veamos las otras.

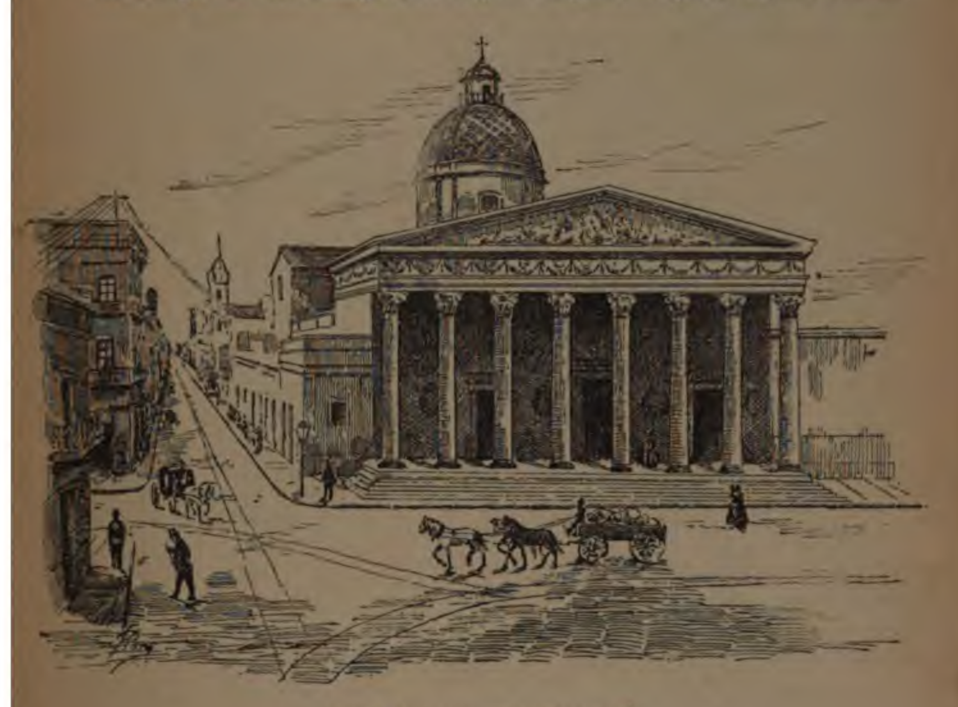
Magnífica es la *Plaza de Lavalle,* en cuyo centro se levanta una estatua de este héroe argentino, sostenida por una airosa columna de mármol blanco, y hermosa es también la de *San Martín,* á la que afluyen multitud de calles que rebosan en tráfico.

Las iglesias, emplazadas en las calles, son muy parecidas entre sí. Generalmente ostentan en su fachada multitud de estatuas de estuco, y los campanarios y cúpulas están cubiertas de azulejos de Talavera, azules, rosados y blancos, constituyendo una alegre nota de color en medio de la uniformidad de las casas. Inútil es decir que esas iglesias son de construcción española.

Recuerdo de nuestra dominación es también la Aduana, de planta circular, cuyo origen se remonta á los primeros tiempos del *coloniaje*.

Los Bancos ocupan todos suntuosos edificios modernos, en las calles nuevas, distinguiéndose sobre todos el de Carabassa, notable por su estilo corintio, según se cultiva hoy, aplicado á las necesidades del siglo XIX.

Honor grande resulta para la capital argentina que sean, sin embar-



PLAZA DEL GENERAL SAN MARTÍN

go, sus mejores edificios, no precisamente los consagrados á Pluto (no confundirlo con Plutón), ó á Mamón, ó dígase á Mercurio, sino los levantados á Minerva; y, en efecto, no cabe mayor suntuosidad que la que ofrecen los magníficos palacios llamados la Escuela Sarmiento, en la calle del Callao; la Escuela Normal, en la calle de Córdoba; la Escuela Graduada de Niñas, en la plaza de Lavalle; la Escuela Petronila Rodríguez, en la que están instalados en Consejo de Instrucción Pública y el Museo Pedagógico, figurando entre los mejores edificios de Buenos Aires, pues rivaliza con el Palacio del Gobierno, la Bolsa y la Estación del Sur.

Pertenece la Escuela Petronila Rodríguez al estilo Renacimiento alemán, y es tan grandiosa en sus proporciones como imponente en su

aspecto. La fachada está superiormente desarrollada, lo mismo que el soberbio ingreso, estando divididas las ventanas por bien esculpidas cariátides y revestida toda ella de elegantes adornos. Desgraciadamente, el material empleado es la piedra artificial ó el cemento, que nunca pueden resistir bien la destructora acción del tiempo y de la intemperie, ni aun gozándose de tan suave clima como el de Buenos Aires.



ESCUELA PETRONILA RODRÍGUEZ

La Escuela Petronila Rodríguez es debida á la munificencia privada, pues debe su existencia á un legado hecho por la digna señora cuyo nombre lleva.

Echemos ahora un vistazo á los paseos. El de Julio, en el que se levanta la fachada principal de la *Casa Rosada*, es el punto de reunión de los desdichados *atorrantes*, ó emigrantes tronados, viniendo á ser como una especie de calle de Sevilla en materia de *sablazos*. Menos peligroso es el *Jardín de la Recoleta*, muy bien cuidado, en el cual se admira una preciosa cascada artificial de enorme coste; pero nada admite comparación con el famosísimo *Palermo* (oficialmente, *Parque del 3 de febrero*), situado al N., cerca del río.

Es *Palermo* el *Bois de Boulogne* de Buenos Aires, llegándose á él (pues se encuentra extramuros) por la avenida de Alvear, una de las soberbias calles nuevas de la capital. Esta avenida, como la de la República, la calle de Juncal, etc., es una especie de trasunto de nuestras calles de los ensanches de Barcelona, Madrid, Bilbao, etc.; es decir, que hay de todo, como en botica, codeándose el pompeyano con el gótico



SALIENDO DE MISA

alemán, el rococo con el renacimiento italiano, el renacimiento francés con el corintio clásico. En punto á materiales, como no es posible emplear piedra de sillería, los arquitectos italianos, que son los que suelen hacer aquello, se valen de ladrillos y hierro, disimulados por medio del estuco. Es decir, como en Europa. En cambio, brillan por su ausencia el estilo árabe y el plateresco.

Pero hablemos ya del *Palermo*. Este parque, pues, está muy bien trazado y cuenta con suficiente profusión de árboles, arbustos, plantas

y flores. Las dos avenidas de *Las Palmeras* y los *Abetos* son vastas, espaciosas y majestuosas, dándose cita allí toda la *high life* bonaerense, que luce sus magníficos carruajes y sus soberbios caballos europeos. El paseo es en invierno de cuatro á seis, y en verano por la noche, á cuyo efecto dichas avenidas están iluminadas por la luz eléctrica. Lo mismo que en el paseo de Carlos III de la Habana, son raros los paseantes de



LA CASA ROSADA

infantería. En cuanto al lujo de los trajes femeninos, es... ¡la mar!... *à l'instar de Paris*.

Al norte de la ciudad se encuentran también los dos hipódromos bonaerenses, el *Argentino* y el *Nacional*, dispuestos de la más perfecta manera y con acertada comprensión del elemento pintoresco. "Hay en invierno carreras todos los domingos y días de fiesta—dice un viajero—en uno ú otro de los hipódromos. Las reuniones están organizadas por un Jockey Club que lo dirige todo é impone las formalidades y el aparato acostumbrados de las reuniones europeas. Los argentinos se han

dado desde hace algún tiempo á comprar en Europa muchos caballos *pur sang*. Tienen ya un *stud-bock* y caballerizas muy bien montadas."

Diversión que se ha propagado mucho es la del juego de pelota, siendo varios y lujosos los frontones que hay en Buenos Aires. La concurrencia es siempre numerosa, no cediendo en nada el entusiasmo que



"PALERMO"

despiertan los buenos *pelotaris* en la capital Argentina al que suscitan en los frontones peninsulares.

En punto á teatros, bien puede asegurarse que pocas ciudades cuentan relativamente con tantos: Ópera, Politeama, San Martín, Doria, Onrubia, Nacional, Variedades, Pasatiempo, Florida, etc., etc.

No podría decir gran cosa de la Ópera, como no fuese que es un edificio vasto, cuya fachada da á la calle de Corrientes. Añadiría, además, que el espectáculo está subvencionado por el Gobierno. Estos datos resultarían muy incompletos, dada la importancia del asunto, y por lo

mismo me haré eco de lo que escribe el citado M. Child: "El vestíbulo —dice—es espacioso y está bien ventilado; la escalera, de mármol, tiene pretensiones á la magnificencia; el *foyer*, recargado de ornamentaciones, no es de buen gusto. Los salones son de bellas proporciones, profusamente guarnecidos con cortinajes de *peluche*, divanes y sillones de molduras doradas. Las paredes están decoradas con adornos de estuco y plafones encuadrados en molduras, con una yuxtaposición de los más crudos tonos rojos, verdes, azules y amarillos que sea capaz de combinar juntamente pintor toscano. Todo eso es demasiado *voyant*, demasiado chillón, demasiado hecho para atraer las miradas.

"La sala, blanca y oro con papeles y sillones rojos en los palcos, es grande y bastante cómoda. Desgraciadamente, no se puede calentarla; y como el invierno es de cada año más riguroso en Buenos Aires, público y artistas sufren de frío. El mismo inconveniente existe en otros teatros, y aun en todas las casas viejas particulares de Buenos Aires, donde son desconocidas igualmente estufas y chimeneas. La Ópera da representaciones excelentes, para las cuales se contrata á los cantantes más célebres y más caramente pagados. El repertorio comprende todos los éxitos consagrados de los últimos cincuenta años: *Il Trovatore, Rigoletto, Carmen, La Traviata*, etc., y *Gli Ugonotti*, de la cual ópera son apasionados los argentinos y tiene siempre un lleno. El público habitual se viste algo en demasía; quisiérase menos joyas y piedras preciosas. Los aplausos no indican un gusto muy delicado. Saludan, sobre todo, las notas altas, los gritos prolongados y las voces de estentor. Los críticos no encuentran mayor elogio que hacer del tenor Tamagno que alabar *su garganta de cobre*... Durante la temporada de 1890, siendo el precio del oro, por término medio, 230, pagábase una butaca en 25 duros papel, y había cuatro representaciones por semana."

En la misma calle se encuentra el *Politeama*, mayor aún que la Ópera, y que bien podría citarse como uno de los teatros mejor trazados y más cómodos, sin que, por lo que he visto, se le pueda criticar en punto á excesiva ornamentación. Al contrario: no se ve asomar por ningún lado la menor pretensión arquitectónica. En ese teatro suelen dar sus representaciones las compañías extranjeras, habiendo trabajado en él Rossi, la Duse, Coquelin, Calvo, etc. Precio de la butaca: 10 duros papel.

Nuestros apreciables zarzueleros monopolizan los teatros Nacional, Doria y Onrubia, donde suele acudir mucha concurrencia, y los italianos se instalan á su vez en el Jardín de la Florida y San Martín. Todos esos teatros son bonitos y cómodos, aunque pobremente decorados. Los calaveras tienen para su uso particular Variedades y Pasatiempo, que pertenecen á la categoría *Folies Bergères*.

Terminaré lo relativo á los teatros diciendo que, lo mismo que en Montevideo, la *casuela* está exclusivamente destinada al bello sexo; pia-

doso resabio de nuestros *gallineros,* derivación á su vez del circo romano. Ya en la *cazuela,* puede estar seguro la bella aficionada que no habrá allí ningún hijo de Adán, de lo cual se vengan los pollos *(zambullidores* en Buenos Aires) colocándose á la puerta de la escalera para echarles requiebros, ó lo que sea, á las que prefieren la cazuela al palco.

Distracción grata á los sietemesinos bonaerenses, que siguen en eso



Á LA PUERTA DE LA CONFITERÍA DEL ÁGUILA

las costumbres de sus colegas españoles, es la de situarse de 5 á 10 en la acera de la calle Florida para ver pasar las buenas mozas. La calle Florida viene á ser la Carrera de San Jerónimo de Madrid, ó la calle de Fernando de Barcelona, encontrándose allí los comercios más lujosos: joyerías, quinquillerías, sastrerías, zapaterías, sombrererías, modas, restaurants y, sobre todo, la famosa *Confitería del Aguila,* donde se va á comer dulces y á tomar una copita ó un refresco.

La confitería ocupa los bajos de una casa cuya fachada es de mármol blanco, y se instala á su puerta lo más *pschutteux* de la juventud dorada, echando flores á las mujeres qué pasan por la acera de la estrecha

calle, lo cual se llama en Buenos Aires *hacer la vida de confitería y de vereda*.

Centro de los más encopetados es también el *Club del Progreso*, cuyos socios pasan de 1,200. Los otros casinos son el *Jockey*, el *Oriental*, el *Club del Plata*, la *Unión Argentina*. Los extranjeros tienen un magnífico casino en la calle de Rivadavia, fundado en 1841, con un personal de más de 600 socios. Hay además distintas sociedades de recreo de españoles, franceses, italianos y alemanes. Los Montepíos y demás asociaciones benéficas de las diversas colonias son ricos y están perfectamente organizados.

Los citados casinos dan de vez en cuando suntuosos bailes. En cuanto á su marcha ordinaria... es como la de todos los casinos, si bien *la sala del crimen* es mucho más anchurosa y se ve más concurrida que en los nuestros.

Cafés hay más de doscientos; pero ninguno se recomienda por sus comodidades. Depende esto de que en Buenos Aires no se va al café á hablar ó leer los periódicos, sino *á tomar*, y, por lo mismo, no tienen el carácter que en las naciones latinas. En cambio, tienen todos una gran sala de billares, habiéndolos que cuentan con 40 mesas.

En punto á tipos pintorescos, no deja buenos Aires de tener bastante cantidad de ellos muy característicos: el *lechero*, vascongado casi siempre, avecindado en los arrabales, encaramado sobre sus jarras, hechas de duelas. Aparte de esto, así como en las ciudades españolas recorren las calles, á ciertas horas, las burras de leche, ó las cabras, recórrenlas en Buenos Aires las vacas lecheras, seguidas de sus becerros, deteniéndose delante de las casas, donde se las ordeña. Hay además en la ciudad muchas lecherías, ó *tambos*.

Tipos curiosos asimismo son los *mozos de cordel*, ó *changadores*, vascongados también, por lo general, y de honradez á toda prueba; los *pescaderos*, que, como en ciertos países del Asia, llevan su mercancía colgada de una pértiga; los limpiabotas, italianos, por lo regular; los chicuelos que venden periódicos; los organilleros; los vendedores de hortalizas y de frutas; músicos ambulantes; mendigos; carreros, que guían enormes carretas arrastradas por dos ó tres yuntas de bueyes, y cien más que se encuentran igualmente en todas las capitales populosas, sin olvidar los *sablistas*. En cuanto al aspecto de los transeuntes, vestidos con ternos de procedencia europea, vese predominar el tipo español y el tipo italiano.

La actividad comercial de Buenos Aires se ejercita especialmente en los negocios de banca y en los de importación y exportación, interponiéndose entre el comerciante y el comprador el *despachante de aduanas*, que encuentra inmenso campo á su misión gracias á las múltiples formalidades que, lo mismo en la Argentina que en la Oriental, exigen

las aduanas. No se puede formar idea de la complicadísima tramitación á que está sujeto el embarque ó desembarco de las mercancías, siendo indispensable, para no perder tiempo, confiar este cometido á los citados *despachantes,* enterados, como es de su deber, de las innumerables diligencias, pasos y documentos requeridos.

No abundan menos los agentes de vapores, cambistas, corredores de fletes, comisionistas, subastadores, etc. Como dice muy bien un viajero, "el movimiento y la actividad del puerto, de los depósitos, de la Bolsa y de las calles comerciales de la capital argentina son positivamente maravillosos; no se podría encontrar análogo ejemplo más que en los grandes puertos de comercio de Europa."

Llaman la atención preferentemente los *corralones de madera* y las *ferreterías.* Véndense en los primeros no sólo vigas y tablones, sino también columnas, jácenas y tirantes de hierro, con tanto exclusivismo empleados hoy por los arquitectos de Hispano-América y de España. En cuanto á las ferreterías, algunas de las cuales están instaladas en vastas y lujosísimas tiendas, despachan todo lo referente á quinquillería, colores, barnices, papeles pintados, cristales, marcos y molduras, etc.

Entre los comercios al por menor ocupan el primer lugar los dedicados á la venta de artículos de lujo, siguiendo luego los bazares, bisuterías y tiendas de comestibles. El bazar *Ciudad de Londres* llega á rivalizar con el mismísimo famoso *Louvre* de París, haciéndole la competencia *Le Bon Marché* de la calle Florida, soberbio edificio de nueva construcción.

Abundan las joyerías (cuarenta ó cincuenta), aunque menos que en Montevideo, luciendo magníficos surtidos, incluso en relojes y cronómetros. Los joyeros montan ellos mismos los brillantes, perlas y piedras preciosas, pudiendo asegurarse rotundamente que ni los *joailliers* de la *Rue de la Paix,* ni los *jewellers* de Regent Street llegan á competir con los de Buenos Aires en punto á presentar los más deslumbradores escaparates, donde no sólo aparecen joyas de valor inmenso, sino también jarros, vasos, jofainas y hasta ¡vasos de noche! de plata maciza.

Las tiendas de artículos de lujo son también vistosísimas, conteniendo los más llamativos y caprichosos *articles* de Milán, Venecia, Génova, París, Londres, Viena: suntuosas vajillas, mantelería riquísima, guarnecida de encajes, objetos de laca, grabados, muebles esculpidos, estatuítas de bronce, mármol y terracotta, acuarelas, abanicos, sombrillas, espejos, cajas y neceseres, porcelanas de la China y del Japón, álbumes, cofrecillos, objetos de escritorio artísticos, etc., etc. Algunas de esas tiendas venden á subasta, dos veces por semana, llevándose la preferencia los objetos más suntuosos y efectistas, en su mayoría italianos.

Con lo dicho se comprenderá cuán importante personaje es en la Argentina el subastador ó *martillero,* rueda indispensable del comercio. "Una venta á subasta ó *remate*—dice á este propósito un viajero, algo

descontentadizo—es el principio, el fin y el medio de casi todas las transacciones. No hay ciudad en el mundo en que exista algo análogo á los *remates* de Buenos Aires; no hay país en que las ventas á subasta sean, como en la República Argentina, una institución nacional en vigor por doquier. Así que ha desembarcado, llámanle la atención al extranjero los inmensos anuncios, *remate de terrenos*, anunciando la venta, aquí de una parcela de terreno ventajosa, allí de un lote de una vasta superficie. La cuarta página de los periódicos está llena de arriba abajo de anuncios relativos á ventas de terrenos y de casas. En las calles flotan banderas, estandartes y lienzos escarlata conteniendo en letras blancas la indicación de un *gran remate* de esto ó aquello. A lo largo del Paseo de Julio, los martilleros están encaramados sobre los mostradores de los baratillos, y bajo los pórticos otros rematadores venden leguas de terreno á los inmigrantes recién llegados. Cargamentos de mercancías importadas, buques, tierras, casas, cosechas, lana, productos y frutos del país, ganados, caballos *pur sang*, mobiliarios, joyas, objetos nuevos y objetos viejos, todo cae bajo el martillo de los señores subastadores, que cobran una comisión que varía del 1 y medio al 8 por ciento."

Renglón importantísimo en la producción nacional argentina es el de las lanas, una de las manifestaciones más ricas de la industria pastoral, siendo curiosa, ciertamente, la historia del progreso alcanzado en tan importante ramo.

En 1550 introduce nuestro Nuño de Chaves las seis primeras ovejas que jamás hubiesen apacentado en las Pampas. El inclemente clima del país y la ingrata y silvestre vegetación que encontraban hizo que los descendientes de las seis ovejas degenerasen pronto. Tratóse de mejorar la raza con el envío de los mejores merinos; pero siempre resultaba que la lana de los esquileos era dura, hueca y mala.

En 1814 trata Halley de introducir carneros de raza pura; pero estalla un incendio en las instalaciones de la Pampa, y los carneros perecen abrasados, salvándose los menos, que se dispersan.

De allí en adelante, y, sobre todo, desde 1835 á 1838, fúndanse grandes establecimientos para proceder metódicamente al mejoramiento del carnero argentino desde el punto de vista de la producción de la lana, y se importan los mejores ejemplares de España, Sajonia, Francia y los Estados Unidos; pero como no tarda en desencadenarse la guerra civil, con los consiguientes bloqueos de los puertos (1839-1846), el esfuerzo en que tantos capitales se habían invertido queda esterilizado. A pesar de todo, preséntase en 1842 el primer comprador de lana argentina que sea exportada á Europa, si bien en corta cantidad. Mucho era, sin embargo, que alguien hubiese empezado, y desde entonces el movimiento de exportación se acelera hasta alcanzar los respetables guarismos registrados hoy.

La exportación se formaliza decididamente en 1855, de cuyo año data la constitución de la raza actual, que no es ciertamente la raza indígena, de la cual, con todo, quedan aún representantes en Corrientes y Córdoba, siendo su lana muy apreciada para forrar colchones. La raza indígena, sin embargo, está ya á punto de desaparecer. La raza actual—es decir, la creada en 1855—posee todas las cualidades que pertenecen al



CHANGADORES

carnero productor de la lana, asociadas con las que le permiten resistir á las intemperies y á las privaciones de toda suerte que han de sufrir los rebaños argentinos, colocados, por lo mismo, en condiciones muy distintas de las de los rebaños uruguayos, cuyas condiciones de existencia son inmejorables.

Desde 1855 á 1888 continúa sin interrupción la marcha progresiva, siendo de notar la enorme exportación que se registró durante la guerra de secesión de los Estados Unidos, en que á falta de algodón se apeló á la lana. Hubo luego, sin duda, una sensible disminución; pero restablecióse luego la progresión ascendente anual.

Comenzada en 1842 la exportación de lanas en tan humildes proporciones, alcanza en 1888 la cifra de 132 millones de kilogramos, y en vez de costar de 60 céntimos á 1 franco la arroba *(25 libras)*, cuesta actualmente *1 franco la libra*. Expórtase hoy la lana en forma de balas cúbicas, prensadas y comprimidas, de media tonelada, y expórtanse anualmente 300,000.

"Mediante una selección razonada y por cruzamientos largamente meditados,—dice M. Bellet,—ha conseguido el ganadero argentino llegar á los resultados que hoy alcanza. Francia le ofrecía en nuestro establecimiento nacional de Rambouillet (1) animales robustos de fina lana; la República empezó por importarlos, y... ¡hecho curioso!... este cruzamiento del Rambouillet francés con el carnero silvestre argentino ha producido, ha creado una especie nueva, el Rambouillet argentino, dotado de especiales cualidades, particularmente de resistencia; cualidades tan notables que la granja de Rambouillet se ha procurado carneros de este nuevo tipo. Se han importado también á la Argentina moruecos de raza inglesa, y últimamente de Vermont (Estados Unidos.)

"Aparte de esto, el ganadero no se ha contentado con modificar y transformar las razas: se ha ocupado también en el suelo de sus pastos, escogiendo para cada uno de ellos el carnero más conveniente. Cabe decir, en efecto, que el suelo de la Plata se puede dividir en dos zonas muy distintas: la una que comprende los países del Norte y del Oeste, que han sido los primeramente poblados y que, por lo demás, se componen de tierras de aluvión y poseen pastos grasos, cubiertos de gramíneas tiernas: es lo que el ganadero llama *pasto tierno*. La segunda está al S.; es el pasto pobre, de gramíneas pobres y poco nutritivas, *el pasto fuerte*. Para cada una de esas especies de pasto se ha recurrido á una raza diferente, la que mejor se acomodase al régimen que le aseguraba la constitución del suelo. Para los pastos tiernos, en general, se ha preferido el carnero Rambouillet, y se ha reservado la raza inglesa para los pastos duros. Hay que decir, además, que el ganadero no se ha contentado con acomodar sus rebaños á las necesidades de la existencia, tales como se las daba la naturaleza: todos los días transforma los pastos fuertes en pastos tiernos, lo cual consigue haciendo pasar primero por aquéllos los caballos y los bueyes, ésos como batidores de la civilización, trabajando el suelo con sus pezuñas y haciendo suceder la yerba corta á las altas yerbas de la Pampa."

Las lanas ofrecen distinto color según la clase de pastos: la de las ovejas de pasto fuerte es negruzca; la de las de pasto tierno de un color amarillo claro. El color negro de la primera es debido á las cenizas de la Pampa, procedente de los incendios de los pastos para fertilizar el

(1) Establecido á expensas de los merinos que se llevó de España Napoleón, después de habérnoslos dejado como recuerdo los moros.

suelo; dicha ceniza constituye una verdadera lejía, lo cual hace que la lana, luego de lavada, resulte blanquísima. Estas lanas, que se encuentran especialmente en Bahía Blanca (al S.) son muy buscadas en bonetería (fabricación de gorros, medias, guantes, etc.)

Las naciones que compran más lanas de la Argentina son Francia, Bélgica y Alemania. La primera adquirió en 1886 por 62 millones de kilogramos, desembarcados en su mayor parte en Dunquerque.

Las lanas argentinas, sin embargo, dejan todavía algo que desear, pues se encuentran entre los vellones una especie de cardos que requieren un sistema especial de destrucción, y además es frecuente la sarna en los rebaños, perjudicando á la producción en una décima parte.

La proporción de cabezas de ganado lanar por 100 habitantes en la Argentina es de 2,387, lo cual no deja de ser una respetable cifra.

Si la industria pastoral de la Argentina es indudablemente de grandísima importancia, la industria manufacturera no corresponde á lo que podría suponerse en vista de lo que se pretende aparentar, lo cual no quiere decir que no existan, en realidad de verdad, algunas industrias nacionales de considerable interés. Merecen citarse entre ellas, en primer lugar, las prensas de aceite de *maní*, así como de otras simientes oleaginosas, todas ellas de aplicación culinaria. El *maní* crece en abundancia en los Estados de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos y en el Chaco.

Como industrias nacionales pueden considerarse también la carretería, la construcción de coches, la guarnicionería y sillería, la fabricación de cervezas, las refinerías y destilaciones, los molinos, la fabricación de conservas de carnes, frutas y legumbres, las fábricas de macarrones y pastas alimenticias, las fábricas de cigarros y de fósforos, las ebanisterías, etc.

Las fábricas de cigarros de Buenos Aires pasan de ciento, y emplean como materia prima de los cigarrillos la picadura de la Habana. En cuanto á los cigarros (tabacos), son de calidad inferior.

Las cerillas fosfóricas no ceden en nada á las de Europa, habiéndose, con la implantación de esta industria, librado la Argentina del tributo que pagaba antes á Italia.

La ebanistería se ha desarrollado de una manera notable en estos últimos años, imitando los artesanos argentinos con perfecta exactitud, y aun con ventaja, los muebles de Alemania, que llegaban antes en grandes cargamentos, y ya no llegan ahora. Aparte de esto, el modelo alemán ha sido el preferido. De Francia se importan solamente los muebles de gran lujo. De Inglaterra llega poco. En cambio, tienen gran salida los muebles de madera curvada de Viena y de los Estados Unidos. La madera empleada por los ebanistas argentinos es importada de Europa, no utilizándose gran cosa la de los bosques del Chaco.

Dará idea de la grande importancia del comercio de Buenos Aires la estadística siguiente. Es de 1887, pero no debe haber experimentado mucha alteración.

Había empleados á la sazón en las casas de comercio de Buenos Aires 33,904 individuos, de los cuales 14,000 eran italianos, 7,000 españoles, 3,000 franceses, 700 argentinos, 657 alemanes, 604 ingleses, etc.

El mayor número de casas de comercio eran argentinas; pero las que hacían más negocio eran inglesas y alemanas.

El número de casas importadoras era de 672; el de exportadoras, 55; el de casas importadoras y exportadoras, 100. Es decir, más de 800.

El ramo de instrucción pública es objeto de la mayor solicitud por parte del Gobierno, pudiendo abrigarse la mayor seguridad de que no habrá de tardarse mucho en recogerse ópimos frutos de los grandes dispendios consagrados á tan importante atención.

Hónrase la República Argentina con dos magníficas Universidades: la de Buenos Aires y la de Córdoba, las cuales contaban en 1889 con 993 alumnos, habiendo conferido 234 grados; á saber: 81 de doctor en derecho, 85 de doctor en medicina y 11 de ingeniero civil.

La República tiene establecidos 16 Colegios Nacionales, ó Institutos de 2.ª enseñanza con un cuerpo docente de 464 catedráticos, ascendiendo el número de alumnos á 2,599.

Existen en todo el territorio 35 escuelas normales de maestros, con 12,024 alumnos.

La capital contaba en 1889 con 255 escuelas de instrucción primaria, frecuentadas por 54,509 alumnos y regidas por 1,571 maestros. La provincia de Buenos Aires poseía 2,719 escuelas, con 4,532 maestros y 205,186 alumnos. El total de escuelas en la República entera era de 2,373, con 6,013 maestros y 259,695 alumnos. De dicho número de escuelas, 1,888 pertenecían á particulares, y el resto eran oficiales.

Pero no sólo se halla muy extendida la instrucción primaria: también la instrucción superior se va perfeccionando, contando hoy la Argentina con algunos sabios de primera talla, como, por ejemplo, el doctísimo geólogo Sr. Amerino, cuyos trabajos sobre la fauna fósil de dicho país han llamado profundamente la atención en los centros científicos de Europa.

La prensa, reflejo de la cultura de una nación, cuenta con más de cien periódicos diarios, algunos de superior importancia, y á su cabeza *La Prensa* y *La Nación* (tirada de 20,000 ejemplares cada uno); siguen el *Correo de la Plata* (5,000); la *The Standart* (3,000); *Buenos Aires s' Herald* (1,500); la *Patria Italiana* (12,000); el *Operario Italiano* (6,000); *El Correo Español* (4,000); *Sud América* (6,000); *El Nacional,* diario de la noche (13,000), y otros.

La mayor parte de estos periódicos son de grandísimo tamaño, y ni por su papel ni por sus condiciones tipográficas pueden tomarse como modelos. En cambio, son inmejorables su parte comercial y financiera, el servicio telegráfico y la sección política. En punto á *reporterismo* local, ya quisieran estar servidos como los diarios de Buenos Aires nuestros más portentosos noticieros. Menos de alabar son las secciones destinadas á la crítica dramática, musical, literaria, etc., aunque es lo suficiente para las exigencias del público. Respecto á la parte amena, —folletín, cuentos, crónica, correspondencias de Europa,—vense con frecuencia las firmas de los más afamados literatos franceses y españoles, contándose entre últimos los Sres. Castelar, Valera y Pérez Galdós.

El pasto intelectual más propagado es en Buenos Aires, igual que en España, lo de Francia; lo cual, como ya se comprenderá, no tiene nada de particular. Como el hecho es innegable, pudo sugerir á un viajero francés las consideraciones siguientes: "No se podría insistir demasiado acerca de la influencia intelectual que Francia ejerce sobre la República Argentina. Es positivo que cuanto se refiere á la civilización, los argentinos se inspiran en los franceses, y los imitan tanto como se lo permiten su riqueza y su cultura intelectual, exactamente como las generaciones anteriores se inspiraban en los Estados Unidos en materia política y se esforzaban en copiarlos.

Actualmente parece que los Estados Unidos no gozan ya aquí del prestigio que antes, lo cual depende, sin duda, en gran parte de que la representación diplomática de la República del Norte es insuficiente, y también de que los cambios comerciales entre ambos países son muy limitados. El doctor D. Roque Sáenz Peña expresaba, tocante á este punto, los verdaderos sentimientos de la nación cuando decía en el Congreso de Washington en términos cuyo alcance estaba suavizado apenas por las exigencias de la cortesía: "—Ciertamente que yo amo á América, pero no puedo ser ni desconfiado ni ingrato con Europa. No puedo olvidar á España, nuestra madre, que contempla con alegría sincera el desenvolvimiento de su antigua colonia, gracias á la actividad de las poblaciones nobles y viriles que han heredado su sangre; no puedo olvidar á Italia, que es nuestra amiga; á Francia, que es nuestra hermana... á Europa, que nos envía trabajadores y perfecciona nuestra vida económica, después de habernos enviado su civilización y su cultura, sus ciencias, sus artes, sus industrias y sus costumbres, cosas todas á las que debemos el acabamiento de nuestra evolución sociológica."

Estas palabras, pronunciadas en pleno *Congreso de las Dos Américas,* merecen ser recordadas, y creo que mis lectores se complacerán en tener noticia de ellas, y más aún habiendo en cuenta lo ocurrido en la emancipación de la Confederación Argentina.

Tracemos, pues, á grandes rasgos la historia de esta importantísima república.

Desde que eran florón de la corona de España las feracísimas colonias del Plata, nunca habían dejado Inglaterra y Portugal, la una por innato instinto de rapiña y el otro por razones de ambición *de vecino,* de codiciar su posesión. En 1804, cuando por ser tan amigos de Francia nos enemistamos con el leopardo inglés, la Gran Bretaña aprovechó la ocasión para echar la garra á Buenos Aires, entrando en esta ciudad, en 1806, en virtud de capitulación, el general Beresford.

Indudablemente, allí se estarían aún los señores ingleses, á no haberles echado los españoles argentinos, acaudillados por el bizarro oficial francés M. de Liniers, en 1807. Pesados como ellos solos los rubicundos hijos de la nebulosa Albión, é inconsolables por escapárseles de las uñas tan rica presa, volvieron á la carga, pero perdieron completamente toda esperanza de usurpación en la terrible batalla de Buenos Aires (agosto de 1808)

Súpose, en el entretanto, en el virreinato de la Plata lo ocurrido en la metrópoli: la abdicación de Fernando VII y Carlos IV, su incalificable entrega á Napoleón, la llegada á España de José I, la creación de la Junta Central, hasta que, al llegar la noticia de la tremenda rota de Ocaña y la consiguiente retirada de la Central á Cadiz,—único punto libre de franceses,—estallaron los mal reprimidos propósitos de alcanzar la independencia. Depúsose al virrey, convocóse un Congreso, eligióse una Junta Suprema para que ejerciese su autoridad en nombre de Fernando VII, y todo el virreinato,—excepto la provincia de Córdoba, en cuya capital residía el digno brigadier Liniers,—secundó el movimiento iniciado en Buenos Aires. Arrojado de Córdoba el valeroso paladín de España, púsose á la cabeza de algunas fuerzas y marchó sobre la capital del territorio, pero fué derrotado; y, habiendo caído en poder de los independientes, hubo de ser pasado por las armas legando á la posteridad un ejemplo de pundonor y amor á España.

El virrey del Perú, Abascal, envió entonces un ejército,—entendiéndose por tal una pobre columna de algunos miles de hombres,—para reducir á la obediencia el virreinato del Plata; pero los argentinos se vieron favorecidos por la suerte: en vez de permanecer á la defensiva, tomaron la ofensiva, y encontrando á los españoles en el Alto Perú (hoy Bolivia) dióse batalla en Chuquisaca, cerca de Potosí, ganando ellos. Acaeció este hecho de armas en noviembre de 1810, y de sus resultas se emanciparon las invadidas provincias.

Nuestra Regencia, á pesar de las urgentísimas necesidades de la guerra que sosteníamos con Napoleón, tuvo aún ocasión de enviar á Buenos Aires un ejército de *¡500 hombres!,* que confió á la *pericia* del general Elío (el inepto y sanguinario héroe de la reacción fernandina de 1814), el cual partió para allá á bordo de una *escuadra,* compuesta de una fragata y una urca.

Entretanto, la *Junta Suprema* de Buenos Aires decretaba la obser-

vancia de una Constitución interina; llegó Elío, á comienzos de 1811; requirió á la Junta la obediencia á las autoridades de la metrópoli; negóse aquélla, y nuestro general apeló á las armas; pero, como no podía menos de suceder contando con tan escasos medios, fué rechazado, y hubo de retirarse á Montevideo, fiel hasta entonces á nuestra causa. La fidelidad de la Banda Oriental terminó, sin embargo, en aquel entonces, pues todo el país, menos la capital, se declaró también en favor de la independencia, desertando de las filas de Elío gran número de soldados y abandonándole sus mejores generales.

Viéndose entonces Elío tan solo, no se le ocurrió nada mejor (¡era un sabio!) que pedir auxilio *al lobo,* esto es, á la corte portuguesa de Río Janeiro, que no deseaba otra cosa que meter la pata en el Uruguay. Apresuróse el rey D. Juan VI á enviarle ocho mil hombres, y, conociendo entonces Elío el grosero desatino que había cometido, trató de reparar su estúpida resolución pidiendo á la Junta de Buenos Aires una suspensión de hostilidades, cosa que se le concedió. También acudió en auxilio de Elío un corto ejército enviado por Abascal desde el Perú; pero fué derrotado en los desfiladeros de los Andes (en el *Desaguadero)* por el general Belgrano.

Entretanto, reinaba la mayor anarquía en el territorio de la actual República Argentina; no era obedecida en provincias la Junta de la capital; Córdoba se regía por un gobierno particular, y veíase aparecer, con la mayor evidencia, el espíritu federalista, ó, si se quiere, separatista.

En vista de que la Junta Suprema no estaba á la altura de las circunstancias, el Cabildo, ó Ayuntamiento de Buenos Aires, convocó otra Asamblea para nombrar otras autoridades (octubre de 1811). La nueva Asamblea eligió un triunvirato compuesto de los Sres. Rivadavia, Pérez y López, el cual triunvirato comenzó por reconocer el derecho de soberanía del Sr. D. Fernando VII sobre la colonia, é introdujo algunas reformas en la administración. No supo, sin embargo, granjearse la estimación del país, y seis meses después fué depuesto por otra Asamblea, la cual, á su vez, fué disuelta por un motín, volviendo el Ayuntamiento de la capital á asumir el Poder Ejecutivo, mientras nombraba otra Junta.

Habían, por un momento, mejorado algo nuestras cosas. Aquel ejército que fuera derrotado en el Desaguadero habíase rehecho y sido reforzado y avanzaba sobre Buenos Aires. Mandábalo, como antes, el general Goyeneche, y constaba de 12,000 hombres, mientras la Junta de Buenos Aires sólo podía oponerle la mitad de dicho número de combatientes, por hallarse el resto empleado en el bloqueo de Montevideo. Afortunadamente para los argentinos, su general Belgrano derrotó al nuestro, obligándole á retroceder, si bien mediaron en tan triste resultado algunas circunstancias que aligeraban la responsabilidad de Goyeneche. Sea

como fuere, creyó éste del caso presentar su dimisión, que le fué aceptada incontinenti por el virrey Abascal.

Precisa decir ahora que, por extraño que parezca, no se había hasta entonces hablado claro respecto á las pretensiones del virreinato de Buenos Aires de alcanzar la emancipación, pues la insurrección argentina sólo había inscrito en su bandera las reformas y mejoras reclamadas del Gobierno de la metrópoli. Reunida, pues, la nueva Asamblea convocada por el Ayuntamiento de la capital (primeros de 1813), decretó que en lo sucesivo las tropas de Buenos Aires no combatirían ya bajo la bandera de grana y oro, que no se administraría ya justicia en nombre de D. Fernando VII, y que se borraría de las monedas la efigie del mismo. Aparte de esto, más doloroso para los borbónicos que para los españoles, que ya desde un principio tuvieron que llorar la pérdida de la fraternidad de las colonias,—pues no era ningún consuelo que los argentinos reconociesen á Fernando VII si dejaban de reconocer la comunidad de la patria,—hay que tributar un aplauso á dicha Asamblea de 1813, pues erigió su principio, antes que otra alguna, la libertad de los esclavos nacidos con posterioridad á la insurrección, así como el viento libre.

Entretanto, todo eran bienandanzas para las armas de los independientes: el ilustre general D. José de San Martín penetraba en el virreinato de Lima para darle libertad; y después de tres años de heroica resistencia por parte de nuestros soldados caía Montevideo en poder de los argentinos, gracias á los buenos servicios del marino Brown, del general Rondeau y del coronel Alvear (1813.)

Agradecido el Gobierno á la conducta de dicho coronel, *bombardeóle* general en jefe y le puso al frente del ejército que operaba en el Alto Perú á las órdenes del inteligente y honrado San Martín. Enfadáronse aquellas tropas y no quisieron reconocer el nombramiento de Alvear. Por su parte, no se enfadó menos el general Rondeau: de ahí violentas disensiones entre los partidarios de uno y otro, de las cuales se aprovechó el federalista general Artigas,—que había alcanzado justo renombre en el Uruguay,—para apoderarse de Montevideo, declarándose jefe de la Banda Oriental y protector de Entre Ríos y Santa Fe (1815.)

Á pesar del pésimo estado en que se encontraba España, abrigaba Fernando VII el propósito de reconquistar las Américas (insensata idea), á cuya noticia preparóse convenientemente el Gobierno de Buenos Aires, muy preocupado ya con las ventajas que conseguía el nuevo virrey del Perú, general Pezuela, que amenazaba invadir el territorio argentino después de recobrar gran parte del Alto Perú, emancipado ya de la metrópoli. En su vista, resignó sus poderes el Gobierno argentino en manos del Ayuntamiento de la capital, al que debía el ser, y dicha corporación, en vista de las circunstancias, creyó oportuno llamar al general Rondeau, revestido de facultades dictatoriales, con el título de

Director. Aceptó Rondeau, y comenzó por asegurarse la cooperación de Artigas (el jefe de la Banda Oriental), reconociéndole como tal; pero el intratable federalista uruguayo no quiso oirle, y dejó que se las arreglara como pudiera. Rondeau, con innegable patriotismo, se apresuró seguidamente á convocar un Congreso Nacional. Reunióse la Asamblea en Tucumán (marzo de 1816), y, una vez constituída, nombró *Director Supremo* al general Martín Puyredon, mostrándose, indudablemente, ingrata con Rondeau, tanto más en cuanto éste acababa de repeler á nuestro Pezuela, que tantos cuidados inspiraba.

El día 9 de julio (1816) proclamóse la independencia de las provincias del Río de la Plata, constituídas en República, notificándose así á los cónsules extranjeros residentes en Buenos Aires. La proclamación fué recibida con entusiasmo; pero, en cambio, prudujo mal efecto el acuerdo de que el Congreso celebrase en lo sucesivo sus sesiones en la ciudad de Buenos Aires, pues era darle á ésta la preferencia, siendo así que todas las capitales se creían con perfecto derecho á ser sede de la Representación Nacional.

No sosegaban los políticos argentinos al pensar en la *formidable* expedición que se suponía iba á salir de España para aniquilarles; como si aquí hubiésemos podido, ni en sueños, pensar en tales grandezas, no habiendo, como no había, en realidad de verdad, bajo el paternal gobierno del rey absoluto, recursos de ninguna especie, ni dignidad, ni dinero.

Tales temores indujeron á Puyredon y al Congreso de Buenos Aires á entenderse con el rey de Portugal y del Brasil para mancomunarse contra la agresión española, brindando al lusitano con la adquisición de Montevideo y de buen trozo de la Banda Oriental. La oferta era ya de por sí harto antipatriótica; pero subió de punto la incalificable fealdad del comportamiento de los emisarios de Puyredon al dejar entrever á D. Juan VI que si quería ponerse de parte de los argentinos, quizás en plazo no lejano "podría aumentarse su imperio con otros territorios", ó, hablando en puridad, que el tal Puyredon transformaría la emancipada colonia española en monarquía constitucional, en cuyo trono podría sentarse algún príncipe de la familia de Braganza. Claro está que no había la corte de Río Janeiro de hacer oídos de mercader á tan ventajosas proposiciones, y, en consecuencia, apresuróse Juan VI á enviar 10,000 hombres para que se apoderasen, como se apoderaron, de toda la Banda Oriental, incluso Montevideo, á pesar de la desesperada resistencia del buen republicano federal Artigas (enero de 1817.)

Tal proceder escandalizó á las Cortes europeas. Al fin y al cabo, tratábase de un timo hecho al rey de España por su colega de Portugal y Brasil. Las potencias enviaron, pues, al de Braganza una nota colectiva desaprobando su conducta. Temiendo entonces Puyredon que Juan VI no devolviese á España la Banda Oriental, envió á su vez otra nota á

aquel soberano, amenazándole con unirse con Artigas y declararle la guerra si no cumplía los compromisos á que se había obligado. Juan VI se dió por notificado, y conservó la Banda Oriental, prefiriendo romper sus relaciones con España que exponerse á una guerra con la República Argentina, y eso que dos hermanas de Juan VI iban á contraer matrimonio respectivamente con Fernando VII y con el hermano de éste don Carlos María Isidro. Sin embargo, hubo el Brasil de evacuar el Uruguay al poco tiempo.

Digamos ahora que ni el *Director Supremo* de la Argentina ni los demás que mangoneaban la cosa pública representaban las verdaderas aspiraciones del país. Ya desde que se dió el grito de emancipación dibujáronse dos muy distintas tendencias entre los ciudadanos del Río de la Plata; á saber: los *unitarios* y los *federalistas*. Puyredon parecía unitario furioso; pero luego resultó que no solamente era eso, sino que era también monárquico. Viendo ahora que las potencias no permitirían que se entronizase ningún Braganza en la nación argentina, volvió los ojos á los Borbones españoles, proponiendo la erección del antiguo virreinato del Río de la Plata en monarquía independiente, cuya corona se ofrecería al príncipe de Lucca.

Respiraron Puyredon y todos cuantos temían tanto la llegada de la anunciada expedición española al saber que ésta demoraba su embarque á causa de haberse presentado en Cádiz la fiebre amarilla, y, aprovechando aquella feliz coyuntura, se apresuró el *Dictador Supremo* á reunir otro Congreso, *elegido* bajo su alta *protección*, el cual Congreso promulgó una nueva Constitución (25 de mayo de 1819) descaradamente unitaria, verdaderamente preparatoria de una monarquía, completándose la obra con la elección de Rondeau como *Director*.

Tan liberticidas tramas llenaron de indignación á los federalistas, que, no pudiendo contener por más tiempo su indignación, se lanzaron á la lucha armada. Púsose á su cabeza el digno general Ramírez, gobernador del Estado de Entre Ríos, y marcharon sobre Buenos Aires. Habiéndoles salido al encuentro Rondeau, fué éste derrotado completamente en Cepeda (febrero de 1820), quedando así desbaratados los planes de los unitarios.

Con la victoria de los federales cambió de aspecto la situación: fué disuelto el Congreso, asumió el Poder Supremo el Ayuntamiento, y éste aceptó con efusión la proposición que hicieron Artigas y Ramírez de unirse con los vencedores de Cepeda para oponerse juntos á los planes de la corte de Río Janeiro; pero el entusiasmo hubo de bajar de punto al recibirse nuevas comunicaciones de los citados jefes federales expresando el deseo de que se reuniese el pueblo en Asamblea y nombrase nuevo gobierno. El Cabildo de Buenos Aires, dando muestras de verdadero patriotismo, acalló sus justas quejas por la desconfianza que la exigencia de Artigas y Ramírez suponía, y procedió á dicha convoca-

ción, verificándose las nuevas elecciones en medio del orden más admirable. (Febrero de 1820.)

En virtud del reintegro de su soberanía eligió el pueblo una Junta de doce representantes, revestidos de facultades extraordinarias y con el mandato imperativo de concluir la paz. La Junta, á su vez, procediendo con tanta finura como tacto, confirmó en su puesto al Ayuntamiento, y nombró presidente á D. Manuel de Larratea. Este se apresuró á avistarse con los generales Ramírez y López, jefes respectivamente de los Estados de Entre Ríos y Santa Fe. La conferencia fué cordialísima; acordóse el más completo olvido de lo pasado, y como resultado de esta concordia entre federales y unitarios se convino en lo siguiente:

1.° Formación de una Confederación de todas las provincias del antiguo virreinato, regida por un Gobierno central.

2.° A fin de librar á la Banda Oriental de los males con que le amenazaba el rey del Brasil, todas las provincias de la Confederación proporcionarían á prorrata hombres y dinero.

3.° Procesamiento del último Gobierno de Buenos Aires.

Este tratado, llamado del *Pilar* y concluído en 23 de febrero (1820), fué comunicado á Artigas y ratificado por la Junta Suprema de la capital. El intransigente caudillo uruguayo no quiso ceder, sin embargo, en virtud de lo cual se vió obligado Ramírez á hacerle la guerra. La suerte no favoreció á Artigas; pero, dando prueba de ser hombre de verdaderas convicciones, no quiso reconocer en modo alguno el nuevo orden de cosas, y emigró al Paraguay.

Pronto se tocaron los beneficiosos resultados del tratado del Pilar. La nación argentina entró, una vez constituído el Gobierno federal, en una era de prosperidad envidiable, manteniéndose al par casi inalterable el orden. Era alma del ministerio el ilustre Ribadavia, de procedencia unitaria, el cual, lo mismo durante el tiempo que desempeñó la cartera de Relaciones Exteriores que en su cargo de gobernador interino de Buenos Aires, mereció bien de la patria por la manera como supo conservar la tranquilidad, mejorar la administración, desarrollar la instrucción popular y fomentar las obras públicas de utilidad general, dejando gratísima memoria, lo mismo por su capacidad y sus talentos que por su honradez y probidad. Retiróse Ribadavia á la vida privada en 1824 por haber resucitado, como no podía menos de ser, las antiguas diferencias entre unitarios y federalistas.

Poco tiempo hacía que había asumido las riendas del poder la *conciliación* unitario-federalista, cuando hubo de ser grave motivo de preocupaciones la guerra que con el Brasil amenazaba. Efectivamente: declarado el Brasil imperio independiente de Portugal (1822), enseñoreóse de la Banda Oriental, anexionándola al territorio con el nombre de *República Cisplatina,* á cuyo acto respondió la Confederación argentina declarando la guerra al emperador D. Pedro I de Braganza. La guerra fué

empeñadísima y larga, y durante su transcurso (es decir, en 1826) fué elevado á la presidencia de la República el digno Ribadavia; pero, no sintiéndose con fuerzas para hacer frente á la situación, pues reinaba la mayor división entre unitarios y federalistas, dimitió su cargo y se retiró á Europa.

Como el Congreso de 1826 era unitario, el partido federal, dirigido por Dorrego, se aprovechó de la dimisión de Ribadavia para apoderarse del mando. Disolvióse la Asamblea y prosiguióse con más encarnizamiento que nunca la lucha con el Brasil, adquiriendo en ella alto renombre el valeroso y hábil coronel Lavalle. Por fin, triunfaron los argentinos. D. Pedro I se convenció de que la Confederación no cedería jamás y se avino á soltar el Uruguay, reconociéndole como Estado independiente, con el nombre de República Oriental.

El coronel Lavalle, que mandaba las tropas vencedoras del emperador brasilero, era ardiente unitario, y por lo mismo propúsose derribar á los federales; apoderóse de la capital, fusiló á Dorrego y, por fin, se concertó, aunque á regaña dientes, una tregua entre los dos partidos. Los federales aprovecharon la primera ocasión que se les deparó para recuperar el poder. Estalló un movimiento, acaudillado por el general D. Juan Manuel Ortiz de Rosas, y éste, que era hombre de gran capacidad militar, venció fácilmente á Lavalle, el cual hubo de refugiarse en Montevideo. Los federales, agradecidos á Rosas, le elevaron á la dignidad de Capitán General de la Confederación Argentina y gobernador de Buenos Aires, que era el cargo anejo á la presidencia de la República (1829.)

Los unitarios, sin embargo, no podían consolarse de su derrota. Conspiraron, pues, y para parar el golpe no vacilaron los federalistas en conferir á Rosas poderes dictatoriales. Lanzáronse al campo los unitarios, mandados por el general Paz; pero fueron vencidos por los generales federales, pudiendo darse por aniquilado el unitarismo, bajo la férrea dictadura del terrible gaucho.

Entonces empezó una serie de persecuciones que recordaban las peores épocas de *terrores*. Rosas cumplía concienzudamente su encargo de no dejar levantar cabeza al unitarismo; pero, cosa que hace honor á su desinterés, al expirar sus poderes en 1832 se apresuró á resignarlos en el seno de la Asamblea, negándose á aceptar de nuevo el mando. En su virtud, fué elegido gobernador de Buenos Aires uno de los más significados *rosistas*, Ramón Valcarce, hechura del caudillo federal.

Por aquel entonces hubieron los patagones de concebir el propósito de arrojar del país á los criollos y europeos; atacaron las poblaciones limítrofes y causaron horrorosos estragos; Rosas se puso á la cabeza de un ejército para reducir á aquellos bárbaros, y en campaña estaba, cuando hubo de tener noticia de que Valcarce estaba desuniendo al partido federalista, con la formación de una disidencia. Al momento dejó Rosas

de combatir á los patagones; marchó con sus tropas sobre Buenos Aires, y como ya sabía Valcarce cómo las gastaba su antiguo jefe, no tuvo por conveniente esperar su llegada, sino que apeló á la fuga (1833). El partido federalista, agradecido á los buenos servicios de Rosas, le brindó con el mando; pero el ex dictador se negó rotundamente á aceptarlo. Continuó, pues, la marcha normal del Gobierno, y sólo al terminar, en 1835, el plazo legal y se procedió á nuevas elecciones, accedió Rosas á presentar su candidatura, siendo elegido por inmensa mayoría. Y se comprende tanta popularidad al parar mientes en que Rosas era el ídolo de las clases trabajadoras y en especial de los indómitos gauchos, sin influir poco, aparte de esto, en la fama de que gozaba el ser, en aquella tierra de centauros, un incomparable jinete y desbravador.

Empuñó, pues, Rosas nuevamente las riendas del Gobierno y continuó en todo su vigor la organización federal de 1829, en cuya virtud tenía cada provincia su Cámara de Representantes, su gobernador, su administración autonómica y sus recursos particulares. El gobernador de Buenos Aires tenía á su cargo la dirección de los asuntos del Exterior y la milicia. Las provincias formaban entre sí una alianza ofensiva y defensiva contra el extranjero, y estaban, además, fortalecidos sus vínculos en virtud de los más favorables tratados de comercio y navegación.

El conjunto de las provincias componía la *Confederación*, cuyo Poder Legislativo estaba á cargo de un *Congreso* compuesto de *Senado* y *Cámara de Diputados*.

Al hacerle, el año 1835, la Cámara de Buenos Aires depositario á Rosas de *todo el poder público*, por cinco años, contaba el terrible jefe de los *colorados* (gauchos) cuarenta y dos años. Era alto, rubio, de ojos azules. "Laborioso, perspicaz, siempre ojo avizor,—dice el excelente historiador de la América del Sur, M. Alfredo Deberle,—veíalo todo y lo conducía todo: ejército, política, hacienda, diplomacia, administración y prensa. Los tratados de 1829 hacían del gobernador de Buenos Aires el representante de los Estados argentinos cerca de las potencias extranjeras. Estas aprendieron á conocer á Rosas en la famosa *cuestión del Plata*, que le engrandeció á los ojos de los americanos y tanto preocupó á Europa y á Francia. El Gobierno de Luis Felipe se había apresurado á reconocer la independencia de las antiguas colonias españolas; pero sus agentes diplomáticos se encontraron en hostilidad con Rosas, que se negó á recibir á uno de ellos, M. de Laforêt, so pretexto de que había ofendido á Chile."

Entretanto, habiendo en el Uruguay ocurrido una revolución que dió el triunfo á los unitarios, aprovecháronse los refugiados argentinos de estas circunstancias y pasaron á la Argentina, acaudillados por Lavalle. En tal situación, tuvo que recurrir Rosas á terribles medios para defender la causa federalista, sin pararse en barras, hasta el punto de

encarcelar á varios franceses (1838). Este acto motivó el bloqueo de Buenos Aires por una escuadra de dicha nación; pero Rosas persistió en su actitud, y aprovechando hábilmente la conducta de Francia se hizo pasar por el defensor de la independencia americana contra las agresiones de Europa. Por fin, en 1840, viendo el ministerio de Luis Felipe que Rosas no llevaba trazas de caer, concluyó un tratado de paz con él, dejando abandonados á la venganza del dictador á los súbditos franceses que, metiéndose en camisa de once varas, habían hecho causa común con los unitarios de Lavalle. Éste cayó prisionero de Rosas en 1841, y, como es natural, fué fusilado.

Al terminar en 1841 y 1846 los poderes de Rosas, fué éste reelegido, sin que debamos, en conciencia, atribuir el hecho á que Rosas fuese tan popular como en 1835, sino á que en la América del Sur, y dada la influencia de que goza el Poder Ejecutivo, nada más fácil que el presidente *entrante* sea elegido á gusto del presidente *saliente*, y Rosas cuidaba de que el *saliente* fuese el mismo que el *entrante*.

Llegó el año 1851, en que debía procederse á nuevas elecciones presidenciales, y, como *de costumbre*, volvió á ser presentado Rosas. Como corrían rumores de que el terrible jefe de los *colorados* se proponía incorporar el Uruguay á la Argentina, lo cual proporcionaría á ésta un aumento de poder muy temible, alarmóse el Brasil, ante el fundado temor de que la poderosa república ejercería propaganda en el imperio para que se instalase también allí igual forma de gobierno.

En tal estado las cosas, uno de los lugartenientes del temido y temible dictador, el general Urquiza, arrastrado por la ambición, pronuncióse contra su jefe, dando con ello pruebas de la más negra ingratitud; y aprovechándose de las malévolas disposiciones del Brasil contra el dictador, así como de las del Paraguay y del Uruguay (amenazados por Rosas de anexión á la Argentina), alióse con dichos Estados, y reuniendo un ejército de 28,000 hombres consiguió derrotar al de Rosas, que sólo contaba con 25,000, en Monte Caseros. De sus resultas, embarcóse Rosas para Europa, y calzóse Urquiza con el poder.

Desde 1832 á 1851 duró la dictadura de D. Juan Manuel Ortiz de Rosas, el cual, debiendo su encumbramiento á los federalistas, hubo de acabar por portarse como el más centralizador unitario, bien que no podía menos de ser así con tan largo ejercicio de la dictadura. Su caída, pues, no tuvo nada de extraordinario; debía su elevación á las provincias, y las descontentó con la insoportable preferencia con que aplicaba al fomento de Buenos Aires los rendimientos de aduanas.

Ya en el poder D. Justo José de Urquiza, hubieron de recibir un desengaño los unitarios, al ver que no quería apartarse de la pureza de la política federal. Fué el caso, en efecto, que hubo Urquiza de convocar una Asamblea Constituyente; pero, en lugar de señalar para su reunión á Buenos Aires, señaló la ciudad de Santa Fe. Irritada la capital con tal

proceder, apeló al retraimiento. Había Urquiza nombrado gobernador de Buenos Aires al general López, federalista; pero viendo éste la actitud de la capital, presentó su dimisión, recayendo entonces el cargo en el general Pinto, presidente de la Cámara Federal y resuelto unitario. Urquiza, entonces, se presentó en Buenos Aires, disolvió la Cámara y nombró gobernador á uno de sus hechuras; pero así que se marchó sublevároase los bonaerenses y nombraron por su capitán general á don Valentín Alsina (1852), declarando al propio tiempo que se separaban de la Confederación.

Por muy importante que fuese la rica y progresiva ciudad, no era bastante, sin embargo, para imponerse al resto del país. La *provincia* de Buenos Aires protestó del movimiento de la *capital,* y acudiendo Urquiza bloqueó ésta, al mismo tiempo que restablecía las buenas relaciones de la República con Europa. Sin embargo, por más que tal resultado hubiese de ser muy beneficioso al país, acostumbrada como estaba la Argentina, bajo la dictadura de Rosas, á desafiar á Francia é Inglaterra, dolióse la gente de que se concediese á dichas naciones la libre navegación por el río de la Plata y el Panamá, con lo cual pudo convencerse Urquiza de que, á pesar de haberse acusado tanto á Rosas por haber ocasionado el cierre de los puertos de la República, resultaba ahora que el país, y aun los mismos colonos y los inmigrantes europeos, preferían dicho estado de cosas á la pérdida de su altanera actitud enfrente del Viejo Mundo. Con eso, no viéndose apoyado Urquiza como se figuraba, hubo de levantar el bloqueo de Buenos Aires.

Reunióse en esto la Asamblea Constituyente que convocara Urquiza para celebrar sus sesiones en Santa Fe, y promulgó una nueva Constitución (1853). Fué nombrado para ejercer el Poder Ejecutivo el propio Urquiza; éste trasladó su residencia á Paraná, y tuvo que reconocer la independencia de Buenos Aires y su provincia como Estado propio.

Y ahora precisa decir, en honor á la verdad, que no les dió malos resultados á los bonaerenses la erección de su provincia en Estado independiente. "El Estado disidente—dice M. Deberle—vió acreditados cerca de su gobierno, por las potencias amigas y por el mismo gobierno federal, agentes diplomáticos y consulares. Mientras que bajo la administración tolerante, ilustrada y firme del doctor Obligado, construía Buenos Aires suntuosos edificios (tales como la monumental Aduana), teatros y palacios, y alumbraba sus calles con el gas y comenzaba sus ferrocarriles, la Confederación Argentina veía renacer, bajo la presidencia de Urquiza, el orden y la prosperidad, y desarrollarse su comercio y su industria."

Como es de presumir, no eran muy cordiales las relaciones entre la República de Buenos Aires y la Confederación Argentina; pero, por fin, llegóse á un arreglo (1854-1855) restableciéndose la mutua confianza entre las dos potencias y siguiendo así las cosas hasta 1859.

Muy contrapuestos resultaban los intereses de Buenos Aires y los de la Confederación Argentina. Monopolizaba la primera todo el comercio, y, como es natural, conveníale la prohibición existente de la navegación por el Plata y el Paraná, lo cual desesperaba á las provincias del interior. Urquiza, entonces, denunció los tratados de comercio de 1854 é impuso á las procedencias de Buenos Aires un crecido derecho diferencial. Y de ahí la guerra.

Toda la Confederación expresó enérgicamente su voluntad de que, de grado ó por fuerza, fuesen reincorporados al Estado Argentino Buenos Aires y su provincia. Resistióse desesperadamente Buenos Aires á tal propósito, y púsose al frente de los combatientes el general Mitre. Urquiza se encaminó hacia la ciudad; topáronse ambos ejércitos en Cepeda, es decir, en los mismos campos en que el general federalista Ramírez había derrotado en 1820 á los unitarios, y perdió Mitre la batalla, volviendo, en consecuencia, Buenos Aires á formar parte de la Confederación Argentina. (Noviembre de 1859.)

Terminó en 1.° de marzo siguiente la presidencia de Urquiza, y fué elegido en su lugar el doctor D. Santiago Derqui; imponíase una política de paz y de conciliación (hermoso ejemplo de consideración guardado al vencido por el vencedor), y, en prueba de las buenas intenciones que animaban á los urquizistas, fué nombrado Mitre gobernador de Buenos Aires. Desgraciadamente, no fué duradera la armonía: renacieron y estallaron las mal apagadas disensiones; volvióse á empuñar las armas; acaudillaba Mitre, con ardor y entusiasmo, á los bonaerenses, y regía Urquiza las fuerzas de la Confederación; pero como ahora no era presidente, tomó la cosa con mucha calma, y aun puede decirse que se portó traidoramente, de tal manera que Mitre pudo llegar hasta donde quiso, sin hallar resistencia. Viéndose, pues, perdido el presidente Derqui, tuvo que huir á Montevideo, firmándose poco después las paces entre Urquiza y Mitre. Y así como Urquiza, después de la batalla de Cepeda, nombró á Mitre gobernador de Buenos Aires, Mitre, vencedor de los confederados, dejó á Urquiza que continuara desempeñando el cargo de gobernador de Entre Ríos (1861.)

Triunfantes los bonaerenses, fué elegido Mitre presidente de la *República Argentina,* y se ordenó que fuese Buenos Aires la capital. La república prosperaba, ésta es la verdad, pero prosperaba *á pesar del Gobierno,* pues no era muy halagüeña la situación. Necesitamos para explicar eso entrar en algunas explicaciones preliminares.

No eran nada cordiales las relaciones que entre la Argentina, el Paraguay y el Uruguay existían: temíanse estas dos últimas repúblicas de las aspiraciones anexionistas de la primera. Llegó el año 1864, y súpose que andaban en tratos Mitre y el emperador del Brasil para apoderarse de la Banda Oriental; y como esto era una amenaza para la independencia del Paraguay, salió el presidente de esta república, general don

Francisco Solano López, protestando enérgicamente contra tal atentado. Mitre, entonces, olvidando toda solidaridad de las repúblicas hispano americanas contra el régimen monárquico, se alió con el emperador del Brasil para hacer la guerra al Paraguay (1865)

Mientras el Gobierno argentino se entretenía en pelear con Solano López, iba de mal en peor la situación del país, políticamente hablando, pues en cuanto á prosperidad material no había por qué quejarse. Aumentaba la inmigración, tomaba incremento la exportación de lanas; pero, con todo, la Hacienda pública se encontraba en mal estado, debiéndose quince meses de pagas al ejército.

Hemos dicho que la situación política era poco halagüeña. Y en efecto: en tanto Mitre sufría derrota tras derrota en el Paraguay, Urquiza gobernaba *su* Estado de Entre Ríos como verdadero dictador; las provincias de la orilla derecha del Paraná pretendían declararse independientes; los indios cometían mil desaguisados; la juventud se resistía á dejarse quintar para ir á morir de las balas paraguayas; sobrevino una profunda crisis financiera; el Gobierno andaba dividido respecto á la alianza con el Brasil; Chile no disimulaba su enojo por la agresión de que era objeto la varonil república contra las que esgrimían sus armas argentinos é imperiales. Y, sin embargo, repetimos que el comercio prosperaba y que se fomentaban los elementos de riqueza del país. El hecho, sin embargo, no es extraño, pues lo mismo ha ocurrido otras veces en estas jóvenes naciones americanas en las que las alteraciones del orden público no trastornan tanto como en Europa las transacciones comerciales.

Fué reemplazado Mitre por el doctor Sarmiento (1868), distinguido publicista que se había distinguido lo mismo en el bufete que en el campo de batalla combatiendo á Rosas. Había merecido Sarmiento bien de la patria por haber fomentado durante su ministerio (bajo el presidente Derqui) la educación popular. Era conocidamente unitario, entendiéndose este término como sinónimo de partidario de la preeminencia de Buenos Aires sobre las provincias. El buen Sarmiento hizo un viaje por la confederación, en 1870, y de paso por San José (capital del Estado de Entre Ríos) visitó á Urquiza, que le colmó de obsequios. Poco después, Urquiza era encontrado cosido á puñaladas.

El golpe había partido, sin duda, de los *colorados,* ó federalistas. No había transcurrido mucho tiempo desde el trágico fin del caudillo, cuando aparecían algunas partidas insurrectas, al mando del federalista López Jordán, durando muchos meses las hostilidades.

Terminó el plazo presidencial de Sarmiento en 1874, y el país conservó los más gratos recuerdos de su gestión. Durante su presidencia, en efecto, adquirió envidiable desenvolvimiento la instrucción pública; organizóse perfectamente el ramo de correos; adquirió lisonjero desarrollo el consumo de papel, base para apreciar la cultura de una

nación; construyéronse importantes obras públicas, especialmente carreteras, ferrocarriles y telégrafos; alcanzó grande incremento la importación de máquinas; levantáronse suntuosos edificios en las principales ciudades; creáronse numerosos establecimientos científicos, y, por fin, se echaron las bases de la industria nacional.

Presentáronse para sustituir á Sarmiento dos candidatos: el doctor Avellaneda, secretamente apoyado por los jesuítas, y el general Mitre. Alcanzó el triunfo el togado, el cual tomó posesión en octubre de 1874; pero acto seguido se levantó en armas el derrotado militar, protestando de la validez de la elección de Avellaneda. Este envió contra Mitre un ejército que puso á las órdenes del digno doctor Sarmiento, su antecesor, y éste, con no ser más que un pedagogo, venció al *Brigadier general de la Confederación Argentina* (que este grado tenía Mitre), quedando luego la República como una balsa de aceite.

La administración de Avellaneda distó mucho de ser tan fecunda en beneficios como la de Sarmiento, y al finalizar el período presidencial, en 1881, fué el doctor reemplazado por el general D. Julio A. Roca, hombre de brillante reputación por sus campañas de Patagonia y de ideas paladinamente democráticas. El triunfo de Roca, sin embargo, fué muy laborioso. El general se presentaba en son de *candidato de las trece provincias,* y su competidor, D. Carlos Tejedor, contaba á su vez con el apoyo de la *provincia de Buenos Aires,* de la cual era gobernador, apoyándole Avellaneda con todas sus fuerzas. Contando, pues, Tejedor con la aquiescencia de dicho Avellaneda, presidente aún, se sublevó *contra el Gobierno* (no contra Roca); pero el doctor Rocha, ministro á la sazón, hizo entender á Avellaneda que era preciso someter á Tejedor. El presidente, pues, tuvo que dar su brazo á torcer, enviando tropas contra el travieso gobernador de Buenos Aires, y le obligó á retirar su candidatura, alcanzando Roca grandísima mayoría de votos.

El programa de Roca, esto es, el del partido democrático, contenía las siguientes declaraciones:

Mantenimiento de la libertad en todas sus manifestaciones, armonizando su ejercicio con el orden público y la paz.

Reconocimiento de todos los principios democráticos.

Fomento de la instrucción popular; fomento de la inmigración, esforzándose en identificarla con la población indígena.

Apoyo á todo lo que pudiese contribuir al progreso y adelanto del país.

Desarrollo de una política de concordia, garantizándose á cada partido la manifestación de sus aspiraciones, dentro de la legalidad.

Estrechamiento de relaciones con todos los países.

Digamos ahora, en honor á la verdad, que el general Roca puso en práctica desde luego las manifestaciones contenidas en su programa, dejando buena memoria de su presidencia. Entonces empezó aquel enor-

me desarrollo de la prosperidad argentina, que por sus mismas fabulosas proporciones bien se veía que no podría ser duradero; pero tuvo la suerte Roca de no ver realizarse bajo su administración lo que algunos espíritus perspicaces preveían ya.

Fué reemplazado el general en 1887 por el doctor Juárez Celman, cuyo nombre se ha hecho famoso en todo el mundo, como íntimamente ligado al gran krack financiero de 1890. Durante la presidencia de Juárez Celman, llegó á su apogeo la fiebre bursátil que se había apoderado de la Confederación Argentina. Había Inglaterra enviado á la República del Plata mil millones de libras esterlinas, en oro, en forma de empréstitos destinados á la construcción de ferrocarriles, puertos y otras obras públicas; pero ello es que dicho metálico debió de volatilizarse, pues al llegar 1890 surgió una espantosa crisis económica, motivada por la excesiva circulación de billetes y, sobre todo, por el agio, desarrolladísimo desde que dicho Celman fué elevado á la presidencia.

Corría el mes de julio del citado año, cuando estalló aquella insurrección militar que tanto interés dispertó en Europa. Después de varios trances, ofreció Celman su dimisión (por pura fórmula); pero hubo, al fin, de largarse de veras, sucediéndole el vicepresidente Sr. Pellegrini, con el apoyo del general Roca. Llegada la época de proceder á nuevas elecciones, fué elegido el Sr. D. Roque Sáenz Peña, de quien se dice que apela á medidas terroríficas y que es muy partidario de los unitarios, favoreciendo á éstos cuando se rebelan contra las autoridades provinciales.

Digamos algo ahora sobre el mecanismo gubernamental de esta república.

Después de la larga serie de convulsiones que ya hemos visto, y terminadas las luchas entre unitarios y federales (1852), alcanzó la nación argentina la plena posesión de sus destinos, adoptando el texto de la Constitución de los Estados Unidos y sus doctrinas federativas, pero sin que hubiese adquirido todavía toda la necesaria seguridad el principio de la unidad nacional. Alcanzóse esto, por fin, en 1880, durante la presidencia de Avellaneda. En virtud de un pacto constitucional, las provincias confederadas reconocieron una misma ley civil, comercial, penal y política. Buenos Aires es la *capital nacional* (la capital de su provincia es La Plata), la sede del poder nacional ejecutivo, legislativo y judicial, sin que por eso deje cada Estado de conservar su autonomía. "Teóricamente,—dice un escritor,—la Constitución argentina tiene lo que es menester para impedir la preponderancia de cualquiera de los rodajes del mecanismo y para restringir, en particular, el poder y la influencia del presidente, que se supone no ser sino el jefe del gabinete, elegido por determinado número de años y encargado de presidir á la ejecución de las leyes y tratados que la nación ha elaborado y votado por intermediación de sus representantes. Pero, como explica muy bien

M. E. Daireaux, los doctrinarios que declaran peligrosa la presencia de un jefe supremo á la cabeza de una República encontrarían, para militar en favor de su teoría, numerosos argumentos en el espectáculo que ofrece la elección de este magistrado, en virtud de las complicadas formalidades exigidas por los autores de la Constitución americana, en la importancia que confiere al personaje favorecido esta larga incubación, y, en fin, en la perturbación que esta incubación y el resultado á que conduce producen fatalmente en el país, en su comercio, en su industria, en su paz social, en la unión de las familias y en la de los ciudadanos. Puede hasta decirse que la situación política pone trabas continuamente y pone perpetuamente en peligro la prosperidad social de la nación.

"Sin embargo, el ideal de la Constitución argentina es el mismo que el de la Constitución de los Estados Unidos. Ambas hacen del presidente el jefe responsable del gabinete, y ambas dan por ayudantes á este presidente cinco ministros, ó secretarios irresponsables, que pueden ser interpelados por las Cámaras respecto á sus actos, sin que el voto emitido influya en lo más mínimo en sus carteras. Esos seis personajes, que constituyen el conjunto del poder ejecutivo, tienen numerosas atribuciones, pero ninguna de ellas con carácter independiente: cada una está sometida á una regla, á una salvaguardia ó á un contrapeso.

"Si la letra y el espíritu de la Constitución argentina fuesen observados, sería la realización del ideal. Los autores de esta Constitución han previsto, sin duda, que no sería así; y como han comprendido todos los peligros que lleva consigo la elección de un presidente, se han esforzado en hacer esta elección excesivamente complicada.

"De ahí resulta que la elección presidencial es el alfa y el omega, la incesante preocupación de toda la vida política del país, y al mismo tiempo la causa del aniquilamiento completo de la vida política considerada en el verdadero sentido de las palabras. El voto del ciudadano queda, en efecto, suprimido, y por este hecho inicial queda falseado el mecanismo entero. Sea como fuere, en todas las elecciones locales (elecciones de gobernadores de provincias, que se renuevan cada tres años, elecciones de las Cámaras providenciales, elecciones de los diputados y senadores del Congreso Nacional), tienen invariablemente en vista la futura elección del presidente de la República, por lejana que sea la fecha.

"En la República Argentina el mecanismo de la elección presidencial es el siguiente: el presidente es elegido por seis años é instalado el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América. Durante el último año del mandato presidencial tienen efecto muchas elecciones. El 12 de febrero se renueva la tercera parte de los senadores y diputados del Congreso Nacional que dirá la última palabra en la elección del futuro presidente. El 12 de abril se celebra en cada provincia la elección de los electores de segundo grado. Estos electores, escogidos con exclu-

sión de los individuos del Congreso y en número doble para cada provincia, se reunen el 12 de junio para designar el candidato á la presidencia que merece sus preferencias. Estos delegados proceden á esta operación en las capitales de sus respectivas provincias, é inscriben los nombres del presidente y del vicepresidente de su elección en una papeleta de voto personal firmada con su nombre. Todas esas papeletas son remitidas á la Legislatura provincial, que las pone bajo sobre y sella y las trasmite al presidente del Congreso Nacional. Éste las abre y las examina en presencia de dos terceras partes, á lo menos de los individuos de la Asamblea. Si el candidato á uno de los cargos ha obtenido mayoría absoluta, es inmediatamente declarado elegido por el Congreso; pero si ningún candidato alcanza mayoría absoluta, el Congreso escoge entre los que han obtenido más votos y elige en una sola sesión el presidente y el vicepresidente.

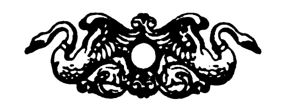
"Todo eso es perfecto en teoría; pero sucede en la práctica que la influencia del presidente en funciones es preponderante: tan esmerado y minucioso se muestra en el ejercicio de su comprobación, tanto prestigio y poder real tiene. ¿No tiene á su disposición la fuerza armada? ¿No tiene, sobre todo, el famoso *derecho de intervención* que le adjudica una pequeña cláusula cuyas disposiciones bastan para demoler por sí solas todo el edificio tan ingeniosamente equilibrado de la constitución? En virtud de esta cláusula, el presidente está autorizado para declarar en estado de sitio toda provincia en que juzgue á propósito considerar perturbado el orden público, ó simplemente comprometido; y puede ejercer esta prerrogativa sin que haya pedido su intervención ó protección ninguna de las autoridades locales. Este derecho de intervención ha sido naturalmente transformado en un arma electoral formidable."

En suma: el presidente tiene casi en sus manos la elección de su sucesor, de igual manera que cada gobernador de provincia nombra el suyo. Afortunadamente, las perturbaciones políticas, casi normales en las Repúblicas hispano-americanas, afectan sólo superficialmente el país, y raras veces llegan á trastornar la paz pública. Sólo se experimenta alguna agitación en la capital, muy poca en las provincias. La mayoría, la inmensa mayoría de la nación, diseminada por las Pampas ó por las montañas de los Andes, se muestra indiferente y no sale de su acostumbrado paso. Los que en todo caso se agitan, los *politicians,* son los criollos (1). Los demás se desinteresan por completo de las luchas políticas, y entre esos *demás* comprendemos los indígenas, los inmigrantes y los indios.

Tal es á grandes rasgos la historia de la joven República, debiendo ser para todo español motivo de íntima satisfacción ver como han ido

(1) Indígenas nacidos de padres españoles.

borrándose los antiguos odios, el desprecio á los *gringos,* estrechándose, en cambio, las cariñosas relaciones que deben unir á los Estados de Hispano-América con la antigua Metrópoli. Ya se empieza á *distinguir* entre los que tiranizaron á América y los que la favorecieron, y el general Mitre ha podido escribir con tan noble imparcialidad como estricta justicia *"que el liberalismo español contribuyó tan directamente á la emancipación de América como los esfuerzos de los mismos americanos."*





CAPITULO III

El Estrecho de Magallanes y el Canal de Smyth

Por qué caí en la tentación de *llegarme* hasta la *Tierra del Fuego?* ¿Por qué, en lugar de tomar el ferrocarril de Mendoza, subí en el tren que debía llevarme á Bahía Blanca? Imposible parecerá mi explicación, pero es la verdad: por el simple, único y exclusivo deseo de curiosear; por no poder resistir al deseo, natural en un ex catedrático de Geografía é Historia, de *rendir un homenaje de respeto* á la memoria de Magallanes y Sebastián Elcano, y, por fin, por haberme pintado el tal viaje con los más risueños colores mi amigo el barítono F***, que no sé cuántas veces ha pasado por allí, yendo de la corte occidental á la oriental á cantar el *Barberillo*, el *Salto del pasiego* y *El toque de ánimas.*

Ocupa la Patagonia el extremo meridional de la América del Sur, desde los 40° á los 50°, estando habitada, en su mayor parte, por una hermosa raza india, nada cruel, principalmente dedicada á la caza. Divídese en las tres *gobernaciones* de Río Negro, Río Chupat, ó Chubut, y Santa Cruz, de Norte á Sur.

En el valle del Chupat se ha establecido una colonia de emigrantes del país de Gales, de cuya prosperidad se hacen lenguas... los que tienen terrenos que vender allí: trátase de terrenos de pasto. También se dice que es un gran país para la ganadería el valle de Río Negro; pero lo mismo éste que el otro habrán de tardar muy mucho en verse favorecidos por la colonización, pues no hay ferrocarriles que les pongan en comunicación con los puertos ó centros comerciales. La única línea que se puede utilizar para ir á Patagonia es la que partiendo de Buenos Aires termina en Bahía Blanca, es decir, aún algo al N. de la antigua

frontera argentino-patagona. Trátase, sin embargo, de construír un ferrocarril transversal que, partiendo de la bahía de San Blas, entre las desembocaduras de Río Colorado y Río Negro en el Atlántico, termine en Valdivia, puerto meridional de Chile, en el Pacífico, atravesando, por consiguiente, los Andes por Araucanía.

Así, pues, una hermosa tarde de mayo diríjome á la plaza de la Constitución, donde está la estación del Mediodía, y tomo mi billete, en *sleeping-car*, para Bahía Blanca. La tal estación es tan soberbia, que



MONTE SARMIENTO (TIERRA DEL FUEGO)

dudo tenga rival en Europa. Ostenta una escalera de mármol que no puede ser más monumental. Las oficinas, las salas de espera, el patio, los andenes, cubiertos por un techo de hierro y cristal del más exquisito gusto, los inmensos tinglados para mercancías, todo es de una grandiosidad incomparable. El material móvil ha sido adquirido en Inglaterra y se distingue tanto por su comodidad como por su lujo. Los coches ordinarios son de modelo norteamericano; los *sleepings-cars* están construídos á la europea, divididos en departamentos de cuatro camas cada uno y decorados con un lujo de espejos que asombra. En cambio, no hay cortinillas ni cortinas. En suma: unos coches dignos de un príncipe, solamente que todo está sólidamente clavado, y no hay nada *suelto*.

Instalado en el *sleeping*, entreténgome en mirar á la luz de la luna el paisaje por donde atravesamos: primero los barcos y los almacenes de Barracas; luego las huertas, casas de campo y aldeas que rodean la populosa capital; desaparece lo poblado y éntrase en la región de los

trigos; déjase ésta y se llega á la región de los pastos, sembrada de oscuras y movedizas siluetas, que son los ganados. Y nada más...

Al día siguiente encuéntrome en medio de la pampa; una Mancha de un verde agrisado, pero no desierta, sino poblada... de animales: manadas de caballos, rebaños de bueyes, rebaños de carneros; bandadas de patos, de ocas, de cisnes, de perdices, de cuervos, de terromonteros; manadas de ciervos; manadas de avestruces. Surcan los aires ora un halcón, ora un aguilucho. Sólo muy de tarde en tarde en la implacable llanura vese, como un aduar en el desierto, un grupo de chozas de ladrillo crudo ó de adobe, de forma cúbica. Es un *centro agrícola.*

Si por acaso el centro agrícola es algo importante por el número de chozas, para á la categoría de villa, verbigracia, Pigue, Tornquist, y cuenta con estación, y parada, y hasta *Fonda ú Hotel.* Esto es lo primero que nace en toda villa incipiente de la Pampa. Después de la fonda viene la tienda de quincalla, ó *corralón;* sigue el molino; á éste las *barracas,* ó granjas.

Donde hay estación acuden, desde lejanos puntos, las *carretas,* fiel remedo de las de Castilla, tiradas por seis ú ocho yuntas de bueyes, y guiadas, por lo general, por vascongados. ¡No deben de sufrir poco los pobres carreteros, teniendo que transitar por tal terreno, blando y pantanoso! Viven en estas colonias, ó centros agrícolas, emigrantes vascongados, reconocibles por su boina, italianos franceses, y gauchos, que se distinguen por sus largos ponchos, su faja guarnecida de monedas de plata, sus anchos pantalones negros ó rayados y su sombrero.

Las *estancias* se diferencian especialmente de las colonias. Son vastas heredades (á veces de 90 leguas cuadradas), propiedad de particulares ó compañías. En ellas viven innumerables rebaños al cuidado de los gauchos. Hay estancia, como la de Casey, que cuenta con tres estaciones, cruzándola el ferrocarril en un trayecto de 50 kilómetros, estando rodeadas en todo su círculo por vallados de alambre.

La vista, fatigada con tanta monotonía, alégrase al divisar, por fin, las colinas de Sierra de la Ventana, que se contornean; crúzase el Naposta, y, por fin, llégase á Bahía Blanca á las tres de la tarde, después de casi veinte horas de tren.

La ciudad está emplazada en una llanura, á 5 kilómetros del mar. A la verdad, no está sino hilvanado todo. Es una población que empieza, pero que llegará á ser mucho. Hay allí una gran plaza, donde brilla por su ausencia la policía urbana, y en torno de ella la casa del Cabildo, la iglesia, un cuartel, la Comisaría de policía, los consulados de España, Inglaterra y Dinamarca, vastos almacenes, dos cafés-billares y el *Hotel de Londres,* que no es ninguna maravilla, ni muchísimo menos. Hay una calle empedrada. Las demás no lo están; pero, en cambio, hay unos charcos que recuerdan á Venecia. No se debe aconsejar á ningún inglés con esplín el viaje á Bahía Blanca. El puerto se ve concurrido por bastantes

vapores que van á cargar lana y á descargar hierro y carbón. Población, 13,000 habitantes.

Los alrededores son algo alarmantes en el sentido de que están plantados de viñedos, que, al parecer, se dan muy bien. Abundan en los contornos las quintas de recreo y las *chacras*, ó cercados, en que se cultivan hortalizas, alfalfa y los viñedos susodichos.

En cuanto al puerto, se han empeñado (como sucede con muchos puertos) en crearle una mala reputación, hasta el extremo de murmurarse que algunos navieros han enviado á naufragar en él sus barcos viejos para cobrar el seguro. Puede que sea así; pero á ojos vistas se comprende que con el tiempo habrá de ser Bahía Blanca el gran centro comercial de la región del Sur argentino y el puerto natural de las provincias andinas de la Confederación. Cerca de Bahía Blanca existen unas copiosas y muy productivas salinas.

Ya se comprenderá que la existencia que se lleva en las villas y colonias de la Pampa no recuerda, ni aun siquiera vagamente, la de Atenas ó la de la levítica Toledo.

Aprovecho la escala de un vapor hamburgués que, procedente de Montevideo, se dirige al Callao, y me embarco intrépidamente con pasaje hasta Corral.

Por espacio de tres días navegamos á vapor y vela, divisando por estribor aquella costa oriental de Patagonia, tan llena de recuerdos para nosotros: allí el golfo de San Matías, allí la *Bahía del Engaño, Bahía de Camerones, Cabo Blanco, Puerto Deseado, Bahía de los Desvelos, Puerto de Santa Cruz*...

Estas mismas aguas surcaban el año de gracia de 1520 cinco naos españolas, armadas en la Casa de Contratación de Sevilla: llamábase la capitana *Trinidad*, y las otras *San Antón, Vitoria, Concepción* y *Santiago*. Iban á bordo de ellas 237 hombres, entre soldados y marineros. Piloto mayor, Juan Serrano. Capitán, Fernando Magallanes.

Habían partido de Sanlúcar de Barrameda las cinco naos el 20 de septiembre de 1519 é iban á buscar un camino que condujese á las Molucas con más brevedad que el que seguían los portugueses por el Estrecho de Malaca y China.

La escuadrilla recaló en Tenerife. Fué desde allí á las islas de Cabo Verde, y de Cabo Verde á Cabo de San Agustín, en el Brasil. Costeando siempre, llegaron á últimos de marzo (1520) á Bahía Blanca, en medio de un frío horrible, nevando reciamente. Atraídos por la asombrosa novedad, llegáronse á la marina los indios, maravillados *de tan grandes navíos y de tan chicos hombres*. Eran los naturales unos gigantazos y pretendían meter miedo á nuestros españoles metiéndose por las fauces una flecha, sin conseguir otra cosa que provocar la risa de la valerosa gente aventurera.

Extraña era su facha, sin embargo: traían los larguísimos cabellos

pintados de blanco, trenzados con un cordel, y atadas á la trenza sus saetas; afeitada la coronilla, como los clérigos; pintarrajado de amarillo el rostro, vestidos con pellejos, calzados con abarcas, facha que aumentaba aún el imponente aspecto de su estatura de jayanes.

Inútil era pretender entenderse con palabras. Los españoles les convidaban á entrar en las naos. Hacíanles señas ellos de que entrasen en sus chozas. No sabían los nuestros que fuese miedo ni temor, y allá se fueron, con ellos, siete arcabuceros, dos leguas adentro. Allí se encontraron con una choza tejada de cuero, en medio de un espeso bosque. La choza estaba repartida en dos aposentos: uno para los hombres, otro para las mujeres y niños, y se albergaban en ella cinco gigantes, y trece entre madres é hijos, negros todos como la pez: singular color en tan fría tierra.

Nuestros arcabuceros tienen hambre. Los jayanes les dan á comer trozos de anta mal asados. Agua ni gota. Por lecho unos zamarrones, al amor de la lumbre. Pasóse la noche en gran recelo: los jayanes de los españoles; los españoles de sus huéspedes.

Amaneció, por fin. Los arcabuceros, dada tal prueba de confianza á los indios, les invitan ahora á ir con ellos á ver las naos y al capitán; pero los jayanes, poco fuertes en achaques de cortesía, niéganse en redondo. No eran nuestros aventureros modelo de comedimiento ni respeto, y les agarran para llevárselos por fuerza. Los jayanes se resisten; entran en el aposento de las mujeres y reaparecen más pintados aún que antes los rostros (fierísimos y espantables), blandiendo arcos y flechas, y amenazando con matar á los extranjeros si no salían de la choza. Los nuestros, echándose á reir de tales amenazas, disparan un arcabuz. El estruendo y la llamarada confunden á los indios, y aviénense tres de ellos á seguir á los extranjeros.

Andaban los gigantes tan de prisa que no podían seguir su paso nuestros españoles. En breve desaparecen dos de ellos; pero el tercero llega mansamente á bordo. Conveníale á Magallanes dejarle buena impresión, y así procuró agradarle. Hizo que le dieran de comer, y, aunque muy ceñudo, comió: queso, tocino, bizcocho, y no dejó de gustarle el vino. Mostráronle un espejo, se miró en él, y se asustó de un modo que daba risa y compasión al mismo tiempo. Después ya no se le trató tan bien: quisieron probar qué fuerza tenía, y en aquel pugilato experimental resultó que no bastaban ocho hombres para sujetar al pobre indio. No por hacerle daño, sino por continuar *el experimento,* le echaron unos grillos. El desdichado indio bramó entonces de cólera; ya no quiso comer más, y de coraje se murió. Los marineros le midieron, y vieron que alcanzaba once palmos; pero otros, como se vió después, alcanzaban trece; y como aquellos indios tenían unos pies muy grandes, les llamaron *patagones.*

Determinó Magallanes invernar allí, y mandó construir algunas ca-

bañas; pero aquella vida era lo más triste que podía concebirse; sufríase horriblemente con el frío; de hambre murieron algunos. Continuó la navegación siempre en busca del famoso *paso* de uno á otro mar. A cada momento, una ilusión marchita. De ahí esos nombres: *Bahía del Engaño, Puerto Deseado, Bahía de los Desvelos.* En agosto llegaba la expedición á una bahía que llamaron de *San Julián*.

Los capitanes de la flota, desalentadísimos, rogaron á Magallanes se volviese á España: la falta, la necesidad, el peligro, las nieves, el mal



INDIOS PATAGONES

tiempo, todo aconsejaba se abandonase la temeraria empresa. Magallanes respondió que jamás se allanaría á pasar por tal vergüenza. No habían navegado aún todo lo que se podía. Si se subía á 65°, como era el caso en los viajes á Islandia, Escocia y Noruega, también á 65° se podía bajar. Los capitanes se sublevaron, y embarcáronse. Magallanes se embarcó también, obedeciéndole únicamente otra nao: las tres restantes se disponían á regresar á España. Pudo, por casualidad, apoderarse de una de las tres, y entonces se le rindieron las otras dos.

Y aquí de las justicias de Magallanes. Mandó ahorcar á los capitanes de las dos naos rendidas, y dejó abandonados en tierra al piloto Juan de Cartagena y á un clérigo, con sendas espadas y un saco de galletas, para que allí, "ó se muriesen, ó los matasen". El terrible castigo dejó aterrados á todos, y Magallanes ordenó continuar el viaje, siempre rumbo al Sur.

El día de San Bartolomé zarpaba la flotilla de la bahía de San Julián, y proseguía la navegación, pegados los buques á la costa. Doquiera se abría una ensenada, todo era mirar, para ver si era aquel su anhelado paso. ¡Nunca con él se daba! Llegan á un golfo. Allí hay agua adentro. ¡Es un río, no el mar! Llamaráse *Puerto de Santa Cruz*, y *Río de Santa Cruz*. Un terrible ciclón arroja contra las rocas á la nao *Santiago*, que se estrella, aunque pudiendo salvarse la tripulación. "Tuvo entonces Magallanes miedo grandísimo, y anduvo desatinado, como quien andaba á tiento. Estaba el cielo turbado, el aire tempestuoso, la mar brava y la tierra helada". Adelante siempre, siempre al S. Treinta leguas más allá llegan las naos á un cabo. Es el 21 de octubre, día de Santa Úrsula: llamaráse el *Cabo de las Vírgenes*. 52° 5 de la línea equinoccial.

Creyó Magallanes haber encontrado, por fin, el anhelado paso ó estrecho, tan infructuosamente buscado desde las más remotas costas del Norte hasta las más apartadas regiones del Sur de las *Indias Occidentales*... ¡No se había equivocado esta vez! ¡Era el estrecho! Por allí embocaron la *Trinidad*, la *Vitoria* y la *Concepción*. El *San Antón* perdió el rumbo y regresó á España. Mandaba la *Vitoria* nuestro Juan Sebastián Elcano, el primero que haya dado la vuelta al mundo.

Pero dejémonos de historias. Bueno era que al explicar mi *asignatura* me permitiera esos recuerdos; pero no explico en clase, sino que escribo para el público. Digo, pues, que á los tres días de haber levado anclas de Bahía Blanca doblábamos el *Cabo de las Vírgenes*, cruzábamos, sonda en mano, el banco de arena de Sarmiento; veíamos levantarse á nuestra derecha la silueta del faro Dungeness, ya en pleno estrecho; después Punta Delgada á la izquierda, donde hay un establecimiento de ganadería en cuyas praderas pacen más de 80,000 carneros, y, por fin, zigzageando por entre unas costas bajas, echamos anclas en la isla de Santa Marta.

Al día siguiente proseguimos nuestra navegación: á la luz de un día nublado, vese el agua de un color verde claro, singularísimo, como el de un lago de Suiza. Seguimos sorteando las sinuosidades del Estrecho; el paisaje es soberbiamente dramático, desesperado, salvaje, peligroso, y, según todos los visos, eminentemente inhospitalario. Por babor vense las nevadas cimas de algunos picachos de la Tierra del Fuego: Monte Darwin, que tiene 7,000 pies de altura; otros picos y agujas de 3 ó 4,000.

Tranquilicémonos, sin embargo. "En Usuwaia, en el canal de Beagle, á los 54° 49' latitud S., y 68° 18' longitud O.,—dice la carta del Almirantazgo inglés,—encuéntrase una estación de misioneros británicos que constituye un lugar de refugio para los marinos náufragos". *I thank you*. Y por si la advertencia no fuese suficientemente aterradora, el digno Almirantazgo da, para los casos de siniestro, unos avisos que hacen poner de punta los cabellos. ¡El diablo se lleve á mi querido amigo el

barítono F***! Y sigue el Almirantazgo, siempre en su humanitario afán de tranquilizarnos: "Hase operado un gran cambio en las disposiciones de los indígenas en general. Los indígenas del Yagán, desde Cabo San Diego á Cabo de Hornos, y desde ahí á la costa de la península de Brecknock, merecen *alguna* confianza!" ¡Que no tengamos que recurrir, Señor, á esos indígenas! Porque, según he oído decir á bordo, son tan pillastres y salvajes que *¡Mylord Jesus* nos libre de ellos!

Rumbo al O. siempre. Henos ahí llegados á la vista de isla Isabel.



PUNTA ARENAS

Á babor vemos levantarse magnífico é imponente *Monte Sarmiento*, ya al S. de la Tierra del Fuego. Su elevación sobre el nivel de mar, 7,330 pies. Cubierto todo él de nieves perpetuas, es un *monumento* que hace honor al digno ex presidente de la Confederación Argentina, aunque no convida á acercarse para admirar sus bellezas.

Y así continuamos navegando por espacio de 30 kilómetros más entre la costa de Patagonia y la de Tierra del Fuego hasta fondear en la hospitalaria ciudad de Punta Arenas, el *Finisterre* de la América del Sur.

Era de noche, y llovía á mares, cuando anclamos en la bahía. Al rayar el alba damos aviso de estar allí, y llega la Sanidad. Por fin, podemos desembarcar; pero el muelle está tan dejado de la mano de Dios que, como el mar estuviese algo picado, nos vemos en la dura necesidad de, en vez de *saltar* en tierra, llegar á ella *izados* como un fardo.

La bahía es muy curiosa por la calidad de las embarcaciones en ella fondeadas: allí están dos viejos cascos de fragatas, convertidos en almacenes de carbón, varios pailebots norteamericanos, polacras costeras, un crucero chileno y diversos vapores. En cuanto al pueblo, emplazado en el llano, poco tiene que ver, reduciéndose á almacenes, cobertizos, cabañas de madera con pretensiones de casas, tinglados y casitas de techo en doble pendiente, como los *chalets* suizos ó alemanes. País de lluvias



CABO FROWARD Y MONTE VICTORIA

y de nieves. Casi todas las casas están pintadas de blanco, y algunas de encarnado.

Punta Arenas contiene hoy poco más de 900 habitantes, pues, como se comprenderá, requiérese una vocación muy especial para irse á vivir aquí *á la fin del mundo*. El número de moradores de la *capital* es aún excesivo, sin embargo, comparado con la población total del *Territorio de Magallanes,* que no pasa de 2,100 habitantes, de los cuales son extranjeros unos 800 El comercio está principalmente en manos de alemanes ó de ingleses. Hay también algunos españoles.

Punta Arenas es puerto franco. Verdad es que si no lo fuese es dudoso que pareciese ningún barco por su bahía. Constituye esta población el gran centro de abastecimientos de las colonias ganaderas establecidas en la Patagonia Meridional, en las inmediatas islas Malvinas y en el archipiélago magallánico, siendo de notar que la mayor parte de los buques empleados en el cabotaje y en los viajes desde dichos puntos á Punta Arenas son antiguas polacras, bergantines y goletas de la matrí-

cula del Masnou. Aquí han ido á parar aquellos valientes barcos de los astilleros de la costa de levante catalana.

Dícese que en los ríos y torrentes de la Patagonia Meridional encuéntranse arenas auríferas en abundancia, y que existen ricas minas de plata y de carbón; pero hasta ahora no se han explotado tales tesoros. Y es innegable que, cuando menos, hay tales arenas, pues los pastores que acuden á la población para proveerse de lo necesario pagan casi siempre con polvo de oro, recogido en los cauces de los torrentes y riachuelos donde apacientan sus ganados.

Sigue en importancia á la ganadería la industria de las pieles y las plumas. Los cazadores acuden á Punta Arenas á vender pieles de puma, de zorra argentada, de guanajo, plumas de avestruz, etc., y los pescadores venden pieles de foca ó de nutria. Este ramo del comercio es importantísimo, y va en aumento, haciendo concebir las más inequívocas esperanzas respecto al gran desenvolvimiento que con el tiempo adquirirá este puerto, eminentemente excéntrico. Expórtanse, además, algunos productos de la pobrísima industria del país: arcos, flechas, lanzas, lazos, trabajos hechos con mariscos, bolas para cazar avestruces, barquitos de corcho, etc.

El vapor procede á descargar algunas provisiones y á embarcar una partida de ganado, y al día siguiente proseguimos nuestro viaje.

Continuamos encerrados entre dos murallas de roca, á derecha é izquierda, descollando de vez en cuando sobre la base peñascosa algún picacho coronado de nieve, de áridas laderas. Doblamos Cabo Froward, que forma la extremidad continental más cercana al Polo Sur, siendo el punto de terminación de la gran cordillera andina. El cabo se eleva á 1,200 pies sobre el nivel del mar, y detrás del mismo yergue su soberbia mole el Monte Victoria, á 2,900 pies.

En esta parte es donde el Estrecho ofrece su mayor anchura, ó sea unos 20 kilómetros, siendo así que en los pasos más angostos dicha anchura no pasa de 3 kilómetros.

Doblado Cabo Froward, hacemos rumbo al NE. hacia Cabo Pilar. Arrimados á la costa, pasamos por delante de la bahía del Ventisquero, que hace resaltar su diamantina mole sobre una llanura de un color verde-azulado indescriptiblemente delicioso. La llanura se extiende entre áridas y negruzcas colinas rodeadas de salvajes montes cubiertos de una capa de nieve. Otro ventisquero se nos aparece en isla Clarencia, que se alza á nuestra izquierda, formando un espantoso mar de hielo.

¡Terribles sitios esos por donde atravesamos! En esa horrible costa de la península de Brunswick, entre Cabo Froward y Cabo Pilar, fundaron nuestros audacísimos españoles la colonia que llamaron *Ciudad Real de Felipe*. ¡Todos perecieron, y hoy se llama este funesto sitio el *Puerto del Hambre!*

Nada puede dar idea de la impresión que producen estos lugares ex-

traordinarios, donde verdaderamente se siente que acaba el mundo. El cielo está cubierto por negras nubes que de vez en cuando dejan aparecer algunos rayos de sol; entonces quiébranse éstos en los ventisqueros, haciendo surgir de ellos como una lluvia de centellas; el hielo ofrece cambiantes de color de rosa; las lejanas montañas aparecen de un azul intenso, recortadas con la tersura de un cristal, y del mar verde parece deban surgir las oceánidas salvajes, las sirenas traidoras que tantos cadáveres han arrastrado al perverso fondo de este canal laberíntico,



CABO PILAR

imagen de los infiernos, donde no brilla el sol, donde reinan siempre las tinieblas.

Seguimos adelante. Hé ahí, por estribor, cabo Pilar, alto, terrible, desolado, avanzando hacia el mar, como dos monstruosos centinelas, dos inmensos peñascos contra cuya dura base se estrellan con ímpetu las olas. La costa es acantilada, negra; el promontorio se eleva á 310 pies sobre el nivel del mar. A nuestra izquierda yérguense los altos picos de la isla de la Desolación, y, por fin, envuelto en nubes, imponente, álzase, cual el Adamastor de estos parajes de amenazador aspecto y siniestro cielo, la mole de Monte Wharton, el más majestuoso pico de la isla de Santa Inés, á 4,350 pies sobre las olas.

En cabo Pilar termina el Estrecho; 475 kilómetros desde Cabo de las Vírgenes. Ya entrada la noche fondeamos en Long Island, á la en-

trada del tranquilo, aunque enmarañadísimo, canal de Smyth. Es una bahía vastísima y segura, á los 52° 20' latitud S. Allí recibimos, á la luz de la luna, la visita de una familia de patagones nómadas, conocidos por los marineros alemanes con el apodo de *Herr* ó *Frau Lehman*, según el sexo. *Lehman* es un apellido tudesco comunísimo, como en España el de Pérez ó López.

Atracó, pues, al costado del barco una canoa, á bordo de la cual iba una familia *Lehman;* familia numerosa, compuesta de dos hombres, tres mujeres y cuatro arrapiezos. La canoa está construída con grandes placas de corteza de árbol, cosidas entre sí fuertemente y calafateadas con arcilla. En el fondo de la embarcación una hoguera. Los hombres van semidesnudos; son sumamente atezados; su expresión es bravía: los cabellos les llegan hasta más abajo de las paletillas, rígidos y cerdosos. De las tres mujeres, una es vieja y cuida de achicar, nueva Danaide, el agua que de continuo se introduce en la embarcación, para lo cual se vale de una lata de conservas; las otras dos... ¿cómo atreverme á decirlo?... son decididamente guapas, ni más ni menos. Buenas mozas, bien formadas, robustas, carirredondas, de facciones finas, con unos magníficos ojazos y unos dientes de marfil. Como es natural, pensé en la gentil *Guacolda* del buen Ercilla, por más que no viese á Orompello ni á Lautaro. Aparte de esto, parecían las dos bellas patagonas haberse arreglado el pelo con cierta coquetería, apareciendo partido en medio de la frente y llevado por detrás de los hombros. Pelo negro, por supuesto, pero sedoso. ¿Dónde diablos ha ido á refugiarse la escultura?

Se les echa un cabo, y en un periquete nos ponemos al habla, pero no sube nadie: parece que se haya perpetuado en ellos la tradición de lo que les pasó á los jayanes á bordo de la *Trinidad* en 1520.

Y empiezan las transacciones comerciales. Los *Lehman* cambian algunas bagatelas, cestas hechas de algas, puntas de lanza de hueso, lazos, flechas, por *cachimbas* (pipas de barro), galletas y cigarros, con más algunos pantalones viejos y unos cuantos pañuelos de color, hecho lo cual se despiden diciéndonos en castellano *adiós*.

El tal cambalache nocturno, en medio del silencio de estas soledades, á la luz de una melancólica luna velada á cada momento por negros nubarrones, es de lo más *inédito* que se pueda desear. La canoa se aleja, y oímos como sus pagayas azotan la bruñida superficie de la bahía al son de una triste y cadenciosa melopea que cantan aquellas pobres gentes.

Pobres, ciertamente, y aun paupérrimas. "Los indios que se encuentran en el canal de Smyth,—dice un viajero hablando de esos infelices seres,—se componen de algunas familias nómadas. Dos ó tres de esas familias se asocian, viven en común, poseen una canoa y una tienda hecha con algunas pértigas cubiertas de pieles. Sus solas armas son arcos y flechas; constituyen su único alimento las almejas, y no tienen por

vestido sino los andrajos y mantas usadas que deben á la caridad de los barcos que pasan. Son, probablemente, los individuos de la humanidad más pobres y más miserables que sea posible encontrar. La existencia que llevan en las islas frías y lluviosas de este inhabitable cabo del mundo es de mucho más desventurada que la de las tribus menos favorecidas de las tierras árticas."

Digno albergue, en efecto, son estos parajes para que se hayan refugiado en ellos los ejemplares más atrasados de la humanidad, como si, ex-



FUEGIANOS

pulsados de todas partes, hubieran acabado por ampararse en un sitio de donde nadie habrá de pensar en expulsarles. Realízase aquí el máximum de la relegación á que puede condenarse á un ser humano, y no se puede menos de pensar si esos infelices son originarios de estas tierras ó si han venido á ellas arrojados de más hospitalarios climas por haber tenido que ceder el puesto á otros mejor dotados que ellos para la batalla de la vida.

El doctor Hyades, que formó parte de la comisión científica del cabo de Hornos, estudió bajó todos sus aspectos á las poblaciones de este archipiélago, especialmente de la Tierra del Fuego, y resume sus observaciones en los siguientes términos: "Su alimentación—dice—es exclusivamente animal y se compone de carne de ballena, de foca, de pescados y de moluscos, que se comen cocidos ó semiasados, raramente crudos.

"No hacen provisión alguna para lo sucesivo é ignoran el uso de

toda sustancia embriagadora, estupefaciente ó excitante. Los sabores preferidos son los sabores dulces. La sal marina, como condimento, es desconocida y no sería apreciada.

"Su sensibilidad olfativa está bastante desarrollada, de igual manera que las sensibilidades auditiva y visual, pero sin que se hayan observado diferencias esenciales con lo que se nota en los europeos. Su color



MUJER FUEGIANA

favorito es el encarnado. Los demás colores son á menudo confundidos por ellos.

"El vestido, al cual sólo se presta la idea de protección, consiste en una piel de foca ó de nutria echada sobre los hombros y atada al rededor del cuello, con el vellón dirigido al lado de la piel.

"El adorno está limitado á una pintura blanca ó encarnada que se aplica sobre el rostro y á los cabellos. El tatuaje no es usado. En materia de joyas no se conocen sino las conchas ó huesos de pájaros, enfilados y formando collares. Correas de piel de foca, y, con preferencia, de piel de guanaco, sirven de brazaletes para las muñecas y tobillos. Las mujeres son las que llevan más esos adornos.

"No hay deformaciones ni mutilaciones étnicas.

"No hay vestigios de ningún arte gráfico ó plástico, sea el que fuere.

"En las manifestaciones de la vida afectiva indicaremos las particularidades siguientes: el carácter es alegre, reidor, móvil, pero muy poco expansivo; los niños y las mujeres lloran fácilmente. Los fuegianos tienen una palabra para designar la amistad; pero este sentimiento no es en ellos muy enérgico. Más débil es aún el sentimiento de la compasión. Con todo, los enfermos no se ven abandonados, y los débiles son socorridos.

"Un carácter particular de esos hombres es el placer que sienten en mentir: son mistificadores de primer orden.

"La industria se compone de la pesca y de la caza en embarcación, cerca de las costas. Los instrumentos usados principalmente para la caza son los harpones de hueso, con una entalladura ó bien con muchos dientes, movibles sobre un asta de madera de 4 á 5 metros de longitud, ó sólidamente sujetos á esta asta. Para las aves sírvense también de lazos corredizos de fanones de ballena. Para la caza de la nutria los indígenas tienen el perro, que es entonces un auxiliar indispensable.

"La pesca es practicada por las mujeres, sin anzuelo, con una caña terminada por un cebo.

"Procúranse fuego con el choque de dos piritas una sobre otra.

"Ignóranse completamente la agricultura, la cerámica, la metalurgia.

"Las armas son harpones de hueso, hondas, raramente flechas. No hay armas envenenadas ni armas defensivas.

"Las embarcaciones son canoas de corteza de árbol *(Fagus betuloides)*; las placas de corteza son cosidas una á otra por medio de delgadas correas obtenidas con el *Fagus antarctica*. Siempre hay fuego en el fondo de la piragua.

"Las habitaciones, situadas siempre cerca de las playas y construídas por los hombres, son simples abrigos muy temporales, de ramas ó de troncos de árboles. Cada cabaña está destinada á alojar muchas familias momentáneamente reunidas, y puede contener unas cincuenta personas, incluso los niños amontonados al rededor del fuego central.

"Los fuegianos no conocen la piedra tallada, si no es para la punta de las flechas. La sola herramienta indígena es una gran concha de mytilus, tallada y hecha cortante, sólidamente sujeta con una correa de piel de foca á una piedra destinada á ser cogida con ambas manos."

Esta miserable existencia no podría prolongarse, sin duda, á no ser el aislamiento en que viven esos desdichados seres, incomunicados dentro de sus islas con el resto del mundo, y, aunque la devoradora actividad humana lo invade todo, es probable que hayan de tardar muchos años todavía en venir á instalarse en estas tristes islas colonias de emigrantes, en busca de medios de subsistencia.

A las tres de la mañana abandonamos la bahía; pasamos por el canal

de Sarmiento; embocamos luego en el imponente paso de la Victoria; enfilamos una de las pasas de la Guía. ¿Cuál de esas perspectivas es más majestuosa, más admirablemente pintoresca? Difícil sería responder. El vapor va hendiendo la verde y tranquila superficie de un agua transparente como el cristal; la atmósfera ofrece una limpidez extraordinaria que permite distinguir en sus menores detalles los accidentes de la naturaleza: á nuestra izquierda, islas cubiertas de verdor, sembradas de colinas en que, en vez de la roca árida, aparecen frondosos árboles; á la derecha altísimos picos, que se elevan del fondo del mar, cubiertos de blanquecino sudario, y más allá la gigantesca cordillera andina, arrimada á la costa del Pacífico.

A las cinco de la tarde, siguiendo siempre por el canal de Smyth, entre islas é islotes que se elevan á miles de pies sobre el nivel del mar, echamos el ancla en el canal de Molyneux, á medio kilómetro de tierra: nos encontramos á 50° 16' latitud S.

La ensenada donde fondeamos es preciosa, ofreciendo un carácter totalmente diverso de los parajes de desolación por donde nos hemos deslizado desde nuestra salida del Atlántico. Diríase que nos encontramos en un lago: doquiera volvemos las miradas ofrécense risueñas colinas, isletas cubiertas de verdor; por estribor, picos y cumbres, coronados de nieve, que centellea á los últimos rayos del sol, distinguiéndose entre las colinas una tan extraña que se diría una inmensa esfinge egipcia, fantásticamente transportada á este lejanísimo lugar. Tan nuevo, tan singular es el paisaje que nos rodea, que la imaginación propende á creerse en un sitio encantado. Allá, sobre unos peñascos, una bandada de enormes pájaros niños, inmóviles, parecen como si fuesen los moradores dueños de este paraje.

El agua del mar es tan transparente que puede verse su fondo de piedras negras y blancas y la pradera de algas gigantescas que cubre su profundo lecho.

Las islas é isletas que nos rodean ofrecen todas idéntico carácter: una base de rocas negras, salpicadas ó rayadas de blanco, á las que se adhieren inmensas cantidades de almejas, y sobre la superficie una deliciosa vegetación de árboles, líquenes y musgos, formando una espesura impenetrable; el suelo vegetal tiene dos ó tres pies de espesor, constituído por hojas, raíces, musgos y líquenes en detritus. La fertilidad es tanta que, como dice un viajero, "se pueden coger, en el espacio de un metro cuadrado, una veintena de especies de musgos diferentes. Entre esos musgos, muchos son muy carnosos, casi todos muy curiosos y muy bellos. Los más notables son el musgo coral, de coloración verde pálida, y un musgo níveo y fibroso que parece plumón de cisne blanco. Uno de los más lindos helechos es duro, lleva cinco hojas, afecta la forma de palmera y tiene un tallo de un negro lustroso. Tal es el grado de humedad que hasta en sus ramas más elevadas los árboles están cubiertos de

una opulenta vegetación parásita de musgos y líquenes. Los matorrales se componen de arbustos bajos, de hojas duras y barnizadas; de variedades de mirtos; de *chauras,* plantas de hojuelas que llevan bayas; otra planta, cuya hoja de un verde pálido tiene extraño parecido con la del acebo, y cuya flor en campanilla es de un delicado carmín con blanco en



CANAL DE MOLYNEUX

su extremo, y, por fin, una linda planta de la familia de las azaleas, cuya flor, igualmente en campanilla, tiene una exquisita coloración rosa y pétalos dorados. Los únicos seres vivientes que habitan en este paraíso virgen son la nutria, el colibrí, ocas blancas, ánades negros y gaviotas. A veces se cierne por los aires un enorme albatros y se encuentran en algunas calas pinguinos y focas."

La noche fué fría como pocas, y no convidaba á salir de la cámara, por lo cual todo el que pudo se apresuró á acostarse, bien arropado, dejando para el día siguiente admirar de nuevo el hermoso panorama.

Silbó de nuevo la máquina, y abandonamos la ensenada á las 6 de la mañana, siempre rumbo al N. Salimos del canal de Molyneux, y al cabo de una hora enfilábamos el que se llama hoy de la Trinidad, por entre el archipiélago de Toledo ó de la Madre de Dios. Las islas ofrecen igual carácter que las del canal Molyneux.

La navegación es en estos estrechos interinsulares muy peligrosa, y no se deja de sondar continuamente. Dejamos el canal de la Trinidad y enfilamos el de Brassey. El panorama es soberbio: á nuestra derecha la cadena que atraviesa de N. á S. la isla de la Campana ó de Wellington; á nuestra izquierda otra cadena de islas, verdes por abajo, blancas por arriba.

Franqueado el canal de Brassey, nos deslizamos cuidadosamente por la pasa del Pinguino y bordeamos á cortísima distancia un inmenso ventisquero que reverbera con mágicos destellos á los rayos de un sol reparador. Pero la hermosura del espectáculo se paga con el peligro de la navegación. El canal está casi obstruído por los enormes témpanos que de vez en cuando se despeñan del glaciar y son arrastrados por la corriente. Seguimos adelante, y al llegar á una ensenada el vapor se detiene para embarcar hielo. Échase un bote al agua; los tripulantes, provistos de grandes bicheros, sujetan un bloque colosal, que es izado á bordo. La operación se repite una y otra vez, hasta que, por fin, vuelve á levantar la hélice torrentes de espuma, chocando con rabia contra los témpanos, que arroja á lo lejos con sus palas ó rompe con un crujido seco.

No hay por qué decir que estábamos deseando salir cuanto antes de aquella garapiñera, pues á pesar del sol era intensísimo el frío. Por otra parte, se acabó aquella hermosa vegetación del canal de Molyneux, y la costa de las islas es tan pelada y árida como las del Sur.

A las cuatro de la tarde llegamos á Eden Harbor (49° 9' latitud S.). Pasamos allí la noche, con un frío terrible que nos obliga á echar de menos el de las latitudes más al Sur; las colinas de las islas están cubiertas de nieve, y el agua de á bordo se ha helado. ¡Bonito país!

Para colmo de satisfacción, aparecen, sacando sus cabezas por encima del agua, los palos y la chimenea de un vapor que se fué á pique aquí hace algunos años. El pobre barco se sumergió y constituye un escollo del que hay que guardarse, añadiéndose un peligro más á los muchos que ofrece la navegación por este canal.

Levamos anclas al día siguiente al amanecer, muy contento todo el mundo, pues saldremos ya del canal. Nos metemos por los *Estrechos ingleses*, angostas pasas que no miden más allá de 400 metros de anchura entre islotes cubiertos de opulenta vegetación. Como cestas de flores surgen del agua centenares de arrecifes cubiertos de árboles, de hele-

chos, musgos y césped, á manera de la manigua de Cuba. El vapor va haciendo continuas *eses* por entre los islotes, cuya verdura comunica al agua un tinte de esmeralda que no acierto á calificar sino de paradisíaco. Salimos de los *Narrows* y van apareciendo por babor y estribor altas montañas cubiertas de nieve; otras sostienen en sus laderas ventisqueros enormes, que van deslizándose hacia el agua. Aquí y allá se ven encarnadas boyas: son señales para que el barco evite su vecindad, señalando, á manera de cruces, el lugar en que ocurriera algún naufragio.



EMBARQUE DE BLOQUES DE HIELO

Entre doce y una damos vista á *la isla del Medio,* islote de forma cónica que se yergue en medio del canal á 2,200 pies de elevación. La vista es preciosa: la afilada cumbre está cubierta de nieve, y las abruptas vertientes y las faldas están alfombradas de verdura. Desde la cima van serpenteando hacia la base innumerables arroyos, que se precipitan abajo formando mil caprichosas cascadas espumosas. Diez ó doce agujas, que rodean la cumbre central, están cubiertas de ventisqueros diamantinos. Las cumbres de las colinas más bajas aparecen, en cambio, revestidas de una alfombra amarillenta: son musgos y líquenes. Aparte de esto, descúbrense en toda la extensión que puede abarcar la vista otras islas é islotes, anegados en la bruma.

No acaban nunca las islas: hé ahí la isla del Sombrero, á 450 metros sobre el nivel del mar; hé ahí la de Ayatán, á 190, mientras por estribor se nos aparece el grupo de Guayaneco, entre cuyo archipiélago eleva hacia los aires su imponente mole el *Nevado de Captana;* hé ahí la isla de la Campana, rebautizada por los ingleses con el nombre de *Wellington.*

El agua tiene ahora un color amarillo oscuro; el cielo está cubierto de enormes nubes, muy bajas, que envuelven las cumbres de muchos de los picos vecinos.

Por fin, salimos ya del canal de Smyth y desembocamos en el golfo

de las Peñas. Hé ahí de nuevo por estribor la costa americana, los encumbradísimos Andes; delante, las resguardadas bahías de la península de Tres Montes, y por babor el mar libre.

Ese canal por donde hemos atravesado se extiende entre las islas y la extremidad de la costa occidental del continente sudamericano desde el golfo de las Peñas al estrecho de Magallanes (de los 47° 76' á los 52° 44'); su longitud es de 510 kilómetros y su anchura media de 3; en los pasos más anchos alcanza, sin embargo, 7 ½ kilómetros, si bien hay estrechos en que no mide más que 320 metros. Forma el canal de Smyth, por decirlo así, un barranco submarino, que va zigzageando entre montañas sumergidas parcialmente á consecuencia del gran levantamiento que ha determinado la aparición del continente americano. El barranco en cuestión mide en ciertos sitios 900 metros de profundidad, y ofrece en sus márgenes multitud de abras, ensenadas y puertos seguros.

Ese archipiélago, que representa un continente que no pudo llegar á formarse, ofrece, en su conjunto, un confuso caos de picos, islotes, montañas y ventisqueros, algunos de los cuales se levantan á más de 5,000 pies sobre el nivel del mar.

Los vapores pasan por este canal, sorteando sus peligros, por tener la seguridad de poder navegar en aguas tranquilas como las de un lago, mientras que navegando más al O. se tiene que luchar con un mar temible; pero un barco de vela no podría pasar por el canal de Smyth, como tampoco puede pasar por el estrecho de Magallanes; de manera que les toca bailar con la más fea, teniendo que doblar el formidable Cabo de Hornos.

Anclamos en el golfo y pasamos una noche de frío glacial, viendo desde á bordo las fogatas de los patagones en Tierra Firme. Tárdame ya abandonar el barco, pero faltan aún dos días para llegar á Corral.

Por espacio de cuarenta y ocho horas estamos aguantando un tiempo de los más duros: llueve, el mar está agitado, en los raros intervalos en que cesan los chubascos extiéndese en torno nuestro una espesa bruma. Nos hubiéramos aburrido de una manera horrible á no haber tenido el gusto de ver retozar de muy cerca unas ballenas, al pasar por entre los islotes y peñas del archipiélago de Chonos.

Al día siguiente, al dar vista á las islas de Chiloe, siguen la estela de nuestro buque una bandada de albatros, escoltados por otra mucho más numerosa de petreles. Los albatros, ó pájaros bobos, merecen verdaderamente este nombre, pues no cabe duda que son eminentemente estúpidos. Los petreles, en cambio, con sus alas de contorno rectangular, su cola puntiaguda y su vuelo plano, son muy bonitos y recuerdan las aves pintadas en los jeroglíficos egipcios.

Por fin, fondeamos en Corral, el puerto de Valdivia, situado en la desembocadura del río de este nombre. La ensenada es notabilísima, en el concepto de que viene á constituir una especie de *fiord* como los de

Noruega. El pueblo aparece en el fondo de la bahía, dispuesto en forma de anfiteatro y rodeado de bosques. Una de las colinas está coronada por un fuerte levantado por nuestros conquistadores.

Una vez en tierra, dedico mi primera visita al fuerte en cuestión, y me felicito de encontrarlo tan perfectamente conservado. Aún yacen en las troneras los cañones, sepultados bajo una espesa vegetación de tréboles de hojas de un delicadísimo matiz. Uno de ellos, de magnífico bron-



CORRAL

ce, lleva las armas de Castilla, con la fecha de 1713. Dentro del fuerte vense unos cuarteles del tiempo de nuestra dominación, abandonados hoy, lo mismo que los vastos almacenes, llenos de pilas de balas de cañón.

El pueblo es muy original. El caserío está extendido á lo largo de la costa, ocupando las faldas de la montaña; de manera que las calles forman continuas cuestas ó rápidas pendientes; y como allí van á parar multitud de arroyos que bajan de los montes y cruzan la vía pública, sálvase este obstáculo mediante multitud de puentes de tablones, construídos á la buena de Dios.

Corral es uno de los puntos más lluviosos del globo, y, por lo mismo, las casas están cubiertas de sólidos tejados que permiten escurrirse las aguas pluviales. Gracias á este régimen meteorológico, la vegetación prospera aquí á sus anchas, creciendo que es una bendición de Dios las fucsias, las dedaleras, las madreselvas, las lapigerias, las viperincas.

En este punto fué donde sostuvieron la última lucha los españoles cuando la guerra de emancipación de nuestras colonias. Valdivia y el

archipiélago de Chiloe fueron el teatro de nuestros postreros esfuerzos por conservar á Chile. La plaza de Valdivia, es decir, su puerto, era verdaderamente inexpugnable; pero el almirante Cochrane consiguió apoderarse de él por un ardid. Presentóse con la escuadra insurrecta y echó en tierra algunas compañías. Creyeron los nuestros que para atre-



ENTRADA NORTE DEL CANAL DE SMYTH

verse á tanto debía contar el enemigo con abrumadoras fuerzas, y evacuaron la fortaleza, abandonando esos cañones y esas balas que aún están allí. La audacia de Cochrane produjo, pues, más brillante resultado que si hubiese empleado los más poderosos medios ofensivos. No pueden mirarse sin un profundo sentimiento de melancolía los fuertes que un tiempo cerraban tan estrechamente la angosta boca del puerto y dominaban éste, bajo los pliegues de la bandera roja y amarilla.

Había realizado ya mi extravagante ocurrencia, y con un desprecio del tiempo y del dinero (pues ¿no voy á heredar á mi tío Antonio, el perulero?) me vuelvo á... Montevideo, en el vapor de este mismo nombre.

Me entretengo, á falta de mejor distracción, en ver como cargan el vapor: allá van centenares de rollos de cuero para los zapateros de Europa, Sóller inclusive; maderas, bueyes, carneros y cerveza. El *manifiesto* que me... manifiesta galantemente el *segundo* es muy interesante; el *Montevideo* lleva á bordo todo lo mejorcito que se produce desde Corral al Callao: cueros, plata, cacao y algodón del Perú; bórax, plata y coca de Antotofagasta; nitrato (¡el famosísimo *nitrato!),* lingotes de oro y frascos de iodo de Taltal; pieles, cobre en barras, plomo, huesos, pitones y pezuñas de Valparaíso; nueces y cebada; cueros de Valdivia y de Talcahuano: todo eso va á Hamburgo, y de allí ¡sabe Dios á dónde!

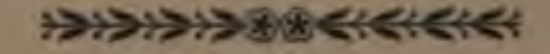
Esos alemanes (porque el *Montevideo* es alemán) saben, indudablemente, arreglárselas muy bien. Nadie como ellos para la baratura. Este barco, por ejemplo, le cuesta poquísimo al naviero. La tripulación se compone de 42 hombres, con los sueldos siguientes:

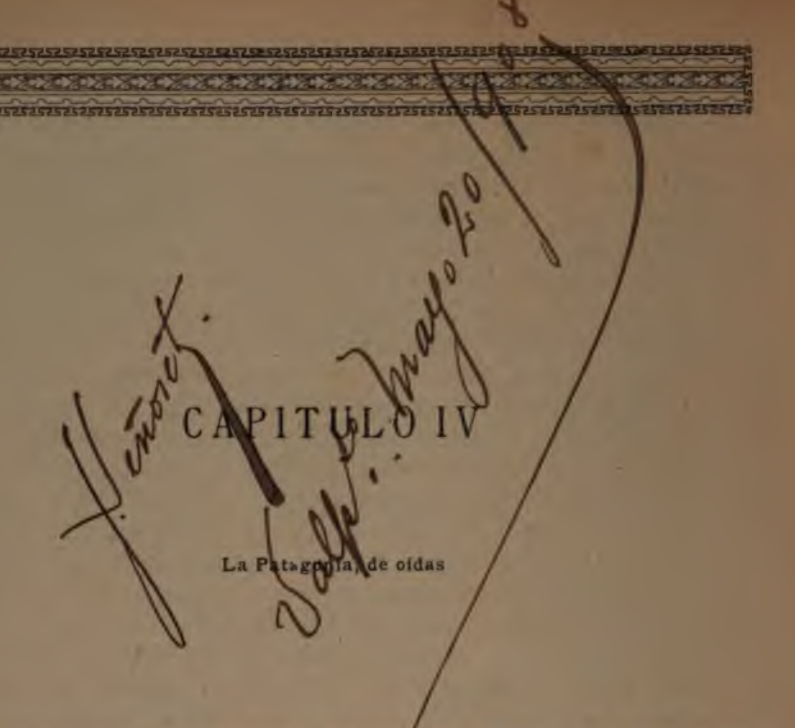
Capitán, 625 francos; segundo, ídem, 225. Primer oficial, 150; segundo, ídem, 106'25. Médico, 112'50 Primer maquinista, 425; segundo, ídem, 280; tercer, ídem, 150, cuarto, ídem, 93'75 Primer carpintero, 106; segundo, ídem, 75. Primer contramaestre, 100; segundo, ídem, 87'50. Nueve marineros á 75. Siete fogoneros á 93'75. Seis camareros á 81'25. Dos cocineros á 125 y 87'50. Un cambusero á 81'25, cuatro ídem, á 37'50.

Y nada más. Ni tenedor de libros, ni sobrecargo, ni matarife. Como se ve, el presupuesto del personal *no mata*. Los oficiales se matan, en cambio, trabajando como unos negros y atendiendo á todo. En cuanto á los marineros (¡oh asombro!), ¡se dedican en los ratos de ocio á leer libros é *Ilustraciones*.

Su rancho, después de cenar, parece el *Ateneo* de la calle del Prado.

Conque, no hay más remedio. Voy á admirar de nuevo todo lo que hasta el presente he admirado. Silba el vapor. Andando. Ya entramos en el canal de Smyth; pero no parece que el capitán le tenga mucho cariño, pues se sale de él al poco rato para navegar por el mar libre... Dejamos, pues, á babor Wellington y la Campana y nos las entendemos con el Pacífico.





CAPITULO IV

La Patagonia, de oídas

PARA un español no deja de ser estrafalaria compañía la de los pasajeros del *Montevideo*. ¿De dónde diablos salen esos suecos y esos noruegos y esos suizos? La cosa es menos de extrañar tratándose de compatriotas de Schiller, es decir, la mayoría.

Vayan unos cuantos apuntes del *rol:*

Herr Fulano, con su señora y su *fraulein.*—Patriarcal familia, que *se retira*. Vinieron aquí los papás jóvenes, en un velero; han sacado de Chile una fortunita y van á gozarla plácidamente en su suelo natal, Hanóver, que encontrarán, como es de suponer, en poder de Prusia.

Herr Mengano, señora y niños.—Vienen de Valparaíso: el señor padece del hígado y va á tomar los aguas de Homburgo.

Una familia *¡rusa!* El marido hace gran negocio en Valparaíso, con las maderas. Van á pasar un año, no en San Petersburgo, sino en París.

Comisionistas alemanes, con sus *fraus* y sus *frauenlin*.

Profesores de piano y de violoncelo, ídem, ídem.

Una *fraulein* deliciosa, morenita, que se propone salir hecha una eminente tiple de la Academia de música de Berlín. *¡Sabe Dios si volverá!*

Un capitán que les ha traído á los chilenos una porción de Krupps.

Un agente de piezas de artillería que ha salido *bredouille;* quiero decir que no ha hecho negocio.

Una chilena, *pur sang,* admirable de extravagancia elegante; fea, pero que compensa su fealdad con su desaforado lujo, empezando por su *King Charles*.

El eterno *Bismarck* de todos los vapores. Nueva encarnación del Judío Errante. Porque, si no era ése, era otro enteramente igual el que me encontré en la travesía de Jaffa á Marsella.

Y, por fin, mi suizo, doctísimo naturalista, antropólogo y sociólogo, que ha registrado la Patagonia de cabo á rabo.

Cúmpleme decir, en honor á la verdad y á mis compañeros de viaje, que no se ha visto (¡qué extrañeza!) pasajeros menos chismosos. mal hablados y murmuradores. Todos están dotados de una bondad seráfica; son discretos, amables, reservados é instruídos. Las *frauenlin* son verdaderamente seductoras por su ingenuidad y sus cabellos rubios y su adorable ingenuidad. Media un abismo entre las *misses* y las *frauenlin*. En las primeras sólo se advierte la hipocresía ó la insensibilidad; en las segundas, todo es oro, desde el pelo al corazón. Como que la morenita que va á Berlín conoce á Wagner, como si fuera un Chueca ó un Rossini.

Mi suizo, sin embargo, se apodera de mí completamente, me secuestra y, *velis nolis,* me convierte en confidente de sus hazañas como explorador patagoniano.

Así, pues, recordando con toda la fidelidad que consiente mi memoria las conversaciones de *mon brave suisse,* voy á escribir el sumario relato de sus interminables relaciones.

La Patagonia, ese país de gigantes legendarios y de encantadas ciudades, es un inmenso territorio que se extiende desde los Andes al Atlántico, y del río Colorado al estrecho de Magallanes. No hay que decir que es poquísimamente conocido, excepto de mi suizo y... algún otro, y tiene razón que le sobra.

Fuera una lengua de tierra vecina al Estrecho, la cual pertenece á Chile, todo lo demás corresponde á la Confederación Argentina, habiendo sido dividida en territorios con sendos gobernadores, los cuales territorios toman nombre del río que los atraviesa, Río Negro, Chubut y Santa Cruz.

Mi suizo estaba encargado de buscar terrenos colonizables entre Río Negro y Río Chubut; y tan á pechos tomó su encargo, que en cinco meses de exploraciones recorrió la friolera de 2,500 kilómetros.

Mi amigo empezó su campaña en compañía de un su compatriota, renombrado geólogo, y de dos criados, convirtiendo en base de operaciones á Bahía Blanca, donde yo saltaré en tierra, Dios mediante.

No repetiré aquí lo que es el trayecto de Buenos Aires al punto dicho; pero, gracias al suizo, he sabido que en verano se padecen allí efectos de espejismo, que hacen asemejar palmeras las matas de yerba y siembran la inmensa Mancha, la inmensa estepa, la inmensa pradera, de imaginarias islas y lagos; que en punto á animales silvestres se encuentran el gamo *(Cervus rufus),* el nandú *(Rhea americana),* la

iguana *(Podinema Teguixin)*, la vizcacha *(Lagostomus trychodactylus)*, la marmota y la lechuza gris *(Strix perlatta.)*

"Hace pocos años—continúa mi interlocutor—aquel desierto parecía no haber sido pisado nunca por el pie del hombre: sólo de vez en cuando alguna tribu errante, montada sobre corceles salvajes cuya crin flotaba al viento, pasaba como un torbellino, plantaba sus tiendas en la yerba espesa y descansaba un momento para emprender de nuevo su rápida carrera. Hoy el indio nómada ha desaparecido ó se ha retirado á las soledades, donde hay que ir á buscarlo, y allí donde otra vez reinaba como señor absoluto, empiezan á levantarse villas y aldeas y se crean cada día vastas estancias y colonias agrícolas, de gran porvenir."

Poco antes de llegar á los desiertos de la Patagonia, la Pampa ve interrumpida su uniformidad por algunos pequeños macizos montañosos que surgen como islas del seno de aquel mar de céspedes. Y el suizo habla de la cadenita del Tandil, donde se va á visitar la *Piedra bamboleante*, inmenso bloque de piedra que se sostiene sobre una pared de gneis de más de 200 metros de altura, de tal manera equilibrado que el brazo de un solo hombre ó la menor brisa le hacen bambolear sobre su quicio. También se encuentran allí *las Puertas del Infierno*, que son otro capricho de la naturaleza, debido únicamente, como la Piedra bamboleante, á los efectos de la erosión atmosférica y, sobre todo, eólica.

Habla después, mi querido sabio, de la Sierra de la Ventana, y me entera de que fué visitada por Darwin, en 1833. "Su nombre—me dice—le viene de un inmenso pórtico natural perforado en la masa de cuarcita de que está formada; está completamente denudada, como la Sierra de Tandil. Algunas manadas de guanacos *(Anchenia lama)* ó lamas yerran por sus valles más inaccesibles."

Desde Bahía Blanca enderezóse mi helvético á Patagones (350 kilómetros de distancia). Cada semana sale desde Bahía Blanca una galera para dicho punto. El pasaje es, por lo general, un arca de Noé. Mi interlocutor se extiende en largas descripciones sobre dicho sistema de locomoción que, en resumidas cuentas, está todavía en uso, y no poco, en nuestra España.

Las dos primeras jornadas ofrecen poco interés. Poco después de salir de Bahía Blanca, la galera, tirada por 20 caballos, atraviesa un grande salitral, vasta extensión de tierra margosa impregnada de sal marina, y que probablemente debe ser algún golfo abandonado por las aguas del Océano. Sólo crecen allí algunos *salicornia*, y el viento determina la formación de numerosas dunas, semejantes á las de las orillas del Báltico, las cuales dunas cambian, á simple vista, de forma.

En aquellas soledades sólo es dado encontrar de vez en cuando algún albergue de pastores, por punto general, vascongados. Las distracciones consisten en cazar una especie de vesos ó viverras *(Mephitis suf-*

focans), cuya piel es muy estimada; pero no es eso lo que la hace más apreciable: el tal animalito, bastante parecido á una comadreja, tiene la gracia, cuando se ve acosado, de despedir un hedor pestilencial, único medio de defensa con que cuenta. Si se coge de muy joven, la tal viverra puede domesticarse, y las patagonas la llevan escondida debajo de la manta para rechazar así, por la vía olfativa, las acometidas de sus adoradores.

A las dunas siguen las landas, y al cabo de tres días de viaje desde



LA PIEDRA BAMBOLEANTE DE TANDIL

Bahía Blanca se llega á orillas del Río Colorado, nombre que le viene del tinte que toman sus aguas (como las del *Adonis* del Líbano) al derretirse las nieves, cuando, crecido sobremanera, arrastra las capas de asperón rosa en que ha excavado su lecho.

A lo largo de la orilla levántanse algunas miserables cabañas dominadas por las ruinas de Fuerte Mercedes, que fué construído por el dictador D. Juan Ortiz de Rosas cuando su campaña contra los patagones, al frente de sus terribles *colorados* ó gauchos. En medio de los escombros del fortín Mercedes vense aún algunos cañones.

Tárdase dos horas en pasar el río, el cual está dividido en tres brazos: el primero es fácilmente vadeable, y los pasajeros son pasados en hombros por los postillones, nuevos Cristóbales; el segundo brazo se

cruza en un barco de poco calado, y, por fin, pásase el tercero, que
ne 2 kilómetros de anchura: éste se atraviesa en canoas, arrastradas
los postillones y el mayoral, que se meten en agua hasta la cintura
aun se ven obligados á nadar.

Ya á la otra parte del Colorado, pernóctase en un rancho llamado
los *Gauchos*, y se encuentra el viajero en plena Patagonia. Detrás de
matorrales vese aparecer de vez en cuando la cabeza de un nandú,
mira, lleno de estúpido asombro, el paso de la galera; vense correr
marras, ó grandes liebres de aquel país, ó aparece alguno que otro
madillo. Por fin, se llega á Nuestra Señora del Carmen de Patagone
Patagones, á secas, donde se pernocta. Esta población se encuent
7 leguas más arriba de la desembocadura de Río Negro, que corre
paralelamente al S. del Colorado, y delante de Mercedes, ó Viedma,
sidencia del gobernador del territorio de Río Negro.

Mercedes fué fundada por nuestro D. Francisco Viedma en 1779,
destino á ser el cuartel general de los que fuesen á colonizar la Pat
nia; pero todos los establecimientos sucumbieron, unos por el ham
otros por la falta de agua potable, y otros, en fin, por los ataques d
indios.

Patagones cuenta actualmente 2,500 habitantes y ofrece un golp
vista sumamente pintoresco. Está dispuesto en anfiteatro, y las cas
la altura dominan el curso de Río Negro, sembrado de fértiles is
orillado de sauces y de álamos. La primitiva población estaba comp
ta de maragatos; pero luego fué aumentando con la llegada de de
tados argentinos.

Patagones, según asegura mi ilustre sabio, no es ningún luga
delicias para un europeo, pero constituye un pequeño París par
indios, poco exigentes en materia de placeres. Pero, aparte de
saca su principal importancia de ser el punto en que se organiza
expediciones para el Sur, es decir, en que se forman las *tropillas*
cuas de acémilas que han de relevarse por el camino. La direcció
los transportes corre, por lo general, á cargo de arrieros chilenos,
son una especialidad para realizar milagros de equilibrio y no
nada por colocar. Nadie como esos chilenos para saberles poner bi
aparejo á las bestias.

Las expediciones, como es de suponer, llevan todas un guía ó *b*
dano, el cual indica los sitios en que hay forraje y agua. En este
ticular, nadie como los gauchos para prever á qué altura esta
Sol cuando se llegue al fin de la etapa, si el agua será pura, si el
será abundante. A esto hay que añadir su maravillosa sagacida
seguir una pista y distinguir y precisar la menor huella. Estas cu
des corroboran las doctrinas de Darwin sobre la selección y heren
las facultades ventajosas. Obligados los gauchos á guiarse en la in
sidad de las Pampas, han ido adquiriendo ese sutilísimo desa

le ciertos sentidos, que se ha ido luego trasmitiendo y aguzando de generación en generación.

Los viajeros europeos suelen montar en sillas como las de reglamen-o en la caballería argentina; pero los baquedanos y demás indígenas usan una silla especial que se llama *recado* y hace las veces de arzón y cama. Delante del recado cuelgan las *bolas*, y en la grupa está sujeto el *lazo* á una de las argollas del recado. Las bolas se lanzan á 80 ó 100 pasos delante del caballo y se emplean para la caza de avestruces ó guanacos. Esta arma terrible fué tomada de los indios de la Pampa, que la empleaban ya al desembarcar nuestros conquistadores á orillas del Plata. Todos los argentinos del campo saben tirar el lazo, comenzando ya á ejercitarse en su manejo desde niños, ejercitando sus proezas en perros, gatos ó carneros.

Los arneses de los caballos suelen ser tan lujosos como lo permite el bolsillo del propietario. Por fin, el jinete va bien cargado de alforjas.

Toda expedición debe ir provista de tiendas; armas y municiones en abundancia; buena cantidad de provisiones de boca; mate del Paraguay; te, café, chocolate; un pequeño botiquín; aparatos fotográficos, y los instrumentos científicos del caso.

Como los preparativos duran en Patagones bastantes días, los viajeros suelen hacer alguna excursión á Viedma, ó Mercedes, á la otra orilla, la meridional, de Río Negro. Pásase el río en barcas, propiedad de barqueros italianos. La población cuenta hoy 800 habitantes y es residencia del obispo de Patagonia y cuartel general de los talleres salesianos. Hay un gobernador (todo un general) que tiene á sus órdenes una compañía de soldados y buen número de gendarmes ó guardias civiles á caballo.

Viedma está emplazada en terreno de aluvión, fertilísimo, pero hállase expuesta á frecuentes inundaciones. Lo mismo en dicho terreno que en las islas de que está sembrado el río se dan admirablemente varios árboles importados de Europa: el albaricoquero, el nogal, el membrillero, el peral, la higuera, y hasta la vid; pero cultívase, sobre todo, el cerezo, del cual se extrae un licor dulce que llaman los colonos *guindado*. Aparte de dichas localidades, lo demás es muy árido, por falta de riego; pero no hay duda que si se acudiera á la irrigación artificial, todo el terreno comprendido entre Viedma y la ladera Sur del valle, en un trecho de dos leguas, se obtendrían excelentes resultados.

Mi amigo helvético pudo descubrir por allí numerosas sepulturas prehistóricas, de las que se dirá algo más adelante. Por ahora le seguiremos en su curiosa y atrevida exploración á lo largo del valle de Río Negro, desde Patagones, á 7 leguas de la desembocadura, hasta su origen, es decir, de E. á O.: la friolera de 650 kilómetros.

El valle es poco profundo. Río Negro se ha abierto su cauce á través de un terreno sedimentoso, llano y estéril. Esta llanura se encuen-

tra á veces á 40, otras á 60 y aun hasta 100 metros sobre el nivel del río, formando como una gran meseta. Las laderas del valle ofrecen á simple vista una serie de capas de asperón que alternan con otras de arena, cantos rodados y arenisca. En el trecho cercano al mar se observan muchos fósiles, especialmente unas enormes ostras.

El Río Negro está formado por la confluencia del Limay y el Neuquen, con la particularidad de no recibir en todo su curso ningún afluente. Cuanto más se acerca el viajero á dicha confluencia, más predominan las capas de asperón, cubiertas por capas de arena y cantos rodados, y aun por troncos de árboles silicificados. De vez en cuando se encuentra alguna laguna salada, y por felicísima aventura alguna charca de agua dulce.

A pesar de tanta sequedad, la meseta de Río Negro cuenta con vegetación propia, compuesta de arbustos espinosos, notables por el gran desarrollo de sus raíces. Cree el compatriota de Guillermo Tell que esta particularidad tiene por efecto favorecer la absorción de la humedad que á cierta profundidad contiene el subsuelo, y que la transformación de hojas en espinas tiene por objeto remediar la prontitud con que se evaporaría dicha humedad si las hojas fuesen muy anchas y extensas. Abundan, pues, en la alta llanura surcada por Río Negro los *chañares,* zarzas en que se dejan mucha parte de su lana las ovejas; los *piquillines molles* ó *incencios, larreas* y *tunas,* sin faltar tampoco *pasto fuerte.*

El valle tiene dos leguas y media de anchura, por término medio, y el río discurre por él trazando muchas sinuosidades y dando lugar á la formación de multitud de islas. El río baña, ora la base de la ladera derecha, ora la de la ladera izquierda, corroyéndolas y dejando allí, al retirarse, una serie de *zanjones* que se llenan con el tiempo de tierra vegetal, dándose en ellos con mucha lozanía la alfalfa, el trébol de olor, el alfilerillo, el pasto fuerte y el apio cimarrón.

Tal es, á grandes rasgos, el valle que debía explorar mi amable compañero de viaje.

El cual amigo salió, por fin, de Patagones, comenzando á caminar hacia el O. por la Pampa ó llanura ó meseta que hemos dicho. No se encontraba por allí alma viviente, como no fuesen algunos patagones que, con grandes carretas, iban en busca de combustible, ó alguno que otro miserable pastor que guardaba algún escuálido rebaño de carneros. En cuanto á animales, sólo de vez en cuando veíase cernerse por los aires algún *chimango,* especie de milano, ó se oía el lúgubre silbido de la lechuza del desierto.

Al cabo de 40 kilómetros de marcha, la caravana hizo alto en la estancia de Potrero Grande, propiedad del cónsul español en Patagones, Sr. López. Continúan su marcha los viajeros al día siguiente, y caminando siempre por la orilla izquierda ó septentrional de Río Negro, que se desliza majestuosamente, llegan á una pulpería propiedad de un compa-

triota nuestro, que les facilita caballos. En este día los expedicionarios pudieron distraerse algún tanto viendo como los guías cazaban perdices con el lazo, con una habilidad pasmosa. Cuestión de coger 40 ó 50 en una hora.

Siguiendo la marcha cruzóse por un largo *paradero* ó campamento prehistórico, siendo lo más particular que, habiendo tenido que presentarse los viajeros y el español de la pulpería al juez de paz del distrito para la transmisión del certificado de origen de los caballos vendidos, hubieron de encontrarse con un señor ilustradísimo que conocía al dedillo el *Origen de las especies,* de Darwin. Pero volvamos ya á lo del campamento prehistórico. Consistía este campamento en un montículo cuyo suelo estaba sembrado de infinidad de pedernales, calcedonias, jaspes, etc., tallados, mezclados con fragmentos de cerámica y con huesos humanos y de guanacos y avestruces. Todos los huesos largos de animales aparecían abiertos de arriba abajo, como si se hubiese querido sacar los tuétanos. También encontraron los expedicionarios un fragmento de cobre trabajado y recortado en forma de peine, lo cual les hizo pensar en las grandes emigraciones que los antiguos habitantes del país efectuaban yéndose á pie á Chile y á la costa del Atlántico, viviendo, sobre todo, del producto de la caza y de la pesca.

Y á todo lo largo de los valles de Río Negro y del Limay encontraron casi cada día nuestros viajeros montículos semejantes. Aquel día, segundo de la expedición (22 de marzo), mi amigo y su gente acamparon en un zanjón, con gran dolor de las aves acuáticas que se habían instalado allí y tuvieron que dejarles el sitio.

Al día siguiente hicieron su entrada los expedicionarios en la aldea de Pringles. Antes de la conquista del país por el general Roca era Pringles el último puesto civilizado. La colonia allí establecida ha ensayado el cultivo del trigo, y, aunque hay falta de regadío, se han alcanzado brillantísimos resultados, superando dicho cereal, en buena calidad, al mismo del valle de Chubut, considerado como el mejor de la América del Sur.

Continuando su marcha los viajeros, hubieron de encontrarse con que á medida que avanzaban iba escaseando de cada vez más el forraje, y eso que apenas habían hecho veinte leguas desde Patagones.

El día 28 llegaron los expedicionarios á una miserable aldea bautizada con el nombre de *Conesa,* compuesta de algunos ranchos de indios, en plenísimo desierto, sin una brizna de yerba por remedio, todo arena y piedras. A mediodía del 1.° de abril llegada á Choele-Choel, aglomeración de unos cuantos ranchos indios. Sin embargo, allí encontraron los expedicionarios una fonda, una ebanistería alemana y una tahona cuyo dueño era un ex maestro de escuela tudesco. Hasta esta aldea de Choele-Choel llegó el general Rosas en 1833, después de haber atravesado á caballo toda la pampa argentina.

Desde Choele-Choel sigue el camino hacia Fuerte Roca, á 200 kilómetros de distancia. La vegetación brilla por su ausencia, como no sea algún sauce á orillas de las lagunas; pero abundan en los pantanos y charcas las aves acuáticas: ocas, patos, garzas, cercetas. Agréguense á esto grandes bandadas de avestruces y la presencia de nutrias (gordos roedores cuyo pelambre se parece al de las nutrias felinas) y de vizcachas, animales cavadores en cuyas subterráneas madrigueras suelen hospedarse las lechuzas y el zorro. También se encuentra allí alguno que otro gato montés.

El 5 de abril encontraron nuestros viajeros á la galera que cada ocho días sale de Fuerte Roca y, pasando por Choele-Choel, para en Piyué, estación del ferrocarril de Buenos Aires á Bahía Blanca. Por fin, el 6 por la tarde llegaron los expedicionarios á Fuerte Roca, emplazado en lo alto de una colina. En dicho puesto hay destacado un regimiento de caballería, lo cual no deja de ser una singular idea en un país sin forrajes.

Además de la guarnición argentina hay en Fuerte Roca algunos indios, algunos criollos y algunos extranjeros. En punto á edificios, cuéntanse dos cuarteles, un hospital militar, y lo demás barracones ó chozas de adobe.

Salieron de Roca los exploradores el día 9, y al siguiente dejaron, por fin, el valle de Río Negro entrando en el del Limay. Nace este río en los Andes, al S. de Valdivia, y se dirige de S. á N. hasta reunirse con el Neuquen y formar Río Negro, que va de NO. á SE. Cruzaron nuestros exploradores el Limay el día 11, en canoas, y los animales nadando. Los exploradores encuentran al día siguiente en aquel desierto una casa de comercio, de la que es dueño un vascongado, que, con decidirse á vivir allí, queda dicho si será hombre de pelo en pecho. Aquí el país se hace ya más desigual: comienzan á formarse colinas y hay ocasiones en que la meseta se eleva á 240 metros sobre el nivel del Limay.

Continuando por el valle del Bajo Limay llégase al fortín Descano, primer puesto de la línea militar, y al decir fortín debe entenderse un cobertizo abierto á los cuatro vientos. Cerca del fortín crecen gran número de manzanos, introducidos en el país por los jesuítas. Vieron también nuestros exploradores un bosque de sauces en el cual cacareaban grandes bandadas de magníficos papagayos verdes. Aparte de esto, abundaban también los flamencos, á orillas del río y de los pantanos.

Del fortín Descano al fortín Alarcón, el valle se estrecha mucho; súbese, bájase, vuélvese á subir y se llega de nuevo á orillas del río, encajonado entre dos acantilados de más de 200 metros de elevación. Los acantilados están formados de asperón color de rosa, y aparecen corroídos por la acción de las heladas y otros agentes atmosféricos, que van desgajando grandes masas de rocas y determinan la formación de

fantásticas figuras: ora un pórtico, ora una torre coronada por aguda flecha, ora una serie de alminares.

Al día siguiente, 17 de abril, los exploradores pudieron deleitarse con una temperatura de seis grados bajo cero.

Del fortín de Alarcón se va al de Nogueira. Allí fueron los exploradores, y torcieron luego hacia el N. para penetrar en la región volcánica del *Territorio nacional* de Neuquen, ó Araucania argentina. Súbese



GALERA DE PATAGONIA

desde el valle á la meseta, cubierta de una espesa capa de lava agrietada, y de pronto aparece un terrible abismo, un *cañón*. Bajan hasta su fondo los exploradores y presencian un maravilloso espectáculo: la capa de lava de la superficie de la meseta yace sobre otra capa de toba volcánica, y en el lugar en que se juntan ven otra capa de verdadero ladrillo de tres metros de espesor, de la cual surgen millares de chorros de agua que después de serpentear por el fondo del cañón se precipita en el valle. De ahí que el cañón se llame los *Ojos de agua*, y el valle *Valle de las vertientes*.

Continúase por el *Valle de las vertientes*, y al cabo de una hora se pasa por la falda de una cadena de montañas en miniatura cuyas rocas de lava afectan las más extraordinarias formas: la *Piedra del Aguila*, formada por una roca sobre la cual descansan cuatro grandes peñas redondas, mantenidas en inexplicable equilibrio; la *Piedra colorada*, que recuerda la forma de una muñeca con la cabeza de color de rosa y el resto blanco.

Sigue luego un desfiladero angostísimo de más de 5 kilómetros de longitud, ensanchado de trecho en trecho formando una cañada, ó *cañadón*, alfombrada de verde césped, y se llega á orillas del río Curá, afluente del Limay. Crúzase y se encuentra una vasta estancia explotada por un barón alemán. Aquí el suelo es espléndido, abundantísimo en pastos. El valle del Curá está encajonado entre murallas de cenizas volcánicas de más de 150 metros de altura, entre las cuales pueden descubrirse restos de animales sorprendidos allí por alguna antigua erupción. El fondo está todo él minado por las galerías subterráneas que cava el *tucutuco*, pequeño roedor que produce, al ejecutar su trabajo de zapa, un ruido análogo al nombre que lleva. El país es muy inseguro, saqueándolo á cada momento las partidas de bandidos chilenos que se descuelgan de la Cordillera, además de lo cual es frigidísimo.

Continuando hacia las fuentes del Limay crúzanse diversos ríos, afluentes del Curá; encuéntranse algunos puestos argentinos, y, por fin, se sale de nuevo al valle del Limay. Esta vez el valle forma una inmensa garganta encajonada entre elevadísimas murallas de rocas esquistosas y de conglomerados de almenadas crestas. De vez en cuando la garganta se dilata formando un cañadón en el cual levantan sus melancólicas pirámides diversos espesillos de cipreses negros, mientras que en lo alto se yerguen los arces, sobre la nieve.

El suelo está cubierto de musgos y tréboles, y, sobre todo, de fresales, y hienden los aires los condores.

El 2 de mayo, esto es, á los cuatro días de haber salido de la estancia del barón alemán, emprendieron nuestros exploradores el camino del lago del Tigre, del *Nahuel Huapi*, del cual nace el Limay, donde llegaron al anochecer después de una fatigosa marcha.

Este lago mide 27 leguas de longitud por 3 de anchura y se encuentra á 730 metros sobre el nivel del mar, estando perfectamente ceñido por los Andes. Las faldas de las montañas que le cercan están cubiertas de espesos bosques de cipreses y arces, y sus cumbres aparecen dominadas por la altísima cima de Monte Tronador, así llamado por el estruendo de los aludes que se desprenden de sus flancos.

El lago del Tigre posee 34 islas, cubiertas de árboles todas ellas. En la mayor, que es la de Menéndez, existe en su centro otro lago en miniatura. El lago no tiene más que una desembocadura, que es la que da origen al Limay. La temperatura de que disfrutó allí mi sabio amigo variaba entre —6° y —14°. La expedición acampó bajo las tiendas.

Abundan en los alrededores del lago las *viscachas de la montaña* que son una especie de liebres destinadas á ser pasto de los condores.

A dos leguas al S. del lago hay una estancia, de la que son dueños un inglés y un alemán empleados de la *Compañía inglesa de colonización del Sud-Argentino*, la cual posee derechos sobre una extensión de 500 leguas cuadradas, si bien no se dedica más que á la ganadería.

Los exploradores se disponían ahora á ir en busca de las fuentes del Chupat ó Chubut, siempre hacia el S., durante cuyo trayecto sólo debían encontrar una estación civilizada, la de Maquinchao, dependiente de la Compañía susodicha.

Nuestros viajeros se despidieron, pues, del hermoso lago azul, en cuyas aguas se miran plácidamente los Andes, y entraron en un valle, el último que debían recorrer por entonces, habitado por guanacos y



GAUCHOS

avestruces, y, sobre todo, por *piches* y *peludos,* desdentados de la familia de los tatos. Cruzaron luego por un desfiladero dominado por una gran pared de kaolín, y vieron en su base tres grandes grutas cuyo suelo estaba formado por una capa de osamentas de más de dos metros de espesor, procedentes de ciervos, de nutrias y de otros animales cuyas especies están en vías de desaparecer allí.

El país que se aprestaban á reconocer mi amigo helvético y sus compañeros (700 kilómetros, hasta la colonia gaulesa del Chubut) forma dos regiones enteramente distintas: la una, á la derecha, yendo de N. á S., está limitada por el meridiano 68°; la otra, á la izquierda, llega hasta el Atlántico, consistiendo en una inmensa llanura que llamó el gran Darwin la *Tierra Maldita.*

Desde el lago del Tigre, llamado así por haber visto allí en otro tiempo los jesuítas unas nutrias llamadas *tigres de agua,* hasta la estación de Maquinchao, el terreno se compone de toba volcánica y de lava

que alternan con rocas de granito y de gneis, formando un sistema de *cañadones* como los del Territorio Nacional de Neuquen, ora algo anchos, ora constituyendo verdaderos desfiladeros de paredes cortadas á pico. Todo aquel país se distingue por su aridez casi completa, siendo así que en otro tiempo estaba todo él cubierto por inmensas sábanas de agua, procedente de los *nevés* de la cordillera andina. Hoy sólo queda la tierra de acarreo que arrastraban aquellas aguas; pero la vegetación brilla por su ausencia, excepto en algunas partes, donde se encuentran lagunas rodeadas de pastos.

Pero si la vegetación no presta su brillante ropaje á las colinas, éstas ostentan por sí solas, y según la composición de la toba y de la materia colorante que contienen, las más variadas tintas, lo cual produce un efecto fantástico, pues nada más extraordinario, en efecto, que ver ahora una colina roja, luego una colina verde, junto á ella una colina blanca, cual si un genial artista las hubiese embadurnado.

La meseta, ó sea el conjunto de plataformas que circunscriben los cañadones y desfiladeros, encuéntrase á veces á 1,900 metros sobre el nivel del mar.

La marcha por los cañadones es igual enteramente á la que tendría que seguirse á través de un laberinto, con la particularidad de que no es posible fiarse de la brújula por las continuas perturbaciones que experimenta. Así es que los extravíos son inevitables. En cuanto á encontrarse con alma viviente, es verdadera rareza tropezar con alguna tribu india, gente de elevadísima estatura, pintarrajados y envueltos en aquellos andrajos que los *Lehman* de la costa del Pacífico mercan á los marineros alemanes, cuando no de alguna rapiña en las aldeas de la Argentina. Aparte de esto, todos van envueltos en su poncho.

Esos indios patagones viven del producto de la caza de guanacos y avestruces. El guanaco ó llama de Patagonia resulta ser con toda evidencia la especie primitiva de que descienden la llama y la alpaca del Perú; vive en manadas, á las órdenes de un macho viejo, y se le encuentra desde la Tierra del Fuego hasta las más elevadas cumbres de los Andes, pero sobreabunda en toda la Patagonia, no siendo extraño ver en un solo día más de mil guanacos. Es algo mayor que la llama y de formas más esbeltas, muy fácil de domesticar, pero no es tan cariñoso ni tan juguetón ni tan inteligente como lo son la llama y la vicuña. En cambio, el guanaco es menos caprichudo. Un hecho que ya observó Darwin es que los guanacos suelen depositar sus excrementos en un lugar determinado, y que acuden á dicho... excusado lugar muchos guanacos á la vez.

Los patagones cazan los guanacos antes de que pasen de dos meses; pues, una vez los pequeñuelos han llegado á esta edad, ya su piel no es utilizable para la confección de capas. A los tres años, el animal ha adquirido todo su desarrollo, y puédese decir entonces "que relincha

como el caballo, es lanudo como un carnero, tiene el cuello de camello, los pies de ciervo y corre más rápido que el diablo."

El avestruz de Patagonia hace muy buenas migas con el guanaco, y vive en los mismos parajes que éste. Ese avestruz es bastante pequeño, aunque rechoncho y de color claro. Vive en manadas, y es particular que el que incuba los huevos sea el macho, el cual, además, es el defensor de la prole contra los condores, buitres, halcones, zorros, pumas y gatos pajeros, que van en busca de los huevos ó de los polluelos.

El enemigo más terrible del pobre guanaco es el *puma,* ó león americano, del tamaño de un perrazo de Terranova, aunque más corto de piernas y más largo de cuerpo; pelambre amarillento y lustroso. El puma es muy cobarde ante el hombre, pero causa estragos en los rebaños de cabras y corderos, matando por el placer de matar y lamer la sangre.

El condor, aunque se alimenta, por lo general, de cadáveres, ataca también á los becerros, cabritillos y llamas vivos, á los cuales mata de un picotazo ó bien los despeña á fuerza de aletazos al fondo de un precipicio, donde va á comérselos después. El avechucho ha llegado hasta á precipitar bueyes, en ocasión propicia.

Ciérnese este pajarraco hasta alturas á 7,000 metros sobre el nivel del mar; de manera que es el ave que vuela más alto. El condor es tan repugnante, que se caza de este modo: se sala un cadáver de caballo ó de buey, el cual se coloca en algún sitio en que puedan emboscarse algunos hombres. Bajan los avechuchos (urubus, buitres, chimangos, caranchos, condores) á devorar la presa; y de tal manera se atiborran los condores, que acaban por no poder menearse. Entonces salen los emboscados y los matan á palos. Los condores adultos miden á veces 4 metros de extremo á extremo de las alas.

Pero volvamos ya á nuestros carneros; digo, guanacos. Cazan los patagones los guanacos con las bolas lanzadas con el lazo y con el auxilio de galgos. A tiros no se alcanzaría nada; pues, aun gravemente herido, consigue el guanaco escapar para ir á morir en un rincón oculto.

Ese animal es precioso desde el punto de vista de la utilidad que presta: su carne es comestible, pareciéndose á la del choto, y seca, salada y pulverizada constituye el *charqui,* inapreciable recurso en los viajes largos. Los patagones comen el guanaco al asador y hacen caldo con sus huesos y despojos. El cuero de los guanacos adultos sirve para la construcción de toldos de tiendas, bridas, recados, bolas, cinturones, correas, lazos, mientras que el cuero de los guanacos jóvenes sirve para fabricar las magníficas capas llamadas *quillangos.* Las patagonas extienden sobre el suelo las pieles, húmedas aún; las estiran sujetándolas con fuertes espinas; rascan la cara desprovista de pelos con raspadores de pedernal ú obsidiana; las barnizan con grasa de avestruz, luego las cosen con tendones de pata de avestruz (generalmente trece

pieles de guanaquito forman una capa), y, por fin, pintan la cara lisa, que es la que va afuera, con ocre, sobre cuyo fondo trazan luego rayas azules y negras formando caprichosos arabescos.

Otro punto de contacto entre los patagones y nuestros prehistóricos, además de valerse de herramientas de piedra, es que las mujeres patagonas hilan la lana de guanaco con un huso enteramente igual á los encontrados en las habitaciones palustres de la vieja Europa.

También los patagones se fabrican capas con piel de puma, de gato montés, de mofeta y de cochinillo de Indias. Las más caras son las de mofeta.

La caza del avestruz proporciona también muchas utilidades. En primer lugar, la carne del animal es excelente, asemejándose á la de la oca. Su grasa sirve para mezclarla con el charqui y resulta un plato exquisito, además de lo cual sus tuétanos son *boccato di cardinale;* para los patagones. En cuanto á los huevos, basta con uno para quedar saciado.

La piel tiene muchos usos: si se le conservan las plumas, salen unas capas magníficas. Las plumas solas sirven para hacer plumeros, pues no pueden compararse en manera alguna con las de los avestruces del África Austral. Cuando el viajero Musters estuvo en Patagonia, pidióle un joven indio que lo llevase consigo á Inglaterra; pero, al saber que en aquellas tierras no había ni guanacos ni avestruces, se retractó, lo cual demuestra lógicamente el inmenso papel que en la vida patagona representan aquellos dos animales.

Y ahora volvamos ya á nuestros expedicionarios, los cuales, al cabo de cinco días de marcha, llegaron ya al cañadón de Maquinchao, verdadera llanura de dos leguas de longitud por una y media de anchura. Allí encontraron dos lagunas contiguas, una de agua dulce y otra de agua salada, fenómeno extraño, pero bastante frecuente en aquella región.

La estancia de Maquinchao consta de algunos vastos edificios; pero por ahora no viven allí más de treinta personas, en su mayoría peones indios. Y, sin embargo, al fundarla hace unos quince ó diez y seis años Mr. Jones, habían allí más de 2,000 indígenas.

Continuando siempre al S., en busca del Chubut, descubrieron nuestros exploradores algunas grutas sembradas de osamentas humanas, y pudieron admirar varias tolderías ó aduares patagones, en que rebullían una increíble cantidad de perros de toda casta. Nuestros viajeros hicieron alto en una de aquellas tolderías, cuyo cacique era un indio octogenario llamado Pcha Lao.

Gracias á la relación de Pigafetta, historiógrafo de la expedición de Magallanes, y á la obra de Gómara, que lo tomó de aquél, creyóse por mucho tiempo que la Patagonia estaba habitada por *fayanes* ó gigantes. Tal fama, sin embargo, no era del todo injustificada, pues, realmente, los patagones alcanzan una estatura muy aventajada, en comparación de

los demás indios, de igual manera que los Pomeranios (de donde se sacan los granaderos prusianos) se distinguen por su estatura del resto de los europeos.

La introducción del caballo por nuestros conquistadores, así como la de los metales, transformaron el modo de ser de los patagones, los cuales abandonaron aquellos arcos y flechas que les vieron blandir los compañeros de Magallanes y Elcano, no conservando sino las bolas y la lanza modificada, al mismo tiempo que se valían de cuchillos y empleaban perros para la caza. Hoy está próxima la extinción de la raza, pues apenas si quedarán un par de miles de patagones. El alcoholismo y las balas han acabado con ellos, como han acabado en los Estados Unidos con los Pieles Rojas.

Los patagones actuales se dedican al pastoreo, ó bien hacen la vida nómada. Su rostro es mucho más atezado que su cuerpo, como sucede en todos los pueblos que se cubren con vestidos. Las facciones son duras y pronunciadas, frente deprimida, ojos estrechos y oblicuos, pómulos salientes y cabeza redondeada, lo cual les presta bastante semejanza con los mogoles. El pelo, negro, es muy abundoso; pero, en cambio, son absolutamente carilampiños, debido á la costumbre de arrancarse el vello del rostro. La población patagona actual consta de varios elementos: hay los indígenas (tehuelches), los pamperos y manzaneros, de origen araucano, y algunos pehuenches, chilenos.

Existe la costumbre de deformar los cráneos de los recién nacidos, atándoles fuertemente una cinta sobre el cráneo; pero, al parecer, esta deformación artificial no influye desfavorablemente en el desarrollo de la inteligencia.

Las mujeres son más pequeñas que los hombres, y las hay bastante agraciadas, especialmente las de raza araucana. En cambio, su belleza se marchita tempranísimamente.

Los plateros y herreros indígenas son habilísimos: los arreos y sillas que fabrican son del mejor gusto. Asombra la facilidad con que convierten un duro de plata en una joya artísticamente trabajada, ó un fleje de tonel en un buen cuchillo. El yunque y el martillo de las herrerías son de piedra.

Las mujeres visten una gran camisa de lana que baja hasta los tobillos, y está ceñida al talle por un cinturón bordado. En invierno gastan capa de pieles, y en verano una manta de tela de colores. Si hace mucho frío se calzan unas botas hechas con la piel de la pierna del guanaco, vuelta del revés, esto es, con el pelo adentro, estando guarnecidas exteriormente de muchas hileras de perlas de plata del mejor efecto. Aparte de esto, todas las indias gustan de lucir cuantas joyas pueden, constituyendo el colmo de la elegancia y la riqueza un cinturón de campanillas de plata.

Hombres y mujeres se embadurnan el cuerpo de rojo, que se saca

del ocre, de blanco, que se obtiene pulverizando yeso y de un azul casi negro, que se obtiene de un mineral volcánico.

Los hombronazos fuman en pipas de cubo de piedra y tubo de metal, y mastican, lo mismo que las mujeres, una yerba llamada *maqui*.

Los únicos instrumentos músicos que conocen dicha gente es una flauta hecha de un peroné de guanaco, una especie de tamboril y grandes cuernos de caza, de cortezas de árbol. En los nacimientos, casamientos y fallecimientos (pero en ninguna otra ocasión) hay bailoteo, reservado exclusivamente á los hombres.

Los patagones, como todos los indios, son grandes jugadores: juegan á carreras de caballos, á cartas, á dados y á pelota.

Existe la poligamia, si bien, por lo regular, sólo los caciques pueden permitirse el lujo de poseer varias esposas.

Todas las fiestas terminan con grandes borracheras.

Los cadáveres son enterrados sentados, ora en una caverna, que se cuida de tapiar bien, ó semisepultados en tierra y cubiertos de una pirámide de piedras. Por lo general, se inmolan ante la tumba los caballos del muerto, y aun á veces alguna vieja ó algún prisionero.

Los patagones actuales son casi todos cristianos; pero conservan todavía muchas reminiscencias del *chamanismo*, culto propio de la raza mogola que habita el Asia del Norte, consistente en la creencia en ciertas prácticas de hechicería.

No se ve que los patagones tributen ningún culto exterior. Creen, ó creían antes de su conversión al cristianismo, conseguida por los esfuerzos de los PP. Franciscanos y Salesianos, en dos principios: uno bueno, Pillán, y otro malo, Gualichu, simbolizados por el Sol y la Luna, sirviendo de intermediarios entre ellos y los mortales unos brujos llamados *machys*, existentes aún hoy y depositarios de los secretos del arte de curar. Creen los patagones en la inmortalidad del alma, habiéndose forjado un paraíso adecuado á sus apetitos de buena caza y buenos tragos.

Los patagones tehuelches hablan una lengua especial, distinta de la de los patagones de origen pampero ó araucano.

El régimen alimenticio es esencialmente carnívoro: carne de guanaco, de avestruz, de puma, de agutí, de ciervo; pero nada como la carne de caballo. Yendo más al S., goza de grandísima estimación el sebo. Los patagones pueden soportar largos ayunos; pero en cuanto llega la ocasión de atracarse es incomprensible la potencia de su voracidad. En cuanto á vegetales, limítanse á recoger manzanas y araucarias y algunas bayas, si bien el principal empleo de éstos es servir para la preparación de bebidas fermentadas. También comen las raíces de una planta que los botánicos han denominado *Sphaeralcea specialis*, cuyo sabor recuerda el de las castañas. Como los patagones no se han dedicado jamás á la agricultura, se comprende que sea tan limitado su consumo de vegetales.

Y ahora volvamos á seguir á nuestros expedicionarios, á quienes hemos dejado en la toldería ó aduar del cacique Pcha-Lao. Corría el 19 de mayo cuando franqueaban, en medio de un terrible vendaval, la garganta de Chipchi Hué, á 1,360 metros sobre el nivel del mar, según rezaba el barómetro aneroide. El panorama era tan extraño, con sus picos multicolores y desnudos de toda vegetación, que recordaba los paisajes de la Luna. Por toda señal de seres vivientes, grandes manadas de guanacos, algunas bandadas de avestruces y, cerniéndose en lo alto, los condores. Los viajeros pernoctaron en el fondo de un cañón, al pie de una pared de basalto de 380 metros de altura, y allí les sorprendió un horroroso nevasco. El termómetro señalaba —5°.

Considérese lo que debían padecer todos, hombres y animales, con semejante tiempo en medio del país más inhospitalario y desolado.

El 22 de mayo, de madrugada, prosiguieron su camino el suizo y su séquito por un terreno erizado de cactus, que se clavaban en las piernas que era una desgracia, y al cabo de algunas horas dieron en una inmensa caldera, tan grande que no cabía imaginar se tratase del cráter de algún antiguo volcán. En el fondo de esta caldera veíanse algunas lagunas de agua salada; pero con escasísima vegetación y largos trechos sembrados de cantos rodados, como si por allí hubiese corrido alguna vez un río. Las lagunas estaban heladas.

Los viajeros salieron de la caldera por el cañón de Lañew, acamparon en él, con una temperatura de —16°, franquearon otra cadena de montañas, á 1,550 metros, y bajaron luego á otro profundo cañón, llamado de Cepokel.

Vuelta á subir. Los viajeros pueden contemplar ahora á vista de pájaro la región por donde tienen que atravesar. Es un paisaje digno del infierno, la región de la sed, la abominación de la desolación. En primer término, toda una serie de colinas multicolores, compuestas de lavas volcánicas mezcladas con arena y arenisca, corroídas y excavadas; más allá, rocas de asperón rojo; por todas partes, barrancas, pero sin el menor vestigio de agua; como pasto, ginerios. Nuestros expedicionarios, atormentados por la sed, bebieron el agua de una charca, única que encontraron, y se sintieron al poco rato atacados de violentos cólicos.

El día 26 los viajeros bajaban á la *Tierra Maldita,* que había dicho Darwin, á aquella inmensa llanura que se prolonga desde el interior hasta la costa del Atlántico. Al caer el día llegaban á una choza, en un paraje llamado por los guías Rankel Huó. No hay agua. Los expedicionarios abren un pozo y encuentran, por fin, un agua salitrosa, imposible de beber.

Prosigue la marcha en medio de un viento huracanado. La vegetación se compone de cactus y de un arbusto empleado á guisa de combustible, el *Chuquiraga erinacea,* espinoso como él solo. A pesar de tan

miserable pasto, no faltan, sin embargo, guanacos y avestruces, que dan con ello pruebas de una sobriedad más que espartana. Los viajeros padecen una sed horrible. Llegan, por fin, exánimes á Pocitos, al cerrar la noche; pero allí, donde creían encontrar agua, sólo encuentran un líquido cenagoso. Con todo, lo bebieron.

Faltaban aún 67 kilómetros para llegar al Chubut. Prosiguen los expedicionarios la marcha (el 29 de mayo), y al día siguiente aparece á al-



BAHÍA BLANCA: EL MUELLE NUEVO

gunos metros bajo sus pies una inmensa terraza, y en lontananza el acantilado meridional del Chubut, es decir, el acantilado de la orilla más lejana.

El valle ofrece muy poco aliciente; corre por en medio un río sombreado por algunos desmedrados sauces; hacia el E. vense algunas casitas rodeadas de campos de perímetro rectangular: es la colonia de los gauleses. Aparte de esto, la sequedad de siempre; y por pasto, algunos ginerios. Parece ser que hacía tres años no había llovido allí, y nadie ha cuidado de construir acequias, que hubieran podido proporcionar el beneficio del riego, con las aguas del Chubut.

La noche del 31 de mayo fué muy fría, pues el termómetro señaló

—13°. No se olvide que en la América del Sur las estaciones están invertidas, y que cuando empieza en Europa el verano le toca allí el turno al invierno. Por fin, penetran ya de nuevo nuestros expedicionarios en país civilizado: encuentran casas donde se come pan, donde hay lindísimas caseras rubias, hermosos niños de blanco cutis, y se cobra dinero por todo. Una carga de heno, de 10 kilos, muy pasado, cuesta 100 francos.

Pásase por Tres Casas, que se parecen á *Los Tres Mosqueteros,* en que son cuatro; por Gaimán, donde hay toda una fonda, propiedad de un compatriota nuestro, y empiezan á notarse señales de industria, como es un salto de agua.

La tierra es fértil, pues no contiene en su superficie cantos rodados ni piedras.

Desde Gaimán se va á Trelew, á cuatro leguas de distancia. Trelew es una población flamante, y de allí parte una vía férrea á Puerto Madryn. El terreno es árido. Nuestros viajeros se instalan allí y estudian, *ad libitum,* la topografía del valle del Chubut: lagunas en seco, pedregales, un suelo cargado de sulfatos que lo hacen impropio para la agricultura, un agua detestable, algunos arbustos achaparrados, unos cuantos sauces, ginerios: hé ahí toda la vegetación.

En cuanto á humedad, puede decirse que aun llueve menos en el Chubut que en Río Negro, por lo cual el cielo suele aparecer muy sereno durante la primavera. En verano, la irradiación solar es muy fuerte; y la refracción de la atmósfera es tan considerable que no son raros los fenómenos de espejismo. El calor es excesivo, al mediodía, pero de corta duración. En invierno, el viento echa fuera las nubes, y así puede el sol lucir por algunas horas. Suele nevar una ó dos veces.

Estas condiciones hacen que el clima sea muy sano, magníficamente sano, á pesar de la pobreza de la flora y de la fauna. La colonia del Chubut, fundada en 1865 por 150 emigrantes del país de Gales, cuenta hoy con 1,500 almas, diseminadas en 400 chacras ó lotes de 100 hectáreas cada uno, habiéndose ido á establecer en Rawson, capital del territorio, algunos españoles, italianos y argentinos. Dícese que el territorio del Chubut es el mejor administrado de toda la Confederación Argentina.

La producción principal es el trigo, de magnífica calidad, que se exporta en cantidad de 4,500 toneladas por año.

No hay allí nababs; pero tampoco hay pobres.

Rawson, la *capital,* consta de algunos centenares de habitantes, y el caserío es todo él de adobe, fuera del palacio del gobernador, que es de ladrillo, pero con las fachadas sin revocar. La población está dividida en dos partes, una á cada lado del Chubut, comunicándose por un puente de madera. Sepárala del mar una serie de dunas, y en la costa se encuentra Puerto Madryn, en el fondo de un golfo.

La costa patagónica es una de las que ofrecen mayor desolación, y

experiméntase desde ella, como en pocas, la más profunda impresión de lo que es la inmensidad del Océano. Sólo vagan por aquellas soledades algunos ganados, custodiados por pastores indios; y no se comprende, á la verdad, qué van á buscar allí, pues las pobres ovejas mueren de inanición una en pos de otra para servir de pasto á los buitres, cuando no se presenta algún puma á arrebatarlas todavía en vida. Y tampoco se comprende qué tienen que hacer allí los pumas, no siendo raro que se les encuentre muertos de sed. Probablemente, las tales alimañas, sedientas, creerán poder aplacar su tormento bebiendo agua del mar. En una palabra: no cabe imaginar una sequía comparable á la de las costas patagónicas del Atlántico, lo cual no impide que algunos desalmados, ávidos de explotar las salinas que hay allí de trecho en trecho, lleven á morir de sed y de hambre á tan horribles parajes á los infelices *atorrantes* de la capital argentina.

Los naturalistas, en cambio, pueden recoger gran número de enseñanzas en la horrible costa de la Patagonia. Vense pasar grandes cetáceos, y el mar arroja con frecuencia cadáveres de tiburones. Nada más frecuente que contemplar desde la orilla los retozones juegos de los leones marinos, ú *Otarias*. Las aves marinas, entre las que descuellan por su número las gaviotas, pósanse sobre los islotes, y bajan por el Chubut, hasta el mar, grandes bandadas de palmípedas y zancudas, cisnes de negro cuello, ocas, patos, garzas, etc.

Abundan los moluscos, depositados entre las algas, é incrustados en la roca aparecen los vestigios de la enorme *ostra patagónica*, que vivió allá en los tiempos terciarios.

Mi amigo suizo dedicó sus ocios en el valle del Chubut á estudiar la condición de los antiguos patagones, de aquellos que encontraron los compañeros de Magallanes, y ha podido reunir gran número de curiosas noticias.

Resulta con toda evidencia que los patagones, á la llegada de nuestros conquistadores, vivían aún, en pleno siglo XVI, en la edad de piedra, recurriendo, para la fabricación de sus armas, á los mismos procedimientos que nuestros prehistóricos europeos y que los actuales fuegios ó fueguianos; tanto, que sería difícil distinguir entre un hacha de pedernal de España ó de Suiza y un hacha patagona, á no ser por la materia algo diferente de que están labradas. De igual manera también que nuestros prehistóricos, conocían los patagones el fuego y fabricaban objetos de cerámica; cazaban, iban vestidos de pieles, se adornaban con groseras joyas y se pintaban el cuerpo. Muchos son los exploradores que han recogido abundantísimos ejemplares de hachas, puntas de flecha, cuchillos, etc., en los *paraderos* ó antiguos campamentos indígenas, situados, sin excepción, á orillas de los ríos.

Parece ser que los antiguos habitantes no hacían, como los indígenas de hoy, vida de nómadas; pero, con todo, veíanse obligados con frecuen-

cia á emprender larguísimas emigraciones. Vivían del producto de la caza ó de la pesca, y, cuando eso faltaba, de los moluscos que habitaban las márgenes de los ríos.

La cerámica anterior á la conquista (pues los patagones de hoy han olvidado el arte del alfarero) es muy interesante, á pesar de su tosquedad. Fabricábase á mano; la pasta era negra ó roja, apareciendo mezclada con pedacitos de sílice, á fin, sin duda, de compensar las imperfecciones de la cocción. En algunos de los cacharros se descubren tentativas de toscos dibujos.

Las hachas recogidas en los paraderos de Patagonia son de serpentina ó de diorita, y debían estar sujetas á un mango de palo por medio de tendones de pata de avestruz. Los fragmentos á propósito de sílice y de obsidiana se empleaban á guisa de cuchillos y sierras: con los primeros cortaban á trozos las pieles, y con las segundas las ramas que debían servir de mangos.

Encuéntrase también abundancia de *rascadores* que servían para preparar las pieles de igual manera que los de hoy (y por cierto que de esta palabra *rascador de cueros* han hecho los franceses su *Rastaquoère,* que ha pasado á ser la expresión del tipo del ultramarino petardista). Los rascadores son de pedernal, calcedonia, ópalo, jaspe, ágata, obsidiana, madera silicificada, pórfido, traquitos, etc., y estaban sujetos á mangos ó asas en forma de herradura de caballo.

Figuraban en el mobiliario patagón antiguo almireces. Los morteros eran de granito, y las manos de asperón. Los almireces servían para triturar la caza y pesca secas.

En punto á flechas, baste decir que sólo en el Museo de La Plata hay más de 10,000 ejemplares; son de muchos tipos; pero todas se distinguen por la admirable finura de su ejecución; las hay que no exceden de 12 milímetros. Estarían montadas, seguramente, en cañas. La madera de los arcos procedería de árboles de la Cordillera, y las cuerdas de tendones de animales, pues no existe allí ninguna planta textil. Por lo demás, bien puede decirse aquello de que al *cabo de años mil...* Vemos que, en efecto, los cirujanos de hoy han vuelto á utilizar, como los patagones, los tendones de animales, echando mano de los del kanguro, como grandemente resistentes.

Lo que pasma verdaderamente en la fabricación de esas flechas es que hubiesen podido ser ejecutadas con tan groseras herramientas; á saber: un martillo de piedra para desbastar el guijarro, y luego una tibia de guanaco para el trabajo fino. Pero esos salvajes tienen una habilidad sin igual para tales empresas. Los fueguianos á quienes se llevó una temporada al Jardín de Aclimatación de París dejaban asombrado á todo el mundo con la destreza con que, mediante un simple pedazo de vidrio, convertían en una linda flauta una tibia de carnero.

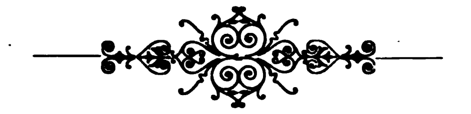
Hállanse también en los paraderos gran número de *bolas,* como las

que usan los gauchos, tan bien hechas que se dirían trabajadas á torno. Esas bolas son de diversas sustancias, basalto, pórfido, serpentina, etcétera, y algunas alcanzan hasta 7 centímetros de diámetro.

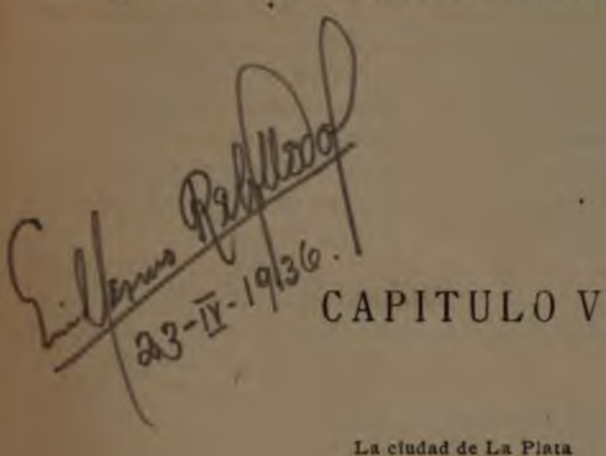
Como objetos de adorno aparecen collares de mariscos, y fragmentos de pizarra con toscos dibujos.

Hay indicios para suponer que los patagones procedían del Asia. La semejanza entre los cráneos de los patagones y los esquimales es portentosa.

Pero basta ya de hablar de la Patagonia, país interesantísimo, sin duda, para el naturalista, pero absolutamente imposible de colonizar. Por lo tanto, que no se le ocurra á nadie trasladarse allí, donde no hay agua.







CAPITULO V

La ciudad de La Plata

Hicimos escala en Bahía Blanca, desembarcamos en Montevideo, que hubo de parecerme la más maravillosa ciudad del mundo, bajo la impresión de Punta Arenas y Corral, y héteme de nuevo en Buenos Aires, dispuesto á dejar tamañito al capitán Cock en punto á audacísimos viajes. Mi viaje á Corral por Magallanes y el canal de Smyth me ha hecho concebir las más temerarias ambiciones.

Entretanto, y cediendo á los consejos de todos mis conocidos, hago una visita á la octava maravilla del mundo, ó, hablando en plata, á la ciudad... de este nombre, capital federal del Estado de Buenos Aires. Buenos Aires, ciudad, es la capital nacional.

El viaje es facilísimo, pues no hay más que tomar el tren, y en hora y media se llega allá.

La línea cruza por terrenos pantanosos, habitados por infelices trabajadores albergados en míseras tierras. Á lo largo del litoral encuéntranse La Boca, Barracas, Quilines, población ésta muy lujosa, con sus quintas y jardines, que recuerdan las de Barcelona ó Génova.

La estación de La Plata proporciona ya un *avant-goût* de lo que es la ciudad: imponente, toda ella de piedra artificial blanca.

La ciudad, comenzada hace diez ú once años, está dividida en cuadras y en estrellas. Las calles son anchas y abundan los palacios que las bordean. Pero no hay solamente calles, sino también soberbias avenidas y suntuosos bulevares, *ultima verba* del modernismo, surcados por los rieles del tranvía y orillados de postes telegráficos y de mástiles para los faroles del alumbrado por la luz eléctrica.

Los palacios de La Plata se cuentan á docenas: el del gobierno de la provincia, los ministerios de Instrucción Pública, Hacienda é Interior; el Banco Provincial; el Banco Hipotecario; Dirección de Obras Públicas; Dirección de Escuelas; Cámara de Diputados; Senado; Tribunales; Prefectura de Policía; Cuartel de Bomberos; Museo; Observatorio; Teatro; Palacio del gobernador. Cada uno de esos palacios, con su jardín, ocupa una hectárea, y difieren entre sí hasta constituir una especie de mosaico



LA PLATA: PALACIO DEL GOBIERNO DEL ESTADO FEDERAL

arquitectónico, como el Ensanche de Barcelona, en que se ve de todo, incluso el gótico y el asirio.

Pero no todo son palacios en La Plata: hay también casas particulares, si bien están muchas por alquilar. Y se comprende: oficialmente, la capital de la provincia de Buenos Aires consta de 60,000 habitantes, pero bastantes de esos miles no residen allí, sino en la capital nacional ó en Quilines; de manera que no reina mucha animación en aquellas calles, ni hacen gran negocio las tiendas.

Dicho esto, no cabe negar que es La Plata una ciudad espléndidamente urbanizada, pues no bajan de 23 sus plazas y *squares,* adornados todos con suntuosos monumentos, con abundantes fuentes y con bellísimos jardines. El mercado es vastísimo, y la catedral... lo será; pues, á pesar de haberse invertido ya en su construcción algunos millones, no adelanta mucho. Trátase de un monumento verdaderamente colosal; empléase como material el ladrillo, lo cual hará que recuerde las antiguas construcciones ninivitas.

Lo que sorprende, sin duda, es el emplazamiento de la urbe, en medio de una llanura desierta y á nueve kilómetros del Plata, donde tiene

su puerto. ¿Por qué no haber construído la nueva ciudad junto al río?

La Ensenada, que así se llama dicho puerto, está en comunicación con La Plata por un tranvía y con las líneas férreas por sendos ramales. Transcribiré á este propósito lo que escribe un viajero, si bien algo hostil, indudablemente, al simpático país argentino. "El camino, que sigue por la pampa, está absolutamente desprovisto de interés. Así que se ha pasado el bosque de eucaliptos y el museo, el país es llano y está sin árboles: nada atrae la mirada. Cuando se han recorrido unos tres kilómetros, vense palos de barcos que parecen surgir de en medio de praderas donde pacen ovejas. Después, cuando se continúa adelantando, reconócese que aquellos veleros y gabarras están anclados en el dique, puertecillo provisto de lindos muelles de madera recientemente construídos, de un depósito de mercancías y de dos ó tres casas de madera. De este puerto parten dos canales rectilíneos que atraviesan la pampa y van á parar al río. El camino sigue uno de esos canales hasta que llega á un laberinto de cañaverales, bosques, hierro galvanizado, cobertizos y casas de toda suerte, pilas de rieles y de traviesas, montones de ladrillos y materiales de construcción. En este dédalo se acaba por distinguir diversos canales. Uno de ellos, bordeado de lindos muelles provistos de grúas hidráulicas en una de las márgenes, es un lugar de descargue para las mercancías que llevan. En la otra margen extiéndese una verde llanura cubierta de sauces y terminada en el segundo plan por un montículo arbolado sobre el cual se proyectan las curiosas siluetas de las máquinas para drenar y ahondar, estrechamente agrupadas. Algunas de esas máquinas están en reposo y otras en reparación, después de haber funcionado por largo tiempo. Á corta distancia, vese una línea interminable de pilares de piedra y de verjas de hierro, que forman el recinto actual de lo que sólo puede ser hoy considerado como una promesa de grandeza futura. Finalmente, algo más lejos encuéntrase un *dock* inmenso y magnífico, rodeado de muelles de piedra.

"Perfectamente. —Pero ¿dónde está el río?—pregúntase uno, mientras se pasea por los muelles y pasan por delante de los enormes cimientos de los almacenes en construcción. El puerto parece hallarse en medio de una llanura, y todos los canales artificiales y naturales asemejan dirigirse al interior de la pampa. Después se descubre la clave del misterio: delante del puerto hay unas islas bajas que ocultan completamente el río, y el principal canal de entrada pasa entre dos rompimientos de verdura que recuerdan los *polders* de Holanda.

"...El puerto de La Plata ha sido construído, según los planos de un ingeniero danés, por Waldrop. Comenzóse en 1884. Éntrase en él por un canal exterior de 4 $^1/_2$ kilómetros de longitud y 300 metros de ancho, formado por dos empalizadas construídas con 20,000 estacas y 300,000 metros cúbicos de piedra. Este canal desemboca en el lecho profundo del río de la Plata, y su profundidad es de 7 metros en su centro. De

ahí, los buques penetran en un canal interior dividido en muchos seccionamientos, el cual mide una longitud total de 3 1/2 kilómetros, una anchura que varía de 150 á 180 metros y una profundidad uniforme de 7 metros. A cada lado de la gran dársena se encuentra un canal lateral, con prolongaciones, gracias á las cuales las goletas de cabotaje pueden acercarse á la ciudad y verificar su descarga en el Dique. Se está en vías de terminar estos inmensos trabajos con el establecimiento de todas las máquinas hidráulicas necesarias y la construcción de depósitos y tingla-



LA PLATA: PALACIO DEL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

dos de proporciones gigantescas. Evalúase en 18 millones de dollars, oro, el coste total del puerto de La Plata, que en sí será, indudablemente, una obra notable.

"En cuanto á la monumental ciudad, es de temer que quede en estado de curioso ejemplo de extravagancia provincial. Por otra parte, la creación de una ciudad en la América del Sur no es una cuestión tan lógica y sencilla como en los Estados Unidos: como no hay en el Sur fábricas que ocupen millares de obreros, no hay necesidad de grandes ciudades industriales. En cuanto á las ciudades comerciales, se fundan y se engrandecen donde son necesarias, como lo prueban Buenos Aires y Rosario. Nada de ciudades ganaderas, en virtud de que la industria pastoral no exige ni aun aldeas; y por lo que hace á la industria agrícola tiene sus desembocaderos á lo largo de los ríos y de las líneas férreas. En la nueva organización económica de la República, los centros de negocios comerciales y agrícolas (que proporcionan á los puertos importantes con qué alimentar su actividad) son las únicas ciudades cuya existencia tenga razón de ser y cuya creación y desarrollo sean norma-

les. Así se explican la pobreza y la ociosidad que reinan actualmente en las trece viejas capitales de las provincias federadas, en que la vida política es el solo antídoto del sopor y de la ruina. A esta industria política, plaga de la República, debe su creación La Plata."

"La ciudad de Buenos Aires fué proclamada capital nacional en 1880, y la provincia de Buenos Aires quedó, con este hecho, privada de su



LA PLATA: ENTRADA MONUMENTAL DEL PARQUE

capital federal. Las otras provincias tenían su capital, fundada en el siglo XVI por la voluntad de los conquistadores, poseyendo su plaza, su catedral, su cabildo, su palacio para el gobernador y un local para los tribunales. Cada una de esas capitales estaba dispuesta en líneas rectilíneas y trazada en medio de soledades inhabitadas; tenía su cinturón de quintas afectas á la horticultura y su zona exterior de chacras destinadas á la agricultura, y constituía en su conjunto una comunidad autónoma que se bastaba á sí misma, un Estado en el Estado. La historia de cada una de estas ciudades, durante los primeros siglos de su existencia, abraza únicamente cuestiones de vida animal y vegetativa. Paraná, Santa Fe, Corrientes, Santiago, Mendoza, Córdoba, Jujuy, Catamarca, San Luis, Tucumán, fueron simples aldeas dispersas, y muchas de esas localidades no han llegado aún á alcanzar las dimensiones de una villa. Eran también, en los antiguos días, puntos en que se refugiaban y encontraban abrigo los exploradores y conquistadores perdidos en la inmensidad del desierto, los puntos de partida de nuevas aventuras, centros administrativos para los pobladores y trabajadores de los contornos, es decir, para

las tribus sumisas y las tribus sojuzgadas. Así, estas ciudades, cuyos habitantes eran, sobre todo, funcionarios y parásitos, adquirieron notoriedad é importancia, y así, hasta últimos del siglo XVIII, no hubo otras ciudades que esas capitales. Eran los únicos centros sociales, las solas localidades constituídas.

"Pero la guerra de la Independencia, levantada por Buenos Aires, vino á sacar de su entorpecimiento y de su sueño á estas capitales provinciales; todas cooperaron á la obra que tenía por objeto crear la federación y asegurar la autonomía nacional, dejando entera la autonomía de cada ciudad. De esta suerte las capitales provinciales continuaron siendo capitales, y cada provincia tuvo sus cuerpos políticos, revestidos de títulos sonoros, análogos á los que la Constitución nacional atribuía á los legisladores de la nación. Así, esas capitales han continuado teniendo una razón de ser políticas.

"De todas las provincias, sólo la de Buenos Aires ha sido siempre bastante fuerte para resistir á la autoridad del poder central; pero siempre resultaba alarmante una coalición de dos ó tres Estados. Hoy todo eso ha cambiado. En 1880 quedó definitivamente arreglada la cuestión de la República Argentina, y el Poder Central quedó de una vez para siempre fuerte y sólidamente constituído al tomar posesión de los vastos territorios nacionales de la Pampa, Patagonia y el Chaco, que en mucho tiempo no se verán subdivididos en provincias, sobre todo cuando puede contar con seguridad con el apoyo de una capital tan poderosa como Buenos Aires y ha conseguido que sacrificase su supremacía provincial en aras de la grandeza de la nación.

"Este acontecimiento político ha influído no solamente en la importancia relativa de todos los Estados confederados, sino hasta en su importancia absoluta, pues, desde luego, no cabe posibilidad de resistencia al Poder Central ni motivo de celos contra la ciudad de Buenos Aires, convertida á su tiempo en capital nacional y en terreno neutro."





CAPITULO VI

De Buenos Aires á La Asunción

SALGO de Buenos Aires el 1.° de junio para visitar la capital del Paraguay, atraído allí por la admiración que en todo tiempo he sentido hacia la república de los López, después de haber sido la república de los jesuítas.

El punto de embarque es aquel puerto de la *Boca* que se encuentra en el trayecto entre Buenos Aires y La Plata. Zarpamos por la mañana, y á la media hora perdemos ya de vista las márgenes del río. El agua es fangosa, amarillenta, espesa; es decir, que no tiene nada de *argentina*.

Por la tarde vemos de nuevo tierra; á estribor una costa baja; á babor las rocas de la isla de Martín García, el *Gibraltar del Plata*. Martín García mide 3 kilómetros de longitud y sobresale unos 40 metros del nivel del agua. Hállase á 3 kilómetros de la costa uruguaya, á 36 de la costa argentina, y domina la desembocadura del río Uruguay en el Plata. Hoy pertenece á la Argentina y está perfectamente fortificada.

Cierra la noche así que empezamos á remontar el Paraná, cuya desembocadura en el Plata está sembrada de islas, islotes y cayos, por entre los cuales serpentea el vapor.

Mis compañeros de viaje forman un conjunto heterogéneo por demás: emigrantes, zarzueleros de quinta clase que van á dar unas cuantas funciones en Rosario y La Asunción, viajantes de comercio, ganaderos, ingleses, colonos. En suma: no tiene nada de amena su conversación y nada estimula á cultivar su trato.

Al amanecer subo á cubierta y veo á lo lejos, por estribor, la ciudad de San Nicolás, á 360 kilómetros de Buenos Aires. En su puerto hay

fondeados muchos vapores trasatlánticos, pailebotes costeros y gabarras. La población de San Nicolás pasa de 20,000 almas. Por lo que se ve, hácese mucho comercio, siendo un centro importante de embarque de cereales.

El Paraná es aquí magnífico; mide 1,600 metros de anchura, con una profundidad de 24 metros; la velocidad de la corriente se estima en 4 ½ kilómetros por hora. A la derecha elévanse grandes acantilados, que se



LA PLATA: EL PUERTO DE LA "BOCA"

escalonan uno detrás de otro hasta llegar á grande altura; por la izquierda distínguense numerosos cayos é islas bajas, cubiertos de vegetación, en los que cacarean innumerables manadas de patos silvestres. El agua presenta un color casi de chocolate.

Al mediodía recalamos en Rosario de Santa Fe, ya á 450 kilómetros de la capital. Rosario es ya una ciudad importantísima; pero con el tiempo rivalizará con Buenos Aires, como rivaliza Chicago con Nueva York. Está emplazada en una meseta, á 80 pies sobre el nivel del río, que domina admirablemente. Es Rosario el puerto natural de las provincias del interior, comprendidas entre el Paraná y los Andes, estando unida con vías férreas con Tucumán, Salta, Jujuy, Córdoba y Santa Fe, esperando el día en que estará en comunicación ferroviaria con Bolivia y Chile.

Desde el puerto, la urbe parece muy bonita, viéndose una grande iglesia coronada por una hermosa cúpula, muchos edificios de nueva planta, vastos almacenes, fábricas dominadas por altas chimeneas que despiden espesas bocanadas de humo y unos largos planos inclinados por los cuales se envían desde arriba hasta los muebles los sacos de harina ó de maíz destinados al embarque. El puerto está en mantillas todavía, pero se trabaja de firme en el dragado, en la construcción de muelles y



PUERTO DE ROSARIO

wharfs. Vese que se trata de una población laboriosísima, entregada por entero al negocio. La población excede de 80,000 habitantes.

Saltamos en tierra y me convenzo de que Rosario es, en efecto, el germen de una gran ciudad; las calles están tiradas á cordel, y las casas, de un solo piso, pintadas, son hermosas, aunque sin pretensiones. Abundan las tiendas lujosas, los cafés y los billares. La iglesia que he visto desde á bordo ocupa uno de los lados de la plaza mayor; es de estilo bizantino y además de la cúpula está flanqueada por dos magníficos campanarios. Las fábricas son muchas, estando destinadas las principales á refinerías de azúcar. La ciudad tiene la forma de sector de un círculo; de modo que unas calles son paralelas y otras perpendiculares á alguno de los radios: disposición en consonancia con la dirección del río, que describe un arco de circunferencia. Las calles están empedradas con guijarros, ó no lo están. No importa eso gran cosa, pues los

tranvías pasan por doquier, y no son pocas las *plazas montadas*. Abundan asimismo las victorias, y no faltan las carretas tiradas por yuntas de bueyes. Lo que sí hay en todas las calles es una capa de polvo de un palmo de espesor. Cafés, fondas y un teatro que no aspiran á competir en manera alguna con los de París ó Londres.

Zarpamos al día siguiente, y la navegación no deja de ser algo peligrosa, teniendo que sortear el vapor los innumerables canalizos formados entre las islas é islotes de que está sembrado el río. Esas islas son fangosas ó arenosas, estando pobladísimas de aves acuáticas que ensordecen el aire con sus desapacibles graznidos. Al cabo de algunas horas divisamos á *Diamante*, á babor. Ahora la orilla derecha es la baja, y la izquierda la acantilada ó *abarrancada*. Diamante domina el Paraná desde su altura de 200 pies sobre el nivel del río, estando en comunicación con éste por un camino en zigzag. El puerto se ve también muy concurrido; pero, lo mismo que Rosario, es Diamante no solamente una ciudad comercial, sino industrial también; lanzando al aire sus penachos de humo varias chimeneas. El río es hermoso, habiéndose formado entre el *acantilado* ó *barranca*, como dicen en el país, una bellísima playa de arena dorada.

El paisaje es soberbio; la barranca está coronada por frondosos bosques de eucaliptos, y la solemne lentitud con que van descendiendo por el zigzag las carretas tiradas por yuntas de bueyes y cargadas de sacos de harina y de maíz presta al sitio un aspecto ligeramente patriarcal. No se les ha ocurrido aún á los diamantinos el expeditivo medio que á los de Rosario, que prescinden del arrastre valiéndose del plano inclinado.

Es particular que á medida que remontamos el Paraná se vaya éste ensanchando; de manera que poco antes de llegar á la ciudad que ha tomado su nombre, mide más de 3,000 metros. La vegetación se desarrolla con soberbia lozanía, apareciendo las barrancas del Este cubiertas de magníficos bosques.

Dista Paraná 605 kilómetros de Buenos Aires, por el río, y, lo mismo que Rosario y que Diamante, está emplazado en una meseta y ofrece el aspecto de una ciudad de Europa. Fondeamos á la caída de la tarde y saltamos en tierra. Puede asegurarse que es una de las urbes mejor construídas de la Confederación Argentina, y, con eso, de las que menos deja que desear en punto á policía urbana, como si quisiera dar fe de la razón con que se le eligió por capital de la República Argentina cuando la transitoria independencia de Buenos Aires, desde 1852 á 1861. El puerto es magnífico y pintoresco; de modo que un paisajista podría lucirse mucho trasladando al lienzo tan bello panorama.

Zarpamos pronto, y al amanecer nos encontramos en Santa Elena, importantísimo centro de salazón de carnes. Sin embargo, lo que á mí me llama más la atención es la preciosa perspectiva que á mi contem-

plación se ofrece: el Paraná, en vez de aquellas aguas amarillentas ú oscuras de más abajo, ostenta un color esmeraldino del más suave matiz, determinado por el reflejo en su superficie de los inmensos bosques que cubren los acantilados de la margen oriental, ó sea de la provincia de Entre Ríos y de los prados que alfombran las islas de la parte de poniente. Pero ¡oh prosa de la existencia! Tanta belleza artística, tan idílica visión aparecen turbadas por las chimeneas de Santa Elena y por los inmensos letreros que se leen en negras letras sobre las blancas paredes de los almacenes de sebo y de tasajo.

Mediodía era por filo cuando recalábamos en el bonito puerto de la no menos bonita ciudad de La Paz, encaramada, como sus compañeras ribereñas, en la cumbre de una colina. El Paraná aparece igualmente poético que más abajo y sembrado de islas de esmeralda, en las que las praderas se ven sombreadas por deliciosos espesillos de eucaliptos y ceibas de purpúreas flores. El Paraná se muestra majestuoso; pero, como sucede, ó me sucede á mí en las navegaciones por los ríos, acábase por encontrar cierta monotonía en el paisaje.

Al dejar La Paz para remontar el río, empieza á cambiar el paisaje, insinuándose ya la vegetación tropical. Desaparecen los acantilados para dar lugar á la llanura arbórea, y ondulan en lo alto de sus elevados y esbeltos tallos las áureas copas de las palmeras y los cocoteros, alternando con los cactos y palmitos y con la espesísima manigua. Compréndese que el país por donde cruzamos está muy despoblado: transcurre largo tiempo sin verse alma viviente ni señal de habitación. Pasado Esquina, en la confluencia del Corrientes con el Paraguay, empieza, á la otra orilla (la occidental), el Gran Chaco, ese territorio inmenso en el que tantos infelices emigrantes han sucumbido víctimas de las fiebres, después de haber sufrido los más espantosos padecimientos. Y es que es una verdadera temeridad intentar la colonización del Gran Chaco, donde, en todo caso, sólo pueden vivir los mosquitos y las fieras.

Desde Esquina á Goya, la navegación está llena de peligros á causa de los bajos movedizos de que está sembrado el río. Nada más frecuente que las varaduras, á pesar de toda la habilidad de los pilotos, en su mayoría italianos. El capitán, muy prudente, decide esperar el día para continuar el viaje, por lo cual fondeamos delante de Esquina, llegando á Goya á las diez de la mañana.

Goya es una población agrícola y, al parecer, muy floreciente, situada en medio de una campiña que recuerda la de Holanda por su verdor y por los numerosos canales que la surcan, orillados de frondosos árboles. Después de descargar allí algunos sacos y cajas, continuamos el viaje, y experimento una verdadera sorpresa al dar vista, de pronto, á un delicioso sitio llamado *El Rincón de Solo,* vivo trasunto del Jardín de las Hespérides. ¡Qué magníficos bosques de naranjos, alternando con macizos de elevadísimos eucaliptos, cedros y palmeras! Eso

por la parte de la derecha, ó sea por la de la provincia de Corrientes. Por la otra extiéndese el pantanoso Chaco, todo manigua, tanto más fácil de temer en cuanto el Paraná se estrecha aquí extraordinariamente hasta no alcanzar sino una anchura de 200 metros. La vegetación del Chaco merece verdaderamente aquel calificativo de *furiosa*, que han empleado á veces los novelistas franceses al hablar de la vegetación tropical. Es una manigua impenetrable, cuyos árboles están verdaderamente estrangulados por las apreturas de los bejucos. Junto á la orilla aparecen innumerables zancudas: flamencos y cigüeñas, además de robustos pernócteros, dignos habitantes de la selva virgen, y nada más bello, ciertamente, que la *mancha de color* que forman los rosados plumajes de las aves acuáticas, resaltando sobre el verde aterciopelado de la manigua, salpicado de flores rojas, azules, amarillas y blancas. Decoración esplendidísima, pero á la que no conviene acercarse, so pena de tener que arrepentirse y tomar quinina.

Dejando el *Rincón de Soto* á nuestra popa, remontamos siempre, y ahora vuelven á surgir, por la parte de Corrientes, los acantilados ó barrancas de más abajo de La Paz. Esas barrancas son poco elevadas, sin embargo, cosa de 40 ó 50 pies, y están compuestas de lechos de arena y de arcilla amarillenta. La flojedad de este terreno hace que el río, al lamer la falda de las colinas, las vaya corroyendo, arrastrando las arenas que de esta suerte, al llegar á las estrechuras entre Goya y Esquina, forman aquellos peligrosos bancos y cayos que hacen tan peligrosa la navegación en dicho trayecto.

Aparece luego, por la parte del Chaco, el puerto de San Vicente, y más arriba (ya á 1,107 kilómetros de Buenos Aires) la villa llamada justamente de *Bella Vista*, donde fondeamos poco antes de anochecer. El pueblo está construído en forma de tablero de ajedrez, y revela que sus habitantes, franceses en su mayoría, alcanzan envidiable bienestar. Bella Vista ocupa la cumbre de una colina que termina bruscamente en el río y está rodeada de frondosos naranjales. Aquí el Paraná vuelve á tener mucha anchura.

Hacemos noche en el puerto, por no ser prudente navegar en la oscuridad, y al día siguiente franqueamos á la luz de la aurora el temido paso, llegando á las dos á Juárez Celman, en la margen del Chaco, destinado, con el tiempo, á ser el puerto de la colonia *Resistencia;* nombre significativo, pues no se necesita poca para aguantar la existencia en el hórrido país que tantas vidas y tantos millones ha costado, sin ningún provecho.

Poco después llégase á Corrientes, capital federal del Estado de su nombre y digna de toda suerte de elogios. Es ciudad de las más antiguas de la América del Sur; de manera que se conservan aún muchas casas del tiempo viejo, de la época de la colonización, notables por sus columnas con capiteles de palmera, sus anchas galerías, sus techos de corteza

y sus estrechas ventanas, adornadas ó resguardadas por rejas de madera, como se ve aún en Andalucía. Las calles, por lo general, no están empedradas; pero como el piso es arenoso, el tránsito no resulta molesto.

La plaza mayor de Corrientes (ó sea la del *25 de Mayo)* es espaciosísima y se hallan en ella los principales edificios: la vieja iglesia, perteneciente á aquel estilo hispano-americano tan admirablemente conce-



JUÁREZ CELMAN

bido por nuestros arquitectos del siglo XVI; el *Cabildo,* hermosa construcción también hispano-americana, de aspecto señorial, coronada por una arrogante torre; el Palacio del Gobierno, edificio nuevo, de estilo corintio, y en el centro la consiguiente columna conmemorativa de la Independencia. La población asciende á 20,000 almas, predominando el elemento indio ó guaraní.

El Paraná tiene en Corrientes 4 $^1/_2$ kilómetros de anchura, pero su fondo va disminuyendo considerablemente; de manera que no se puede contar sino con un calado de 3 metros. El puerto que digo es principalmente punto de embarque del tabaco y el mate del Alto Paraná, pieles y azúcar de Posadas.

A 27 kilómetros de Corrientes, río arriba, llégase á *Tres Bocas,* confluencia del Paraguay con el Paraná, siendo un espectáculo de los más singulares ver el distinto color que ofrecen sus aguas, pues las del Paraná se diría que son verdes, mientras que las del otro se distinguen por su color amarillento oscuro. Los dos poderosos ríos, como si vacilaran en confundirse, corren durante largo tiempo uno al lado de otro,



CASA-AYUNTAMIENTO Y PLAZA DE CORRIENTES

separados por una blanca franja de espuma y conservando sus respectivos colores, hasta que, por fin, se mezclan definitivamente.

El vapor ya no navega ahora por el Paraná, sino por el Paraguay. El Paraná, al llegar á Tres Bocas, forma un ángulo casi recto y se dirige hacia el E., llamándose entonces el *Alto Paraná,* yendo primero de E. á O. y después de E. á N., aunque más exacto sería decir lo contrario, es decir, que baja de N. á S. y luego de E. á O., acodándose en *Tres Bocas* para ir luego hacia el S. á reunirse con el Uruguay para formar el Plata.

Dejamos, pues, el Paraná, que baja por nuestra derecha, y remontamos el Paraguay. El primer poblado que veo, á la derecha, es Humaitá, famoso en la guerra del Brasil, el Uruguay y la Argentina contra el Paraguay, ó, si se quiere, contra el heroico presidente Solano López.

y sus estrechas ventanas, adornadas ó resguardadas por rejas de madera, como se ve aún en Andalucía. Las calles, por lo general, no están empedradas; pero como el piso es arenoso, el tránsito no resulta molesto.

La plaza mayor de Corrientes (ó sea la del *25 de Mayo)* es espaciosísima y se hallan en ella los principales edificios: la vieja iglesia, perteneciente á aquel estilo hispano-americano tan admirablemente concebido por nuestros arquitectos del siglo XVI; el *Cabildo,* hermosa construcción también hispano-americana, de aspecto señorial, coronada por una arrogante torre; el Palacio del Gobierno, edificio nuevo, de estilo corintio, y en el centro la consiguiente columna conmemorativa de la Independencia. La población asciende á 20,000 almas, predominando el elemento indio ó guaraní.



JUÁREZ CELMAN

El Paraná tiene en Corrientes 4 $^{1}/_{2}$ kilómetros de anchura, pero su fondo va disminuyendo considerablemente; de manera que no se puede contar sino con un calado de 3 metros. El puerto que digo es principalmente punto de embarque del tabaco y el mate del Alto Paraná, pieles y azúcar de Posadas.

CAPITULO VII

El Paraguay.—Historia

El Paraguay es uno de los países más singulares del mundo, ciertamente, pues después de haber sido, á pesar de su reconditez, el centro de todas las operaciones de los europeos en la costa americana del Atlántico, hubo de quedar luego relegado al olvido, aisladísimo, incomunicado con el mundo entero.

"Durante los primeros tiempos de la dominación española,—escribe un viajero,—los colonos se vieron acogidos en el Paraguay antes que en las más accesibles riberas del río de La Plata. Por su fertilidad, por su clima y por su situación geográfica, el país tentó á los jesuitas, que establecieron en él sus *reducciones* y ensayaron el poner en práctica su sistema de comunismo, cuyos resultados fueron, sin duda, muy notables desde el punto de la felicidad colectiva. Los establecimientos de los jesuitas prosperaron durante dos siglos; después la orden fué expulsada en 1767, y cuando los arquitectos comunistas abandonaron el hermoso monumento en que los indígenas guaraníes habían aprendido los rudimentos de una civilización sencilla y casi idílica, aquel monumento cayó en ruinas, y el país y la población declinaron rápidamente."

Sin embargo, la decadencia no llegó hasta el aniquilamiento: tuvo el Paraguay la suerte ó la desgracia de que mientras la América Española se lanzaba á la guerra, corriendo á torrentes la sangre, apareciese un ser extraordinario que le dió un modo de ser absolutamente personal, fundando lo que en nuestra España se llamó alguna vez el *despotismo ilustrado*.

Ya se comprenderá que nos referimos al celebérrimo *Doctor Francia*.

Antes, empero, de ocuparnos en tan singular personaje, no estará de más trazar á grandes rasgos la historia del Paraguay, desde su primera colonización por nuestros conquistadores.

La fertilidad del país, la suavidad de su clima, su misma situación mediterránea, á propósito para mantenerse aislado, movieron á los jesuítas á establecer en él sus famosas *Reducciones,* ensayando un sistema de *comunismo de Estado* cuyos resultados, dejándonos de todo apasionamiento sectario, hay que confesar que fueron notabilísimos. Por espacio de dos siglos fué el Paraguay jesuítico un verdadero Edén, una Arcada, un idilio hecho y derecho hasta que en 1767 fueron expulsados de allí los RR. PP., por orden de Carlos III. Desde entonces el Paraguay fué en decadencia, contrastando su miseria con la dicha envidiable de que había gozado durante la dominación de los hijos de Loyola. Esta es la verdad, sin que valga regatear los inmensos beneficios que el sistema comunista proporcionó á los guaraníes.

Las primeras misiones se fundaron en la provincia que se llamaba entonces *Misiones de Entre Ríos,* comprendida entre el Alto Paraná y el Alto Uruguay, y se llama hoy *Misiones Destruídas.*

Comenzaron los jesuítas por proceder á la conversión de los indios; pero conociendo perfectamente la manera de hablar al corazón humano, en vez de irles con metafísicas, procuraron, antes que todo, hacerles comprender las ventajas que proporciona el catolicismo, el placer de las relaciones pacíficas, la gran ventaja de vivir cómoda y holgadamente, y así consiguieron que algunos indios se convirtiesen, sirviéndose luego de ellos para pescar á los otros, haciendo así como aquellos santos pescadores del lago de Genezaret.

Pronto fué tan copioso el número de neófitos, que se pudo agruparles en aldeas, y entonces comenzaron los jesuítas á enseñarles la agricultura, á cuyo objeto no solamente les proporcionaron las simientes, sino que atendieron á su subsistencia hasta que llegó la época de la recolección. No se les impidió por eso á los indios que continuasen dedicándose á la caza y á la pesca, sus únicas ocupaciones hasta entonces; y como, además de dichos productos, los *reducidos* contaban también con la cosecha y reinaba en las nuevas aldeas la mayor abundancia, fueron ablandándose los *refractarios,* y muchísimos se apresuraron á hacer como los primeros. Al mismo tiempo, los jesuítas bautizaban á los niños, instruían á los grandullones, y, llegada ocasión, les administraban los sacramentos, procurando revestir este acto con toda la pompa posible.

El brillante resultado obtenido en el territorio citado impulsó á los jesuítas á fundar nuevos pueblos, que eran visitados al punto por los indios que arrastraban miserable existencia por los bosques. "Si queréis que nos quedemos con vosotros,—decían aquellos infelices,—dadnos de comer". Y los hijos de Loyola se apresuraban á practicar esta obra de misericordia, sin exigir de ellos otra cosa sino que permaneciesen allí

con los conversos. Y poquito á poco les iban catequizando: primero, les instruían; luego, les hacían ejecutar algún trabajo que no les fatigase; recompensaban á los habilidosos con cuchillos, anzuelos, tijeras, agujas, etcétera; consolaban y cuidaban á los enfermos, y, en una palabra, no paraban hasta conquistarse su afecto.

En plena prosperidad las *Misiones*, hubieron de mover la codicia de los *paulistas* brasileros (fines del siglo XVI y principios del siguiente), gente sin conciencia que se dedicaba á esclavizar indios para matarles á puro trabajar en sus minas ó plantaciones de caña de azúcar. Con este objeto, pues, y con el de apoderarse de las riquezas de los establecimientos jesuítas, invadieron los pueblos creados por la Compañía, y más de la mitad de las aldeas desaparecieron presa del incendio, después de ser teatro de los más horribles atentados.

Los jesuítas, entonces, resolvieron trasladar á más seguro sitio sus *Misiones*, y eligieron las márgenes del Paraguay, á cien leguas de la vecindad de los terribles *paulistas* ó *mamelucos*. Más de 12,000 indios siguieron á los misioneros en aquel Éxodo; fundáronse nuevas aldeas entre el Paraguay y el Paraná, y en menos de un siglo aumentaron de tal manera las *Doctrinas* ó pueblos, que en 1701 había allí más de 32 villas, con 120,000 indios conversos.

A medida que se iba afianzando la nueva población, cuidaban los jesuitas de estimular la actividad de los neófitos y de sostener su valor. A este objeto fueron destinados allí desde Europa algunos Padres entendidos en mecánica y en arquitectura, y comenzaron á edificarse iglesias, ejerciéndose el culto con toda la pompa necesaria para impresionar la imaginación de los sencillos guaraníes. Al mismo tiempo, todo estaba reglamentado de manera que fuesen inseparables los deberes religiosos de las ocupaciones ordinarias. Todo el mundo tenía que oir misa antes de salir para el trabajo; muchas veces se iba á cultivar los campos procesionalmente entonando himnos en loor á la Virgen, cuya imagen era llevada sobre unas angarillas cubiertas de flores. Función religiosa también por la tarde y grandes fiestas los domingos, día destinado á la celebración de matrimonios y bautizos. Después de la misa había la costumbre de amonestar *coram populo* ó de imponer alguna penitencia á los que durante la semana habían cometido algún escándalo público.

Así acabaron por conseguir los jesuítas que los guaraníes, antes feroces y brutales, se convirtiesen en hombres apacibles, laboriosos y llenos de cristianos sentimientos, acudiendo en socorro del prójimo con fraternal caridad. Y no cabe duda en que los jesuítas entendían perfectamente la manera de civilizar á aquella pobre gente. Por ejemplo: vicio común era en aquella raza la borrachera; los jesuítas, con mucha cautela, fueron poco á poco proscribiendo los licores espirituosos hasta hacer contraer á los guaraníes tales hábitos de sobriedad, que bebían aun con cautela los más inocentes licores.

Cuidóse también de librar á los conversos de las tentaciones de la carne separando con el mayor rigor los sexos y haciendo que de noche recorriese una ronda las calles de cada pueblo; pero el golpe maestro para evitar la inmoralidad fué la concesión alcanzada del rey de España para que le fuese prohibida la entrada en el Paraguay á todo forastero, aun español, excepción hecha del gobernador y del obispo. A veces sucedía, sin embargo, que lograba penetrar allí algún curioso europeo, y en tal caso, apenas había puesto el pie en el país, se encontraba con un amabilísimo y grave *cicerone* que se lo enseñaba todo, pero sin dejarle á sol ni á sombra.

Sabido es el influjo que ejerce la música en los pueblos bárbaros y salvajes. Supongamos que hubiese en las inmediaciones de alguna *Misión* tribus derramadas por aquellos bosques. ¿Cómo reunirlas? Pues salía un jesuita, llevando un crucifijo, y se metía por la espesura cantando melodiosos himnos. Acudían entonces los salvajes como moscas á la miel; y cuando se hallaban reunidos ya buen golpe de ellos, el misionero-cantante les catequizaba, y nunca dejaba de volver á la *Doctrina* seguido de mayor ó menor número de oyentes, deseosos de cristianar y civilizarse. Y no solamente servía la música para conquistar infieles, sino que los reverendos Padres elegían entre los niños los que tenían mejor voz, les enseñaban á solfear y á tocar algún instrumento, y así se fueron formando excelentes capillas de música, que contribuían al mayor esplendor del culto.

Admira la sagacidad con que los hijos de Loyola sabían sacar partido de todo para llevar adelante su empresa, haciendo atractiva la religión.

"Cuando se acerca la festividad del Corpus—escribía Muratori—los indios se preparan á celebrarla con toda la magnificencia posible, y á este fin adornan con particular esmero la iglesia y las plazas y calles por donde ha de pasar la procesión. Como su pobreza no les permite destinar á este objeto otros adornos que los campestres, los arreglan de una manera tan elegante y variada, que presentan un espectáculo mucho más agradable que el de nuestros tapices, pinturas y plata labrada. De trecho en trecho levantan en las calles arcos de triunfo que cogen toda su anchura y lo visten con ramos de diferentes árboles, con guirnaldas y festones de bellísimas flores y de los mejores frutos que la estación ofrece. Dos días antes se dedican á la pesca y á la caza y traen ciervos, tigres, leones y otros animales raros que cuelgan simétricamente de los arcos de triunfo, combinándolos con los pavos reales y otras aves que están encargados de presentar los caciques. En particular cogen vivos cuantos pájaros pueden entre los más notables por el brillo y diversidad de los colores, los cuales, comúnmente, se hallan en las márgenes y en las islas de los grandes ríos y principalmente del Paraguay, cuyo nombre, que en su lengua significa *el río de las plumas,* es debido á la mu-

chedumbre de pájaros extraños y hermosos que viven en sus orillas. Los indios atan esos pájaros por un pie á los arcos de triunfo con un cordón bastante largo para que puedan revolotear de rama en rama y hacer ostentación de su rico plumaje. También colocan por las calles tigres pequeños y otros animales feroces, cogidos con lazos, y los atan de modo que no puedan dañar á nadie. Esto lo reputan ellos como el colmo de la magnificencia.

"El frontis de las casas está adornado siguiendo el mismo gusto de los arcos de triunfo con yerbas odoríferas, frutos, flores, pájaros, tortugas y tortas de toda clase que las mujeres amasan expresamente para ese día; y todo eso forma festones, trofeos y caprichos de mil especies. También suelen colgar algunas piezas de tela de algodón guarnecidas con plumas, que por la diversidad de sus colores y por el artificio con que están armonizadas ofrecen un espectáculo singular. Delante de las casas colocan en cestas muy lindas el maíz y los otros granos que han de servir para la sementera, á fin de que el Señor los bendiga y los haga fructificar según sean las necesidades del pueblo.

"Cuando la procesión ha vuelto á la iglesia, se eligen algunos cristianos de edad madura y de una fidelidad á toda prueba para que vayan á recoger todas las cosas comestibles que han servido para decorar los arcos de triunfo y las casas: los misioneros escogen lo más exquisito y lo envían á los enfermos, y distribuyen lo restante entre los indios que más han contribuído al embellecimiento de la fiesta. A ella convidan á todos los infieles de las inmediaciones, y con frecuencia sucede que muchos de ellos, conmovidos por aquel majestuoso espectáculo, renuncian á su vida salvaje y piden ser admitidos en la aldea en clase de catecúmenos."

Aparte de esto, no era, de seguro, ninguna prebenda el ser misionero: los jesuitas tenían que atender á pesadísimas obligaciones, que requerían á la par un valor á toda prueba, grande abnegación, celo y robustez. Tenían que cumplir con el ministerio de celebrar los divinos oficios, predicar, llevar á los más distantes ranchos de pastores los auxilios espirituales, visitar á los enfermos como médicos del cuerpo y del alma, y no eran pocas las epidemias de viruela que asolaban el país; tenían que desempeñar el cargo de maestros de primera enseñanza; de maestros de artes mecánicas; de carreteros, albañiles, tejedores, pastores; de profesores de música, y, por encima de todo, el de propagadores de la fe...

Veamos ahora cómo se regía el país. Las aldeas diseminadas en todo el Paraguay constituían en su conjunto cinco diócesis, á cuyo frente había un obispo, no siendo raro que el prelado tuviese que recorrer 200 leguas para llegar al término de su jurisdicción en tiempo de visita pastoral.

En cada misión había un párroco y un vicario, propuestos por el

Padre provincial y nombrados por el gobernador, cargo que no se creó hasta 1620 y que era siempre desempeñado por un indio.

En realidad de verdad, el Paraguay no era más que un agregado *de repúblicas,* apenas ligadas por ligerísimo vínculo á la corona de España. El único funcionario de nombramiento del gobernador era el corregidor de la villa: todos los demás funcionarios eran *nombrados por el pueblo.*



ALDEA PARAGUAYA

Administraban justicia los alcaldes (de elección popular) y fallaban sin apelación todos los negocios civiles. Estaba prohibido litigar por medio de abogado y procurador; de manera que nadie se arruinaba, y, por lo común, las cuestiones terminaban amigablemente.

La organización social era notabilísima. Todo indio bautizado era *ipso facto* libre, en términos que no se conocía allí la servidumbre. La tierra pertenecía á la comunidad; las familias sólo gozaban el usufructo de la porción que habían de menester para su subsistencia. Al morir el cabeza de familia, los bienes inmuebles volvían á la comunidad, que se encargaba de la viuda hasta que ésta contrajera segundas nupcias, si es que deseaba casarse de nuevo, y de los hijos hasta que llegaban á la edad en que podían cuidar por sí mismos de una porción de tierra.

En cada misión había, además de la iglesia, otros dos edificios públi-

cos: la Casa de los jesuítas y un granero en que se guardaban las provisiones para socorrer á los necesitados.

No se conocía moneda de ninguna clase. Cada año se enviaba á Buenos Aires ó á Santa Fe un gran convoy de productos agrícolas y de caza (miel, algodón, pieles, tabaco, mate, etc.), y del producto de la venta se pagaba el tributo á la corona, invirtiéndose el sobrante en la compra de herramientas ó aperos de labranza. Dicho tributo era el de un duro por cada varón desde los veinte á los cincuenta años. Durante la ausencia de los que cuidaban del convoy, los demás vecinos cultivaban sus tierras con todo esmero.

No era cosa fácil acostumbrar á los indios á tener hábitos de previsión y de trabajo. Ya se descuidaba el uno de sembrar, ya se olvidaba otro de recoger la cosecha, ya el de más allá derrochaba las provisiones, ya dejaba que los bueyes se muriesen de hambre por no cuidar de darles el pienso. Corrigióse esto imponiendo á los imprevisores la obligación de restituir á la comunidad el grano que se le había facilitado para la sementera ó los bueyes que se les habían prestado para la labranza. Además, se crearon unos *inspectores* que vigilaban para que cada vecino economizara sus provisiones, con derecho á imponer un correctivo á los malversadores. Sin embargo, como era inevitable el que cada año cayesen en la miseria mayor ó menor número de indios, por culpa suya ó de alguna desgracia, atendíase á su subsistencia con el producto de una porción de las tierras comunales llamada la *tupambae (propiedad de Dios),* cultivada por los adolescentes de quince años que no trabajaban aún en los talleres ni concurrían á las escuelas. Toda la cosecha de la *tupambae* era almacenada en el granero público, y servía para los pobres, los enfermos, las viudas, los huérfanos, los impedidos y los ancianos. Y con razón dice un autor al ocuparse en esa creación de la *tupambae:* "¡Institución admirable, que consagraba las primicias del trabajo de la infancia al socorro de los infelices! ¡Qué escuela de caridad práctica! ¡Qué vínculo de amor y de gratitud debía establecer esa caridad entre todos los miembros de la aldea!"

Además del cultivo de los campos, dedicábanse los paraguayos á la caza de los bueyes salvajes, ciervos y otros animales, que eran derribados con *el lazo* ó las flechas.

Pasando ahora á otro asunto, no deja de tener un fondo de verdad aquello que se lee en el *Cándido,* de Voltaire, sobre los jesuítas del Paraguay. Los reverendos Padres habían, efectivamente, organizado un excelente ejército, añadiendo al terrible lazo y á las flechas de los guaraníes las armas de fuego, las picas y las espadas. Había en cada misión ó villa muchas compañías de infantes y de jinetes, á quienes hacían ejercitar cada semana en el manejo de las armas y en evoluciones militares. "No fueron pocas las veces — dice un autor — en que esas tropas organizadas por sacerdotes vencieron á fuerzas muy superiores, y que, al

parecer, debían anonadarlas al primer encuentro". La precaución no estaba por demás, pues los paraguayos tenían que rechazar á veces los ataques de los molestos portugueses del Brasil ó de los feroces paulistas. Aparte de esto, sólo se les entregaban las armas á los indios en tiempo de guerra.

Precisa decir ahora que no hay que creer que los jesuítas fundasen en el Paraguay ningún poderoso imperio; no se trata de eso, sino del espíritu de las instituciones que allí crearon. Se puede ser muy enemigo de la orden y hasta jactarse de *comer jesuíta*, sin dejar de reconocer lo que real y verdaderamente tuvo de admirable su dominación en el territorio que decimos. Y en prueba de que los jesuítas prestaron un valioso servicio á la humanidad, fué que, existiendo en las misiones de Entre Ríos, cuando su expulsión, más de 30,000 indios, apenas había 3,000 en 1821. En menos de cincuenta años se murieron de miseria ó abandonaron las misiones para ponerse á salvo en los bosques de la tiranía del doctor Francia.

No estuvo exenta de graves contrariedades la dominación de los jesuítas en el Paraguay, distinguiéndose los españoles por la enemiga que les demostraban. Así las cosas, ocurriósele á Fernando VI poner fin á la guerra que sostenían España y Portugal por la cuestión de los límites de sus posesiones de la América del Sur. Concluyóse un tratado, en virtud del cual España cedía á Portugal las siete misiones situadas á la izquierda del Uruguay, ordenándose, en consecuencia, á los jesuítas que se saliesen de allí con sus neófitos. Era duro abandonar un territorio que, gracias á largos y perseverantes esfuerzos, había sido convertido en un verjel. Los jesuítas reclamaron, pues, contra lo acordado; pero Fernando VI los requirió á que obedeciesen. Los jesuítas, en último trance, acordaron resistirse. El gobernador de Buenos Aires envió tropas contra ellos, y lo mismo hizo el gobernador del Brasil: los jesuítas pusieron en pie de guerra á los paraguayos y trocaron el breviario por la espada, demostrando ser tan buenos generales como el que más y venciendo á los hispano-lusitanos en numerosas batallas. En eso se murió Fernando VI, y su sucesor Carlos III anuló el tratado concluído por su antecesor, volviendo los jesuítas á quedar dueños del territorio.

Poco les había de durar, sin embargo, su dominación. Concertóse entre la Pompadour y las cortes de Lisboa y de Madrid la expulsión de la Compañía, y en 1767 fueron expulsados los jesuítas del Paraguay, sin oponer resistencia, siendo aquélla la señal para que los aventureros, que por tantos años habían codiciado en vano las riquezas de este país, se lanzaran sobre él como chacales hambrientos.

Desde entonces comenzó á decaer rápidamente el Paraguay. Todo se fué á rodar, todo quedó abandonado y destruído; los edificios, desiertos, se desmoronaron, y la naturaleza volvió á tomar posesión de los lugares

de donde había sido arrojada para levantarse en ellos útiles y sólidos edificios.

Así las cosas, lanzóse en Buenos Aires el grito de separación de la Madre Patria (25 de mayo de 1810). Acertaba por entonces á ser gobernador del Paraguay un excelente señor, llamado D. Bernardo de Velasco, cuya humanidad y justicia eran justamente ensalzadas. Como no se tenía el menor motivo de queja contra él, nadie pensó en secundar el movimiento iniciado á orillas del Plata. La Junta de Buenos Aires, con sobrado motivo, hubo de temer que aquella fidelidad del Paraguay á España no fuese perjudicial á la causa del separatismo, y, por lo mismo, al general Belgrano para que promoviese un levantamiento; pero los paraguayos salieron á su encuentro, y, topándose con los independientes, á quince leguas al S. de la Asunción, los derrotaron, obligándoles á repasar el Paraná.

Así transcurrió un año, y casi en el mismo día en que había ocurrido el movimiento de Buenos Aires, el 14 de mayo, llevó á cabo el Paraguay su revolución, aunque sin tener que deplorarse el más mínimo desmán, ni costar una gota de sangre. Fué destituído el bueno de Velasco y se reunió una Asamblea que al mes siguiente nombró una *Junta Ejecutiva* compuesta de un presidente, dos asesores y un secretario. El primero era un tal D. Florencio Yegros, hombre nulo; los asesores... no han dejado su nombre á la historia; el secretario se llamaba D. José Gaspar Rodríguez de Francia.

La *Junta Ejecutiva* decretó desde luego la independencia del Paraguay, y dos años después (1813) reunióse un nuevo Congreso que, si no fué muy escogido, cabe asegurar que fué muy numeroso, pues no se componía menos que de *mil* diputados. La Junta de los *cuatro* fué reemplazada por *Dos Cónsules,* los cuales debían ocupar sendas sillas curules llamadas respectivamente la *Silla de César* y la *Silla de Pompeyo,* por más que ni uno ni otro de esos ilustres personajes hubiesen oído hablar en su vida del *Paraguay*. Para desempeñar los citados cargos fueron elegidos Yegros y Francia. Éste, dando una relevante prueba de su buen gusto, se apresuró á sentarse en la *Silla de César* y dejó á su colega la del gran Pompeyo.

Ya *cesarizado,* centralizó Francia toda la administración en sus manos, declaró *muertos civilmente* á los españoles, para atraerse á los guaraníes, reorganizó el ejército, restableció el orden en la hacienda; y como *César* no admitía rivales, hizo que el Congreso de los Mil decretara que Yegros estaba de más y que sobraba la silla de Pompeyo. En consecuencia, fué Francia nombrado *Dictador* por un trienio (1814). *César,* con todo, no se contentó con dictaduras á plazo fijo: convocó de nuevo al Congreso, y esta vez fué proclamado *Dictador Supremo y Perpetuo* (1816). Contaba á la sazón el tirano cincuenta y nueve años; pero no se crea que al decir *tirano* pretendamos pintar á Francia como un

tigre; nada de eso: realizaba, por el contrario, hasta cierto punto, el ideal del *buen tirano* soñado por Renan. Por otra parte, el pueblo paraguayo debía de sentirse satisfecho con el nuevo gobierno, que no venía á ser, virtualmente, sino la continuación del sistema jesuítico del comunismo de Estado, si bien ahora se trataba de un comunismo *laico* y no tan ameno como la otra vez. Francia se encontraba con un pueblo habituado á la obediencia pasiva, ignorantísimo, y olvidado—desde la expulsión de los jesuítas—de la práctica de las artes y aun de la misma agricultura: un pueblo vuelto á caer en la barbarie, en una palabra.

Hé aquí el retrato que del casi sesentón dictador paraguayo traza el distinguido historiador francés M. A. Deberle: "Era hombre de mediana estatura,—dice,—nervioso y flaco, de facciones regulares, de ojos negros y penetrantes. Presumía de ser oriundo de Francia por su padre, el cual, llamado del Brasil por el Gobierno español para que montara en el Paraguay unas fábricas de tabaco, se había casado allí. Francia había sido destinado al estado eclesiástico; sus estudios, empezados en el Seminario de la Asunción, terminaron en la Universidad de Córdoba de Tucumán. Graduado de doctor en derecho canónico y agraciado con una cátedra de teología, renunció á las órdenes, estudió jurisprudencia y se hizo legista. Hábil, elocuente, desinteresado, pronto siempre á defender al débil contra el poderoso, al pobre contra el rico, no tardó en hacerse notar, y fué sucesivamente elegido regidor, procurador síndico y alcalde, hasta que al proclamarse la independencia del Paraguay le vemos secretario de la Junta Ejecutiva, Cónsul y, por fin, Dictador.

"Conjunto extraño de buenas y malas cualidades, Francia demostraba en el poder supremo el mismo desinterés que en la vida privada. Generoso cuando se sacaba el dinero de su bolsillo particular, mostrábase avaro al tratarse del Tesoro Público. El Congreso le había señalado un sueldo de 9,000 pesos; pero sólo quiso aceptar 3,000. Tenía por regla no admitir ningún regalo, y, ó bien pagaba lo que se le ofrecía, ó lo devolvía al donador.

"Había oído hablar en su infancia del despotismo de los jesuítas, de su ambición, de sus ocultos y tortuosos manejos. Discípulo de los Padres Franciscanos, había tenido por qué quejarse de ellos, y concibió, desde muy temprano, la más insuperable aversión á las prácticas exteriores del culto, que trataba de truhanerías. Al principio de su dictadura oía misa todos los días; pero pronto dejó de parecer por la iglesia y despidió á su limosnero. Desde entonces prodigó toda suerte de burlas contra los curas, á quienes acusaba de explicar desvergonzadamente misterios que no comprendían ellos mismos. Y declaraba que si el Padre Santo llegara á ir al Paraguay, le nombraría su limosnero."

Y, sin embargo, á pesar de tanta despreocupación y de sus alardes de *esprit fort*, Francia se atuvo escrupulosamente á restaurar el antiguo sistema de aislamiento de las *Misiones*, conminando con los más severos

castigos á los que se atreviesen á penetrar en el país, así como á los naturales que recibiesen del exterior cartas en que se hablase de política y no las presentasen en seguida á las autoridades. Estas medidas decía Francia que estaban justificadas por la necesidad de preservar al Paraguay del contagio de la anarquía que reinaba en los Estados vecinos, así como para sustraerlo á las malas intenciones del Brasil, dispuesto á absorberlo.

Ello es que en una época en que toda la América del Sur era teatro de guerras, desórdenes, alborotos, insubordinaciones y del más completo desconcierto, el Paraguay se mantenía tranquilo y próspero y parecía feliz, aunque fuese aquélla *la paz de los sepulcros,* como dicen. Francia organizó la República, creó un fuerte ejército, hizo progresar la industria, constituyó en cuerpo de nación una parte de la raza india, que en el resto de América no había salido aún del estado salvaje y nómada, y robusteció profundamente la idea de *patria.* Como aquí no hacemos más que *constater des faits,* no tenemos inconveniente en reconocer que el ejemplo de la autocracia de Francia demuestra que también, sin sufragio universal ni gobierno parlamentario, pueden los pueblos alcanzar altísimo grado de riqueza, de bienestar material, y aun llegar á una supremacía capaz de alarmar á las naciones dotadas felizmente del régimen susodicho. Y es que quizá pase con el sistema constitucional lo que le sucedió á un médico en la epidemia colérica de 1854.

Visitaba el doctor á un carpintero atacado del cólera, á quien encontró en gravísimo estado; pero ¡cuál no sería su sorpresa al verle al día siguiente bueno y sano! Indagada la causa de tan repentina curación, manifestóle el carpintero que, queriendo morir harto, se había comido un gran plato de judías, sintiéndose en seguida perfectamente. No le cayó en saco roto al Galeno el portentoso remedio: llamado á visitar á un albañil, recetóle inmediatamente al enfermo un buen plato de judías; pero, en lugar de curarse, el pobre paciente reventó. Entonces el Galeno, con mucha flema, escribió en sus apuntes: "Las judías, buenas para los carpinteros; malas para los albañiles". Puede que el sistema constitucional sea bueno para los isleños de la Gran Bretaña y malo para otros: de igual manera que las dictaduras á lo Francia pueden convenir al Paraguay y ser desdichadísimas en otros países. De lo cual se deduce que no hay en absoluto ningún sistema político aplicable en todos los países.

Pero volvamos ya á nuestro célebre paraguayo. "Continuando sencillamente las tradiciones mercantiles de los jesuítas,—dice el autor antes citado,—monopolizó los frutos, los almacenó por cuenta de su gobierno, que lo era todo en la comunidad; poseía las dos terceras partes del territorio y disponía á su antojo de la gleba y de los habitantes. Encargóse del cambio de los productos y se hizo traficante á imitación de los *Padres Procuradores.* ¿Tenía necesidad de brazos para una reco-

lección? Recurría al alistamiento forzoso, aplicando el sistema de las prestaciones en provecho del Estado. A la larga vió que era imposible un completo secuestro, y que esto, por otra parte, le privaba de los recursos más indispensables. Abrió un portillo en la frontera brasileña, y, bajo la mirada vigilante de sus soldados, estableció una especie de factoría para las transacciones comerciales. Pero, temeroso de que tal innovación no tuviese resultados funestos para su política suspicaz, conjuró nuestro hombre el peligro monopolizando también aquel movimiento de cambios. Era menester, para poder dedicarse á dichas operaciones, sacar una licencia en buena forma, expedida y firmada por él mismo. Por otra parte, él era quien tarifaba los productos importados y quien los vendía; era el proveedor exclusivo de los artículos de origen europeo, expendidos en bazares guardados militarmente, determinándose con cuidado la cantidad que debía entregarse á cada comprador."

Con semejante régimen, — que, sin embargo, no es el fondo, sino el prohibicionismo de Mac Kinley y de Meline, — no era de extrañar que un pañuelo de algodón inglés costase veinte reales; pero se conseguía que el Paraguay pudiese prescindir de la importación extranjera y sacarlo todo de sí mismo. Ya se fabricarían también pañuelos de algodón en el Paraguay.

"Poseía Francia — dice Deberle — una biblioteca bastante variada, en la que se encontraban, juntamente con las obras de Voltaire, de Rousseau y de Montesquieu, libros de medicina, de matemáticas, de geografía y un diccionario francés de artes y oficios, del que estaba orgulloso y consultaba sin cesar. Por medio de este libro imaginó montar fábricas, organizar oficios, prodigando alternativamente el dinero y las amenazas para estimular el celo de los operarios dedicados á aquella tarea. Un día condenaba á trabajos forzados á un herrero torpe; otro día hacía levantar un cadalso y ponía á un desgraciado zapatero en el trance de, ó ser espléndidamente remunerado en caso de hacerlo bien, ó de ser ahorcado si fracasaba en su faena. Había decretado el único sistema de cultivo que debiese emplearse."

Hemos visto que Francia era teólogo, legista, administrador, general, ingeniero, agrónomo. Quiso también ser arquitecto, y se dedicó á *embellecer* la Asunción, trazando él mismo los planos y dirigiendo personalmente á los albañiles. No era ningún Vitruvio; pero tampoco puede decirse que hubiese estado desacertado. Hecho esto, dedicóse á abrir caminos y á fortificar las ciudades de su *ínsula Barataria;* y como los guaraníes salvajes del Norte constituyesen una amenaza para la seguridad del país, construyó el puerto militar de Tevego, destinado á contenerles.

La mano de hierro de Francia se dejaba sentir por todas partes. Para tener á raya al extranjero y á los indígenas que no estuvieran contentos

disponía de 25,000 soldados perfectamente instruídos; á saber: 5,000 hombres de tropas de línea y 20,000 milicianos, sobresaliendo por su excelencia la caballería. "La guardia del dictador—dice Deberle—quedó compuesta de granaderos escogidos, verdaderos gendarmes encargados de ejecutar las órdenes de policía, y de fidelidad á toda prueba; custodiaban el antiguo palacio de los gobernadores españoles, que Francia



LA ASUNCIÓN: EL PALACIO DE LÓPEZ

había hecho aislar ordenando la demolición de las casas vecinas. Allí, retirado con su barbero, mulato borracho que servía de confidente á aquel nuevo Luis XI y de gaceta para poner al público al corriente de sus proyectos, con su secretario Patiño, escriba insolente que se vengaba en el público de las durezas de su amo, y servido por cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, Francia, siempre inquieto, siempre atormentado, no viendo sino conspiraciones por doquier, vivía misteriosamente, con una austeridad y una sencillez de costumbres completamente cenobítica, no durmiendo nunca en el mismo aposento, á fin de que no se pudiese saber dónde pasaba la noche. A la edad de setenta años se casó con una joven francesa. No disimulaba, por otra parte, sus simpatías hacia Francia, y admiraba grandemente á Robespierre y Napoleón. Ataviado con un traje que, á creer una caricatura alemana, le asemejaba, creía él, á este último: casaca azul galoneada de oro, charreteras de

brigadier español, calzón y chaleco blancos, medias de seda, zapatos de ancho orillo; armado con su gran sable y pistolas, hacía maniobrar él mismo á sus tropas, que, sometidas á una disciplina severa mientras estaban sobre las armas, gozaban fuera de allí de una libertad que llegaba hasta el desorden."

Ya se comprenderá que el Gobierno de Francia debía resentirse de gran dureza y crueldad con cuantos se permitían chistar en lo más mínimo. Era un tirano en toda la extensión de la palabra, y, por lo mismo, ¡desgraciado de aquel que pensaba le hacía sombra! Sin embargo, no parece que fuese sanguinario por naturaleza ó perversidad, como Nerón y otros. Hay motivos para creer que tenía momentos de locura, y entonces su suspicacia llegaba hasta el colmo. No se podía hablar de él sin llamarle *el Supremo* ó *el Perpetuo*. Estaba prohibido acercarse á su persona. Cuando salía de su palacio daba aviso la campana de la catedral, y todo el mundo tenía que meterse en casa, á la voz de: "*¡El Supremo!*"; pero si alguien quedaba rezagado y se encontraba con el Dictador en la calle, tenía que tenderse en el suelo boca abajo sin atreverse á mirar.



AGUADORA DE PARANÁ

Murió Francia en septiembre de 1840, á la edad de ochenta y tres años, después de una corta enfermedad. Al suplicarle designase un sucesor para que el país no cayese en la anarquía, respondió que no le faltarían herederos. "Así acabó este personaje insólito, sombrío genio cuya silueta se prolonga en caricatura,—escribe M. Deberle,—problema indescifrable para los europeos, y que el viajero suizo Rengger, una de sus víctimas, pone en parangón con el hombre fatal de brumario. Por lo menos, puede decirse, en favor del déspota de La Asunción, que no tuvo un Waterloo ni preparó un Sedán. Napoleón fué un retroceso para la admirable Francia del 89; Francia fué un progreso para el pobre Paraguay de 1811.

"La ventaja resulta en favor de éste: no tenía que habérselas

con una nación civilizada, capaz, nutrida de la médula de los más grandes genios, llena de entusiasmo y de heroísmo, sino con poblaciones heterogéneas, embrutecidas, degradadas, ignorantes, que, crecidas en su mayoría bajo la disciplina de los jesuítas, parecían no poder pasarse sin amo. La tragicomedia napoleónica se representó en un teatro más vasto; y como no faltaban *alabarderos* al rededor del Francia de las Tullerías, la muchedumbre no advertía ni las locuras de su orgullo, ni sus violencias, ni sus ridiculeces; nada sabía de sus proscripciones, casi nada de sus asesinatos jurídicos. Los accesos de hipocondría del dictador americano costaban algunas lágrimas; los del emperador corso costaban oleadas de sangre y arruinaban á Francia. Tirano por tirano, vale más el primero que el segundo."

Muerto Francia, intentaron algunos apoderarse del gobierno, y así transcurrió un corto período, al cabo del cual, reunido el Congreso (mayo de 1841), volvióse al sistema de los dos cónsules, siendo elegidos por tres años Carlos Antonio López, sobrino de Francia, y Roque Alonso.

El nuevo Gobierno hizo muy buenas cosas: favoreció el desarrollo del comercio y decretó la abolición progresiva de la esclavitud. Terminado pacíficamente el plazo consular (1844), Carlos Antonio López, ó *López I*, fué nombrado por diez años *Presidente de la República*, confiriéndosele después por otros diez dicho cargo.

Gozaba el presidente de facultades omnímodas y no consentía se le cercenase en lo más mínimo su autoridad; pero, afortunadamente, supo hacer buen uso de ella: rompiendo el sistema de aislamiento practicado con tanta severidad por su tío, esforzóse en concluir tratados de comercio con las naciones extranjeras y en favorecer los negocios. En 1848 disolvía López I las Misiones del Paraguay, sometidas aún al régimen comunista, y reconocía á los indios por ciudadanos. En 1857, el Paraguay sostenía relaciones mercantiles con Francia, Inglaterra, Cerdeña y los Estados Unidos, y anclaban, por primera vez, buques extranjeros en el puerto de La Asunción, y en 1861 inaugurábase el ferrocarril desde la capital á Villa Rica.

López I organizó el país á la moderna: creó un tesoro nacional, estableció escuelas de instrucción primaria, creó un arsenal en La Asunción, supo hacerse respetar de Rosas, según el cual el Paraguay debía ser una provincia de la Argentina, y sorteó hábilmente ciertas diferencias que surgían á veces con los Estados con quienes su nación sostenía relaciones comerciales.

Poco antes de morir (1862), López, haciendo uso del derecho que le confería la Constitución, llamó á la vicepresidencia de la república á su hijo Francisco Solano, falleciendo luego, á la edad de sesenta años. Reunido el Congreso, confirmó la elección de López I, y nombró Presidente á dicho su hijo (1862).

Contaba á la sazón Solano López treinta y cinco años; habíase educado en Europa, y más particularmente en Francia, y de regreso á su país habíale confiado su padre los ministerios de la Guerra y la Marina, entendiendo asimismo en todos los asuntos públicos.

Era el joven presidente amante del progreso, y apartóse todavía más que su padre de las tradiciones de Gaspar Francia. Así fué que apenas se vió dueño del poder procuró por todos los medios dar grande impulso al movimiento progresivo del Paraguay. Ofrecíase para ello excelente ocasión. Era cuando á consecuencia de la terrible guerra de secesión faltaba el algodón de los Estados Unidos. López II fomentó rápidamente su cultivo y eximió de todo derecho de aduanas á las máquinas é instrumentos destinados á la agricultura y la industria. El Tesoro proporcionó fuertes sumas á todo aquel que emprendiera algún negocio de utilidad general, y el regreso al Paraguay de una porción de jóvenes enviados á instruirse á Europa durante el gobierno de López I proporcionó un personal idóneo para dirigir las empresas agrícolas é industriales recién establecidas. López II, á su vez, continuó tan laudable propósito y envió también á Europa á treinta y cinco jóvenes que debían dedicarse al estudio del derecho, de la administración, de la guerra, del comercio, de la industria, etc.

En suma, bajo Francisco Solano López llegaba el Paraguay á un grado de adelantamiento, de prosperidad, de riqueza y de poder maravillosos, captándose con ello el más violento odio por parte de los Estados vecinos, Brasil, Uruguay y Argentina, contando cerca de *millón y medio* de habitantes, si bien otros disminuyen tanto esta cifra que la reducen casi á la mitad.

Dos años hacía que se encontraba Solano López al frente de la república del Paraguay cuando surgió la ocasión de una guerra. Siempre había demostrado la República Argentina impacientes deseos de absorber el Uruguay por de pronto, y el Paraguay después. Entendiéronse los gabinetes de Río Janeiro y Buenos Aires para comerse la Banda Oriental; pero tal propósito alteraba el equilibrio de los Estados del Plata y constituía una amenaza para el Paraguay. Solano López protestó contra toda intervención armada del Brasil en las diferencias interiores de la Banda Oriental, cuyo presidente legítimo, Aguirre, se veía atacado por Flores, favorecido por los argentinos; pero no sólo protestó, sino que desde luego pasó á vías de hecho.

Apoderóse, en efecto, de un vapor brasileño surto en La Asunción, á bordo del cual se encontraba el gobernador de la provincia de Matto-Grosso (11 de noviembre de 1864). Poco después invadía dicho territorio un cuerpo de ejército de 10,000 paraguayos, y á primeros de enero (1865) se apoderaba de una porción de puntos fortificados y marchaba sobre Cuyabas. Por otra parte, habían ocurrido frecuentes escaramuzas en la frontera argentina con los destacamentos de tropas de esta nación. Sola-

no López, con una altivez que le coloca en el número de los más admirables héroes, estaba resuelto á mantener la dignidad del Paraguay, lo mismo ante el poderoso imperio del Brasil que ante la Confederación Argentina, y de igual manera que atacara al uno estaba resuelto á atacar á la otra. El Congreso reunido en La Asunción (5 de marzo de 1865) le dió un voto de confianza, confirióle el título de mariscal, le autorizó á contratar un empréstito de 124 millones de francos y á emitir papel



LA ASUNCIÓN: EN EL RÍO

moneda. Toda la nación juró seguir á Solano López hasta derramar la última gota de sangre.

De igual manera que había atacado al Brasil sin dejarle tiempo de prepararse, disponíase Solano López á atacar á la Argentina. Alarmados el Brasil y la Argentina y triunfante en el Uruguay el general Flores, hechura de Mitre, firmóse entre el imperio y dichas dos repúblicas un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra... Solano López. Así decían las *altas partes contratantes,* comprometiéndose á *libertar* al Paraguay de aquel *tirano,* que lo había hecho próspero, feliz y grande.

El principio de la campaña no fué favorable á Solano López. El 11 de junio la flotilla paraguaya se encontraba con la escuadra brasileña. El combate fué largo y sangriento, acreditándose una vez más la repu-

tación de indomable bravura de los paraguayos; pero la inferioridad de sus fuerzas hizo que sucumbieran. Por otra parte, y el mismo día 11, después de haber penetrado la división paraguaya del Uruguay en la provincia brasileña de Río Grande, sufría una cruel derrota por parte del presidente Flores, el del Uruguay, mientras que el traidor coronel Estigarribia entregaba, sin disparar un tiro, el resto de la división (6,000 hombres.)

No por eso se desanimó López. Cambiando la ofensiva por la defensiva, verificó una habilísima retirada y regresó al Paraguay, fortificándose en Itapúa, en la orilla derecha del Paraná, es decir, en la parte en que este río sirve de divisoria con el Estado argentino de Corrientes. Al mismo tiempo, mandaba López acumular provisiones en la cercana ciudad de Humaitá y en La Asunción, ambas en comunicación con Itapúa por el río Paraguay.

Allí esperó López al ejército brasilero-argentino uruguayo, reforzado con los 6,000 prisioneros entregados por Estigarribia. Nueve meses seguidos tuvo en jaque al general brasileño Porto Alegre, infiriéndole continuas derrotas. Las tropas de López se batían con aquel encarnizamiento y aquella indomable fiereza que valió al Paraguay el nombre de *nido de leones*. Inflamadas aquellas tropas en el más ardiente entusiasmo, y fortalecidas con las predicaciones de los curas, que peleaban con ejemplar denuedo, hacíanse matar antes que retroceder un paso, mostrando una tenacidad inaudita. Por otra parte, atendía López con celosísimo esmero al cuidado de sus valientes, habiendo organizado un admirable cuerpo de sanidad militar, constituído por cirujanos ingleses y norteamericanos, formados en los campos de batalla de los Estados Unidos. Por fin, á últimos de abril de 1866 vióse obligado á abandonar á Itapúa, el *Paso de la Patria*, y después de clavar los cañones de las baterías que había emplazado á orillas del Paraná, fué á acampar al abrigo del campo atrincherado de Humaitá, algo al N., junto al río Paraguay.

Allí esperó Solano López al ejército argentino que al mando de Mitre se disponía á atacarle, derrotándole terriblemente, pues el *generalísimo* de Buenos Aires perdió más de 4,000 hombres.

Rechazados los argentinos, volvieron los brasileros á sostener el peso de la guerra, ocurriendo continuos combates en la frontera, casi siempre contrarios á los imperiales, siendo digna de recordación la brillantísima parte que tomaba en las acciones el regimiento de amazonas mandado por la hermosa Elisa Lynch, joven inglesa perdidamente enamorada de López II, que se casó con ella.

A mediados de 1867, y en medio de los terribles estragos del cólera que estalló en los campamentos de los dos beligerantes, volvió allá Mitre, y de nuevo tuvo que dejarlo después de quedarse casi sin soldados, víctimas de las enfermedades contraídas en los pantanos ante el

campo de Humaitá y de las balas de los paraguayos. La escuadra brasileña, que había conseguido forzar el paso del Paraguay incomunicando á Humaitá con la capital, fué echada á pique por los cañones de la fortaleza de la citada plaza. Empero, ninguna catástrofe tan dolorosa como la que experimentó un cuerpo de ejército brasileño que debía invadir el Paraguay por el NO. en las fronteras de Matto Grosso. Aquel desgraciado contingente internóse hasta 39 leguas en el Paraguay, cuando, de pronto, cayeron sobre él los soldados (y soldadas) de López, y le obligaron á retirarse; pero ¡en qué forma!... Los paraguayos les perseguían *l'épée aux reins,* obligándoles á continuas contramarchas por un terreno pantanoso. *Treinta y nueve días* les costó á los brasileños desandar aquellas *39 leguas,* siendo escasísimos los supervivientes de la funestísima *retirada de la Laguna.*

Continuaba siempre la guerra. A mediados de 1868, una nueva escuadra brasilera consiguió forzar las barreras que interceptaban la navegación por el Paraguay y llegar hasta Humaitá. Los brasilero-argentinos acumularon entonces inmensas fuerzas contra López, hasta obligarle á levantar el campo.

López, en su vista, fué á fortificarse á la otra parte del río Tibicuari, al N. de Humaitá y casi paralelo al Paraná en el trecho en que éste forma la divisoria con la Argentina (25 de julio de 1868). El mariscal, indomable siempre, reorganizó su ejército, diezmado por tantos combates, y se dispuso á tomar la ofensiva. Abandonó el Tibicuari y se movió hacia el NO. hasta llegar á la Villeta, á 40 kilómetros al S. de La Asunción. Atacado allí por los brasileros, retrocedió atrincherándose en Angostura, á cortísima distancia al S. de la Villeta, junto al Paraguay. Los brasileros, poseídos de furor, atacáronle con abrumadoras fuerzas. Solano López resistió en Angostura por espacio de seis días, hasta que no pudo más (27 de diciembre de 1868.)

Cayó La Asunción en poder de los imperiales, y todo el mundo daba ya por terminada la guerra. Pero no sabían los que decían eso quién era López. En los mismos instantes en que corría la voz de que se había fugado á los Estados Unidos, el heroico presidente de la República del Paraguay, reuniendo los restos de sus fieles, admirables y valerosísimos ejércitos, se fortificaba en el interior del Paraguay, con ánimo de disputar el terreno palmo á palmo.

El emperador del Brasil, D. Pedro II, exasperado al saber que ni aun por ésas daba López II su brazo á torcer, envió nuevas tropas contra él, tomando el mando en jefe del ejército brasilero-argentino su propio yerno (el de D. Pedro) el conde Eu, sobrino de Montpensier. Eu atacó á López en Azcurra, dominó la línea férrea de La Asunción á Villa Rica, y después de una larga serie de marchas y de combates indecisos derrotó á los paraguayos en Caraguatry (septiembre de 1869.)

Pero... ¡ni por ésas!

Ya hemos dicho que después de haber los brasileros argentinos arrojado á López de Angostura habían entrado en La Asunción. Dueños de aquella capital, y creyendo después de la derrota de Caraguatry que no era ya posible que López continuara peleando, instalaron un gobierno provisional presidido por Loizaga, Rivarola y Bedoya, y declararon *fuera de la ley* al heroico presidente.

Pronto hubieron de convencerse, sin embargo, los aliados de que á López le tenía muy sin cuidado su declaración de *outlaw*. A pesar de no contar sino con un puñado de combatientes y veinte ó treinta cañones de montaña, decidió continuar la lucha y se enderezó al N., hacia San Isidoro, al pie de la cordillera de Coaguaru, donde se fortificó. Acudieron contra él los ejércitos del emperador y debió levantar el campo, estableciéndose á orillas del Aquidabán, al pie del Cerro Cora, cerca ya de la frontera brasileña. Allí, por fin, tuvieron los brasileros la satisfacción de acabar con López y el puñado de supervivientes que aún quedaban. Allí murieron, en primera fila, López y su segundo, el heroico vicepresidente Sánchez (1.° de marzo de 1870.)

Así terminó aquella guerra de cinco años, sostenida por el heroico Paraguay *solo,* contra el Brasil, la República Argentina y el Uruguay. "López desplegó en ella — dice un autor — la energía, la tenacidad, la fuerza de alma de un patriota y de un héroe. Era un hombre bravo, inteligente, humano, apasionadamente preocupado del porvenir de un país, que una guerra tan salvaje como inútil ha venido á despoblar y arruinar."

Durante toda aquella guerra, la más importante que se haya registrado hasta ahora en la América del Sur, los paraguayos estuvieron incomunicados con el resto del mundo. Su resistencia resulta tanto más admirable en cuanto su número y sus recursos eran enormemente inferiores á los de sus contrarios, de igual manera que no podía compararse su antiguo armamento con las armas modernas de los argentinos y los brasileros. A pesar de tan grandes desventajas, sin embargo, las batallas de Riachuelo, Curupartí, Angostura, Humaitá, Itororó, Lomas Valentinas, Azcurra, Barrero Grande, y un sin fin de acciones y escaramuzas, probaron al mundo que los paraguayos eran dignos de su ascendencia, de sus antepasados éuskaros y guaraníes (1).

---

(1) "No hay cosa, en realidad,—escribe un distinguido publicista centroamericano,— que conmueva tanto como esa guerra, sostenida por el general Francisco Solano López, que, acaudillando huestes espartanas, derrotaba al coloso y aparecía después en la pampa altivo, sereno, radiante é imponente. Como el caballo de Atila dejaba destrucción, el paso de aquel genio militar producía vértigos, y sentimientos de admiración inspiraban en el mundo sus hazañas de insigne capitán, de que no hay otro ejemplo. Descalzos, rotos, hambrientos, aquel puñado de valientes desafiaba á las naciones coligadas contra ellos, y batiéronse hasta que su jefe expiró, empuñando en su mano el estandarte de la patria que llevaba en su gran corazón. A ésos sí que podría aplicárseles las palabras de Napoleón I al ejército que iba á batallar en Italia: "—Sois cortos en número, pero lleváis la bandera de un gran pueblo."

La situación en que quedó el Paraguay después de la guerra fué de lo más lastimoso que cabe imaginar: resultó, en primer lugar, un excedente de población femenina, anciana é infantil nada beneficiosa á la moral; todos los elementos de riqueza, arruinados; las villas y ciudades, despobladas, incendiadas ó abandonadas: todo devastado. El número de habitantes que en 1857 se elevaba á 1.337,000, encontrábase reducido, por la guerra, las ejecuciones, el ostracismo, las epidemias y el hambre, á la nueve décima parte de dicha cifra (1). Los ingresos habían bajado de 13 millones á 2 millones. Todos los instrumentos y objetos de producción fueron destruídos por la guerra. Del ferrocarril de La Asunción á Villa Rica no habían quedado ni material móvil ni material de retracción, ni estaciones ni talleres. No había subsistencias, y era imposible la siembra por falta de semillas. Tan grande era el naufragio, que el Gobierno no encontraba los títulos de sus inmensas propiedades. Había que proceder á una total construcción del país.



UNA GUARANÍ

Muerto López, el Gobierno, instalado en La Asunción por el conde de Eu en 1869, concluyó las paces con el Brasil y la Argentina, habiéndose retirado de la lucha el Uruguay en 1868, durante el gobierno del honrado presidente D. Lorenzo Batlle. Eligióse por sufragio universal una Asamblea Constituyente, la cual en 25 de noviembre de 1870 promulgó una Constitución (la vigente), calcada en el modelo de la de los Estados Unidos.

Señaladas las elecciones presidenciales para primeros de agosto de 1871, fué elegido para desempeñar la suprema magistratura de la República el Sr. Rivarola, uno de los tres individuos del triunvirato establecido por los brasileros. Rivarola, como si quisiera imitar el antiguo proceder de los Francias y los López, se permitió disolver en breve el Congreso, por no doblegarse éste á sus exigencias; pero no le salió bien

(1) Otros autores dicen que en 1866 la población era de 770,000 habitantes, y que en 1872 sólo llegaba á 250,000; de manera que quedaba reducida á una cuarta parte.

la cuenta, pues el Congreso se salió de la capital para reunirse en otro punto.

Rivarola, entonces, olvidando los más elementales deberes de patriotismo, imploró indecorosamente el socorro de la guarnición brasilero-argentina que ocupaba aún á La Asunción; pero los plenipotenciarios de



UNA ESTANCIA EN EL PARAGUAY

los respectivos gobiernos de Río Janeiro y Buenos Aires tuvieron el buen acuerdo de manifestar á dicho señor que no podían intervenir en las diferencias que mediaban entre él y el Congreso, pues tal ingerencia resultaría atentatoria á la Constitución del Paraguay.

Viendo Rivarola que no podría salirse con la suya, renunció su cargo, ocupando, en consecuencia, su puesto el vicepresidente D. Salvador Jovellanos, distinguido patricio que desempeñó con general aplauso la primera magistratura de la República por espacio de tres años, esto es, hasta que terminó el plazo legal. Fué reemplazado Jovellanos por el Sr. D. Juan Gili, que durante el anterior período había desempeñado con notabilísimo acierto la cartera de Hacienda, restableciendo brillan-

temente el crédito del Estado. Gracias á Gili, pudo el desgraciado Paraguay ir pagando la enorme contribución de guerra que le impusieron sus tres enemigos, esto es, 296 millones de pesos.

Durante la presidencia interina de Jovellanos concluyóse la paz definitiva, paz onerosísima para el pobre Paraguay, que, sufriendo la ley del *¡Væ victis!,* perdió la tercera parte de su territorio. En virtud de dicho tratado existe libertad de navegación para los buques de todos los países por el Paraná, el Paraguay, el Uruguay y sus caudalosos afluentes. Otros tratados se concluyeron, también, respecto á extradición de criminales, relaciones comerciales, etc.

Desde 1870 á 1892 se han sucedido en el Paraguay siete presidentes, todos los cuales han respetado escrupulosamente la Constitución promulgada después de la guerra. Grandes han sido sus esfuerzos para que la renaciente república alcanzara el brillante estado de que es digna; mucho han hecho cuantos gobiernos se han sucedido desde 1870, y todo induce á creer que este noble, que este heroico país ocupará entre los Estados hispano-americanos uno de los primeros puestos.





CAPITULO VIII

El Paraguay contemporáneo

Bien puede asegurarse que es el Paraguay uno de los Estados menos conocidos de la América del Sur, como si pesara aún sobre él, contra la voluntad de sus Gobiernos y de sus habitantes, aquel antiguo aislamiento del tiempo de los jesuítas, de Francia y de López I.° Y, sin embargo, pocos países ofrecen mejores elementos para una eficaz colonización, pues este territorio reune lo que es tan raro encontrar en otros: fertilidad del suelo y clima saludable. No hay que perder de vista, sin embargo, las inmensas dificultades que, aun existiendo las mejores condiciones, hacen durísima la colonización agrícola. Aludiendo á la vida que llevan los inmigrantes en todo el continente de la América Meridional, es decir, los inmigrantes que se dedican á dicha colonización, escribe un distinguido viajero: "No hay en semejante existencia nada de dorado ni de idílico, y sería un crimen presentar estas repúblicas sudamericanas como otros tantos paraísos terrestres en que los colonos vivieran en sitios á lo Pablo y Virginia y alentasen sentimientos á lo Dafnis y Cloe. La naturaleza pura y simple es siempre terrible y está cubierta de lazos. La tierra, tal como se la ha dado Dios á los que la habitan, es hospitalaria para los animales, pero mala para el hombre. Los animales están en su casa en los bosques y en las cavernas; para vivir sólo tienen que apacentar, que cazar ó que devorarse unos á otros según lo que piden sus instintos. El hombre, por el contrario, no encuentra ni asilo ni alimentos preparados ya, y gracias únicamente á sus esfuerzos incesantes, á la paciencia, á la invención, á la imaginación, á la industria, consigue crearse una existencia apenas mediocre, muy por

debajo de la que merecerían sus cualidades. Cuanto más se acerca el hombre al animal bruto, más dichoso y satisfecho se encuentra en la hirsuta naturaleza del Nuevo Mundo."

Viniendo ya á lo que es la república de que tratamos, escribe dicho autor, que antes peca de descontentadizo que de optimista: "Desde el punto de vista económico, el Paraguay está situado en la región más favorecida y más sana de la América del Sur. Si se divide el continente americano en tres partes, veremos que la primera de estas partes, al N., regada por el Orinoco y el Amazonas, es ecuatorial, tórrida é impropia para los europeos por lo que mira á la salud. La segunda parte, al O., es la de la Cordillera y de la costa del Pacífico: allí la naturaleza del suelo es desfavorable á la colonización establecida en grande escala; la principal riqueza es la riqueza mineral, y la mitad del territorio está ocupada por los chilenos, que constituyen la nación mejor organizada y más civilizada de la América del Sur, y no tiene necesidad de inmigración. La tercera y última parte comprende la cuenca del Paraná, el S. del Brasil, la República Argentina, el Paraguay, el Uruguay y una fracción de Bolivia, es decir, todo el país que se extiende al S. del 20° de latitud S. En esta zona oriental es donde ha prosperado, sobre todo, la inmigración, y continuará, sin duda, prosperando en lo porvenir, no quizás en las proporciones enormes que han caracterizado los gloriosos años de la República Argentina, sino de una manera más duradera, porque irá menos aprisa y más razonablemente."

Puede considerarse el Paraguay dividido en dos partes: el territorio llamado propiamente con dicho nombre y el *Chaco*. El primero es un país de suelo ondulado, cruzado por muchas cadenas de colinas, la mayor de las cuales no llega á elevarse 500 metros sobre el nivel del mar. El paisaje es siempre armonioso y risueño, sin la menor perspectiva imponente ó severa. No se ve en parte alguna la desnudez de la roca, pues todo está cubierto por una alfombra de verdura. "El aspecto general — dice un viajero — es encantador, y á menudo la belleza y la disposición de los sitios es hasta tal punto perfecta, que se diría la obra de un hábil paisajista."

El interior de esta comarca está aún muy poco estudiado. Sábese que por N. y S. el territorio está ocupado por inmensas selvas vírgenes, impenetrables. El país posee muy pocas vías de comunicación terrestres, lo cual es causa de que la población se localice en casi su totalidad á orillas de los ríos, y más especialmente á la izquierda del Paraguay, quedando abandonada, en cambio, la orilla del Paraná, asiento de la actividad del país en tiempo de los jesuítas. De ahí resulta que el eje de la población se ha trasladado, desde la frontera del Este, á la divisoria entre el Paraguay y su Chaco, casi paralelamente de N. á S. A orillas del Paraguay se encuentran hoy, remontando este río, Humaitá, Villa del Pilar, Villafranca, Villa Oliva, Angostura, Villeta, La Asunción, San

Pedro, Concepción. En cambio, en todo el curso del Paraná no se encuentra ninguna población importante excepto Villa Encarnación, al SE. Todo el valle de este majestuoso río ha vuelto á su primitivo estado inculto y salvaje, no quedando rastro de aquella civilización que brilló allí tan extrañamente desde el siglo XVI al XVIII.

En cuanto al Chaco, "hay gentes — dice el autor antes citado — que predicen del mismo un brillante porvenir. Otros, por el contrario, y son los que han penetrado más ó menos en sus soledades, ingenieros y exploradores que han cruzado el país y han sufrido en él, sostienen que el tal país es una región pantanosa y palúdica, habitable solamente para las ranas, los mosquitos y los indios. El Chaco argentino ha tragado ya mucho dinero y numerosas existencias. Se han construído ferrocarriles á lo largo del río, cuando hubiera sido más cuerdo canalizar sus afluentes y transformar ciertas partes accesibles en una especie de Holanda tropical."

El Chaco paraguayo es más inhabitable aún que la parte meridional, ó sea la perteneciente á la Confederación Argentina. Sólo se han establecido á orillas del Paraguay algunas colonias que nada prometen de bueno: *Resistencia,* Villa Formosa, Villa Hayes, Nueva Germania, San Carlos, Puerto Casado. El Chaco del Paraguay se extiende desde el Pilcomayo á la frontera de Bolivia, es decir, desde los 25° á los 20° latitud S., formando un cuadrilátero; pero mucho hay que guardarse de penetrar allí, pues cabe la seguridad de ir en pos de una catástrofe.

No pocos geógrafos han querido aventurarse en aquella peligrosa región, al objeto de indagar si el Pilcomayo es navegable hasta Bolivia, siendo así la vía de comunicación natural entre los dos países; pero tales tentativas han fracasado siempre, cuando no han costado la vida de los valientes exploradores.

Durante nuestra dominación intentóse distintas veces remontar el Pilcomayo. Fué el primero en acometer tal empresa el ilustre marino don Antonio Patiño, en 1721; pero fué rechazado por los indios, después de haber conseguido á costa de mil terribles penalidades vencer los rápidos del río y sortear sus escollos. Igual malogro experimentó otra expedición, dirigida por Castañares en 1741. No mucho después, Casales intentó reconocer el curso del Pilcomayo siguiendo su corriente desde Bolivia; pero no pudo pasar adelante, á causa de faltarle el agua, pues la del río es salada y amarga, y lo mismo le sucedió en 1783 á nuestro inmortal naturalista Azara. En 1843 salió de Bolivia otra expedición, mandada por el holandés Van Nievel; pero tuvo que volver atrás á causa de los rápidos, de los pantanos y de las arenas movedizas que encontraba en su camino. Así transcurrieron largos años hasta que en 1882 acaeció la terrible catástrofe de la misión francesa dirigida por el malogrado Crevaux, víctima de los indios con todos sus compañeros y guías.

El funesto fin del valeroso explorador francés, en vez de sembrar el

desaliento, pareció suscitarle arrojadísimos émulos. Varios fueron los que intentaron continuar su empresa (Thouar, Fontana, Feilberg); pero nadie consiguió seguir adelante. Feilberg, sin embargo, pudo, gracias al ingeniero noruego Olaf Storm, publicar una carta en que está figurado el curso del Pilcomayo; carta trazada con la mayor exactitud y con pro-



UNA CALLE DE LA ASUNCIÓN

cedimientos científicos. El autor se inclina á creer que el Pilcomayo no es navegable; pero no puede asegurarse nada hoy por hoy.

Sea como fuere, resulta que el Chaco es un terreno aún en vías de formación, expuesto á terribles inundaciones cada vez que el Paraguay ó sus afluentes, el Bermejo y el Pilcomayo, tienen alguna crecida. Como el terreno no forma declive, el agua se encharca, y sólo desaparece por evaporación. Los otros ríos que lo surcan son muy poco caudalosos, y su corriente es lentísima, casi estancada. Y como el terreno carece de drenaje, allí permanecen estadizas las aguas, impregnándose de tanta sal, á causa de la naturaleza del suelo, que dejan de ser potables. Sólo en los lugares donde se han instalado las colonias antes citadas, en cuyos sitios el suelo se eleva 4 ó 5 metros sobre el nivel del Paraguay, es posible ha-

bitar, aunque de una manera casi insoportable. El resto del país es absolutamente impropio para el hombre.

El Chaco, en suma, es, por lo general, una llanura pantanosa cubierta de una vegetación siempre verde, aunque de poca altura, compuesta de cañaverales, palmitos, espesos bosques de *quebracho*, acacias, y de trecho en trecho algún espesillo de bambúes ó de palmeras yatai. Parece que en la frontera de Bolivia habitan tribus de enanos.

Contrasta con el aspecto del Chaco el Paraguay propiamente dicho, ó sea el territorio á la izquierda del río que le da nombre. Todo el país está cubierto de vastísimas selvas vírgenes cuyos árboles de majestuosa corpulencia están entrelazados por bejucos, mientras el suelo aparece cubierto de orquídeas y de las más peregrinas flores. "Nos encontramos —dice un viajero— en un terrible laberinto de crecimiento y de muerte, en medio de una escena de perpetua carnicería y de inevitable disolución. Aquí, gigantescos parásitos se entretejen al rededor de los grandes árboles, estrangulan sus ramas y las desgarran; aquí, vigorosos musgos rampan á lo largo de las ramillas, chupan su savia y roen su corazón; aquí, la tierra está cubierta por una espesa alfombra de madera podrida y de líquenes esponjosos que son hasta cierto punto el pudridero de este vasto y misterioso laboratorio de la lucha de los vegetales por la vida. En estos bosques vírgenes, sobre todo al N. de la República, son muy numerosos los monos y los papagayos, y por doquiera los árboles orillan las márgenes de los ríos, las soleadas riberas aparecen negras de crocodilos soñolientos. A trechos el bosque está interrumpido por pastos de céspedes altos y espesos y por colinas cubiertas de palmeras pindos. Hay que mencionar también los jardines naturales de naranjos, que durante ocho meses del año dan frutos sazonados, grupos de bananos y macizos de arbustos de flores de diversas especies."

De N. á S., la vegetación se va haciendo menos tropical, de igual manera que cambia también yendo de O. á E., esto es, del Paraguay al Paraná. La parte oriental, en efecto, es la única en que se da el famoso *mate*, cuyo centro de recolección es Villa Rica, en medio del interior, puesta en comunicación ferroviaria con la capital.

Según los misioneros, crece en el Paraguay el famoso *árbol del Brasil*, esencia tintórea de grande importancia, el algodonero, la caña dulce, muchas esencias resinosas, entre otras la que produce la *sangre de drago*, el canelo silvestre, el ruibarbo, la cochinilla, el tabaco, y, sobre todo, el naranjo. Pero, sea como quiera, esto no son más que indicaciones muy generales, pues la historia natural del Paraguay, aparte de las inapreciables monografías zoológicas de nuestro Azara y de algunos libros de botánica de los jesuítas, está por escribir.

Y ya que he citado á nuestro ilustre compatriota, dediquemos un recuerdo á su memoria, pues el general y naturalista español D. Félix de Azara es, sin duda alguna, uno de los hombres más eminentes con que

haya contado la ciencia de nuestra patria. "Nada menos que catorce años—dice el docto catedrático de Sevilla D. Salvador Calderón — empleó este hombre ilustre en levantar un plano concienzudo de las regiones sudamericanas, sobre las que alegaban derechos España y Portugal; trabajo que debería ser importante, aunque no llegó á publicarse. Mientras tanto, un hermano de Azara, que residía en París, dió á luz en len-



MERCADO DE LA ASUNCIÓN

gua francesa la obra de D. Félix, aparecida después, en 1802, en castellano con el título de *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata.* A ésta siguió otra referente á las aves de las mismas regiones; pero lo más importante de sus obras fué el *Viaje á la América Meridional desde 1781 hasta 1801,* en el que dió cuenta de todos sus viajes por el Nuevo Mundo. Azara es reputado en el extranjero entre los observadores más concienzudos y discretos que han existido, siendo de notar que aquellas afirmaciones que da como seguras en punto á la vida y costumbres de los animales y que á veces han sido controvertidas, se han confirmado casi siempre. No es mucho, por lo tanto, que los modernos citen tan á menudo á Azara como una autoridad en punto á zoología americana, que se le hayan

dedicado numerosas especies y que se le considere como uno de los precursores más esclarecidos del espíritu de rigurosa investigación que hoy impera en la ciencia natural."

El Paraguay es, á la verdad, una tierra de promisión para el zoólogo. "Los bosques—escribe un viajero—hormiguean en aves, las más bellas y variadas del mundo. Los innumerables ríos están frecuentados por bandadas considerables de cigüeñas y flamencos. El jungle abunda en



LA ASUNCIÓN: PLAZA DE LA LIBERTAD

fieras y en caza. En primer lugar, tópase con el animal que los hispanoamericanos llaman tigre, y que es, en realidad, un jaguar (de la palabra guaraní *jaguarete*, que significa *perrazo*). Este animal es extraordinariamente fuerte y derriba y arrastra un buey ó un caballo; no se le encuentra sino en el interior de las tierras y en el Chaco; no se acerca jamás á las ciudades, ni aun á las habitaciones aisladas. El león americano, ó puma, muy común en la República Argentina, habita también el Paraguay; pero, sin embargo, sólo se le encuentra raramente. El gato-tigre es común en el país. Hay también diversas muestras de la raza canina de que no existen hasta ahora descripciones científicas. Hay, además, variedades de ciervos llamados *guazú*, y paquidermos extraños, espe-

cialmente el tapir y el pecarí (1). Estos últimos animales son muy peligrosos si se llega á pasar á su alcance; van y vienen sin cesar por los matorrales ó los llanos, el tapir solo; el pecarí á manadas; el primero abriéndose paso á través del jungle como una bala de cañón; los segundos recorriendo los campos como una descarga de artillería.

"Otro animal curioso es el *carpincho*, ó puerco de río, anfibio palmípedo, cuya alzada y aspecto son los de un jabalí. Su piel es muy estimada y proporciona el cuero suave y fino con que los hispano americanos fabrican esos anchos cinturones con bolsillos en los cuales el viajero lleva, inseparablemente, su dinero y sus revólvers.

"Abundan los saurios en todo el país. La gran distracción del viajero que remonta los ríos á partir desde Corrientes es mirar, en las orillas, los cocodrilos tendidos al sol, haciendo su siesta aislados ó en compañía, formando en el fango ó en la arena extraños arabescos negros que unos ojos inexpertos podrían tomar por troncos de árbol. Esos cocodrilos ó *yacares*, como se les llama en el país, llevan el nombre científico de *Alligator sclerops*. Los he visto que medían 4 metros de longitud; pero, por lo general, son mucho más pequeños: su longitud media es de unos 5 pies. No tienen la ferocidad de los cocodrilos del Amazonas ó del Nilo: no atacan sin provocación.

"Los bosques del Paraguay están infestados de serpientes. Felicítome por no haber tenido personalmente sino muy pocas relaciones con ellas, ni haberme encontrado cara á cara con la serpiente de cascabel, la boa, las víboras venenosas, que se cuentan aquí por legiones, las enormes serpientes acuáticas, que son el terror de los indios.

"Hay, como en el Brasil, enormes ranas que arman una baraúnda infernal durante las noches de verano; pero son, por otra parte, inofensivas. Los peces de los ríos están, con frecuencia, armados de mandíbulas extremadamente poderosas: tales son la *palometa* y el *bagre*, que devorarían un buey si le sorprendiesen bañándose. En cuanto á las arañas venenosas y á los insectos con aguijón, mosquitos, bichos colorados, garrapatas, gusanos y moscas de toda suerte, es tal su abundancia, que desafía la enumeración. Sin embargo, sólo en las selvas vírgenes y en las soledades del Chaco se está expuesto sin defensa posible á los ataques de esos animales.

"El Paraguay no goza, pues, como Chile, de una inmunidad completa respecto á los animales perjudiciales y los insectos maléficos. Pero hay que añadir que la fauna del país no constituye en manera alguna ningún obstáculo á los obstáculos de la civilización, atendiendo á que, á la llegada del hombre, los animales feroces, las serpientes y la misma gusarapería tienden á desaparecer."

(1) El tapir es del tamaño de una vaquilla, equivalente al elefante del Nuevo Mundo, aparte de su volumen. El pecarí parece de pronto un jabalí.

Corrobora el aserto de M. Child, á quien pertenecen los párrafos citados, las interesantísimas *Memorias* de nuestro compatriota el insigne ingeniero agrónomo D. Juan de Cominges,—que, por rara coincidencia, era sobrino carnal del célebre *conde de España*, y sobrino, en segundo grado, de D. Juan Prim, es decir, hijo de una prima del ilustre marqués de los Castillejos.—Cominges, en efecto, llevó á cabo, en 1879, atrevidísimas exploraciones en el *Chaco*, así *del Norte* ó Paraguayo, como en el Chaco Argentino.

Transcribiré, al efecto, la interesante carta dirigida por D. Juan á su hermano D. Antonio, gentilhombre de cámara y bien conocido en España por haberle dedicado nuestro Trueba su famoso *Libro de los Cantares*. Dice así la epístola, fechada en Puerto Casado á 17 de agosto de 1889:

"Mi querido hermano Antonio: Mi espíritu inquieto y mi genio amante de las aventuras me tienen otra vez en este escenario sin espectadores (el *Chaco Paraguayo)*, donde se representan lindos sainetes y algunas tragedias menos divertidas, pero que hacen sentir la vida mucho más que en medio del letargo y del afeminamiento de las grandes ciudades.

"Bosques impenetrables de cuyos árboles descienden flexibles lianas más resistentes que el alambre, y de cuyos troncos y copas penden aros, bromelias, clemátides, orquídeas y miles de flores parásitas desconocidas.

"Frutas silvestres, tan abundantes como sabrosas, con las que se regalan carpinteros de dorada cresta; palomas del tamaño de gorriones; guacamayos, loros, cotorras y numerosas tribus de inocentes y divertidos monos. Palmares que asemejan á extensas catedrales con sus elevados estípites y con sus copas formando bóveda bajo la del cielo, que impide á trechos el paso de la luz, y, por tanto, el desarrollo de las praderas. Praderas limitadas por azulados montes, por las que atraviesan leones, osos hormigueros, antas, avestruces, ciervos, mulitas, quirquinchos, tigres, multitud de roedores y reptiles, como el crótalo, músico ambulante en nada parecido á Orfeo, pues que sus melodías espantan, no sólo á los hombres, sino á todos los seres vivientes; concierto de cascabeles al que no puede acudir el hombre civilizado sino provisto del permanganato de potasa y del inyector correspondiente. Bañados sin límites, cubiertos por altísimos juncos y espadañas, por verdes y floridos camalotes que flotan provistos de boyas naturales, ó por lotos, nepentes, ninfeas y Victoria Regia. Verdaderos oasis del Chaco, donde el fatigado explorador puede satisfacer su sed con agua fresquísima, y su apetito cazando los mergeos, canaos, patos y flamencos que lo surcan, los carpinchos y chanchos cimarrones que lo rodean, ó, en caso de poca fortuna, los cocodrilos que duermen tranquilos y repletos sobre la orilla, y cuya cola es, dejando aparte las preocupaciones, alimento más regalado y nutritivo que el mejor de las clases proletarias.

"Este es el boceto del país donde he vuelto por mi gusto, después de diez años de forzada ausencia; en el que estoy contento, que no es poco decir, y en el que dejaré los huesos con toda tranquilidad. Si algo me aflige, es no tener á mi lado á todos los seres que amo, para que compartiesen mi alegría. Esto es un paraíso, y os compadezco, como á desterrados, á todos los que vivís respirando la viciada atmósfera de las ciudades, y soportando, hasta el fin de la existencia, el pesado yugo de las imposiciones sociales.

"Yo sé bien que mis sobrinas no aceptarían mi brazo para pasearlas por el Prado, Recoletos ó los Jardines del Buen Retiro, si me presentase entre ellas con mi blusa azul, mis botas granaderas, mi sombrero de calcuta, mi camisa genovesa y un revólver á la cintura, como estoy ataviado en este momento, y que tú mismo, hermano cariñoso, que me has servido de padre, te pondrías colorado como un tomate si con tu uniforme de gentilhombre, y yo con esta facha, te diese por sorpresa un abrazo ante tu reina, en los salones del palacio; pero vive tranquilo, que no son mis ideas las de abrazar á nadie en el palacio de Madrid.

"Sin embargo, debo pedirte, como un acto de justicia, que, dejando aparte esas leyes pesadas de la sociedad, á las que nunca he podido someterme, digas á tus hijos, con lealtad, que no hay conciertos como los que la naturaleza nos da aquí todas las madrugadas y todas las noches, con los millones de seres que cantan sus amores y pulsan dulcísimos intrumentos; y que bajo la bóveda celeste no hay jardines que hagan sentir las bellezas que Dios ha creado, como los que se encuentran entre el Pilcomayo y el Otuquis. El espléndido jardín zoológico de Londres, con aquellos seres prisioneros en jaula dorada, lejos de la patria y condenados á un clima artificial, ¿qué es sino una tristísima y ridícula parodia de la naturaleza de los países tropicales?

"Diles que me acuerdo de ellos cuando, en mi canoa y acompañado de mi hijo Juanito y seis indios de remo, salgo en exploración por estos arroyos y lagunas cubiertas de flores perfumadas y pobladas de aves, anfibios y abundante pesca. Nada es más encantador que estos parajes, en los que jamás el espíritu se siente fatigado y donde el cazador más empecinado regala sus armas, porque no quiere ultimar traidoramente á seres inofensivos que se le someten y le acompañan confiados.

"¿Qué hago aquí? Vas á saberlo:

"Hace veinte años que el Chaco del Norte no era más que un antro amenazador, en cuyas costas aparecían con frecuencia indios, tigres y cocodrilos sobre los cuales disparaban las armas los tripulantes de los escasos buques de vela que se arriesgaban hasta la provincia de Matto-Grosso.

"Las peripecias de la guerra del Paraguay, las relaciones que empezaron á establecer con los indios algunos atrevidos madereros; los buenos resultados obtenidos por un marsellés que vivió veintidós años fren-

te á La Asunción: el establecimiento de la colonia "Nueva Burdeos", más tarde "Villa Occidental" y hoy "Villa Hayes"; mis exploraciones de 1878 y 1879, las del Sr. Thouar y las de los bolivianos que se establecieron en Bahía Negra, hoy Puerto Pacheco, hicieron comprender que aquel antro encerraba riquezas inagotables, y que el Paraguay poseía un tesoro con el que hacer frente á su deuda, recobrar su crédito y dar un nuevo impulso á su progreso algo amortiguado.

"El territorio del Chaco fué subdividido en lotes y puesto en venta, y no faltaron ávidos especuladores que se apoderaron de estas seis mil leguas cuadradas que hoy empiezan á explotarse bajo el aspecto pecuario, agrícola y, sobre todo, forestal. Ya no hay soledades en la ribera del Paraguay. Desde el 25° al 20 de latitud S., ó, lo que es igual, todo el Chaco Paraguayo, en manos inteligentes y laboriosas, no es hoy una amenaza para nadie, sino un porvenir seguro para los que lo explotan; un honor para los que con una ley pronunciaron el *fiat* que lo sacó de la nada, y una tabla de salvación para los cuarenta millones de europeos que están llamados á contribuir á su engrandecimiento con la inteligencia, el capital y el trabajo.

"Las vacas mugen; el arado surca el feracísimo suelo; el golpe del hacha y del martillo se dejan oir por toda la costa; el tigre huye espantado á las profundidades del desierto; el cocodrilo se deja matar impunemente, sin haber jamás cometido un atentado contra la especie humana, pues que hasta los niños se bañan en su amable compañía, y el indio feroz, aquel indio de color de bronce, peludo y emplumado; el caníbal tan perfectamente descrito al amor de la chimenea por los exploradores del café cantante, con sus horribles macanas y sus envenenadas flechas; aquellos que danzan en torno de la víctima humana, que se preparan á devorar en medio de estridentes gritos; esos indios tan calumniados por los cobardes y por los ignorantes, ó por los que buscan laureles por haber surcado las aguas del Paraguay escribiendo novelas que suelen pasar por informes geográficos; esos hermanos nuestros en el estado de la inocencia primitiva, esos hijos de la naturaleza, no son una rémora para el progreso de este territorio, sino, por el contrario, dóciles á las disposiciones del *hombre culto*, parcos, fuertes, serviciales, aclimatados y conocedores del terreno, son auxiliares tan imprescindibles como económicos para echar los cimientos de la civilización.

"Un ciento de estos salvajes que me secundan en los trabajos que tengo emprendidos, duermen, en éste momento, entre las hogueras del perfumado palosanto, á la puerta de mi ranchito. No sé si habrán cenado lo suficiente; pero estoy bien seguro de que no seré, en todo caso, el complemento de la cena, como de que se regocijan con las bromas de mi hijo Juanito, que les está haciendo cosquillas con una ramita en sus desnudas espaldas.

"El clima es preferible al mejor de nuestra patria. Estamos en el

corazón de Sud-América, y aunque en esta latitud, en el mar, el calor de verano es demasiado, aquí estamos ya á grande altura sobre el nivel del mar, y, por lo tanto, la temperatura es agradable, salvo hoy, que el frío (aunque no hiela) se deja sentir en demasía.

"No hay planta que aquí no se desarrolle con esplendidez en poco tiempo. Las patatas, los nabos, los tomates, los pimientos, la sandía y la escarola me han germinado en tres días, y están ya fuera de tierra. Para el maíz y batata es siempre estación. El tabaco es espontáneo, y el cultivado es excelente. La caña de azúcar dura veinte años. El ramio crece dos metros. En fin, la humedad, de un suelo plano, surcado por mil arroyos y lagunas, y la temperatura, que jamás desciende de 15° centígrados, unida á un suelo formado con aluviones modernos y con la descomposición de restos orgánicos abundantísimos, hacen de esta tierra la tierra de promisión para los cultivadores y ganaderos. En cuanto á los obrajeros, no hay más que decir sino que el río Paraguay está surcado por bastantes docenas de chatas y remolcadores que conducen á Montevideo y Buenos Aires millones de palmas, vigas y durmientes, así como de rodillos de QUEBRACHO, que se exportan á Europa para la fabricación del extracto que hoy se emplea de preferencia como materia curtiente, pues esta planta, cuya duración en obra no es conocida por falta de tiempo desde la conquista, contiene un 18 por 100 de tanino.

"—Pero ¿en qué me ocupo en el Chaco?—preguntarás de nuevo. Pues en hacer extracto de quebracho, negocio regular aquí, donde abundan los desperdicios de esta madera, donde, con el mismo material y gasto de fabricación que en Europa, se economizan los altos fletes de la parte inerte del quebracho.

"Al fracasar la empresa Bravo, que tantos sacrificios le costó á su digno iniciador y á mí, que le secundé con toda mi alma, no fracasaron mis esperanzas de tornar al Chaco. Esperé, y diez años más tarde, poniéndome en relación con un español que ha unido su nombre al progreso argentino y que posee en el Chaco la friolera de TRES MIL leguas cuadradas (D. Carlos Casado), le propuse interponer mi amistad con todas las tribus y contribuir, con mi conocimiento de territorio, á construir el ferrocarril desde el grado 22 á Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia.

"Este señor me aceptó á su lado, asociándome por el momento á esta industria y encargándome el estudio y preparación de obras más grandes.

"Aquí estoy, pues, y no me tengas lástima.

"Tuyo,

"JUAN DE COMINGES."

Respecto á los indígenas del Paraguay, son curiosísimos los pormenores que refiere el Sr. de Cominges, y reproduzco á continuación, to-

mándolos de la hermosa conferencia pronunciada en 1881 en la Sociedad Geográfica Argentina.

"Aun cuando al navegar por el Río Paraguay suelen verse próximos á la costa occidental y á la desembocadura de los arroyos algunas canoas con indios orejudos, lenguas y angaités, no quiere decir esto que sus tolderías estén tan próximas á la orilla del río, como comúnmente se imagina; pues que con excepción de una sola perteneciente á los angaités, de que ya nos hemos ocupado, todas las otras están retiradas, cuando menos, 8 leguas de la costa, lo que depende de dos causas importantes: primera, la dificultad de residir en aquellos terrenos pantanosos, donde no hay campos susceptibles de cultivo, ni existen los principales frutos de la Naturaleza con que cubren sus escasas necesidades; y segunda, el miedo que les inspiran las tradicionales agresiones de los hombres de nuestra raza, y principalmente las de los indios mbayás que al Oriente del río habitan en territorio brasilero; formidables enemigos de los del Occidente, siempre vencedores, por disponer de las armas de fuego con que les dotó el Brasil cuando necesitó su auxilio durante la guerra del Paraguay, para que, penetrando por el Norte, destruyesen las florecientes colonias de San Salvador.

"Los indios del Chaco no son nómadas. Aman entrañablemente el pedazo de tierra en que nacieron, y no podrían soportar por muchos días el verse separados de sus bosques, de sus prados y de sus lagunas, con que viven identificados. Los que suelen verse navegando en canoas sobre el río Paraguay, ó son aquellos que, más familiarizados con los cristianos, vienen á proponerles algunos *cambalaches,* ó son los que, viendo á su tribu sufrir los rigores del hambre durante las grandes sequías, se arriesgan hasta las márgenes del gran *Río del Oriente* para proveerse del pescado que, una vez seco, ha de servir para la salvación de su familia, á cuyo seno vuelven entonando cánticos de regocijo, y donde son recibidos con ceremonias religiosas que, á la vez que demuestran la expansión del júbilo, revelan también el respetuoso agradecimiento que sienten hacia la Providencia.

"Los indios angaités, que, como ya hemos dicho, tienen establecida una de sus más insignificantes tolderías, en el grado 20 10' á un kilómetro de la margen occidental del río Paraguay, son los verdaderos centinelas avanzados, ó, más bien dicho, los porteros del Chaco del Norte; porque sin su consentimiento sería difícil ó imposible el penetrar al Occidente, aunque se dispusiese de grandes elementos; y digo imposible, porque, siendo los angaités los propietarios de canoas, los intérpretes y los agentes intermediarios de las relaciones comerciales, que con los paraguayos mantienen las otras tribus del interior, son considerados y respetados como los oráculos de la sabiduría, por más que no sean ni tan inteligentes, ni tan laboriosos, ni tan morales, ni tan limpios, ni tan leales como los otros, pues les llevan la ventaja de no haber tenido

ningún contacto con los cristianos que, desgraciadamente, parecen complacerse en enseñarles, no las virtudes, sino los vicios más repugnantes que acompañan á la civilización: la codicia, la hipocresía, la embriaguez y la blasfemia.

"El físico de estos indios no lleva grandes ventajas á su parte moral, pudiendo asegurarse que si por excepción hay algunos bien desarrollados, nunca pertenecen éstos á las categorías, sino á los últimos individuos de la tribu, para quienes no puede haber ociosidad, esclavos ni botellas de caña.

"Cebados con las ventajas que de tarde en tarde les suele proporcionar la relación que mantienen con los cristianos, temerosos siempre por su proximidad á la costa, de los ataques que pueden recibir por parte de los mbayás, y acaso también escasos de tierra cultivable, yacen estos indios en la mayor miseria, atenidos á la pesca y á los puñados de maíz que por vía de retribución les suelen dar los propietarios de la colonia Apa cuando los han tenido días enteros y con el agua hasta los hombros cargando buques de madera.

"No hay para qué detenerse á contar cuántos toldos hay en esta tribu: sería lo mismo que contar después de la lluvia las gotas de agua que colgasen de un árbol, cuando estos toldos, como estas gotas, desaparecen á cada soplo de viento y aparecen de nuevo á cada lluvia. Son el trabajo de una hora, pues lo constituyen cuatro miserables horquetas, de un metro de altura, cuando más, sobre las que se sujetan y se cruzan algunas cañas que después se recubren con espadañas de los bañados ó con pasto de la pradera. Pocilgas en las que no se puede penetrar sino doblando la cerviz, como demostración tangible de la bajeza que se comete, ó caminando á gatas, como quien imita á los animales, que son los únicos que podrían soportar una morada donde se asfixia uno cuando hace sol, se hiela cuando hace frío y se moja cuando llueve.

"En cada toldito de éstos, de los que el mayor no alcanzará á 9 metros cuadrados de superficie, se agrupan, cual si fueran los únicos seres capaces de vivir de una manera tan inmunda, todos los hombres, mujeres y niños, con tal que sean miembros inmediatos de una familia; todos los pájaros, coatís, zorros, monos y avestruces que domestican y todos los perros, que son siempre, por lo menos, tantos, tan sucios y tan perezosos como sus dueños; y si á esto se junta el que desde las cañas, de lo que no se puede llamar techo, cuelgan bolsas de redes de caraguatá, cargadas de comestibles putrefactos, cueros á medio curtir, perniles de carpincho, cuernos de ciervos, conchas de galápagos, peces charqueados, correas, capullos de algodón, sogas, anzuelos, peines de madera y colas de quirquincho, y que por el suelo, sobre cueros de venados, muertos en la víspera, andan rodando multitud de mates de todas formas y tamaños, que se emplean indistintamente, como cazuelas, como vasos, como neceseres, como costureros, como maletas, como palanganas, etc.,

etcétera, tendremos que, al abrirse y estrecharse para darme paso, aquellos animales tan felices que gozaban de todas las comodidades y prerrogativas de los hombres, y aquellos hombres tan desgraciados, que vivían en la miseria y degradación de los animales, el favor que me hicieron y que tuve que aceptar con la sonrisa en los labios, fué el de asfixiarme de calor y de otras cosas y de atestar mis ropas y mis cabellos con la más completa colección de parásitos que jamás figuró en el museo de un entomólogo, la que, sin olvidar aún en el sueño, conservé intacta hasta muchos días después de mi salida del desierto.

"El toldo del jefe llamado cacique Michi no es mejor que los demás. Este hombre, que se distingue por ser el peor de su tribu, tiene que ser lógico en todas las acciones de su vida física y moral. Es el más pequeño de estatura y de sentimientos, y, para dar la última pincelada sobre su retrato, es el único indio que he conocido en el Chaco casado con dos mujeres.

"Los más ardientes deseos de esta tribu son: el hacerse con fusiles y municiones para defenderse de los ataques de los indios brasileros, y el resto de sus aspiraciones se limita á vestirse como los cristianos que ellos conocen, y á poseer herramientas y ganados que les permitan sustentarse y alojarse como las gentes del Apa.

"Las tribus que habitan el interior del Chaco entre los 20° y 22° 10' de latitud, cuya extensión he recorrido, son los chamacocos y niquiquilás, que hablan un dialecto semejante al de los chiquitos; los chiriguanos, que hablan el verdadero guaraní, ó sea el tupí, y viven recostados á la falda de los Andes; los amaigás, los anapnás, los angaités, los lenguas y los huanás, que hablan un idioma gutural, que no se parece en nada á ninguno de los idiomas conocidos y de los que no existe otro vocabulario que el muy deficiente que yo he podido formar durante mi permanencia en estas tribus.

"Todos estos indios viven en las más estrechas relaciones de amistad y parentesco, no sólo entre ellos, sino aun con los que habitan al S., entre los ríos Bermejo y Pilcomayo, siendo muy común el que se asocien para defenderse de los invasores mbayás cuando vienen al Occidente en busca de esclavos de ambos sexos, que venden después en Matto-Grosso á cambio de vestuarios, reses, armas y municiones.

"Por lo numeroso de sus tribus, por lo robustos, por lo laboriosos, por lo morales, por lo inteligentes y por lo arrogantes, estos indios son los más influyentes y los más poderosos del desierto.

"El inmenso territorio que ocupan está dividido en porciones proporcionadas á las necesidades de cada tribu, sólo dentro de las cuales les es dado cosechar los frutos silvestres, cortar maderas, pescar, cazar, criar ganados y cultivar la tierra.

"La vida es común entre todos los individuos de una misma tribu, que es siempre una sola familia, aunque más ó menos numerosa, según

su riqueza, su actividad ó la extensión y fertilidad de los territorios que ocupa.

"La autoridad patriarcal y absolutamente independiente de cada tribu, se ejerce sin ostentación, sin discordias intestinas y de una manera tan suave, que podría servir de ejemplo á la de muchos padres de familia de los que viven en el seno de las sociedades cultas. Sea por costumbre, sea por instinto, ó sea por la buena índole de los indios, es lo cierto que cumplen con todos sus deberes, como las abejas y las hormigas, sin que, ni por excepción, se vea el Patriarca en la necesidad de recordarlos.

"La palabra cacique, que entre nosotros representa el despotismo más brutal, podría mejor aplicarse á un alcalde de aldea que á las paternales y cariñosas autoridades de las tribus del desierto.

"Los hijos y los hermanos del cacique, aunque trabajan como el último de los individuos de la tribu, son considerados por todos con el mayor respeto, y llegan á ejercer la primera autoridad, no sólo por herencia, sino cuando, por haberse multiplicado mucho la familia, salen á la cabeza de un grupo, que siempre se compone de los parientes más inmediatos, como nuevo enjambre de aquella colmena humana que va á radicarse á la orilla de algún lago que les ofrezca su abundante pesca.

"Con excepción de los grandes bosques cuyo interior está deshabitado, por la falta de agua, difícil es caminar un día por el Chaco sin encontrar cuatro ó cinco tolderías, cada una de ellas habitada por un número de indios que varía entre treinta y quinientos, que se albergan en una sola casa que se llama paat, y que para distinguirla de los demás paats se antepone á esta palabra el nombre del patriarca que allí domina; como, por ejemplo, Queirá-paat.

"El paat no es otra cosa que un cobertizo ó galpón de figura rectangular, ancho, por lo regular de seis metros y de toda la longitud que se necesita para contener á las familias que debe albergar. No tiene división ninguna: está abierto por todo su frente; y las paredes laterales, el techo y los tres órdenes de alineadas columnas que lo sostienen son casi siempre de palma carandai. En la parte posterior de este edificio están alineados los camastros, que sirven de lecho á cada familia, en los que no hay soltero ningún individuo adulto, pues que se casan antes de la pubertad.

"He residido mucho tiempo en diferentes paats, como el que acabo de describir, tratando siempre de descubrir hasta los más ínfimos detalles de la vida íntima de aquellas familias, y he adquirido el convencimiento más profundo de que no hay seres más inocentes y más virtuosos. Ni una voz de mando, ni una reyerta, ni una palabra descomedida ni desentonada, ni un ademán escandaloso, ni una evasiva para esquivar el trabajo de la comunidad. Durante el día, los hombres se ocupan, fuera del paat, en las faenas agrícolas, en la recolección de los frutos espontáneos, en la corta de leña, en la caza y en la pesca cuando el tiem-

po lo permite; y cuando no, en fabricar sus armas, en curtir los cueros de los animales que han cazado, en enristrar ordenadamente las plumas de avestruz, en extraer las fibras del caraguatá, con las que fabrican cuerdas, sus bolsas y hamacas; en zurcir y remendar sus ropas, en hacerse abarcas; y cuando sus deberes están cumplidos, ó cuando llega la noche, en divertirse los ancianos contando sus aventuras, y los mozos en juegos variados y entretenidos, que siempre tienen por objeto el provocar su desarrollo muscular.

"Por su parte, las mujeres, aunque no sometidas á la esclavitud y á la degradación, como generalmente se imagina, trabajan más que los hombres, en beneficio de la colectividad. Crían sus hijos con la ternura de las mejores madres, acarrean el agua y la leña, hilan y tiñen los algodones, tejen con ellos los elegantes trajes con que todos se visten, mantienen el aseo en el paat, muelen el maíz, guisan los alimentos y fabrican toda clase de vasijas de barro.

"Debido á la dulzura de su carácter, á su perpetua actividad, á los ejercicios á que se dedican, á su frugalidad, y á las favorables circunstancias del saludable clima del Chaco, los indios son robustos, se mantienen sanos, y alcanzan, sin perder los dientes ni el cabello, á una edad á que pocas veces llegan los hombres de nuestra raza. Son de elevada estatura, de pecho prominente, de pescuezo corto, de cabeza grande y erguida, de ojo pequeño y casi siempre pardo, de color ligeramente bronceado, de negra, cerdosa y tupida cabellera, y cuidan escrupulosamente de arrancarse con pinzas, no sólo las pocas barbas que les brotan, sino también las pestañas y las cejas, siendo muy pocos, y sólo entre los jóvenes de ambos sexos, los que tengan la costumbre de pintarse el rostro.

"El traje de guerra de un indio se compone de una manta de algodón, de fondo oscuro, con franjas de colores hacia su parte inferior, sujeta á la cintura por medio de una finísima hamaca de caraguatá; de un ponchito corto y estrecho, de la misma clase; de varias bolsas pendientes de sus hombros hacia el costado derecho, donde llevan sus provisiones, líneas, anzuelos, tabaco, pipa de palo santo y los utensilios de madera con que producen el fuego; de un puñado de flechas sujetas al lado izquierdo por medio de la cuerda ó hamaca que les sirve de cinturón; de un arco colgado de su hombro izquierdo; de unas cuñitas cónicas agujereadas, que, á manera de zarcillos, se meten por las orejas; de collares compuestos de dientes de animales, picos de pájaros, conchillas de nácar y semillas de colores, y, por último, de una vincha que les sujeta el pelo, casi siempre trenzado, á la que están adheridas las más hermosas plumas de colores.

"Los indios huanás adoran en el Sol y en la Luna á la Providencia; creen en la inmortalidad y en la transmigración de las almas; rinden culto respetuoso á los lugares en que están enterrados sus parientes,

donde clavan una elevada caña tacuara, coronada de un plumero, para espantar al espíritu maligno, y mantienen en cada tribu un sacerdote que hace á la vez el oficio de brujo, de médico y de sereno; porque suele pasarse las noches gritando en torno de la toldería, y espantando al diablo con el ruido que produce una gran calabaza llena de piedras, que es el único instrumento de su culto y al que todos miran con respeto.

"Una de las causas que más contribuye á mantenerlos en el estado de primitiva inocencia es el que desconocen el arte de fabricar las bebidas alcohólicas con la algarroba y el maíz, si bien es cierto que suelen fermentar algunas veces la miel para hacer un brebaje que nunca prueban las mujeres, los niños y los mozos, sino los más ancianos y prestigiosos de la tribu.

"Para terminar con las costumbres de los indios, diré que son afables, generosos y hospitalarios, que respetan mucho la propiedad ajena; que no les gusta que atenten contra la suya ni aun los niños de sus huéspedes, ó de las tribus transeuntes, á quienes suministran cuanto buenamente pueden."

El alemán Mangels ha estudiado recientemente con el mayor cuidado el clima del Paraguay. La altitud media del país es la de La Asunción, esto es, 77 metros sobre el nivel del mar. La altitud máxima se encuentra en el NO., donde algunas cordilleras alcanzan 500 metros.

En verano (diciembre, enero y febrero) el máximum de la temperatura alcanza 38°, y el mínimum 13°. El calor deja de ser tórrido, en todo caso, por las lluvias que lo suavizan. En pleno invierno, ó sea en julio, el termómetro señala de día 30°, que bajan á + 5° por la noche. No hay estación lluviosa fija.

La población puede evaluarse aproximadamente hoy en 500,000 habitantes. Al principio de la guerra parece llegaba á 770,000, número que en 1872 bajó á 250,000, casi todo ancianos, mujeres y niños. El aumento de entonces acá es debido á la progresión normal, pues la inmigración ha sido insignificante, dando la casualidad, ó lo que sea, de ser bastante mayor el número de nacidas que de nacidos. El Paraguay es un país en que las hembras se encuentran en mayoría sobre los varones.

No van comprendidos en los anteriores guarismos los indios del Chaco, que se supone son más de 100,000.

Grande inconveniente para el desarrollo del Paraguay es la falta de vías de comunicación: la carencia de ferrocarriles es el más poderoso obstáculo á su desenvolvimiento. No faltan, sin embargo, proyectos de líneas férreas: una de ellas pondrá en comunicación el Paraguay y Bolivia á través del Chaco, desde Concepción á Sucre, con un trayecto de 2,080 kilómetros; otro partirá de La Asunción para terminar en Santos, —el puerto de la provincia brasilera de Sao Paulo,—extendiéndose 1,300

kilómetros. Pero la verdad es que, hoy por hoy, sólo hay la línea de La Asunción á Villa Rica, construída en 1859.

Las carreteras que había en tiempo de los López, puestas en comunicación por numerosos caminos vecinales, fueron destruídas durante la guerra, y no queda rastro de nada. Dichas carreteras, que partían todas de La Asunción, eran cuatro: la de Paso de la Patria, al S., á lo largo del Paraguay; la de Villa Encarnación, al SE.; la de Villa Rica, al E., y la de Arroyos y Esteros, al N.

Hoy las únicas vías de comunicaciones son las *picadas* ó senderos trillados que siguen los *yerbadores* para transportar el mate á los pueblos asentados á orillas de los ríos. Hablamos, por supuesto, de las comunicaciones por tierra, pues las fluviales son muy fáciles. La cuenca del Paraguay, en especial, contiene numerosos afluentes navegables en chatas y en balsas, que son los vehículos que transportan á La Asunción el mate ó las maderas, juntamente con las carretas tiradas por bueyes. "Si se quiere hacer del Paraguay un país de producción, desde el punto de vista de la agricultura, de la horticultura y de las industrias conexas, —dice un viajero,—será preciso poblar sus soledades, y para poblar esas soledades hay que hacerlas accesibles. Ese será el papel de los ferrocarriles, y ésa será también su razón de ser. Donde vaya una línea, irán los hombres, y allí donde no haya línea, no se realizará útilmente ninguna colonización. "Este principio es aplicable á muchos otros países de América.

Hasta el presente, los ensayos de colonización no resultan muy brillantes. Hay dos colonias alemanas, debidas á la iniciativa privada, una oficial en el Chaco y otra también oficial en San Bernardino en la costa N. del lago Ipacaray, en la línea férrea de Asunción á Villa Rica. Los colonos del Chaco (Villa Hayes) son franceses, y los de San Bernardino alemanes. También se ha establecido una colonia norteamericana en San Pedro, al N. de Villa Hayes, pero á la orilla de acá del Paraguay, con el objeto de explotar el cultivo del tabaco, y una colonia francesa en Villa Sana, en los ricos territorios del Norte, entre el Aquidabán y la frontera brasileña. Y es de notar que, relativamente, están dando mejores resultados las colonias fundadas por la iniciativa privada que no las del Gobierno.

Como anda tan perdido el mundo y la gente busca donde podría ir para pasarlo mejor, creo oportuno transcribir los juiciosos párrafos que dedica M. Child en su magnífico libro al porvenir de la colonización paraguaya. "Las industrias que podrán ejercer en el Paraguay las aglomeraciones coloniales y los individuos son numerosas,—dice.— Mencionaremos, en primer lugar, la cría de caballos y de ganados, á lo cual se adapta perfectamente el suelo, y las granjas-lecherías, descuidadas actualmente. Los carneros no prosperan en el país á causa de los fuertes calores del

verano y de la naturaleza del suelo. Después de la industria pastoral viene la agricultura. Impórtase ahora el trigo de la República Argentina, donde se produce con más baratura. En el Paraguay el principal cultivo es el del maíz: cosechanse con grande abundancia cinco variedades. Sólo se deja crecer el arroz á lo largo de los ríos y en pequeñas cantidades. El gran cultivo de este cereal parece posible, sin embargo, y aun deseable, á causa de la facilidad con que puede regarse. La cebada y la avena se dan bien, pero han sido muy poco cultivadas aún. El boniato crece por doquier; se le come ora hervido en el puchero, ora al rescoldo. Esta raíz es la patata de la América del Sur, el principal alimento de las clases más desgraciadas y menos civilizadas.

"En el dominio de las hortalizas, casi todo está por hacer; hay gran demanda de ellas, y no hay hortelano que las haga crecer. Igualmente tiene necesidad de desarrollo la viticultura, practicada en grande escala en el Paraguay en el siglo XVII, proporcionando el vino á Buenos Aires: es una industria que ha desaparecido hoy, sin saberse precisamente por qué. La caña de azúcar se da bien en el Paraguay, lo mismo que en las provincias de Tucumán y de Corrientes y en el Chaco Argentino: cultívanse con éxito cuatro variedades igualmente buenas para la fabricación del azúcar y la destilación. Hasta el presente, toda la caña de azúcar ha servido para hacer *caña* ó ron. Pocas poblaciones hay en el Paraguay que no tengan su destilación de caña: estímase que la producción anual de este ron es de 3.500,000 litros, lo cual da para cada habitante un consumo medio de 9 litros por año, pues la exportación es insignificante. El consumo medio de alcohol es por cabeza: en Francia, de 3 litros; en la Gran Bretaña, de 6 litros; en Prusia, de 7 litros; en Suecia y Rusia, de 10 litros; en Dinamarca, de 16 litros. Este espíritu de caña puede fabricarse en abundancia; y como se combina con las diversas plantas aromáticas y los variados frutos que crecen en el Paraguay (mate, guayaba, plátano, mirtos, etc.), el país debe considerarse como favorable al establecimiento de fábricas de licores.

"No hay que olvidarnos de mencionar los ensayos llenos de promesas de que ha sido objeto el cultivo del café, como tampoco del cultivo del tabaco, que se da sin cuidados y en abundancia. Ciertas marcas de tabaco del Paraguay son muy estimadas en la América del Sur, y algunos entusiastas llegan hasta compararlas con las marcas de la Habana. Es colosal en el Paraguay el consumo de tabaco. La producción total es actualmente de 10.500,000 kilogramos por año en cifras redondas: de esta cantidad expórtanse 4.785,000 kilogramos, y el resto se fuma en el país: cada habitante fuma, pues, por término medio, 11 $^{1}/_{2}$ kilogramos de tabaco por año, lo cual representa ocho cigarros por día. En Francia el consumo anual es de 758 gramos por habitante. En el Paraguay las mujeres y los niños fuman tanto como los hombres.

"La madera de construcción constituye uno de los grandes manantia-

les de riqueza del Paraguay. El país abunda en magníficas maderas de todas esencias, buenas para los trabajos de ebanistería, para la construcción de carruajes y buques, en bellísimas maderas propias para la fabricación de muebles, en palos tintóreos y en leños de empleo en las industrias químicas. El principal obstáculo á la utilización de esas maderas es la dificultad que se experimenta en transportarlas. Hay también en los bosques gran número de plantas textiles que lá industria del porvenir



LA ASUNCION: Á LA PUERTA DEL CUARTEL

enseñará á utilizar comercialmente; tales son el algodonero, el ramio y la *ibira*, planta de la familia del plátano, que tiene las hojas largas, estrechas y flexibles, y contiene una fibra excelente. La ibira cubre leguas enteras de terreno. Había en la Exposición de París de 1889 una muy rica y curiosísima colección de plantas textiles del Paraguay, con muestras, además, de catorce materias tintóreas, extraídas de plantas del país. Las plantas oleaginosas son el *maní*, ó avellana, el cocotero y el ricino, utilizados todos en muy corta escala, siendo así que podrían dar lugar á su comercio importante.

"Dejamos ahora á los dos principales productos del Paraguay: la yerba mate y las naranjas. La yerba mate era empleada en forma de bebida aromática por los indios, que enseñaron á apreciarla á los conquistadores españoles. Actualmente, el consumo del mate es general en toda la

América del Sur, no solamente entre los criollos y los viejos colonos, sino también entre los inmigrantes recién desembarcados. Prefiéresele al te de China, al café y al cacao: ciertos conocedores le encuentran más cualidades como estimulante y como alimento de ahorro. En toda la América española sírvense continuamente de la bombilla y de calabacita; los aficionados preparan muchas veces por día su infusión y le sorben tranquilamente con auxilio de un canutillo.

"Cosa singular: el mate no puede ser cultivado. Parece, sin embargo, que los jesuítas habían encontrado la manera de reproducir el *ilex paraguariensis*, y habían establecido vastos plantíos al rededor de sus *Reducciones;* pero, expulsados los Padres, lleváronse consigo su secreto. La planta crece espontáneamente entre el 22° y 29' latitud S. y 59° longitud O. del meridiano de París. Cuanto más cerca crece del mar, más inferior es su calidad. El mejor mate es el del Paraguay. Los puertos de exportación son: Tacurupuán y Villa Encarnación, sobre el Paraná; Asunción y Concepción, sobre el Paraguay: parte de esas poblaciones para los puertos argentinos de Rosario y Buenos Aires, para Corumba en el Brasil y para Montevideo en el Uruguay. La producción total está evaluada en 11 millones de kilogramos por año, más de la mitad de los cuales son exportados."

El mate, como ya hemos dicho, crece en los hoy abandonados territorios del C. del Paraguay, y á orillas del Paraná.

Respecto á las naranjas, dice M. Child: "Créese, generalmente, que el naranjo ha sido introducido en el Paraguay por los jesuítas, y que las aves se han encargado del trabajo de diseminar sus simientes. Sea como fuere, el naranjo se ha propagado por todo el país, desde las orillas de los ríos á las cumbres de las colinas, desde las granjas á las más profundas soledades de la selva virgen. El Paraguay es, más que la patria de Mignon, "el país donde florece el naranjo". Existen muchas variedades del mismo, entre las cuales hay que mencionar el *apepu,* que produce una naranja muy ácida. A causa de su nombre guaraní creen algunos que el apepu es una variedad indígena. En cuanto á la naranja dulce, á la *abigarrada (citrus bigaradia),* á la mandarina y á las especies diversas de cidras y limones, han sido, sin duda, importadas por los jesuítas. En todo caso, los naranjos, silvestres ó cultivados, son extremadamente abundantes y dan al paisaje un cálido tinte dorado de notable intensidad. El paisaje en el Paraguay tiene, como color y dibujo, bellezas que no se pueden olvidar. El país produce en el viajero una fascinación que se ejerce durante todo el resto de la vida. He, en cuanto á mí, experimentado esta fascinación como muchos otros, y me ha dejado recuerdos llenos de deliciosas visiones de flores, de frutos y de verdura, dilatándose en líneas blandamente onduladas, con rompimientos de río á lo lejos y naranjas por doquier. ¡Y qué naranjas! Jugosas y perfumadas, de una delicadeza que no han tenido jamás ni las de España ni las de Italia.

"La industria más importante del país consiste en la exportación de esas naranjas. El tiempo de la recolección comienza en mayo y acaba en agosto: entonces los puertos del Paraguay, desde Humaitá á La Asunción, expiden enormes cantidades de frutos por vapores y goletas. Los principales puntos de embarque son la Villeta, San Lorenzo y San Antonio. Allí hay que ver las pintorescas procesiones de mujeres y niños que riendo y gritando llevan sobre su cabeza las cestas de frutas desde la ribera á los barcos, semejantes á una tropa de laboriosas hormigas. Hasta ahora no se ha hecho de las naranjas ningún uso industrial: expórtanse cerca de 60 millones por año, consúmense otras tantas en el país, y quedan quizá tres veces más, que son comidas por los monos y las aves ó se pudren en tierra."

Con lo dicho puede formarse idea de lo que puede esperar el que se proponga ir al Paraguay. Sin grandes capitales que afluyan allí para la construcción de vías férreas, resultará inútil todo ensayo de colonización, á pesar de las incomparables riquezas del país.



CAPITULO IX

Las poblaciones del Paraguay

Hora es ya de que diga algo de las poblaciones paraguayas que he visitado, si bien cabe asegurar que el único centro urbanizado es la capital, estando todas las demás en embrión.

Hállase situada La Asunción en lo alto de una elevada colina que desciende hacia el río; el Paraguay traza allí una graciosa curva, formando una bahía en la que pueden anclar vapores de bastante calado. En cuanto al puerto, se reduce á algunos muelles de madera, con sus correspondientes docks, muy chicos, y la Aduana.

Por la parte del NE. extiende una esplanada, alfombrada de césped, cortada por un acantilado de asperón rojo, en cuya cima aparece suspendido sobre el abismo el barrio de la Chacarita, detrás del cual asoman los coronamientos del palacio de López, del Cabildo, de los cuarteles, la rotonda del Panteón y los campanarios de la catedral. A lo largo del río, hacia el N., vese el bosque, y detrás de él la ciudad, rodeada de verdura, al pie de los acantilados.

Mirado desde el río es hermoso, ciertamente, el panorama de La Asunción; pero no tiene comparación con el espectáculo de que se goza contemplando aquélla desde lo alto, ó sea desde la fonda de la Cancha, en que me hospedo, situada al E. en una suave eminencia. Vese que la ciudad se distribuye en dos zonas concéntricas ó paralelas. La zona externa está constituída por un cinturón de colinas cubiertas de árboles poco elevados, entre cuyas espesuras blanquean alegremente las paredes de numerosas casitas de campo, y brillan los dorados frutos de los naranjos. Más llana es la zona interna, si bien no deja por eso de ser ondulada: ésta

baja hacia el río, y están emplazadas en ella las casas, sobre cuyas azoteas levantan sus esbeltas torres las iglesias, palacios y edificios públicos. Ciñe esta zona por el O. el plateado Paraguay, sembrado de verdes islas cubiertas de espesillos y junqueras, y á la otra parte extiéndese en la inmensidad el gran Chaco, formando como un mar de espesa vegetación que á lo lejos reviste un color azul oscuro. Lo dicho, sin embargo, no puede dar idea de la hermosa perspectiva que ofrece La Asun-



LA CATEDRAL Y LAS BARRACAS DE LA CHACARITA

ción, con las suaves ondulaciones de sus fértiles contornos, la graciosa distribución de sus casas y la magnífica vista del río y del majestuoso desierto, que se ofrecen de continuo á la admiración del viajero á través de numerosos rompimientos.

Como todas las ciudades hispano-americanas, la capital paraguaya está dispuesta en cuadras rectangulares, estando orientadas las calles en dos direcciones: las unas de E. á O. hacia el río; las otras de N. á S. hacia los bosques. Todas las calles forman cuestas y bajadas, y en su mayoría no están empedradas, contentándose con dos altas y estrechas aceras. En cuanto al arroyo, es, en realidad, un cauce profundo, alfombrado de menuda y fina arena roja, por entre la cual asoma de vez en cuando la pelada superficie de la roca. Hay, sin embargo, dos calles: la Mayor y la de las Palmas, regularmente empedradas.

La locomoción en vehículo consiste en el tranvía, llamado aquí *El Conductor Universal*, como en la Habana se llama *Los Carritos*, y, en segundo lugar, en carretas tiradas por bueyes ó en carricoches arrastrados por tres ó cuatro mulas, empleándose asimismo como monturas mulos, asnos y caballos.

Las calles se continúan fuera del poblado, hasta internarse en los bosques del N. y del S., entre naranjos, arbustos y plantas trepadoras; y al decir las *calles* se entiende el arroyo de las mismas, los rails del tranvía y los postes del telégrafo. Casas hay pocas en las afueras, pero sí cabañas humildísimas, aunque bastantes separadas entre sí por la arboleda.

Se preguntará ahora el lector que á dónde diablos va á parar un tranvía que pasa por en medio del bosque. Va á parar, pues, á 8 kilómetros de distancia, á una futura población llamada Villa Mora, donde, á falta de casas, hay los jalones que indican su emplazamiento en los venideros siglos. Hoy por hoy, no hay allí sino algunas barracas, una fonda, una fábrica de aceite de palmera y el soberbio cementerio llamado de la *Recoleta*, necrópolis de La Asunción.

El paisaje en que habrá de levantarse Villa Mora es magnífico, ofreciendo la vegetación y la flora una hermosura y esplendidez indescriptibles. "Los caminos — escribe un viajero — están orillados de naranjos. Cada cabaña está escondida como en un nido en bosquecillos de naranjos, de plátanos, de limoneros, de higueras y de palmeras. Los setos y vallados están hechos con enormes cactos, convólvulos y lianas. En cuanto á las alquerías y cabañas, son ejemplares de una arquitectura muy primitiva: la mayor parte están construídas de adobe y cañas, con techos de corteza: solamente algunas son de ladrillo con techos de tejas, y rarísimas son las que tienen un cuarto y una ventanilla, y una fachada abrigada por una galería sostenida por troncos de palmera."

El cementerio es digno de una grande capital. Abundan los panteones suntuosos, obra de escultores italianos, hábiles en trabajar la piedra artificial. Los deudos adornan esas tumbas con coronas de flores ó de perlas de vidrio, de fabricación francesa. Abundan, sin embargo, mucho más las cruces, pues no hay afortunadamente nichos, que las tumbas de piedra, y delante de cada cruz vense dos toscas linternas de estaño clavadas en tierra por el mango. El arbolado consiste en naranjos y cipreses, en menor número éstos que no aquéllos.

No tuve ocasión de ver enterrar á nadie, por lo cual, como curiosa costumbre de abolengo castizamente español, pues es una variante de nuestros *angelitos al cielo*, trasladaré lo que á tal propósito escribe un viajero. "Paseándome por el cementerio,—escribe,—pusiéronse á tocar rápida y alegremente dos campanas en el campanario de la iglesia. Hubiérase dicho que tocaban para un casamiento. Salí y esperé. Pronto ví á alguna distancia varias personas que se adelantaban por un camino arenoso orillado de césped, de lozanos arbustos y de árboles magníficos.

A lo lejos se extendía un vasto rompimiento de paisaje ondulado y arbolado, dejando ver los techos de rojas tejas de las alquerías y mostrando el amarillo brillante de los naranjos cargados de frutos. Las personas se acercaban: iban vestidas con trajes de colores claros: azul celeste, rosa, rojo, amarillo y blanco. Era una procesión de mujeres y de doncellas: las unas llevaban niños en sus brazos; las otras iban acompañadas de muchachos que trotaban á su lado. Los chiquillos iban cubiertos con el poncho; las mujeres y las doncellas iban vestidas según la moda corriente en el Paraguay, con una saya y una camisa, y un pañuelo blanco ó un chal negro puesto á la manera oriental y cubriendo la cabeza. Las mujeres iban todas descalzas. Andaban aprisa, casi corriendo; estaban alegres y reían. La joven que iba delante llevaba en la cabeza un ataudillo envuelto en un pañuelo blanco bordado cubierto de rosas naturales recién cogidas. Mientras las campanas tañían más alegremente aún que antes, el grupo alegre desfiló por el torniquete, cruzó los claustros de la iglesia y se detuvo delante de un hoyo: un sepulturero, vestido con un largo poncho de rayas oscuras, depositó el féretro del *angelito* en tierra, y lo cubrió. En seguida el cortejo abandonó el cementerio, siempre alegre y satisfecho, siempre caminando en rápida fila indiana, llevando la madre del niño difunto una cruz de madera negra rodeada de una estola blanca bordada. Aquellas mujeres no estaban afligidas por la muerte del bebé, porque había sido bautizado, y, según sus creencias, debía ir desde entonces derecho al cielo y ser allí un *angelito*. Y se volvieron por el camino arenoso, riendo, andando con paso alerta y gracioso; y al ver sus esbeltas y encantadoras siluetas, los paños de frescos colores que flotaban, pensé en los frescos de Ghirlandajo y de Bernardino Luini."

El cuadro, como se ve, es precioso.

Volvamos ya ahora á La Asunción.

Cuéntase esta ciudad por la más antigua del continente sudamericano; pero, si es así realmente, nada queda que lo revele, pues no ha conservado la menor reliquia de nuestros insignes conquistadores, ni siquiera una iglesia.

Las casas antiguas tienen todas en la fachada una galería, y en su defecto un porche que se adelanta hasta la acera, desde el suelo al primer piso, protegiendo así contra los ardores del sol de estío. Las casas nuevas, no muchas, no tienen galería y se parecen en lo recargado de molduras de sus fachadas y en sus rejas de hierro á las de Buenos Aires.

Los edificios públicos dignos de mención son tan solamente el palacio de López, donde está instalado *el Gobierno,* el Teatro, la Estación, el Cabildo viejo, el Mercado, la Iglesia llamada el *Panteón* de López y la Catedral de San Francisco.

El Palacio de López es una vasta construcción rectangular de dos pisos, coronada por un elevado mirador. Emplazado en lo alto de una colina domina el río. La fachada que mira á dicha parte está atravesada

por dos galerías superpuestas, mientras que las otras recuerdan el estilo de las construcciones francesas del tiempo del Primer Imperio.

El Panteón, no terminado aún, es un grande edificio de ladrillo coronado por una cúpula que quiere recordar la de Santa Genoveva.

El Teatro merece capítulo aparte, pues constituye realmente una curiosidad interesantísima en tales latitudes. Hablando de él dice un viajero: "Es más lindo y más cómodo que muchos teatros europeos célebres. Está iluminado enteramente por la electricidad, y se han colocado en los palcos timbres eléctricos que sirven para pedir refrescos. La decoración de los tres pisos de palcos y de las galerías es agradable á la vista. El techo está rodeado de medallones: el que se encuentra sobre el proscenio, y que constituye el sitio de honor, está atribuído á Molière: se ha puesto á Gounod á su derecha y á Massenet á su izquierda. Los otros medallones están destinados á Racine, Corneille, Lulli, Wagner, Shakespeare, Alarcón, Lope de Vega, Schumann, Mozart, Beaumarchais, Víctor Hugo, Berlioz, Beethoven, Scribe, Goethe, Donizetti, Verdi y Calderón. En teoría, la admiración de los habitantes del Paraguay va á quien la merece. Desgraciadamente, los placeres que les procuran el arte dramático y el arte musical deben malearse mucho por la insuficiencia de las compañías ambulantes de zarzuela, únicas que representan en el país. Si López hubiese podido realizar sus sueños de grandeza, hubiera sido muy diferente: quería, en efecto, dotar á La Asunción de un teatro tan vasto como el de la Scala de Milán. Este prodigioso edificio ha sido construído hasta una altura de cerca de 7 metros sobre el suelo; no es hoy más que una mole solitaria y melancólica de cal y canto que se levanta en medio de la ciudad, cubierta de musgo: un principio que probablemente no tendrá fin."

Muchas son las plazas de La Asunción, siendo la principal la de la Independencia. El jardín central está cercado por una elegante verja. En medio se levanta una columna conmemorativa de lo que rezan las siguientes inscripciones grabadas en los cuatro lados del pedestal:

Fundación del Paraguay, 15 de agosto de 1536.
Primer grito de Libertad, 14 de mayo de 1811.
Jura de la Independencia Nacional, 25 de diciembre de 1842.
Jura de la Constitución Nacional, 25 de noviembre de 1870.

La columna está coronada por una estatua de la Libertad, notablemente majestuosa. La plaza está sombreada por magníficas palmeras y contiene numerosos parterres de flores bien cuidadas.

Al rededor de la plaza queda mucho espacio libre, y á los lados de la misma se encuentran los cuarteles de infantería y caballería. Estos edificios son de planta baja, y su fachada consiste en un largo intercolumnio ó porche, bajo el cual se ven de continuo los soldados con sus muje-

res y prole, sorbiendo mate y fumando. Por la tarde toca en la Plaza de la Independencia alguna música militar, constituyendo su repertorio nuestras más populares zarzuelas. Desde este lugar se goza de un panorama encantador, pues se domina todo el río y gran parte del Chaco, á la otra orilla.

El Mercado promete mucho visto por fuera, con su larguísima columnata y sus monumentales puertas, y no desmiente, interiormente, lo que había derecho á esperar. A este propósito transcribiré lo que con su mágico estilo, algo más pintoresco que el que se dignó concederme el cielo, escribe el viajero á quien he citado ya anteriormente: "Para el artista,—dice,—La Asunción es interesante, sobre todo por los detalles de la vida al aire libre, y no deberá dejar de ir al mercado central, donde se encuentran reunidos casi todos los tipos del país. Por la mañana, muy temprano, el vasto espacio libre que se extiende delante del mercado está ya lleno de asnos, de mulos, de carretas, de yuntas de bueyes, de perros y de campesinos venidos para vender sus productos y comprar provisiones. Las carretas de bueyes son más pequeñas aquí que las *goletas de la pradera* de la República Argentina, y difieren también por su forma. Tienen los ejes de madera maciza y las ruedas caladas; caja de madera con un suelo y el costillaje de bambú, techo de pieles, y de ordinario un tallo de bambú, sujeto al techo por un anillo, que sirve de aguijón y cuya longitud es suficiente para alcanzar hasta la primera de las tres yuntas de bueyes.

"El mercado está lleno de mujeres, jóvenes unas, viejas otras, todas fumando ó mascando tabaco. La gran mayoría de esas mujeres van vestidas de blanco: solamente algunas llevan pañuelos negros. El traje consiste en unas sayas de algodón con dos volantes, una camisola ceñida al rededor del talle, que deja el cuello al descubierto, y por encima un pañuelo de algodón blanco á guisa de manta ó albornoz. Las más coquetas completan su *toilette* plantándose detrás de la cabeza un peine en el pelo, partido generalmente á la moda indiana en dos largas trenzas. Todas esas mujeres llevan los fardos en la cabeza, por ligeros que sean, y he visto con mis propios ojos mujeres que iban al correo y se habían puesto las cartas sobre la cabeza. Encuéntranse todo el día mujeres que van y vienen por las calles llevando, siempre sobre la cabeza, cántaras de tierra. La forma de esas cántaras, su grosera ornamentación de flores pintadas no importa cómo, la piel negruzca de las mujeres y sus trajes blancos en forma de albornoces, todo eso recuerda la población femenina de Biskra.

"En el interior del mercado encuéntranse, además de los diversos emplazamientos dedicados á la venta de legumbres, provisiones y víveres de toda especie, muchos restaurants, en donde activas matronas vigilan calderos, en los cuales se cuece una humeante bazofia. A todo lo largo de las calles por donde circula el público, mujeres de toda edad

forman, acurrucadas, grupos sobre el pavimento: son, en su mayoría, indias guaraníes. Hay también algunas negras y mulatas. Todas fuman, todas tienen el aire entristecido, el aspecto delicado y miserable, y, con raras excepciones, todas son feísimas. Vese, á la verdad, de vez en cuando, alguna joven guaraní de rostro sereno y lindos ojos, bien formada y de facciones agradables; pero, en suma, sería difícil encontrar una colección más completa de mujeres viejas, feas y enflaquecidas, como las del mercado de La Asunción.

"Esas vendedoras permanecen relativamente silenciosas y parecen tomar el tiempo como viene: permanecen sentadas, con sus mercancías extendidas por tierra, delante de ellas. Mercancías muy modestas, en verdad: algunos montones de mazorcas, algunos paquetes de malos cigarros sujetos con cintas de algodón, boniatos, patatas, naranjas, avellanas, caña dulce, algunas legumbres, alguna ensalada, dos ó tres quesos de mala calidad, un racimo de plátanos... ¡qué se yo! Las hay que venden carbón de leña, contenido en unos saquitos de 15 centímetros de longitud que parecen juguetes. Todas esas mujeres tienen el tono llorón y suplicante. Si se les pregunta el precio de algunos de los objetos que tienen en su parada, responden de tal suerte, que se diría que tienen la voz embargada por las lágrimas y que les cuesta hablar.

"Vense, bajo la columnata exterior del mercado, grupos similares de jóvenes y viejas acurrucadas detrás de pobres mercancías amontonadas en el suelo, esperando á los parroquianos. Otros grupos de mujeres se pasean sin ruido, descalzas, indolentes y soñadoras, con el inevitable cigarro entre los labios. Tan sólo los bazares de Oriente presentan escenas análogas á las del mercado de La Asunción. Durante el día encuéntrase por las calles á esas mujeres de blanco y los diferentes tipos populares. Con todo, las vías públicas están, en general, muy poco frecuentadas: La Asunción es aún una ciudad muerta, en la que los negocios y los progresos van á paso lento. A excepción de la calle principal, donde se encuentran los Bancos y los escritorios, algunas casas de exportación y unos cuantos grandes almacenes (la mayor parte tienen á su frente á italianos ó alemanes), las calles de la ciudad son mejor las de una aldea que no las de la capital de una república. La prueba está en que en la mayor parte de ellas no pueden circular los carruajes y en que á menos de cien metros de la calle de las Palmas, que es la principal arteria, he visto pacer las vacas cada día en el arroyo, con los hilos telefónicos sobre sus cuernos."

La pintura que acabo de transcribir es algo exagerada; pero en el fondo es verdadera, y añadiré que á los que están acostumbrados á la vida de nuestras ciudades de provincia no les cogerá de sorpresa el silencio, la soledad, el sosiego en que están sumidas las calles de la capital paraguaya. Mas no siempre reina la tristeza á que se refiere el citado viajero: por la mañana se nota bastante animación en la vía pú-

blica, pero animación relativa, pues los asuncioneros, sin haber leído á Horacio, tienen por divisa el *fœstinare lente,* apresurarse poco á poco. A las once se suspenden todos los trabajos por ser la hora del almuerzo. Viene luego la hora de echar una siestecita; y como todo el mundo se entrega en brazos de Morfeo, deja el tranvía de prestar servicio desde las once hasta las dos, en que, después de desperezarse, la gente vuelve al trabajo hasta las cinco. A esta hora cesa toda ocupación hasta el día



MENDOZA: CALLE DEL GENERAL SAN MARTÍN

siguiente. El que puede se va al café, á la confitería ó al club. Por la noche aparecen iluminados los comercios de las calles de las Palmas y Mayor, por las cuales pasea la gente.

La *high-life* y la mesocracia forman una minoría casi microscópica en la masa general, estando constituída la aristocracia por unos veinte sombreros de copa (ministros, banqueros, diputados), y la clase media por los comerciantes, extranjeros casi todos.

La prensa está representada por *La Democracia* y *La Razón,* de gran tamaño, y por *El Látigo Inmortal,* semanario satírico bilingüe, castellano y guaraní. Los expresados periódicos están muy bien hechos, rivalizando con los mejores de las vecinas repúblicas.

El porvenir del Paraguay estriba todo en la inmigración, pues el elemento indígena es poco aficionado á fatigarse, lo cual no constituye precisamente ninguna fenomenal extrañeza. "Los hombres de sangre

mezclada,—dice á este propósito M. Child,—los guaraníes y las otras razas indias que, con una pequeña clase de *criollos*, constituyen la población actual del país, no pueden estar sujetos á trabajar sino bajo un régimen tan despótico como era el de López, ó por un sistema de comunismo, á la vez ingenioso y paternal, análogo al que los jesuítas habían instituído en los antiguos días de la colonización en sus *Misiones* del Alto Paraná. Sabido es que después de la expulsión, la mayor parte de los indios guaraníes á quienes los religiosos habían civilizado y explotado se retiraron al Paraguay, donde hasta el presente sus descendientes han quedado naturalmente englobados en la masa de la población. Esos indígenas se niegan á trabajar de una manera ordenada."

Este sagrado horror al trabajo se traduce en la negativa de los indígenas; por ejemplo, á coger cocos para llevarlos á la fábrica de aceite de palmera de la Recoleta, lo cual no hacen sino cuando les aprieta la necesidad. Se observa también en la escasez de la manteca, por el poco cuidado que se tiene en la explotación del ganado vacuno, al que nadie cuida de llevar á pacer donde hay magníficos pastos.

En cuanto á los indios, parecen aún más indolentes que los paraguayos, pues en teniendo mate, boniatos y naranjas, cuentan con lo suficiente. La feracidad del país es un obstáculo al desarrollo del trabajo, dada la exigüidad de la población; pero cuando ésta, dentro de veinte ó treinta años haya aumentado por la progresión natural, indudablemente será menester pensar en producir y trabajar. Un inglés, práctico, propuso que el Gobierno mandase arrancar todos los naranjos, como hizo una vez el Gobierno de Costa Rica con los plátanos, á fin de sacudir la pereza de la gente y obligarles á ganarse el pan conforme al precepto bíblico.

"Todo eso parece extraño,—dice el autor antes citado.—La naturaleza y los jesuítas han dado á los indígenas los medios de vivir y ser felices al abrigo de los cuidados, proporcionándoles los recursos del boniato, de las naranjas, del mate y del tabaco. Esas buenas gentes gozan, por otra parte, de un clima de tal manera delicioso que apenas les son necesarios los vestidos."

No hay que extrañarse, pues, de que los paraguayos no quieran matarse trabajando.





CAPITULO X

De La Asunción á Mendoza

Si por todas partes se va á *Roma,* bien puede irse por todas partes á *Lima,* ya que sólo difieren en una sílaba; y así, en vez de volver á Buenos Aires, ó Montevideo, y embarcarme para la capital peruana, admirando de nuevo las bellezas del estrecho de Magallanes, opto por encaminarme *vía terrestre* á ver á mis apreciables deudos.

Dejo, pues, La Asunción, después de haber visitado á Villa Concepción, por el río, y á Villarrica en ferrocarril, sin que ni una ni otra llamen la atención por lo que sea su espléndida vegetación tropical, y me traslado á Rosario, donde entro el 20 de mayo.

Mucho me place ver de nuevo esta importante plaza, en cuyo puerto reina extraordinaria animación, y experimento el grato placer de encontrarme con un grande amigo catalán que ha conseguido labrarse aquí una envidiable posición, después de haber sido víctima en España de una sensible quiebra; sensible para todos; es decir, lo mismo para él que para sus acreedores.

Al día siguiente de mi llegada á Rosario tomaba por la noche el ferrocarril para Mendoza y me acomodaba en un cómodo *sleeping-car,* construído, según dice la placa, en Wilmington, Delaware. El tren corre con loable velocidad, y me duermo como un bendito.

Al despertar, hubiérame creído, á no saber lo contrario, que estaba cruzando por *el conocido campo de Montiel:* la misma horizontalidad, la misma escasez de vegetación, el mismo horizonte sin términos. De vez en cuando, como en la Mancha, y allá á lo lejos de la vía, algún

pueblecillo, sin campanario, monótonos y prosaicos todos hasta la desolación. Ni un árbol por caridad.

Los habitantes son, en su generalidad, italianos, de largas melenas, ojos negros y hundidos, rostro acentuado y atezadísimo, con cuatro andrajos por vestido. Con todo, no deja de vez en cuando de distinguirse alguna nota de color... local, constituída por tal ó cual gaucho, con calzón bombacho, poncho y cinturón de cuero ceñido al talle, adornado con profusión de monedas de plata, y por ésta ó la otra *chinita* mestiza de italiano é india, morena *ultra*.

Y el paisaje no cambia: antes bien, á medida que nos internamos en el O., la llanura es más gris, disminuyen las yerbas, se levanta más polvo y es más incómodo el relumbre del sol.

Por fin, llegamos á una especie de oasis: Villa Mercedes, donde el tren se detiene por espacio de una hora. La estación se ofrece con caracteres fantásticos, como un compendio quintesenciado de todo lo que ha inventado hasta hoy la civilización europea. Allí tipos genuinamente latinos y sajones, pero bien vestidos; allí una democrática promiscuidad en medio del mayor orden; allí *elegantas* de provincia, con trajes según las modas más auténticas de París; allí *fashionables* (machos), con corbatas de colores chillones en amigable consorcio con peones, colonos, pastores, gauchos y soldados.

El *buffet* es soberbio, relativamente: sala espaciosa; á un extremo un aparador soberbio en que no falta nada, desde el mejor champagne al último aguardiente, desde el más legítimo *pale-hale* al más vulgar jarabe de horchata. Y es de notar la admirable cortesía que preside en todo, sin que se suscite el menor incidente.

—¡Señores viajeros: al tren!

Penetramos ahora en la provincia ó Estado federal de San Luis. El paisaje cambia bruscamente: ya no atravesamos por la Mancha, sino que parece que vamos á entrar luego en Sierra Morena: bosques, accidentaciones del terreno. Cruzamos el Quinto por un puente muy atrevido, subimos sensiblemente, y, por fin, por la tarde vemos montañas allá, delante: es la Sierra de San Luis. ¡Gracias á Dios que hemos perdido de vista las *estepas*, las *Manchas* de las provincias de Buenos Aires y Córdoba! ¡Gracias á Dios que comenzamos á ver colinas, bosques y verdor!

Ya ha oscurecido, y á la cama. Sé que dentro de pocas horas pasaremos entre dos lagos, el Silverio y el Bebedero; pero no los he de ver. Buenas noches.

Son las cinco de la mañana. Entra el conductor y grita:

—¡Arriba, señores, arriba!

Terminó, pues, el viaje. Aprisa: á vestirse.

Héteme en la plataforma, ansioso por contemplar de cerca los Andes. No puedo casi contener una exclamación de sorpresa, de inefable goce. ¡Admirable panorama! En vez de la pampa, de la llanura manchega, de

la estepa mortalmente aburrida, la tierra verde, fértil, regada por mil acequias y arroyos; tupidos sembrados y pomposos viñedos en forma de anfiteatro, sostenidos por muros de contención.

Delante, al O., los Andes majestuosos, bajo cuyas cimas se ciernen las nubes y cuyas laderas ostentan la más delicada y variada combinación de suaves tintas. Los valles parecen dormir aún bajo la neblina azul que los envuelve; crestas y agujas, cubiertas de nieve, centellean como irisaciones de diamante á las caricias de la aurora.

¡Espectáculo pasmoso, incomparable, grande! ¿Cómo, después de este panorama imponente en el cual la *montaña* alcanza los supremos límites de su majestad, no se ha de comprender la lógica de la Naturaleza, que, cual si hubiera agotado todo su poder en el levantamiento de esos colosos, se arrastra plana y sin relieve hasta el Atlántico?

"Mendoza—escribe un viajero—es una de las raras localidades de la República Argentina que desde un principio impresionan favorablemente al extranjero y que, cuando menos desde el punto de vista de lo pintoresco, dejan en su memoria recuerdos que no se hacen desagradables al envejecer. La configuración de la ciudad (había que esperarlo) es la de un tablero de ajedrez regularmente repartido por líneas en ángulo recto en casetas uniformes. Las calles tienen de 25 á 30 metros de anchura y están bordeadas de aceras, sombreadas por lozanos y vivaces chopos de la Carolina. La ciudad tiene cinco grandes plazas, plantadas todas de árboles y arbustos, y aun se podría, sin exageración, compararla con un grupo de avenidas umbrosas colocadas en el centro de un inmenso parque ó de un inmenso jardín. Aparte de esto, los alrededores, que se extienden hasta las ramificaciones inferiores de los Andes, están cubiertos de una vegetación de un colorido verde brillante, que conservan vivaz, aun en el rigor de los calores del verano, el río Mendoza y muchas corrientes de agua naturales ó artificiales.

"El calor del verano riguroso, he dicho; un calor tórrido, puede creerse. Desde las diez de la mañana comienza el sol á asaetear sus ardientes rayos. Luego, en ciertos días, sopla un viento cálido, que viene de la provincia de San Juan, que haría inhabitable la ciudad si no fuese por la sombra que proporcionan los árboles y la frescura que producen las aguas corrientes. Por fortuna, en todas las calles corre el agua, día y noche, y en la calle del General San Martín, que es la principal arteria, ora va por un canal al aire libre, ora circula bajo una acera de tablas, ora está encerrada en un canal de ladrillo.

"Tal es la elevación de la temperatura, que cuando llego al patio del hotel del *Club Social* observo que muchos viajeros duermen al raso, en camas de hierro dispuestas bajo la columnata del edificio. El hotel está compuesto de un lindo cuerpo principal flanqueado por dos alas. En una de esas alas está el restaurant; en la otra se encuentran la cantina y la

sala de billar. Un patio central está plantado de árboles, adornado de flores y rodeado por una columnata que sostiene los cuartos. El *parquet* de esos cuartos está alfombrado; el ajuar consiste en camas de hierro, mesas Luis XV con tablero de mármol, armarios Renacimiento y otros muebles de lujo de un precio relativamente que cualquiera se sorprende de encontrar en una localidad tan lejana. Verdad es (más tarde lo he reconocido) que en las más humildes aldeas de la República, y aun en las más miserables chozas de gauchos, se encuentran muebles y objetos de lujo absolutamente fuera de armonía con el medio.

"Como todos los edificios de la ciudad, el hotel no tiene más que un piso; está construído con ladrillos secados al sol; decorado con molduras y adornos de piedra artificial. Este género de construcción ha sido generalmente adoptado desde la destrucción de la antigua ciudad por el terremoto de 1861. La nueva urbe está situada al N. del emplazamiento que ocupaba la antigua. No hay que decir que está exclusivamente compuesta de construcciones modernas, la mayor parte en buen estado, bien pintadas, con un exceso de lujo en las verjas de hierro forjado en los patios y las rejas de hierro que se fijan en las ventanas, según la antigua moda española, en vigor aún en toda la República Argentina. En cuanto á los edificios públicos, ninguno merece especial mención: ninguno ofrece un aspecto monumental. Casi todas las tiendas son espaciosos bazares en los que sobre anaqueles que van desde el suelo hasta el techo están amontonadas grandes cantidades de mercancías. En cuanto á una parada artística en la delantera, es una superfluidad en la que nadie pierde el tiempo.

"Durante el día la ciudad parece un desierto; cómese un polvo moreno, estáse quemado por el sol. Pero por la mañana, tempranito, reina animación, especialmente en la calle de San Martín. Hay allí grupos de arrieros, de guías de la montaña, carretas arrastradas por bueyes y cargadas de haces de heno fuertemente estibadas, chirriones tirados por tres mulas enganchadas de frente, fiacres de dos caballos, victorias, que hacen su camino levantando nubes de polvo. En Mendoza el precio de los fiacres (ó *volantas)* es tan módico, que los criados los toman para ir á la compra. Como las casas son todas de un solo piso, los 30,000 habitantes de la ciudad están dispersos por una vasta superficie; de manera que es tan indispensable allí la ligera victoria como el drosky en San Petersburgo.

"Por la mañana circulan también por las calles gentes del campo y gauchos á caballo, vestidos con el inevitable poncho, orgullosos con los adornos complicados de su silla y de sus estribos. Mulas y caballos están atados en la delantera de las tiendas. Por las aceras, las mujeres van al mercado, vuelven otras: son *chinas,* de piel oscura, con sangre india en las venas, vestidas con ligeros trajes de percal; algunas llevan mantones negros echados sobre la frente á guisa de capuchones; el pelo está parti-

do en dos trenzas que cuelgan libremente por los hombros. Esas dos trenzas son características de las *chinas* y de las indias en todos los países de la América del Sur que he visitado.

"Por la noche animanse otra vez las calles. La de San Martín y sus tiendas están brillantemente iluminadas con lámparas de petróleo. Las elegantes de Mendoza hacen sus compras, y si toca la música militar van en seguida á pasear un momento por la plaza de la Independencia. El domingo por la noche es de regla ir á tomar el fresco en el Coso, en la calle de San Martín, en cuyo centro está la estación del tranvía, indispensable vehículo, dicho sea de paso, de toda ciudad sudamericana. Dos municipales, cuyo uniforme está tan usado como descalabradas sus monturas, permanecen á cada extremo del Coso para señalar sus límites, y de cinco á siete es una procesión continua de carruajes de alquiler y de coches particulares, de landós, de milords, de victorias, de arañas. Cada uno de esos vehículos está tirado por dos caballos. Los jóvenes van á caballo, fuman cigarrillos y exhiben trajes de última moda. La procesión da siete, ocho ó nueve vueltas por el paseo, y en seguida cada cual se va á su casa á comer. De nueve á diez se vuelve á la plaza de la Independencia; pero entonces todo el mundo va á pie.

"Un punto hay que notar: durante el Coso de la tarde hay espectadores en todas las ventanas de las casas de la calle de San Martín. En su hueco aparecen familias completas, domingueras, siguiendo con la mirada el movimiento de la calle. En la acera que bordea la residencia del gobernador están sentados en sillas éste, su mujer, sus hijos y sus hermanos, por el orden de etiqueta; en la acera opuesta, toca en su honor la música militar. En cuanto al traje de los paseantes, es de una corrección absoluta; los hombres gastan sombrero de copa; las mujeres llevan frescos sombreros marcados con la estampilla parisiense y trajes de color claro con profusión de blondas.

"Tal es, en suma, la sola diversión de los habitantes de Mendoza. Existencia gris, en suma, la de los mendocinos.

"—*¡C'est embêtant! ¡Il n'y a pas même un beuglant!* (1) — decía delante de mí, con aire desolado, una parisiense de andares extraños, establecida en esta ciudad situada á los confines del mundo á consecuencia de aventuras extraordinarias.

"Y es verdad: Mendoza no tiene un solo café-concierto; lo que no obsta á que, por su propia confesión, los jóvenes no se acuesten nunca antes de las dos de la mañana. —¿Qué hacen?—preguntarán Vds. Van al club y juegan."

El cuadro es tan completo que nada puedo añadir; como no sea asegurar que, á pesar de su distancia, de su *deportación*, es Mendoza una ciudad muy agradable, y casi me atreveré á decir que muy española, á

(1) Un café cantante.

pesar del fatal atractivo que tiene París para sus habitantes, siendo raro el que no ha estado allí alguna vez. Por supuesto que cada uno puede hacer de su dinero lo que mejor le plazca.

Hay en Mendoza, como en toda capital federal algo importante, sus tres Bancos: el Provincial, la sucursal del Nacional y el Hipotecario, de



RUINAS DE MENDOZA

los cuales, á creer las malas lenguas, se cuentan sapos y culebras. Política, por supuesto.

Porque en la Argentina se hace la política como en España, con lo cual está dicho todo.

El gran inconveniente de Mendoza es que... no hay *plata*, y con mayor motivo, ni oro, lo cual hace que se abuse de una manera terrible del crédito. Asegúrase que con contar la provincia 110,000 habitantes, no llega ni siquiera á un millón la circulación... del papel. Los Bancos, á su vez, carecen de metálico.

La gente se dedica á la ganadería y á la viticultura. Dícese que las viñas reportan el 25 por 100 del capital empleado, y que dan más aún los ganados, exportados á Chile y á Bolivia. Por lo demás, ningún propietario ni viticultor se toma el menor trabajo por mejorar su industria; los viticultores encargan el cuidado del cultivo á mayorales franceses ó

italianos, y los estancieros encomiendan la tarea de criar los ganados á gauchos ó aventureros á razón de 100 dollars al mes y un tanto por ciento sobre los beneficios. Ningún propietario quiere ponerse al frente de sus fincas ó de sus estancias, prefiriendo gastarse el dinero en Mendoza ó en Buenos Aires, y, sobre todo, en hacer un viajecito á París.

Los que están al cuidado de las viñas ó de los ganados viven muy mal acondicionados en miserables cabañas. Hay excepciones, sin embargo, y los famosos viñedos de Tiburcio Venegas pueden pasar por modelo de orden y prosperidad.

De la antigua Mendoza poco queda, como no sean las ruinas de la iglesia de San Agustín y del colegio de Jesuítas. Nada más imponente que aquellos escombros, restos de solidísimos edificios, en medio de la verde llanura, al pie de los avasalladores Andes. Junto á estas ruinas extiéndese la *Ciénaga de Mendoza,* lago pantanoso de 13 leguas de largo por 5 ó 6 metros de ancho, á 1 000 metros sobre el nivel del Océano.

A los cuatro días de mi llegada contemplo un espectáculo magnífico. Es la víspera de San Juan, y por la noche, aparecen fantásticamente iluminadas con fogatas las cumbres de los vecinos montes. Hé ahí una fiesta barata, y, sin embargo, de incomparable efecto *decorativo.*



CAPÍTULO XI

POR LOS ANDES

De Mendoza al Puente del Inca

Y. Jiménez. Salto. Mayo 20 / 1908

LA resolución de ir á Chile por tierra supone para mí considerables gastos y la seguridad completa de muchos peligros; pero por lo mismo me he emperrado en llevar á cabo la hazaña, aunque la humanidad deba reportar de tal proeza el mismo estéril resultado que cuando con el P. Ariza, á quien espero abrazar en breve, dimos la vuelta al Mar Muerto. Bástame, sin embargo, "la interior satisfacción" para acometer esas aventuras que, si no debiese sufrir mi modestia, me atrevería casi á calificar de "temeridades."

Trátase de un viaje que tendré que hacer casi siempre en mulo, por caminos de herradura; ya sé yo que algunos desgraciados compatriotas lo han hecho peor, á pie, emigrando ora de la Argentina á Chile, ora de Chile á la Argentina, por la cordillera; pero, en fin, los sufrimientos ajenos no bastan á consolarle á uno de los padecimientos propios, por regla general.

El camino desde Mendoza á Santa Rosa de los Andes va siguiendo primeramente por la orilla meridional del Mendoza, á 1,000 y á 2,000 metros sobre el nivel del mar, paralelamente al ferrocarril transandino en vías de construcción. Inclínase al comienzo al SO.; traza luego un arco con la concavidad al N., y se dirige al NO., hasta Uspallata, 1,950 metros, y desde este punto, dibujando una línea quebrada, se dirige casi transversalmente de E. á O. á Santa Rosa.

He tenido que permanecer una semana entera en Mendoza activando los preparativos, y durante este tiempo he encontrado en la ciudad una porción de alicientes que me hacen comprender cómo se puede pasar

muy bien allí la vida. Realmente, las calles, anchas y bien cuidadas, llegan á ser muy poéticas con sus frondosos plátanos que se entrecruzan formando una bóveda de follaje; los habitantes conservan en muy buen estado la tradición de la antigua cortesía castellana; encuéntrase en los almacenes cuanto podría desearse en una ciudad europea, y si bien no hay teatros, el Coso es por sí solo un espectáculo interesantísimo. A correr más plata ó á abusarse menos del crédito, pues me aseguran que muchos huéspedes del Club Social están allí á pan y mantel al fiado, Mendoza sería una *capital de desierto* inmejorable.

Los preparativos para el paso de los Andes son muchos, entretenidos, difíciles y costosos. Hay que proveerse de víveres, de bizcocho, de jalea de naranja, de te, de café, de tabaco, de cerillas, de vino, de *whisky* y de sal para una semana. Es preciso llevarse un colchón, una cafetera y otros artefactos; proveerse de un casco de corcho, de polainas de cuero, de espuelas, de mantas y de un poncho; buscar un arriero... y encontrarlo; finalmente, hay que procurarse buenas cartas de recomendación para los ingenieros de la línea transandina, que residen en los futuros pueblos por donde ha de pasar el ferrocarril. Todo lo cual supone muchos pasos, y no pocos disgustos y quebraderos de cabeza.

Por fin, todo se arregla: el arriero pide ochenta pesos nacionales por procurarme un guía y seis mulas, y listos. Mi guía, llamado precisamente Mendoza, como la ciudad, debe encontrarse al día siguiente, á las 8 de la mañana, en la estación de *El Rodeo,* á 30 kilómetros de la capital.

Salgo el 28 de junio, á las 6 y 30, poco después de salir el sol, en un tren de mercancías del ferrocarril transandino. La vía sigue hacia el SO. á través de los viñedos del Sr. Trapiche, célebres en toda la Argentina; pero al cabo de 10 á 12 kilómetros cambia de pronto el paisaje, y en lugar de vides sólo se ven cactos enormes, muy extraños por cuanto están cubiertos de bellas flores encarnadas: son cactos bulbosos. En cuanto á cultivo, poco es lo que se ve, pues la tierra es árida como un roqueral.

Llegamos á una estación llamada *La Compuerta,* y al poco rato cruzamos el Mendoza por un magnífico puente de hierro de 120 metros, formando seis arcos de igual luz cada uno: 20 metros. Desde entonces vamos siguiendo por la orilla, á través de un páramo, á 800 metros sobre el nivel del mar, hasta llegar al *Rodeo,* donde termina ya la sección de explotación del ferrocarril transandino. El guía ha sido exacto, pues ya está allí.

Cargamos en una de las mulas mi bagaje, y montamos el guía y yo en sendas cabalgaduras. Pónese á la cabeza la yegua *madrina,* á la que siguen las demás; van detrás de ella las dos mulas de recambio; en pos de éstas la que lleva el equipaje; sigue Bonifacio Mendoza, y cierro yo la marcha.

Bueno será ahora dar una ligera idea de los arreos de los animales, pues hablan muy en favor de los que imaginaron tales jaeces. Un viajero que se ha ocupado con suma brillantez en el particular traza las siguientes descripciones, muy preferibles á cuanto pudiera decir yo: "En los países montañosos de la República Argentina y de Chile,—escribe,—la brida de las mulas y la de los caballos están provistas no solamente de un bocado y de una barbada, sino también de una guarda



CABAÑA DE HABITANTES ANDINOS

de metal de forma esférica, que cubre los labios del animal y tiene por doble objeto proteger la nariz en caso de caída ó de deslizamiento por una cuesta y de impedir que el animal beba al vadear una corriente. El bocado chileno tiene una potencia contra la que fracasa toda rebelión del animal. Las guías están generalmente hechas de tiras retorcidas de cuero sin curtir, delicadamente dispuestas en trenzas redondas y reunidas por anillos. En la brida está fija una correa de dos metros ó dos y medio, que hace las veces de tralla y se hace restallar como un lazo. Si el animal se muestra recalcitrante, algunos latigazos aplicados á los flancos le hacen entrar fácilmente en razón. Este largo lazo es útil sobre todo cuando se cruza con otro convoy de acémilas, ó cuando hay que adelantar y abrirse paso por en medio de uno de esos rebaños de

mil ó mil quinientos bueyes que se encuentran continuamente en las montañas durante los meses de verano y ocupan los estrechos senderos hasta ocasionar peligros á menudo.

"Las sillas de que nos servimos son sillas chilenas ó mejicanas; el cojín es muy espeso y se compone comúnmente de una serie de pieles y de paños superpuestos en una disposición que recuerda el *recado* ó silla del gaucho argentino. Primero hay un paño ó una piel de oveja, después una silla de cuero, finalmente un cuadro de madera puntiagudo llamado *los bastos,* al cual están atados los estribos. El todo está mantenido por una cincha; después se ponen aún sobre la silla dos ó tres pieles de oveja y una gualdrapa retenidas por una ancha sobrecincha. Esta sobrecincha no está provista de hebillas, sino solamente de anillos y correas que se atan por medio de nudos corredizos; éstos ofrecen la ventaja de poder ser pronto apretados ó aflojados, mientras se examina la silla ó se corrige algún defecto, lo cual se está obligado á hacer de vez en cuando en el transcurso de un día de marcha, sobre todo si el terreno es escarpado. Los estribos son sencillamente pesadas galochas, cuya madera, siempre curiosamente trabajada, constituye una protección eficaz contra las asperezas rocosas y los matorrales espinosos que bordean los senderos trazados en la montaña.

"Semejante equipo podría parecer primitivo é incómodo á un sujeto inexperto; pero, en realidad, cada uno de los detalles que presenta tiene su razón de ser y su utilidad. Aparte de esto, ¿no es verdad, de una manera general, que todos los usos consagrados por una larga práctica tienen algo de bueno? Ni las mismas enormes rosetas de las espuelas dejan de tener su objeto; y este objeto no es herir el caballo ó la mula, pues ningún acicate es más inofensivo, sino dar al jinete más soltura en la silla y un contacto más completo con el cuerpo del animal. Un chileno no se creería perfectamente equilibrado si no llevase un par de esos gruesos espolones, tan terriblemente embarazosos cuando se echa pie á tierra y se anda.

"En cuanto á la mula que lleva los bagajes, cárganse sobre sus lomos los sacos, baúles y toda la impedimenta, y se les sujeta á la albarda con largas correas de cuero sin curtir que los mantiene en equilibrio. Esta mula trota hacia adelante, en libertad para separarse del camino y arrancar, aquí y allá, para pacerlas, algunas yerbas; pero á veces abusa de sus privilegios y se da á pindonguear. Hay entonces que volverla al sendero; y como semejantes carreras conducen á que se altere el equilibrio de los bagajes, fuerza le es al arriero galopar en persecución del animal, echar pie á tierra y tirarle el poncho á la cabeza del indisciplinado. Mientras queda así cegada la mula, permanece inmóvil, y se recurre á este subterfugio cada vez que se trata de volver á poner los bagajes sobre el lomo de la bestia ó restablecer el equilibrio de la carga. Ese es uno de los menudos incidentes de un viaje por la montaña, una diver-

sión para el novicio, pues una mula cubierta la cabeza con un poncho es un espectáculo que no deja de ser cómico."

Se ha hablado ya muchas veces del *poncho*, y es ocasión de decir ya en qué consiste. Viene á ser, pues, como una casulla, cosida por los lados, pero con dos aberturas para sacar los brazos; acompáñase ó no de una esclavina, y cíñese con el indispensable cinturón de cuero. El género es de todas suertes: paño, tela cruda, algodón, y la forma es más ó menos elegante, según las fortunas. El poncho no excluye, en los países de montaña, el uso de mantas, en cuya confección sobresalen las indias.

Un cuarto de hora después de haber salido de El Rodeo, á 1,110 metros sobre el nivel del mar, estábamos ya en la montaña siguiendo por la línea férrea en construcción. Pasamos primero por un desmonte que habrá costado mucho, pues es un terreno granítico, y sigue después un túnel, de 100 metros. Al llegar á la boca de entrada del túnel nos desviamos y seguimos por el camino de herradura que bordea la orilla meridional del Mendoza. El país, sin necesidad de decirlo, es fragosísimo; las pendientes y las cuestas son abruptas á lo sumo; pero otras veremos, sin duda.

Hacemos alto en los Baños de la Boca del Río. Los *baños* consisten en algunas fuentes sulfurosas termales, que en verano están cubiertas por las aguas del río; de manera que sólo pueden utilizarse en el invierno. Una hora después, y ya casi anochecido, llegamos á San Ignacio, á 38 1/8 kilómetros de Mendoza, segunda estación del transandino.

Me albergo en una barraca de trabajadores, y duermo como un lirón hasta la madrugada, en que Bonifacio viene á dispertarme para continuar nuestra marcha.

Magnífico es el paisaje que ante mis ojos se despliega. Estamos rodeados por montañas cubiertas de nieves eternas, cuya blancura se hace más visible por su contraste con la semioscuridad en que yace todavía el valle. A nuestra derecha, al N., levántanse las cumbres de la Sierra de Paramillos; á nuestra izquierda, muy lejos, al SO., yergue su elevadísimo pico el Tupungato, cuya cima se encuentra á 6,180 metros sobre el nivel del mar; á nuestros pies muge en su abarrancado cauce el Mendoza, y junto á nosotros, á la izquierda, elévanse las montañas de las Minas de Petróleo, escalonadas en forma de anfiteatro.

Las rocas, los arbustos, los cactos, aparecen aún indistintos: sólo se distinguen bien las sombrías moles de los montes. De pronto, contemplo un espectáculo tan maravilloso, que no puedo casi contener un grito de admiración. La blanca cima del Tupungato se tiñe de encarnado; centellean las otras cumbres, como si la nieve que las cubre se hubiese convertido en hirviente caldo de cobre derretido; espárcese un vapor azul por las laderas, y aparecen finamente perfiladas todas las casas, sumidas poco antes en tenebrosa confusión de contornos. La emoción que expe-

rimento no puede ser más honda. Verdaderamente, ningún sitio para adorar á Dios como en el seno de esas gigantescas montañas, rodeado por el espectáculo imponente de una naturaleza grandiosa que parece como una emanación más directa de su omnipotencia infinita.

Al día siguiente era la etapa de San Ignacio al campo de Uspallata. El camino es árido y la vegetación escasa. Vamos faldeando las montañas de las Minas de Petróleo, siguiendo el curso sinuoso del Mendoza. A corta distancia nos encontramos con un afluente del mismo, el Río Blanco de Potrerillos, que baja del Sur. Las mulas lo vadean, no sin algún trabajo, y nosotros lo pasamos por varias palancas apoyadas en las peñas que se elevan sobre la superficie de la corriente. Ya á la otra parte se nos esperan una serie de quebradas que tenemos que cruzar transversalmente, constituyendo un fatigoso subir y bajar por unos planos no solamente muy inclinados, sino fragosos por demás. Gracias á las jarillas, matorrales y cactos que crecen en las laderas de esos barrancos, podemos llegar al fondo y ganar la opuesta cumbre, sin gran detrimento, aunque invirtiendo mucho tiempo en cada quebrada con tanto zigzag como tenemos que seguir.

A mediodía hacemos alto en un desierto, que no otra cosa es la montaña del *Alumbre*, pelada como la palma de la mano, aunque algo más áspera. El camino que seguimos ahora es llano, pues no es otro que el del futuro ferrocarril. Los ingenieros han desmontado el flanco de la montaña, formando como una cornisa sobre el río. Pero la horizontalidad del terreno, es decir, la comodidad de la marcha, queda atrozmente malparada por la monotonía del paisaje, que me recuerda aquel inmenso pedregal del monasterio de San Sabas, ó el valle de la Sal del desierto de Judea. Lo mismo que en los alrededores del Mar Muerto, ni una yerba, ni un ser viviente: sólo la piedra calentada por un sol ardiente; sólo la sequedad y la aridez. El calor es tanto más insoportable en cuando el camino sigue siempre en derechura de S. á N., quedando expuesto á los rayos que nos envía el *astro rey* desde las primeras horas de la mañana hasta su ocaso.

El flanqueo de la montaña del Alumbre dura hasta el anochecer, en que, por fin, llegamos al campo de Uspallata, sin haber encontrado en todo el día más que un hombre, un vizcaíno, establecido en un barracón á seis kilómetros antes de llegar aquí, viniendo de San Ignacio. Nuestro compatriota tiene allí una *proveedoría*, ó sea un pequeño almacén al que van á surtirse los operarios del ferrocarril. De todas maneras, ni los padres del yermo podían elegir más solitario retiro que aquél. Con orgullo, lo confieso, me enteré de la nacionalidad del digno proveedor, en cuyo rostro se veía bien pintado que era hombre de temple: no son únicamente los ingleses los que tienen monopolizado el viaje por el desierto.

Es singular, aparte de esto, el carácter aventurero de los de nuestra nación. ¿Quién diablos, sino un español, sería capaz de establecerse en

medio de esta montaña del Alumbre, capaz de hacer morir de aburrimiento al hombre más insensible? Pasar por aquí es cosa que raya en tormento; pero morar en ese desierto durante meses y años es verdaderamente un ejemplo de *cosmopolitismo* asombroso.

A la madrugada siguiente abandonamos el campo de Uspallata, donde hemos pasado la noche, y renuévase el espectáculo sublime que presencié en San Ignacio. Mucho hemos subido en dos días: en Mendoza estábamos á 719 metros sobre el nivel del mar; en Uspallata estamos á 1,950.

Seguimos ahora derechamente de E. á O., metiéndonos de cada vez más en las tierras áridas. En El Rodeo, en efecto, se acabó la zona cultivada: desde allí para arriba son las tierras sin vegetación. Al día siguiente debíamos llegar, Dios mediante, á la zona nevada.

Las primeras leguas, al salir de Uspallata, son no menos monótonas que cuando flanqueábamos el Alumbre. La vegetación, la misma: cactos cabelludos de tres ó cuatro palmos de altura, jaras, matorrales. En suma, un monte bajo raquítico. Por fin, cambia la escena al llegar al campo de *Punta Negra*. Es una llanura bastante extensa, rodeada de montañas cubiertas de nieve, pero sin un solo árbol. Hay allí varias casuchas, habitadas por operarios del ferrocarril: son de piedra, pero de piedras simplemente superpuestas, sin que se las haya juntado con mortero ni cosa parecida. La techumbre es de hierro, formando doble vertiente, y casi todas tienen anejo un cobertizo.

Ahí viven, en medio de las mayores privaciones, nada menos que varios ingenieros, tan ilustrados como el que más; ahí viven durante largos meses y aun años, lejos de la sociedad humana. Sus cabañas son exactamente idénticas á las otras: sólo interiormente presentan, no mayor comodidad, sino algunos muebles que no se ven en las restantes. ¡Muebles *sui generis*, sin embargo: una mesa de dibujo, teodolitos, sextantes, planos, instrumentos científicos, cadenillas, libros, algunas *Ilustraciones!*

Esos ingenieros del ferrocarril transandino no son, pues, materialmente hablando, muy dignos de envidia; pero, en cambio, ocupan un lugar preeminente entre los héroes del progreso. No todos los ingenieros se avendrían á sepultarse en vida en la soledad de la zona árida de los Andes, donde se carece de todo, absolutamente de todo: hasta el mismo forraje de las acémilas deben transportarlo éstas á lomo. Todo el material, herramientas, tablones, clavos, martillos, todo llega á lomo.

La total ausencia de yerbas y la dificultad de procurarse forraje hace que les sea imposible á los que aquí viven criar una cabra, que les proporcionaría leche, ó gallinas, que les proporcionaría huevos. No cabe imaginar mayores privaciones ni incomodidades.

El resto de la población se compone de operarios, muchos de ellos casados y con familia: vense un horno de pan cocer, una proveeduría.

Los moradores son italianos ó españoles. El bello sexo se compone, por lo general, de *chinas* ó indias mestizas, que tienen muy poco que agradecer á la Naturaleza.

No se diga que solamente el afán de la salvación del alma puede mover al hombre á renunciar por completo á los mundanales goces y á sepultarse en vida en la soledad. ¿Qué cartujo, qué trapense, qué anaco-



CAMPO DE PUNTA NEGRA: CAPTURA DE UN BUEY

reta, qué ermitaño, qué cenobita pudo jamás imaginar una existencia como la de esos ilustrados é inteligentes ingenieros y la de esos numerosos operarios resignados, en medio de la lucha por la vida, á prestar sus servicios en tales parajes de desolación? ¿No son, por otra parte, verdaderos santos del progreso esos centenares de seres á quienes se deberá que el hombre pueda salvar en breves horas esta cordillera inmensa, espina dorsal de la América del Sur, tan difícil de atravesar hoy en día?

En cuanto á espectáculos, Dios los dé. Como no sea las magníficas salidas del sol, que á la larga han de acabar por no producir efecto, á puro acostumbrarse, no queda más recurso que el de aprovechar el paso de algún viajero á quien, como á mí, le dé la humorada de seguir este camino, á fin de echar un párrafo con él, ó la visita de algún compañe-

ro. Pásase, pues, la vida en el mayor aburrimiento, y de ahí que muchos no puedan resistir la permanencia aquí al cabo de poco tiempo.

Alguna vez, sin embargo, se presencia una especie de corrida de toros; pero no se me deparó á mí tal fortuna. Véase cómo describe tal escena un viajero, testigo de ella: "Encuéntranse, al parecer en los valles superiores,—dice,—de vez en cuando, algunos pastos, donde los *carneadores* guardan sus rebaños. Después de comer fumábamos un cigarrillo, cuando vimos de pronto, á corta distancia, media docena de jinetes que galopaban, empujando tres bueyes delante de sí. Pronto los animales fueron, con una rapidez y una habilidad notables, acosados hasta el campo; sus cuernos, sus patas traseras y delanteras fueron cogidos en los lazos que se les echó, y permanecieron inmóviles en el suelo, jadeantes y mugientes. Algunos segundos después eran muertos, y á los pocos minutos sus pieles se secaban al sol, y su carne se asaba en asadores de palo delante del fuego del horno del panadero. La sensibilidad excesiva de un ciudadano se ve desagradablemente afectada por un incidente de esta naturaleza, y realizado en un abrir y cerrar de ojos, por esta brusca transición de la vida libre y exuberante á la muerte sangrienta y horrible". No tengo necesidad de decir que ese viajero no era español.

Salimos de Punta Negra, límite superior de las *tierras áridas*, y, costeando las faldas del altísimo Cerro de la Plata, pernoctamos en el campo del Bermejito, ya en la región de las *tierras nevadas* (2,100 metros sobre el nivel del mar). El paisaje no puede ser más lúgubre: encima de nosotros se levanta una cresta formada por esculturales rocas de basalto, más negro aún por el contraste de las grandes sábanas de nieve depositadas en las oquedades y grietas. El frío es vivísimo, y la choza miserable en que nos albergamos no recuerda en nada la grande hospedería del Monte de San Bernardo.

Proseguimos la marcha, ya salido el sol, en compañía de algunos operarios y del pagador, y al llegar á Río Blanco (el segundo de este nombre, pues pasamos ya otro) nos encontramos imposibilitados, por de pronto, de cruzarlo. El agua, que es realmente blanca como leche, se despeña con vertiginosa rapidez, encajonada en un cauce abarrancado. Hay que pasar por dos tablones muy inseguramente sujetos y, sobre todo, cubiertos por más de dos palmos de agua. La cosa es peliaguda á más no poder. Todos trabajamos por levantar algo los tablones, y al cabo de dos horas de esfuerzos conseguimos, por fin, subirlos un palmo. Ya podemos pasar, si bien con agua hasta el tercio inferior de la pierna; pero los mulos tienen que pasar á nado, y la corriente es tan impetuosa que amenaza arrastrarlos. Uno de los mulos va cargado de dinero, el del pagador, y sería lástima que fuesen á sepultarse en lo profundo del cauce tres ó cuatro mil pesos.

Desembarazamos á los pobres animales de toda su carga, se les pasa lazos por la cerviz y las patas delanteras, y allá van los valientes solípe-

dos, nadando, pataleando, en medio de una gritería digna de un aduar de árabes. Ya, por fin, han pasado todos los mulos (diez), pero se trata ahora de no abandonar en la otra orilla nuestros bagajes y el dinero, encerrado en un baúl forrado de hierro. Habíamos dejado pasado al rededor de cada bulto un lazo cuyo extremo teníamos en la otra orilla, y tiramos de ellos, sucesivamente, haciéndolos deslizar por la estrecha palanca por



CRUCE DEL RÍO BLANCO

donde hemos pasado. Una hora tardamos en *trasbordar* la impedimenta; pero, ¡loado sea Dios!, todo ha llegado en buen estado de integridad, salvo el remojón consiguiente.

Los operarios y el pagador se despiden de nosotros, y continuamos solitos Bonifacio y yo. Y al encontrarme de nuevo en compañía únicamente de mi arriero, no puedo menos de pensar en D. Quijote y Sancho, más aún en el primero que en el otro; porque ¿qué, sino un propósito quijotesco, me ha hecho escoger este camino de mil demonios? Hubiera podido muy bien embarcarme en Bahía Blanca y desembarcar sin el menor incidente en Valdivia; pero por algo es uno aragonés. Me empeñé en pasar los Andes, y nadie podía ya apearme de mi idea.

Mediodía era por filo cuando, después de cruzar por una estrecha garganta, desembocamos en una esplanadilla llana como el suelo de una catedral, y se me ocurre esta imagen porque algo de catedral tenía aquel

lugar. Formaba, en efecto, aquel espacio un rectángulo, cerrado por tres de sus lados por altísimos muros de basalto, cuyos ásperos relieves y profundas grietas semejaban monstruosas esculturas. El lado abierto cae sobre el valle del Mendoza, que serpentea rugiente en lo profundo.

El sitio es extraño, ciertamente. El suelo, de un tinte sienoso, está salpicado de jarales y cruzado por un límpido arroyuelo, lo cual le da el aspecto de un oasis, aunque sin palmeras. Las márgenes del arroyo están alfombradas de culantrillos y céspedes de un esmeralda delicioso.

Nos instalamos en el lado que baja al río. Allí encendemos fuego para preparar nuestro frugal almuerzo. De cara al N., vemos centellear las aguas del Mendoza, blanquear las nieves eternas de los picachos del Paramillo y de la Jaula y alargarse los postes del telégrafo que va de Buenos Aires á Guardia Vieja, á la otra parte de las Cumbres de la Cordillera, que atraviesa por bajo tierra.

Bonifacio se había traído de Punta Negra un buen trozo de solomillo de vaca; lo ensarta en un asador (modelo Robinson), y el suculento *roast-beef* nos sabe á gloria, aun sin sal. Pero no por eso dejamos de comer salado, á cuyo efecto aparece sobre la verde yerba una lata de sardinas, rociado todo con vino y ayudado con una taza de café. En cuanto á pan, dichoso el que lo cata.

Repuestas las fuerzas, continuamos nuestra marcha á lo largo de un camino trazado sobre una rápida pendiente en cuyo fondo ruge el homónimo de mi guía. Al cuarto de hora cualquiera hubiera rogado al Señor le diese alas para volar ó patas para rampar. No puedo fiarme de las patas de mi mulo y voy á pie. Aquello no es camino, ni siquiera de cabras, sino la negación de todo paso. Ora se nos presentan unas subidas que casi llegan á la vertical, ora unas bajadas que invitan al suicidio por despeñamiento.

Para colmo de dificultades, encontramos un arroyo que, en lugar de ser vadeable sin la menor contrariedad, viene tumultuoso y crecido, con un ruido y una rapidez que asustan. ¿Cómo pasar?

Buscamos por arriba y por abajo, y, por fin, nos parece descubrir un vado. Montamos en las mulas, y, en efecto, cruzamos el torrente, pero con agua, los pobres animales, hasta las cinchas, y tomando nosotros unos pediluvios fríos superiores al paso del Río Blanco.

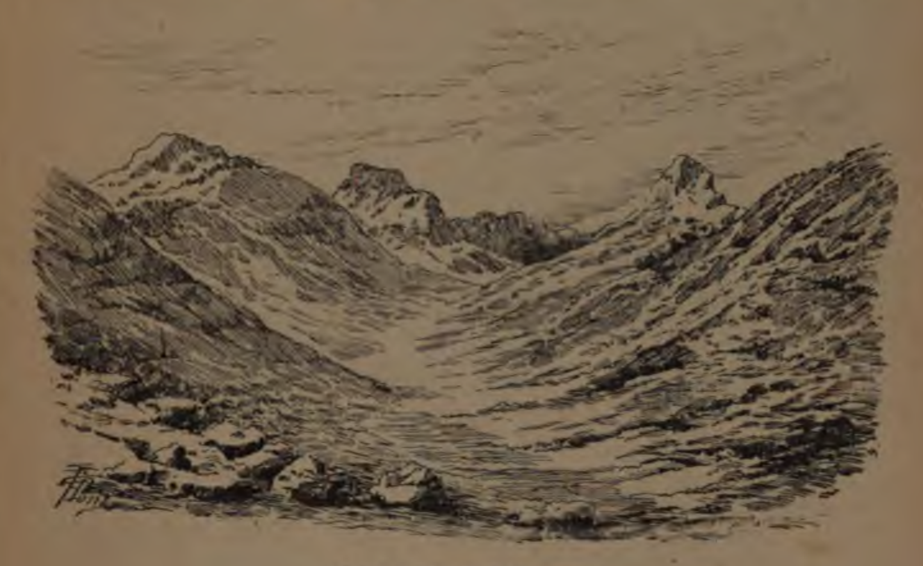
Ya á la otra parte, vuelta á las cuestas de 45° y á las bajadas... de 44°, hasta que, por fin, á las cinco de la tarde llegamos sanos y salvos á un valle llano llamado *Punta de las Vacas,* donde hay establecido un campo de trabajadores.

Allí doy con mis huesos en la barraca en que vive el ingeniero encargado del trozo, sujeto muy amable, como lo son esos ermitaños del progreso cuando ven un ser humano con quien poder echar un párrafo.

Este campo de Punta de las Vacas gana en desolación á los de Uspallata, el Bermejito y Punta Negra. Nada más árido ni escueto. Sus únicos

alicientes son la abundancia de buitres, que se ciernen en los aires, y la facilidad de poder cazar pumas y guanacos. Estos guanacos son la característica de la fauna de estos parajes, representando un término medio entre la llama del Perú y el antílope africano.

Al día siguiente pasamos á la otra parte del Mendoza, ó sea á la orilla N., por un puente de tablas, y seguimos hacia el O. á lo largo del río de las Cuevas, hasta llegar al camino de herradura que va de Mendoza á Santa Rosa de los Andes. Ese es el camino verdadero, pues el



VALLE Y RÍO DE LAS CUEVAS

que yo he seguido es el que han improvisado los operarios del ferrocarril.

Este camino de herradura es, por todos conceptos, excelente: ancho, sin baches, bien cuidado. El paisaje de esta orilla es mucho más ameno que el de la otra. De vez en cuando pasamos por junto á vastos potreros ó dehesas, donde pacen los ganados trashumantes.

A mediodía hacemos alto en el parador de Punta de las Vacas (no confundirlo con el *campo* del mismo nombre á la orilla meridional, donde he pernoctado) En punto á *amenidad*, no se diferencian gran cosa el parador y el campo, sólo que el primero es una pocilga, en toda la extensión de la palabra.

Desde el parador de Punta de las Vacas vamos subiendo, divisando á nuestra derecha el altísimo pico del Aconcagua (6,970 metros sobre el nivel del mar) y á nuestra izquierda el Tupungato (6,180 metros). El camino va costeando el curso del Río de las Cuevas, que se desliza á nues-

tros pies, hasta que, por fin, llegamos al célebre *Puente del Inca,* cuya descripción dejaré á la autorizada pluma de un sabio viajero: "El Puente del Inca—dice—es sencillamente un arco de guijarros estratificados, cimentados por depósitos y petrificaciones debidos á manantiales calientes que borbotean en todas las alturas circunvecinas. El Río Cuevas se ha abierto paso á través de los morrillos y cae en cascada. El puente



PARADOR DE PUNTA DE LAS VACAS

tiene 22 metros de altura y 40 metros de longitud; varía entre 7 y 10 metros de espesor. Visto desde abajo, aparece revestido de estalactitas amarillentas, más curiosas que bellas. A los lados del torrente surgen en grutas manantiales calientes, cuya agua cristalina tiene, aun en invierno, una temperatura de 94° Fahrenheit *(34°5 C.)*. Esta agua contiene azufre, hierro y otros minerales y es considerada como muy eficaz. No es dudoso que así que llegue el día en que el ferrocarril transandino quede abierto al tráfico habrá una compañía que compre el Puente del Inca y construya un hermoso establecimiento balneario, en el que ganará mucho dinero. Ya, por más que las grutas no tengan sino tablas por barrera y no ofrezcan ninguna comodidad ni las fuentes ni el parador, ni siquiera las condiciones exigidas por la decencia, son muchos los chilenos y argentinos que vienen aquí cada año á tomar baños.

"No se podría, sin embargo, imaginar sitio más miserable ni desola-

do. Es, á decir verdad, un terreno pardo rojizo, que se extiende á los pies de las montañas y en el cual nada crece. En las cercanías del río, el suelo está cubierto de eflorescencias amarillas ó blancas, que parecen formaciones coralinas, y multitud de manantialillos de agua caliente borbotean silbando á través de las grietas de la roca, para manar en seguida, sobre las fibras flotantes, verdes ó amarillas, hasta el borde de



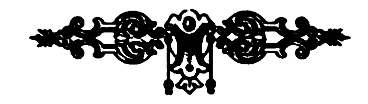
EL PUENTE DEL INCA

la masa sólida. Allí las fibras cuelgan, y por una solidificación progresiva se transforman en estalactitas, que á su vez se transforman, á la larga, en un nuevo reborde saliente, en el que penden otras estalactitas.

"El aspecto general del suelo carece de amenidad. En Punta de las Vacas el parador está rodeado por un terreno cubierto de detritus, de huesos, de cuernos, de restos de carne y de viejas latas de conserva. Este parador es una aglomeración de construcciones de planta baja, construídas con ladrillos secados al sol, con techos de barro, suelos de tierra apisonada, que ni siquiera se han tomado la molestia de nivelar, paredes encaladas y puertas pintadas de verde claro. Hay en cada cuar-

to tantos catres y colchones como puede contener. Durante los meses de verano, los viajeros deben conformarse con la promiscuidad. En cuanto á elementos de aseo y de bien parecer, no hay que pensar, y con mayor motivo hay que renunciar á lo cómodo. Debo añadir, sin embargo, que los viajeros expertos recomiendan abstenerse absolutamente, durante la travesía de los Andes, del uso del jabón y del agua, que harían la piel tierna y sensible, por lo cual se sufriría más del ardor del sol, primero, y en seguida, y sobre todo, del viento y del polvo terrible que levanta. —Si os lavaseis,—dicen,—vuestros labios y vuestra nariz se acribillarían y vuestra piel saltaría."

No he de decir, pues harto lo habrá comprendido el lector, que desde mi salida de Mendoza no he vuelto á tener trato alguno con el agua ni el jabón.





CAPITULO XII

Del Puente del Inca á Santa Rosa de los Andes

La del alba sería cuando abandonamos nuestro campo del Puente del Inca para continuar la fatigosa ascensión de este país de las nieves, y franquear la *Cumbre de la cordillera,* á 4,300 metros sobre el nivel del mar.

Esta cumbre señala la divisoria entre la vertiente atlántica y la vertiente pacífica de los Andes; ninguno de los ríos nacidos en la una van á parar á la otra, para lo cual se necesitaría que se trastornasen todas las leyes de la hidrodinámica.

El camino de herradura cruza primeramente un riachuelo que va á desembocar en el río de las Cuevas; sube luego á la meseta de los Horcones, que encontramos cubierta de nieve, y se remonta luego á otra meseta, muy extensa, designada con el nombre de el *Paramillo,* á tres mil metros sobre el nivel del mar, hasta que, por fin, llegamos á la Cumbre, rodeada toda ella de glaciares.

Durante el camino, desde el Puente del Inca, hemos encontrado varios albergues llamados *Casuchas,* destinados á servir de refugio á los viajeros. Estas *casuchas,* de mampostería, son de planta cuadrada, cubiertas por una bóveda semicircular. Están construídas sobre una ligera eminencia, á la cual se sube por unos cuantos escalones. No tienen más abertura que la puerta, por donde hay que entrar semiagachado, ni más *mobiliario* que la ceniza dejada por las hogueras encendidas por los viajeros.

Ha habido casos en que los caminantes han debido permanecer en una de estas casuchas por espacio de seis, ocho y aun diez días, espe-

rando fuese transitable el camino, no poco escarpado, que conduce á la Cumbre.

Asusta, desde la meseta de los Horcones ó desde el Paramillo, contemplar la *Cumbre* y pensar que ha de llegarse hasta allá arriba: tan rápida es la cuesta que conduce á ella y tan resbaladizo el camino, cubierto de nieve y trazado entre los glaciares.

No todos podrían llegar impunemente hasta la cima, pues hay dos graves dificultades para alcanzarlo. La primera es debida á los elementos: nada más frecuente que los nevascos, diluvios ó vendavales que ponen en peligro la vida de los caminantes: quedar sepultado bajo un alud ó ser arrebatado por el viento es cosa que no tiene nada de particular.

Estos fenómenos meteorológicos se presentan, sobre todo, por la tarde, siendo rara aquella en que deja de desatarse terrible ventolera y de amontonarse las nubes encima de la cumbre, deshaciéndose luego en torrentes de granizo ó de lluvia. De ahí que debe pasarse siempre la cumbre en las primeras horas de la mañana, so pena de tener que retroceder precipitadamente, si es que se tiene la suerte de no perecer bajo la nieve ó el pedrisco.

La segunda dificultad no es menos grave, y depende de la rarefacción del aire, con todas sus consecuencias, bien conocidas de los alpinistas y de los aeronautas. Esta rarefacción produce un estado particular llamado *puna,* que se traduce por abundante hemorragia de la nariz y de los pulmones, y un principio de asfixia, como la que se experimenta por carencia de aire. Excusado es decir que lo mismo están sujetos al *puna* los hombres que los animales.

Como se comprenderá, si he tenido la suerte de escapar á las tempestades, no he podido librarme de un fuerte ataque de puna, que se ha traducido por un malestar indecible: fatiga extremada, cefalalgia, náuseas, vómitos, un síncope bastante largo y una copiosa epistaxis.

Las causas del puna deben de ser, indudablemente, múltiples. En primer lugar, la enorme disminución de la presión atmosférica, la desoxigenación del aire, el frío, la sequedad de la atmósfera, la reverberación de la nieve, las emanaciones resultantes de la acción de los rayos solares. De todas maneras, las sensaciones experimentadas son altamente desagradables, llamando la atención la profunda repugnancia que se experimenta á tomar aliento.

A pesar de que ni mi estado de ánimo ni mis fuerzas físicas invitaban á la contemplación, jamás olvidaré la impresión casi aterradora que experimenté al cruzar por entre los glaciares de la cumbre. El terreno se compone de rocas graníticas, de gneis, de basaltos, pórfidos, rocas verdes y otras, en forma de columnas; de manera que parece contemplarse una inmensísima ciudad arruinada. A derecha é izquierda yérguense el Aconcagua y el Tupungato, que á la altura de la cumbre aparecen con

toda su grandiosidad descomunal, sobre un mar de montañas que semejan gigantescas olas petrificadas.

Reina el más profundo silencio; la voz misma se ensordece y apaga. No se ve rastro alguno de vegetación, ni siquiera la más humilde criptógama. Todo lo que hay debajo aparece cubierto de bruma, como si se elevara una humareda del fondo de los valles.

La cumbre tiene un contorno redondeado, debido al desgaste de las rocas de ambas vertientes por los glaciares. El que cubre el centro de la cumbre es un verdadero mar de hielo, de recortadas aristas, y su centelleante blancura deslumbra y fatiga los ojos. Los bloques enormes se amontonan recordando la fábula de Ossa sobre Pelión é infundiendo como religioso temor.

Era la una de la tarde cuando, por fin, empezábamos el descenso por la vertiente occidental ó chilena, y no pudimos escapar de un tremendo chubasco, acompañado de granizo. Comenzaba á su vez á levantarse el viento, y al sentir el efecto que producía en mi organismo no pude menos de murmurar los versos de *Gastibelza:*

Le vent qui souffle de la montagne
me rendra fou.

No se crea, sin embargo, que comparo por eso á Víctor Hugo con los Andes. Bástele haberse comparado modestamente él mismo con el Mont Blanc.

La bajada es horrorosamente rápida, y, por lo mismo, á pesar de la nieve y de la lluvia y del lodo, echamos pie á tierra para no rompernos la crisma nosotros y los mulos. En poquísimo tiempo bajamos 2,000 metros, y después de cruzar el río de los Caracoles llegamos á las dos al parador de Juncal (2,500 metros sobre el nivel del mar). Descansamos allí un buen rato, en medio de una deshecha tempestad, mientras lo cual descargamos unos mulos para cargar otros, y proseguimos nuestra marcha por una larga y ancha meseta surcada por infinitos arroyos, hasta que, por fin, á las tres de la tarde llegamos sanos y salvos á Ojos del Agua, donde encontramos un parador magnífico, limpio, alegre y provisto de lo suficiente para celebrarse en él unas nuevas bodas de Camacho. Ya se empieza á conocer la civilización chilena.

No más barracones de ladrillo, no más chozas de pedruscos, no más *casuchas:* una fonda alegre con buenos muebles, con mullidas camas, con excelente cocina. El huésped nos sirve una suculentísima *cazuela,* plato nacional chileno, de puro abolengo español, sopa y guisado á la vez, excitante y nutritivo.

¡Con cuánto gusto contemplo detrás de los cristales la formidable cumbre de donde acabamos de bajar, y que me parece imposible hayamos pasado! Ya va escampando. De nuevo luce el sol incendiando los

Salto del Soldado. Subimos de nuevo, aunque no mucho, y volvemos de nuevo á bajar rápidamente, hasta el hermoso *Valle de los Loros*, uno de los más deliciosos sitios que haya en todo el mundo.

En los Loros abandono el mulo en que he viajado desde Mendoza, y me instalo en una diligencia, pues hay carretera desde este punto á Santa Rosa. Durante tres horas seguidas no me canso de admirar la magnífica naturaleza que se despliega ante mi vista. Todo son huertas, con abundancia de perales, manzanos y parras, campos de alfalfa, alamedas de esbeltos y graciosos pobos, que sirven de línea divisoria entre los plantíos. El suelo es húmedo como el de una campiña flamenca; la vegetación lozana y graciosa. Como dice un viajero, así que se empieza á bajar desde Ojos del Agua, el paisaje reviste un encanto que no podrían expresar ni la pintura ni la palabra.

Por fin, al anochecer del sexto día desde mi salida de Mendoza saludo al campanario de Santa Rosa de los Andes.

No deja de ser pesado un viaje de seis días, en mulo ó á pie; pero, como hace notar el viajero antes citado, "la sublimidad del paisaje y la novedad de la tentativa compensan la fatiga y la falta de comodidades inevitable que no se pueden evitar. Así, con buenos caballos y buenas mulas, con una cómoda silla chilena, amplia provisión de alimentos, bebidas y otros objetos de utilidad, el viajero prudente puede reducir á un mínimum muy soportable la suma de molestias que deberá sufrir: tal es el caso, sobre todo, en los meses clementes de diciembre y enero, en cuya época no temen ponerse en camino las señoras". Ciertamente que un hombre *bien comío y bien bebío*, como decía el torero Lavi, fallecido, por cierto, en Lima, donde voy yo, puede hacer con relativa comodidad el viaje á través de los Andes; pero no dirían lo mismo los muchos infelices emigrantes, compatriotas nuestros, que han hecho esta marcha en medio de las más crueles privaciones, cayendo no pocos de ellos en el camino para ser pasto de los buitres y los condores. La verdad es que este camino, desde que se deja el Rodeo hasta llegar á Ojos del Agua, es peligroso, molesto y aburrido.

En cuanto al ferrocarril transandino, es muy probable que transcurran aún muchos y muchos años antes de que esté terminado.





CAPITULO XIII

Santa Rosa de los Andes.—Breves datos geográficos de Chile.—Limache y sus viñedos. Angol y los araucanos.—Traiguen.—La Concepción

A medida que voy *haciéndome cargo* de esta preciosa población, corrobórase la impresión halagüeña que experimenté al penetrar en tierra chilena.

Santa Rosa, ó, como suele llamarse más comúnmente, *Los Andes,* cuenta tan sólo con 3.500 habitantes, lo cual no quita que se encuentren reunidos allí todos los elementos de la más refinada civilización, comenzando por una buena fonda y acabando el alumbrado por el gas.

Dicha fonda, intitulada *del Comercio,* no ofrece exteriormente nada de particular: es un edificio de planta baja, con las paredes de adobe y las techumbres de tejas, formando plano inclinado; pero interiormente es distinta la impresión. Hay numerosos patios, en los cuales la vista y el olfato se deleitan con la profusión de árboles, arbustos y flores que contienen. Numerosas estatuas, copia de los más célebres de Grecia, prestan á esos patios un carácter decorativo muy señoril, lo mismo que los surtidores y fuentes. Todo de piedra artificial, imitación á mármol.

Lo primero que hice fué tomar un baño, pero no en un lóbrego cuarto y en mezquina pila, sino en una piscina de natación perfectamente dispuesta. No digamos que el agua fuese muy cristalina, pues procedía de una acequia derivada del Aconcagua; pero, en fin, era muy aceptable, limpia y fresca.

Dicha piscina, situada al extremo de un frondoso jardín, tiene unos 15 pies en cuadro: está atravesada por el agua corriente y le sirve de techo un magnífico emparrado.

Después del baño me dirijo al café de la fonda, donde encuentro el más copioso repertorio de licores que haya visto nunca, hasta dejarse muy atrás la famosa cantina de Mercedes, en el trayecto de Buenos Aires á Mendoza.

La comida es excelente, y el servicio no deja nada que desear. No falta la famosa *cazuela,* pero sin que se eche de menos por eso el buen rosbif y la volatería. El vino es del país, y no es malo, á fe.

Por la noche, me paseo por la Plaza de la República, donde toca una charanga. La concurrencia se compone de diez ó doce damas elegantemente vestidas á la *penúltima* moda de París, y de varios oficiales, empleados y comerciantes extranjeros, constituyendo la *high life*. El resto está formado por unos cien indígenas de ambos sexos. Las señoras llevan mantilla; los hombres poncho, cubriéndose con su inmenso sombrero de paja atado bajo la barba con cintas negras.

Al explorar al día siguiente la villa, quedo encantado al ver lo bonita que es, y desde ahora me adelanto á decir que no por eso constituye ninguna excepción, pues lo mismo sucede en el resto de las localidades chicas de las provincias agrícolas de Chile.

Véase en qué términos describe un viajero esta linda villa de Santa Rosa: "Su situación—dice—es deliciosa, y es muy verosímil que llegará día en que las mejoras de que va siendo objeto la convertirán en una admirable estación, á la que se irá á buscar la salud y el placer. Elévanse en torno suyo las montañas, con la frente coronada de nieve, en el cielo de un azul misterioso. Según la invariable conducta española, las calles están trazadas en ángulos rectos, en cuadras uniformes. Con raras excepciones, las casas no tienen más que un piso; están construídas con ladrillos puestos á secar al sol; los techos son de tejas de un gris rojizo; las fachadas, revestidas de estuco, están pintadas de rosa, de amarillo, de azul y otros matices.

"Abunda el polvo en las largas calles rectas. Una acequia, al descubierto, sigue por el centro ó uno de los lados, y sirve no tan sólo para el drenaje, sino también para las necesidades domésticas, formando parte, fuera de la villa, de una serie de canales de irrigación. Unicamente las aceras están empedradas de cantos rodados. Los almacenes son factorías generales, en las que se venden mercancías de importación manufacturadas; perfumerías parisienses y baratijas de toda suerte; tiendas de comestibles; *pachos* ó despachos de sandías, legumbres, aguardiente, pisco, anisado, chicha y otras bebidas; carnicerías de poco atractivo aspecto; guarnicionerías y sillerías; *cigarrerías,* donde se fabrican los *cigarrillos de hoja de maiz,* especialidad chilena.

"En el centro de la villa está la plaza. Su centro está rodeado por una verja, provista de puertas que se cierran al anochecer, á fin de asegurar el respeto á las flores y las plantas. La plaza está guarnecida de bancos, y al rededor de la misma se levantan dos edificios públicos: la

casa del Cabildo y la Iglesia. Esta es una construcción en madera perteneciente al estilo dórico; sus columnas postizas simulan el mármol, gracias á una capa de albayalde. En cuanto al resto del edificio, es de color de chocolate. Erraríase considerando esta iglesia de madera como prueba de pobreza, pues no indica en manera alguna la falta de dinero, como no lo indica el piso único de las casas construídas de tierra y de ladrillos



VAQUERO CHILENO

secos al sol. Si se han servido de estos materiales, es porque son ligeros y elásticos y resisten á los terremotos, al contrario de la piedra y del ladrillo, que tales accidentes demolerían, sepultando á los habitantes bajo sus escombros. No hay que olvidar que Chile está aún sujeta á conmociones volcánicas, y cuenta con un buen número de cráteres en actividad.

"Mencionaré, por fin, una hermosa alameda y unos anchos bulevares exteriores, bordeados de árboles espléndidos bajo los cuales se desayunan los campesinos antes de regresar á sus alquerías, á las que retornan montando el marido á caballo y llevando á la grupa á su mujer, vestida con rozagante traje color de langostino rosado. Grande animación reina por la mañana en esos bulevares: jinetes cubiertos con enormes sombreros, llevando en los talones espolones gigantescos y vestidos con ponchos de colores claros, van y vienen; carretas, rudimentariamente construídas y cuyas ruedas chirrian, llevando por tiro dos ó tres

yuntas de bueyes, traen balas cúbicas de alfalfa, cortada y prensada. Esta alfalfa es de una especie particular, cuyo cultivo y exportación constituyen una de las principales industrias de la provincia de Aconcagua. Este comercio tiene por centros principales las poblaciones de Curimón, San Felipe y los Andes, y sus principales mercados son el desierto del nitrato y la zona mineral de Chile, entre los 18° y 27° latitud, donde la vegetación es desconocida y donde la menor brizna de verdor es un producto importado.

"Por la noche la vida ostenta cierta alegría. Las tiendas se iluminan brillantemente con gas al cerrar la noche; las siluetas oscuras de las mujeres rebozadas en sus mantillas se deslizan á lo largo de las calles; óyese vago rumor de conversaciones, y á lo lejos el son intermitente del bombo de algún circo ambulante procedente de la República-hermana de los Estados Unidos.

"Los Andes es actualmente el punto término del ramal del ferrocarril del Estado chileno que parte de Llaillai, punto de empalme de la línea de Santiago á Valparaíso, y futuro punto de reunión de la gran línea transandina que irá á Mendoza.

"En todo su trayecto el Valle del Aconcagua abunda en cuadros magníficos. El último término está constituído siempre por los majestuosos contornos de los Andes. Por delante se extienden vastos campos de alfalfa, surcados por líneas de pobos y sauces llorones del más gracioso efecto, y atravesados por una red regular de acequias derivadas del Aconcagua, cuyas aguas lechosas corren en caprichosas sinuosidades por un ancho cauce de piedras y casquijos de blancura deslumbradora. En primer término, la vegetación es exuberante en los viñedos y verjeles; los setos vivos alcanzan un desarrollo gigantesco, y los jardines muestran orgullosamente la belleza brillante de sus rosas trepadoras, sus jazmines y sus wistarias. En esta riqueza vegetal, favorecida por un excelente sistema de riego, gracias al cual el arrendatario se muestra igualmente sin cuidado por la lluvia que por la sequía, hay diseminadas aquí y allá bonitas villas que aparecen en extensiones de un gris rojizo, formadas por techos de tejas acanaladas, rodeadas por pobos en continuo balanceo."

Vamos ahora á dar una idea general de este país, que con justa razón pretende ir al frente de los Estados Sudamericanos.

Extiéndese hoy Chile (con las conquistas hechas al Perú) desde los 17° 47' latitud S. hasta el Cabo de Hornos; mide más de 3,600 kilómetros de longitud; su anchura desde los Andes al mar varía entre 140 y 260 kilómetros; lo cual representa, por lo tanto, una superficie total de 600,000 kilómetros cuadrados.

La configuración de Chile, notable ya por representar una tan larga y estrecha faja de tierra, lo es aún más en el hecho de estar atravesada esta estrecha faja por dos cordilleras: la de los Andes, que la ciñe por el

E. y la *Cordillera de la Costa,* que corre paralelamente y á corta distancia del litoral. Entre los Andes y la Cordillera de la Costa existe un largo valle, que sigue sin interrupción desde los 33° á los 41° 50', á manera del cauce de un río estrechamente encajonado. En este valle central es donde es más fértil el suelo y donde están emplazadas las principales ciudades (San Felipe de Aconcagua, Santiago, Curico, Talca, etc.). Termina el valle en el golfo de Llanquilluhe, é inmediatamente, como si formara su continuación, se desarrolla el archipiélago que festonea la costa meridional.

La larga faja que constituye el territorio chileno se puede dividir muy exactamente en cuatro zonas, de S. á N., en esta forma:

1.° La zona forestal y pescadera, constituída por toda la extremidad meridional, desde los 55° á los 41°, esto es, desde Cabo de Hornos á Llanquilluhe. Bosques vírgenes, islas, lagos.

2.° La zona agrícola, de los 41° á los 32°, ó sea desde Llanquilluhe á Valparaíso. Es importantísima y comprende S. á N. las provincias de Llanquilluhe, Valdivia, Arauco, Concepción, Nuble, Maule, Talca, Colchagua, Santiago y Valparaíso.

3.° La zona agrícola y mineral, de los 32° á los 27°. Comprende las provincias de Aconcagua (á la que pertenece Santa Rosa de los Andes), Coquimbo y parte de la provincia antes boliviana de Alcama.

4.° La zona mineral, de los 27° á los 18°, formada con las provincias conquistadas al Perú, de Tacna, Tarapacá y Antofagasta, con la mitad N. de la de Atacama.

"Si examinamos el mapa de Chile, — dice un geógrafo, — veremos algo como un sistema continuo de lagos en el centro de la zona del extremo S., sugiriéndonos la idea de que en remotos tiempos cubrían esos lagos todo el espacio comprendido entre las dos cordilleras. Esta hipótesis está confirmada, por otra parte, por el examen de los dos desiertos septentrionales, y más particularmente por el examen de la segunda y tercera zona. En estas dos regiones los valles del mismo nivel que se suceden son manifiestamente el fondo de antiguos mares y las cuencas de grandes lagos, cuyas aguas, al retirarse bajo alguna influencia interna, arrancaron á las montañas y dejaron depositados terrenos más ó menos ricos. Cuando se viaja por el Sur distínguense uno después de otro esos distintos lagos, con su camino de desaguadero, con su río ó con su torrente, que continúa quitando á las montañas el aluvión á que es debida la riqueza de las mieses."

Después de haber saboreado por espacio de dos días las capuanas delicias de Santa Rosa de los Andes, tomé el tren que debía conducirme á Llaillai, estación intermedia del ferrocarril de Santiago á Valparaíso. Llegué sin novedad y creí estar soñando, cuando al trasbordar me encontré instalado en un soberbio coche-salón, tan lujoso como no hubiera visto otro en la vieja Europa. —Realmente, Chile es un país civilizadísi-

mo,—díjeme para mi poncho: llego á Santa Rosa y me encuentro con una fonda, en cuyos patios hay la Venus de Milo, el Apolo del Lagarto, el Apoxiómenos, la Venus de Médicis, y una piscina de natación; llego á Llaillai y me encuentro con un tren que lleva un coche-salón que ya lo quisiera igual el P. L. M.; sin contar con que yo, que conozco bastante los Estados Unidos, no he visto ni en Nueva York ni en Boston, ni en



CONFLUENCIA DE LOS RÍOS JUNCAL Y BLANCO

Nueva Orleans, una plaza tan linda y coquetona como la de Los Andes, ni una alameda parecida.

En todas las estaciones del tránsito ensordecen los oídos los gritos de los chiquillos que venden los periódicos del día, de Santiago y Valparaíso.

Mis compañeros de viaje visten con una elegancia que me deja pasmado... y confundido, pues ni por pienso se me ocurrió la idea de que había de encontrarme con tan *very select society.* Y lo digo en inglés, porque ingleses é inglesas eran todos ellos, ó bien norteamericanos. Las *ladies* y *misses* van de tal manera vestidas, que sin cambiar ni un

hilo de su traje podrían llamar la atención en Regent Street ó en la Broadway.

Los empleados (revisores, conductores y demás) no desdicen del pasaje, honrándose con blancos kepis y sedosos guardapolvos.

Mi sorpresa, sin embargo, no hubiera tenido razón de ser á haber sabido, como supe después, que Valparaíso es una ciudad inglesa, y Chile una especie de provincia inglesa, ó, por lo menos, ex provincia.

Al llegar el tren á Limache, á 30 kilómetros antes de llegar de Valparaíso, me bajo para detenerme en la villa de Limache, donde he de visitar los viñedos de la Urmeneta, según encargo que se me hizo.

No tienen fin mis sorpresas: Limache es una población subalterna, de 6.500 habitantes, y, sin embargo, ¡cuánto lujo!

El andén está convertido en exposición de trajes femeninos. Veo allí diez ó doce señoras, muy guapas, vestidas á la última moda rabiosa, desde el *chapeau* de confección parisiense, á los botitos. En la carretera junto á la estación aparece un brillante escuadrón de *horsemen* y *horsewomen*, que recordaría Hyde-Park si los Andes no se encargasen de corregir tal ilusión. Por lo que he podido ver después, una de las mayores distracciones de los habitantes de las poblaciones chilenas consiste en ir á la estación á ver quién llega ó quién pasa.

La concurrencia es muy pintoresca, y diversa: predomina el norteamericano pelirrubio; sigue el criollo de tez aceitunada y barba de azabache; el bello sexo es notable por su belleza: aquí la chilena de ovalado rostro, negros ojos y mejillas llenas; allí las inglesas de ojos azules y dorada cabellera, que se expresa con igual facilidad en su lengua nacional que en la nuestra. Pero no se ve tan sólo en el andén y en las afueras de la estación gente crecida, sino que predomina el elemento infantil, presentándose allí *en grande tenue* familia de doce á quince *plazas*, entre montadas y á pie, vestidos todos con una elegancia y un lujo que no conocemos en Europa.

Participando de igual impresión, escribía un viajero: "Todo eso forma un cuadro singularmente animado, denota una civilización adelantada, y causa al viajero europeo que lo ve por primera vez una sorpresa poco excusable, sin duda, pero perfectamente real.

"Una sorpresa poco excusable he dicho, y llegaré de buena gana hasta conceder que es ridícula. Pero menester es convenir en ello: todo el tiempo que he permanecido en la República de Chile he ido de sorpresa en sorpresa; y hé ahí lo que es la ignorancia: supónese, y se supone falsamente. No imaginaba yo que fuese Chile, desde el punto de vista del aspecto físico, del clima y de los paisajes, una comarca agradable entre todas. Había, á la verdad, encontrado chilenos en muchas partes del mundo, y estoy convencido, además, de que hay personas amables en todos los países del globo; pero jamás me hubiese creído encontrar en Chile una organización material de la vida civilizada tan con-

fortable, tan refinada; una existencia tan fácil, la posibilidad de vivir sin rozamientos exagerados y sin exagerado esfuerzo."

El autor dice perfectamente, y hay que reconocer, con imparcialidad, que el progreso social de Chile supera de mucho al de no pocas naciones de Europa, contando, por supuesto, entre ésas, á España. Limache, por ejemplo, que, como he dicho, contiene tan solamente unos 6,500 habitantes, está en comunicación telefónica con Santiago y Valparaíso; posee una fonda de primer orden, en la que el servicio es inmejorable y donde el viajero tiene á su disposición un grandioso parque, verjeles, baño de agua corriente, pradera para el *tennis;* tiene un servicio de coches de alquiler que ya lo quisiéramos en Madrid y aun en no pocas ciudades de Francia, etc.

La riqueza de Limache son sus viñedos. De cada día adquiere mayor importancia en Chile la viticultura, por más que científicamente no se haya practicado hasta mediados de este siglo.

Es indudable que la viña fué introducida en este país por nuestros conquistadores. El moscatel blanco que se recoge en Huasco y que data de nuestra primera dominación es estimadísimo aún, y lo mismo fresco que en conserva se vende á elevado precio para la mesa. La uva más extendida en todo el país es, sin embargo, una variedad española ó criolla, aprovechada para la fabricación de mosto y *chacoli* (zumo de uvas que se bebe así que está pronto) y *pisco* ó alcohol que, cuando bien preparado, es excelente. En 1850 empezaron á introducirse cepas francesas: en algúnas viñas de la provincia de Santiago se ensayaron cepas de Borgoña; en la de la Concepción se tanteó la cepa de Burdeos. Los viñedos de Ochagavia (Santiago), del valle de Itata (la Concepción), de Urmeneta (Limache), de Subercaseaux, de Panquelme, de Trinidad, de Macul, son famosos por sus pingües cosechas y la buena calidad de los productos.

Hablando de este importante asunto escribía un ilustrado viajero: "La viticultura ocupa una porción de suelo chileno que va aumentando siempre; desde Huasco, que es un punto extremo hacia el N., hasta Valdivia, al S., hay por doquier viñedos bien plantados y bien entretenidos, debidos á cepas del Bordelés ó de Borgoña. El vino difiere, sin embargo, tanto por el aroma como por la calidad del vino francés. Parece que el terreno tenga tendencia á producir uvas con sabor á moscatel. Muchos vinos tienen un buquet demasiado vigoroso y complexo, al mismo tiempo que demasiado cuerpo, y más bien se parecen al porto ó al jerez que al burdeos ó al borgoña. De todas las marcas reputadas, Panquelme *(propiedad del millonario Errázuriz)* es quizá la mejor como vino de mesa.

"En cuanto á la extensión de suelo ocupado por la viticultura, no existe actualmente ninguna estadística: todo lo que se puede decir es que, á pesar de su rápido acrecentamiento, la producción es inferior aun

á las necesidades de la población chilena. Así es que el vino cuesta muy caro. La viña de Urmeneta, por ejemplo, que produce anualmente unos 2,400 hectolitros, tiene tres categorías de vinos que se venden en botellas de 72 centilitros á los siguientes precios: vinos tinto ó blanco ordinarios, 12 pesos chilenos la docena de botellas; vino tinto superior, 16 pesos. Los vinos ordinarios de Macul se venden sin comisión á 8 pesos chilenos la docena de botellas. En los restaurants y fondas del país, el precio, al por menor, de los vinos indígenas es 1 $^1/_2$ peso á 2 $^1/_2$ pesos. No es dudoso que con el aumento de la producción disminuirán los precios, y hasta hay que creer que algún día llegará Chile á exportar vino. El porvenir, en efecto, no puede dejar de ser favorable á un país predestinado por sus condiciones á la viticultura.

"Hay que observar, sin embargo, que, excepto en el Sur, donde no faltan lluvias y donde se podría quizá producir vino de Champagne, la gran mayoría de viñas chilenas tienen un riego artificial. Las cepas están plantadas á la distancia de 1'30 metros, y, como en Francia, están fijas en alambres y podadas. La labranza entre las hileras de cepas se hace con bueyes. Los sujetos colocados al frente de todos los viñedos son franceses, especialmente contratados, con crecidos salarios. Aparte de esto, todas las industrias nuevas de Chile están dirigidas por extranjeros. Los trabajadores de campo cobran á razón de 50 centavos chilenos papel por día. Los trabajadores de bodega á razón de 65 centavos. Unos y otros están alojados y alimentados como lo están en todos los países los jornaleros empleados en las faenas ordinarias de la agricultura. El alojamiento, á la verdad, es muy modesto, aun en las mejores granjas, y lo mismo sucede con la comida.

"Actualmente los vinos de Chile son puros y no se han sofistificado, pues no hay ninguna necesidad de aumentar su fuerza. Los vinos de Limache contienen de 11 á 12 por 100 de alcohol. Guárdanse, generalmente, los vinos ordinarios en barricas por espacio de tres años antes de darlos al comercio; y los vinos finos se guardan hasta seis y siete años. Durante el primer año que el vino está en la barrica se le trasiega cuatro veces, y en los sucesivos tres veces cada año.

"El zumo de uvas chilenas es generoso y sano: todas sus exigencias se reducen á cuidados manuales y á la limpieza. Los vinos procedentes de cepas francesas se conservan bien en botellas durante doce años. El vino ordinario procedente de cepas indígenas criollas se pone á cocer á mediados de mayo y se vende en enero siguiente. No se conserva más de un año. Los mostos del S. de Chile se conservan por más tiempo, hasta dos años, y se venden más barato que los procedentes de vides francesas."

Gran parte del vino indígena se dedica á la fabricación de la famosa *chicha*, bebida agradable y muy higiénica, digna de ser conocida en Europa. Es la chicha la bebida nacional chilena, siéndole debida, á lo que

se afirma, la creación de la variedad de nuestra jota conocida en Chile con el nombre de *zamacueca*. Es una observación que no sufre excepción alguna que, una vez han bebido los chilenos cierta cantidad de chicha, han de bailar la zamacueca, ó, sencillamente, *la cueca*.

La chicha es sencillamente vino hervido y puesto á fermentar, guardándose después en botellas ó tinajas cerradas herméticamente.

Durante mi permanencia en Limache he hecho varias excursiones á los viñedos de estas provincias centrales. Entre las muchas haciendas dignas de ser visitadas, ocupa el primer lugar, por su magnífica organización, que la hace semejar á una granja experimental, la gran finca, propiedad de D.ª Isidora Cousiño, en Macul, cerca de Santiago. La hacienda consta de quinientas cuadras de tierra de regadío y de setecientas cuadras de suelo secano, montañoso. Las cepas ocupan cuarenta cuadras y producen 3,500 hectolitros de vino al año. Parte de la hacienda está dedicada al cultivo del trigo, cebada y avena, para las necesidades del establecimiento. La mayor parte del terreno son campos de alfalfa y pastos, y la porción restante está destinada á jardín y parque, en los cuales crecen á porfía las más hermosas plantas de ornamentación.

Hay también en Macul importantes establecimientos de ganadería; una yeguacería en la que figuran más de cien caballos, importados de Clydesdale, de Perche y de Cleveland, con algunos anglonormandos, varios *pur sang* y un *trotter yankee;* una vaquería, de doscientas vacas, de raza de Durham ó francesa, etc.

Si ahora nos fijamos en la condición de los trabajadores ocupados en la hacienda Cousiño, tendremos que poner una sordina á nuestro entusiasmo; y como no me gusta criticar, dejaré que diga lo que hace el caso un distinguido viajero. "Sería natural esperar—dice—que los trabajadores de la granja se viesen tratados con tantos miramientos como los ganados; pero no es ése el caso. Los hombres reciben el salario habitual de 65 centavos papel por día, y están mantenidos y alojados. ¡El alojamiento! Cuadras es un edificio de adobe, con la tierra apisonada por todo suelo; ó bien una choza de juncos con fango á guisa de yeso. ¡El alimento! Una ración diaria de dos libras de pan distribuída por la mañana, y á mediodía habas á discreción cocidas en grasa. Esto es todo: ni te, ni café, y, con mayor motivo, ni cerveza ni vino.

"Los hombres que trabajan todo el año en la granja sin ninguna interrupción no están alojados en las barracas: tienen un pabellón y un pellizco de tierra que pueden cultivar por su cuenta; pero en recompensa de este privilegio deben contentarse con un salario de 55 centavos por día ó hacerse sustituir. Esta clase de trabajadores se llaman *inquilinos,* y se les considera como indispensables en todas las granjas, porque puede contarse con ellos durante todo el año. Sus pabellones y pequeños lotes de tierra están invariablemente situados en los límites de la propie-

dad y á distancia unos de otros, de suerte que los trabajadores y sus familias son los guardianes y vigilantes naturales de la hacienda."

Disponíame á proseguir mi viaje á Valparaíso, de la cual sólo dista Limache, como ya he dicho, unos 30 kilómetros, cuando hube de recibir cierta carta que me obligó á tomar el tren para plantarme en algunos puntos de la línea de Santiago á Talcahuano, esto es, camino del Sur. Al llegar á Santa Rosa de los Andes encontrábame precisamente en el centro de Chile, pues dicha villa está en la misma latitud que Mendoza. Para acercarme á Lima hubiera debido, pues, marchar hacia el N.; pero está de Dios que deba yo llegar allí el día del juicio final por la tarde, y héteme aquí corriendo hacia el Mediodía.

Dirigíme, pues, á buscar el exprés de Santiago á Talcauhano, y de veras resultó muy agradable el viaje, á lo largo del valle central; pero antes de pasar adelante conviene decir que el tal exprés supera en todos conceptos á los nuestros. En primer lugar, el material es inmejorable, siendo los coches del más perfecto modelo norteamericano. La velocidad es muy regular: 583 kilómetros en doce horas; de manera que por término medio es de 60 kilómetros por hora; y en cuanto á puntualidad, todo va al minuto.

Recorriendo esta línea puede verse perfectamente que el valle central constituyó una serie de lagos, hoy drenados, cuyo lecho está continuamente enriquecido por los fértiles aluviones acarreados por los torrentes que bajan de ambas cordilleras: el Maipo, el Cachapoal, el Teno y muchísimos otros, todos los cuales no solamente se utilizan para el riego, sino también como fuerza motriz, haciendo accionar no pocos molinos.

En toda esta parte central de la República es de absoluta necesidad el riego, pues en faltando el agua corriente la tierra es un erial. De ahí que de vez en cuando aparezcan en lugar de huertas ó sembrados grandes extensiones de yermo, donde sería absolutamente imposible la vida. Porque no hay que esperar nada de la lluvia ni del rocío ni demás meteoros atmosféricos, como no sea en algún contado día de invierno.

El suelo vegetal donde hay regadío, varía según las localidades. En unas partes, como en el valle de la Palmilla, en la provincia de Colchagua, la tierra es negra y tiene unos 20 pies de espesor; más al S., en la provincia de Linares, el espesor no excede de dos pies, y en Traiguen apenas de uno. El mejor suelo es el comprendido en la vega limitada por Aconcagua y el Maule.

En esta comarca abundan las acequias; el terreno es un rico aluvión, y la vegetación aparece espléndida, dándose magníficamente los cereales, la alfalfa, la vid, los frutales, las hortalizas, los pobos y demás árboles maderables.

La línea férrea sigue por el *thalweg* de los valles y pasa por las prin-

cipales poblaciones del gran valle central. El paisaje es muy interesante, pues se tienen de continuo á la vista, por el E., las gigantescas cumbres de los Andes, y por el O. las cimas, mucho menos elevadas de la cordillera del litoral. Entre las dos cadenas varía sin cesar la naturaleza del suelo, ora llano, ora ondulante, y á cada momento son alegres granjas, frondosas alamedas, verdes sembrados, espléndidos viñedos. Las haciendas están separadas, no por cercas ni vallados, sino por fosos, que se distinguen perfectamente desde el tren.

Un viajero da interesantes noticias de cómo se ejecutan las operaciones agrícolas. "Los métodos empleados — dice — son bastante primitivos. Aunque se sirvan mucho de máquinas, es muy frecuente la trilla ejecutada con caballos: hácense pisotear las espigas por compañías de diez, veinte y aun treinta animales. No es que las poblaciones sean deliberadamente refractarias al progreso; pero abundan los caballos, y desmenuzan la paja con una finura que le da gran valor comercial como forraje y como adición al barro con que se hace el adobe. En la época de las mieses vense largas filas de carretas, arrastradas por bueyes, y guarnecidas por ambos lados con ramas verdes que transportan á las poblaciones esa paja menuda.

"Terminada la trilla celébranse grandes fiestas rurales; corre á oleadas la chicha y sucédense las *cuecas* sin interrupción. Otra ocasión de festines y regocijos es el *rodeo* ó batida circular; operación que consiste en volver á los corrales y marcar con el hierro los ganados diseminados en la llanura y la montaña. Entonces el vaquero, ó mozo de cuadra, cálzase unas polainas de piel de carnero y unos espolones enormes, fija en su cabeza un pañuelo de seda, derriba su sombrero sobre los ojos, y sin quitarse de los labios el eterno cigarrillo, realiza maravillas de equitación en un terreno donde abundan los obstáculos y faltan los caminos.

"La manera como se verifica la irrigación no deja tampoco de interesar al viajero. Cada hacendado es copropietario ó accionista de una acequia, de coste bastante crecido y sujeta á reglamentos elaborados con cuidado.

"Cada acequia está dividida en cierto número de *regadores;* llámase *regador* una vía de corrimiento que da teóricamente 35 litros de agua por segundo, cantidad considerada como suficiente para ocupar á un hombre. El colono se suscribe por cierto número de regadores, reunidos ó distribuídos á su voluntad y según sus necesidades. Las compuertas se cambian y colocan á costa de la compañía. Los campos están atravesados por canalillos paralelos con intersecciones, en comunicación con la acequia, y así es conducida el agua donde conviene regar."

Gracias á este sistema de regadío, se da el caso raro de que, siendo Chile el país por excelencia de los abonos artificiales, tales como el guano y el nitrato, no tengan que acudir á ellos. Pero no por eso deja de

costarles mucho dinero el agua, pues hay regador que le sale al propietario por 5,000 duros chilenos, papel, al año.

Mas volvamos ya á lo pintoresco. No se aburre uno en el coche: ora llama la atención el apagado cráter de un volcán andino, envuelto en un brillante manto cónico de nieve; ora una bandada de zancudas de blanquísimo plumaje que permanecen inmóviles á orillas de algún río ó torrente; ora el paso de un grupo de peones, cubiertos con inmensas monteras, vestidos con ponchos de chillones colores; ora las pesadas carretas de descomunales ruedas, construídas sin necesidad del menor clavo.

En cada estación repítese la escena de Limache. Allí acude á la llegada del tren todo el mundo elegante, y no elegante, del lugar, pero con la particularidad de que cuanto más se adelanta hacia el S., más escasean los *infantes,* predominando, en cambio, las plazas montadas, con el consiguiente campanillear de las espuelas.

La animación es grande en cada estación: multitud de muchachos y muchachas, hombronazos y mujeronas venden á gritos cazuela, chicha, duraznos ó melocotones, pollos asados, huevos duros, dulces, sandías; pero, sobre todo, tortas de cebolla ó de ajo. Esas tortas y la sandía constituyen, al parecer, en esta parte, la base de la alimentación. Los vendedores son, sin excepción, mestizos, y no se recomiendan por su parecido á los Adonis ó Venus de la clásica antigüedad. Todos los pueblos que se ven aparecen con manifiestas señales de rápido y próspero desarrollo: así Rancagua, Rengo, San Fernando, Talca. Pasado Chillán, al pie del volcán de este nombre, llégase á San Rosendo, en cuyo punto abandono el Sud-Exprés, que se dirige al SO. á buscar el mar en la Concepción, y tomo el tren que ha de llevarme á Traiguen, al SE., en el interior, ya en Araucania, incorporada no ha mucho á Chile. Traiguen es actualmente la estación-término, por mediodía, de los ferrocarriles chilenos.

En un principio, hasta los Ángeles y Santa Fe, el paisaje ofrece muy poco atractivo; pero todo cambia á medida que nos acercamos á Angol, la capital del trigo, fundada por nuestro Valdivia con seis ciudades más. Sabido es que en 1553 los araucanos se sublevaron, por Nochebuena, mataron á Valdivia cerca de Arauco y quedaron dueños del país.

De la antigua Angol española supongo que poco ó nada debe quedar. La de hoy es completamente flamante, contando ya 6,000 habitantes. Por lo que he visto, quedan aún por allí muchos araucanos, no menos pintorescos que los que cantó Ercilla y rigió en nuestros tiempos como rey M. Aurelio I, notario marsellés.

La nación araucana fué poderosa un tiempo, pues ocupaba al pie de los Andes todo el territorio comprendido desde el archipiélago de Chiloe hasta Copiapo, al N. de Chile. En la actualidad no pasan de 50,000 dichos indios, sujetos al protectorado de Chile y conservando aún como una semiindependencia. "Esos indios—dice hablando de ellos un autor

—habitan algunos de los valles interiores de los Andes y están dispersos por el país situado al S. del río Bió-Bió, donde se construyen chozas de juncos ó de maleza, tejen, se emplean en trabajos agrícolas y se emborrachan así que han ganado algún cuarto.

"Como el Piel Roja, el araucano castizo está destinado á desaparecer de la superficie del globo; pero, al contrario del Piel Roja, dejará en pos de sí una raza robusta, aunque híbrida, que le deberá sus mejores cua-



INDIOS ARAUCANOS

lidades. Esta raza es la de los *peones* chilenos, de las clases trabajadoras, que se han apropiado la sangre india hasta el punto de que no se pueda distinguir entre una linda campesina chilena y una mujer india sino por la diferencia de los trajes.

"Los indios araucanos que he visto son hermosos y bien formados, de noble talante, bien vestidos é industriosos en apariencia. Llevan adornos de plata, algunos de los cuales son muy artísticos. En cuanto á sus maneras, denotan la independencia y el respeto de sí mismos. Sin embargo, constituyen una raza sometida y no tienen ya razón de ser. El interés que excitan es etnológico mejor que sentimental. ¿Hay que decir la verdad? Beben como las arenas del desierto, y sus hermanos blancos (rubios alemanes en su mayor parte) destilan para su satisfacción particular unos alcoholes rectificados de un poder corrosivo espantoso. Así,

los domingos, vese en los pueblos rodar por docenas á esos desgraciados por el arroyo, tarde y noche. Diríase, al oirlos, toros que mugen, y hay que llevarlos á la Prevención, donde termina la fiesta."

Déjase á Angol y se entra en pleno sembrado. El paisaje recuerda el de Inglaterra: colinas bajas, y entre ellas pequeños llanos. En este mes comienzan ya á verdear los trigos; de manera que todo aparece cubier-



CONCEPCIÓN: LA CALLE DEL COMERCIO

to de un tapiz cuyos matices de un verde manzana alegran y descansan la vista.

Llego á Traiguen, villa flamante, novísima, verdadero pueblo de colonos aventureros. Las calles están tiradas á cordel; pero todas están por empedrar. Las casas son cabañas de cañas ó de adobe, ó bien simples cobertizos. Hay una porción de fondas (léase barracones), en ninguna de las cuales falta su billar y su café. Hay aquí multitud de tiendas de provisiones, depósitos de máquinas agrícolas, molinos harineros, figones, almacenes de cereales. Población, 4,000 habitantes; prensa local, cuatro periódicos diarios. Traiguen es la Chicago chilena. Aquí afluyen, transportados en carretas, todo el trigo y las maderas del Sur, las cuales son expedidas por ferrocarril al interior ó bien al puerto de Talcahuano.

Completaré lo que se puede decir sobre Traiguen con esa bonita *nota de color* de un ilustrado viajero: "En las colinas y en las elevadas mesetas que rodean la ciudad no se ve sino trigo en muchas leguas á la redonda; y durante muchos kilómetros á la redonda puede seguirse con la mirada las carreteras rojas y polvorosas que recorren como otras tantas cintas las pendientes del terreno hasta las diferentes colonias y las ciudades de Victoria y de Temuco. De vez en cuando pasa una manada de vacas, conducida por media docena de hombres y muchachos á caballo, armados de largos lazos y provistos de un vocabulario muy rico en expresiones coloradas. Luego sigue un convoy de cincuenta ó de cien carretas arrastradas por bueyes y cargadas de sacos de trigo, ó bien en un vehículo extraño, dócil á los baches, que de repente emerge de una nube de polvo, tirado por cinco caballos enjaezados de frente. Los dos caballos de flanco están sencillamente atados con una cuerda que esperan que les llegue la vez para tirar seriamente de las lanzas. Mientras galopan á los lados se entiende que descansan."

Cumplido el encargo que me había llevado á Traiguen, regreso á San Rosendo, y, volviendo á tomar el Sud Exprés, me planto en La Concepción, pudiendo contemplar de nuevo el Pacífico, no visto desde mi *famoso* viaje á Corral por el estrecho de Magallanes. La Concepción, sin embargo, no está bañada por el mar: su puerto es Talcahuano, distante veinte minutos en ferrocarril.

La Concepción, capital de la provincia de su nombre, es, sin ningún género de distingos, una hermosísima, monumental y magnífica ciudad. Población, 25,000 habitantes.

Ya desde luego predispone en su favor su grandiosa estación, tan bella como cómoda. Tiene tres calles de primer orden, perfectamente adoquinadas, siendo así ellas como las demás rectas y anchas. A lo largo de las mismas corren los hilos eléctricos, apoyados en postes blancos muy decorativos. Las tiendas son numerosas y están muy bien surtidas; las casas están sólidamente construídas, y algunas ofrecen un aspecto verdaderamente monumental.

La plaza es hermosísima, vasta y alegre. En uno de sus lados se levanta la catedral, privada de torres en razón á ser éste un país muy castigado por los terremotos. Delante de la catedral se encuentra el Palacio de Justicia y la Intendencia. Los otros dos lados están ocupados por diversos establecimientos bancarios ó mercantiles. Todos cuatro lados están porticados.

El centro está ocupado por un bellísimo jardín rodeado por una verja circular, en medio del cual se levanta una columna conmemorativa de bronce; los árboles prestan grata sombra, y los arriates ostentan las más hermosas y peregrinas flores. Fuera del jardín y cerca de la Intendencia se levanta un espacioso kiosco adornado con bustos de bronce de diversos músicos, en el cual toca por las noches una orquesta. En tal oca-

sión la plaza es el punto de cita de la buena sociedad concepcioneña, y allí es de ver el lujo y la elegancia de las señoras y los caballeros. Sí: es notable, es casi asombroso que en una ciudad tan lejana se encuentre tanta distinción, tanto buen gusto, tanta finura y cortesía como se echa de ver en la Concepción. Ninguna *toilette* desdeciría lucida en el mismo momento en el Bois de Boulogne ó en Piccadilly.

El alumbrado de La Concepción, como el de la mayor parte de las ciudades chilenas, es la luz eléctrica, de la cual hacen uso también todos los establecimientos particulares de cierta importancia. El teléfono está muy desarrollado. La población cuenta con un tranvía muy cómodo y bien montado, cuyo personal es femenino, muy bonito y decente. En cambio, La Concepción sólo cuenta con *dos* periódicos, siendo así que Traiguen, que es seis veces menor, tiene cuatro.

La Concepción se ufana con un grande y magnífico teatro, recién construído, una Casa de Correos casi suntuosa y una soberbia Escuela de Agricultura. Citemos también un lujoso y archicómodo casino.

La mayor parte de la población es alemana, lo cual explica muchas cosas, entre otras, la afición á la buena música.

La Concepción es un gran centro de contratación de cereales y lanas, y en general de todos los artículos de importación. Es también un importante centro bancario, y, por fin, es la capital del Chile agrícola.

La capital tiene tres puertos: Talcahuano, Tomé y Penco, por los cuales expidió en 1889 millón y medio de hectolitros de trigo, con destino á Europa y el Perú. Expórtanse por ellos también lanas. Las de mejor calidad van á Alemania y las inferiores á los Estados Unidos. Embárcanse también en dichos puertos, para el extranjero, maqui, que es un arándano utilizado como materia tintórea en vez de palo campeche para colorear los vinos... artificiales; miel, cera, simiente de lino, avena y cebada. Tomé es el principal puerto de exportación de vinos que van á la costa del Pacífico.

Las importaciones se verifican por Talcahuano, donde hacen escala cinco líneas de vapores ingleses y alemanes, y consisten en máquinas agrícolas y objetos de utilidad general.

Chile se honra sosteniendo, con todo rumbo, varias escuelas agrícolas, siendo las principales la de Santiago y esta de La Concepción, subvencionada con 23 000 pesos chilenos anuales. Estas escuelas son eminentemente científico-prácticas, siendo de inmediata aplicación las enseñanzas que en ella se prodigan: economía rural, arboricultura, viticultura y vinificación, química agrícola, legislación rural, sistemas de irrigación, agrimensura, etc.

A veinte minutos de La Concepción hállase el puerto de Talcahuano, famoso en la historia de nuestra dominación y, sobre todo, en la de la guerra de la independencia colonial. Talcahuano es muy pintoresca, vieja, deliciosamente emplazada en el extremo del promontorio que ciñe

por el N. la bahía de La Concepción, la cual, entre paréntesis, es la mejor abra del Pacífico después de la de San Francisco de California. El puerto está dotado de excelentes muelles y de una buena dársena de nueva construcción.

El caserío es humilde: casas de madera, de planta baja; almacenes, tinglados atestados de trigo y un buen casino.



TALCAHUANO

He visto la parte meridional de Chile y me llevo una impresión muy lisonjera. Esas provincias agrícolas son muy interesantes y pintorescas; sus paisajes recuerdan con frecuencia los de Suiza, los de Lombardía y á veces los de California, según la idea que tengo formada de esta última, que no conozco de vista. Nada más hermoso, más grandioso, que el aspecto de los Andes con sus cimas nevadas, las cuales alternan, en el S., con numerosos cráteres, ora apagados, ora en plena actividad volcánica como los de Chillan y Villa Rica; nada más bello que el curso sinuoso del Bió Bió, cuyas márgenes bordea el ferrocarril desde La Concepción á San Rosendo. El Bió Bió es caudaloso, límpido, y míranse de continuo en su espejo las verdes colinas por entre las cuales se desliza mansamente.

La población rural ofrece el más profundo contraste con la población urbana. Todo lo que en los pueblos y ciudades es cultura, refinamiento, elegancia, *confort,* es rusticidad y simplicidad en la población campesina. El *peón* chileno se contenta con una cabaña de cañas ó de adobe, sin el menor asomo de mobiliario. La decantada sobriedad espartana se ve

repetida aquí al cabo de miles de años. Por todo vestido, un poncho; por calzado, un trozo de piel de vaca sujeto con correas; por alimento, pan, habas y tortas de cebolla; por vaso, una calabaza; por bebida, refresco y alimento á la vez, la sandía. Hácese aquí, en esta parte de Chile, un consumo de sandías que asusta y deja muy atrás lo que se ve en Nápoles.

Por estas condiciones de sobriedad, y por otras de carácter moral é intelectual, el peón chileno es insustituible é irreemplazable. Fuerte, re-



CABAÑA DE INDIOS ARAUCANOS

sistente, parco, desdeñoso de la higiene, impávido ante la mortalidad que arrebata la mayor parte de los niños por falta de cuidados ó precauciones, el peón chileno posee el don natural de la imitación, y en un momento aprende lo que se le enseña, sin que se le escape ya de la memoria. La raza es supersticiosa, ciertamente, pero no más de lo que son no pocas razas con pretensiones de muy civilizadas. Sin embargo, se procura en Chile combatir estas supersticiones prodigando la instrucción primaria. No sé si el remedio será muy eficaz; pero así lo exige el espíritu republicano moderno.

Aparte de esto, es digno de notarse que en cuantos pueblos he visitado hasta ahora, en Chile, he visto una magnífica escuela, y al par una

excelente cárcel celular, ya terminadas, ó en vías de construcción. ¡Ojalá pudiéramos decir lo mismo en nuestra España, tan atrasada, tan sumida en el estupor letal que precede á la muerte de las naciones!

No se crea, sin embargo, que lo que digo sea una excitación para que los españoles que no se encuentran bien en nuestra patria se vengan aquí. Nada de eso; y aun diré ¡todo lo contrario! Hay que irse con mucho cuidado antes de pasar á la condición de *gringo*.

La población de Chile se eleva actualmente á unos 3 millones; pero cuando todo el territorio esté ocupado llegará la cifra de sus habitantes á 18 ó 20 millones. Vese, pues, que hay lugar aún para una grandísima inmigración; pero nada, por ahora, puede inducir, á quienquiera que sea, á trasladarse á Chile.

Por ejemplo, el europeo sencillo podría creer que un peso, ó dollar chileno, vale 5 francos, siendo así que en realidad sólo vale 2'50. Podría creer que circulan con profusión oro y plata, siendo así que sólo circulan las monedas de níquel y los billetes de Banco; podría creer que los jornales son crecidos, siendo así que sólo ascienden á 50 ó 60 centavos *chilenos* por día, ó sea á unos 38 ó 40 francos al mes, aparte de la manutención y el alojamiento.

Los maquinistas de los ferrocarriles del Estado cobran de 4'20 pesos á 6 pesos diarios en papel moneda, y hay exceso de maquinistas, aparejadores y artesanos de toda suerte.

En cuanto á los operarios, ganan 80 centavos en provincias y 1'20 peso en Santiago (cambio chileno). Item más: las raciones de pan y habas de que hemos hablado ya.

En cuanto á pensar en contratarse como jornalero del campo, hay que guardarse, pues tienen en Chile los *peones* indígenas, que no reconocen rival en sobriedad y actividad.

Imaginará ahora alguien que puede conquistarse una fortuna en Chile *colonizando;* pero hay que advertir sobre eso: 1.°, que las tierras que se les distribuyen á los colonos, mediante ciertas condiciones, radican en Araucania, donde, por lo general, la capa de tierra de labor es delgadísima, yaciendo sobre un lecho de arcilla; de manera que al cabo de cuatro cosechas ¡buenas noches!, siendo necesario acudir á los abonos. Además, ese suelo de arcilla es tan movedizo que no se pueden arrancar las malezas por temor á que se disgregue. Consecuencia: que no se pueden emplear máquinas agrícolas.

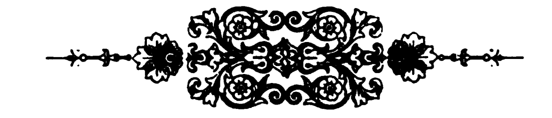
2.° En estas tierras de Araucania no se goza de gran seguridad personal.

3.° No hay que contar con que las autoridades les hagan mucho caso á los colonos si acuden en queja á la superioridad. A los *gringos* se les trata como *hostes*.

Ciertamente que Chile necesita jornaleros que cultiven los campos; pero la *suerte* de los que vayan allá no será mucho mejor que la de los

peones mestizos. En cuanto á industriales, los han menester para no quedarse rezagados; pero no creo que les profesen gran cariño.

En Chile, sobre todo, se encontrará el inmigrante europeo con una división de clases que da quince y raya á lo que se observa en Inglaterra.





CAPITULO XIV

De La Concepción á Santiago

Vuelvo á tomar el Sud Exprés y recorro en sentido inverso el valle central, hasta llegar á Santiago, la capital de la República.

Santiago es una población del interior, como casi todas las capitales de nuestras antiguas colonias: Lima, con su puerto en el Callao; Santiago, que lo tiene en Valparaíso; La Concepción, que lo tiene en Talcahuano. Debíase esto al temor á los desembarcos de los piratas, corsarios y bucaneros, que hubieran podido, de otra suerte, dar un golpe de mano á las ciudades en que residían los virreyes ó gobernadores. Santiago dista de Valparaíso cuatro horas largas en el exprés.

La capital chilena es indudablemente muy hermosa y señoril. Hay gran número de casas particulares de imponente aspecto. Abundan los coches y es admirable la animación y la elegancia que se observa en las calles principales.

Contribuye á ese aspecto aristocrático de Santiago el no ser una población *improvisada,* sino relativamente antigua. Su traza es, como cosa nuestra, rectangular, con las calles tiradas á cordel, circunscribiendo islas cuadradas. En el centro una gran plaza, y á guisa de bulevar una soberbia alameda.

Su situación es magnífica, extendiéndose al pie de una colina cubierta de árboles, y al extremo de una ancha llanura ceñida por un arco de montañas en forma de anfiteatro, cubiertas de nieve en estos meses de invierno. El clima es delicioso. Sólo llueve durante estos meses de estación fría, ó sea de junio á septiembre. La temperatura media es ahora de

10°, y en verano de 18°. La oscilación termométrica diaria es casi nula, y el sol brilla en un cielo purísimo.

La población, que cuenta unos 190.000 habitantes, ocupa una superficie de muchos kilómetros cuadrados, debido á que la mayoría de las casas no tienen más que un piso, por temor á los terremotos. Hay algunas calles principales, plantadas de árboles y bastante bien empedradas. Otras no ofrecen sombra alguna.

Las casas son de muchas maneras. La mayor parte son de adobe ó de ladrillos crudos, y los segundos pisos, cuando los hay, suelen ser de juncos ó cañas de Guayaquil. La fachada está revocada de estuco, con pinturas y molduras á gusto del consumidor.

Las casas modernas son de ladrillo, de paredes gruesas y con robustos cimientos de piedra. Caso de que el segundo piso sea también de ladrillo, la totalidad del edificio se refuerza con jácenas y viguetas de hierro, para que pueda resistir las trepidaciones. Con todo, se van ya levantando algunas casas de tres pisos.

Abundan en Santiago las casas particulares de vastas dimensiones, es decir, de 400 ó 500 pies cuadrados de superficie, con unos comedores en que caben holgadamente sesenta personas. Esas casas suelen ser de estilo Renacimiento con suntuosas fachadas en que se ha prodigado el mármol. Cuando no sucede esto, apélase al estuco, cubierto de una capa de color claro, azul, rosa, verde manzana, amarillo, siena. En cuanto al *estilo chileno,* está aún por descubrir.

Un viajero, que se distingue por su elevada imparcialidad, escribe á propósito de ese prurito imitador, propio no solamente de Chile, sino de toda América, así española como inglesa: "Aunque la ciudad de Santiago haya sido fundada hace trescientos cincuenta años por D. Pedro de Valdivia, sus habitantes no han tenido tiempo aún para crearse un individualismo real. Sus personas, sus costumbres y sus usos no son sino reflejos del Viejo Mundo, de que son originarios. A ejemplo de más de una nación europea, no han encontrado, cuando se han determinado, por fin, á embellecer su ciudad con nuevos monumentos, nada más original que tomar sus inspiraciones en un templo griego de la época de Pericles, ó en un castillo del tiempo de las Cruzadas: de ahí el estilo de los edificios del Congreso, de la nueva Catedral y de las torres de Santa Lucía.

"¿No es extraño, en efecto, que en la tierra de los Incas, en la tierra de los conquistadores, que conocían la gracia y los esplendores de la Alhambra, en la tierra de los chilenos modernos, cuyos personajes eminentes han viajado á través de muchos países, hablan distintas lenguas, tienen una inteligencia muy desarrollada y no desean otra cosa que la distinción nacional; no es extraño, digo, que en esta tierra los senadores y diputados celebren sus sesiones en un vasto edificio correctamente concebido en estilo corintio, con fachadas de estuco simulando la apariencia de barro cocido pintado de color de rosa, con altas columnas y capiteles

emperifollados, cuyos complicados acantos están formados de listones y yeso?

"¿No es más extraño aún que en un país donde reina de continuo el temor de un terremoto, en un suelo desprovisto de piedras á propósito para ser esculpidas, se encuentren gentes para querer y arquitectos para construir una catedral de estilo gótico, con rosáceas de ladrillos, grupos de columnas que no tienen razón de ser, capiteles de yeso, adornados de flores, que, para servirme de una expresión indulgente, no son sino despreciables *pasticci?* Tal ausencia, no solamente de originalidad, sino de las más elementales ideas de apropiación al objeto, de utilidad, de comodidad, de personalidad; tal ausencia de toda especie de ideas, en una palabra, se encuentra en gran número de habitaciones particulares construídas á peso de oro por la riqueza vanidosa. Un ciudadano de la República se ha hecho construir una casa pompeyana, amplificando las proporciones de su modelo de una manera absolutamente inadmisible. Otro está orgulloso con su sombría morada estilo pseudo-Tudor. Otro se ha figurado que lo supremo de la originalidad sería una *villa* turcosiamesa, con cúpulas doradas y un minarete sobre el techo."

Las justas censuras del viajero en cuestión son muy fundadas; pero podrían aplicarse, en general, no solamente á los chilenos, sino á tantos y tantos Cresos de nuestras poblaciones del mediodía de Europa, especialmente de España y Francia, que, enriquecidos de la noche á la mañana en la Bolsa ó en el comercio, se apresuran á levantar casas en que lo estrafalario compite con lo caro. Y aun no para ahí la aberración artística, sino que se aparece también en los mismos... cementerios, donde á lo mejor se encuentra uno con copias de las decoraciones de *Aída* ó de los templos de Memfis. La verdad es que la arquitectura del siglo XIX vive de prestado, sin haber conseguido siquiera inventar un estilo churrigueresco, al fin y al cabo, estilo propio. Por lo tanto, lo que sucede en la América española no es un caso particular, sino un caso general. ¿Tiene acaso razón de ser en Munich el estilo griego, tan prodigado en los edificios construídos por Maximiliano y Luis en la primera mitad de esta centuria? ¿Tenía razón de ser en París la construcción de templos católicos como los de la Magdalena y Santa Genoveva, copiados del Partenón? ¿Tiene razón de ser la actual irrupción japonesa, que tanto cunde por Francia y por España? En cambio, Rusia, Bélgica, Inglaterra, Italia, Holanda, no se han separado de sus tipos tradicionales, con gran provecho de la comodidad y del buen gusto.

¿Podrían los chilenos atenerse á un estilo propio? A esta pregunta contesta acertadamente el citado viajero en los siguientes términos: "La verdadera casa chilena—dice—es la vieja casa española, construída al rededor de uno ó muchos patios, separada de la calle por una verja de hierro forjado con adornos calados y por pesadas puertas de madera que se cierran por la noche. Es la casa que he visto en Córdoba y Sevi-

lla, con una pared sin ventanas del lado de la calle, dejando apenas distinguir, á través de las elegantes espirales de la pantalla de hierro que la protege, los naranjos y las flores que hacen más dulce la intimidad del *patio*. Es la morada semioriental de Andalucía, consagrada á la vida de familia, raramente abierta al forastero. Puédense ver aún, en Santiago de Chile, muchas de esas antiguas casas coloniales, de techos



SANTIAGO DE CHILE: LA ALAMEDA

desbordantísimos, de vigas esculpidas, de puertas erizadas de clavos, de ventanas provistas de gruesos barrotes. Las verdaderas casas criollas están construídas de igual manera: el exterior es severo, y el interior impenetrable. Los patios se suceden á los patios, ocultando la intimidad de la vida de familia á las miradas indiscretas. Tal es también el plan de muchas casas modernas que lucen colores alegres, adornos y mármoles preciosos en sus fachadas, pero en las que las habitaciones ocupadas de ordinario están situadas en la tranquilidad de los patios abrigados."

El centro de la animación de Santiago es su plaza mayor, rodeada de vastos edificios: á un lado, la Catedral y el Palacio Arzobispal; enfrente, las Casas Consistoriales y la Casa de Correos; los otros dos lados están ocupados por grandes casas porticadas, en cuyos portales están instalados lujosos almacenes.

El viajero antes citado, á quien nunca agradeceremos bastante su imparcialidad, aprecia justamente el papel que desempeñan las plazas de las ciudades que fundamos en América: "En la plaza—dice—afluye todo el movimiento de Santiago; de ahí parten los tranvías; ahí está el principal punto de parada de los coches de alquiler; ahí es donde el mundo elegante pasea por la noche mientras toca una orquesta en un kiosco. Todos los detalles de este movimiento son interesantes para un extranjero; á todas horas del día, desde la mañana á altas horas de la noche, el observador encontrará algo que notar, alguna ocasión de ejercitar su razón, algún asunto sobre qué especular. ¡Ah! ¡Qué encantadora es esa plaza! ¡Qué importante papel desempeña en la existencia de los habitantes de la ciudad! Y ¡cuán funesto es que los constructores de ciudades anglosajonas en las comarcas nuevas no aprovechen el buen ejemplo que les dan los viejos españoles, cuyo primer cuidado fué siempre el de dotar á sus ciudades de pulmones, de emplazamientos en que circulase libremente el aire y de agradables puntos de cita! Para ellos lo importante era tener, ante todo, un hogar común. Los ciudadanos se agrupaban para su gusto y para sus negocios al rededor de ese hogar, que continuaba, por decirlo así, el foro romano.

"La plaza, la catedral, la casa del Cabildo y el palacio del gobernador, que representan la religión, la municipalidad y la autoridad central, forman, sin excepción, el núcleo central de las ciudades hispanoamericanas, y por doquier se nota que se ha hecho un esfuerzo para que ese emplazamiento fuese un sitio de distracción. Aun en las más chicas villas de la América española del Sur encontraréis una plaza plantada de árboles y guarnecida de bancos donde pueden ir á sentarse los ciudadanos, las mamás y las nodrizas; porque la plaza no es, en efecto, solamente un paseo destinado á las personas mayores, sino que es también el lugar de recreo de los niños, que se divierten allí tranquilamente, sin desorden, y eso con la mayor naturalidad, pues no han adoptado ninguno de los juegos y ejercicios violentos de que tiene necesidad la juventud anglosajona para desarrollar su musculatura y su fuerza."

Esta plaza de Santiago recuerda, aunque en mayores proporciones, las que he visto en Santa Rosa de los Andes y en La Concepción: un parterre, rodeado por una verja, en el centro; en medio del parterre una fuente monumental, en vez de la eterna estatua *estilita;* frondosos plátanos al rededor y bancos de madera. Pero el parterre, en vez de estar adornado de geranios ó claveles, como en otras partes, contiene las más preciosas flores, y de ahí el cuidado con que se atiende á que nadie las coja; flores tropicales, que, desgraciadamente, no puedo ver en su eflorescencia, pues aunque el calendario me asegura que estamos en julio, es aquí invierno, y el parterre está todo seco, aparte de sus céspedes y bojes.

La plaza es bonita, á pesar de todo; la música toca por las tardes, y no falta gente. He tenido ocasión de ver que en la Casa de Correos hay muchas chicas bonitas y amables, empleadas en el ramo. Su cortesía forma contraste con la de los empleados varones, que en nada se distinguen de los europeos. No deja de ser chocante que de Chile nos venga el ejemplo de la *emancipación* femenina. Empleadas de correos; conductoras de tranvías, porque aquí en todos los tranvías los conductores



SANTIAGO DE CHILE: CALLE DEL PUENTE

pertenecen al bello sexo; lo mismo que ví ya en La Concepción. Parece que eso empezó cuando, con ocasión de la guerra con el Perú, faltaron brazos, ó manos, masculinos.

La circulación rodada es eminentemente heteróclita: he dicho ya que Santiago ocupa una desmesurada extensión. Hay, en primer lugar, un ferrocarril de circunvalación; luego, una espesa red de tranvías; en tercer lugar, los coches de alquiler, divididos en dos clases; unos fementidos simones y unos cómodos y lujosos landós; y, finalmente, el tránsito comercial, á cargo de inmensas carretas tiradas por tres ó cuatro caballos, mulas ó bueyes enganchados de frente, ó en una sola hilera, guiados por unos carreteros que descienden, indudablemente, de los de Castilla.

La masa de los transeuntes es de lo más pintoresco: aquí un chileno, caballero sobre un jaco ó una mula, vestido con el eterno poncho y cubierto con un inmenso sombrero de paja de Panamá, anudado debajo de la barbilla con anchos cintajos negros; allí la *chola,* mestiza de chileno y china, de áspero pelo, recogido en dos largas trenzas que cuelgan por la espalda; mas allá la cholita y la chilena, embozadas en su manta, traje invariable de mañana de todo el mujerío sudamericano.

Esa manta, ó mantilla, es un legado eminentemente español, que hace resaltar admirablemente la blancura del rostro y el brillo de los ojos. Todas las chilenas la llevan por la mañana, sin distinción de clases ni condiciones y es de absoluto rigor en la iglesia. Y es de ver la gracia de las chilenas en lo de arrebozarse con la mantilla sin par. La mantilla tiene, indudablemente, su *Paladión* en Chile, á lo menos matutinalmente, y Dios quiera sea por muchísimos años.

En la plaza hay también sus *baratillos,* instalados al rededor de los pilares de los portales. En nada se distinguen de los de la Habana. No se vende allí nada de lo que se ve en el Rastro, sino que todo es nuevo é inédito, aunque humilde y procedente de saldos y *quemazones.*

Los mejores comercios de Santiago ocupan las calles inmediatas á la plaza, ó, mejor dicho, algunos bonitos pasajes practicados á través de las cuadras ó manzanas de aquel barrio. Los artículos son de importación francesa, inglesa ó alemana, brillando por su ausencia nuestras mercaderías. Dichas tiendas no se parecen absolutamente en nada, por el lujo, la elegancia y el *chic,* á los magníficos establecimientos de las calles del 25 de Mayo, del 18 de Julio, ó de las Cámaras, de Montevideo, ó á los de la calle Florida, de Buenos Aires, antes bien, sin exageración alguna, recuerdan las tiendas de Zamora ó de Teruel,—capital de mi provincia.—La *parada* no revela el menor *savoir-faire,* pero el surtido es superior.

Recomiéndase Santiago por el número de sus librerías y la calidad de las obras que en ellas se venden. No es que falten Armando Silvestre, Cátulo Mendes, Dubuy de Laforêt, René Mezeroy, etc., pero predominan con mucho los tomos de materias graves.

Las tiendas se abren á las nueve de la mañana y se cierran á las cinco de la tarde para volver á abrirse á las siete, cerrándose á las ocho y media; y ya hasta el día siguiente. Casi todas ellas llevan el nombre de dueños ingleses ó alemanes.

La *Biblioteca Nacional* es importantísima. Contiene unos 70,000 volúmenes, y en el Archivo se custodian más de 25,000 legajos de subidísimo interés para la historia de nuestra dominación colonial. El término medio de lectores es de un centenar por día; pero hay que tener en cuenta, además, que la Biblioteca presta á domicilio 16,000 volúmenes ya catalogados.

El teatro de Santiago es grande, elegantísimo y cómodo, no teniendo

nada que envidiar á los mejores de Europa. En verano se dan representaciones de ópera, y en invierno funcionan en él con frecuencia compañías dramáticas europeas, generalmente francesas ó italianas. Además, hay otro teatro en lo alto del monte de Santa Lucía, en el cual durante el verano se representan las zarzuelas que más populares son en nuestra España.



EL PARQUE DE SANTA LUCÍA (SANTIAGO DE CHILE): TEATRO DE LA ZARZUELA

Este monte, ó, mejor dicho, colina de Santa Lucía, era hace pocos años un árido roqueral; pero en la actualidad es un parque bellísimo, cubierto de jardines y arboledas: verdadero trasunto de ciertas partes del Bois de Boulogne. En la cima se ha tenido la ocurrencia de levantar un recinto flanqueado de torreones y almenas medievales, para albergar dicho teatro de zarzuela, restaurants y cafés. El local es muy fresco, lujoso y está espléndidamente iluminado.

La concurrencia es asaz heterogénea, pero predomina el elemento *chic*. La clase popular de Santiago, los *peones*, no pueden permitirse el lujo de ir al teatro á deleitarse con las melodías de *La Mascota*.

Nada más hermoso que el panorama que desde Santa Lucía se descubre, y más aún en una noche de plenilunio. "Extiéndese ante vuestros

ojos la llanura,—dice un viajero,—con las sombrías montañas que le circuyen. A vuestros pies se despliega la ciudad, con sus tejados de un color pardo rojizo; sus patios, en los que de vez en cuando se elevan macizos de follaje; sus conventos y sus claustros, sus iglesias y sus torres, su alameda de grandes árboles. Todo está sumido en una sombra espesa, misteriosa, penetrante, punteada de trecho en trecho por los encendidos reverberos de las calles, con sábanas de un blanco plateado muy vivo en los lugares en que los rayos de la luna hieren los techos y los objetos salientes. Entre el emplazamiento en que os encontráis y las colinas que constituyen los últimos contrafuertes de los Andes, la vasta llanura se desarrolla en grisalla, y limitando la perspectiva se yergue la imponente silueta de las montañas, semejante á un fantasma de plata: en lo alto resplandece la luna, de brillo purísimo, con una intensidad que deslumbra. El panorama está tan admirablemente compuesto, el arreglo pintoresco es tan acabado y la distribución de la sombra y la luz tan idealmente exquisita, que no se puede menos de notar cuán sugestivo es el espectáculo de la naturaleza corregida por el arte: diríase una decoración de teatro maravillosamente ejecutada."

En otra parte de la colina, dando de frente á la ciudad, se levanta la estatua en mármol del gran D. Pedro de Valdivia, fundador de Santiago de Chile. Transcribiré la inscripción con su misma ortografía, pues los chilenos están reñidos con la *y* y con la *g* empleada en vez de *j*.

DON PEDRO DE VALDIVIA
VALEROSO CAPITÁN EXTREMEÑO
PRIMER GOBERNADOR DE CHILE
QUE EN ESTE MISMO SITIO
ACAMPÓ SU HUESTE
DE CIENTO CINCUENTA CONQUISTADORES
EL 13 DE DICIEMBRE DE 1540
DANDO Á ESTAS ROCAS EL NOMBRE DE
SANTA LUCÍA
I FORMANDO DE ELLAS UN BALUARTE
DELINEÓ I FUNDÓ LA CIUDAD DE
SANTIAGO
EL 12 DE FEBRERO DE 1541.

La Universidad de Santiago ocupa un magnífico edificio en la alameda; es una institución modelo en su género, rigiéndose por el plan trazado por el insigne filólogo y poeta venezolano D. Andrés Bello, una de las mayores autoridades en la lengua castellana. La Universidad contaba en 1889 con 1,175 alumnos, número evidentemente excesivo dada la población de la República, y plantel, por lo mismo, de políticos, que

á falta de pleitos y cátedras buscan en la vida pública la manera de pasarlo bien.

La Escuela de Medicina está situada al lado del hospital de San Vicente de Paúl, y no lejos del cementerio. El edificio es una imitación del Partenón, pero no de mármol, sino de barro cocido.

El *Instituto Nacional* de Santiago corresponde á la vez á lo que es en París el *Colegio de Francia* y á lo que son en España nuestros institutos de segunda enseñanza; concurren á él 1,200 alumnos; en provincias hay 25 *liceos* (sic) con 3,800 alumnos. Hay, además, en todo el territorio de la república más de 1,000 escuelas libres de primera enseñanza frecuentadas por 57,000 niños y niñas. También hay varias escuelas normales de maestros y maestras.

No faltan en este París chileno muy buenos museos. El que hay en el parque de la *Quinta Normal*, dedicado á la historia natural, está instalado en un precioso palacio y encierra magníficas colecciones de etnología, paleontología, geología, mineralogía, botánica y zoología. Hay asimismo en este palacio otro Museo, dedicado á las Bellas Artes, que cuenta con crecidos fondos para la adquisición de obras, así nacionales como extranjeras, y publica una interesante *Revista*.

El *Conservatorio de Música* se honra con una lindísima sala de conciertos, y, según parece, la enseñanza es muy completa y eficaz.

El Gobierno chileno destina 220,000 pesos al entretenimiento de esos museos y del Conservatorio.

Los establecimientos científicos del ramo de guerra son la *Escuela Militar*, la *Academia de Guerra* y el *Instituto de ingenieros militares*, establecimientos montados con verdadero lujo y provistos de todos los elementos necesarios para la más perfecta instrucción de los alumnos.

La *Quinta Normal* de que he hablado antes es una magnífica finca destinada á Granja experimental, donde está instalado el *Instituto Agrícola*. El cuerpo docente tiene á su cargo la enseñanza de la economía rural, arboricultura, viticultura, química agrícola, legislación rural y veterinaria. Ejerce la alta inspección de los estudios y cuida de promover exposiciones y ensayos la *Sociedad Nacional de Agricultura*, subvencionada por el Gobierno. En ese *Instituto* se sigue la carrera de ingeniero agrónomo. La *Sociedad de Agricultura* tiene además á su cargo la publicación de un boletín de avisos útiles y prácticos, el registro de las marcas de fábrica y el de los caballos y ganados *pur sang*.

Hay además *Escuelas prácticas* de agricultura en la Concepción, como ya he dicho, Talca, San Fernando, Salamanca y Elquí. La *Quinta Normal* de Santiago está subvencionada con 40,000 pesos, y las demás con 23,000.

La catedral vieja, que, como ya se sabe, ocupa uno de los lados de la plaza, es un edificio de puro gusto español, como San Isidro de Madrid, adornado con un lindo campanario octogonal. Junto á la iglesia metro-

politana se levanta el magnífico palacio arzobispal, de un solo piso, estilo Renacimiento italiano, realmente majestuoso.

La Alameda es un bulevar que recuerda el Paseo de Recoletos de Madrid, ó la avenida de los Campos Elíseos de París. Adornan el paseo los bustos ó estatuas de las celebridades de la independencia chilena: San Martín, comparado con Napoleón y Aníbal por su marcha á través de los Andes; Bernardo O'Higgins, los Carreras, el general Freire, y,



CATEDRAL VIEJA Y PALACIO ARZOBISPAL DE SANTIAGO DE CHILE

además, Andrés Bello. Este magnífico paseo, sin embargo, se ve poco frecuentado, está descuidadísimo y no lo que debería ser en realidad: el sitio predilecto para levantar en él los grandes palacios y los monumentos nacionales.

Por lo que llevo dicho se comprenderá que abundan en Santiago de Chile los edificios suntuosos y las casas particulares vastas y cómodas. Pero falta ahora la segunda parte: falta poner en parangón con tanta riqueza y bienestar las fementidas viviendas de los *peones*. Como no me gusta censurar, dejo esta tarea á un viajero, menos empachado que yo en cuanto se refiere á soltar cuatro verdades amargas. "Los pobres—dice—viven en público, sea bajo los cobertizos y en las casuchas antihigiénicas de la ciudad, sea en las rudimentarias cabañas de juncos de los arrabales, donde los *peones* y sus familias se sientan en el suelo,

como los indios salvajes, y aparecen menos civilizados que los campesinos rusos más miserables. ¡Ay! Para los peones, la existencia es muy realmente una cuestión de selección natural: sólo subsisten los más fuertes, después de haber pasado por las pruebas de una infancia terrible.

"Las asquerosas madrigueras en que viven en Chile las clases inferiores son causa de una espantosa mortalidad entre los niños. Por otra parte, los peones, hombres y mujeres, son prodigios de resistencia á la ruda fatiga. Constituyen los individuos más fuertes y mejor dotados de su generación. Los débiles mueren al cabo de algunos meses, sucumbiendo ante el medio insalubre y las circunstancias en que están colocados. El fin prematuro de esas pobres víctimas de condiciones sanitarias defectuosas no ocasiona pesar, ni se lleva luto. Las madres creen que sus almas van inmediatamente al paraíso, donde son ángeles, de donde el nombre de *angelitos* que se les da; que muera un niño y eso será un pretexto para regocijos, y se invitará á los vecinos á beber y bailar. Guárdanse los cadáveres de los pequeñuelos durante muchos días; en los trenes y tranvías vense á menudo mujeres con bebés muertos sobre sus rodillas, y los fotógrafos reciben frecuentemente la visita de padres que desean conservar un recuerdo de su hijo y mandan sacar su retrato. En el campo se interrumpe el trabajo durante una semana, y más, cuando se muere un niño. En una aldea en que me encontré, una epidemia de sarampión había hecho media docena de angelitos, y desde hacía tres semanas no se trabajaba en muchos kilómetros á la redonda; toda la población observaba una vieja costumbre: bailábase y bebíase al rededor de los angelitos, á los que se había vestido como imágenes de iglesia y rodeados de cirios encendidos. La creencia en los *angelitos* y la costumbre de las velas se encuentran en el Perú, en Bolivia y en la República Argentina."

Ya se recordará que dije haber visto lo mismo en el inolvidable cementerio de la Recoleta, de La Asunción del Paraguay, y que ya manifesté que la tal costumbre era de abolengo español. Aquí decimos *angelitos al cielo*, y en no pocas provincias se festeja también, con no menores extremos que en Chile, la *subida al cielo* de esos inocentes seres, cuya terrible mortandad hacía exclamar al materialista Lucrecio en su inmortal poema:

¿Cur anni tempora morbos
adportant, quare mors inmatura vagatur?

Pero no insistamos en esto, y hablemos de cosas más alegres.

No está muy extendido en Santiago de Chile el trato social: hácese vida de familia y no se siente la necesidad del visiteo y de las recepciones. Por lo tanto, son raras las tertulias, y más aún las *medianoches* ó reuniones, en las cuales los viejos juegan al tresillo y el *elemento joven rinde culto á Terpsícore.*

Tampoco se conoce en la capital chilena la vida de café, como en nuestras ciudades de Francia, Italia y España: el teatro es el principal punto de reunión, y en todo tiempo y para la clase media el paseo de la Plaza Mayor, donde los caballeros van de sombrero de copa y las señoras lucen los más extremados trajes, según la moda parisiense.

Y ahora, y por las mismas razones anteriormente expuestas, vuelvo á dejar la palabra al viajero antes citado. "Las niñas bonitas—dice—son numerosas en Santiago. Da gusto sentarse y verlas pasar, atribuirles con el pensamiento todas las cualidades intelectuales y morales que deberían tener en realidad. Según la costumbre, también corriente en Buenos Aires, los jóvenes se colocan en línea á lo largo del paseo, y miran á las niñas que pasan. Semejante conducta le parece á un extranjero ligeramente indelicada; pero está, parece, en las costumbres criollas y no nos toca criticarla. Séame permitido notar, sin embargo, la existencia inútil que lleva la numerosa juventud dorada de la capital. Esta juventud está compuesta de vividores, y en su mayoría han pasado uno ó dos años en París, y pretenden continuar en Santiago la existencia de frivolidad y disipación que constituye lo que han aprendido en Francia. Esos jóvenes no atestiguan ningún respeto á las mujeres: sus pensamientos, sus conversaciones y su manera de vivir son absolutamente perniciosas."

De nuevo he de hacer observar que, á mi juicio, teniendo razón el autor en cuanto á la verdad del hecho, particulariza demasiado la cuestión, como si lo de que se lamenta fuese exclusivamente propio á los argentinos y chilenos. Esas costumbres que tanto le disgustan son de pura casta española, y los vicios que achaca á la juventud dorada de Santiago son precisamente, aunque en menor grado, las de la juventud dorada de Barcelona ó de Madrid, pues á los vicios de los americanos reunen los nuestros la *flamencura* y el pelotarismo. Por lo tanto, no es justo que carguemos sobre los chilenos y argentinos lo que, en realidad, es un atributo hispanoamericano, y no lo es, en cambio, de los franceses, ingleses, alemanes, suecos, rusos, etc., en cuyos países la juventud dorada se ocupa en algo más que en el *dolce farniente.*

Al fijarse en la concurrencia que llena la plaza por la tarde (pues el paseo de invierno es de tres á cinco), se echa de ver la grandísima diferenciación de clases que aquí reina. Pasean á un lado los *caballeros,* y por el opuesto los peones, sin que se confundan jamás. Los primeros no se diferencian en nada, ni por el traje ni por el rostro de las vulgaridades europeas mesocráticas ó aristocráticas. Los segundos, en cambio, constituyen una nota típica, y son el brazo de la república, los que vencieron al Perú y le arrebataron sus provincias de Tarapacá y Antofagasta.

No se crea, sin embargo, que todos los jóvenes de Santiago pertenezcan á la *goma* y sean unos simples sietemesinos. Al contrario: la capital chilena constituye un importantísimo centro de cultura intelectual. Pue-

de la República alabarse de que vean la luz en su territorio más de 400 periódicos, diarios, semanales ó mensuales. Santiago cuenta con ocho diarios de gran tamaño, cuya tirada, en conjunto, pasa de 40,000 ejemplares. La *confección* es excelente y muy apropiada á las necesidades del público. Abundantes noticias locales, artículos editoriales sobre asuntos de interés político, rentístico ó social; extensa sección mercantil y agrí-



UNA PROCESIÓN EN SANTIAGO DE CHILE: LA PLAZA

cola; muchos anuncios, y un folletín traducido del francés. Publícanse, además, en la capital diez y seis revistas, científicas, literarias, médicas, militares, agrícolas, administrativas, etc., y diez semanarios de interés particular.

Cuenta Santiago con *cuarenta sociedades* científicas ó literarias, y en algunas de ellas, como en nuestros Ateneos, se celebran conferencias públicas. Los casinos principales son nueve, descollando el de la Unión, frecuentado por las eminencias del país. En todos ellos, por supuesto, existe la inevitable *sala del crimen*.

El ejército chileno es, con justicia, reputado como uno de los mejo-

[illegible] son, en general, hombres de bizarra apos- [illegible] tipo español. El uniforme es muy parecido al del [illegible]. Los soldados son gente de atezado rostro, mestizos, [illegible] en la guerra del Perú más que suficiente prueba de su [illegible] que, en aquella ocasión, en la imposibilidad de ar- [illegible] entrada en las filas á gente que no [illegible]

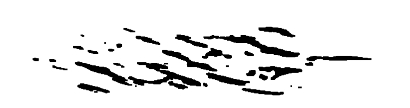
[illegible] últimos años el ejército ha ganado en disciplina y [illegible] en número. Consta en la actualidad de [illegible] de [illegible] repartidos en 8 batallones de [illegible] de artille- [illegible] de artillería de [illegible] regimientos [illegible] de oficiales en servicio activo [illegible]

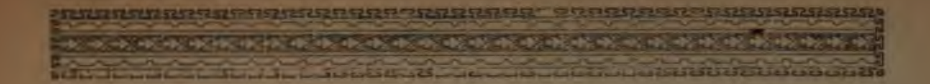
[illegible] Nacional sedentaria se compone de [illegible] hombres [illegible] de artillería. Se movilizaron [illegible]

[illegible] de [illegible] grandes [illegible]

[illegible]

[illegible] Europa o á [illegible]





CAPITULO XV

La situación política.—Breve reseña histórica de la república de Chile

HÁBLASE mucho de política en Santiago, como se habla en todas las capitales de Estados pequeños, y se habla poco en los grandes centros como París, Londres, Nueva York ó Berlín.

Algo tendré que decir sobre la *política* de Chile en la actualidad; mas para ello conviene saber, ante todo, qué es lo que ha ido ocurriendo desde que se separó de nosotros el país cantado por Ercilla.

Formaba Chile parte del virreinato del Perú al estallar en nuestras colonias americanas el movimiento independiente, con ocasión de la ausencia de Fernando VII. Al saberse en Santiago el alzamiento de Buenos Aires (noviembre de 1810), lanzóse el pueblo á las armas, echó al gobernador Carrasco, por sospecharse que se inclinaba á reconocer á José Napoleón, y se nombró, para ejercer el Poder Supremo, una *Junta* de cinco, presidida por el conde de la Conquista, D. Mateo Toro.

La primera disposición de la Junta Suprema fué convocar un *Congreso General* que debía reunirse en Santiago; pero antes de que llegase el día de la apertura entró en la ciudad al frente de algunas tropas un valiente oficial español llamado Figueroa, que ordenó á los diputados se fueran con la música á otra parte. El pueblo, con el cual, al parecer, no había contado Figueroa, se arrojó sobre los soldados y fusiló al desgraciado émulo del héroe de Brumario.

Abrióse el Congreso, y comenzó á funcionar... ¡en nombre de Fernando VII! Porque si bien las colonias querían ser independientes de España, se avenían, al parecer, á reconocer por rey á Fernando.

En nombre, pues, del susodicho señor rey expidió el Congreso Na-

cional sabios y liberales decretos: *el vientre libre;* libertad de los esclavos extranjeros que pasaran á Chile transcurridos seis meses de la promulgación del decreto; libertad de comercio, etc.

Para ejercer el Poder Ejecutivo nombró el Congreso un *Triunvirato,* y, contradiciendo sus sentimientos fernandistas, puso á la cabeza de su magnífico ejército á los tres hermanos Carrera, furibundos patriotas.

No sabía el Congreso cómo las gastaban los Carreras. Apenas, en efecto, se vieron éstos á la cabeza del ejército, reuniéronlo, echaron á todos los oficiales fernandistas, dieron las dimisorias á cuantos empleados eran afectos al régimen antiguo, y disolvieron el Triunvirato y el Congreso. José Miguel se constituyó en Dictador y nombró á su vez una Junta suprema, compuesta de doce individuos. De manera que cayeron envueltos en común desgracia los españoles y los independientes fernandistas.

El virrey del Perú, D. Fernando Abascal, envió entonces (noviembre de 1811) contra Carrera una división española, que consiguió apoderarse de Talcahuano y La Concepción; pero acudió allí dicho José Miguel y obligó á los nuestros á retirarse á Chillán, en los Andes, donde se mantuvieron á la defensiva hasta septiembre del año siguiente 1812. Habiendo entonces recibido refuerzos el general de nuestras tropas, emprendió de nuevo la marcha sobre Santiago. Salió de nuevo Carrera á cerrarle el paso; pero esta vez fué derrotado por completo, y los españoles entraron en Talca, ahuyentando de allí á la Junta usurpadora nombrada por los Carreras.

La derrota de José Miguel aprovechó, sin embargo, más á sus enemigos intestinos que á sus vencedores. Los antiguos congresistas trabajaron por librarse del *tirano,* y, en efecto, Carrera fué depuesto por sus vencidas tropas y enviado preso á Chillán, siendo proclamado en su lugar su segundo, el general D. Bernardo O'Higgins, hijo del antiguo gobernador español de Chile D. Antonio O'Higgins, irlandés á nuestro servicio, que dejó de su mando (1786 1803) los mejores recuerdos en el país. Constituído de nuevo el Congreso, nombró *Director Supremo* de Chile al Sr. Enríquez de Lastra, quedando O'Higgins al frente del ejército.

Acto seguido se renovaron las hostilidades con nosotros. Reunido el ejército chileno con el de Buenos Aires, bajo la superior jefatura de Belgrano, invadieron ambos el Alto Perú (después *Bolivia)* y derrotaron al general D. Joaquín de la Pezuela, enviado contra ellos por Abascal (1813).

Así las cosas, entendióse Abascal con el *Director-Supremo* Sr. Enríquez de Lastra para llegar á una avenencia, y se convino el siguiente tratado (3 de mayo de 1814):

1.° Chile reconocerá la autoridad de Fernando VII, y, durante su cautiverio, la de la Regencia de Cádiz.

2.° Chile será considerado como parte integrante de la monarquía española.

3.° Enviará diputados á Cortes y conservará sus privilegios y derechos.

4.° Existirá completa libertad de comercio entre Chile y las naciones aliadas de España, así como con los Estados *neutros*.

5.° El ejército real evacuará á Chile en el plazo de dos meses.

Aceptó Lastra; pero Abascal, dando una prueba de informalidad deplorabilísima, se apresuró á declarar (pues acababa de recibir refuerzos) que el general en quien había delegado sus facultades se había extralimitado en sus concesiones, y que ya no había nada de lo dicho, por lo cual no reconocía para nada la validez del tratado del 3 de mayo.

Faltando así á lo convenido, demostraba Abascal una pequeñez de miras censurable, pues el tratado era ventajoso y digno para ambas partes, y podía servir de base para concertar otros semejantes con las colonias que no se habían emancipado aún, evitándose, además, odios y trastornos. El virrey, sin embargo, creyó que con los refuerzos que acababa de recibir podría *reconquistar* á Chile, y envió contra Santiago al general Osorio.

No contaba, sin embargo, el virrey Abascal con la huéspeda, y fué que José Miguel Carrera, indignado con la conclusión del convenio del 3 de mayo, había conseguido fugarse de la cárcel de Chillán, y entraba con sus hermanos y buen golpe de partidarios en la capital de Chile, donde era recibido con frenéticas aclamaciones por el pueblo y la guarnición. Inmediatamente exoneró Carrera al Sr. Enríquez de Lastra, y reinstaló la *Junta de los Doce* que hemos dicho ya había instituído.

A la noticia del desaguisado acudió O'Higgins; pero salióle al encuentro Carrera y le derrotó é hizo prisionero. Con gran generosidad perdonó Carrera la vida al que tan mal se había conducido con él, y no sólo esto, sino que le abrió los brazos, demostrando en esto tanta nobleza como habilidad, y le ofreció el segundo lugar que el otro recibió con verdadero enternecimiento.

Como Osorio se adelantaba á marchas forzadas sobre Santiago, José Miguel Carrera envió á O'Higgins á impedirle el paso. Encontráronse ambos ejércitos en Rancagua, y Osorio derrotó por completo á O'Higgins, que, perseguido por nuestro general, hubo de retirarse maltrecho á Santiago.

Apenas hubo llegado O'Higgins á la capital, cuando ésta se declaró en insurrección contra Carrera, irritados los habitantes por las tropelías que sus soldados cometían. Y como ahora no solamente habían Carrera y O'Higgins de esperar la acometida de Osorio, sino también de pelear con los santiagueses, evacuaron la ciudad, seguidos de sus parciales, y después de derribar las fortificaciones traspusieron los Andes sin parar hasta Mendoza (octubre de 1814). Cinco días después de la sa-

lida de Carrera, entraba en Santiago el general Osorio, que se mostró bastante severo, retirándose luego á Lima, dejando completamente pacificado Chile.

Así transcurrieron más de dos años, al cabo de los cuales consiguieron los emigrados chilenos que el Gobierno de Buenos Aires enviase una expedición á libertar á su país. Organizóse, pues, un ejército de 5,000 hombres que fué puesto á las órdenes del ilustre general San Martín, gobernador de Mendoza. Cruzó San Martín los Andes por el puerto de los Platos, desembocando en Santa Rosa, que ya conoce el lector, y llegó el 11 de febrero (1817) á la vista del ejército español, acampado en Chacabuco. Allí fueron derrotados los nuestros, entrando San Martín en Santiago el día 15. Acto seguido se procedió á nombrar un Gobierno, y fuéle ofrecida á San Martín la jefatura; pero negóse á aceptar nada, y, en su consecuencia, fuéle conferida á O'Higgins, en pago á lo mucho que había trabajado, lo mismo en los preparativos de la expedición que en las peleas.

Al momento se apresuraron á pronunciar todas las ciudades y plazas de Chile, no quedando bajo nuestra dependencia sino el puerto de Talcahuano y algunas islas del archipiélago de Chiloe, en las que se refugiaron los españoles.

Con todo, no las tenían todas consigo los chilenos con la presencia de aquellos 5,000 argentinos. El favor había sido grande, pero reinaba cierta inquietud tocante á la magnitud de la recompensa. Así es que el pueblo no secundaba con grande entusiasmo los preparativos de O'Higgins para rechazar la inevitable agresión que se esperaba de nuestra parte.

Efectivamente: Pezuela, sucesor de Abascal en el virreinato del Perú, enviaba contra Chile al vencedor de Rancagua, con un ejército engrosado con las fuerzas que se habían refugiado en las islas de Chiloe. Las tropas españolas, en número de 5,000 hombres, desembarcaron cerca de La Concepción, con intento de ir á libertar la sitiada guarnición de Talcahuano y de caer después sobre Santiago.

La situación era grave. Apelóse á toda clase de medios para reforzar las filas de los patriotas, y, á fin de enardecer el entusiasmo de los ciudadanos, proclamó O'Higgins la independencia de Chile, el día 1.° de enero de 1818, mientras Osorio, dueño de La Concepción, se encaminaba á Santiago, por Talca.

La marcha era disputadísima, trabándose continuas escaramuzas hasta que, por fin, logró Osorio, en la noche del 18 al 19 de marzo, sorprender el campamento de San Martín en el valle de Concha Rayada, derrotando por completo á los chileno-argentinos, en los cuales se cebaron los nuestros con lamentable encarnizamiento. Los independientes dejaron batallones enteros en poder de las tropas españolas, como igualmente sus bagajes, pertrechos y provisiones.

Creído Osorio de que había aniquilado por completo al enemigo, no

quiso molestarse en darle persecución, dando pruebas con ello de desconocer el carácter inquebrantable de San Martín. Prosiguió, pues, descuidadamente su camino, en la creencia de que nadie había de cerrarle el paso, cuando al llegar á Maypó, á 80 leguas al N. del valle de Concha Rayada, cayóle encima San Martín (5 de abril) con un nuevo ejército que había logrado organizar en el corto espacio de diez ó doce días, y le destrozó completamente: 2,000 muertos y 3,000 prisioneros españoles fueron el resultado de la batalla. El resto (1,000 hombres apenas) consiguió ampararse en Talcahuano después de las más terribles angustias y fatigas. Poco después capitulaba también Talcahuano, no quedándonos en todo el territorio de Chile sino el puerto de Valdivia, en el extremo sur, los Angeles, en Araucania, y el archipiélago de Chiloe.

La batalla de Maypó fué decisiva, pues no solamente dió la independencia á Chile, sino que consolidó la de Buenos Aires y contribuyó no poco á la del Perú.

Para colmo de desdichas, no solamente éramos derrotados en tierra, sino también por mar. Había O'Higgins comprado unos cuantos barcos á los Estados Unidos, para ser armados en guerra, y tuvo la fortuna de hacerse también con un marino tan inteligente como audaz como el norteamericano Cochrane.

Mientras llegaba Cochrane con los barcos, adelantábase uno de éstos, y, al mando de Blanca Encalada, ahuyentaba á dos naves de guerra españolas que bloqueaban á Valparaíso y apresaba una fragata española en aguas de Talcahuano (27 de abril de 1818.)

Así transcurrieron dos años, ejerciendo tranquilamente O'Higgins el poder supremo. Al cabo de dicho tiempo resolvióse arrojarnos de nuestras últimas trincheras, y, en efecto, el general Sánchez pudo hacernos abandonar á los Angeles, aliándose para ello con los araucanos. En cuanto á echarnos de Valdivia y del archipiélago de Chiloe, era ya harina de otro costal. Desgraciadamente, la extraordinaria pericia de Cochrane consiguió lo que hubiera sido poco menos que imposible por los medios ordinarios, ya que Valdivia era una plaza fuerte, magnífica y bien artillada. El terrible almirante, pues, decidió apoderarse de ella por ardid. Presentóse inesperadamente ante la plaza, capturó por sorpresa nuestra fragata *Dolores*, echó en tierra á su gente (inferior en número á los defensores), y, en su vista, sobrecogidos los nuestros de pánico, creyendo que se trataba de un grandísimo cuerpo expedicionario, abandonaron la plaza, dejando en poder de los independientes inmenso material de guerra (3 de febrero de 1820). La burlada guarnición se retiró á Osorio, y al cabo de algún tiempo cayó en poder de una columna chilena mandada por el ex coronel bonapartista M. Beauche. Ya sólo nos quedaban las islas de Chiloe.

No teniendo ya entonces por qué preocuparse Chile de la presencia de nuestras tropas en su territorio de tierra firme, acordó acudir en au-

xilio del Perú, enviando allá al vencedor de Valdivia, el cual dió principio á sus hazañas apoderándose de la *Esmeralda*, que era la mejor fragata de guerra que teníamos en América.

Seguía á todo esto rigiendo O'Higgins, con admirable acierto, los destinos de Chile. Durante el tiempo que ejerció el cargo de *Director Supremo*, esto es, desde el 10 de febrero de 1817 al 22 de julio de 1822, en que se reunió el Congreso Constituyente, lleváronse á cabo muchos importantes mejoramientos y se concertó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Colombia.

Abierto el Congreso, dió cuenta Bernardo O'Higgins de su gestión, y acabó declarando que, no conviniendo, á su juicio, existiera ningún poder excepcional, reintegraba el que se le confiara en azarosa época, á cuya generosa manifestación respondió el Congreso admitiendo su renuncia, pero reeligiendo al pundonoroso patriota chileno.

Acto seguido procedióse á discutir y votar la Constitución de la República, consignándose en ella la abolición *inmediata* de la esclavitud. En cuanto á organización política, establecíanse los tres poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, si bien, como en todas las Constituciones sudamericanas, plagiadas de la de los Estados Unidos, resultaba favorecido en demasía el Poder Ejecutivo.

Todo hubiera marchado como una seda á no haber tenido Chile el honor de contar con un *general* de esos que tanto han desacreditado con sus pronunciamientos *españoliformes* á la América del Sur. Este general se llamaba Freire, de igual manera que hubiera podido llamarse Riego, el sargento García, Prim, Concha, O'Donnell, Narváez, Prim, Ortega, Topete, Izquierdo, Pavía ó Martínez Campos.

Pronuncióse, pues, Freire, enarbolando la bandera *federalista* contra O'Higgins, y proclamó la autonomía de las provincias de Coquimbo y La Concepción (diciembre de 1822); pero, no contento con eso, encaminóse hacia Santiago para derribar al gobierno central. Con sorpresa, muy agradable, ciertamente, encontróse Freire con que, en vez de cerrarle el paso las guarniciones de los pueblos del tránsito, se le adherían, y así le fué fácil hacer su triunfal entrada en Santiago, donde los federalistas se habían amotinado ya, obligando á O'Higgins á presentar la renuncia de su cargo.

Freire, aclamado por Director Supremo, convocó un nuevo Congreso Constituyente, y en el entretanto trató de divertir á la gente tratando de arrojar de Chiloe á los españoles que ocupaban aquel archipiélago, á las órdenes del valiente Quintanella; pero salió del negocio con las manos en la cabeza. La derrota exasperó á los chilenos, y el Congreso creyó salir del paso confiriendo al general federalista amplios poderes dictatoriales (julio de 1824.)

No bastó, sin embargo, la dictadura de Freire á poner coto á la anarquía que reinaba en toda la República, donde campaba por sus

respetos cada provincia, con su correspondiente Asamblea. Freire volvió á intentar la conquista del archipiélago de Chiloe, y esta vez lo consiguió, capitulando los nuestros (2 de enero de 1826); pero le sirvió de poco, pues los chiloanos manifestaron que querían tener un gobierno propio.

Convocó Freire un nuevo Congreso (julio de 1826) en el cual estaban en mayoría los radicales ó federalistas sobre los *pelucones* ó unitarios,



ESTACION CENTRAL (SANTIAGO DE CHILE)

y se acordó que la forma de gobierno sería en adelante federativa, siendo esto la señal del más extraordinario desbarajuste, hasta el punto de renunciar Freire su cargo, en los términos siguientes: "Al Congreso.— Convencido de que no tengo el talento necesario para mandar sin leyes ni para poner orden en el caos en que hoy se halla Chile, mi deber me manda pedir al Congreso que me releve del insoportable cargo que me ha confiado. Siempre me sujetaré á su poder augusto cuando se trate de ir á pelear: estoy dispuesto á sacrificarme para todo; pero no quiero desempeñar cargo alguno en el gobierno político del país."

Quedó, en su consecuencia, al frente de los negocios el vicepresidente Sr. Pinto, y el Congreso continuó discutiendo la Constitución, que se promulgó al año siguiente (1828), estando informada en los principios federalistas.

Fué elevado definitivamente á la primera magistratura el digno

Sr. Pinto; pero, no sintiéndose con fuerzas para dominar la situación, dimitió (octubre de 1829), encargándose de la presidencia el vicepresidente Sr. Viena; pero también éste hubo de dejarlo, amenazado por las turbas de Santiago.

Entonces el general Prieto, caudillo de los unitarios, salió de La Concepción al frente de algunas tropas, y, después de derrotar á los federalistas en Larcay, entró en Santiago. Volvióse á llamar á Freyre: de nuevo volvió á ser éste derribado, y así anduvieron las cosas, continuando Prieto hasta el año 1833, en que terminó definitivamente la crisis, entrando Chile desde entonces en una era de extraordinaria prosperidad, gracias á la prudencia de sus gobernantes.

La Constitución promulgada en dicho año, obra de D. Diego Portales, y vigente todavía hoy, reconoce los tres poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; ejercido el primero por un presidente nombrado por cinco años y secundado por cuatro ministros y un consejo de Estado; compuesto el segundo de una Cámara renovable cada seis años, de veinte senadores, y otra de diputados, renovable por trienios, y constituído el tercero por un Tribunal Supremo, Audiencias y Juzgados. Hay tolerancia de cultos, siendo la religión del Estado la católica.

Esta Constitución era obra de los *pelucones,* ó unitarios, y estaba inspirada en el *justo medio;* pues si bien se reconocen en ella los derechos del pueblo, se reconocen no menos los mayores privilegios á los ricos, y el Poder Ejecutivo aparece revestido de atribuciones superiores, quizás á las de un rey constitucional, si bien no las tiene menores el Poder Legislativo.

Promulgada la Constitución, fué elegido presidente el mismo Prieto, el cual fué reelegido en 1835; cosa que pesó mucho á los federalistas, pues hacía ya seis años que ocupaba Prieto el poder supremo, antes como usurpador y después como presidente con todos los requisitos legales.

Proscriptos los federalistas, cuyo jefe era siempre el general Freyre, habían encontrado fraternal acogida en la Confederación Peruano Boliviana, presidida por el general Santa Cruz. Éste, faltando á la neutralidad, proporcionó armas á los federalistas, los cuales, llenos de entusiasmo, fueron á desembarcar en el archipiélago de Chiloe. El presidente Prieto, resuelto á hacer respetar la Constitución, envió en seguida barcos y tropas para sofocar la insurrección. Un miserable guadañero puso á Freyre en manos de sus enemigos, haciendo traición al desgraciado jefe de los federalistas, que había fiado en su lealtad para ponerse en salvo.

Como era público y notorio el apoyo prestado por Santa Cruz á Freyre, Chile declaró la guerra á la Confederación Peruano Boliviana. Reunióse un fuerte ejército, y el día antes de ponerse en marcha fué á revistarle el insigne ministro D. Diego Portales, inspirador de la Constitución y alma del partido unitario. Mientras Portales pasaba revista, se pronunciaron cuatro compañías, sobornadas por el coronel Vidaurre. El ejér-

cito que debía ir á pelear en Bolivia proclama á Vidaurre y regresa á Valparaíso. La ciudad rechaza á los insurrectos, y éstos se vengan fusilando á Portales.

Prieto, hombre de suerte, tuvo la fortuna de encontrar un digno sucesor al ilustre estadista en la persona del ministro de Hacienda Sr. Rengifo. Al mismo tiempo se llevó á efecto, esta vez sin Vidaurre, la guerra con Bolivia, quedando Santa Cruz totalmente derrotado en Jungay (enero de 1839.)

Al bajar del poder en 1841 el general Prieto, fué reemplazado por el general Bulnes, también pelucón, ó unitario, y continuador de la política del otro. Esas sucesiones presidenciales á imagen y semejanza del magistrado saliente son casi inevitables en América, gracias al fatal sistema que allí se sigue, copiado de los Estados Unidos, para la elección del presidente. Es notable el gobierno de Bulnes, por haber en aquel tiempo (1844) reconocido España la independencia de Chile.

También fué reelegido Bulnes como lo fuera Prieto, lo cual no era ningún mal, pues resultaba así de hecho que los presidentes duraban un *decenio*, y parece que las presidencias largas dan mejores resultados que las cortas. Sin embargo, este derecho de reelegibilidad fué abolido en 1871.

El sucesor de Bulnes fué el ilustre catedrático de la Universidad de Santiago, D. Manuel Montt, también del partido pelucón. Esta vez, cansados ya los federales de su larguísimo ostracismo, quisieron probar fortuna en el terreno de la fuerza. Montt apeló á Bulnes para que reprimiera aquellas insurrecciones, y el ex presidente lo hizo de buena gana. Asegurado ya el orden, Bulnes dió el nobilísimo ejemplo de retirarse de nuevo á su casa, inclinando su espada victoriosa ante un paisano.

Como parecía ya costumbre establecida, fué también reelegido Montt. Debía éste su elevación á los pelucones, esto es, al clero y á los ricos; pero mostráronse éstos exigentes en tanto extremo, que Montt hubo de negarse á secundar sus intransigentísimos propósitos contra todo lo que fuese salirse de la más intolerante unidad católica.

Aprovecháronse de tales disidencias los federales, y, coligándose con los pelucones más cerrados á la banda, reclamaron la reforma de la Constitución. En Copiapó estalló una insurrección federalista, y los de este partido se hicieron dueños de Talca (enero de 1859). Los generales pelucones no se portaban con Montt como se portara Bulnes cuando la primera presidencia del docto catedrático; pero, á pesar de todo, el digno jefe del Poder Ejecutivo de Chile, jefe de las fuerzas de mar y tierra, según la Constitución, consiguió sofocar el movimiento federal en abril (1859), derrotando á los radicales en los llanos de Peñuelas.

Llegó la época de procederse á nuevas elecciones presidenciales (1861); pusiéronse de acuerdo los pelucones más retrógrados con los federales, y salió elegido el dignísimo patricio D. José Joaquín Pérez,

persona de relevantes condiciones. Pérez inauguró su mando otorgando una amplísima amnistía comprensiva de los delitos políticos perseguidos desde 1851. Con todo, el presidente Pérez no podía seguir una marcha franca, obligado á dar gusto á pelucones y radicales. Montt, jefe del partido conservador, le hizo una oposición terrible, acusándole de ser harto complaciente con los federales. Estos, en cambio, le prestaban muy leal apoyo.



CÁMARA DE DIPUTADOS DE CHILE (SANTIAGO)

De pronto (1863), hubo de suscitarse aquel conflicto que por tantos años nos tuvo indispuestos con el Perú y Chile. Parece ser que algunas cabezas locas de Madrid querían remedar á Napoleón, empeñado en convertir en imperio á Méjico, queriendo fundar, á su vez, un imperio en el país de los Incas. Fué allá nuestra escuadra (idea excelente), pero á bordo de la escuadra iba un personaje que gozó de alguna celebridad en su tiempo, el Sr. Salazar y Mazarredo. Este señor (que fué, años después, el que sirvió de intermediario entre Prim y Bismarck para armar á Francia la zancadilla de la candidatura de Hohenzollern), el Sr. Salazar y Mazarredo, pues, habló de que España tenía derecho á *reivindicar* la posesión de las islas Chinchas, y esto fué el origen de la guerra. Nuestros marinos hicieron proezas; pero, en cambio, se consiguió que las repúblicas vecinas á Chile estrecharan sus vínculos con ésta y dieran al olvido sus diferencias.

A pesar de las circunstancias excepcionales por que atravesaba Chi-

le, donde nuestra escuadra había bombardeado á Valparaíso y bloqueado, aunque con grandísima imprudencia, la costa (lo cual nos costó el apresamiento de la goleta *Covadonga)*, no podía desearse mayor cordura que la demostrada así por el país como por el Gobierno. "Las instituciones—dice M. Deberle—salieron intactas de aquella ruda prueba, y con noble orgullo pudo el presidente declarar, al abrirse la legislatura de 1866, que en medio de los azares de la guerra el país continuaba ejerciendo todas sus libertades. Hermoso ejemplo dado por la República Chilena á esos poderosos países de Europa, en que todas las garantías quedan suspendidas por el capricho de los gobiernos hasta seis años seguidos, y en que los rigores del estado de sitio son á cada momento invocados y aplicados."

Agradecido el país á la gestión de Pérez, le otorgó el honor de reelegirle, á pesar de haber anunciado el digno presidente, al expirar sus poderes, que le sería necesario al país soportar pesadas cargas para poner en defensa la costa. La popularidad de Pérez era tal, que los conservadores sólo consiguieron sacar cuatro diputados. Acto seguido decretóse una contribución de 5 millones de pesos *impuesta sobre la renta*, y nadie chistó. Chile prosperaba de una manera verdaderamente maravillosa, y aumentaba, además, su territorio con la conquista de la Araucania. En cuanto á nuestras diferencias, quedaron sin resolver.

Así llegó el año 1868; y cuando estalló aquí la revolución de Septiembre, se concluyó un armisticio con Perú y Chile. Éste, sin embargo, no se adhirió hasta 1871, reconociendo entre tanto como beligerantes á los insurrectos de Cuba.

Terminó en paz el Sr. Pérez su segunda presidencia, y fué elegido D. Federico Errázuriz (1871), de ideas conciliadoras también, como su antecesor. El mando de éste se señaló por las graves diferencias surgidas con la República Argentina, respecto á la soberanía sobre la Araucania y la Patagonia, así como con Bolivia sobre cuestión de límites; pero todo se arregló por la vía diplomática. Terminado el plazo presidencial, hubiera sido, sin duda, reelegido Errázuriz á no haberse reformado la Constitución en el sentido de abolirse tal facultad. En consecuencia, fué elegido nuevo presidente (1876), bajo cuyo mando sobrevino la discordia con el Perú, que dió por origen á aquella sangrienta guerra entre las dos repúblicas (1879).

Chile, haciendo un esfuerzo colosal, envió contra el Perú 46,000 hombres, que desembarcaron en Pisagua, Ilo, Pisco, Cuyaracú y Etén. Las tropas chilenas recorrieron en triunfo desde las pampas de Tarapacá hasta los desiertos de Piura, y sus banderas ondearon en las cumbres del Pasco.

El Perú contaba con 8,000 veteranos acuartelados en Lima y con 6,000 de guarnición en otras ciudades, muy engreídos por haber tomado parte en la defensa del Callao cuando el ataque de la escuadra de Mén-

dez Núñez y en multitud de combates entre peruanos; pero podía poner en pie de guerra, gracias á su alianza con Bolivia, 300,000 hombres. Contaba, además, con una magnífica escuadra y una brillante oficialidad de tierra, compuesta de 3,000 militares, desde alférez á general.

Empezó la campaña por las provincias del S. del Perú. A duras penas pudieron los peruanos enviar 8,000 hombres á San Francisco, los cuales fueron vencidos por 7,000 chilenos en la batalla de Tacna, haciendo los bolivianos prodigios de valor. Tomaron los peruanos algún desquite en la batalla de Tarapacá; pero de nuevo fueron vencidos por Baquedano.

Tratábase ahora de apoderarse de Arica, formidable plaza del litoral á corta distancia de Tacna. Habían los peruanos minado con dinamita las fortalezas de Arica, comunicando los hornillos por medio de hilos eléctricos con el fuerte del Morro, donde se encontraba el gobernador de la plaza, Bolognesi. Pero quedó burlado el intento de los que querían vengarse de aquella manera de la derrota de Tacna, pues los chilenos descubrieron el hilo y lo cortaron. Excusado es decir que Bolognesi lo hubo de pasar muy mal.

"Así terminó la memorable campaña del Sur,—dice un escritor,—costándole al Perú la ocupación del litoral de Tarapacá, los departamentos de Tacna y Moquegna, la pérdida total de su ejército de línea y *mas de quince mil víctimas.*"

Importaba ahora á los peruanos poner á su capital á cubierto, y á este objeto pudo el Gobierno de Lima reunir 31,000 hombres. La campaña del centro se inició con la sangrienta batalla de San Juan, en la que 28,000 peruanos, fortificados en reductos y trincheras levantadas en lo alto de escarpados cerros, debieron ceder al empuje de 21,700 chilenos. Y no fué eso lo peor, sino que las hordas de chinos que seguían á los chilenos se cebaron en los fugitivos.

En vista de tal derrota, los peruanos pidieron un armisticio á los chilenos por conducto de los ministros europeos. Concedióselo Baquedano; pero al poco tiempo hubo de verse atacado por los peruanos que le acometieron en número de 18,000. Baquedano pudo, con gran trabajo, reunir su confiada hueste, 15,000 hombres, y atacó al enemigo, entre cuyas filas se contaban muchos centenares de italianos. Resultado de esta nueva victoria fué que los chilenos entraran en Lima. Perdió el Perú en esas dos batallas 16,000 hombres.

Poco después desembarcaba en Pacasmayo la división Linchi, y paseaba su triunfante bandera desde Trujillo á Lambayeque, sin encontrar resistencia. La última batalla se dió en la sierra, en Guamachuco, siendo derrotados también los peruanos al mando del general Cáceres.

De resultas de esta terrible guerra, el Perú quedó horrorosamente arruinado. El vencedor impuso condiciones durísimas, arrebatándole al

vencido las provincias de Tacna y Arica, su escuadra y una indemnización atroz.

Nuevas elecciones celebradas en 1881 dieron el poder al partido conservador, y las de 1886 al célebre Balmaceda, derrocado en septiembre último (1891).

Era de prever que, dada la organización política de Chile, había de llegar un día en que estallase un conflicto de imposible solución, si no por las armas, entre el Congreso (ó sea las dos Cámaras) y el Poder Ejecutivo.

El presidente es elegido cada cinco años; las provincias eligen directamente triple número de compromisarios que el de diputados, y estos compromisarios son los que, á su vez, eligen el presidente. Éste no puede ser reelegido inmediatamente, sino que ha de transcurrir, por lo menos, otro plazo de cinco años. El presidente gobierna con seis ministros que elige á su gusto y un Consejo de Estado de once vocales, seis nombrados por el Congreso y cinco por el presidente; pero ese Consejo es, á la verdad, un cero á la izquierda.

El presidente nombra á los *intendentes*, ó gobernadores de provincia, y á los *gobernadores* de departamento. Los gobernadores nombran á los *subdelegados*, jefes de las subdelegaciones, y los subdelegados nombran á los *inspectores*, jefes de distrito. De aquí resulta que intendentes, gobernadores, subdelegados é inspectores son otros tantos agentes directos del presidente.

Los ayuntamientos tienen atribuciones muy limitadas, y se renuevan cada tres años.

Los magistrados son nombrados, según ciertas condiciones, por el presidente, y son inamovibles.

Los diputados son elegidos (según la reforma del 71) por tres años. El Senado se renueva por mitad cada seis años.

A pesar de que, según dice la Constitución, la República de Chile es democrática y representativa, una é indivisible, hay que reconocer que desde el triunfo de la coalición que dió el poder á Pérez, en 1861, ha regido aquí una verdadera oligarquía formada por la aristocracia santiaguesca; oligarquía que ha gobernado muy bien. La farsa del sufragio universal no ha impedido que cada presidente saliente pudiese ver elegido por sucesor al que le diera la gana, lo cual da la medida de lo que es en Chile la *autonomía provincial y municipal*.

Los partidos políticos son tres: los conservadores (amalgamados con los clericales), los liberales y los radicales.

Sea como fuere, gozaba Chile de los beneficios de la paz, cuando, próximo ya á expirar el plazo presidencial de Balmaceda, hubo éste de exponer, por medio de su ministro Ibáñez, un atrevido plan de reforma constitucional en sentido casi federalista. "El poder centralizador y absorbente que constituye la esencia en las instituciones actuales—decía el

Sr. Ibáñez (febrero de 1890)—no corresponde ya á las aspiraciones hacia la verdadera libertad que llenan ahora todos los corazones. Por eso (y ésta es la base de nuestra política) es necesario demoler las instituciones que se oponen al establecimiento de un gobierno de verdadera libertad y acabar de una vez para siempre con los partidos personales."

Dedújose del *speech* del Sr. Ibáñez que la reforma imaginada por Balmaceda tendía al federalismo. La idea era buena, pero no cuajó, por creerse que se trataba de una maniobra electoral, para que pudiese salir triunfante el candidato *in petto* de Balmaceda, Sr. Sanfuentes. Este, sin embargo, se apresuró á declarar que en manera alguna se *presentaría*.

Abrióse el Congreso en junio (1890), y Balmaceda expuso en su mensaje cuáles eran sus aspiraciones. Declaró, pues, "que la Constitución que organizaba la República unitaria, centralizadora y absorbente había sido dictada por el deseo de garantizar el orden público y el principio autoritario; que, con los años, la influencia constitucional del Poder Ejecutivo había ido perdiendo gradualmente terreno á causa de las prácticas y de la influencia del Poder Legislativo; que los chilenos habían acabado por creer en un pretendido régimen parlamentario, y que el pretendido gobierno parlamentario de la República tendía constantemente hacia la dictadura del Congreso, de igual manera que el Gobierno unitario, centralizador y absorbente tendía á la consagración de la dictadura legal". Y acababa diciendo: "No acepto para mi país la dictadura del Congreso. Tampoco estoy por la dictadura del Poder Ejecutivo."

La situación se hizo imposible. La Constitución chilena no faculta al presidente para disolver las Cámaras, y por espacio de medio año el Poder Ejecutivo y el Legislativo vivieron como perro y gato. Formóse una coalición entre los unitarios y una fracción de radicales. Pusiéronse al lado de Balmaceda el ejército y el pueblo.

Al cabo de nueve meses de lucha triunfó el partido llamado *congresista,* vencido en la batalla de la Viñeta, cerca de Valparaíso (septiembre de 1891). Restablecióse la normalidad, y al presente todo está en orden, aunque reina una terrible crisis económica, y el partido clerical se muestra algún tanto quejoso por no verse atendido en la medida que desearía, después de haber contribuído tanto á derrocar al tirano. En cuanto á éste, sabido es que se suicidó.

Resumiendo, veremos que Chile ha sido la república sudamericana en que menos conmociones ha habido que registrar, pues ya en 1833 gozaba de un régimen estable y respetado, no habiendo ocurrido desde entonces hasta 1891 ningún trastorno intestino de mediana importancia siquiera, mientras tantos y tantos cambios y perturbaciones ocurrían en nuestra España.



CAPITULO XVI

Valparaíso.—Los *Rotos*.—Las minas de carbón

Valparaíso ofrece un carácter completamente distinto de la capital; es un centro comercial, ante todo, y la parte pintoresca queda muy en segundo término.

La población está edificada en forma de anfiteatro, sobre una serie de áridas colinas ó cerros. Entre esas colinas descuellan tres que se distinguen por el lujo del caserío. Las casas están rodeadas de jardines y dan vista á la bahía por medio de magníficas tribunas. Las demás colinas llevan á cuestas las miserables casas habitadas por las clases populares.

En la parte baja, junto al mar, se extiende el barrio comercial, formado por tres calles paralelas, perpendiculares al muelle. En la desembocadura de la calle central se levanta la estatua del célebre marino chileno Arturo Prat, que tanto se distinguió en la guerra del Perú.

La bahía es vasta, limpia y hermosa, pero no muy segura contra los *nortasos*.

El barrio comercial es animadísimo, siendo innumerables los almacenes, escritorios, bancos y despachos que allí hay, estando en minoría las tiendas al pormenor.

Acercándonos ahora al puerto, veremos en primer lugar el desembarcadero, donde toman tierra los pasajeros transportados á Valparaíso, desde los grandes *steamers* á bordo de unos vaporcitos *ad hoc*. Este desembarcadero forma como una isla, puesta en comunicación con el muelle por un ligero y elegante puente. Veremos luego el *Muelle Fiscal*, en el cual funcionan multitud de poderosas grúas y machinas para la descarga, y está surcado por numerosas líneas de rieles. El *Muelle Fis-*

cal, sin embargo, resulta exiguo para que puedan atracar todos los buques, y por este motivo tiene que procederse á la descarga de los más por el pesado y caro sistema de las barcazas. Sólo atracan, y aun no cogen todos, los vapores que descargan mercancías extranjeras.

Los demás muelles consisten en andenes sostenidos por medio de rieles, objeto de que se hace gran consumo en las construcciones del país. Esos muelles ó andenes forman un semicírculo, siguiendo el contorno de la bahía.

Cerca del *Muelle Fiscal* se encuentran la Aduana, que es un vastísimo edificio, y los Docks, que son unos almacenes verdaderamente grandiosos.

Volvamos ahora á la ciudad. Emplazada en lo alto de uno de los cerros que dominan el barrio comercial, hállase emplazada la Escuela Militar, y en sus contornos aparecen diferentes fuertes destinados á la defensa de la costa.

Una observación que se ofrece desde luego al ánimo del viajero es el predominio que alcanza en Valparaíso el elemento inglés. La mayoría de los buques fondeados en sus aguas son ingleses. Oyese hablar inglés por las calles con tanta frecuencia, como el idioma de Ercilla: farmacias, librerías, tabernas, hoteles, almacenes llevan rótulos ingleses. Publícase un periódico en esta lengua; hay una iglesia anglicana, aunque es verdad que no dió poco que hacer, y, finalmente, abundan que es un gusto las pudibundas hijas de la pérfida Albión.

Y eso se ve en todo Chile. Ya en la Tierra del Fuego tienen los ingleses unos misioneros que, según cuentan, han domesticado bastante á aquellos ex antropófagos; en la Patagonia chilena, todos los grandes establecimientos de ganadería son ingleses; ingleses son los directores, jefes é ingenieros de los ferrocarriles de la República, y lo mismo sucede, según dicen, en las minas.

Siguen en orden de importancia numérica y social á los ingleses los tudescos. La *Araucania* es una especie de Turingia, y lo mismo sucede en las provincias del Norte. En cambio, nosotros figuramos en cortísimo número, pudiéndose decir lo mismo de los franceses, á pesar de la desmedida afición de los chilenos á pasar una temporada en París, ciudad hermosa, ciertamente, pero no muy benigna con los sudamericanos, á quienes suele medir con el mismo rasero, sin reparar en las diferencias que separan al *rastacuero* de la persona decente y digna.

Pero sigamos recorriendo á Valparaíso. Hemos hablado hasta ahora de todo lo bueno: hora es ya de contar lo malo, y lo malo es la condición en que se desliza la existencia de los pobres. En los cerros no ocupados por las hermosas quintas de los favorecidos por la fortuna tienen sus campamentos los peones; y digo campamentos porque sería excesiva ponderación calificar de casas las miserables viviendas en que se cobijan aquellos infelices. En pocas poblaciones es dado encontrar

tan marcada diferencia entre las habitaciones del pobre y las del rico como en Valparaíso. Los *materiales* de las chozas en que moran los peones son de lo más extraño, confundiéndose los cascos de sardinas con las latas de conservas, y los baúles desfondados con el costillaje de los barcos deshechos.

Tan pésimas condiciones higiénicas engendran una espantosa mortandad de niños, y, sin duda, á esta causa se debe la escasa población de



MUELLE DE PASAJEROS (VALPARAÍSO)

Chile, siendo, como son, tan favorables las condiciones de su clima y tan abundantes los recursos del país. Así es que, en lugar de pensar, como Balmaceda, que lo más urgente era fundar escuelas para que los peones pudiesen instruirse, sería preferible, sin duda, mejorar las viviendas y cuidar de la higiene de las clases trabajadoras.

Hay en Chile gran número de masas en las que, si se sembrase la semilla socialista, fructificaría de una manera aterradora, pues no se da impunemente el caso de coexistir una oligarquía de corto número de familias en contraposición con una abrumadora mayoría de gentes reducidas al mayor extremo de ignorancia y malas condiciones de existencia.

"El peón chileno—dice un viajero—ama su cabaña de fango y de juncos. Las mujeres de su raza, fieles á las tradiciones instintivas de sus abuelos indios, desdeñan las sillas y se sientan en el suelo. Y el peón y su mujer prefieren comprar lo que necesitan á los buhoneros, que, como

ellos, se sientan en el suelo, que no surtirse en una tienda limpia y bien tenida. Aparte de esto, es un excelente minero, y es también un trabajador infatigable, que sale airoso á maravilla de todas las faenas en general y de los cuidados agrícolas en particular; siendo muy dócil cuando se le trata con justicia y dejándose llevar fácilmente cuando se le sabe manejar. Tiene, á no dudar, sus defectos y sus insuficiencias; pero no carece de inteligencia.

"Los peones chilenos, y principalmente los obreros de industrias diversas, los más inteligentes, designados con el nombre de *rotos*, esto es, de hombres andrajosos, son verdaderamente maravillosos tipos de fuerza y de resistencia á la fatiga. Ningún europeo podría rivalizar con ellos. Nada más curioso que verles trabajar en las minas.

"Lo mismo sucede en los puertos chilenos con los descargadores, que son también *rotos*. Esos hombres poseen una enorme fuerza física, desdeñan todo auxilio mecánico y llevan sobre la cabeza ó á cuestas fardos extremadamente pesados.

"Mineros y estibadores se conducen como niños grandes. Lo que hace uno, lo hacen los demás; y con buenas palabras se puede obtener de ellos cuanto se quiera, á no ser trabajar cuando creen que han hecho bastante faena. Entonces sería en balde ofrecerles duros suplementarios. Tienen bastante dinero para satisfacer sus necesidades de momento. "—No quiero trabajar más, patrón", dicen, en el tono más amistoso. Y media hora después están todos alegres y bailan *cuecas* endiabladas.

"Así es como trabajan todos los *rotos*, por accesos; así es como se gastan el salario hasta el último céntimo, sin inquietarse jamás por el porvenir. Cuando un *roto* se hace viejo (lo cual es raro, pues las bebidas de mala calidad, las enfermedades de corazón y las tisis se llevan á la mayor parte en la flor de la edad), ó cuando no puede trabajar más, va á vivir con alguno de sus camaradas más afortunado. Todos los *rotos* son, en efecto, compadres ó tocayos, y abrigan unos hacia otros los mejores sentimientos, excepto cuando se disputan, ó empuñan el cuchillo y se dan."

Parece ser, sin embargo, que los *rotos* van desfilando á más y mejor hacia la Argentina, donde ganan mejor salario.

Tres días hacía que me encontraba en Valparaíso, cuando recibí un telegrama de un amigo de La Concepción preguntándome si tendría gusto en visitar las minas de carbón de la *Compañía Explotadora de Lota y Coronel*, para donde debía salir en breve; y como dicha persona es una de las que más aprecio, no quise en manera alguna disgustarle, y allá me fuí; pero optando esta vez por la vía marítima, ya que estaba cansado de tanto viajar por la línea férrea que pone en comunicación la capital del Norte con la del Sur.

Desembarqué en Talcahuano, y á la media hora me encontraba en

casa de mi amigo, chileno de la mejor casta, y á lo que me pareció un tantico federalista.

Al amanecer del día siguiente subimos al tren, en la línea de La Concepción á Los Ríos de Curinalahue, al extremo N. de la recién conquistada provincia de Araucania. Esta línea, que sólo recorre un trayecto de 96 kilómetros y pertenece, como no hay que decir, á una compañía inglesa, está destinada casi exclusivamente al transporte del carbón que



MONUMENTO Á ARTURO PRAT (VALPARAÍSO)

se extrae de la gran cuenca de 30 kilómetros de que es propietaria la citada compañía.

A los 5 ó 6 kilómetros, cruzamos el majestuoso Bió Bió, que tanto admiré al verlo correr á lo largo de la línea de San Rosendo á La Concepción. El puente por donde pasamos es de lo más soberbio que puede concebirse, pues mide *1, 864* metros de longitud, estando sostenido por 62 arcos apoyados en pares de columnas tubulares, cuyas bases descansan á gran profundidad en la arena del cauce. Admira la longitud del puente, que rivaliza con el celebérrimo sobre el Forth; pero admira más aún pensar en los colosales trabajos que han sido necesarios para cimentar las pilas.

El paisaje es árido, un verdadero páramo, y así continúa hasta Coronel, en la bahía de Arauco. Desde este punto á Lota, también en la costa, más al S., vense verdes bosques que cubren las vertientes occidentales de la cordillera; pero, á lo que parece, esos bosques son artifi-

ciales, constituyendo uno de los alicientes del regio parque de que hablaré después.

Lota es el Creuzot ó el Charleroi de Chile. El primero en explotar el carbón de piedra, hace cosa de cuarenta años, fué D. Matías Cousiño, fundador de la opulenta dinastía de su nombre. Cousiño tuvo que luchar mucho en un principio para que le tomaran el carbón, pues éste es un 20 por 100 inferior al inglés. Y es que, hablando en puridad, no es verdadero carbón de piedra, sino que ocupa un término medio entre el lignito y el otro, perteneciendo á la formación terciaria inferior, ó sea al terreno eoceno, no á las formaciones carboníferas de la época secundaria.

La longitud total de la cuenca hullera de Chile, comprendida entre Talcahuano al N. y Cañete al S., siempre á lo largo de la costa, es de 150 kilómetros. La mayor parte de los yacimientos son submarinos; pero más al S. llegan á tierra firme.

Los filones de Lota (propiedad de la *Compañía Explotadora*, compuesta, de hecho y de derecho, únicamente de los Cousiños) son tres, superpuestos. El primero tiene un metro de espesor, sigue una capa de arcilla esquistosa y de asperón de 35 metros; otro filón de un metro; otra capa, como la anterior, de 9 metros, y otro filón de 160 centímetros. El mejor carbón, sin embargo, se extrae de las galerías submarinas, á 280 metros bajo el nivel del Pacífico.

La *Compañía Explotadora* extrae anualmente de sus pozos más de 200,000 toneladas de carbón. Tiene ocupados á 2,000 mineros que trabajan doce horas y ganan de 80 centavos á 1 peso, cobrando 75 centavos en papel. El salario, como se ve, es poquísimo, pues el dollar, ó peso chileno, es la mitad de nuestro duro, pero hay que añadir que la Compañía da casa y agua gratis á los mineros, y esas casas están muy bien construídas y conformes á la higiene.

La única mina peligrosa, en cuanto al grisú, es la submarina, por lo cual los trabajadores hacen uso de la lámpara de Davy. Las otras galerías no ofrecen grande riesgo, y de ahí que los mineros trabajen á la luz de una especie de candiles que fijan en la visera ó en el plato de sus gorras de cuero.

La tercera parte de los mineros abandona su ocupación durante cuatro meses del año para emplearse en las faenas agrícolas; es decir, que son gente que hace á pluma y á pelo, y no está embrutecida por la *división del trabajo*, llevada á sus extremos límites, como sucede en Europa.

No viven mal: no les faltan sopa, vaca, patatas y pan blanco; pero sí están privados de vino, debiendo contentarse con café. Esto les cuesta 15 pesos al mes, y pueden, por lo tanto, poner á un lado 9 ó 10 para vestirse y demás.

En estas provincias del Sur subsisten, casi sin alteración, el tipo espa-

ñol puro; de manera que estos mineros no se parecen nada á los peones ni á los *rotos,* de procedencia mestiza. Es indudable que los mineros de Lota son los obreros más envidiables de toda la república, aun cuando no sea sino por la consideración con que se les trata.

La ciudad se divide en parte alta y parte baja, y contiene unos 14,000 habitantes. Hay cuatro escuelas públicas y dos particulares, costeadas éstas por la Compañía, asistiendo, en conjunto, unos 600 niños.


LOS ALTOS HORNOS Y EL MUELLE DE LOTA

El caserío no tiene nada de particular. En la parte alta vive la gente principal, en bonitas quintas rodeadas de jardines, y en la parte baja la población obrera, en casas de ladrillos, cómodas y ventiladas.

Los edificios principales son la iglesia, el club y el hospital de mineros, donde éstos son perfectamente atendidos en sus enfermedades.

Los Cousiños pueden, por otra parte, mostrarse rumbosos, pues esas minas les dejan 1.200,000 duros limpios cada año.

La *Compañía Explotadora* es poderosa. El terreno donde radican sus minas no ocupa más que 1,600 metros cuadrados, y, sin embargo, hay allí los cinco pozos de Lota y la mina llamada del *Buen Retiro,* al N. de Coronel, y además numerosos establecimientos ajenos á la explotación, tales como fundiciones, fábricas de cristal, tejares, etc., sin contar un copioso material de arrastre y dos muelles para la carga y descarga. La *Compañía Explotadora* posee cuatro vapores y muchos buques de vela, en su mayor parte del Masnou, que conducen el carbón á los puertos del Pacífico y regresan con mineral de cobre, destinado á ser tostado en los altos hornos de la Compañía, los mejores del país.

Esos altos hornos, en número de treinta, son tan importantes como las mismas galerías, y es imposible verlos sin pensar en la triste situación de aquellos pueblos de nuestra provincia de Huelva sujetos á los *humos*... de cuatro judíos. Trabajan en la fundición de las piritas 600 hombres, y se obtienen cada mes 1 000 toneladas de cobre, en la proporción de 97 por ciento de metal puro. Y aun, sin duda por creer los Cousiños que los altos hornos están mandados retirar, comienzan ya á emplear los *conversores Manhés,* en los cuales se prescinde de la calcinación y se ahorra tiempo, trabajo y combustible.

La fábrica de cristal de Lota es la única que hay por ahora en Chile; trabajan en ella 80 hombres y produce 100 000 botellas al mes, amén de aisladores telegráficos y otros objetos.

El tejar produce 2 millones de ladrillos al año. La arcilla refractaria procede de las dos capas interpuestas entre los tres filones de carbón.

Además de estos establecimientos, hay en Lota una maestranza en que están continuamente ocupados 80 hombres en reparaciones, fabricación de herramientas, etc.

Las otras minas de carbón no tienen la importancia que estas de Cousiño: hay las de Schwager, en Coronel, que rinden 70 000 toneladas al año; las de la Compañía del ferrocarril, 30 000 toneladas; las de Errazuri, en Lebú, 40 000; y algunas más. El número total de toneladas de carbón chileno, extraídas al año, ascienden á 400 000 toneladas, exportándose 300 000 á Australia é Inglaterra. Empléase este carbón para los gasómetros, máquinas de vapor y fundiciones.

La maravilla extrametalúrgica de Lota es la quinta Cousiño y su parque. La quinta, de estilo Renacimiento francés, y que podría llamarse muy bien de *Miramar,* está emplazada en lo alto de un promontorio que separa la bahía de Lota de la de Coronel y está rodeada por un inmenso parque en el cual se han plantado bosques, construído cascadas imponentes y sembrado las más hermosas flores, hasta quedar convertido el tal *parquecito* en uno de los mejores *botánicos* del mundo. Verdad es que la cosa ha costado veinte años de trabajos y un *Pacífico* de millones.

Satisfecho de mi excursión, y á los cuatro días de gozar de las delicias de Lota, regresé á La Concepción con mi amigo y me resigné á regresar á Valparaíso por el ferrocarril, admirando por tercera ó cuarta vez las delicias del valle central y el teatro de las proezas de D. Pedro de Valdivia y de Caupolicán y Colocolo. En cambio, no pude decir, ni entonces, ni después:

Por mil partes, en corros derramadas,
vi gran copia de ninfas muy hermosas:
unas, en varios juegos ocupadas;
otras cogiendo flores olorosas;

otras suavemente, y acordadas,
cantaban dulces trovas amorosas,
con cítaras y liras en las manos
diestros sátiros, faunos y silvanos.

Ví, en cambio, chilenas, inglesas y alemanas; peones, rotos, y muchos, pero muchos, hijos de John Bull, cosa de que afortunadamente se vió el insigne D. Alonso de Ercilla, en cuyo tiempo los ingleses no se habían comido aún, como hicieron después, las cinco partes del mundo.



CAPITULO XVII

Iquique y el desierto del Nitrato

SALGO de Valparaíso para Lima; pero aprovecho la ocasión de hacer el vapor escala en Iquique para visitar algunos establecimientos de la provincia *del Nitrato,* producto que figura en primera línea entre las exportaciones de Chile, siendo hoy la base de su principal riqueza. Daré luego la vuelta hasta Pisagua, y allí volveré á meterme en el charco hasta la capital peruana.

Es Iquique importantísima ciudad, desde el punto de vista comercial, siguiendo, en este concepto, después de Valparaíso. Respecto á población, ocupa solamente el n.º 7, aventajándola Santiago, Valparaíso, Concepción, Talca, Chillán y Serena. Su situación está á los 20° 12'15'' latitud S., algo al N. del trópico de Capricornio.

El puerto es feo, triste y malo; está rodeado de arrecifes y escollos que impiden la aproximación de los vapores, por lo cual se ven obligados éstos á fondear en una bahía inmediata. Los embarques y desembarques se efectúan por medio de gabarras, como en tantos otros puertos de la América del Sur. Los muelles de Iquique, á 50 metros más allá de la orilla del agua, son notoriamente insuficientes para las necesidades del tráfico. El cargo se desembarca en la bahía; de allí es conducido en barcazas á los muelles, y de los muelles es conducido á hombros, con agua hasta la cintura, á la playa en las horas de bajamar.

En la playa hay varios tinglados, muy primitivos, donde están amontonados los sacos de nitrato. En los alrededores vense humear numerosas chimeneas de fábricas en que se refina la plata. En el fondo, y á

unos [illegible] kilómetros de la costa, levántase la Cordillera, siempre árida y parduzca, con multitud de colinas arenosas en sus faldas.

La población está edificada en el monótono arenal entre los montes y el mar, y ofrece poco de notable, como no sea la afición de los arquitectos al empleo del *gótico*. ¿Qué demonios de tradiciones góticas puede haber jamás habido en esta desolada costa del Pacífico? Pero ello es así.



BAHÍA CHAMBIQUE Y QUINTA DE COUSIÑO (LOTA)

Las calles son anchas y rectas, con aceras de tarugos; las casas, de madera, bajas. Hay un bulevar á lo largo de la playa, de N. á S., y una plaza plantada de pinos de los Estados Unidos que rodean un monumento *gótico* dedicado á Arturo Prat, como el de Valparaíso. También es gótica la fachada de la fonda: no cabe más gallardo reto lanzado... á los terremotos.

La plaza de Iquique, á que me refería antes, es muy bonita; ocupa uno de sus lados un excelente y espacioso teatro, más vasto quizás de lo que requiere la taquilla. Los otros lados están cerrados por bonitas casas de madera, pintadas de colores vivos, con techo plano cubierto de conchas machacadas, sustancia muy higrométrica, preciosa en un país donde el rocío es excesivo, y provistas de grandes ventiladores. Con todo, hay dos manzanas de casas de ladrillo ó piedra, en las que el arquitecto ha podido dar rienda suelta á su fantasía ojival.

En esta zona marítima no llueve nunca, constituyendo cualquier chaparrón un verdadero fenómeno, y, por lo mismo, nada tiene de extraño que la vegetación brille por su ausencia. Para los servicios de vialidad y para los usos domésticos de aseo se hace uso de agua de mar; de manera que todas las calles están convertidas en una especie de *alfaques,* con el depósito de la sal por evaporación. Para los usos culinarios y la mesa se apela al agua de mar destilada ó á la que se trae de Arica, en pipas. Parece ser, sin embargo, que no tardará Iquique en estar surtida de agua, procedente del oasis de Pica, en los Andes.

La ciudad tiene un aspecto absolutamente cosmopolita; predomina, con todo, el elemento inglés, pero sin excluir el alemán, chileno, español, francés, italiano, holandés y ruso. Sería preciso ser consumado poliglota para traducir todos los letreros.

Desde la altura de Camarones, esto es, desde los 19° latitud S., hasta Copiapó, 28°, de N. á S. extiéndese un vastísimo desierto que con perfecta razón ha sido comparado á un inmenso laboratorio de química. Desde Camarones á Tallai (25° 45') el país, ó sea la vertiente occidental de la Cordillera, es muy abundante en *nitratos,* especialmente de sosa *(caliche),* pero las vertientes orientales abundan todavía más en dichas sales. Los yacimientos se encuentran á 1,000 ó 1,300 de altitud sobre el nivel del mar, pues la costa sube rápidamente desde á corta distancia del Pacífico. La vertiente oriental, donde radican los más ricos yacimientos, dista sólo del mar unos 35 ó 40 kilómetros.

Entre la Cordillera y los Andes se extiende una vasta pampa, que tiene su análogo al S. en el frondoso y alegre valle central de Chile. Se ha notado que á medida que se acercan los yacimientos á la pampa presentan mayor mezcla de sales.

Se me ofrece ocasión de visitar las *oficinas* de la provincia de Tarapacá, y me pongo en camino acompañado de un amigo inglés, empleado en una de las principales *salitreras* de aquélla.

De igual manera que hay un ferrocarril para ir desde La Concepción á las minas de carbón de Araucania, haylo también para ir desde Iquique á los diversos establecimientos calicheros de la vertiente oriental de la Cordillera, limítrofes de la Pampa. Llámase esta línea *Nitrate Railway's Company, Limited.*

El material es magnífico, digno de una nación civilizadísima, y la calidad de los pasajeros inspira verdadera sorpresa. No deja de ser extraño, en efecto, encontrarse, á la puerta de un desierto, como quien dice, con correctísimos ingenieros ingleses, vestidos con tanta pulcritud como si se tratara de ir á una oficina situada en el mejor sitio de Londres. Otros, optando por el carácter pintoresco, ostentan calzón de piel, botas de montar y casco de corcho, forrado de blanco. Siguen á éstos varios taberneros ó cantineros italianos y austriacos que tienen *bars* en ésta ó la otra *oficina;* mineros de toda nacionalidad; empleados perua-

nos, bolivianos ó chilenos; señoras, vestidas *à la dernière,* cuales con mantilla, cuales con *chapeau de Paris; cholas y peonas;* chinos; *rotos;* indios de Bolivia; mercaderes ambulantes españoles.

A pesar de que Tarapacá se encuentra al NE. de Iquique, la vía se dirige al principio directamente al S., á lo largo de la vertiente occidental de la cordillera hasta llegar á Molle, á 1,578 pies sobre el nivel del mar. Viene en seguida una gran curva y tuerce de O. á E., subiendo



LOTA BAJA

hasta Santa Rosa (2,782 pies), donde se benefician unas ricas minas de plata. Nueva curva de SO. á NE. hasta las Carpas, y vuelta del NO. al SE. hasta *Estación Central,* á 3 223 pies. Esta altura hemos subido en un trayecto de 45 kilómetros, desde Iquique. En todo el camino no hemos descubierto ni una sola yerba. Todo piedra, como un paisaje de la luna. Con todo, no dejan de admirarse algunos efectos muy pintorescos, pues los contornos de ciertas colinas son muy lindos y de vez en cuando aparecen rocas de colores que armonizan muy elegantemente entre sí: verdes, violetas, rojas ó amarillas.

Pasado Estación Central, de la que parten varios ramales, la línea traza otra gran curva y sigue hacia el NE., subiendo por Montevideo y La Serena hasta Pozo Almonte, á igual latitud que Iquique, pero á 3,771

pies sobre el nivel del mar. En Pozo Almonte hay pozos de agua. Se la extrae por medio de bombas, y por su propio peso baja hasta Estación Central, desde donde es enviada en pipas á las estaciones intermedias. Como el agua de Almonte contiene mucho sulfato de cal y carbonato de sosa, se procede á destilarla antes de emplearla como vapor en las locomotoras.

La estación de Pozo Almonte es muy pintoresca, tanto por la situación que ocupa como por la gente que se ve en ella. Extiéndese á nuestros pies la vastísima pampa llamada del Tamarugal, semejante al cauce de un inmenso río en seco, y divísanse, diríase que á tocar, las altísimas cumbres de los Andes, á la otra parte de la Pampa. Pero siempre con igual ausencia de vegetación, siempre imperando en absoluto la roca multicolor, la línea ondulosa, el claroscuro de los valles, la silueta montañesa, más ó menos fantástica según la imaginación de cada uno.

La estación está llena de seres humanos, cuya presencia, por de pronto, ocasiona una especie de indecible extrañeza, pues cuesta trabajo figurarse cómo han podido venir á establecerse los tales en este escondidísimo paraje, imagen del yermo. Comprendo á aquellos monjes rusos del convento de Mar Saba, ó San Sabas, que vi en el desierto pétreo de Judea; comprendo aquellos beduinos del desierto de Abarim, al Oriente del Mar Muerto: eran penitentes, eran indígenas; pero estos de aquí no son indígenas ni penitentes: son europeos, en su mayoría, que saben lo que es la civilización sajona, germánica ó latina, y se avienen, no obstante, á permanecer en un país donde no hay sino salitre y rocas; donde no se crecería ni siquiera un humilde musgo ni un raquítico helecho; donde no hay agua, donde no hay más que mineral.

El elemento americano no es chileno, sino boliviano. Indias bolivianas son las vendedoras de uvas y tortas y cazuela que ocupan los alrededores de la estación. Su tipo es enteramente distinto del de las araucanas y cholas del Sur. Son de color cobrizo, carianchas, con grandes trenzas de negrísimos cabellos, formas abultadas, pero ágiles y vivas. Algunas, con todo, serían pasaderas aún en Europa si las favoreciera más el traje; pero ¿cómo demonios ha de favorecerlas? Cúbrense con un hongo hombruno, ó bien con sombrero de paja no menos masculino; el torso envuelto en un pañolón, puesto encima de una camiseta, y sigue luego una balumba inmensa de sayas, de un espesor fenomenal. Y, en efecto, cada año, por Carnaval, las bolivianas se honran con unas sayas nuevas; mas no por eso abandonan las viejas: se las ponen encima, y así van depositándose sayas sobre sayas que no parecen sino un trasunto de las capas geológicas.

Esas bolivianas son grandes comerciantes. Cultivan varias legumbres y frutas en el oasis de Pica (resto de la civilización española, en los Andes), y recorren la Pampa de E. á O. y de N. á S., borricalmente montadas, sin economizar esfuerzos ni trabajos.

Las numerosas estaciones de la línea férrea de Iquique á Pisagua sirven de núcleo á la formación de pueblos. Así como antes lo primero era la Iglesia, el Cabildo y la Horca (excepto cuando se ponía la horca antes que el lugar), parece que la civilización moderna exija, ante todo, una estación de ferrocarril. Y, en efecto, es una verdad demostrada que no solamente los ferrocarriles están destinados á servir á las poblaciones, sino que se crean poblaciones allí donde hay ferrocarriles.



DESCARGA DE MERCANCÍAS EN LA PLAYA DE IQUIQUE

Esas poblaciones nuevas son, como ya se comprenderá, eminentemente rudimentarias. Las *casas* son barracones ó tinglados, todo improvisado, con absoluta ausencia de mampostería ó sillería: hierro y madera es lo bastante. Cada barracón lleva su letrero: *La Flor de la Serrana* (atrevidísima metáfora), *La Bella Jardinera* (tropo hiperbólico absurdísimo), *La Boliviana, Great bar-room* (andaluzada británica), etcétera.

Después de haber hecho parada en Almonte, y al filo de mediodía, continuamos la marcha, derechamente al N., bordeando la Pampa. Sopla el viento levantando una polvareda que no deja ver los Andes, á

nuestra derecha, y cualquiera diría que estamos atravesando el desierto de Sahara. Menudean más que antes las estaciones, cada una anexa á una *oficina:* Buen Retiro, Calacala, *La Palma* (imaginario nombre), La Peña Chica, La Peña Grande, Ramírez, Constancia, etc. Cuando más nos remontamos al N., más se estrecha la Pampa, y, por lo mismo, más se acercan los majestuosos Andes. De vez en cuando, divísanse densas columnas de humo: son las chimeneas de las oficinas.

Al llegar é Santa Rosa de Huara, en lo alto de una meseta, no puedo contener un suspiro de satisfacción. Veo plantas: unas achaparradísimas acacias llamadas *tamarugales,* restos de una antigua vegetación destruída por las necesidades del combustible, cuando no existiendo aún el ferrocarril, se hacía difícil el transporte de carbón de piedra.

Poco antes del ocaso, la Pampa ofrece un aspecto extraordinario, casi mágico: á la anterior monotonía gris y polvorienta sucede una espléndida coloración rojiza y violeta, de admirable efecto. Las montañas enormes se revisten asimismo de vivos tonos anaranjados y violetas, y las nieves eternas de los Andes resplandecen con magníficas irisaciones diamantinas. Reconozcamos, pues, que también salen coloristas las rocas y la arena.

Por fin, y ya de noche, llegamos á la estación de Amelia, término de nuestra excursión, dejando que el tren prosiga su marcha hasta Pisagua, en el Pacífico, estación término.

No es poca mi sorpresa al encontrarme en Amelia, al borde de la Pampa, con una casita de campo á la inglesa, donde nada falta, como no sea tierra, árboles, plantas y yerbas, para creerse en su *cottage.*

El *home* de mi amigo es un modelo *confort,* dentro de la falta absoluta de vegetación, y hay que envidiar verdaderamente el arte enérgico con que saben los ingleses implantar un trozo de *Britannia* doquiera asientan su planta. Han hecho de Hong-Kong, de Aden y de Gibraltar ciudades inglesas: repiten la vida inglesa en la Pampa chilena del Norte. Muebles de Londres, luz eléctrica, buena mesa, piano, biblioteca, periódicos, caballeriza, patio para el *lawn-tennis,* gimnasio, todo eso hay. A mi llegada, preséntame el amigo *engineer* á su señora é hijos y á varias vecinitas, vestidas con elegancia todas ellas, con exquisita coquetería, como si en vez de un *five o'clock* pampero se tratara de un te en Belgravia. ¡Gente singular, admirablemente esclavos de la *civility!* Gran manera de soportar el destierro es la convicción de que en todas partes es Inglaterra. Y ésos no se aburren, ni por asomo. Las *misses* juegan al *cricket* y al *tennis;* montan cada tarde. Los hombres se dedican á los *athletics,* al *cycling,* al *foot-ball,* y, como es natural, al nacional..., *drinking.* Eso se llama querer divertirse contra viento y marea, y conseguirlo.

Fuera de la preciosa casita del director, no vale gran cosa lo demás. La gente vive en barracones ó cobertizos, de madera y hierro; pero la

suavidad del clima hace inútil mejores resguardos contra la intemperie.

Cada *oficina* representa un total de 2,000 á 3,000 personas, incluyendo las familias de los operarios; cifra que, como se ve, supone un verdadero pueblo, y aun tenemos *ciudades* en España que quizá no lleguen á tanto. Todos esos pueblos son lo mismo: dos ó tres calles de barracones, la estación, la casa del ingeniero... y un cementerio. Cementerio insolente, donde se contradice lo de *in pulvere reverteris,* pues por la



BOLIVIANAS

naturaleza del suelo los cadáveres no se reducen á polvo, sino que se momifican. Cada enterramiento está señalado por una cruz de palo.

El elemento *mercantil* de estas poblaciones está constituído por las inevitables indias bolivianas, revendedoras ambulantes de agua destilada y de legumbres y frutas de la pulpería.

En todas estas villas mineras está en pleno vigor el sistema del cobro en especies; el operario está obligado á surtirse de víveres, bebidas, vestidos, muebles, acordeones, máquinas de coser, etc., etc., para sí y para su familia en la *pulpería* ó almacén, invirtiendo en ello el 60 por 100 de su salario. Calcúlase que cada operario deja á la compañía, con este sistema, 10 pesos de beneficio al año. El operario, cubiertas todas sus necesidades, puede ahorrar, pues, un 40 por 100; pero no lo ahorra, sino que se lo juega (y pierde) ó lo gasta en chicha y en licores... ultraamílicos, de procedencia alemana. Y vengan *zamacuecas.* Sin embargo, la peor plaga de estas *oficinas* son los *timbistas,* que roban su dinero en las chirlatas á los infelices operarios y regresan luego á Europa.

En suma, la nota alegre de estas villas son las bolivianas *multisayadas,* heroínas de la cueca y Pomonas de la Pampa.

Grande orgullo es para todo pecho español saber que esas frutas, esas uvas que las bolivianas compran en la pulpería, son debidas á los buenos cuidados de nuestros inmortales conquistadores y pobladores, que plantaron de vides y de frutales el suelo del oasis de Pica.

Pero vengamos ya á los *nitratos*.

Para su explotación requiérense dos operaciones distintas: extracción del *caliche* del suelo, ó sea de la *calichera*, y extracción del nitrato contenido en el caliche.

Lo primero se hace practicando un barreno *(tiro)* de 30 á 35 centímetros de diámetro; hácese saltar la tierra y aparece el caliche, ora á 1 ½ pie, ora á 10 pies y aun más de profundidad, bajo dos capas, una superficial de arena y polvo *(chica)* y otra de arcilla, fragmentos de feldespato, porfiro, etc. *(costra)*; viene luego la capa de *caliche* y debajo de ésta otras dos: el *congelo* y la *coba*, casi desprovistas de nitrato.

La capa de caliche tiene de algunos centímetros á 2 ½ metros de espesor, conteniendo de un 17 á un 50 por 100 de nitrato de sosa y componiéndose el resto de cloruro de sodio, arcilla, arena, piedras, cloruro de potasio, cloruro de magnesio, nitrato de potasa, espejuelo, iodatos y ioduro de potasio. El *caliche* es de aspecto cristalino, salado, muy soluble en el agua; el color es muy variable: gris, blanco, amarillo, morado, azul, verde, etc., según existen ó no bromuro de sodio, cromo, óxido de hierro, de cobre, de manganeso, etc.

Créese que el origen de esos depósitos azóticos es debido á la descomposición de las algas marinas, que, como es sabido, son las colectoras azoadas del iodo. "Supónese—dice un autor—que el continente actual ha sido en otro tiempo un fondo de mar: teoría confirmada, por otra parte, por los fósiles encontrados. Por la sobreelevación del terreno, debida á una acción volcánica, formáronse en los valles grandes lagos de agua salada. Esta agua se evaporó poco á poco, y las algas marinas que contenía empezaron á descomponerse y á producir ácido nítrico. En presencia de la cal de las conchas y de la caliza, el ácido, á su vez, dió origen al nitrato de calcio; y este nitrato de calcio, en presencia del sulfato de sosa depositado por el agua de mar, determinó un cambio de elementos con esta última sal, siendo el resultado de esta doble descomposición sulfato de calcio y nitrato de sosa. Esta teoría de las algas marinas tiene la ventaja de explicar por qué se encuentra iodo en el caliche, en cantidad más ó menos abundante.

"Según otra hipótesis, admítese la existencia de vastos depósitos de guano, susceptibles de nitrificaciones, que darían lugar á reacciones químicas análogas á las que producen las algas marinas. Encuéntranse en el caliche ciertos vestigios orgánicos que dan á esta teoría cierta apariencia de razón. Otra teoría consiste en suponer que la nitrificación del sodio, cuya presencia en la sal se explica fácilmente, ha sido debida á las fuertes descargas eléctricas que ocurren frecuentemente en los An-

des, y que la disposición actual del caliche en las pendientes de las colinas inferiores resulta de la atracción capilar. El nitrato de sosa tiene, en efecto, una tendencia particular á subir, como lo prueba la experiencia, cuando el aire es suficientemente seco.

"La sequedad es una condición absoluta de la existencia del caliche. En el desierto en que se encuentra actualmente no ha debido de llover desde hace millares de años; y si el clima viniese á cambiar de pronto, si se manifestase la humedad en abundancia, los preciosos depósitos des-



UNA OFICINA EN EL DESIERTO DEL NITRATO

aparecerían como un sueño. Así, aunque el suelo de la Pampa sea de excelente calidad y sea posible y práctica la irrigación en grande escala por medio de los lagos andinos, no hay que pensar en ningún cultivo hasta que estén agotadas las capas de nitrato, en atención á que la vegetación atraería y concentraría humedad y modificaría rápidamente el clima."

Se preguntará quizás ahora el lector que para qué sirve el nitrato y á qué viene que produzca tan pingües rendimientos. El nitrato es, pues, prescindiendo de sus aplicaciones (muy secundarias) como ingrediente de la pólvora, un magnífico abono artificial, el único probablemente que se empleará en lo futuro. Sabido es que el ázoe ó nitrógeno es una sustancia indispensable para la nutrición de los vegetales: los abonos animales lo contienen, pero no en cantidad suficiente: el máximum se encuen-

tra en el nitrato de sosa. En la actualidad expórtase, ya en enormes cantidades, á Liverpool y Hamburgo, á California y á diversos puntos de la América del Sur. En 1889 se exportaron 20 millones de quintales métricos, representando un valor de 30 millones de duros oro.

El Gobierno chileno impone 1'60 duro por cada quintal métrico que se exporta. En 1890 el producto llegó á 20.900,000 duros papel.

Un distinguido viajero ha resumido en los siguientes términos la impresión que le produjo Chile y lo que se puede esperar de este país. "Su



CAVANDO UN TIRO

suelo—dice—abunda en bellezas naturales y en riquezas minerales. El clima es excelente, excepto en el extremo S., donde el invierno es riguroso, aunque no tanto como en el N. de Escocia y en la última zona de los Estados Unidos. De todas las comarcas en que puede establecerse uno, lejos del suelo natal, Chile es, seguramente, desde cierto punto de vista, una de las más favorecidas.

"Por otra parte, es difícil que Chile llegue á ser más adelante mucho más rico y mucho más civilizado de lo que es hoy, tanto más difícil en cuanto su riqueza depende de productos minerales que pueden agotarse pronto, y sus tendencias hacia la civilización son superficiales é imitativas más que sinceras. Los chilenos tienen una facilidad notable, y la fa-

cultad de imitación y de adaptación está muy desarrollada; pero no son *gründlich* (1), como dicen los alemanes. Son gentes amables y hospitalarias, con cierto aspecto exterior de refinamiento; pero bueno es no rascar demasiado profundamente en la superficie.

"Por lo que concierne á la colonización, hay que hacer formales reservas. Actualmente no hablo tanto de Chile á guisa de un puerto de



CARGANDO CALICHE EN LOS VAGONES.

refugio para el humilde agricultor como de un país bueno para el comerciante, para el hombre de negocios y para el capitalista. Grande es ya la concurrencia, es verdad: los capitales ingleses y las empresas comerciales alemanas han acaparado fuertemente la mayor parte del territorio; pero queda aún lugar bastante para los jóvenes que poseen algún dinero y parten para Chile con la resolución de aprender la lengua del país, estudiar la población y sus costumbres, llevar una existencia tranquila y apacible, y permanecer así alerta hasta que se les depare ocasión para entrar "en el movimiento". Hay, ciertamente, fortunas que hacer en la explotación de las minas, sobre todo en la explotación de

(1) Profundos.

las minas de oro, de plata y de manganeso: quizá también en las minas de carbón del extremo S. Por lo demás, los depósitos minerales de Chile contienen todos los metales conocidos. No es menester, para salir en bien, sino dinero, energía, paciencia y suerte. Hay mucho que hacer igualmente en las obras públicas: puede elegirse entre los ferrocarriles, los muelles, los docks y los trabajos de puerto. Finalmente, parece que hay lugar aún para la creación de establecimientos financieros, lo mismo en las provincias que en la capital."

Terminada mi excursión á las *oficinas* de esta parte de la Cordillera, prosigo mi viaje, en demanda del puerto de Pisagua. La vía férrea sigue á lo largo de la Pampa, que se va ensanchando hacia al N.; y al llegar al pie de la *Quebrada de Tilivichi,* tuerce bruscamente de E. á O., terminando en Pisagua después de atravesar la Cordillera. Desde Amelia se siente perfectamente que se va bajando; pero desde Nivel á Pisagua, el descenso es verdaderamente vertiginoso.

Pisagua es sencillamente un puerto... imposible. Las mercancías son expedidas desde la playa en balsas sostenidas sobre pieles de foca llenas de aire. Cuatro odres de ésos son bastantes á impedir que se sumerja la balsa, cargada con cinco sacos de nitrato... y el barquillero, sentado á horcajadas á popa, con las piernas metidas en el agua y remando con dos pagayas. Las balsas trasbordan el cargamento á las barcazas, y éstas, á su vez, lo llevan á los vapores, anclados á lo lejos.

Y los pasajeros siguen iguales *trámites* que los sacos.





CAPITULO XVIII

En Lima

La travesía desde Pisagua al Callao ha sido muy movida, habiendo el *Mariscal Sucre,* procedente de Valdivia, capeado un temporal reñidísimo con la denominación de Pacífico que lleva este grande Océano. Nuestra corrida del 16º paralelo ha sido una verdadera carrera... en pelo. Al fin, al cabo de cinco días de ruda navegación tuvimos la fortuna de llegar á salvamento pasajeros y bueyes, anclando en el Callao. Por lo demás, la costa me ha parecido muy árida: sólo de vez en cuando se divisaba algún valle verde que rompía la monotonía del pardo rojizo de las colinas.

El desembarco se efectúa sin novedad. El puerto es bueno, con muelles anchos y largos, docks, rieles. Veo con placer las fortificaciones, testigo de la bravura de nuestros bizarrísimos marinos, y entro en la ciudad. Las calles son estrechas, las casas bajas, pero con un aire sevillano que deja confundido de admiración. Las rejas, el patio, son los mismos. Choca, sin embargo, ver tanto letrero de *Shipchandler,* de *Navigazione* y de *Materialhandlung*. Y héte ahí desvanecidas todas las ilusiones que le hacen presumir al buen español que no está lejos el puente de Triana.

El Callao es de todas maneras una población tristona y mal perfumada, pues predomina horriblemente el *aroma* del guano. Tomo el tren (el tren norteamericano, pues hay otra línea inglesa), y héteme en Lima, después de atravesar por en medio de una llanura de paradisíaco verdor, por en medio de un verdadero Edén.

Quizá no haya olvidado el pío lector que precisamente hube de hacer este viaje á América por ciertos asuntos de familia que me llamaban á Lima. Había avisado á mis tíos y primos el día de mi llegada, á bordo del *Sucre,* y podía esperarme que, si no al Callao, hubieran salido á esperarme á la estación de Lima; pero brillaron por su ausencia mis simpáticos allegados, cosa que, como es de suponer, hubo de darme mala espina, que ofrecí, como es natural, á Santa Rosa, patrona de la bella *perla del Pacífico,* de la *ciudad de los Reyes,* etc., etc.

En fin: ya que mis parientes no venían por mí, no quise yo ir por ellos, y, en vez de hacerme conducir á la calle de Veracruz, me dejé llevar á una fonda, descansando en la lealtad y conciencia de un *simón,* negro como la pez.

Supongo que al lector no se le importará un comino saber lo que pasó luego con mi parentela; pero, de todas maneras, he de confesar que, en vez de gastarme un dineral en venir aquí,

más me valiera estar duermes.

Porque, si bien es verdad que algo he aprovechado, los gastos han superado de mucho á los corretajes y comisiones fortuitas con que me he visto honrado por el camino.

En fin... me convenzo de que no sirve para nada tener un tío perulero, fallecido sin sucesión directa, cuando andan de por en medio hijos de *traviattas* indias y... otra clase de gente.

Y basta ya.

Pero como mi impresión podría adolecer de pesimista, y por lo mismo de injusta, dejaré que hable otro por mí, con tanto mayor motivo en cuanto me he hospedado en el mismo hotel y me han *sucedido* las mismas impresiones.

"A primera vista, este hotel parece agradable. El comedor está instalado en un patio adornado de parterres de flores. Plantas trepadoras de vigoroso desarrollo mantienen en él una sombra que adornan algunos rayos de sol, que se filtran entre las hojas.

"En el primer piso, los dormitorios se abren sobre un balcón. Un segundo y tercer patios, distribuídos como el primero, completan el conjunto y harían las delicias de un artista en busca de pintoresco. Un chino feo como un *netské,* una negra, indios de sangre mestiza, cholos y cholitas de piel cobriza, de cabellos negros y lisos, de aspecto embrutecido, animan la casa, de la que son criados. Para llamar á esos indolentes servidores, nada de campanillas: se les manda á la manera española, saliendo del cuarto y dando palmadas. Después se espera, pacientemente... y si se puede.

"En realidad, mi pintoresco hotel no es más que una miserable posada, en que se pasan las de Caín. Felizmente, tengo, para agarrarme á la

vida, dos palabras equivalentes á dos talismanes, dos palabras que consuelan al hombre de todas las comarcas hispanoamericanas: *Caramba* y *Paciencia.*

"Lima está emplazada en un sitio pintoresco, á orillas de Rimac, corriente de agua torrentosa que desciende de la montaña. Está edificada



LA CATEDRAL DE LIMA

al extremo de un valle bordeado de colinas que se levantan sobre uno de los lados de la ciudad. Las calles se cortan casi todas en ángulo recto. Las principales arterias van en el sentido del largor de la ciudad.

"El centro de la animación es la Plaza Mayor. Esta plaza está plantada de árboles y adornada en el centro con un jardinillo y estatuas de mármol. Desgraciadamente, está despojada de su belleza primitiva: ha sufrido la suerte común á gran número de cosas bonitas que había en

Lima: los chilenos se llevaron muchos de sus adornos, incluso los bancos, á Santiago y La Concepción, donde están ahora (1).

"A un lado de la Plaza Mayor se encuentran la Catedral y el Arzobispado; en otro la Casa Verde, ó Gobierno, donde habita el presidente y donde se tratan todos los negocios de la República. En un tercer lado se nota la *Municipalidad,* pórticos y almacenes, y el cuarto está ocupado por otros almacenes y pórticos. Esos pórticos se llaman los *Portales de Escribanos* y los *Portales de Botoneros*. Allí están instaladas las tiendas de novedades, los cambistas de moneda y las tabaquerías, que venden también periódicos y billetes de lotería. En los pisos están los locales del casino francés y del casino italiano, del club inglés y del casino peruano *La Unión,* cuya ancha tribuna de cristales se adelanta sobre la calle.

"La Casa Verde es un edificio de planta baja, pintado de verde oscuro con revestimientos blancos. Ocupa todo un lado de la plaza; pero carece de interés arquitectónico y sólo es interesante por los recuerdos que van unidos á ella: allí habitaron los antiguos virreyes; allí fué asesinado Pizarro, el gran capitán.

"La catedral, á la que se llega por una escalinata de piedra, es un curioso edificio. Es muy vasta, con una fachada imponente, y en los flancos se ven dos torres de estilo jesuíta español. Las puertas están cubiertas de gordos clavos moriscos: se parecen á las puertas que se ven en España, en Toledo y Córdoba.

"De hecho, todo aquí es una reproducción de la vieja España. Lima es notable precisamente porque se ha mantenido hasta ahora una ciudad española del siglo XVI, mucho más que ninguna otra ciudad de la América del Sur. Pero, lo mismo que Constantinopla y que otras ciudades de Oriente, renombradas por su pintoresco aspecto, Lima no soporta un examen minucioso. La catedral, por ejemplo, está construída de barro, de madera, de cañas (2), de ladrillos ordinarios y de ladrillos secados al sol, y de otros materiales ligeros, revestidos de estuco y en un estado de conservación deplorable. El interior tiene la forma de una bóveda gótica, con molduras de yeso blanco; pero en ciertos sitios, el yeso se ha descascarado y vese que el techo entero es sencillamente una endeble armazón de madera, revestida de ramas y ramillas de bambú (3), apretadas unas contra otras en el sentido de la longitud y mantenidas por traviesas. En el interior, estas ramas están vestidas de yeso blanco. En el exterior están cubiertas de fango moreno que, por otra parte, las protege suficientemente, pues en Lima no llueve nunca, y la humedad de las

(1) Me dicen que también se llevaron los chilenos 60,000 soles que tenía mi difunto tío en un arca de hierro; pero no aseguro si fueron ellos ó... quizás algún español.

(2) El autor dice *bambú* en vez de *caña*.

(3) Idem de lienzo.

brumas del invierno no podría pasar á través de la delgada capa de tierra extendida sobre el techo plano de las casas.

"Lima tiene más de setenta iglesias, que están todas construídas de igual manera. Algunas, la de la Merced y las Nazarenas, por ejemplo, tienen fachadas extremadamente complicadas, adornadas con elegantes columnas retorcidas, hornacinas, estatuas, retablos, todo de estuco. La iglesia de Santo Domingo posee una torre monumental, construída también de carpintería, vigas y yeso. Está pintada de blanco, imitando el mármol, y enriquecida con hileras superpuestas de pilares que imitan el lapislázuli, pero que, en realidad, son de estuco pintado de azul, con vetas amarillas. Como la Giralda de Sevilla, esta torre está coronada por una estatua de metal.

"Todas las iglesias están pomposamente decoradas, en el interior, con abundancia de altares laterales, estatuas vestidas con ricas estofas, flores, cirios y tapices. Es la costumbre española. Aparte de esto, Lima aparece al visitante como una reproducción de Sevilla ó Toledo, con menos belleza.

"Del primitivo esplendor de las bellezas de Lima no queda más que el recuerdo. La guerra con Chile ha sido desastrosa para ellas. Cuantos objetos contenían de oro y plata fueron fundidos. El demagogo Nicolás Piérola, entre otros, formóse en aquella época una bellísima colección de artículos eclesiásticos.

"La iglesia de San Francisco es, en suma, la más notable de Lima. Con el convento y las iglesias adyacentes de la Soledad y del Milagro, forma, cerca del Rimac, un inmenso edificio. Aquí también las proporciones arquitectónicas y la silueta general de las construcciones son muy imponentes, y, visto de lejos, ó según fotografía, el monumento parece ser de hermoso mármol blanco y negro. Pero no es tal la realidad: como en otras partes, han hecho aquí todos los gastos el estuco, el yeso y la pintura sobre una base de ladrillos. En cuanto á las bóvedas y armazones de los campanarios y de las torrecillas, son de madera y tomiza, con molduras de estuco.

"Muchos monumentos de Lima llevan aún los estigmas del paso de los chilenos victoriosos ó de las luchas intestinas. La fachada de la catedral está acribillada de agujeros causados por las balas. En cuanto á las torres de San Francisco, que han sufrido, sobre todo, es de temer que no se pueda llegar á repararlas. Durante una revolución reciente, uno de los jefes insurrectos se había, parece, instalado en una de esas torres, donde fué atacado por los cañones colocados en batería en la Casa Verde.

"No son raros en Lima los recuerdos de este género. De una de las torres de la catedral emerge una viga, de la cual se colgó y dejó que se pudriera á más de un hombre público, cuya fortuna política no sirvió bien á su ambición. La cumbre del monte San Cristóbal está coronada

por un fuerte que Nicolás Piérola había construído, dícese, para rechazar á los chilenos; pero, en realidad, para dominar á la ciudad. Menester fué, para burlar los planes de la demagogia, la energía de la guardia cívica de los residentes extranjeros, que subió al asalto de la fortaleza, y se apoderó de ella y clavó los cañones, que están aún hoy fuera de uso.

"Actualmente las torres de San Francisco tienen un aspecto destrozado y miserable. El mismo convento no ha conservado nada de su anti-



CLAUSTROS DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

guo esplendor: está tan mal entretenido que empieza á caer en ruinas. Es, sin embargo, una de las construcciones más interesantes de Lima. Los claustros, sobre todo, merecen ser notados. Forman dos pisos, bajo y alto, y circulan al rededor de un jardín plantado de plátanos, floripondios y arbustos de hojas brillantes. Esta vegetación crece hoy algo endiabladamente. Los claustros del piso bajo están adornados con zócalos de azulejos: nunca he visto, ni en Sevilla, zócalos más hermosos ni mejor conservados. Del claustro superior se destaca una escalera que conduce al coro de la iglesia: está superado por una cúpula morisca, de adornos geométricos, formada de tarugos reunidos por mortajas y espigas, y recordando, con esta disposición, el modo de construcción de las cúpulas y artesonados de la Alhambra y del Alcázar de Sevilla. El coro de la iglesia se encuentra al extremo opuesto del altar; está sobre el nivel del suelo, á la manera y según el modelo del coro del Escorial, y adornado con sillas ricamente cinceladas y con estatuítas de madera. Por este coro arrastran las piernas y en él se entregan á sus devociones los fraile

franciscanos, vestidos con sayales pardos y calzados con sandalias. La nave de la iglesia se deja para el público. El número de frailes ha disminuído mucho: no son, según me dicen, más que quince ó veinte; lo suficiente para que no quede cerrado el convento, y aun para obtener esta cuota es preciso acudir al extranjero. Frailes, curas y traducciones de novelas francesas: tales son actualmente los principales productos que España exporta á sus antiguas colonias.

"Los otros edificios interesantes de Lima son: la Capillita del Puente, que es la más antigua iglesia de la ciudad (data de la época de Pizarro, pero no es notable sino por su fecha); el palacio del Senado, cuyas salas fueron la sede de la Inquisición; el Puente de los Desamparados, que pone en comunicación á Lima con los arrabales de San Lázaro y de Malambo, donde habitan, sobre todo, negros y chinos; la casa de la familia Torre Tagle, de la cual los turistas no dejan de comprar alguna fotografía.



PALACIO DE TORRE TAGLE

"Esta última habitación es, para el artista, la más bella de Lima, y la que imitan invariablemente, con mejor ó peor éxito, los arquitectos de la ciudad. Es de piedra; el portal, finamente cincelado, sube hasta el techo, y tiene á cada lado un balcón con cristales, ó *mirador*, que descansa sobre jácenas minuciosamente esculpidas, y cuyas ventanas inferiores tienen rejas de hierro. Esta casa está en buen estado de conservación. Es de lamentar solamente que las ensambladuras labradas y esculpidas hayan sido pintadas en vez de barnizadas, por lo cual han perdido algo de su limpieza. Tal como es, puede citarse como un modelo de arquitectura doméstica hispanomorisca, y como tal, digna de servir de guía á los constructores americanos.

"El palacio del Senado contiene también una magnífica muestra del arte del siglo XVI; es un artesonado, hecho de vigas y de consolas de

hierro indígena muy duro, esculpido con un cuidado y una magnificencia notables, y perfectamente conservado. Por desgracia, los limeños modernos no han descuidado nada para que el resto del salón resultase de una fealdad absoluta; las paredes están forradas de papel rojo; en uno de los extremos de la estancia se levanta una tribuna vulgar, donde los senadores peroran y gesticulan recurriendo al tradicional vaso de agua con azucarillo; á cada lado hay dispuestas dos hileras de sillones de fabricación americana, con pies de hierro colado y asiento de báscula, y de una de las paredes cuelga, en un marco dorado muy mediano, el retrato del presidente Pardo, que fué asesinado, hace algunos años, en el momento de entrar en el salón.

"Los monumentos modernos de Lima son poco numerosos. El más bello consiste en un edificio y una columna erigidos á la memoria de los héroes de la guerra de la Independencia y de la famosa jornada del 2 de mayo; uno y otra son obra de escultores y fundidores franceses. El cementerio es también una de las curiosidades de la ciudad: es comparable al cementerio de Milán por el número y belleza de sus tumbas esculpidas, que son casi exclusivamente obra de artistas italianos. La Alameda de los Descalzos, con su bello paseo bordeado de estatuas colosales, y la Exposición, con su palacio de estuco de múltiples adornos y sus jardines abandonados, aunque magníficos, completan la lista de lo que hay que ver en Lima."

Algo hay que añadir, sin embargo: la *Casa de la Moneda* es un edificio de vastas proporciones y de buena traza, con una linda portada de estilo barroco; el Colegio de los Jesuítas, convertido hoy en Casa de Expósitos, es asimismo una suntuosa construcción; la *Universidad,* del siglo XVII, es magnífica, y su biblioteca contiene grandísimo número de manuscritos de valor. También hay que decir que la Casa del Cabildo, por un chocantísimo contrasentido, es de estilo chinesco, lo cual no deja de ser una curiosidad muy especial. Del teatro no hay nada que hablar, como no digamos que es incómodo, pequeño y feo.

Hay que oir hablar á los limeños de los estragos que causó la guerra. No hablemos de lo que los chilenos se llevaron de las casas particulares: muebles, alhajas, libros, cuadros; no hablemos de su rapacidad, que llegó hasta cargar con los bancos de la Plaza Mayor y con los leones vivos de la Exposición, después de haber cometido un horrendo *elefanticidio;* no hablemos de haberse llevado los rieles y durmientes de las vías férreas, y, lo cual ya es el colmo, los mismos árboles de los paseos: hablemos, sí, de lo que se *incautaron* de las iglesias. ¿Qué se hicieron de tantos diamantes, de tanto oro y tanta plata como estaban cuajados los templos del Señor? ¿Qué de aquellas imágenes, candelabros, lámparas y cálices que eran una bendición? ¿Qué de aquellas jaulas de plata llenas de pájaros que colgaban de la nave del coro de la catedral, confundiéndose los gorjeos de las avecillas con los cantos de los sacerdotes y las melodías del

órgano? ¿Qué de aquella suntuosa fuente que había en medio de la Plaza Mayor, con su *Fama* arrojando agua por la trompeta y sus ocho leones que la lanzaban por la boca? ¡Ah! ¡Todo se lo llevó el chileno! Verdad es que, según se asegura, no fué moco de pavo lo que se llevó también D. Nicolás Piérola.

Aparte de esto, no se contentaron los chilenos con limpiar de cosas superfluas á Lima, sino que lo mismo hicieron en las preciosas quintas que rodean la población, y hasta se llevaron los techos de las casas encaramadas en lo más alto de los Andes.

Lo cierto es que nuestra querida *Perla*, la ciudad mimada, la niña de los ojos de nuestro antiguo imperio colonial, está hoy muy decaída. Su población ha aumentado en grande, pues llega á 100,000 almas; pero su riqueza ha desaparecido, y con la pobreza han venido la incuria, la mendicidad y... el aumento de las casas de cambio. Parece ser, en efecto, que es una ley económico política el que, cuanto menos dinero hay en un punto, más cambistas. Descifre el enigma el que lo pueda.

El clima es tan suave, sin embargo, que la misma miseria se hace pasadera y no ofrece el lúgubre carácter que en las ciudades del Norte de Europa: Londres, por ejemplo, donde el pauperismo se revela con tan horrible aspecto. Aquí el calor ayuda á soportar las privaciones, enerva la energía y se repite el caso de la pobretería del Oriente, excepto lo pintoresco del traje.

En las casas de cambio, antes citadas, no sólo se cambian billetes de Banco, libras esterlinas, duros y pesos por soles, sino que se expenden también billetes de lotería, *huacas* ó momias y cacharros antiguos, aunque malas lenguas dicen que muchos de esos jarros y estatuítas de barro no son antiguos, sino que se fabrican en grande escala en Paita. Como no lo he visto, no respondo de ello.

Increíble parece que un país cuyas montañas están preñadas de oro y plata haya llegado á tal extremo que sea en él una moneda de oro una cosa tan fenomenal como en nuestra España. En esta parte, somos iguales los peruanos y nosotros: una *onza* nos hace el efecto de un fenómeno maravilloso. Plata, sí, corre, aunque no mucha, y bien mal acuñada; pero lo que corre, sobre todo, es calderilla. ¡Calderilla roñosa, fea: perros chicos y perros grandes! Asegúranme, sin embargo, que lo que corre más son los funestos *cheques*, los talones malhadados.

Los vendedores callejeros son numerosísimos, constituyendo otros tantos tipos, no poco pintorescos, y, al decir esto, me refiero á los hijos del país, pues hay, además, innumerables chinos y negros, siempre antipáticos y poco dignos del lápiz del dibujante ó del pincel del acuarelista.

Peruano es el aguador, á caballo sobre su asnillo, con sus barricas de agua de Chorrillos ó Miraflores; peruano el panadero, caballero en lucia mula, de cuyos lados cuelgan sendos cestos de cuero conteniendo

la mercancía; peruana la lechera, india serrana, con el rorro metido en unas alforjas que cuelgan de la espalda y agarrado al cuello de su madre; peruana la frutera, que, acurracada en los pretiles del Puente de los Desamparados, vende sus paltas, melocotones, granadillas, uvas, plátanos, mangles y limas; peruanos el pescadero, el cestero, el enjabelgador. Y al decir peruanos me refiero á indios mestizos, cuarterones y cholos. Como ya se comprenderá, los primeros son de raza pura; los



EL PUENTE DE LOS DESAMPARADOS

mestizos descienden de criollo é india; los cuarterones, de criollo y meztiza; los cholos son descendientes de indios y mestizos. Al poco tiempo es fácil distinguir los caracteres propios de cada una de estas divisiones, pero sin ir más allá, pues la combinación de mezclas de blancos, negros y amarillos ha producido más de veinte tipos híbridos.

Son en gran número los chinos, negros y mulatos que se ven por las calles. Los primeros, muy despreciados, suelen dedicarse á bodegoneros, criados ó mozos de cordel. Ejercen el monopolio de los sorbetes y venden también frutas, colocadas en sendas cestas á cada lado de un largo palo, que llevan atravesado sobre las espaldas. La colonia de *coolies* es tan numerosa en Lima que hay una pagoda y un teatro chinos. Parece ser que esos *coolies*, que vinieron al Perú poco menos que á guisa de esclavos, se casan con mucha frecuencia con cholas, resultando excelentísimos maridos.

El elemento negro es copioso; pero no se recomienda por ningún concepto.

Ya se comprenderá que con tanta variedad de pelambres las calles de Lima han de ofrecer un espectáculo curiosísimo, á propósito para hacer valer la hermosura extraordinaria de la limeña, de alabastrino cutis, y la blancura mate y fina del limeño aristocrático, vivo trasunto de lo que fueron en el siglo XVI nuestros insignes conquistadores y encomenderos.

En cuanto á los indios de la sierra, no tienen nada de *estético*. La



TIPOS DE LIMEÑAS

raza indígena proclama á voz en grito su origen mongol: rechonchos, de rostro aplanado, color aceitunado, verdaderos chinos, y quizá más parecidos aún á los japoneses, esos mestizos negro amarillentos. Los indios del Perú se distinguen por su fervoroso catolicismo exterior.

No se aburre uno, á fe, paseando por las calles de Bodegones (¿será este nombre importado de Cartagena ó de Llerena, donde también las hay?), de Mercaderes, de San Francisco, de Veracruz y, sobre todo, por los portales de Escribanos y de Botoneros. El espectáculo es amenísimo, tanto más en cuanto de cada vez se generaliza más la locomoción *pedibus andando (¡la crisis!)* y son más raros los coches cerrados tirados por negras y relucientes y bien enjaezadas mulas, ó por fogosos *corceles*. Hay en esas calles una inagotable mina de *pintoresco* completamente inédito, que exige imperiosamente un pintor que lo reproduzca; pero un pintor como Fromentín, Fortuny ó Raffaelli.

El *scenario* (valiéndome de un término técnico) es, en primer lugar, incomparable. Todo es materia para un cuadro: los miradores, los campanarios, los cerros, que por doquier se ven, forman un fondo de indecible belleza, por más que esos campanarios sean... de madera revesti-

da de yeso y esos miradores tengan muchos vidrios rotos. En seguida las limeñas han tenido el buen gusto de conservar (á lo menos por la mañana) el manto español del siglo XVI, puesto á la *tarifeña*, es decir, no dejando asomar sino uno de los ojos, de tal manera, que se cree uno ver pasar en cuerpo y alma á las heroínas de Lope ó de Tirso. Verdad es que el maldito tranvía se encarga de desvanecer la ilusión; pero, afortunadamente, el tranvía no pasa siempre, y no en todas las calles hay rieles. Cierto que una limeña rebozada en su manto *(manta,* en el país) es una de las cosas más bellas de la cristiandad. Ya no tanto cuando, por la tarde, sale á paseo con sombrerazo á la moda de París, pues entonces la limeña deja de ser la adorable evocación de nuestras *tapadas* para convertirse en una *madame* contrahecha.

Toda familia algo acomodada tiene á punto de honra enviar á los hijos á recibir su educación en Alemania, Inglaterra ó Francia; de manera que no cabe desconocer la existencia en Lima de gran número de sujetos ilustradísimos, pues se trata de una raza naturalmente inteligentísima, aunque harto dada á la haraganería y á la molicie. De ahí que el peruano sobresalga mejor como artista, como hombre de ciencia, como escritor, como poeta ó como político, que no como hombre de negocios. Es un especulativo: jamás un especulador. Descendiente de nuestros *hidalgos,* jamás se allanará á querer entender en cosas que huelan á *villanía.*

La prensa está muy bien representada por *El Nacional, El Constitucional, El Comercio, El País,* periódicos admirablemente escritos, así como por algunas hojas satíricas, por ejemplo, *La Linterna,* periódico *crítico-político-radical* que podría servir de modelo por su acerado espíritu y virulento estilo á muchos de España, y aun del extranjero.

Mas volviendo al principal atractivo de Lima, ó sea á las limeñas, transcribiré lo que acerca del particular dice un discretísimo observador. "Una de las raras características de las limeñas—escribe— es su fidelidad religiosa: son celosas practicantes. Invariablemente están llenas las iglesias de mujeres devocioneras, cuya piedad, lejos de ser agresiva, está llena de indulgencia para la impiedad ajena, gracias á su esencia ingenua y espontánea. La naturaleza amante y mística de las limeñas sobrevive á las edades en que la fe era robusta, en que pisaban la tierra los santos, en que se canonizaban santas, santas como Santa Rosa, patrona de Lima, cuya corta y sencilla existencia refieren en conmovedores términos las viejas crónicas.

"No hablan solamente los biógrafos de la bondad, de las mortificaciones y de la caridad de Santa Rosa, sino que celebran también la gracia de sus actitudes, la menudencia de sus pies y de sus manos, el delicado contorno de su nariz, la finura de su perfil semejante á un camafeo, el brillo de sus ojos "negros, grandes, velados por largas cejas á cuyo "extremo brilla una lágrima próxima á caer". A la verdad, la admira-

ción de los contemporáneos de María Flores, canonizada bajo el nombre de Santa Rosa, parece dirigirse á la mujer tanto como á la santa. Ciertamente, su presencia en una sociedad continuamente turbada por conspiraciones y luchas intestinas es interesante. Santa Rosa es aún lo que era hace trescientos años: el modelo favorito de los pintores y de los escultores. Y entre todas las estatuas que adornan las iglesias peruanas, la de la santa, dulce como una flor, es siempre la más hermosa. A menudo es una verdadera obra de arte, á despecho de las pelucas, sayas, estolas de brocado y coronas de flores de trapo con que se la decora con harta generosidad. Nunca faltan mujeres arrodilladas delante de la capilla de Santa Rosa, y el día de la fiesta de la bienaventurada es el más solemne del año. La reciente celebración de su tercer centenario ha sido ocasión de regocijos que han durado un mes. Las calles de Lima aparecieron, con dicho motivo, adornadas con faroles, banderas y guirnaldas del más pintoresco efecto.

"Además de las iglesias, tienen las limeñas lugares de retiro ó *casas de ejercicios*, donde pueden pasar el tiempo en meditaciones piadosas en medio de frescos y de imágenes de excesiva crudeza. También existen muchos conventos de monjas. Por lo demás, los monasterios no son más que sombra de lo que eran en la época de la colonización. Su decadencia es irremediable. Una ley, actualmente en vigor, tiende á la supresión de las antiguas asociaciones religiosas nacionales: solamente las órdenes extranjeras pueden reclutarse fuera del país. Por otra parte, el clero está en vías de perder la autoridad de que ha gozado durante el largo tiempo en que la Iglesia se ha mantenido altaneramente imparcial en presencia de las diversas facciones que se han disputado el poder con tanta acrimonia. Durante la última revolución, que tuvo efecto en abril de 1890, el jefe de los rebeldes, Piérola *el Demagogo*, era el candidato titular del clero, y se contaban muchos curas entre sus más ardientes agentes electorales."

Pero no nos separemos del asunto; y como es importante, daremos, en prueba de imparcialidad, dos versiones. Habla un hijo del país, ingenioso periodista:

"Mirad ese ser menudo, vivaz y mimado, insinuante y flexuoso (algo relámpago), de melena ya negra como lobreguez de noche, ya rubia como asomo de aurora, ya químicamente roja como médula de inaceptable zanahoria; de manto suavemente multicolor en que la seda se alía al *chantilly;* de cola coartada en su notante expansión por el gracioso ademán coercitivo de la mano suavemente enguantada; que pisa sobre dos pies divinamente diminutos; en el diálogo chispeante é insuperable en el retruécano; que con doble ósculo epidérmico besa á sus enemigas íntimas; que al pan le llama pan y *cholo* á su amado... ¡Es la limeña!

"Vedla: avanza sobre las cómplices lozas de *Mercaderes*, en el suave vaivén de su paso cadencioso.

"¡Oh la adorable gimnasia del paso de la limeña!

"Diríase que un invisible diablillo de éstos, de titiritero y de zurcidor de voluntades, la precede abriéndole paso y llevando enroscados en los garfios de la garra traviesa misteriosos y elásticos hilos que rematan en hombros, caderas y rodillas.

"Contrae la garra el diablillo y responde un movimiento de avance ligeramente arrastrado, ondulante y lánguido de la anatomía de la bella paseante.

"Avanza, y bajo sus plantas suenan sus tacones diminutos, en ágil repiqueteo, la marcha triunfante que decidiera la jornada en Ayacucho. *¡Adelante, paso de vencedoras!*

"¡Avanza!

"Esas vidrieras y esos almacenes: ese emporio de riquezas, de cosas bellas, suaves, aterciopeladas, sensuales, vistosas y... costosas no tendrían razón de ser sin su presencia.

"Es el tributo que los pueblos del orbe deponen á sus pies á porfía.

"Ella condescenderá en revestir esas lujosas telas; esos exóticos tules, y sólo así los séricos tejidos y los primores de la aguja y del telar adquirirán brillo y valor.

"¡Avanza!

"¿Cuál es el secreto de su inmediata, entrañable é irresistible atracción?

"¿Reside acaso en sus indiscutibles cualidades de mujer bonita? ¡No tal! Otras mujeres de otras razas, de otros centros del vasto mundo femenino, son indudablemente tanto ó más privilegiadas en belleza rígidamente estética.

"No: no reside de una manera exclusiva en su belleza el secreto característico de su irresistible atracción.

"No es la suya belleza académica que responde á determinadas reglas; que se analiza y se explica según establecidos dogmas: es un total de indefinibles y embrujados factores, que no se explica, pero que se comprende; que no se define, sino que se impone.

"Es el escopetazo á boca de jarro.

"Es la revelación de la Sulamita, la dichosa en el amor del más noble entre los amantes, que triunfa en las estrofas salomónicas del cantar de los cantares.

"Es la visión y el resabio de Andalucía; es el florecimiento y el endiosamiento en que *Mazamorrópolis* triunfa.

"Avanza, y á su rededor es la seducción y el encanto; es el tributo de la admiración; es el impulso pasional; el madrigal y el soneto hechos mirada, la mirada manando amor.

"¡Bendígate Dios, oh mujer de Lima! "¡Bendita sea,—según dijo el gitano,—la mare que te jizo tan bonita!"

Véase ahora el juicio de un extranjero: "Todos los viajeros que han visitado á Lima han cantado la belleza de sus mujeres y tratado de describir los rasgos característicos de su rostro y de su andar. Hay que reconocer que todo lo que se ha dicho en elogio de las limeñas es muy merecido, excepto las comparaciones que tienden á señalarles lugar aparte en la jerarquía de la belleza femenina. Encuéntranse sin cesar en las calles de Lima lindas mujeres, de cutis blanco, de facciones regulares, de ojos negros y límpidos, bien formadas y bien proporcionadas; pero creo que la belleza de estas mujeres está, en la mayor parte de casos, grandemente realzada por la extremada sencillez del traje, que no deja ver sino el rostro y pone de relieve la blancura de la tez y el brillo de los ojos, gracias al marco que forma al rostro la severa manta negra. En traje parisiense moderno, las limeñas son mucho menos atractivas."

Sea como quiera, y á pesar de la reserva del escritor á quien acabamos de citar, queda en pie el hecho de la peregrina hermosura de las paisanas de Santa Rosa.

Por lo demás, no sólo han salido santas de entre las limeñas, sino heroínas dignas de la antigüedad, siendo verdaderamente curiosas algunas de estas figuras históricas. Tal es, por ejemplo, la generala Gamarra. Era ésta una hermosa y opulenta dama que no tuvo reparo en conceder la mano á su marido, zambo ó mestizo él, cuando no era más que subalterno. Desde entonces no pensó sino en elevar á su esposo, hasta llegar á la presidencia (1830). En un principio, procuró la señora atraer á sus salones á lo más lucido de la sociedad limeña; pero, no bastándole los triunfos del estrado, trocó la vida de ciudad por la de los campamentos. "Siempre á caballo en medio de los soldados á quienes su presencia exaltaba —dice M. Deberle,— veíasela en las marchas afrontar la fatiga, y en los combates (1) pelear en lo más recio del peligro. Excitaba su entusiasmo, que rayaba en delirio cuando en las revistas que se complacía en pasar galopaba espada en mano, plumero al viento en el campo de maniobras". Así fué como la generala Gamarra hizo presidente á su marido. Verdad es que el pobre *Protector*, de creación femenina, hubo de ser derribado por una coalición mujeril. El bello sexo limeño, en su omnipotencia, hizo que al procederse á nuevas elecciones quedase derrotado Gamarra, que pretendía continuar, saliendo favorecido el arrogante y apuesto joven D. Luis Orbegozo. Gamarra, sin embargo, consiguió vencerle, y gobernó muy bien hasta 1841, en que pereció en una batalla con los bolivianos.

El ejemplo de la generala Gamarra se hizo contagioso. En 1842 aparece otra dama que la sobrepuja en hermosura, resolución y valor: tal fué la coronela D.ª Cipriana Latorre de Vivanco. Ejercía Vivanco

(1) Con Bolivia.

el cargo de prefecto de Arequipa en nombre del general Vidal, quien, habiéndose pronunciado contra el gobierno más ó menos legítimo de la capital, acaba de entrar vencedor en Lima. "Una noche, mientras Arequipa duerme,—dice el autor antes citado,—D.ª Cipriana, armada de su juventud y de su belleza, monta á caballo. Hay dos regimientos acampados á algunas leguas de la ciudad; corre á despertar á sus coroneles: fascinados con tantas seducciones unidas á tamaña intrepidez, arrastrados por su palabra ardiente y por la misma extrañeza de su acción, caen á sus pies, se declaran prestos á seguirla y juran morir por ella. Tócase á generala: los soldados se precipitan, la rodean, la aclaman. Firme y derecha sobre los estribos, les arenga á la luz de las antorchas; los vivas cubren su voz. Todo es juramentos y entusiásticos gritos. Lanza su caballo, muévese la tropa: seguiríase á la encantadora hasta el fin del mundo. Las autoridades de Arequipa dormían apaciblemente. Sorpréndenlas en la cama y se les guarda de vista. En seguida, al son de las campanas lanzadas á vuelo, la irresistible señora hace proclamar á Vivanco por las tropas y los notables reunidos en la Plaza Mayor. Vivanco se encontraba en el Cuzco. Supo, por un propio, su novelesca elevación. Intitulóse director supremo y marchó sobre Lima. Vidal estaba preparándose á partir: abandonó pacíficamente la ciudad, y el Perú contó en sus anales una revolución de más.

"La ardiente Lima acogió con alegres fiestas y ruidosas demostraciones al presidente que le caía de tan original manera. Los repiques de campanas, las músicas, las salvas de artillería saludaron al esposo de D.ª Cipriana, que, joven, elegante y de modales distinguidos, personificaba, en lo que tiene de más amable, la civilización de su país. Las corridas de toros, las locas cabalgatas, las procesiones reaparecieron en la ciudad del sol y de las flores, y los poetas de circunstancias requirieron sus caramillos. D.ª Cipriana trastornaba todas las cabezas. Las mujeres y el pueblo idolatraban en Vivanco". Lo más particular es que Vivanco, lo mismo que Gamarra, no lo hacía del todo mal; pero fué derribado al poco tiempo por un pronunciamiento.

Hay que reconocer, sin embargo, que las generalas Gamarra y la D.ª Cipriana no son la regla general. La belleza de las limeñas es eminentemente correcta, dulce, graciosa, plácida, con absoluta ausencia de *marimachismo* ó *viraguismo*. Se vuelven locas por las flores, gustan de perfumarse; pero dudo que aspiren á ganar batallas ni á sobornar regimientos. Bástales su belleza para imponer su voluntad, y pienso que les preocupa mucho más *ir á tiendas* que lanzarse á la vida de los campamentos.

Un viajero, no poco sagaz en sus apreciaciones, dice lo siguiente á propósito de ciertas semejanzas que también he creído encontrar yo: "Imposible es dar diez pasos sin que os digan al oído con voz monótona: *—Mil quinientos soles para mañana. —Diez mil soles para el miérco-*

les. —*Plata para luego.* Son vendedores de billetes de la lotería, otras pruebas vivientes de la pobreza del país y del mal estado de sus rentas; otro punto de semejanza entre la Lima de hoy y el Madrid de hoy.

"Otra particularidad común á ambas ciudades consiste en los corros de toreros que, vestidos con chaqueta corta, pantalón estrecho y sombrero de alas planas, con una pesada cadena de reloj sobre el chaleco, hablan en las esquinas con los aficionados y cuentan sus proezas y sus suertes en las plazas de Madrid y de Sevilla; porque en Lima está en grande honor la tauromaquia, y la plaza de Acho es una de las más vastas del mundo. Digamos de paso que en la época de la Inquisición era costumbre quemar en efigie á los herejes hispanoamericanos en medio de esta plaza."

La vida social es bastante monótona. De vez en cuando da una serie de funciones alguna compañía de ópera, de zarzuela ó de verso. La sociedad aristocrática vive bastante retraída. Con todo, suele verse en las *Conferencias* de San Vicente de Paúl y en las sesiones de las cofradías. El clima enervante de la ciudad explica esta existencia casera. El gran número de cafés y casinos que hay atestigua, por su parte, la falta de trato privado.

Las singulares facultades de los limeños en el terreno artístico, científico y literario pueden verse encarnadas en pintores tan distinguidos como el Sr. Hernández (D. Daniel), Vianna (A. de) y otros que han alcanzado en Europa señalada reputación. La juventud es muy ilustrada, y por espacio de algunos años ha explicado en su Universidad el eminente tratadista de derecho público M. Funck Brentano.

Como en todos los países en que hay poco desarrollo industrial ó comercial, preocupa en gran manera la política, sin que sea dable por ahora entrever el menor rayo de esperanza á la crítica situación económica en que se encuentra el país. Por lo demás, puede juzgarse de cómo se trata allí al adversario leyendo las siguientes *Semblanzas* de dos personajes de primera talla, pertenecientes al partido de la *Unión cívica* ó *civilismo.* Están tomadas de la ya mencionada *Linterna.*

Empecemos por la de D. Pedro Alejandrino del Solar.

"Hubo un Pedro bíblico que negó á su maestro.

"Este otro Pedro, por lo mismo que es *alejandrino,* tiene que ser de arte mayor en el negar.

"Y niega.

"Su frente es preñada, su labio delgado, su barba como espuma. Sus ojos no miran, no lloran.

"Es casi un anciano; pero ¡qué anciano!

"No tiene arrugas... en el vestido.

"Tieso como un huso, parece que hubiera comido flecha.

"Su alma es un conjunto de odios ocultos, de venganzas sombrías, de rabias impotentes, que le quitarían á Nerón su voluptuosidad felina, á

Calígula su estupidez sangrienta si no fuera una momia impotente que necesitó del galvanismo *huaripampino* para agitarse.

"Su alma es lóbrega; en su cielo sólo brillan manchas sanguinolentas.

"Si estuviéramos en el reinado de Tiberio, se le hubiera creído el Iscariote. En pleno siglo XIX es D. Pedro.

"Tiene la flexibilidad de la serpiente, el sombrío aspecto del buho y la hiriente y antipática figura de la hiena, sin que, como ésta, dé su grito lúgubre; porque D. Pedro calla y hiere.

"El puñal de Medrano y Domingo de Guzmán brillaría en su mano, desprendiendo chispas al choque de su delirio, y ¡ay de la víctima!

"El vapor que expide la sangre le embriaga y duerme con unción de santo, en tanto que su alma se estremece con placer de fiera.

"Así es D. Pedro.

"Corazón de lobo, se doblega, se retuerce, se inclina, se amolda hasta disfrazar su propio busto: es la cera que se vacía en veinte moldes.

"Es la ductilidad humana en forma de judío.

"Su rapacidad es de buitre: de inmensas distancias apercibe los impalpables átomos de la carne descompuesta, y va tras la presa volando en espiral. Nunca cae de frente para devorarla.

"Noche eterna es su alma. Su conciencia le hace temblar y palidece ante su propia figura: él mismo se teme, él mismo se odia.

"¿Quién no le conoce?

"Escuálido y tieso, pálido y seco parece el sepulturero de una raza de pigmeos; parece el enterrador de una generación asesinada.

La Constitución en su mano es un libro sin letras, al que él pone enmendaturas, al que él corrige.

"Es el protestante más rehacio de esa nueva Biblia de capítulos elásticos que él sabe contraer y dilatar.

"La borla del magistrado está teñida en la implicación, en el cohecho y en la versatilidad. Tiene la fe egoísta del jesuíta, que disculpa el parricidio.

"Si fuera mujer, sería Mesalina: hombre, es más que Galva.

"Vedlo allí en las orillas del Caplina lamiendo la mano de nuestro verdugo, para obtener el arma con la que quiere partir el corazón de su patria.

"Parece un niño que da vagidos; parece un Pelayo que llora, y... ¡oh monstruo!... es un cocodrilo que afila dientes y garras, es el milano que voltejea.

"El juicio patriótico más grande que las versatilidades y que las infidencias le cerrará el paso, arrojándolo para siempre en la huesa de los cadáveres políticos, donde irá á hacer el *pendant* de Piérola y otros."

Vaya ahora otro botón para muestra. Trátase del Sr. Valcárcel (don Mariano Nicolás):

"Dejemos su figura física, esencialmente digna del pastel, y describamos su fisonomía moral.

"Allí, en las brumosas serranías del Misti, vivía entre expedientes de poca valía, inventando trapisondas y creando incidentes.

"Llegó el general Cáceres y le conoció, por uno de esos caprichos inescrutables del destino.

"La hercúlea mano del *Brujo de los Andes* tomó con paternal cariño la mano clorótica del abogado, y, como el Cristo, le dijo: —*¡Levántate!*

"Lázaro dejó su sepulcro de expedientes, sacudió el polvo de sus códigos y salió de esa tumba de papeles á la voz de su resucitador.

"La atmósfera del héroe de Tarapacá y Huamachuco pudo más en la anémica naturaleza del doctor que los tónicos insípidos de sus clientes. Y se tonificó.

"Si hubiera tenido entonces una escarapela en la *chistera*, nadie hubiera desconocido al lacayo; pero, como no la usaba, semejábase á un personaje.

"Mas ¡quién hubiera creído que, á semejanza de Enrique de Trastamara, afilaba entre las reconstruídas ruinas de su persona el puñal que quería hundir en el pecho de su benefactor!

"Fué ministro, fué diputado, tenía los eslabones de la cadena en su mano, y con ellos quiso hacer el lazo para ahorcar á su padre.

"¿Qué hizo?

"Buscó con paciencia el vacío y lo colocó al rededor del general Cáceres. Era él quien inspiraba; pero su obra era la del ácido corrosivo.

"Después de los incidentes de Contrato Grace, unido á Solar, desalojó á la minoría del Congreso.

"Era el busto negro que proyectaba sombras sobre el Gobierno de entonces, y, como los sacerdotes egipcios, explotaba estos sucesos para crearle dificultades á su protector, riéndose sólo de sus maldades é ingratitudes.

"Vino la elección del general Morales Bermúdez.

"Él, siempre él, detrás de todos para empujar al abismo á los que iban delante. Los que no desfilaban eran mirados de reojo. Se necesitaban víctimas que tomaran la culpa, y se tuvo talento para buscarlas.

"Luego ¿qué sucedió?

"Como Júpiter Tonante, se posesionó de la curul del Congreso, la creyó su patrimonio, se imaginó feudal, llamó á sus súbditos y se reveló contra el país y contra su factor. Entonces se creyó bañado en el Estigia, sin pensar que podía ser herido por el talón.

"Y... pero nos extraviamos. Es una semblanza y la seguimos.

"Ingrato como Judas, terrible como Caín, inhumano como Ashaverus, lleva consigo la maldición de una raza, el estigma del orbe y la repulsión de todos; pero se diferencia de éstos porque no llora, sino huye, no se arrepiente, sino ruge, no se apena, sino apostrofa.

"¡Qué valor y qué conciencia!"

Como sé, no parece sino que los peruanos hayan heredado la terrible *vis* sarcástica del autor de *El baile de piñata,* el célebre Martínez Villergas.

Transcribiré también como *specimen* de la sátira limeña el siguiente articulejo, muy típico, á mi entender, de lo que priva en la polémica periodística. Trátase de una pretendida *autobiografía* de cierto señor *John Pegador.*

"Me parió una mujer que fué mi madre, y aseguran que me engendró mi padre.

"Cuando la comadrona me recogió, lavóme en una palangana, y del susto lloré; después pedí teta, dándome un chupón con miel de abejas.

"Aseguran que se me descompuso el estómago, y boté brea.

"Seguí llorando, pues pedía en mi lenguaje de *garçon* la antidiluviana teta.

"Una rozagante y robusta cochabambina me puso su duro pezón en la boca de ángel sin dientes, y mamé con delirio de antropófago, como que casi le arranco el pezón á la nodriza.

"Así seguí un año y medio entre pañales, grititos, besos y alimentación árabe, porque me daban *racahut.*

"Crecí mucho, y á los diez años tenía ya ciento veinte semanas de vida, que era mucho para mí.

"Seguí creciendo hasta llegar á tener 1 metro 30 centímetros á los trece años.

"Y seguí creciendo sin interrupción.

"Tuve amores con la sirvienta, moza de pechos pétreos y caderas cósmicas, y la amé con el realismo inconsciente de mi pubertad.

"Ella me correspondió á su modo, convirtiéndose en la esponja chupadora de mi jugo virginal, diluyendo el hierro de mi sangre y quemando mi prematuro fósforo.

"Aquello no podía seguir así, y protesté en forma de reparación, yéndome á picar tasajo, á cremar cerdas de chancho y á embonar chorizos.

"Mi padre me mandó al aula, en la cual me aficioné á los diccionarios, tomando como palabras cultas todas las que no eran usadas por la turbamulta estúpida.

"Así seguí hasta que nutrí mi cerebro de funambólicos términos, de voces eufónicas, de dicciones espasmódicas.

"Tuve veinticinco años en circunstancias que el autor de mi humanidad logró romper el frágil vaso de la vida, y yo dejé caer de mis ojos la sustancia incolora y movible, constituída por hidrógeno y oxígeno que se llama lágrima.

"Pasados los días del obstuario, tomé las aguas del Leteo y se atrofió mi cerebelo, en tales condiciones, que sólo tuve recuerdos bursátiles.

"Encontréme entre las filamentas fibrosas de la zaraza y el ruan, ma-

nejé las combinaciones múltiples de l...
cartílagos cárpicos, metacárpicos...
la China (gusano de seda) y c... a hilamenta ultramarina, metí mis
tangible. ... entre las excrecencias del baboso de
"Vino la época de la des... mprendí la naturaleza en su composición
porío en perspectiva de...
y estampé mi nombre... tructibilidad fratérnica, y yo, viendo mi em-
"Pasó una etapa... decadencia, tomé la razón convencional del ser
su consorcio, de... en las páginas del escape.
"Después ... de cinco años. Volví, y ya las telas habían duplicado
con el desp... modo que me encontré con una selección mirial.
satírico. ...eguí contando mis *sólicos* amores, mis epicúreos lances,
"¿Y la... rpajo de los humazos selváticos hasta alcanzar primacía de
"¡Q...
tos y... sociedad?
"...é! Ello era menos, infinitamente menos que mis droláticos cuen-
sen... l recuerdas de mis báquicas compañeras.
te... Al fin, se despertó en mí el politiquismo, quise ser curoliano repre-
d... tativo; pero llegué en menguada hora. Entonces dije: tomemos el pre-
...xto de las simpatías, tomemos el lábaro peruano, cojamos á las hijas
...l cautiverio, y entonces seremos Aquiles.

"¿Y el talón? ¡Oh! No contaba con la flecha troyana.

"Aquí estoy porque he venido, y si pega me quedo; y, si no, á vender zarazas con mi paisano Chutti.

"Esta es mi terminante finalización del séismico existir mío."





CAPITULO XIX

La hacienda de Caudivilla.—Recuerdos incas.—El ferrocarril del Oroya

Por deliciosa que sea Capua, llega un día en que uno se cansa, y, por lo mismo, no fué de extrañar que me cansara también yo, que no hallé precisamente en Lima capuanas delicias, sino grandes berrinches, fuertes disgustos y desagradables decepciones. Cuestión de la evaporada herencia.

Pero no tienen la culpa los limeños de que también allí se den casos como el de la *familia Rennepont,* y, por lo mismo, una vez resuelto á tener paciencia y barajar, me dispuse á aprovechar mi estancia en el antiguo imperio de los Incas para ver algo más que las calles de la antigua *ciudad de los reyes.*

Mi primera expedición fué á la famosa hacienda de Caudivilla, á corta distancia al N. del Callao, en el valle del Chillón. Es una posesión verdaderamente regia, pues cubre una extensión de 4 leguas cuadradas, estando cruzada de E. á O. por el citado río. La mayor parte está plantado de caña de azúcar, y el resto hállase ocupado por grandes campos de alfalfa, sembrados de trigo y pastos. La refinería produce 3,000 quintales de azúcar al mes.

La organización de este vasto ingenio está á la altura de los mejores en su clase. El edificio de la refinería y los pabellones á él anejos están situados en una grandiosa plaza rodeada por una sólida y elevada pared de cerca, teniéndose acceso al interior por varias puertas de carácter monumental. La refinería ocupa uno de los lados de la plaza; en el opuesto se levantan las oficinas y un magnífico pabellón en el que encuentran cómoda y amable hospitalidad los visitantes. El tercer lado está ocupa-

do por las caballerizas, las habitaciones de los empleados y el almacén ó *tambo*. Finalmente, en el restante lado hállanse las bodegas, donde se depositan los sacos del azúcar refinado. La caña es acarreada desde las plantaciones á la refinería por vagones que corren sobre rieles, arrastrados por la locomotora.

El *tambo* peruano es el equivalente de la *pulpería* de la Argentina y Chile. Hay allí de todo: comestibles, ropa, sombreros, cerillas, vino,



EN LA HACIENDA DE CAUDIVILLA

máquinas de coser, objetos de escritorio y devocionarios. No se obliga á nadie á comprar allí; pero no solamente compran los empleados y operarios de la hacienda de Caudivilla, sino que bajan también á proveerse los indios de la Sierra; y se comprende, pues no hay en quince ó veinte kilómetros á la redonda otro almacén mejor surtido.

Menester es, por otra parte, que el *tambo* de esta hacienda esté bien provisto, pues no bajan de 800 personas las que viven en el ingenio: de ahí que, como es necesario en todo grande establecimiento industrial, haya allí taller de reparación de máquinas, carretería, talabartería, panadería, farmacia, médico, escuela y capilla.

Los operarios viven diseminados en toda la extensión de la hacienda, á veces en aldehuelas, siendo indecible la mescolanza de razas que en ellas se albergan: blancos, chinos, negros, zambos, cholos, *chactas*, mes-

tizos, mulatos, algunos de los cuales parecen haber sufrido una regresión al estado semisalvaje.

Estas aldehuelas que digo están compuestas de chozas ó bohíos de caña, revocados de adobe y cubiertos de juncos enyesados, con la particularidad de que las cañas de las paredes laterales sobresalen del borde del revoque de adobe, y, cortadas desigualmente, forman como un orillo de caprichosa línea quebrada. Los chinos cuidan de poner de manifiesto su nacionalidad pegando á cada lado de la puerta sendas tiras de papel encarnado cubierto de letras negras. Esos chinos desempeñan las veces de buhoneros ambulantes, en detrimento del *tambo*, y no dejan de hacer algún negocio, pues mientras en el almacén sólo se vende al contado, ellos lo hacen al fiado, también sistema siempre grato á los imprevisores. El número de celestes es tan crecido que han llegado á construir dos pagodas, á las que concurren los demás chinos esparcidos por el valle. Una de ellas es muy pintoresca y está adornada con gran número de linternas, transparentes y monigotes, presididos por un Budha de barro, panzudo y contemplativo.

"En el Perú — escribe un viajero — no ha surgido aún la cuestión de conflicto entre el trabajo y el capital. El salario señalado en la hacienda de Caudivilla puede tomarse como indicación de la tasa elevada en el Perú agrícola. Los peones del ingenio ganan de 50 á 70 centavos en moneda corriente del país, y tienen derecho á una ración de arroz que se les entrega gratuitamente. Los fogoneros que alimentan los hornos de bagazo, es decir, de la caña después de haber sido machacada, que se convierte en zupia, cobran de 60 á 90 centavos, con más una ración de habas y arroz, y carne una vez por semana. Los trabajadores de los campos, hombres y mujeres, ocupados en la pampa en cultivar ó cortar la caña, reciben una ración diaria de libra y media de arroz y 50 centavos, ó más, por día. Los que cortan la caña trabajan á piezas, y pueden ganar, cuando más, un sol y 20 centavos diarios, moneda corriente. Sin embargo, su salario semanal no excede de siete soles. Todos los obreros están alojados gratuitamente en cabañas de junco y barro.

"Las plantaciones de caña de azúcar se extienden á lo largo de los dos lados de una vía férrea particular de 3 y $^1/_2$ kilómetros de longitud, que pone en comunicación la refinería con la gran línea de Lima. Tan lejos como alcanza la vista cubre la llanura una vegetación de un tinte gris amarillento pálido, interrumpido de trecho en trecho por un espesillo de palmeras y terminado bruscamente en el punto donde cesa el regadío y donde las colinas inferiores empiezan á elevarse en masas morenas y áridas, con sombras de azul oscuro que juguetean en los huecos de sus flancos escarpados.

"En este valle, donde no llueve jamás, todo depende de la irrigación: nada de vegetación ni de agua. Así es que desde que en la extremidad de la llanura empieza á subir el suelo, no existe ya ningún vestigio de ver-

dura. Sin embargo, en la época de los Incas, cuyas villas en ruinas aparecen numerosas en las partes bajas de las colinas á lo largo de esos valles costeros, el terreno superior estaba cultivado gracias á taludes y á una irrigación apropiada. Sin duda se tomaba el agua de los aljibes situados más arriba; pero la verdad es que no se sabe si era así, y se ignora á punto fijo el procedimiento empleado por los Incas. En los flancos de las colinas donde subsisten las terrazas del tiempo de los Incas parece imposible que hubiese podido ser acarreada el agua por medio de canales y de acequias."

El arqueólogo tiene ancho campo en esta hacienda para dedicarse á importantes investigaciones. Hay, en efecto, unas ruinas de una antigua población que indudablemente, bien registradas, darían lugar á grandes descubrimientos. La construcción es grosera; las paredes son de adobe, pero también se ven algunos muros formados por enormes sillares, toscamente tallados. Es seguro que en los alrededores habrá tumbas, cuya exploración es siempre curiosísima.

Sin embargo, no hay que suponer que la antigua civilización peruana, ó, mejor dicho, la civilización de los Incas, fuese cosa portentosa por demás, como, por ejemplo, la civilización egipcia ó caldea. Todo menos eso. Sin salirnos de la arquitectura veremos que los peruanos no conocían el arco, ni los cortes de clave, ni los ladrillos, ni la clavazón, pues para sujetar las piezas de madera de una puerta se valían de cuerdas. Los sillares estaban colocados unos sobre otros, unidos con una arcilla encarnada, y jamás se atrevieron á construir edificio alguno que llevase otro alto sobre la planta terrena. Algunos edificios, realmente suntuosos, pertenecen á época antiquísima, anterior á la de los Incas; pero se encuentran en lugares solitarios, no siendo dudoso que los Incas no supieron ni siquiera conservarlos, después de ignorar qué clase de gente los había construído.

Pero volvamos ya á lo del día, huyendo de disquisiciones *americanistas* como asunto oscurísimo, y, lo que es peor, propenso á hacer desvariar al hombre más sesudo.

La caña es conducida desde las plantaciones al tren en carretas tiradas por bueyes; pero esas carretas circulan sobre rieles que se tienden donde conviene y se quitan después.

Es digno de notarse los empleos que requieren mayor inteligencia: maquinistas, guardaagujas, etc., están confiados á los chinos, los cuales en el Perú gozan de una reputación casi envidiable, pues son laboriosos y sobrios, al revés de los negros y de los numerosos mestizos, poco en predicamento desde dicho punto de vista.

Como en todas las grandes haciendas ó estancias de la América del Sur (verbigracia como en la hacienda de Cousiño, de Chile), hay en Caudivilla otros establecimientos de producción además de la refinería. Funcionan, pues, una destilación de ron (30°), una dehesa, en la que apacien-

tan los toros que son lidiados en la plaza de Acho; gallinero, y, por fin, un criadero de gallos de combate.

Las riñas de gallos son una de las más populares diversiones de Lima. Si no recuerdo mal, era limeño nuestro ilustre Ros de Olano, y ¡quién sabe si no heredaría del lugar de su nacimiento su grande afición á las



ANTIGUO PASO DEL BARRANCO DE VERRUGAS

peleas gallísticas! En el Perú es costumbre atarles á los espolones, á los gallos, unas navajillas, para mayor diversión, é insiguiendo la costumbre española.

Un viajero ha trazado en breves y elocuentes líneas el cuadro de lo que es la vida rural en la hacienda de Caudivilla. "El valle del Chillón —dice—está principalmente afecto á la producción del azúcar, cuya mayor parte se consume en el país. Los métodos de cultivo fundados en la irrigación y en el empleo de trabajadores chinos y negros se encuentran en las otras haciendas de la región, pero en ninguna parte se les verá tan bien como en Caudivilla, concentrados por la mañana, de una manera

impresionante, en el patio del molino. Es un espectáculo en el que abundan los contrastes y las escenas curiosas. Sobre el techo, entre los arranques de las chimeneas y los tubos de escape de vapor, están encaramados los halcones, basureros naturales de los distritos costeros del Perú, graves, reflexivos, insensibles á los silbidos de vapor que lanzan sus ecos errantes entre los muros misteriosos de las ruinas incas del flanco de la montaña. En un rincón sombrío del patio están agrupadas las



PLAZA MAYOR DE LIMA

mulas ensilladas y los hombres con el poncho, capataces ó vigilantes que han reemplazado á los antiguos mayorales de esclavos. En la puerta del *tambo* hay media docena de asnos albardados pertenecientes á indios de la sierra, venidos aquí para comprar aguardiente. Hay luego muchos centenares de cabezas de ganado, toros bravos, ovejas y llamas, que atraviesan el patio, de camino para sus nuevos pastos; animales y pastores retrotraen el pensamiento á la época de los patriarcas, mientras que al otro lado del patio, á algunos metros de distancia solamente, resuenan ruidos y chirridos producidos por máquinas excelentes, que comprenden todos los recientes perfeccionamientos, calderas atmosféricas, alambiques de serpentín, manómetros, hidrómetros, que el Celeste sabe consultar inteligentemente. Finalmente, una locomotora y un tren, cuyos vagones están cargados de caña, avanza hasta el conductor. Al freno va un chino cuyo rostro amarillo está cubierto de polvo de carbón."

Visto el ingenio de Caudivilla, están vistos los demás establecimientos de igual clase, ó análogos (verbigracia, los molinos harineros) del litoral peruano.

Otra excursión interesante es la que he hecho á Chicla, por ferrocarril. Chicla es hoy por hoy la estación término de la proyectada línea de

Lima á Oroya y de aquí al Apurimac, en el gran desierto de la Amazonia, con lo cual ya se comprenderá que se trata de la inmensa cuenca del Amazonas.

Este ferrocarril es, sin duda alguna, una admirable obra, pues se trata de una línea que, partiendo de Lima, que está á 150 metros sobre el nivel del mar, llega, al cabo de 120 kilómetros, á una altura de 4,814 metros.

Arranca la línea de la estación de Desamparados, junto al puente de este nombre; bordéase el Rimac, por en medio de un delicioso y fértil valle cuajado de plantaciones de caña de azúcar, de ricinos y de pastos, y á los 38 kilómetros se llega á Chosica, á 944 metros sobre el nivel del mar, ya en plena región andina.

La situación de Chosica y su proximidad á la capital hace que vayan allí las personas delicadas del pecho, y, en efecto, el aire se recomienda por su pureza, además de lo cual la fonda de la estación es excelente.

El paisaje es soberbio, aunque algo severo. Gracias al regadío, el suelo produce rica vegetación; pero la verde alfombra que lo cubre contrasta con la aridez de las montañas que ciñen el valle del alto Rimac por ambos lados: sólo se ven en sus faldas algunas piteras: lo demás está pelado, aunque no por eso faltan *manchas de color*, pues la piedra desnuda ofrece los más ardientes y variados tonos.

Desde Chosica á Agua de Verrugas, la vía recorre un trayecto de sorprendente belleza. La vegetación, en vez de disminuir, se muestra esplendidísima, abundando toda suerte de árboles y flores. Para salvar los profundos barrancos de Verrugas construyóse un viaducto de 174 metros de longitud por 100 de altura; pero una furiosa avenida se llevó las pilas centrales, no quedando más que los estribos. El trasbordo se efectuó durante algunos meses *á lo andino*. De un lado á otro del torrente cruzaba una maroma, de la cual colgaba una especie de jaula, para los tímidos, y una sencilla tabla sostenida por cuerdas para los intrépidos. Se impelía el aparato, y en un abrir y cerrar de ojos se llegaba á la otra parte. A Dios gracias, no he tenido que pasar por esta prueba, pues el viaducto fué perfectamente reparado hace dos años.

Desde Agua de Verrugas (á 1,947 metros) se va subiendo hacia Matucana, pueblo situado á 2 592 metros sobre el nivel del mar, y distante de Lima 82 kilómetros. Por recomendación de mis amigos pernoctamos allí antes de continuar nuestra ascensión para evitar el *sorroche* ó mal de las montañas. Esta alteración de las funciones del cuerpo es sumamente desagradable, y ya la sentí en mi viaje de Mendoza á Santa Rosa, al cruzar el paso del Bermejito. Los efectos son parecidos á los que sufren los aeronautas: cefalalgia, vértigos, zumbido de oídos, hemorragias, una especie de asfixia, vómitos, inapetencia.

Como quedan muchas horas de sol, nos dedicamos á recorrer la población y sus contornos. Las casas son de adobe con techo de hierro gal-

vanizado: particularidad chocante en un pueblo de montaña. La cosa se explica, sin embargo. Durante la guerra los chilenos practicaron un reconocimiento hacia esta parte, por susurrarse si en la sierra se estaba formando un ejército de reserva. No encontraron señal alguna de ello, ni se vieron molestados en lo más mínimo; pero cuando ya se retiraban dióles la ocurrencia á los indios de hacer fuego contra los invasores. Estos, entonces, volvieron allí y pegaron fuego á cuantos pueblos encontraron; de manera que hoy son en su mayor parte un montón de escombros. Y para que no se repita la función, en vez de techos de esparto se ha ideado valerse de techos del material antes dicho.

El pueblo se compone de algunas calles trazadas á la buena de Dios, y no falta su iglesia, cuyas paredes ennegrecidas están acribilladas de balas. Esta iglesia tiene un bonito campanario, de estilo jesuíta, cubierto de azulejos. El vecindario es chino y cholo. El aspecto de las calles es muy pintoresco con la multitud de llamas, unas cargadas ya, otras en espera de serlo: esos animales son dóciles, pero parecen aún más curiosos que obedientes, pues cualquiera creería leer en su expresión y en la seriedad con que nos miran que les llamamos la atención extrañamente.

Los chinos se dedican al comercio al pormenor, viéndoseles á la puerta de sus almacenes de comestibles, graves y obsequiosos. La civilización moderna está representada por varias tabernas, donde se reune la *high life* india del lugar que departe de los negocios del día en lengua quichúa, muy dulce al oído.

Por la tarde nos vamos á la iglesia, donde se reza el rosario. No creo que falte en ella ningún cholo ni indio de la población, sin excepción de sexo ni edad. La fe de nuestros mayores se conserva religiosamente allí, como en todo el Perú, donde lo radical no quita á lo católico. Cuando el jubileo pontificio de Pío IX, la primera firma del mensaje de adhesión á S. S. era la de Nicolás Piérola, jefe de la demagogia peruana.

Nadie acertaría á adivinar que hubiese en esta aldea perdida en las alturas de los Andes una iglesia que casi podría calificarse de lujosa. Arden los cirios á docenas, lo mismo en el altar mayor que en las capillas laterales. Los altares son de estilo barroco; las imágenes, de talla, van envueltas en ricas vestiduras de terciopelo ó seda, bordados de oro. El rezo del rosario va con acompañamiento de armonium, y los indios y cholos, vestidos con su poncho, y las cholas é indias bien arrebujadas en sus mantas, guardan la mayor compostura y alternan con el párroco en el rezo.

Como no he hecho profesión de escéptico, no tengo ningún inconveniente en manifestar que aquel rosario de Matucana me enterneció profundamente y me transporté con la imaginación á nuestra querida España, donde tantas veces he sido testigo de análogas escenas. Sí: creíame, por un momento, que me encontraba en nuestra veneranda ermita de la Virgen del Tremedal, orgullo de mi provincia.

Pasamos la noche en una choza donde habita la familia del guarda-agujas, y al llegar el tren del día siguiente proseguimos nuestra ascensión hacia Chicla, término actual de la línea férrea.

El trayecto es verdaderamente admirable por su audacia. En menos de tres horas se sube una altura de 1.481 metros, siendo el trayecto total de la vía 36 kilómetros. La línea va trazando continuos zigzags, dándose el caso de contemplar desde algunas curvas tres vías férreas y otros tantos túneles, superpuestos en gradinata. El tren se desliza por el flanco de las montañas, abriéndose á sus pies inmensos precipicios ó salvando profundos barrancos, por medio de ligerísimos puentes de hierro.

A medida que se va subiendo aumenta la grandiosidad de la perspectiva, y, contrariamente á lo que podría esperarse, se muestra muy espléndida la vegetación. "En los más elevados picos—escribe un viajero—vese aquí y allá algo de nieve, ó, mejor, lluvia congelada. Una colina está cubierta de áloes; otra, dispuesta en taludes sobre las terrazas que construyeron los antiguos Incas, está diapreada por los diversos matices de verde de numerosas especies de helechos, sobre cuyo fondo resaltan los puntos formados por flores de viva brillantez que deleitan la mirada. En puridad, toda la región asemeja un inmenso jardín rocoso que parece contener la mitad de las flores de la creación: glorias, convólvulos, altramuces, capuchinas, girasoles, cuyo perfume embalsama el aire; geranios odoríferos, claveles ordinarios y claveles-clavos de colores y variedades diversísimas; nueces vómicas, calceolarias de un amarillo de canario extremadamente delicado, botones de oro, helechos dorados y plateados, y especies numerosas de plantas trepadoras de hermosa floración."

Yo no he podido ver eso por hallarnos en invierno (agosto); pero, de todas maneras, me contento mucho con ver el magnífico manto de verdura que cubre las montañas y recuerda de un modo sorprendente á Sierra Morena.

Llegado á Chicla, disfruto de una vista más que soberbia, extendiéndose la mirada desde los altos picos de los Andes hasta el mar y surgiendo á mis pies como un mar de montañas y colinas. El pueblo se reduce á unas cuantas chozas de adobe y esparto, habitadas por indios semibravíos.

Aquí termina el trayecto en explotación. La línea debía continuar hasta Oroya, á la otra parte de los Andes, esto es, en la vertiente atlántica; pero se acabó el dinero. Con todo, está hecho lo principal, que es el gran túnel de Paso de Galera. De buena gana hubiera ido á admirar esta famosa obra, que dista 26 kilómetros de Chicla; pero no sabe uno hasta qué punto hay que fiar de la gente, y se trata de una expedición por en medio de una región desierta.

El túnel de Galera mide 1,200 metros de longitud, y está abierto á *4,814 metros* sobre el nivel del mar.

Como obra de ingeniería, la línea del Callao á Chicla es, sin duda, una de las más notables que existen. Cuéntase que el ingeniero norteamericano, Henry Meiggs, decía ante las casi insuperables dificultades que se presentaban para la realización del trazado: "Es menester que la línea pase por aquí, y pasará. Si no podemos establecerla sobre el suelo,



DE CHICLA Á LIMA, EN TRÓLER

amarraremos los rieles á globos cautivos". Frase hermosa, que no vacilaría en calificar de heroica.

La conservación de la línea es costosísima, pues con harta frecuencia ocurren desperfectos de grande importancia. He dicho ya que una avenida se llevó hace años el viaducto de Verrugas, que hubo que reconstruir, y semejantes accidentes son frecuentísimos en las alturas: ya es una inundación que se lleva puentes, viaductos ó pasos á nivel; ya es un desprendimiento de tierra ó un hundimiento, que interrumpe el servicio y exige reparaciones de elevado coste.

Los dispendios ocasionados por el enorme gasto de carbón requerido son también cuantiosos. Un viajero ha recogido los siguientes datos: "En el estado actual, las locomotoras tienen cilindros de 56 centímetros, y la presión del vapor debe ser mantenida á 66 kilogramos por pulgada cuadrada. Los trenes más largos comprenden solamente 5 vagones, cada

uno de los cuales pesa 8 toneladas y transporta una carga de 10 toneladas. Para remolcar este peso desde Lima hasta Chicla, la locomotora consume 7 toneladas de carbón inglés de primera calidad. Las rampas máximas son de 4 por 100, y las curvas mínimas tienen un radio de 120 metros. Este radio existe en todos los túneles, que son en número de 40 entre Lima y Chicla, y el más largo de los cuales tiene 296 metros. El número de puentes es de 16. El más largo es el viaducto de Verrugas, que mide 174 metros. La distancia total del Callao á Chicla es de 130 kilómetros.

"El ferrocarril del Oroya ha costado 138 millones de francos."

Digamos ahora que entre Chicla y el túnel de Paso de Galera hay 18 túneles más, en el ya citado trayecto de 26 kilómetros.

Si el viaje de ida ha sido larguito y la locomotora ha consumido 7 toneladas de carbón, el de vuelta ha resultado rapidísimo y no menos económico. En efecto: como sólo hay trenes de vuelta dos veces por semana y no nos tocaba el turno, hemos regresado en dos vagones amarrados y provistos cada uno de un freno. Se les ha soltado en Chicla y por la sola fuerza de la gravedad han llegado perfectamente á Lima. Por demás está decir que no había quien no se sintiera hondamente emocionado, pues el más sereno no puede menos de sentir *que se le arruga el ombligo* al bajar con rapidez vertiginosa bordeando el abismo, ó cruzando por las tinieblas de un túnel, ó atravesando por un puente, sin más fuerza motriz que la á que obedece la piedra cuando cae. Sin embargo, no hemos tenido que lamentar el más ligero percance, á Dios gracias. Respecto á las impresiones de viaje, han sido varias y amenas: ora era un condor que se cernía por los aires; ora una caravana de llamas y asnos que discurría á mil pies bajo las ruedas del vagón; ora al levantar la cabeza veíamos á tocar la boca de un túnel, de donde habíamos salido cuatro minutos antes; ora una cascada impetuosa, que se despeñaba á pocos metros de nosotros y se precipitaba luego bajo un aéreo puente; de vez en cuando deteníase á mirarnos una atezada chola, con la negra y destrenzada cabellera ondeando al viento; ya se nos ofrecía enfrente la verdosa ladera de una montaña, sobre la cual se escalonaban hasta una elevadísima altura las terrazas, sostenidas por muros de contención, del tiempo de los Incas; ya llegaba hasta nosotros el rumor apacible de una acequia, bordeada de tupidas yerbas; ya aparecían los melancólicos restos de una antigua construcción, reducida á cuatro paredones; ya era la obra moderna de un túnel abierto para que por él pasara el Rimac, desviado de su lecho para tender rieles en el cauce.

Y así llegamos á Lima, traqueteados de lo lindo, con algún mareo, pero encantados de nuestra expedición.

CAPITULO XX

De Mollendo á Arequipa y Puno.— El lago de Titicaca.—Recuerdos históricos.—Trujillo

IMPOSIBLE había de ser que en mi cualidad de catedrático de letras dejase de visitar el lago de Titicaca, cosa que hubiera sido más fácil y menos costosa desembarcando en Mollendo cuando me vine de Pisagua; pero está de Dios que he nacido para llegar siempre mal y tarde... y dígalo, si no, mi desdichadísima llegada á Lima.

Tomé, pues, el tren para el Callao, me metí en un vapor de mi señor tío D. X. X. (á quien envío mis más cariñosos recuerdos), y en compañía de un querido amigo limeño volví á saludar los ya conocidos pueblos de la costa peruana: Chilca, Cerro Azul, Pisco, Nazca, Antiquipa, Chala, Camana, Quilca, centros mineros, hasta desembarcar en Mollendo, al cabo de tres días.

El país es llano, arenoso, y se me figura que malsano. Desembarqué á las diez, y á las once estaba ya instalado en un vagón. El tren empezó luego á ascender, pues en esta parte es donde los Andes están más cerca del mar, del cual no distan más que 30 kilómetros. La magnífica cordillera aparece aquí más imponente que en el Norte, aunque no tanto como los colosales Andes chilenos. Enfrente, y en dirección SE. á NO., extiéndese el *Desaguadero*, la gran meseta que ha merecido el nombre de el *Tibet del Nuevo Mundo*, á 4,000 metros sobre el nivel del mar, en la cual se extiende el lago de Titicaca, el mayor depósito de agua de toda la América Meridional, partido por gala en dos, imaginariamente: la mitad NO. peruana; la mitad SO. boliviana.

Y ahora permitáseme que me sorprenda de haberse llamado el *Desaguadero* á este inmenso valle (casi tan grande como España, sin con-

tar Portugal), siendo así que precisamente no desagua en ninguna parte: está tan herméticamente cerrado, en efecto, por la doble cadena que le rodea, que no puede escapar ni una sola gota de agua, á no ser por evaporación.

La línea cruza por el valle de Tambo, bordeando la orilla derecha del río Chile, y bordeada á su vez por un acueducto que es el más largo del mundo, pues parte de Arequipa y sigue los 165 kilómetros que recorre la vía para alimentar de agua dulce las estaciones y el puerto de Mollendo. La distancia entre Arequipa y el Pacífico es, sin embargo, solamente de 90 kilómetros, en línea recta; pero el trazado ha tenido que acomodarse á formar muchos zigzags, de manera que las pendientes más rápidas no pasasen del 3 por 100.

El valle de Tambo es, sin duda, tan delicioso como el del Rimac. Las palmeras, los plátanos, el maíz, las piñas, los mameys, el cacao, crecen con pomposa lozanía, formando una espesura que recuerda la huerta de Murcia, y el Chile, que viene algo crecido, alegra con sus plateadas ondas la verdura del hermoso valle.

Abandonamos éste para contornear los montes de Caldera. La vía va subiendo prestamente, dando vueltas y más vueltas, hasta desembocar en un precioso llano, en medio del cual está Arequipa, ciudad famosa, con sobrado merecimiento. Eran las tres de la tarde.

En un trecho de 90 kilómetros, y en un trayecto de 165 en ferrocarril, habíamos subido desde el nivel del mar á una altitud de 2,329 metros.

Es Arequipa la segunda ciudad del Perú; pero el departamento de que es capital ocupa, sin duda, el primer lugar entre todos por su industria y su agricultura. Su situación es una de las más hermosas del mundo, y se comprende la repugnancia de nuestros victoriosos conquistadores á abandonar esta comarca. El desdichado Atalmalpa les dijo entonces: —*Quedaos aquí;* esto es, *Arequipa* en peruano, de donde le quedó este nombre. Verdad es que otros afirman que Arequipa viene de *Aric quepa (detrás del pico agudo). Non est mihi tantas componere lites.*

Asiéntase Arequipa en la vertiente oriental de una paradisíaca campiña de 20 kilómetros de longitud por 9 de anchura. El valle está rodeado por graciosas colinas, entre las cuales se yergue al E. el imponente Misti, semejante á un gigantesco pan de azúcar. El colosal cono volcánico (6,190 metros) se levanta aislado y solitario, como centinela avanzado de los montes Chachani, cubiertos de nieve, que se prolongan hacia el NO.

Fué fundada esta ciudad por Francisco Pizarro, el año de gracia de 1540; pero algo al E. de su actual emplazamiento. No mucho después de su fundación quedó sepultada la ciudad bajo las lavas y cenizas que vomitó el cráter del Uvimas.

Reedificada luego más al O., formando tablero, según el estilo espa-

ñol, y con hermosas casas de piedra (un magnífico conglomerado traquítico), fué de nuevo casi completamente destruída por el terrible terremoto de agosto de 1868, aunque la industria y actividad de sus habitantes ha conseguido borrar casi por completo las huellas de aquella gran catástrofe.

Arequipa contiene hoy unos 46,000 habitantes, que se distinguen por ser los más industriosos del Perú, y con eso inteligentísimos. La ciudad,



TIPOS DE CHOLOS

sin embargo, no se contenta con sobresalir por su espíritu comercial, por sus fábricas de géneros de algodón y lana y por sus tejidos de oro y de plata, sino que alardea también de superior cultura, prestando el mayor cuidado á la instrucción y al cultivo de la ciencia. Con todo, censúrase á los arequipeños por su prontitud en acudir á las armas, así que les parece que en Lima no hacen lo que deben.

Entre los edificios notables hay que citar la catedral, situada en la Plaza Mayor; la gran fuente de bronce que se levanta en el centro de este sitio, y, sobre todo, el magnífico puente sobre el Chile *(frío,* en quichúa), el cual mide 127 metros de largo, habiendo costado un millón de duros.

Abundan los edificios suntuosos, aunque, según se me asegura, desaparecieron muchos cuando el terremoto del 68.

La ciudad está rodeada de *chacras*, ó quintas, donde van á veranear los habitantes.

Muy prendado quedé de la belleza de esta ciudad, y por la noche pude juzgar de la cultura de sus habitantes asistiendo á una reunión donde la señora de la casa cantó, para enseñanza de las *Gómez* de nuestro país, nada menos que un aria de *Fidelio*, ópera de Beethoven, y no sólo esto, sino que un joven arequipeño acabó de darnos el golpe de gracia tocando al piano varias escenas de *Tannhauser* y *Tristan*.

Con verdadero sentimiento abandoné al siguiente día la ciudad de Arequipa para tomar el tren que debía conducirme á Puno.

Subimos siempre, ¡y lo que nos falta subir aún!

El tren asciende infatigablemente, trazando continuos zigzags. El paisaje constituye un verdadero bosque de robles y quinas, donde alborotan innumerables bandadas de sapajúes. A nuestra izquierda un vasto y fertilísimo valle, indicado por el Gobierno para colonia agrícola. Las estaciones están separadas por larguísimas distancias, no encontrándose un verdadero pueblo hasta llegar á Juliaca.

Los Andes se levantan imponentes, compactos, desafiando nuestro paso; pero la audacia del hombre lo vence todo. Pasamos. El puerto, llamado el *Alto de Toledo*, está á 4,752 metros sobre el nivel del mar, es decir, sólo 62 metros más bajo que el célebre *Paso de Galera* del ferrocarril del Oroya.

La vegetación arbórea ha desaparecido, y en su lugar pasamos por valles y cañadas en que las quinas y los robles han cedido el puesto á ¡las patatas! Sabido es que este precioso tubérculo es originario del Perú, con el nombre de *papas*. Ciérnese por los aires el condor, cuyo vuelo se remonta, según verídicas observaciones, á 6,500 metros.

Desde el *Alto de Toledo*, el tren baja hacia la meseta del Titicaca, cuya azulada superficie se divisa vagamente al N.

Poníase el sol cuando llegamos á Puno, á orillas del lago.

La ciudad, capital del departamento de su nombre, es una deliciosa conservación de una ciudad española del siglo XVII. Contiene unos 16,000 habitantes, y hace mucho comercio con Bolivia. Abundan los establecimientos literarios y es notable el palacio del gobernador, suntuoso edificio del tiempo de nuestros virreyes.

No puede apreciarse desde Puno toda la majestad del lago, por estar situada en el fondo de uno de sus golfos; pero como tengo vivo interés en verlo, me embarco en un vaporcito que va á la isla que da nombre al lago.

Tiene la cuenca de éste 130 leguas de largo por 50 ó 60 de ancho; el lago tiene 62 de longitud por 6 de latitud mínima y 24 de latitud máxima, ocupando una superficie de 2,070 leguas cuadradas, con una profundidad de 70 á 80 brazas.

El lago se encuentra á 3,915 metros sobre el nivel del mar, de mane-

ra que resulta más elevado que la cúspide del pico de Tenerife. Sus cuatro golfos comunican con la masa general por medio de angostos estrechos; tan angostos, que algunos han supuesto que estos golfos formaban otros tantos lagos distintos.

El agua es salobre, amarga, de sabor ingrato, turbia, y abunda en excelente pesca. Desembocan en el Titicaca varios ríos, pero, rodeado de montañas, conserva íntegro su caudal, con la sola merma de la evaporación, incesantemente compensada con el aporte de nuevas aguas. Dícese que en el fondo de este lago yacen los tesoros de los Incas, entre cuyos objetos figura la gran cadena de Huaina Capac, que tenía 235 metros de largo.

Muchas son las islas de que está sembrado el lago, y es la mayor esta de Titicaca á que me refiero, y en la cual, según la tradición, aparecieron Manco Capac y Mama Oello, los civilizadores del Perú, en cuyo honor se había edificado aquí un templo cubierto todo él de oro.

Ciertamente que el lugar reviste un aspecto que infunde como una religiosa emoción. La isla es árida, sin más vegetación que algunos helechos, y su acceso es difícil, por levantarse su costa casi acantilada. Las olas se estrellan allí con sordo ruido, cual si temieran interrumpir el maravilloso silencio del lugar.

Según parece, en este lugar se prestaba culto, no al Sol, sino á un dios de las aguas llamado *Viracocha ó Hiuracocha,* nombre que significa *espuma del mar ó espuma del lago.* Este dios existía antes de haber aparecido el Sol. "Cuentan estos indios,—escribía nuestro Cieza de León,—que carecieron de lumbre muchos días y que, estando todos puestos en tinieblas y obscurecidos, salió desta isla de Titicaca el Sol muy resplandeciente, por lo cual la tuvieron por cosa sagrada, y los ingas hicieron en ella el templo que digo, que fué entre ellos muy estimado y venerado, á honra de su Sol, poniendo en él mujeres vírgines y sacerdotes con grandes tesoros... Y si estos indios tuvieron alguna falta de la lumbre que dicen, podría ser causado por algún eclipsi del Sol; y como ellos son tan agoreros, fingirían esta fábula, y también les ayudarían á ello las ilusiones del Demonio, permitiéndolo Dios por sus pecados dellos."

A su vez, el ilustre mitólogo M. Girard de Rialle, que ha tratado superiormente de las mitologías americanas, escribe: "Por más que el Sol no existiese aún, contaban los adoradores de Viracocha, la tierra estaba habitada, puesto que los templos de este dios, vecinos al lago de Titicaca, eran anteriores al Sol, cuando salió de este lago un ser omnipotente, un dios que reunió á los hombres en Tiahuanaco, creó delante de ellos el Sol, la Luna y las estrellas y enseñó á estos cuerpos celestes su camino en el cielo. Este dios era Viracocha; modeló en seguida estatuas de piedra en el fondo de las cavernas, y les dió la vida, formando con ellas un ejército, á cuya cabeza conquistó el valle de Cuzco, don-

de fundó la ciudad de este nombre, después de lo cual se dirigió hacia el Océano, en cuyas profundidades desapareció. Pero durante su viaje fué atacado muchas veces por los diversos seres que había creado y á los cuales debió vencer y aterrar á truenos é incendiado los bosques."

Resulta, pues, que Viracocha no fué la personificación del Sol, puesto que éste fué su obra, sino "la forma politeísta del elemento acuático, el genio del lago sagrado, el dios del agua en general, del agua del cielo, del agua de los lagos, de los manantiales, de los ríos, del agua del mar. Que en un país donde la sequía es temible en el mayor grado, donde la lluvia y las irrigaciones son de capital importancia para el agricultor, el dios de las aguas haya sido en un momento dado el dios preponderante y creador, el que enseñó á los hombres las artes y la agricultura y les dió leyes religiosas y civiles, no es nada extraño, y cuando vemos las ruinas enormes de los edificios de Tiahuanaco, cuya antigüedad se remonta á las épocas misteriosas anteriores á los Incas, cuando vemos esas ruinas referidas por la tradición popular á Viracocha, y á su culto deducimos que este dios era el centro de una religión politeísta poderosa, diferente de la de los peruanos bajo la dinastía que reinaba en Cuzco y que los sacerdotes de Inti *(el Sol)* debieron, no destruir, sino agregar á su teología."

Resulta, pues, que Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca, fué la metrópoli de una civilización pre-incásica, en la cual el culto de Viracocha, dios de las aguas, formaba la base de la religión.

Cieza de León, que vió estos edificios de Tiahuanaco (al E. del lago, es decir, ya en Bolivia), los describe en los siguientes términos:

"Tiaguanaco no es pueblo muy grande; pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está un collado hecho á mano, armado sobre grandes cimientos de piedra. Más adelante deste cerro están dos ídolos de piedra del talle y figura humana, muy primamente hechos y formadas las faiciones; tanto, que paresce que se hicieron por mano de grandes artífices ó maestros. Son tan grandes, que parescen pequeños gigantes, y vese que tienen forma de vestimentas largas, diferenciadas de las que vemos á los naturales destas provincias. En las cabezas paresce tener su ornamento. Cerca destas estatuas de piedra está otro edificio, del cual la antigüedad suya y falta de letras es causa para que no se sepa qué gentes hicieron tan grandes cimientos y fuerzas, y qué tanto tiempo por ello ha pasado, porque de presente no se ve más que una muralla muy bien obrada y que debe de haber muchos tiempos y edades que se hizo. Algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas, y en esta parte hay piedras tan grandes y crescidas que causa admiración pensar cómo, siendo de tanta grandeza, bastaron fuerzas humanas á las traer donde las vemos; y muchas destas piedras que digo están labradas de diferentes maneras, y algunas dellas tienen forma de cuerpos

de hombres, que debieron ser sus ídolos. Junto á la muralla hay muchos huecos y concavidades debajo de tierra. En otro lugar más hacia el poniente deste edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con sus quicios, umbrales y portaletes, todo de una sola piedra. Lo que yo más noté cuando anduve mirando y escribiendo estas cosas fué que destas portadas tan grandes salían otras mayores piedras, sobre que estaban formadas, de las cuales tenían algunas treinta pies en ancho y de largo quince y más, y frente seis, y esto y la portada y sus quicios y umbrales era una sola piedra, que es cosa de mucha grandeza, bien considerada esta obra; la cual ya no alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramienta se labró, porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen ni pusiesen en perfección, mucho mayores debían estar para las dejar como las vemos, y nótase, por lo que se ve destos edificios, que no se acabaron de hacer; porque en ellos no hay más que estas portadas y otras piedras de extraña grandeza, que yo vi labradas algunas y aderezadas para poner en el edificio, del cual estaba algo desviado un retrete pequeño, donde está puesto un gran ídolo de piedra en que debían de adorar; y aun es fama que junto á este ídolo se halló alguna cantidad de oro, y alrededor deste templo había otro número de piedras grandes y pequeñas, labradas y talladas como las ya dichas.

"Otras cosas hay más que decir deste Tiaguanaco, que paso por no detenerme; concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú; y así se tiene que antes que los ingas reinasen, con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios destos; porque yo he oído afirmar á indios que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se ve en este pueblo; y aún dicen más: que los primeros ingas platicaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco. También se nota otra cosa grande, y es que en muy gran parte desta comarca no hay ni se ven rocas, canteras ni piedras donde pudiesen haber sacado las muchas que vemos, y para traerlas no debía de juntarse poca gente. Yo pregunté á los naturales, en presencia de Juan Varagas (que es el que sobre ellos tiene encomienda), si estos edificios se habían hecho en tiempo de los ingas, y riéronse desta pregunta, afirmando lo ya dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos; mas que ellos no podían decir ni afirmar quién los hizo; mas de que oyeron á sus pasados que en una noche remaneció hecho lo que allí se veía. Por esto, y por lo que también dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres barbados, y haber hecho el edificio de Vinaque semejantes gentes, digo que por ventura pudo ser que antes que los ingas mandasen debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos, venida por alguna parte que no se sabe, los cuales harían estas cosas; y siendo pocos, y los naturales tantos, serían muertos en las guerras."

Mucho se debe á Pedro Cieza de León en cuanto á dar á conocer la geografía é historia del antiguo imperio de los Incas, siendo su libro uno de los más notables y curiosos que poseemos sobre el Nuevo Mundo.

Fué el imperio de los Incas el mayor que en lo antiguo hubiera en el territorio americano, pues no alcanzaba menos de 1,300 leguas de extensión, desde Túmbez al S. de Panamá hasta el estrecho de Magallanes, siendo su anchura de más de 100 leguas.

Parecería que en la época anterior á la dominación incásica existía, en lo que debía ser el imperio del Perú, lo que podríamos llamar el feudalismo, siendo sus naturales gente por demás incivilizada. Y, sin embargo, es indudable que en remotos tiempos había florecido allí una civilización superior, comparable quizá á las de Ninive ó Babilonia, según atestiguan los vetustos monumentos de aquella época, acerca de cuyos constructores ningún rastro ni noticia había quedado en el recuerdo de los naturales.

Los señores se daban continua guerra, y no era posible la tranquilidad, hasta que, por fin, aparecieron á orillas del lago Titicaca un hombre y una mujer, Manco Capac y Mama Oello, hijos del Sol, enviados por éste á civilizar á los hombres y á enseñarles la verdadera religión. Desde el lago, encamináronse aquellos dos entes hacia el N., hasta que la vara de oro que Manco Capac llevaba en la mano se clavó en tierra, lo cual sucedió al llegar la pareja al valle de Cuzco.

Casáronse entonces Manco Capac y Mama Oello (á pesar de ser hermanos), "y levantaron primeramente — dice M. Girard de Rialle — un templo al Sol, su padre, después de lo cual reunieron á su alrededor á las tribus indias circunvecinas, á las cuales predicaban al mismo tiempo el culto del astro del día; enseñaron las artes y la industria (1) y dieron las leyes é instituciones que constituían la civilización peruana. Cuando los dos hijos del Sol hubieron enseñado bien á los indios del valle de Cuzco la agricultura y el arte de tejer, la arquitectura y la construcción de los caminos y los canales; cuando hubieron extirpado las malas costumbres, establecido la ley del matrimonio, proscrito el canibalismo y el asesinato, Manco Capac formó un ejército valeroso y bien disciplinado, con cuyo auxilio comenzó á imponer el culto de su padre y la observancia de sus leyes á todos los pueblos vecinos. Sus hijos continuaron su obra y continuaron así la poderosa dinastía y el vasto imperio de los Incas que los españoles encontraron floreciente al principio del siglo XVI. La raza real de los Incas era, pues, al mismo tiempo, una raza divina, y el poder teocrático se confundía con el poder regalista en la persona del soberano del Cuzco.

(1) Ya hemos visto que lo mismo contaban de *Viracocha* los habitantes de la cuenca del lago de Titicaca, lo cual supone, por lo mismo, la existencia de dos cultos. Con todo, al realizarse la unidad política, el culto de Viracocha fué anexionado al de *Inti*, ó el Sol, fundado por Manco Capac.

"Esta leyenda, de apariencia histórica,—continúa diciendo monsieur de Rialle, —¿tiene en el fondo algún carácter de realidad? No lo creemos. El origen sobrenatural de los dos antepasados de los Incas bastaría para inducirnos á graves dudas. Esos dos seres, hermano y hermana, y más adelante esposo y esposa, que surgen una hermosa mañana de un lago sagrado y aparecen después como fundadores del imperio y civilizadores muy lejos del lugar de su nacimiento, parecen mejor personajes mitológicos. Pero cuando vemos en toda la superficie del globo hacer remontar las dinastías en origen á los dioses por un procedimiento análogo al que acabamos de ver en el Perú, nos es muy difícil no ver en los dos pretendidos hijos del Sol y de la Luna sendas personificaciones de esos dos astros, divinizados ya fetichicamente, sino de la manera del politeísmo. Manco Capac es una encarnación del Sol, y Mama Oello lo es de la Luna: hé ahí lo que resulta evidente, y no podemos desconocer que la base de la sociedad incásica no sea absolutamente politeísta. En esta sociedad, Inti, el dios del Sol, es la entidad preponderante, es el dueño del mundo y del imperio en que el inca reinante es su representante directo. Todo se emprende en su nombre, por su servicio y por su orden. Las habitaciones están orientadas, de manera que cuando se levanta por el E. detrás de la formidable cordillera de los Andes, sus primeros rayos puedan ser saludados con las oraciones matutinas de sus adoradores. En los templos, su imagen, un disco de oro, sobre el cual estaban dibujadas unas facciones humanas, daba frente á una ancha puerta expuesta á levante, que recibía los primeros fulgores del Sol, los reflejaba, se iluminaba con ellos, y gracias á las placas de oro, verdaderos espejos reflectores de que estaban revestidas las paredes del edificio, llenaba á éste de fuego y de luz. El oro amarillo y resplandeciente estaba, por otra parte, consagrado al Sol, del que pasaba por ser una emanación directa, y todos los objetos del culto de Inti estaban formados de dicho metal. El culto del Sol entre los Incas se distingue esencialmente de la heliolatría fetíchica. El hecho de estar figurado en los templos con una cara humana indica que no se trata aquí del astro mismo, sino de un Dios que lo rige y manifiesta su potencia por su intermediación. Lo propio de la civilización peruana bajo los Incas ha sido precisamente la transformación del culto del Sol, adorado por sí mismo, en su culto al dios del Sol, persona divina, exterior y superior al astro. Lo que lo prueba era el conocimiento implícito de la regularidad de las estaciones, manifestada por la regularidad de las cuatro grandes fiestas regulares del año. No olvidemos, respecto al particular, que el Perú se encuentra en el hemisferio austral, y, por consiguiente, las estaciones se presentan á la inversa de las nuestras."

Esas cuatro fiestas eran: la del solsticio de junio ó fiesta del invierno, cuyo objeto era celebrar la muerte y la resurrección del Sol (corresponde á nuestras *Pascuas de Navidad);* la fiesta de la primavera, en sep-

tiembre, con objeto de proceder á la purificación general y expulsión de cuanto pudiera perjudicar á las cosechas (tiene su análogo en nuestra *fiesta de San José);* la fiesta del verano, en diciembre (análoga á nuestra *verbena de San Juan),* y, por último, la fiesta de las mieses, en mayo (tiene su análogo en nuestras *ferias* de septiembre), cuando el suelo, después del calor del verano, se cubría de una espléndida vegetación bajo la acción de la lluvia.

"Esta serie de fiestas—dice M. Girard de Rialle—tenía por regla y por ocasión el curso del Sol, y estaba en su mayor parte inspirada en las ideas religiosas de los Incas. Estos formaban, por otra parte, la clase sacerdotal, al mismo tiempo que la clase real y militar. Si, en Cuzco, había un sumo sacerdote, distinto del rey y subordinado al rey, no por eso dejaba de pertenecer á la familia de los hijos del Sol, lo mismo que todos los sumos sacerdotes de Inti en las provincias y todo el clero de la capital. Con todo, si entre las vírgenes del Sol, reunidas en vastos conventos en Cuzco y en las localidades consagradas al gran dios del día había gran número que pertenecían á la raza de los Incas, admitíase también á otros. Las hijas de los curacas *(ó nobles),* y aun las del pueblo, que por su belleza eran reconocidas como dignas de servir al Sol tenían á menudo el honor de formar parte de los colegios de vestales instituídos en muchas partes del imperio. En Cuzco, el convento contaba con 1,500; en otras partes, su número variaba de 200 á 500. Esas jóvenes tenían por misión velar el fuego encendido el día del solsticio de invierno, la fiesta del Sol por excelencia; preparaban el pan y el licor sagrados, los vestidos del rey, los adornos de los templos. Érales impuesta la castidad más absoluta, y sólo la muerte podía expiar una infracción á esta regla. Si el seductor quedaba desconocido, sin embargo, y si la joven culpable juraba que estaba en cinta por obra del Sol, del que era considerada como esposa, escapaba al castigo. De igual manera que el dios, el rey, su hipóstasis terrestre, podía sin remordimiento tener comercio con las vírgenes del Sol, á quienes elevaba así á la dignidad de concubinas. En cuanto á las otras, al cabo de seis ó siete años de sacerdocio se las casaba frecuentemente con príncipes ó personajes distinguidos."

La dinastía inca tuvo, cuando más, unos dos ó tres siglos de duración, pues se sabe que, al llegar allí los españoles, se habían sucedido solamente doce emperadores, comenzando desde Manco Capac.

La sociedad peruana estaba repartida en tres castas: los Incas, "raza divina, hija del Sol,—dice un autor;—los curacas, señores que tenían vasallos, y el pueblo. La dignidad real era hereditaria y pasaba, por orden de primogenitura, de varón á varón nacido del inca y de su hermana. Del inca y de sus restantes mujeres nacían otras dos especies de hijos. El gran sacerdote del Sol era hermano ó tío del rey, y los sacerdotes inferiores debían ser de la familia de los Incas.

"El inca daba la ley de un modo absoluto porque la recibía del Sol,

su padre, y no se engañaba nunca; residía en Cuzco y transmitía directamente sus órdenes á los cuatro incas virreyes de cuatro partes del imperio. En cada una de esas partes había tres consejos: uno para la guerra, otro para la justicia y otro para la administración económica. Después de estos personajes venían los curacas, comandantes de provincia y ciudades. El pueblo estaba contado por docenas mandadas cada una de ellas por un jefe y reunidas después en cinco, diez, cincuenta, etc., y mandadas entonces por un jefe superior. Los chunca camayo, que así se llamaban los jefes, estaban encargados de todas las relaciones que podían mediar entre el gobierno y el pueblo. En cierta época del año, el inca, los incas gobernadores y los curacas casaban, ó, más bien, apareaban, á los jóvenes de una misma clase, de un mismo pueblo y de una misma familia, bien que esta última condición no era indispensable. Los recién casados no podían trasladar su domicilio á otra provincia ni aun á otro cuartel, porque esto hubiera trastornado el orden de las decurias.

"Las tierras estaban divididas en tres partes: las del Sol, las del inca, y las de la comunidad. Entre las últimas, las mejores pertenecían á los incas y los curacas, según el rango y según el número de individuos de que se componían sus familias. Cada hombre del pueblo tenía una parte de un tapú, y las hembras medio tapú, que era siempre de su padre ó de su marido. No había tierras hereditarias, pues la repartición se hacía todos los años, y las tierras las trabajaba toda la nación en común, comenzando por las del Sol, siguiendo las de las viudas, las de los huérfanos, las de los enfermos, de los viejos, de los particulares y las del inca. Un gran recinto, al cual se iba por cuatro calles que partían de los cuatro puntos cardinales, contenía cinco casas ó templos dedicados al Sol, á la Luna, á las estrellas, al rayo y al arco iris. Allí mismo había otro edificio que era la habitación de los sacerdotes. El templo del Sol era cuadrado, estaba cubierto de madera y paja, y las paredes forradas con planchas de oro. Algunas vírgenes estaban encargadas de hilar y tejer los vestidos del inca y de preparar la bebida llamada aca y el pan cuncú, de que se servía en las fiestas solemnes. Estas eran cuatro: la del Sol, la de la iniciación de los incas jóvenes, la de la sementera, y la de la purificación. La primera comenzaba por la distribución del aca entre los incas y los curacas; hacíanse después los sacrificios de animales, cuyo corazón y sangre se ofrecían al Sol, y cuya carne asada se repartía con pan cuncú y con aca á los incas y á los curacas asistentes. El inca tenía una bebida aparte, y el pan y los demás alimentos que en esas fiestas comía también el pueblo eran preparados por otras mujeres. Todo esto se llamaba el festín dado por el Sol á sus hijos.

"La iniciación de los incas jóvenes se hacía con las pruebas del ayuno, de la carrera, del combate, de la lucha, del salto, etc. La fiesta de la sementera se reducía al sacrificio de animales, cuyo corazón y

entrañas eran arrojados al fuego. La fiesta de la purificación consistía en arrojar al mal con lanzas y con antorchas hasta cierta distancia del pueblo, y se terminaba con festines, cantos y danzas.

"En los funerales del rey sus mujeres y servidores eran enterrados vivos, y en seguida el cuerpo del rey embalsamado era puesto en el templo del Sol, en donde se le presentaban ofrendas.

"Entre los incas había amautas que ejercían la profesión de sabios y artistas, y había poetas llamados Haranec, que componían dramas acerca de las victorias de los reyes, y escenas familiares que representaban la vida del campo. Los sucesores de Manco-Capac habían extendido el dominio peruano á un vasto territorio, y los indios, subyugados, marchaban poco á poco en el camino de la civilización, que había convertido á los habitantes del Perú en el pueblo más culto y más poderoso de toda la América Meridional.

Sin embargo, en ese vasto imperio sólo Cuzco merecía de justicia el nombre de ciudad, puesto que la mayoría de la población peruana vivía en pueblos cortos y hasta en casas aisladas. Todos los edificios particulares eran de ladrillos secados al sol, y tan bajos, que, en general, sus paredes no tenían más allá de ocho pies.

"Los peruanos desconocían absolutamente el uso de la escritura, y las tradiciones se trasmitían de una generación á otra por medio de cantares que los indios aprendían desde la niñez. Para fijar en la memoria de los pueblos los acontecimientos importantes sin alteración alguna, se había suplido la escritura por medio de *quippos,* especie de registros públicos que consistían en cuerdas en donde los nudos, combinados de distinta manera, representaban las acciones memorables. Los monumentos públicos, custodiados por hombres que tenían este cargo, encerraban un gran número de esos quippos, que eran los archivos de las tradiciones nacionales.

"Conocían los peruanos el arte de fundir los metales y darles varias formas, y se servían de ellos para hacer vasos y adornos. Sabían hilar y tejer el algodón y la lana para hacer vestidos y tapices de trabajo bastante primoroso. En muchos ríos habían hecho puentes de mimbres, y las diversas partes del imperio estaban unidas por medio de carreteras de extensión muy grande. Cuando llegaron allá los españoles, una de esas carreteras iba de Cuzco hasta Quito, esto es, una distancia de cuatrocientas leguas, y su anchura era suficiente para que pudieran pasar por ella seis caballos con toda comodidad."

Se ha ponderado demasiado la felicidad de que gozaban los peruanos en la época de la conquista española. No se comprende qué felicidad había de ser la que se experimentara bajo el gobierno de un Atahualpa. "Los anales del género humano,—dice el Sr. Arias Miranda, siguiendo al inca Garcilaso,—no hacen mención de otro monstruo que lo haya infamado en tan eminente grado. Después de haberse lavado en la sangre

de doscientos hermanos suyos, hijos de Huayna Capac, en la de sus tíos y parientes, comprendiendo mujeres y niños, dentro y fuera del cuarto grado, con tal que tuviesen algo con la sangre real, llevó su furia hasta los criados y dependientes, que se contaban por miles, y, por fin, á los lugares del circuito del Cuzco, que mandó arrasar. ¿Es creible que los vasallos de esta fiera rabiosa la habían de amar con tierno y filial afecto? Fuera la gente peruana la más estúpida y más desapiadada de la tierra si, teniendo á la vista tales escenas de alevosía é inhumanidad, no se estremeciese de horror y de compasión."

Pero vale más citar las propias palabras del autor de los *Comentarios Reales,* el cual dice, hablando del harto célebre emperador:

"El postrer inca que hubo en el Perú fué, como diremos en su vida, con los de su sangre, cruelísimo sobre todas las fieras y basiliscos del mundo. El cual, siendo bastardo, con astucia y cautelas, prendió y mató al hermano mayor legítimo, heredero del trono, llamado Huascar Inca, y tiranizó el reino; y con tormentos y crueldades nunca jamás vistas ni oídas destruyó toda la sangre real, así hombres como niños y mujeres. A todos aquellos lugares que estaban al rededor del Cuzco en espacio de cuatro, cinco, seis y siete leguas los destruyó y asoló por tierra los edificios, no contentándose con haber muerto los moradores. Y pasaran adelante sus crueldades si no las atajaran los españoles, que acertaron á entrar en la tierra en el mayor hervor de ellas; y como lo mataron con muerte afrentosa, dijeron los indios que su Dios Sol, para vengarse del traidor y castigar al tirano, matador de sus hijos y destruidor de su sangre, había enviado á los españoles para que hiciesen justicia de él. Por la cual muerte los indios obedecieron á los españoles como á hombres enviados de su Dios el Sol, y se les rindieron de todo punto, y los adoraron por hijos y descendientes de aquel su Dios *Viracocha.*"

Con gran valentía rechaza el Sr. Arias Miranda las imputaciones que los extranjeros dirigen contra nuestros conquistadores, así como las exageradas alabanzas que dirigen á la civilización incásica.

"Si tan conspicuo era el imperio Inca,—dice,—¿á qué llevar allá las artes y las letras europeas? Los conquistadores tenían mucho más que aprender que no enseñar, y estaban en el caso de trocar su civilización por la de los indios, pues ni esa agricultura ni esas vías ni esos canales existían en España. Sin embargo, se ve que ese estado colosal y brillante vino al suelo sin mucho esfuerzo al empuje de doscientos españoles no completos, mal aprovisionados y sin ordenación, por cuanto era gente colecticia y allegadiza que voluntariamente se prestaba á lo que se llamaba *hacer entradas.* El estado que cayó con tan flaco impulso, ó muy poco valía, ó era grandísimo y muy generalizado el deseo de deshacerse del que estaba á la cabeza del Estado. No siendo una de estas dos cosas, ambas opuestas á lo que se cuenta de los incas y de los pueblos, excusado es buscar solución natural al indicado fenómeno. Hoy, á

buen seguro que si fuese quintuplicado número de los nuestros á invadir algunas de las naciones allí erigidas, habían de pagar pronto y caro su locura. El que se cosechasen abundantes frutos, mal se compone con las hambres y supremas escaseces que atormentaron á los primeros conquistadores, lo mismo en el Perú que en Buenos Aires, que en la Tierra Firme que en dondequiera. Ya se ve: no habiendo, como no había, en ninguna parte pan, carne ni vino, los soldados de Europa tenían que sufrir las mayores privaciones, privaciones que hicieron en ellos muchos mayores estragos que las armas de los indios. Es muy extraño que los conquistadores, en lugar de los edificios que levantaron para habitarlos, no se hubiesen aprovechado de los magníficos palacios que les estaban brindando con suntuosos alojamientos, y era no menos natural que para su resguardo en las porfiadas guerras en que anduvieron empeñados no se hubiesen amparado de lo que tan bien les venía: de las formidables fortalezas que encontraban á la mano.

"Que las tierras del Perú son fertilísimas; que sus montañas cobijan ricos veneros de metales preciosos, es innegable; pero que esas tierras y esos veneros fructificasen antes de la conquista, es lo que se puede, no sólo ponerlo en duda, sino negarlo rotundamente sobre datos irrebatibles. Que la tierra se cultivaba con esmero, y que se obtenían de ella las más exquisitas producciones del reino mineral, son dos paradojas que por tales las reconoce cualquiera que eche una sola mirada á la historia. ¿De qué género de cultivo es susceptible un país por más feraz que sea, faltando las bestias de tiro y toda clase de instrumentos agrícolas? ¿Cómo puede asegurarse que se cosechaban los más exquisitos frutos del reino vegetal, donde no era conocido el trigo, arroz, cebada, azúcar, aceite, vino y legumbres? No teniendo ni bueyes, ni caballos, ni asnos, ignorándose enteramente el uso y aplicaciones del hierro, y habiendo de hacerse á brazo las faenas del campo, no puede sostenerse, ni como hipótesis, que la agricultura estuviese en auge, ni menos que rindiese opimos frutos. Lo que no dificulto en creer es que los peruanos tuviesen constantemente en almacenes repuestos de maíz y batatas, que eran casi sus únicos artículos alimenticios; porque el emperador, señor de vidas y haciendas, exigía á los labradores una tercera parte íntegra de todos los frutos (1), y otro tanto para el culto del Sol; de modo que no siendo posible que ni el soberano con su servidumbre palaciega, ni los sacerdotes, comiesen en poco tiempo las dos terceras partes de las cosechas en un territorio inmenso, era preciso entrojarlas, y es probable que muchas veces se pudriesen amontonadas por falta de consumo, mientras que los que las ha-

(1) Sobre la tercera parte de los frutos cosechados en todo el imperio que el inca percibía, se apropiaban íntegros los de los lugares situados á 50 leguas del Cuzco que los indios conducían á cuestas para el sustento de la casa real.—*Comentarios Reales:* libro IV, Cap. XIII.

bían recogido con su sudor, morían acosados por el hambre. Alábase que en el Perú no hubiese pobres; pero no es nada de extrañar, supuesto que, poniendo en planta el mismo sistema, no los habría tampoco en ninguna parte del mundo. Ordénese en donde se quiera que el labrador entregue dos terceras partes de lo que recoge de la tierra, y ya habrá con que sostener la majestad del trono, el esplendor del culto y atender con el remanente á los ancianos y á los inhábiles para el trabajo.

"Mucho habría que decir si me detuviese en especificar los argumentos que hay en contra de la supuesta blandura con que los Incas gobernaban sus dominios. Recurro á los autores, y unánimemente me dicen que la aspereza, la crueldad y las exacciones no podrían sobrellevarlas otros hombres de menos sufrimiento y absoluta resignación que los indios. Garcilaso, muy enterado de las prácticas del palacio imperial, porque en él se había criado con toda su parentela, asegura que había *más de mil señores* destinados á llevar las andas de oro en que salía á paseo el emperador; y si alguno de estos señores tropezaba con la carga y caía, *al instante le cortaban la cabeza*. Para este ministerio había especialmente designadas dos provincias, cuyos moradores, desde la edad de veinte años, estaban obligados á desempeñar el oficio de acémilas; pero cuidado cómo lo hacían, pues en un tropezón ó en un vaivén, les iba la vida (1). El derecho de cazar era tan rigurosamente exclusivo del monarca, que el indio que sin su licencia mataba un pájaro, perdía por ello la cabeza. Cuando le acomodaba al inca ir á alguna cacería, salía acompañado de unos veinte ó treinta mil hombres, para que le sirviesen de ojeadores y monteros. La lana de las vicuñas, que por fina y sedosa era muy estimada, nadie podía usar de ella, *bajo pena de la vida,* sino el soberano. Estos príncipes benéficos ocupaban miles de sus vasallos, apostándolos á trechos en los caminos, desde el Cuzco al mar, como unas 200 leguas, para traerles de mano en mano el pescado fresco, á semejanza de lo que hacía en Méjico Motezuma, y para conducirle otros objetos para su regalo. Parece que queriendo prolongar sus beneficios más allá de la muerte, era costumbre que un crecido número de personajes y domésticos se inmolasen sobre su tumba (2).

(1) Para traer en hombros al inca había escogidas dos provincias, que tenían más de 15,000 vecinos, gente bien dispuesta, granada y pareja, los cuales, en llegando á la edad de veinte años, se ensayaban á traer sesgas las andas sin golpes ni vaivenes sin caer ni dar tropezones, que era grande afrenta para el desdichado que tal le acaecía.—*Comentarios Reales:* libro VI, Cap. 11.

(2) No sólo cuando fallecía el inca reinante, sino algún curaca de los principales, se mataban y dejaban enterrar vivos los criados más favorecidos y las mujeres más queridas. Pedro Cieza de León, en la apreciable obra que tituló *Crónica del Perú*, y Francisco de Jerez, más antiguo aún, traen esta noticia, que tomó de ellos el doctor Robertson; pero como en las ceremonias de corte y del palacio imperial ninguno podía estar más al corriente que Garcilaso, es al que voy principalmente siguiendo, por no amontonar otras citas.

"Nada más común que oir prodigios de civilización y adelantos admirables en artes y ciencias del Estado peruano. Poco, muy poco hay que estudiar para convencerse de que todo esto no es más que una ilusión, y, á lo más, un mito, en que va envuelta la idea de presentar como un gran desastre el que los indios abandonasen sus rudas instituciones y prestasen obediencia á una potencia ilustrada. Es importante observar que los vastos dominios del inca fueron todos adquiridos por conquista, y que desde Pasto hasta Chile, por la banda del S. y por la del N. hasta los confines de Quito, en una extensión de 1,300 leguas, no existía otra ciudad que la del Cuzco. Los demás pueblos eran aldeas de labradores pobres, verdaderos siervos de la gleba, adictos al terruño en que su señor los colocaba, privados de la facultad del hombre libre de mudar de lugar, de elegir profesión y del derecho de adquirir, porque toda la propiedad rústica y urbana era señorío privativo del soberano, el cual la distribuía entre sus vasallos para que la beneficiasen en calidad de colonos ó siervos. Creeráse, tal vez, que el Cuzco, como ciudad única, cabeza y asiento del imperio, sería de aspecto magnífico y decorada con majestuosos edificios, exceptuando el palacio del inca, que era de piedra, aunque sólo tenía de suntuoso el estar en un pueblo de edificios miserables. El demás caserío era, según el historiador López de Gómara, formado de adobes, con techumbre de esparto, y los templos la tenían de paja. En cuanto á leyes por lo tocante á la vía criminal, no había más que una: la de pena capital, lo mismo para el delito más atroz que para la falta más leve, sin forma de proceso ni tela de juicio.

"Es fama que en el Perú estaban abolidos los sacrificios humanos tan comunes en Méjico y otras partes. Garcilaso lo afirma así, aunque da por hecho que los hubo crudísimos en lo antiguo. Todos los demás escritores anteriores y posteriores á él aseguran que tal costumbre existía hasta la entrada de los españoles. El mismo Garcilaso, citando al P. Valera, cuyos fragmentos siempre tenía delante, dice que los indios que vivían en los *Antis* eran antropófagos y más fieros que tigres. Herrera, Década V, libro I, se expresa así: "Los pueblos que transitó Pizarro para ir al Cuzco en busca de Atahualpa, tenían unas mismas costumbres, comían el maíz asado y cocido, la carne y el pescado crudos, "sacrificaban hombres, y no perdonaban á sus propios hijos". Mas suponiendo lo primero y ateniéndonos á lo menos repugnante, ¿deduciremos de aquí que el país gozaba de una civilización avanzada? Con lo poco que queda dicho, se acredita suficientemente lo contrario. En la historia de los progresos que hacen los pueblos en la carrera de la civilización, están miradas dos cosas como signos principales para graduarla: el uso del hierro y el arte de domesticar los animales. Una y otra faltaban á los peruanos, que ni supieron beneficiar aquel metal ni amansar otro cuadrúpedo que la llama, que por su índole pacífica casi viene ella misma á poder del hombre, siendo cierto que en sus montes andaban jabalíes, ga-

tos, cabras, bisontes y conejos. Todos los habitantes andaban descalzos, no tenían nombres para designar los días de la semana, ni conocían más que dos estrellas (el barón de Humboldt, *Ensayo político, etc.)*, ni usaron de peso y moneda. En una palabra: donde no existían instrumentos de hierro ni la fuerza animal ni aparatos mecánicos, ni el alfabeto, y eran extraños otros mil nobles inventos del ingenio humano, ¿qué género de adelanto se concibe en lo intelectual y en lo físico, á no ser acaso haber dado el primer paso en la senda de la civilización?

"Hay, sí, en los Estados peruanos, grandiosos vestigios de obras monumentales y restos de magníficas poblaciones, que suponen, á no dudarlo, conocimientos superiores é infinitamente más poderosos que los que poseían los indios de la conquista. Empero, estos edificios, como las murallas, como los canales y pirámides que se han reconocido, son debidos á razas anteriores á la actual, á hombres más fuertes é inteligentes, que, aunque no se sepa ni quiénes fuesen ni por qué han desaparecido, sábese positivamente que han existido. Además, las enunciadas construcciones no están circunscritas al Perú, pues se encuentran esparcidas por toda la superficie del continente americano hasta en parajes hoy salvajes y despoblados, como los del Canadá, Orinoco, los Andes y el Nuevo Méjico. No se piense con esos monumentos del arte acreditar la cultura y poder industrial á que llegaron los peruanos, que ni aun aprovechar sabían lo que les habían dejado generaciones pasadas, puesto que se encuentran abandonados y desiertos en sitios solitarios ó en el centro de intrincados bosques."

He creído conveniente trasladar estos valientes párrafos por aquello de *ab uno disce omnes*. Lo que el Sr. Arias Miranda replica á los detractores de España en el Perú, es aplicable á lo que dicen respecto á nuestro proceder en las restantes conquistas.

Se ha ido formando una leyenda de barbarie española (entre cuyos colaboradores más eximios figura Enrique Heine) que es preciso desvanecer. Cítase como ejemplo de la malevolencia con que se nos juzga el famoso *asesinato* de Atahualpa, que, por cierto, ha inspirado á D. Juan Valera un soberbio drama que no comprendemos cómo no se ha puesto en escena. Y, sin embargo, basta abrir la obra de Jerez para comprender las poderosas razones que Pizarro tuvo para proceder como procedió: ó tenía que dejarse aniquilar por Atahualpa, ó volver la oración por pasiva. Y Pizarro optó por ser martillo en vez de yunque, cosa poco en consonancia con la moral... budhista, pero perfectamente compatible con la moral... del instinto de conservación. De no prender al Inca, el ejército enviado á llamar traidoramente por Atahualpa hubiera hecho prisioneros á los españoles, dándoles horrible muerte.

Indigna verdaderamente que naciones que tienen en sus páginas hechos como la conducta de los ingleses en la India y en Australia; como la de Francia en Argelia y el Tonkín; como la de los Estados Unidos

en los territorios de los Pieles Rojas, vengan á acusar de crueldades á nuestros valerosísimos conquistadores.

Pero volvamos ya á lo que decíamos del lago de Titicaca.

Además de la isla que he mencionado y cuyo contorno no baja de seis leguas, hay muchas otras: la de la Luna, al E. de la anterior; la de Apengue ó del Campanario, al NO. del lago. Todas ellas, lo mismo que la de Titicaca, pertenecen á Bolivia. Cerca de la costa peruana, y dependiendo de esta república, hay las de Soto, de Chiquipa, de Estévez y multitud de islotes.



RUINAS DE UN TEMPLO INCA

El Titicaca está constituído, diríase, que por dos lagos: el de Chicuito, al N., y el de Guaqui, al S., separados por la península de Copa Cabana y en comunicación por el estrecho de Ticuina, cuya anchura es la de un tiro de fusil. La navegación por el lago de Guaqui es muy peligrosa á causa de los numerosos escollos de que está sembrada.

Confieso que no quedé muy embelesado ante las ruinas del templo del Sol, y, por lo mismo, acepté de buena gana la proposición de mi amigo para trasladarnos en balsa á la isla de Coati al día siguiente. Pernoctamos, pues, en la isla de Titicaca, en una hacienda, y matamos el tiempo viendo retozar las ocas que en grandes bandadas acudían á una ensenada vecina. La isla está toda ella sembrada de maizales y queñúas ó *quinoas,* árboles de rojizo tronco que producen sabroso fruto.

La puesta de sol resultó admirable, pues al sepultarse detrás de los Andes iluminaba las lejanas montañas del Este, haciendo brillar los cambiantes de la nevada sábana que los cubría, mientras que al reflejo in-

tenso de aquellos postreros rayos resaltaba con fuerte entonación el rojizo color de los pórfidos de los cerros vecinos.

Amaneció, y, despidiéndonos de nuestro huésped, nos embarcamos en la balsa con rumbo á levante, y en la seguridad de que el Gobierno de Sucre no había de temer por nuestra parte ningún intento de conquista de sus islas titicacánicas.

Una hora después, llegábamos á la isla de Coati, la cual, vista desde lejos, se presenta como una montaña bruscamente emergida del fondo del lago, y toda ella cubierta por un bosque de queñúas. El templo con-



RUINAS DEL TEMPLO DE LA LUNA EN LA ISLA DE COATI, LAGO DE TITICACA

sagrado á Mama Oello (la Luna) está escondido hoy entre la espesura de los árboles, cuya reproducción llega á amenazar la misma existencia de las ruinas, pues crecen queñúas en los patios y hasta en las puertas.

El templo está erigido á mitad de la ladera que mira á poniente, y se sube hasta él, desde la orilla del lago, por una tosca gradinata, abierta en la roca viva, ó bien formada por muros de contención. Los edificios, pues el tal templo es un conjunto de diversas construcciones, reunidas entre sí, formando ángulos rectos, son todos de traza cuadrada, á tenor de la categoría sagrada del número 4 en la civilización peruana. El edificio principal contiene en su interior un patio cuadrilongo (ocupado hoy por un bosquecillo de queñúas), en el cual se abren multitud de aposentos ó celdas. La mayor parte de estos aposentos, muy oscuros, contienen una porción de hornacinas, cuyo techo, en lugar de formar bóveda, es poligonal ó recortado. Otras celdas son verdaderos calabozos, en los que se supone se encerraría á las víctimas humanas destinadas al sacrificio.

Los pórticos del patio ofrecen un curioso ejemplo de un *conato de bóveda*, que les fué imposible á sus constructores realizar. Con todo, al-

gunas lumbreras, con los marcos en forma de cruz, no dejan de ofrecer cierta elegancia.

Hay que advertir ahora que esas cruces no son ningún motivo decorativo, sino un emblema sagrado, equivalente al simbólico 4 de que he hablado antes. Todo, en efecto, se repartía en 4:

El mundo estaba dividido en 4 partes;

El Perú en 4 regiones;

Cuzco estaba dividido en 4 barrios formados por 4 calles, cortando así la ciudad en forma de cruz;

La sociedad comprendía 4 castas: Incas, curacas, nobles y plebeyos;

Las nacionalidades eran 4: Antis, Cuntis, Chinchas y Collas;

Había cada año 4 grandes fiestas.

Este culto por el 4 procedía, según algunos, de la adoración del Sol, con sus dos solsticios y sus dos equinoccios; pero hay motivos para suponer que esta versión no es exacta, pues el culto al 4 se encuentra ya en época anterior á la heliolatría. ¿De que sé trataría, pues? Según Mr. Brinton, el 4 correspondería *á los 4 puntos cardinales*, y, en efecto, no sólo en el Perú, sino en muchos países de América, se observa la veneración hacia dicho número: "El hombre rojo,—dice el citado autor en sus *Mitos del Nuevo Mundo*,—era cazador; andaba errante sin cesar por los bosques desprovistos de senderos, recorría praderas sin límites. Parécele al blanco que no era ninguna facultad, sino un instinto, lo que le guiaba tan seguramente... No se extraviaba nunca... En una época muy primordial de su historia, el hombre tomó nota de los cuatro puntos cardinales, y, reconociendo en ellos guías para la noche y por el desierto, los hizo sus dioses. Largo tiempo después, cuando siglos de progreso lento le enseñaron otros secretos de la Naturaleza, cuando en los movimientos del Sol, en los elementos primeros y en las radicales de la aritmética discernió una repetición de dicho número, convirtiéronse éstos en pruebas de su carácter sagrado. Adoptólo como la cantidad regulatriz de sus instituciones y de sus artes; repitiólo en sus múltiplos y sus compuestos; imaginó nuevas aplicaciones; elogió su sentido místico, y, finalmente, en sus ensueños filosóficos lo llamó la llave de los secretos del Universo."

Pues bien: la traducción gráfica del cuatro es la cruz, que representa los cuatro vientos, y, por ende, la deificación del viento. Nada más sencillo que cruzar dos palos ó trazar dos líneas cruzándose en ángulo recto. Es el primer esbozo de la *rosa de los vientos*. En virtud de este culto por el 4, era costumbre en los antiguos pueblos americanos hacer remontar su origen á *dos parejas*, ó sea á *cuatro antepasados* (1), y de

(1) En Cundinamarca, los cuatro jefes creados por Botchica (el Sol); entre los Collas peruanos, las cuatro parejas que salieron de la caverna de Pacari-Tambo, cerca de Cuzco; en el Yucatán, los cuatro *Bacabs*.

ahí que sobre los sepulcros se colocase una cruz, emblema del 4 y símbolo de la resurrección, "indicando que el cuerpo sepultado se levantaría bajo la acción de los cuatro espíritus del mundo, como la semilla enterrada recobra nueva existencia cuando está regada por las lluvias primaverales."

Habiendo visitado las ruinas del templo de la Luna, hubiera sido casi pecado mortal dejar de visitar á Nuestra Señora de Copa Cabana, del nombre de la península así llamada, y allá fuimos, pues dista apenas media legua de Coati.

Dicha península es la que divide en dos el lago de Titicaca, como ya he dicho. El terreno, sumamente montañoso, ofrece muchos accidentes, y es fértil; mide 25 leguas de costa. La *Ciudad Bendita*, como se la llama, se levanta sobre un estrecho istmo, que enlaza la península á la costa de Bolivia, y en lo alto de un formidable hacinamiento de rocas levántase el venerando santuario, visitado por término medio por 30,000 peregrinos cada año. Esta iglesia es una de las más elegantes y preciosas que pueden verse, elevando al aire sus esbeltos contornos innumerables cúpulas y torrecillas cubiertas de azulejos verdes, ofreciendo el más agradable aspecto. La arquitectura es un excelente modelo de estilo hispanoamericano del siglo XVII. El interior es un tesoro, viéndose todas las paredes cubiertas de joyas, armas, diamantes y ex votos.

Parece ser que la santidad de este lugar era ya grande en tiempo de los Incas, los cuales habían elevado aquí suntuosos templos en honor á *Copa Cabana*, ídolo cuyo nombre significaba *piedra preciosa que da la vista*. Este ídolo, de piedra azul, fué destruído por nuestros conquistadores en 1582, siendo reemplazado por la actual imagen.

Visto ya lo que más me interesaba, pues no era cosa de pensar en ir á Tiahuanaco, cruzamos el angosto estrecho de Tiquina y desembarcamos en la orilla peruana, formada por la península que da nombre al estrecho, desde donde nos fuimos por tierra á Puno.

De regreso á Lima, me encontré con una invitación de uno de mis parientes para que fuese á pasar algunos días á Trujillo, donde se encontraba la familia. Aceptado el obsequio, tomé pasaje á bordo de un vaporcito destinado al transporte de harinas, y salimos con hermoso tiempo del Callao, siguiendo rumbo al NO. á lo largo de la costa. Esta aparece mucho más poblada que la del Sur: vemos primero á Ancón, y sucesivamente Chancay, Huacho, Huaura, Supe, Nuarmey, Huaraz, Samanco, Chimbote y Salaberay, donde fondeamos á altas horas de la noche.

Saltamos en tierra al amanecer para tomar el tren de Trujillo, y en menos de media hora nos encontramos en la hermosa capital del departamento de *Libertad*.

Debe Trujillo su fundación al gran Pizarro, que le dió el nombre de su patria natal. La ciudad es sumamente agradable. La regularidad y

anchura de sus calles, la hermosura y grandeza de la **Plaza Mayor**, la deliciosa campiña que la rodea, y, es preciso dar á cada cual lo suyo, la belleza sorprendente (aunque algo fría) de sus mujeres, son circunstancias que dan á esta Trujillo un encanto particular.

Dista la capital de Libertad media legua del mar, y se distingue por la cultura de sus moradores, que no ceden en nada á los limeños tocante á exquisita educación y vivo ingenio. He dicho que la campiña es de-



UNA HACIENDA EN TRUJILLO

liciosa, y, en efecto, nada más espléndido que el valle en que está asentada Trujillo. Deslízase cerca de la ciudad un río asaz caudaloso, del cual se forman numerosas acequias, las cuales no solamente sirven para regar los campos, sino que pasan por las casas, proveyendo al consumo de los habitantes. En todo el término municipal abundan los cortijos, molinos y casas de recreo ocultas entre frondosos árboles, como granados, higueras, olivos y naranjos, mientras que constituyen como verde y florida alfombra al suelo viñedos, sembrados y maizales.

Tanta riqueza y, como si dijéramos, tanta molicie tiene su contraste en la imponente apariencia de *la sierra*, esto es, de los Andes, que forman aquí como una monstruosa muralla de rocas, cubierta de nieve. El clima, que en la altura, esto es, en Cajamarca, debe ser frigidísimo, es aquí de una suavidad primaveral.

Entre los habitantes de Trujillo se ven pocos cholos ó mestizos, predominando el elemento español, y recomendándose las mujeres por su gran blancura y el dulce óvalo de su rostro, que recuerda el de las madonas.

Gratísima fué mi estancia en Trujillo, donde tuve ocasión de visitar muchas *haciendas,* organizadas con esmero y en las cuales pude ver el mucho uso que se hace de las llamas como animales de carga.

Transcurrida una semana, volví á la capital para despedirme de mis parientes y embarcarme para Europa; mas antes de hacerlo, y para que no se diga que niego al Perú los honores de decir cuatro palabras, como he hecho con los Estados sudamericanos, respecto á su historia contemporánea, me lanzo desde luego á tamaña empresa.



CAPITULO XXI

El Perú desde su independencia hasta hoy

FIEL permanecía el virreinato del Perú á la Madre Patria en medio de las primeras convulsiones de la Independencia. Alzábanse Venezuela, Nueva Granada, Buenos Aires, Chile; pero el Perú no se movía, no valiendo la pena de tener en cuenta algunos chispazos, prontamente apagados por nuestro virrey Abascal. Y aun esos chispazos ocurrieron en el Alto Perú (después *Bolivia.)*

Sin embargo, no podía ser duradera aquella paz, y, en efecto, el susodicho Alto Perú, inmediato á la insurrecta región del Plata, lanzó el grito de emancipación. Abascal envió al general Goyeneche para reducir á obediencia á los rebeldes, y así lo consiguió de pronto aquel digno jefe, que derrotó al ejército de Buenos Aires en Potosí, La Paz y Jujuy; pero, al tratar de pasar el *Desaguadero* (desfiladero así llamado) para bajar desde los Andes á la Pampa argentina, vióse detenido (1811). Pidió Goyeneche refuerzos á Abascal, y, una vez los recibió, continuó la marcha; pero los americanos se habían preparado, y Goyeneche se vió gravemente comprometido al saber que la provincia de Arequipa, que dejaba á retaguardia, se declaraba en rebeldía, amén de lo cual advertíase en sus tropas inequívocos síntomas de defección. En su vista, presentó Goyeneche la dimisión de su cargo (1812).

Reunidos poco después el ejército de Buenos Aires y el de Chile, al mando de Belgrano, invadieron el Alto Perú, volviendo de nuevo Jujuy, La Paz y Potosí á quedar libres de españoles. Siguió Belgrano su camino, con ánimo de entrar en Lima; pero salióle á su encuentro el general D. Joaquín de Pezuela, nombrado por Abascal, para reemplazar

á Goyeneche; y, aunque Belgrano quedó derrotado, proclamóse en casi todo el país la independencia. La Junta formada en Lima exoneró á Abascal (1814); las tropas españolas se retiraron á algunas plazas de los Andes, y, por fin, dando muestras de grandísima decisión y energía, conseguían Abascal y Pezuela entrar de nuevo en Lima (1815), donde recibieron las más calurosas adhesiones del partido *chapetón*, ó peninsular.

Con auxilio de aquellos españoles pudieron Abascal y Pezuela reorganizar un ejército, con suma rapidez. Ignoraba Rondeau, general de los argentinos, que los españoles hubiesen conseguido apoderarse de Lima, y bajaba descuidadamente desde el Alto Perú para dirigirse allá; pero salióle al encuentro Pezuela y le obligó á retroceder, ocupando de nuevo las tropas españolas á Potosí. Rondeau fué por refuerzos, y volvió contra su vencedor, á quien le tocó ahora declararse en retirada, replegándose á Oruro, esto es, en lo más escarpado y recóndito de los Andes, entre Potosí y La Paz (1815).

Como ya teníamos en España á D. Fernando VII, creyó éste hacer una gran cosa separando á Abascal, á pesar de los grandes servicios que había prestado, y nombró en su lugar al citado general Pezuela. Este consiguió hacer volver á la obediencia al Alto y Bajo Perú; pero tuvo que atender á lo de Chile, donde penetraba San Martín con 5,000 argentinos (1817), y derrotaba á los nuestros en Chacabuco. Los peruanos esperaban, sin duda, á que, libertada Chile, acudiesen los chilenos á libertarles á ellos.

Así fué, en efecto: conseguida la emancipación de Chile, en 1820, embarcóse San Martín á bordo de la escuadra del almirante Cochrane, con 3,800 chilenos, y tomó tierra en Pisco, puerto 40 leguas al S. del Callao. Dejó allí alguna fuerza y siguió luego hacia el puerto dicho, donde la noticia de su aparición causó la impresión más terrible. Había llegado, en efecto, el instante de decidirse por España ó contra España.

Eran profundamente adictos á la Madre Patria los grandes hacendados, descendientes de los *encomenderos* de la monarquía austriaca, la aristocracia criolla y los colonos. Todos ellos, con indisputable amor á España, se apresuraron á dar libertad á sus esclavos, á condición de que se alistaran en las filas realistas. En cambio, dábase el triste caso de que algunas de nuestras tropas simpatizasen con la insurrección, hasta el punto de pasarse á San Martín un batallón entero.

El virrey Pezuela salió á campaña y encontróse con los chilenos en Urí, siendo lamentablemente derrotado (1821). Retiróse á Lima, y, en vez de ser recibido por los *chapetones* con la consideración debida *au courage malheureux*, encontróse con que *le echaban*, siendo nombrado en su lugar el general D. José de Laserna, "hombre presuntuoso y poco apto", nombramiento confirmado por el Gobierno constitucional de Madrid.

Laserna se vió arrojado de Lima por San Martín y tuvo que refugiarse en el Alto Perú.

Ya en la capital el ilustre vencedor de Chacabuco y Urí, fué proclamado *Protector de la libertad del Perú*, rogándosele que, sin Asambleas ni otras tonterías, cuidase él mismo, personalmente, de organizar la administración civil. San Martín, con el mayor celo, redactó una Constitución provisional; nombró los ministros encargados del despacho de los negocios y dictó sabias y acertadísimas disposiciones. Hecho esto, y como Laserna no diera señales de vida, partió San Martín para Guayaquil, al objeto de conferenciar con Bolívar, que se encontraba allí, dejando confiado el mando al marqués de Torre Tagle, y, como resultado de su entrevista con el grande *Libertador*, acordóse que Colombia enviase un ejército en socorro de los peruanos (1822).

De regreso á Lima el nobilísimo general argentino (modelo de honradez y modestia), encontróse con que estaba reunido ya el *Congreso Constituyente* peruano, y se apresuró á resignar en él sus poderes, retirándose por el foro, como si dijera *"otro talle"* (1).

Y, en efecto, quien debía tallar era Bolívar, que tenía tanto de dominador y absoluto como San Martín de demócrata y liberal.

El virrey Laserna creyó muy oportuno confiar el mando de las tropas españolas al general Canterac, que había rechazado al general Tristán, enviado contra Iza por San Martín (1822). Supo Canterac que, á tenor de lo tratado en Guayaquil entre San Martín y Bolívar, acudía en socorro de los peruanos un ejército de 11,000 colombianos, mandado por el *Libertador* y por su aprovechado discípulo Sucre, y resolvió dar un golpe antes de que se presentasen todos, pues ya estaba Sucre allí, con 4,000 hombres.

Contaba Canterac con 7 ú 8,000 excelentes soldados. Ausente San Martín con sus argentinos, y en Trujillo Sucre, el Congreso de Lima decidió retirarse é ir en busca del general colombiano. É hizo muy bien el Congreso; pues, de otro modo, hubiera caído prisionero de Canterac, que entraba triunfante en Lima, en julio de 1823.

Nuestro general, en efecto, se había conducido muy hábilmente. Hemos dicho ya que derrotó al argentino Tristán en Iza. Al retirarse San Martín, que en su profundo talento comprendió de qué pie se dolían los peruanos y no quiso cargar con el mochuelo, formóse una junta de gobierno compuesta del general Lamar, del general Alvarado y del señor Vaquejano. Lamar fué depuesto por un pronunciamiento del general Santa Cruz; apoderóse de la presidencia el general Riva Aguero, y nombró á Santa Cruz jefe del ejército peruano.

Ya en el poder Riva Aguero, quiso dar á Santa Cruz ocasión de lu-

(1) En la proclama que dió San Martín al despedirse, dijo, y lo podía decir:

—¡Peruanos! He asistido á la declaración de independencia de Chile y del Perú. Llevo conmigo el estandarte á cuya sombra Pizarro sujetó este país. Mi carrera política ha terminado.

cirse (últimos de 1822) y le envió con 5 000 hombres á Arica (por mar) para que atacase á nuestro general Valdés, que se encontraba allí con 1 200 hombres. Valdés se retiró á Torata y dió tiempo á Canterac, que se encontraba en Huancayo, para que acudiese en su socorro. Reunidos ambos en Moquegua, en número de 3 200 hombres, atacaron á Alvarado (uno de los triunviros), y le derrotaron por completo. (Enero de 1823). En esta batalla de Moquegua ganó el empleo de coronel D. Baldomero Espartero.

Reunió entonces Canterac todas las tropas españolas diseminadas en la costa, y, formando con ellas, las de Valdés y las suyas una fuerte columna, entró en Lima, sin encontrar al Congreso, que, como hemos dicho, estaba en Trujillo, bajo la protección del colombiano Sucre. El Congreso depuso entonces á Riva Aguero; y como éste no quiso dejarse deponer, el Congreso se trasladó al Callao y nombró presidente al marqués de Torre Tagle. De modo, que había dos gobiernos.

Pero era el caso que mientras Canterac se presentaba en Lima, Santa Cruz, con 5,000 hombres, desembarcaba en Arica y se fortificaba en Oruro (Alto Perú). Canterac, entonces, se vió obligado á abandonar de nuevo la capital para ir en busca de Santa Cruz. Reunióse Canterac con Valdés y con Olañeta, general del Alto Perú, y, dando Santa Cruz entonces una prueba de notable prudencia, se evaporó, retirándose sin combatir y dando orden de dispersarse.

El triunfo de Canterac sobre Santa Cruz, es decir, sobre el ejército peruano, quedó desvirtuado, sin embargo, con el desembarco de Bolívar en el Callao y su entrada en Lima (septiembre de 1823) al frente de 7,000 colombianos. El *Libertador* fué recibido con el mayor entusiasmo por el Congreso, el cual le suplicó ejerciera la dictadura y asumiese el supremo mando militar, interinamente desempeñado por Sucre. Bolívar, cuyo talento no hay que encomiar, comprendió que lo primero era poner fin á la guerra intestina que debilitaba á los independientes, y con este objeto escribió á Riva Agüero, que continuaba en Trujillo, con el título de Presidente del Supremo Gobierno del Perú, para que no fuese tonto y se diese á partido, reconociendo á la Asamblea... y á él. Riva Agüero, sin embargo, con su *republicanismo* que le colocaba al nivel de Bruto, estaba en tratos con Canterac para ir ambos contra Bolívar, y trataba de convencer á San Martín para que hiciese un pronunciamiento en su obsequio. Arrepentido Bolívar con tantas condescendencias, mandó á Sucre cayese sobre Trujillo y cogiese á Riva Agüero; pero ya se le había anticipado uno de los coroneles de éste, que le entregó el gobierno del Callao, el cual le envió deportado á Guayaquil (octubre de 1823.)

Al tiempo que Agüero, sin hacer caso del Congreso ni de Sucre (y realmente hacía bien al no querer reconocer la autoridad de un extraño), se encontraba en Trujillo, el Congreso de Lima, presidido por el repu-

blicano marqués de Torre Tagle, elaboraba una Constitución muy unitaria y muy autoritaria, inspirada por Bolívar (noviembre de 1823), ratificándose la dictadura de éste.

Establecióse el *Libertador-Dictador* en Trujillo, y allí supo: 1.°, que el presidente del Congreso de Lima, el susodicho Torre Tagle, se había pasado al campo español; y 2.°, que la guarnición del Callao, á las órdenes del valiente Rodil, se había pronunciado en favor de Fernando VII. Ambas noticias eran para sorprender al más sereno. Bolívar, sin pérdida de tiempo, púsose al frente de 7,000 colombianos y fuése en busca de Canterac, á quien encontró en Junin. Dióse la batalla... y perdimos, retirándose los nuestros á Quermey. Allí se rindieron los más, pero no todos, pues 700 valientes, al mando del valeroso Olañeta, fueron á situarse en las más encumbradas alturas de los Andes, dispuestos á resistirse. Sea como fuere, con la derrota de Junin (localidad situada al otro lado de los Andes, en su vertiente oriental), ocurrida el 6 de mayo de 1824, el ejército español quedó muy quebrantado, resintiéndose mucho la disciplina y la mutua armonía entre los jefes, ayudando á ello las diferencias de sus opiniones políticas, pues mientras Laserna, Canterac y Valdés eran constitucionales, Olañeta era realista.

Laserna, que realmente sostenía una lucha desesperada, dió orden de que todas las fuerzas españolas se reconcentrasen en el valle de Jauja. De manera, que, al finalizar el año 1824, se reunieron allí unos 7,000 hombres.

Ansioso Canterac de aprovecharse de la ausencia de Bolívar (que después de la victoria de Junin había partido para Panamá, á fin de organizar una nueva expedición, dejando el mando á Sucre), y sabiendo que el ejército peruano colombiano estaba dividido en dos cuerpos, pensó batirlos parcialmente, á cuyo efecto se fué al encuentro de Sucre, á quien obligó á aceptar la batalla en las llanuras de Guamanguillo, al pie del pueblo de Ayacucho, en los Andes.

El ejército colombo peruano era algo inferior en número al español; pero Sucre confió en los recursos de la táctica para suplir tal deficiencia. Comenzó la brega con furioso encarnizamiento por ambas partes. Eran 9,300 los nuestros, con 14 cañones; los independientes, 5,780. La caballería colombiana, al mando de Córdoba, cargó con impetuosidad contra nuestro centro, rompiéndolo, y apoderándose de la persona de Laserna y de toda la artillería. Perdieron terreno los nuestros, y Sucre pronunció aquellas arrogantes palabras de: "—¡Soldados! ¡Paso de vencedores!" Todo lo arrollaron entonces. Habíamos experimentado 2,600 bajas, entre ellas seis generales. No quedaba sino Canterac, que se había fortificado en una altura con 2,500 hombres; pero, no siendo humanamente posible la resistencia, capituló (9 de diciembre de 1824.)

Las condiciones fueron las siguientes:

Las tropas españolas evacuarán todo el territorio que ocupan hasta

el Desaguadero, y entregarán su material de guerra al ejército de Colombia.

Todo el ejército español quedará prisionero. Los oficiales y soldados podrán retirarse á sus casas, ó bien servir en el ejército peruano, conservando sus grados.

El Perú se encargará de reimpatriar á España á los oficiales, soldados y paisanos que quieran regresar á su país.

Serán respetadas las propiedades de los españoles ausentes.

La plaza del Callao será entregada al ejército peruano.

Digamos ahora, en honor á nuestro país, que hubo quien no quiso reconocer la capitulación de Ayacucho: no quiso reconocerla el realista Olañeta, que continuaba con un puñado de valientes en el Alto Perú, ni quiso reconocerla Rodil, que se negó rotundamente á entregar el Callao, sin querer ni siquiera recibir á los emisarios de Canterac.

Después de la victoria de Ayacucho, dirigióse Sucre hacia Puno y cruzó el Desaguadero, para ir en busca de Olañeta, llegando sin resistencia hasta Chuquisaca (hoy *Sucre*, capital de Bolivia); pero no tuvo ocasión de poder combatir, pues un sobrino de Olañeta había hecho traición á este intrépido defensor del rey y de España, pasándose á los independientes.

De regreso Bolívar de Panamá con nuevas tropas, dispúsose sin pérdida de tiempo á tomar el Callao; pero la empresa apareció desde luego muchísimo más ardua de lo que se había figurado. Mucho preocupó á Bolívar aquella resistencia, y, lleno de cólera, expidió un decreto declarando fuera de la ley al gobernador y guarnición del Callao. Cualquiera que proporcionase víveres ó municiones á la plaza, sería tratado como pirata. Por de pronto, pues, hubo de contentarse Bolívar con cercar la plaza.

Al mes siguiente (febrero de 1825) reunióse en Lima el Congreso Nacional, presidido antes por Torre Tagle y ahora por el furibundo bolivarista Sr. Sánchez Carrión (nombrado para dicho cargo por el *Libertador)*. Bolívar resignó sus facultades extraordinarias, á pesar de lo mucho que le rogaron siguiese investido de ellas, y manifestó que no tenía otra ambición que la de servir al Perú como simple general. Sólo pedía que se le confiase el mando de las tropas del Alto Perú para acabar con la resistencia que seguía oponiendo Olañeta con la poca gente que le era fiel. Por fin, á última hora, se consiguió que Bolívar continuase ejerciendo la dictadura, y el Congreso, libre de quebraderos de cabeza con saber que había quien corría con ellos, se dedicó á la agradable faena de derramar gracias y recompensas á favor de los patriotas. Sucre fué nombrado *Gran Mariscal de Ayacucho*, y Bolívar recibió el título de *Padre del pueblo y Salvador del Perú*.

Convencido Bolívar de que en el Callao estaban verdes, dejó aquello y se enderezó al Alto Perú, donde las partidas españolas se encontraban

en la más apurada situación, á causa de adherirse los pueblos á la causa de la independencia. No se le deparaba, por lo tanto, al ilustre *Libertador* ocasión alguna de combatir, y, por lo tanto, ya que tenía que renunciar á los lauros de Belona, resolvió dedicarse á ser el Solón ó Licurgo de aquel país.

Y aquí surgió un gravísimo problema. ¿Debía el Alto Perú formar parte de la República Peruana, ó había que atender á las reclamaciones de Buenos Aires, que reivindicaba por suya aquella región por formar parte del antiguo virreinato?

Bolívar decidió la dificultad, dejando que los mismos alto-peruanos eligieran, á cuya resolución se allanaron los gobiernos de Lima y Buenos Aires. Convocó, pues, el *Libertador* una Asamblea de Notables del Alto Perú, que se reunió en Potosí, y después de una breve discusión acordó dicho Congreso que el Alto Perú se constituyese en república autónoma, con la denominación de *Bolivia*.

No hay que decir, sin embargo, que los Notables del Ato Perú se limitaron á resolver lo que les había apuntado Bolívar (6 de agosto de 1825.)

Mientras el *Libertador* se dedicaba á la tarea de organizar y dar leyes á *Bolivia*, nuestro Rodil se mantenía impávido dentro del Callao. Cuatro mil hombres tenían cercada la plaza por tierra, y una escuadra la bloqueaba por mar. Desde hacía tres meses, no pasaba día sin que los bravos defensores debiesen sostener algún combate, ora intentando salidas, ora rechazando tentativas de entrada ó de asalto. Así transcurrieron 18 meses, sin que se notara el más ligero indicio de que Rodil pensara en capitular. Llegó día, sin embargo, en que la situación resultaba tan desesperada, que Rodil propuso á Sucre (presidente de Bolivia. Bolívar se encontraba temporalmente en Colombia) una capitulación casi idéntica á la concedida á Canterac después de Ayacucho. Sucre no quiso aceptar, y no es de extrañar que se negara, pues no era lo mismo conceder una capitulación ventajosa después de una batalla que aceptar las proposiciones presentadas por una plaza sitiada desde *año y medio*, sin víveres ni manera de proporcionárselos.

"No: nada tenía que envidiar el Callao, ni en honor ni en valentía, la fama de los más celebrados sitios,—dice un autor;—ni al sitio de Barcelona por las tropas de Felipe V, ni al sitio de Zaragoza, ni al de Gerona, ó, recordando otros sucesos de igual índole, al sitio de Génova, defendida por Massena, ó al de Hamburgo, defendida por Davoût. Aquel puñado de gente indómita, aquella guarida de temerarios, que sólo en aras del honor nacional sostenían la bandera española en las murallas del Callao, sabiendo de ciencia cierta que no podían esperar socorro humano de ninguna parte, no contaba con más alimento que el pescado, que, cuando podía, se procuraba, bajo el fuego de la escuadra de bloqueo. El hambre, la peste, todas las miserias, devastaban la heroica fa-

lange de Rodil, sin quebrantar el esforzado ánimo del invicto gobernador."

Menester era, para hacer tan asombrosa resistencia con tropas desfallecidas y, al fin y á la postre, fatigadísimas y deseosas de acabar con tantos sufrimientos, desplegar un rigor severo, mostrarse implacable ordenancista, y así hacía Rodil. Su comportamiento hubiera sido censuradísimo, sin duda, por aquellos famosos fomentadores de la *indisciplina* en tiempo de nuestra desdichadísima República. Rodil, en efecto, era un Nerón, ó poco menos, en punto á severidad, tocante á faltas de disciplina. El digno émulo de Alvarez de Castro hacía una defensa eminentemente militar, y, en su violenta testarudez, no vacilaba en castigar con pena capital las más insignificantes transgresiones. Así logró Rodil, á fuerza de tremendos escarmientos, ahogar toda manifestación de debilidad; pero, como es natural, la procesión andaba por dentro, y no eran pocos los descontentos.

Ya comprendía Rodil que su sanguinario *sistema* había de engendrar odios y anhelos de librarse de su terrible autoridad; "pero en vez de amilanarse,—dice el autor á quien nos hemos referido,—sólo pensó en acabar con los que vacilaban, empleando una estratagema bárbara quizá, pero de una barbarie heroica, de una barbarie sublime. Mandó reunir, pues, á los restos *de los quinientos hombres* con que contaba al comenzar el sitio, y los arengó diciendo que, perdida ya toda esperanza de salvar la plaza, no quedaba sino vender caras las vidas; pero que, no queriendo prolongar la defensa sino con hombres absolutamente decididos á morir matando, invitaba á los que no quisiesen llegar á tal extremo á que salieran de la plaza, para lo cual les daba su permiso. En su virtud, los que deseasen aprovecharse de la autorización, podían dejar las armas y dar dos pasos al frente.

"Al cabo de algunos minutos de vacilación, adelantáronse cuarenta hombres, entre oficiales y soldados, y Rodil, entonces, con voz de trueno, mandó fuesen arcabuceados allí mismo.

"El ejemplo llenó de horror á los supervivientes, y nadie pensó ya en salir de allí. Imposibilitados de poder salir á pescar, consumidos los caballos y mulos con que se habían alimentado en un principio, devorados todos los animales inmundos que habían servido de manjares, llegóse al extremo de apelar al horrible recurso de los calagurritanos sitiados por Pompeyo, es decir, á hacer uso de la carne de los cadáveres.

"En tal situación, hubo Rodil de dar su brazo á torcer proponiendo nuevas condiciones de capitulación; á saber:

"Amnistía general para todos los españoles encerrados en el Callao, sin ninguna excepción, lo mismo soldados que oficiales y empleados.

"Conducción de dichos españoles, á bordo de buques ingleses, á los puntos que designasen.

"Garantías de seguridad para sus personas y bienes á los capitulados que optasen por quedarse en el Perú.

"Concesión, á unos y á otros, del plazo de seis meses para decidir si se marcharían ó se quedarían.

"Aceptada esta capitulación con sólo algunas modificaciones de detalle, fué firmada el 26 de enero de 1826. Al día siguiente, *y al cabo de veintitrés meses de sitio,* entraban los peruanos en el Callao."

Murieron durante los trece últimos meses más de *7,000 personas* del Callao, cifra que con harta elocuencia demuestra hasta qué grado de heroísmo rayó la defensa de Rodil.

Pagado nuestro tributo de admiración al patriotismo de los últimos españoles que sostuvieron el honor de la bandera española en el Perú, continuaremos reseñando lo que á esta república atañe.

Una vez hubo Bolívar constituído en Estado independiente al Alto Perú, regresó á Lima y propuso al Congreso Nacional una nueva Constitución, absolutamente unitaria y autoritaria, es decir, totalmente distinta de las que regían en los Estados Unidos, Méjico, Colombia, Chile, Buenos Aires, Guatemala, etc. Baste decir que la tal Constitución era un plagio ó imitación de la que rigió en Francia con el nombre de *Consular* en 1799. El parto bolivariano fué recibido con el mayor disgusto; pero no tuvieron los peruanos más remedio que apechugar con la tal Constitución, pues Bolívar disponía del poderoso argumento de sus colombianos, y así no le quedó otro recurso al Congreso que demostrar la mayor satisfacción y proclamar dicho Código (9 de diciembre de 1826.)

Pronto los colombianos, que ocupaban el Perú, se convirtieron de *libertadores* en *nuevos opresores*. Formóse un Ayuntamiento en Lima que dió por nula la promulgación de la Constitución bolivariana, y se quedó en que el general Santa Cruz, jefe del Consejo de Gobierno nombrado por el *Libertador* al regresar á Colombia, convocase un nuevo Congreso Constituyente, que debería reunirse en 1.° de mayo de 1827 y elegir presidente y vicepresidente de la República. De manera, que en pocos años pasó el Perú sucesivamente por las formas de gobierno siguientes: 1.°, Constitución de San Martín, en 1820; 2.°, la de 1823; 3.°, la dictadura de Bolívar; 4.°, la Constitución Consular de 1826, inventada é impuesta por el *Libertador*.

Comprendían ahora los peruanos que les iba saliendo caro el auxilio ó cooperación de los colombianos. No se había portado, ciertamente, Bolívar con aquella admirable abnegación de San Martín, que tan modestamente se había retirado por el foro después de haber libertado y constituído al Perú. En vez de ser recordado con la cariñosa añoranza del buen San Martín, todo el Perú se quejaba de su tiranía y ansiaba llegase la hora de perder de vista á los soldados de Colombia. Por fin, consiguióse que los colombianos se fuesen con la música á otra parte

(marzo de 1827). El Gobierno, por su parte, desterró á los principales bolivaristas, y el Perú quedó dueño de sus destinos.

Limpio ya de bolivaristas y colombianos el territorio de la República, procedióse á elegir el Congreso Constituyente, el cual abrió sus sesiones en Lima el 4 de junio (1827). Santa Cruz (presidente del Consejo de Gobierno) presentó al momento la dimisión. En modo alguno quería admitírsela en el Congreso; pero fueron inútiles todos los ruegos, en vista de lo cual fué elegido para sucederle el general Lamar.

Bolívar, irritadísimo al ver que el Congreso echaba abajo su Constitución, declaró la guerra al país que le había nombrado *Padre del pueblo y Salvador del Perú;* lucharon peruanos y colombianos; Sucre derrotó á Lamar, y terminó la cosa con la caída de éste, que fué sustituído por González de la Fuente (1829), el cual, á su vez, hubo de ceder el puesto al general Gamarra, ya hemos dicho de qué manera, es decir, gracias á su hechicera esposa.

Gamarra gobernó muy bien; pero al expirar el plazo presidencial, en 1833, tuvo la mala idea de ambicionar se le prorrogasen los poderes; mas se llevó chasco, pues se opuso terminantemente á ello el bello sexo de Lima. Una mujer había elevado á Gamarra al pináculo del poder: una conjuración femenina debía volverle á la oscuridad. Las limeñas exigieron á sus maridos y novios que votasen á favor del gallardo mancebo D. Luis Orbejoso, en oposición á la candidatura del general Bermúdez, testaferro de Gamarra, y ganaron la partida.

No se dió por vencido aún Gamarra, ó, mejor dicho, el marido de la mujer de Gamarra; pronuncióse contra Orbejoso; pero, al fin, tuvo que desistir de su empeño, y gracias si pudo refugiarse en Bolivia.

El triunfador D. Luis entró en Lima como Napoleón en Berlín ó en Viena; pero tuvo el disgusto de que le saliera al momento otro competidor, que no era otro que aquel Sr. González de la Fuente, que había derribado á Lamar y que había sido derribado á su vez por Gamarra. Pudo pararle los pies, y lo desterró á Chile; pero á primeros de 1835 desembarcó en el Callao y se proclamó dictador.

Orbejoso envió contra La Fuente al joven general Salaberry; venció éste á los pronunciados; escapó La Fuente á Valparaíso, y Salaberry, entonces, creyéndose otro Alejandro Magno... se proclamó dictador y entró en Lima al frente de un victorioso ejército, fuerte de 318 peones. A la sazón hallábase Orbejoso en provincias, y Salaberry, proclamándose *Jefe Supremo del Perú,* manifestó que esperaba en Lima á que le atacase *el gobierno ambulante.* La jefatura de Salaberry resultó sencillamente una vergonzosa y miserable tiranía, con mezcla de bandidaje.

El atribulado Orbejoso, á quien decididamente se habían empeñado en no dejar tranquilo los Gamarras, La Fuentes, y Salaberrys, era dueño de Arequipa, y, como quien se agarra á un clavo ardiendo, pidió socorro al

general Santa Cruz, presidente de la República de Bolivia y ex presidente del Consejo de Gobierno del Perú en 1827.

Santa Cruz, accediendo á la demanda de Orbejoso, penetró en el territorio peruano al frente de un aguerrido cuerpo de 5,000 bolivianos (1834); pero estaba visto que el pobre D. Luis había nacido para ser víctima de sus amigos. Santa Cruz repetía ahora, con circunstancias agravantes, lo que hiciera antes Salaberry, y fué que partió por gala en dos el Perú, apoderándose de todo el país. Ambos *Perúes* estaban sujetos á un Gobierno Central juntamente con Bolivia, formando la Confederación Perúo Boliviana, bajo el protectorado del susodicho Santa Cruz. La formación de un Estado tan poderoso despertó los recelos de Chile, y estalló la guerra entre esta República y la flamante Confederación. Larga fué la campaña, en la que desde luego favoreció la suerte á los chilenos, que entraron en Lima en 1838, y pusieron en la presidencia á Gamarra. Orbejoso, presidente del Perú del Norte, se encerró en el Callao, manteniéndose fiel al Protector, hasta que, por fin, vendido éste por algunos de sus generales, fué derrotado en Yungay por los chilenos (1839). Así terminó la guerra; deshízose la Confederación, y Gamarra fué presidente del Perú hasta 1841, durante cuyo período gozó la República de perfecta tranquilidad.

La dicha de los Gamarras despertó ganas de suplantar á la feliz pareja en aquella D.ª Cipriana Latorre de Vivanco, de quien hemos hecho mérito anteriormente. El esposo de la bella señora se pronunció en Arequipa, tomando el modesto título de *el Regenerador;* Gamarra envió contra él al entonces coronel Castilla, que derrotó á Vivanco, y éste fué á refugiarse en Bolivia (1841).

Tenía que temer, pues, Gamarra por una parte á Santa Cruz, refugiado en el Ecuador, y, por otra parte, á los Vivancos, refugiados en Bolivia. Inquietándole más éstos, fuése contra dicha República al frente de 5,200 hombres; pero salió con las manos en la cabeza, siendo vencido por los valientes y aguerridos bolivianos en Ingavi, á algunas leguas de La Paz. Allí perdió la vida el pobre Gamarra, y allí fueron pasados á cuchillo por los terribles lanceros bolivianos casi todos los soldados gamarristas. Los bolivianos invadieron entonces el Perú; pero se pudo, afortunadamente, llegar á un arreglo (1842).

Ejercía la suprema magistratura, por muerte de Gamarra, el presidente del Consejo de Estado Sr. Menéndez. Como éste no tenía malicia, confió el mando del ejército del Sur al nunca escarmentado González de la Fuente; pero, oliéndose el general San Román que el tal La Fuente (que no podía consolarse de que le hubiesen apeado de la presidencia, el año 1829, Gamarra y su señora) aspiraba á la dictadura, se sublevó, llegando á las manos las fuerzas de uno y otro bando con sin igual fiereza.

Resultando cierto que González de la Fuente pretendía erigirse en dictador, enfadóse el digno presidente interino, Menéndez, y, mandando

reunir todas las fuerzas leales, confió su mando al general Torrico, al cual, una vez al frente de un puñado de soldados, le faltó tiempo para gritar: —*¡Abajo Menéndez!* Y nada: se proclamó dictador con la mayor frescura.

La facilidad con que Torrico se había calzado con la dictadura hizo que pensara que de menos nos hizo Dios un general Vidal, que se encontraba en el Cuzco, aunque algunos quieren decir que Vidal no quería el poder para sí, sino para González de La Fuente, al cual se hubiera elegido presidente con las formas legales de una votación. El coronel Vivanco, el ex Regenerador, que se había pronunciado contra Gamarra el año anterior, se adhirió en Arequipa al pronunciamiento de Vidal contra Torrico, y fué agraciado con el empleo de general. Topáronse las tropas de Vidal y las de Torrico en Aguasanta, y, favoreciendo la fortuna al primero, entró triunfante en Lima.

Resumamos la *serie* para no perder el hilo:

Orbejoso llama en su socorro á Santa Cruz.

Santa Cruz se proclama Protector de la Confederación Perúo-Boliviana.

Los chilenos derrotan á Santa Cruz y ponen en la presidencia á Gamarra.

Vivanco se subleva contra Gamarra, y éste perece.

Ocupa el puesto de Gamarra el Sr. Menéndez.

Sublévase contra Menéndez el Sr. La Fuente.

Menéndez envía contra La Fuente á Torrico.

Torrico desbanca á Menéndez.

Y Vidal desbanca á Torrico.

No se dirá que no sea muy variada la historia contemporánea del Perú.

Tenemos, pues, á Periquito hecho fraile, ó sea á Vidal dictador.

D.ª Cipriana se subleva contra Vidal en Arequipa, y su marido, que por adherirse á Vidal había sido hecho general y ejercía el mando en el Cuzco, se adhiere á lo hecho por su señora, y entran ambos triunfantes en Lima, donde las colgaduras debían estropearse ya con tanto servir para las entradas triunfales.

Lo más particular del caso es que Vivanco no lo hacía del todo mal, como tampoco lo había hecho del todo mal el marido de la mujer de Gamarra de 1830 á 1833. Lima estaba contentísima con los Vivancos, modelos de finura y grandes amigos de jolgorio. El simpático general, que se llamaba ahora *Director Supremo,* aplazó la convocación del Congreso; licenció á los generales y coroneles que no hacían falta, y eran en crecidísimo número; echó á los empleados irregularizadores; hizo que la magistratura no fuese tan venal y corrompida como venía siendo, y, en una palabra, hacía muy buenas cosas, portándose con nobleza y generosidad, cuando hé aquí que el eterno González de La Fuente vuelve

á levantar cabeza y obliga á Vivanco á tener que dejarse de benevolencias y tolerancias para defenderse contra sus enemigos.

Resultado de tales medidas fué el destierro del coronel Castilla, que había sido *ministro* de la Guerra bajo la última administración de Gamarra. Era Castilla hombre temible por su prestigio, y así no le costó nada sublevar las provincias del Sur en nombre de la pureza de los principios constitucionales. En breve reunió gente y marchó sobre Lima. Esta ciudad, que idolatraba en D.ª Cipriana y su marido, se puso al lado de éstos, por lo cual Castilla juzgó prudente no acercarse demasiado á la capital. Vivanco, deseando conquistar los laureles de Marte, salió al campo del honor, y durante muchos meses anduvieron Castilla y el otro jugando al divertido juego de:

—¿A que no me encuentras?

—¿A que no te busco?

Y así pasaba el tiempo.

De pronto, resuélvese la crisis de la manera más chusca que cabe imaginar. Ejercía las funciones de prefecto de Lima un Sr. Elías, sobrino de Vivanco y rico como un Creso, y este Elías se levantó una mañana (17 de junio de 1844), mandó llamar á unos cuantos soldados y tambores, fuése con ellos á la *Casa Verde* y se proclamó presidente de la República, mientras Castilla y Vivanco hacían *maniobras*.

La presidencia de Elías duró un año, mientras lo cual continuaron los otros dos persiguiéndose... y no encontrándose.

Transcribiré los siguientes datos de un historiador respecto al famoso personaje que por tanto tiempo ejerció después la jefatura de la República Peruana. "D. Ramón Castilla,—dice,—nacido en el año 1795, no dejaba de ser hombre de algún mérito. Había sido capitán de nuestro ejército cuando la guerra de la Independencia. De regreso al Perú, se había afiliado al partido de los patriotas, y se distinguió por su valor en la batalla de Ayacucho. Habiendo comenzado á meterse en política en 1830, siempre se le vió defender al presidente legítimo. Promovido á brigadier por el presidente Orbejoso, le fué fiel, hasta que el desesperado D. Luis entregó el Perú á Santa Cruz, lo cual le hizo ponerse al lado de Salaberry, teniendo que emigrar á Chile. Al declarar esta república la guerra á la confederación Perúo Boliviana, Castilla mandaba la caballería chilena, habiéndose distinguido brillantemente en la batalla de Yungay, en la que fué derrotado Santa Cruz. Puesto de nuevo Gamarra al frente del Perú, Castilla estuvo de su parte; y cuando aquel general perdió la vida en la batalla de Ingavi, á manos de los bolivianos, se vió obligado á emigrar de nuevo."

En su destierro, no cesó Castilla de perseverar en la formación de un partido constitucional, en el cual entrasen todos los enemigos del usurpador Vivanco. Por fin, y mientras Elías continuaba en la Casa Verde de Lima, consiguió dar con aquél en Arequipa y le derrotó.

después de lo cual, rodeado por la aureola de la victoria y contando con numerosas fuerzas, marchó decididamente sobre Lima, donde entró triunfante.

Cumple decir, en honor á la verdad, que desde luego patentizó Castilla que jugaba con las manos limpias; pues, en lugar de proclamarse Regenerador, Director, Dictador, Restaurador, Libertador, ó cosa así, reinstaló al legítimo presidente, ó sea á aquel Sr. Menéndez que había sido traicionado por Torrico al enviarle contra González de La Fuente. Menéndez, pues, pudo recobrar el sillón perdido, y permaneció tranquilamente en su puesto hasta que, llegada la época de proceder á nuevas elecciones presidenciales, fué proclamado D. Ramón Castilla (1845).

"La administración de Castilla—dice el autor antes citado—dejó muy buenos recuerdos en el Perú, pues durante su mando quedó restablecida la tranquilidad, y comenzó á ponerse orden en la hacienda; redújose el efectivo del ejército; modificóse su organización, y, en vez de procederse á reclutar arbitrariamente á los soldados, se estableció la quinta. La marina mercante peruana adquirió bastante desenvolvimiento y se establecieron varias líneas de vapores. Creóse la fundición de cañones de Bellavista; construyóse el ferrocarril de Lima al Callao; desarrolláronse diversas ramas de la industria y el comercio, y, finalmente, la explotación del guano produjo cuantiosísimos ingresos que no sospechara hasta entonces el país.

"Puede decirse, sin pretender inmiscuirnos por eso en las intestinas contiendas del Perú, que desde la proclamación de su independencia contaba por primera vez con un Gobierno justo, respetado y amigo de la prosperidad del país, mereciendo por lo mismo el *gran mariscal Castilla* se le haga la justicia de reconocer que fué el que verdaderamente sentó las bases del progreso material de aquella República. Sin duda, cometió errores; pero fueron muchos más sus aciertos."

Nada indica mejor la honradez y seriedad de la administración de D. Ramón Castilla que el haber llegado al término de su plazo presidencial pudiendo procederse con toda tranquilidad á la elección de su sucesor.

Resultó proclamado presidente el general Rufino Echenique (1851). Demostró al principio tener muy amplias y tolerantes ideas; pronuncióse en favor de las doctrinas librecambistas, y trató de favorecer la inmigración europea; pero no contaba con la huéspeda, la cual era D.ª Cipriana, secundada por su marido y por el general San Román. Sublevóse, pues, Vivanco; derrotóle Castilla, y todo el mundo se alegró mucho; pero, en cambio, produjo mucho disgusto el que prestase mano al ecuatoriano Flores contra el dictador Urbina (y aquí, para los que no estén familiarizados con los misterios de la historia política de la América del Sur, he de decir que Flores era el caudillo de los conservadores, y Urbina el de los ultrademócratas). El mal efecto que produjo, pues,

el descubrimiento de que el Gabinete de Lima protegía bajo mano á Flores, hizo que Echenique les pidiera la dimisión á sus ministros... quedándose él.

Castilla, queremos creer que, enojado contra el apoyo prestado por Echenique á los reaccionarios del Ecuador, y en manera alguna por añoranza de la *Casa Verde,* se pronunció contra el presidente, y desde luego pudo éste darse por perdido, pues, al fin y al cabo, no pasaba de ser una hechura del mariscal, y en retirarle éste la protección... buenas noches. Echenique, pues, tomó las de Villadiego, encargóse de la presidencia el vicepresidente, y cuando tocaron de nuevo á elecciones, fué proclamado otra vez D. Ramón Castilla (1858).

Ya en el pináculo del gobierno, convocó Castilla al Congreso (esto es, á las dos Cámaras), para aconsejarles que reformasen la Constitución vigente, ó sea la de 1828, obra de Santa Cruz, todo para que se pudiese prolongar los años de la presidencia; pero el Congreso respondió que nones. Poco después, Castilla, perpetrando un verdadero golpe de Estado, disolvió el Congreso, pretextando que empleaba mal el tiempo y abusaba de sus atribuciones al pretender fijar por sí mismo la fecha de su reunión, lo cual era perfectamente legal.

Pero es preciso decir siempre la verdad: si Castilla disolvió el Congreso, fué porque, de no haberlo hecho así, el Congreso le hubiera *disuelto* á él, pues no era un secreto para nadie que, temiéndose las Cámaras que el mejor día no se proclamase Castilla dictador, intentaban exonerarle. Y era la verdad que, lo mismo en lo interior que en las relaciones con el extranjero, portábase Castilla con la más absoluta iniciativa propia.

Disuelto el Congreso, procedióse á elegir otro (diciembre de 1859); "pero teníale sin cuidado á Castilla—dice el historiador antes citado—la gente que pudiese salir, pues estaba resuelto á hacer su santísima voluntad, y conviene decir que lo que se susurraba tocante á sus planes inspiraba el mayor entusiasmo á la mayoría de los peruanos.

"Decíase, en efecto, que Castilla iba á apoderarse de medio Ecuador y anexionar la Bolivia al Perú; ecos trasatlánticos y transandinos, sin duda, de los acontecimientos ocurridos aquel año en Italia. Pero no nace un Cavour á la vuelta de cada esquina. Desgraciadamente, la intempestiva llegada de un buque de guerra francés que se presentó en el Callao reclamando no sé qué satisfacciones y *dédommagements,* dió al traste con los planes de Castilla, descargando al mismo tiempo rudo golpe á su popularidad. Reducido á la impotencia, consolóse con protestar de la anexión de la República Dominicana á España, y nada más.

"A los pocos meses de aquello, proclamóse, por fin, la reforma constitucional por que tanto suspiraba Castilla. El período presidencial duraba cuatro años, y el Poder Ejecutivo estaba investido de amplísimas facultades."

Llegó aquella descabellada intervención francesa en Méjico para sentar en el trono imperial al confiado Maximiliano, y, ya que no podía hacer otra cosa, protestó Castilla en violentos términos. Como toda América estaba indignada con el proceder de Napoleón, no fué de extrañar que algunos limeños insultasen á unos individuos de la colonia francesa. Reclamó en seguida el gabinete de las Tullerías, y, al expirar su plazo presidencial, tuvo Castilla que dar el brazo á torcer pagando más de cien mil soles de indemnización á los agraviados franceses, "víctimas en sus personas é intereses,—decía con insufrible arrogancia el ministro de Negocios Extranjeros de París,—de la injusticia de los tribunales y gobernantes peruanos". Era cuando Napoleón III *cortaba el bacalao* en toda Europa y demás partes del mundo, excepto en los Estados Unidos.

Por el contrario, causó muy buen efecto en el Perú el comportamiento de Prim al dejar plantificados á los franceses.

Sucedió á Castilla (1862) el también *gran mariscal* Sr. San Román, con el cual, al principio, estuvo su colega en las mejores relaciones. La oposición del Congreso estaba acaudillada por Echenique, Lamar y Lavalle, que representaban la conservaduría. "San Román, que contaba ya cerca de sesenta años,—dice M. Deberle,—era un hombre honrado y lleno de inmejorables intenciones. Llegaba á la presidencia en buenas condiciones de regularidad, y encontraba al país tranquilo y entrado seriamente en la senda del progreso económico y material. Por su iniciativa votó el Congreso dos millones de pesos á las obras públicas, é hizo una ley para favorecer la emigración de los asiáticos. Su antecesor había dejado, sin embargo, enredado el Perú en cierto número de conflictos exteriores, debidos en parte á su temperamento dominante y batallador. Habíanse agriado las relaciones con Francia é Inglaterra, y estaba á punto de ocurrir un rompimiento con Bolivia y también con el Ecuador, cuyo presidente *(el célebre García Moreno)* pasaba por hacer traición á América á causa de sus ideas favorables á su protectorado europeo *(español.)*

"San Román temía no repercutiese el golpe en el Perú. Exageróse á sí mismo la situación, creyó en un peligro inminente, y, al llegar el 2 de enero de 1863, reclamó del Congreso la concesión de *facultades extraordinarias*. Era pedir la dictadura. El Congreso se negó. San Román se resignó á quedar privado de dichos poderes, é hizo todos los esfuerzos posibles para apaciguar, conciliar y unir los espíritus para la obra del bien público. Ese programa, contenido en el mensaje del 5 de febrero, prometía una administración correcta y fructuosa cuando sucumbió el 3 de abril (1863) de resultas de una enfermedad que le iba consumiendo lentamente, ocasionando tanto duelo y dejando tales recuerdos de probidad, que el Congreso votó 100,000 pesos para su familia."

Tan buenos recuerdos dejó, en efecto, el honrado mariscal San Ro-

mán, que aun hoy mismo nadie pronuncia su nombre sin veneración, justo tributo á la memoria de un ciudadano modelo de virtudes.

Por muerte de San Román correspondió ejercer la presidencia al que era vicepresidente, D. Juan Antonio Pezet; pero, encontrándose éste viajando por Europa, asumió interinamente dicho cargo el vicepresidente 2.° general Canseco, quedando el ejército bajo el mando del gran mariscal Castilla.

Continuaba el Perú perfectamente tranquilo, dichoso estado que venía sucediéndose, con ligeras alteraciones, desde el advenimiento de Castilla en 1845. Y aquí conviene notar que, por más que se suponga que estas repúblicas de la América del Sur son un foco de desórdenes, también se da el caso, como en el Perú, de gozar de una paz octaviana durante casi veinte años seguidos. Y, en efecto, no habíamos tenido pocas jaranas en España de 1843 á 1864, mientras en el Perú todo era paz y prosperidad bajo las dos presidencias de Castilla, y la de Echenique.

A mediados de agosto de 1863 llegó, por fin, á Lima el Sr. Pezet, y "demostró desde luego,—dice un autor,—que regresaba de Europa animado del más ardiente deseo en favor de la paz, y anheloso, ante todo, de favorecer el desenvolvimiento de los intereses materiales. Como había aprendido mucho en Europa, trató de aplicar á su país lo mejor que había visto aquí, ó, mejor dicho, en Francia, y, consecuente en sus ideas, arregló satisfactoriamente las diferencias pendientes entre el Perú y distintas naciones, así americanas como europeas, sin mengua de la dignidad del país."

Una cuestión había, sin embargo, harto espinosa para poder ser satisfactoriamente arreglada. Si Pezet había podido zanjar las diferencias con Bolivia respecto á límites, con el Brasil respecto á la navegación por el Amazonas, y aun con Francia respecto á los inmigrantes polinesios de las islas de Hawai, quedaba la cuestión de la expedición á Méjico, complicada con la anexión de Santo Domingo á España, proezas que se les antojaban á los sudamericanos una insoportable amenaza á la independencia de su continente.

Era grandísima la agitación en todas las Repúblicas hispanoamericanas, y no poco en el Perú. Pezet se abstuvo de todo acto provocativo, pero tomó la iniciativa de la reunión de un Congreso de las Repúblicas españolas, en el cual había de quedar establecida una alianza *defensiva* contra toda empresa de las monarquías europeas encaminada á atentar á la independencia de los Estados sudamericanos. "Esta proposición de un Congreso de la Paz — dice un autor — llegaba en ocasión en que la mayoría de las naciones llamadas á prestarle adhesión se hallaban en guerra. El Perú mismo iba á encontrarse envuelto en nuevas y más graves complicaciones que antes con ocasión de la brusca ocupación de las islas Chinchas por la escuadra española, y de ahí que el pensamiento no tuviera mayores consecuencias en América que ha tenido en Europa

cuantas veces han tratado de llevarle adelante generosos espíritus... siempre poco escuchados."

Pero no solamente pensaba el presidente Pezet en la reunión de un Congreso de la Paz, sino que atendía á sosegar los ánimos en el interior y á encaminar las fuerzas vivas del país hacia la producción agrícola é industrial, consiguiendo los más espléndidos resultados en este camino. Pudo verse entonces, en efecto, que el pueblo peruano, bien dirigido y alentado, era capaz de todos los esfuerzos, y entendía tanto en las cosas de la industria y de los adelantos materiales como en las particulares de otro orden, es decir, que, como todos los pueblos bien gobernados, era capaz de elevarse á las más atrevidas empresas de linaje económico ó material.

De aquel período data la construcción de una escuela de Artes y Oficios en Lima, de un magnífico muelle y un dique en el Callao y la concesión de muchas líneas férreas que, según el plan de la red general, debían poner en comunicación los puertos del Pacífico con los centros mineros y las regiones no exploradas aún del interior, que no son pocas, aun hoy en día. El negocio del guano prosperaba espléndidamente, produciendo cuantiosos rendimientos; decretóse el sistema métrico decimal para remediar las perturbaciones que ocasionaba la algarabía monetaria que reinaba, y, en una palabra, entraba el Perú, bajo el impulso de Pezet, en una nueva era, aunque, á la verdad, luchábase con la escasez del Erario, ya que, á pesar de producir muchísimo el guano, había que atender á las atenciones militares. Los temores de una agresión por parte de Francia habían hecho necesario aquel sacrificio.

"Así las cosas,—dice un historiador,—llegó á aguas del Perú la escuadra enviada por la Unión Liberal á lucir nuestros barcos en el Pacífico. En un principio, todo iba bien; pero pronto comenzaron los chilenos, y después los peruanos, á recelar de nuestras intenciones; hubo cambios de notas entre el diplomático de la expedición, D. Eusebio Salazar y Mazarredo, *Comisario especial extraordinario de S. M. C.*, y el gabinete de Lima, y dicho *Comisario* (nombre ya de por sí sospechoso, y cargo más sospechoso aún), hubo de emplear la malhadada frase de *reivindicación* de las islas Chinchas. Esta frase inoportunísima hizo volar la santabárbara, máxime habiendo ocupado el almirante Pinzón las islas susodichas. Las palabras de Salazar y Mazarredo y el acto de Pinzón revestían tanta mayor gravedad en cuanto nuestro Gobierno no había reconocido nunca la independencia del Perú, de donde el título de *Comisario* dado á D. Eusebio, como si se tratase aún de una colonia nuestra" (1).

(1) El diplomático en cuestión parecía tener la desgracia de provocar guerras allí donde se metía. Después de haber sido el botafuego de nuestra guerra con el Perú, fué más adelante el negociador oficioso de Prim para tramar con Bismarck la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern Sigmaringen para el trono de España, pretexto escogido por el célebre ministro para *obligar* á Francia á declarar la guerra á Prusia. (O. V. del R.)

El ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Sr. Ribeyro, contestó enérgicamente á nuestro *Comisario*, y la verdad es que no le faltaba razón. No hubo gente más *busca ruidos* que aquellos unionistas; como que por poco envían una expedición á Italia para impedir que se llevase á cabo la obra de Cavour.

Reaviváronse los antiguos odios y perdimos en un momento la estimación que el acto de Prim, al retirarse de Méjico, nos había granjeado. La ocupación de las Chinchas por Pinzón produjo en todo América un efecto desastroso. Todas las repúblicas acallaron los resentimientos más ó menos fundados que con el Perú tuvieran, y le ofrecieron su cooperación; pero más vivo aún que el movimiento de simpatía hacia el Perú, fué la explosión del odio contra España, gracias á nuestra quijotada. Ya se decía (y ¡quién sabe si no habría algo de verdad en el fondo!) que, imitando á Napoleón en lo de poner un emperador cliente suyo en Méjico, íbamos nosotros á levantar una monarquía en el Perú, á beneficio de no sé qué Borbón.

Chile, que nunca se había mostrado muy entusiasta por la Madre Patria y recibió con ceremoniosa frialdad á nuestra escuadra cuando visitó aquellos puertos, sintióse profundamente alarmada con lo de la *reivindicación* y con la ocupación de las Chinchas, y se celebraron en la capital, Valparaíso, La Concepción, etc., numerosas manifestaciones hostiles á España.

Tales noticias hubieron de alarmar al Gobierno (el de O'Donnell), que relevó á Pinzón del mando de la escuadra, confiándolo al Sr. Pareja. Este proceder, juntamente con las pacíficas disposiciones del presidente Pezet, facilitaron por de pronto una solución satisfactoria al conflicto, firmándose el día 21 de enero de 1865 los preliminares de paz á bordo de la *Villa de Madrid*, fondeada en el Callao.

Habíase ido, sin embargo, demasiado allá: el pueblo peruano, esta vez sin razón, dió en acusar á Pezet de cobardía; los patriotas de Lima organizaron una gran manifestación en favor de la guerra, y se presentaron ante la *Casa Verde* vociferando: —*¡Muera España! ¡Abajo Pezet!*

El mariscal Castilla, enfadado con aquellos alborotadores, les echó encima la caballería, y la manifestación se disolvió como por encanto. Pero véase lo que sucedió en seguida:

"Al día siguiente,—dice nuestro autor,—Castilla, que era presidente del Senado, dando media vuelta en redondo y olvidando que había echado los caballos sobre el pueblo, que pedía la guerra, apareció poseído del más bélico furor. Interpeló violentamente á su antiguo amigo el general Pezet, y reclamó del Gobierno que procediera cuanto antes á concertar con las demás repúblicas una *liga ofensiva* contra España, y que se rompieran acto seguido las hostilidades. Y como la Cámara de Diputados debiese ocuparse en la aprobación ó repulsa del tratado del Callao, salieron del paso los señores representantes apelando á la ingeniosa estra-

tagema de levantar la sesión antes de ponerse á discusión aquel punto de la orden del día. En su vista, Pezet ratificó el tratado (firmado por Vivanco y Pareja), pero sólo á título provisional, y hasta que el Congreso lo hubiese aprobado definitivamente."

Ciertamente que obró Pezet como persona cuerda, sensata y que comprendía perfectamente la inferioridad del Perú respecto á España... en aquel entonces; pero las razones de patriotismo y de prudencia influían poco en la oposición. El caso era echar á Pezet y subir *ellos*, y, por



EL PICHINCHA

lo mismo, la oposición trabajó desesperadamente para que se acudiese al terreno de la lucha armada.

A instigación, pues, de los castillistas, estalló en Lima un motín en que se gritó mucho: —*¡Mueran los españoles!* El 5 de febrero (1865), hallándose en tierra, en el Callao, algunos marineros de nuestra escuadra, fueron atacados por el populacho, cayendo asesinado uno de ellos. Al punto se presentó allí, muy alarmado, el presidente Pezet, con fuerzas de caballería; pero, apenas hubo salido de Lima, aumentó en ésta el alboroto contra España, sin cesar ni por un momento el vocerío dando *mueras* á la Madre Patria.

Restablecida la tranquilidad en el Callao, regresó Pezet á la capital: fueron dispersados los manifestantes, no sin correr la sangre, mientras en el Senado tronaba D. Ramón Castilla contra el tratado con España, atacando de la manera más horrorosa á Pezet; el cual, no pudiendo tolerar tantos ultrajes, embarcó para el Pará al irascible septuagenario.

"Valiéndose del desorden general,—dice el historiador antes citado,—cada uno campaba por sus respetos. El coronel Prado, prefecto de

Arequipa, se proclamó dictador, y estableció su capitalidad en Arica. El Cuzco, Puno y demás provincias se levantaban también contra el Gobierno Constitucional, y el vicepresidente 2.°, general Canseco, en vez de mantenerse leal, se escapaba de Lima para ir á reunirse con los rebeldes. Si el Perú quería la guerra con España, encontrábase, pues, con que tenía que solventar, por de pronto, su guerrita civil. Las tropas de Pezet se apoderaron de Arica (17 de marzo). En Lima se pronunció la Guardia Municipal que estaba de guardia en la Casa Verde; mas fué reprimido el movimiento (noche del 10 al 11 de mayo); pero al poco tiempo volvía Arica á caer en poder de Prado. Efectivamente: la guarnición, compuesta de infantería de marina, se sublevaba á favor de aquél, acaudillada por los sargentos, y degollaba al almirante Janizo, á su Estado Mayor y al subprefecto, por ser leales á Pezet.

"Nada bastaba, sin embargo, á torcer el rumbo que el presidente se había propuesto seguir, pues el tratado Vivanco-Pareja daba plena satisfacción á ambas potencias signatarias. Sin que cupiese la menor excusa de que quedasen lastimadas la dignidad ni el decoro de las dos naciones contendientes, España estaba dispuesta á cumplir lealmente lo estipulado (1), y de ahí que el 5 de agosto (de 1865) el presidente Pezet recibiera en audiencia solemne al ministro plenipotenciario de España, cambiándose las más expresivas frases de afecto entre las dos naciones."

Un mes después, el coronel Prado notificaba desde Arica al cuerpo diplomático el feliz advenimiento (allí) del general Canseco á la presidencia, quedando exonerado Pezet.

Los chilenos, no sabemos con qué motivo, la dieron también por querer hacernos la guerra, á pesar de que no había ido nada con ellos, y, en su consecuencia, mandó nuestro Pareja bloquear los puertos de la extensísima costa de Chile, para lo cual no contaba con suficientes fuerzas navales. La resolución de Pareja contra la República modelo enardeció más aún los ánimos de los peruanos, que clamaron por que en seguida se rompiesen las hostilidades contra España; y como Pezet se resistía heroicamente á ello, los *cansequistas* se atrevieron á marchar sobre Lima. El presidente legítimo, entonces, salió á su encuentro; pero, al llegar su ejército á la vista del que seguía á Prado, levantó las culatas al aire (6 de noviembre), pasándose al enemigo, pudiendo á duras penas Pezet regresar solo á la capital. Al poco tiempo entraba allí Canseco, después de una valerosa resistencia por parte del valeroso coronel González; el cual, después de disputar palmo á palmo las calles á Canseco, se encerró en la Casa Verde, donde se sostuvo contra 12,000 soldados por espacio de seis horas (8 de noviembre.)

Mal lo hubiera pasado el bravo González, contra quien vociferaban las más horribles amenazas el populacho y la soldadesca, á no haberle

(1) Había caído ya O'Donnell, sucediéndole Miraflores, después Mon y luego Narváez.

salvado con una hábil excusa el coronel Prado, distrayendo, entretanto, á las turbas con permitirles saquear el palacio. En cuanto á Pezet, pudo llegar sano y salvo al Callao, embarcándose en un vapor inglés.

Y ya tenemos á Canseco sin nadie que le hiciera sombra. El hombre



PAISAJE DE LA CORDILLERA COLOMBIA]

se apresuró á dejar cesante á todo bicho viviente para dar de comer á sus parciales; y como ya había conseguido lo que quería, ó sea la presidencia, no se dió prisa á declararnos la guerra, pues no era más partidario de ella que lo había sido Pezet.

Quince días hacía que ocupaba Canseco el poder, cuando *los coroneles* le depusieron, confiriendo la dictadura á Prado (25 de noviembre), el cual se disculpó diciendo que si aceptaba el papel de dictador era por haberse negado Canseco á tomarlo, ya que no quería salir de los *medios legítimos*. ¡Vaya unos medios legítimos los que había empleado para echar á Pezet!

El flamante dictador inauguró su salvadora tiranía ordenando la for-

mación de un tribunal revolucionario que juzgase sin apelación á todos los que habían negociado, firmado ó ejecutado arreglos ó tratados contrarios al honor nacional.

Era ahora lo bueno del caso que si Pezet no estaba por la guerra con España, y Canseco lo mismo, opinaba también de igual manera el coronel dictador, á pesar de deber su encumbramiento á sus alardes de antiespañolismo. Hízose, pues, el desentendido y dejó pasar hasta 18 días sin notificar su instalación dictatorial al cuerpo diplomático, conllevando lo mejor que podía la frenética impaciencia de los que ardían en deseos de llegar á las manos con nosotros.

Un doloroso suceso hizo salir de su disimulo á Prado. Los chilenos nos apresaron la goleta *Covadonga,* que bloqueaba uno de aquellos puertos, y estaba separada por larguísima distancia de los demás buques (también apartadísimos unos de otros). El pundonoroso almirante, temeroso de que se achacase á traición lo que era hijo tan sólo de falta de prudencia, se pegó un tiro, y fué reemplazado por el inmortal Méndez Núñez, que se encargó del mando como jefe de mayor graduación.

El apresamiento de la *Covadonga,* sensibilísimo, pero, en fin, no de grande importancia, hizo creer á Prado que estábamos perdidos y que era ocasión de romper con nosotros. Notificó, pues, su elevación al poder al cuerpo diplomático, exceptuando al ministro de España (lo cual era igual que declarar que no reconocía la validez del tratado del 21 de enero de 1865 entre Vivanco y Pareja); y, en su vista, abandonó nuestro representante á Lima (21 de diciembre). Poco después firmábase una alianza ofensiva y defensiva entre el Perú y Chile, á la cual se adhirieron más adelante el Ecuador y Bolivia, hasta que, por fin, el 14 de enero de 1866 se declaró la guerra á España.

Nuestra escuadra recogió el guante y se dispuso á responder como convenía. El 21 de marzo bombardeaban nuestros barcos á Valparaíso, y el 2 de mayo se presentaba la escuadra española ante las fortificaciones del Callao.

No he de repetir aquí lo que fué aquel combate temerario, iniciado por Méndez Núñez con aquella sublime frase lanzada á los comandantes de las escuadras extranjeras que deseaban impedir el bombardeo del Callao: *¡Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra!* En cambio, creo curioso reproducir la versión que de aquel suceso he leído recientemente en una publicación de Quito.

"El memorable combate dado en el puerto del Callao, el 2 de mayo de 1866, contra los buques de madera y de hierro, mandados de España,—dice el autor,—han podido muy bien ser sepultados en esa bahía, en atención á las poderosas fortalezas de tierra, que tenían cañones hasta de á mil y de trescientos, rayados, montados sobre plataformas de hierro giratorias, con la cooperación de centenares de ecuatorianos, colombianos, chilenos y bolivianos, que estaban al frente de la mayor

parte de las fortalezas y trincheras; siendo los que realmente sostuvieron hasta el fin la fuerza del combate. Mientras tanto, ¿qué hacía el ejército de línea? Estarse perfectamente guarecido y libre de todo peligro al abrigo de los contrafosos de la fortaleza del *Castillo del Sol* con todo su Estado Mayor y su general en jefe Mariano Ignacio Prado; dejando abandonadas todas las fortalezas que combatían, al valor y entusiasmo de los particulares y los extranjeros arriba mencionados. Lo único que se vió fué recorrer el campo del combate una zamba de siete cuartas de alto, conocida con el nombre de *La Domingona,* que hacía de directora y comandante en jefe. Los buques españoles, haciendo alarde de valor, se aproximaron hasta 150 metros de tierra, llegando casi á vararse la *Numancia.* No contentos con hacer fuego con sus cañones, la tripulación desde la cubierta sostenía un combate con carabinas contra las baterías de tierra; combate sumamente perjudicial para los buques de marina. Como era lógico, por muy mal manejados que estuvieran los cañones de tierra, les causaron grandes averías, y á ese paso, antes de una hora, todos los buques habrían sido sepultados en la bahía si un acontecimiento inesperado y fatal no hubiera venido á consternar á todos; el cual fué la pérdida de la poderosa torre de la Merced, que era la más potente, por tener dos grandes cañones giratorios rayados de á trescientos, y, más que todo, por estar manejados por el hábil y valiente artillero Colombiano Borda, que acababa de dar la más elocuente prueba de su pericia, acertando un balazo á la fragata *Numancia;* el cual le ocasionó terribles destrozos, entre ellos la invalidez del comandante de la nave. Mas, por desgracia, momentos después se le presentó el ministro de la Guerra José Gálvez. Éste era un caballero orgulloso, altanero y pagado de sí mismo, que, arrogándose atribuciones que no le correspondian, quiso que un oficial peruano superara á Borda en su último disparo; y, sin poder disimular los celos y la envidia de que un extranjero colombiano se llevara las glorias de sepultar la *Numancia* en la bahía, se personó en el manejo de uno de los cañones; mas sus ensayos le salieron fallidos, y, ardiendo en furia, hace sacar varios paquetes de pólvora sobre la plataforma, en donde estaba montado uno de los cañones. *Visto esto por Borda,* va hacia el señor ministro á indicarle el inminente peligro que corrían, y hacerle responsable ante el Gobierno de las consecuencias; mas el testarudo señor no entendía de razones, y en su torpe meollo ardía la más descarada envidia, llegando á maltratar de palabra al valiente Borda. Éste, como conocedor de sus deberes, mandó poner en conocimiento del director de la guerra lo ocurrido; mas, apenas llegaba el enviado, una espantosa detonación vino á conmoverlos: acababa de volar la torre de la Merced, dejando en su lugar sólo destrozos.

"La ignorancia, unida á la petulancia del tal Gálvez, hizo que el Perú perdiera esa gran fortaleza, las glorias del 2 de mayo, y con ella

á Borda. El único héroe de ese día fué destruído por aquel á quien el Perú ensalza, debiendo execrar su memoria.

Perdimos nosotros 300 hombres, y los defensores del Callao 1,000.

El día 10 abandonaron nuestros barcos las aguas del Callao, maltrechos por la temeraria bravura con que habían combatido.

Libre Prado del conflicto con España, pues nuestra escuadra no podía continuar peleando por el mal estado en que habían quedado los buques, hubo de encontrarse con que la hacienda se encontraba en el más lastimoso estado, pues durante el mando del coronel dictador habíase tirado la mar de dinero.

La victoria que sobre nosotros se atribuía Prado, y digamos también que todo el Perú, siendo así que no había motivo para tal presunción, no le sirvió, sin embargo, al dictador para perpetuarse en el Poder, como tampoco para hacer desistir á Canseco de sus pretensiones á volver á la presidencia. Así, pues, hubo un pronunciamiento cansequista, acaudillado por el gran mariscal Castilla, cuñado de Canseco, y por el coronel Balta.

Prado, entonces, para parar el golpe, convocó á un Congreso Constituyente (diciembre de 1866), el cual se abrió el 15 de febrero siguiente, y fué de ver como, á pesar de haber salido una mayoría adicta al susodicho Prado, se negó á ratificar un impuesto personal proyectado por aquel Gobierno; dió un voto de censura al dictador, y le prohibió que pudiese entablar negociación alguna con España sin previa autorización de las Cámaras, en vista de lo cual el Ministerio presentó la dimisión. Todo lo cual sucedía mientras las provincias del Sur estaban en abierta rebelión contra el coronel.

Fortuna fué para éste que se muriera de repente el anciano Castilla, jefe de la insurrección (30 de mayo de 1867), y fortuna también que cayese por entonces el imperio mejicano, lo cual permitió á Prado asociarse al voto de la Cámara en favor de Juárez y á la resolución de las mismas tocante á la expulsión de los hermanos de la doctrina cristiana y hermanas de la caridad franceses. Por fin, y después de muchas tergiversaciones, confirmó el Congreso la elección presidencial de Prado, y votó una nueva Constitución, en la que se fijaba en cinco años la duración del período presidencial (agosto de 1867), y se proclamaba la unidad católica, prohibiéndose ejercer públicamente ningún otro culto.

Apenas se había promulgado la nueva Constitución, volvió á probar fortuna el general Canseco, á quien tan mal le había salido su hazaña de derribar al legítimo presidente, Pezet. Sublevóse, pues, en Arequipa á principios de septiembre, con la particularidad de contar con el concurso armado de las bellas arequipeñas, con lo cual demostraron ser dignas émulas de la Gamarra y D.ª Cipriana, al mismo tiempo que se pronunciaba en el Norte el coronel Balta. Prado hizo desesperados esfuerzos para dominar la insurrección; corrió en Arequipa la sangre en abundan-

cia, y, al fin, tuvo que huir el ex dictador, embarcándose para el Callao. Arequipa, y triunfante, por otra parte, el coronel Balta en el Norte, no tuvo Prado alientos para presentarse en Lima, y dimitió, esperando mejores días.

Entonces, olvidándose por completo la flamante Constitución de agosto del 67, acordó el Congreso se procediese á nuevas elecciones presidenciales por cuatro años (según rezaba la Constitución del 60), y, á pesar de que la insurrección contra Prado se había hecho á favor de Canseco, salió elegido... Balta, que prestó juramento en mayo del 68.

"Hombre firme, pero violento,—dice un autor,—desplegó Balta grande actividad en la ejecución de obras públicas. La construcción de ferrocarriles recibió, gracias á él, vigoroso impulso; imaginó convertir el guano en vías férreas; fueron abiertos los ríos interiores á los barcos de toda clase y de todo país, y en julio de 1869 tuvo efecto en Lima una interesante Exposición Industrial. Bajo su administración, apaciguóse el Perú."

En tiempo de Balta hubo de pasar el país, sin embargo, como si jamás pudiese estar tranquilo, por una terrible serie de calamidades: inundaciones, terremotos, la fiebre amarilla.

Llegó el vencimiento del plazo presidencial, que coincidía precisamente con la renovación del Congreso. Balta (á estilo de los presidentes de las repúblicas sudamericanas, que son los que verdaderamente disponen quién ha de ser su sucesor) patrocinaba al general Echenique; la oposición presentaba á D. Manuel Pardo, hombre popular, y como tercero en discordia aspiraba también á la presidencia el Sr. Ureta. No puede formarse idea de la vehemencia con que cada partido trabajaba por su candidato, á mano armada. Conociendo Balta que Echenique no daba gusto á nadie, le desahució, reemplazándole con el doctor Arenas; mas no por eso cedieron los otros dos. Triunfó Pardo, demócrata de buena fe, por gran mayoría.

Entonces ocurrió un hecho escandaloso, vergonzoso, indigno.

Balta, torpemente aconsejado por su ministro de la Guerra, coronel Tomás Gutiérrez, para que diese un golpe de Estado negándose á ceder su puesto, hubo de ceder al principio; pero se arrepintió luego, optando por permanecer fiel á la legalidad. Gutiérrez, entonces, decidió trabajar por cuenta propia. El 22 de julio prendió á Balta, decretó la disolución del Congreso y se proclamó Jefe Supremo; y como Balta intentara escaparse de su encierro, fué asesinado por un hermano del usurpador (26 de julio). Horrorizada Lima, se lanzó á las armas contra aquellos infames, consiguiéndose, después de una corta lucha, restablecer el orden legal. Cogidos los hermanos de Gutiérrez, fueron pasados á cuchillo, y, habiendo sido capturado el Tomás en el Callao en el momento en que se disponía á embarcarse, disfrazado, fué colgado de un farol. Encargóse de la presidencia, vacante por la muerte de Balta, el vicepresidente, se-

ñor Herencia Ceballos, y al llegar el 2 de agosto fué proclamado Pardo.

La administración de Pardo fué acertadísima, entrando el Perú en una nueva era, que, desgraciadamente, se interrumpió después: "Triunfaba el elemento civil—dice un historiador—en la persona del nuevo jefe del Estado, y su mensaje lo indicaba así en excelentes términos. La opinión pública subrayó aquellas líneas y lo acogió con favor. La organización municipal, la organización electoral, esas dos piedras angulares del edificio constitucional: tales eran las cuestiones que, según él, exigían de más imperiosa manera el apoyo y la protección de los legisladores, á lo cual debía seguir la reforma del ejército, haciéndose desaparecer con una ley de quintas el horrible sistema de reclutamiento.

"La anterior administración sostenía un considerable número de oficiales y empleados que vivían á costa del Tesoro. Pardo, hombre de elevada inteligencia y carácter resuelto, se creyó en el caso de suprimir aquellos parásitos y de luchar al mismo tiempo contra ciertos banqueros que abusaban de la penuria del Gobierno para explotarlo y llevarlo á la ruina. De ahí muchas cóleras, pero también numerosas simpatías. El 21 de agosto de 1874, un capitán de artillería de reemplazo intentó asesinarle; pero no por eso dejó de perseverar en su leal y patriótica empresa.

"Pardo había encontrado la hacienda empeñada de una manera deplorable. Balta había querido ir demasiado aprisa, y se había asociado, harto inconsideradamente, á la fiebre de ferrocarriles, que tenía trastornadas todas las cabezas. Había sido menester, para hacer frente á urgentes necesidades, recurrir á medidas que dejaron en los presupuestos unos déficits permanentes; habíanse multiplicado los empréstitos; la hipoteca del guano, si cubría la deuda exterior, no dejaba al Tesoro sino los ingresos interiores, notoriamente insuficientes para los gastos del Estado. En consecuencia, los trabajos de los ferrocarriles amenazaban con paralizarse, y se temía una huelga de 20,000 obreros. La emisión de un nuevo empréstito salvó la situación. Proveyóse á las necesidades de la administración con los ingresos reforzados con nuevas tarifas y con el producto del monopolio del salitre. Los gastos municipales fueron puestos á cargo de los pueblos, que, en cambio, obtuvieron el derecho de elegir á sus Ayuntamientos. Consolidar la paz en el interior, levantar el crédito en el exterior: tal era la doble tarea que se imponía el Gobierno, y á la cual consagraba todos sus actos. Entabláronse negociaciones con la China y el Japón, á fin de garantizar el buen tratamiento que recibirían los *coolis (cholos)* empleados en los trabajos agrícolas ú otros. La China, que se enorgullece de no haber conocido la esclavitud sino en los más remotos tiempos de su historia, es, sin embargo, en nuestros días, como la sucursal del gran mercado de hombres del Africa, y la exportación de los *coolis,* tal como se practica en ciertos pues-

tos, iguala casi los horrores de la trata de negros. El alistamiento de esos desgraciados no es mucho más libre de lo que era el rapto de los negros del Congo.

"Justo es decir que el Gobierno de Pardo cortó de raíz tales abusos, reconociendo los beneficios que debía á la inmigración amarilla. Asiáticos fueron, y son, los que trabajaron y trabajan en la construcción de líneas férreas y en el cultivo de las haciendas. El Perú necesitaría que



COLOMBIA: PUENTE DE LAS CUERDAS

los inmigrantes chinos se convirtiesen en colonos, pues le es menester en gran manera aumentar su población, ya que por una superficie de millón y medio de kilómetros cuadrados sólo cuenta con 2 millones y medio de habitantes. En cambio, habrá de resultar el inconveniente de que con la colonización china, japonesa y polinesia aumente más aún la heterogeneidad de su población, compuesta de blancos, indios, mestizos, cholos, zambos, negros y chinos.

Terminó pacíficamente el período presidencial de Pardo, siendo reemplazado por el famoso coronel D. Nicolás Piérola, cuyo encumbramiento fué la señal de que había llegado su hora á los que durante los años de Pardo se habían visto alejados del presupuesto. Todo se lo llevó la trampa. Volvió el desorden, renació el desbarajuste, repitiéronse las jaranas y los alborotos, hasta que, por fin, surgió en 1880 la guerra con Chile, que tan funesta había de ser á la República del Sol.

Chile desembarcó 10,000 hombres en Pisagua, 14,000 en Ilo, 20,000 en

el Pisco y Curayacú, 2,600 en Etén. La campaña de los chilenos fué una terrible serie de derrotas para los peruanos, á pesar de contar el Perú (aliado con Bolivia) con la posibilidad de poder armar 300,000 hombres, además de los 14,000 veteranos, acuartelados en Lima ó de guarnición en los distintos departamentos, una poderosa escuadra y numerosos y brillantes cuadros de oficiales. Nada hizo el Perú, que apenas si pudo enviar á San Francisco ó Dolores 8,000 soldados para ser derrotados por los chilenos. Desquitáronse algún tanto los peruanos en la batalla de Tarapacá; pero de nuevo fueron vencidos en la de Tacna, donde los bolivianos hicieron prodigios de valor, reconocido por el propio general Baquedano.

Pusieron luego sitio los chilenos á la formidable plaza de Arica, defendida por el coronel Bolognesi, y se apoderaron de ella, con lo cual terminó la campaña del Sur, que le costó al Perú la ocupación del litoral de Tarapacá, los departamentos de Tacna y Moquegua, la pérdida total de su ejército de línea y 15,000 víctimas.

La campaña del centro se inició con la gran batalla de San Juan, ó de Chorrillos, en la cual 28,000 peruanos, atrincherados en escarpados cerros, defendían el paso para entrar en la capital. Fueron arrojados de allí por 21,700 chilenos y acuchillados en el alcance por la caballería. Pocos se salvaron, pues ayudaban á la matanza las manadas de chinos que iban á retaguardia de los chilenos, buscando tan sólo ocasión de cebarse en sus antiguos amos (12 de enero de 1881.)

Después de esta victoria, pactóse un armisticio, por mediación de varios ministros europeos, cuando de pronto se vieron atacados los chilenos por 18,000 peruanos, que, parapetados detrás de reductos del campo atrincherado de Miraflores (15 de enero), les acribillaban á metrallazo limpio; función en la cual tomaban parte gran número de italianos. Los chilenos embistieron entonces á los agresores y entraron en Lima. La batalla de Miraflores fué sumamente reñida, pues duró nueve horas, y estallaron muchas minas bajo los pies de los chilenos; procedimiento que se había querido emplear también en Arica, pero que entonces no salió bien por haber descubierto los chilenos los hilos eléctricos que comunicaban con los hornillos. Cuatro mil peruanos muertos y 5,000 heridos, y 3,000 muertos chilenos, acreditaron el valor de unos y otros.

Rindióse Lima á discreción. Los dispersos peruanos entraron antes que los chilenos y se dieron á saquear y á cometer mil excesos. La guardia urbana, compuesta de súbditos extranjeros, rechazó á aquellos desalmados y fusiló á algunos saqueadores. Piérola huyó después de la derrota. El general chileno Saavedrá ocupó á Lima con 4,000 hombres.

Casi al mismo tiempo desembarcaba en Pacasmayo la división Linchi, y paseaba triunfante su bandera desde Trujillo á Lambayeque, al N., sin hallar resistencia, á pesar de haber podido encontrarla. La guarnición de Chiclayo se retiró á la sierra. En este punto (ó sea en Guama-

checo) se dió la última batalla, en la cual los peruanos, al mando del general Cáceres, pelearon con denuedo; pero fueron derrotados también.

El vencedor impuso durísimas condiciones: una indemnización enorme, cuyo cobro garantizó con la ocupación de sus mejores puertos; la anexión de algunas provincias del Sur; cesión de la escuadra, etc.

Por lo que llevamos dicho se puede ver cuán agitado y largo ha sido el período de constitución de la República Peruana. Dominada durante casi medio siglo por camarillas militares, no comenzó á gozar de verdadero Gobierno hasta el advenimiento del coronel Balta, cuya obra supo continuar con tanto acierto D. Manuel Pardo, para volver luego con los Piérolas y Cáceres al militarismo. En 1891 fué elegido el coronel señor Bermúdez Morales, persona de nobles aspiraciones y apreciables circunstancias personales.

No puede decirse, sin embargo, que sea muy halagüeña la situación de esta república. Privada de las provincias del nitrato y privada asimismo de la mayor parte de sus depósitos de guano, encontróse el Perú en la imposibilidad de poder cumplir con sus acreedores, entre los cuales los había de grandísima cuenta, verbigracia, 1,400 millones de francos á los tenedores de títulos peruanos de los varios empréstitos Dreyfus. Pensóse hasta en repudiar la deuda, alegando la derrota sufrida; pero no se llegó á realizar tan funesta idea, impropia de un país que estima su dignidad. ¿Cómo salir, pues, del mal paso? La cosa pudo realizarse, afortunadamente, en virtud del contrato con la casa Grace, norteamericana, combatidísimo por los chilenos, en su deseo de que el Perú no pudiese levantar cabeza, y por la casa Dreyfus, que sostenía la preferencia de sus derechos sobre ciertos bienes que el contrato proponía enajenar. En virtud de este contrato, concluido en 1890, la República queda libre de toda responsabilidad tocante á los empréstitos Dreyfus (hechos en 1869, 1870 y 1872). En cambio de esta liberación, el Estado cede á los tenedores la propiedad y los productos de todos los ferrocarriles peruanos por 70 años, mientras que los tenedores, por su parte, vienen obligados á concluir, dentro de cierto plazo, las líneas de Chicla á Oroya y de Santa Rosa á Cuzco (1).

Los tenedores son dueños del guano que queda aún en el Perú, hasta el máximum de 3 millones de toneladas inglesas.

El Gobierno se compromete á entregar á la comisión de tenedores 30 anualidades de 2 millones de francos cada una, procedentes de la aduana del Callao.

---

(1) Las líneas entregadas á los tenedores son las de Mollendo á Santa Rosa y Puno; del Callao á Oroya, que, como ya sabemos, sólo llega hasta Chicla; de Pisco á Ica; de Lima á Ancón; de Chimbote á Suchimán; de Pacasmayo á Jonán; de Talaveray á Ascope y de Payta á Piura, formando un total de 1,222 kilómetros.

Los tenedores tienen derecho á construir una línea férrea que vaya de Puno al Desaguadero, y el Gobierno boliviano les ha autorizado, á su vez, á prolongar dicha línea desde el Desaguadero á La Paz.

El Gobierno peruano autoriza también á los tenedores á construir un ferrocarril desde Oroya á alguno de los ríos navegables del interior, por ejemplo, el Ucayali, que desemboca en el Amazonas.

Finalmente, el Gobierno peruano cede á los tenedores dos millones de hectáreas de terreno para ser colonizado. ¿Qué resultará de todo eso? Mucho de temer es que no se convierta en agua de cerrajas. "Lo que sería menester, ante todo, para realizar los términos del contrato, — dice un viajero, poco benévolo, á la verdad, con los sudamericanos,—es dinero, una enormidad de dinero. ¿Habrá bastante? Ciertamente que el Perú es un país en que abundan las riquezas naturales, y la utilización de esas riquezas sería un campo de acción legítimo y tentador para el capital extranjero si existiesen garantías de buena administración y si las dificultades del trabajo no fuesen tan graves y tan múltiples. Los obstáculos al desarrollo del Perú dimanan, en primer lugar, de los mismos peruanos, y, después, del alejamiento de las riquezas naturales de los centros comerciales. En ninguna de las Repúblicas sudamericanas puede la población criolla, sea peruana, chilena, argentina ó brasileña, representar un papel progresivo; proporciona la clase de los aristócratas, de los políticos, de los funcionarios y de los empleados del Gobierno, que no producen, estorban y no son, en la mayoría de casos, más que parásitos del país.

"En la República Argentina, el elemento criollo sufre una eliminación rápida, gracias á una inmigración incesante y considerable; el país se purifica y prospera, gracias á la sangre nueva que se derrama en ella cada semana y que, á consecuencia de la naturaleza del país y de la extensión de las vías férreas, construídas con poco gasto, ha podido propagarse gradualmente y sin trabajo alguno desde el Océano y la provincia de Buenos Aires á la Cordillera y á los confines de la Patagonia.

"Diferentísimas son las condiciones en que se encuentra el Perú. De un modo general, el país puede dividirse en tres regiones: los valles de la costa, la parte montañosa y las provincias transandinas ó amazonianas. Los valles de la costa producen azúcar, algodón, arroz, maíz y otros cereales, y todos los frutos posibles; pero como no llueve nunca, los cultivos dependen únicamente de la irrigación, y la irrigación depende, á su vez, de la cantidad de agua que suministran algunas corrientes de agua de escasa longitud y débil volumen. Todo el suelo de los valles costeros está ocupado ya, en cuanto lo permite la provisión de agua, y cultivada de una manera grosera, pero más ó menos efectiva, principalmente por chinos y negros. En esta región no hay sitio para nuevos inmigrantes.

"En las montañas hay cierta cantidad de terrenos disponibles; pero la naturaleza de esos terrenos no permite cultivarlos por los procedimientos corrientes de la agricultura moderna, sino que la mayor parte exigen el sistema de muros de contención y de riego que empleaban los Incas. Además, y á pesar de las vías férreas que á costa de grandes gastos se puedan construir en los Andes, esos terrenos ofrecerán siempre la desventaja de comunicaciones difíciles con los mercados.

"Quedan las provincias transandinas ó de la Amazonía, sobre las cuales han escrito las más entusiásticas narraciones algunos exploradores modernos, pero en la actualidad casi inaccesibles. Los empleados peruanos allí enviados para ejercer un poder puramente nominal, al lado de los empleados brasileros que á menudo ejercen el poder efectivo, sólo llegan allí fácilmente, yendo primero en *steamer* á Panamá, cruzando el istmo, pasando á Pará y remontando el Amazonas en vapor. En cuanto al resto del viaje, lo realizan como pueden. El cacao, el caucho, la quina y otros productos de aquellas ricas regiones tropicales habitadas por indios, son transportados en balsas y siguen la corriente de los ríos tributarios (1) del gran río, hasta una factoría y un vapor. Hallámonos aquí en una comarca salvaje, en que la vegetación es hasta tal punto exuberante que si se practica un sendero á través de los bosques vírgenes que cubren el suelo, este sendero quedará invadido y habrá desaparecido á los quince días. La naturaleza tiene un vigor talmente superabundante que, en lugar de ser la amiga del hombre, es su enemiga: sólo habría una manera de roturar la tierra y hacerla propia para la agricultura, y sería establecer ejércitos organizados de millares de colonos que trabajasen simultánea y colectivamente. En todo caso, lo primero que habría que hacer es hacer accesibles esas provincias, de manera que los colonos pudiesen penetrar en ellas fácilmente, y sus productos ser transportados á un puerto de mar."

Es dudoso, pues, según se desprende de lo que acabamos de transcribir, que la colonización de las provincias amazonianas pueda ser un hecho, á lo menos en larguísimos años.

El autor á quien hemos citado resume, en términos no muy optimistas, el actual estado de nuestro antiguo y querido virreinato. "El Perú—dice—no es un país nuevo, sino, por el contrario, un país viejo y decrépito, que ofrece muchos puertos de semejanza con la España moderna. Su historia es, poco más ó menos, una repetición de la de España, y su regeneración presenta dificultades parecidas á las que experimenta la península europea para reconstituir su vitalidad. Encuéntranse en el Perú vestigios de la antigua civilización de los Incas, cuyos trabajos de irrigación, actualmente en ruinas, son comparables á los trabajos que de los moros emprendieron en otro tiempo en España, donde dieron fertilidad

(1) Marañón, el Huallaga, el Ucayalí, el Urubamba, el Inabmar.

á vastos territorios que están ahora tan desnudos como las pardas quebradas del valle del Rimac. Además, hay en el Perú una plebe degenerada, indolente; un clero que no quiere oir hablar de progreso, intrigantes y demagogos que pueden ponerse en parangón con D. Carlos y sus partidarios. Sobre todo, desde la victoria de los chilenos, el pueblo peruano no tiene ya la energía, la confianza y la esperanza propias de la juventud; es apático, quédase de buena gana en los viejos carriles; ocúpase en sus intereses actuales y personales, no en el porvenir y el bienestar colectivo de la nación.

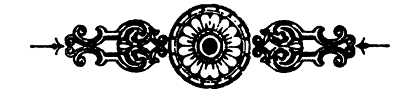
"Una de las mayores desgracias del Perú es su Gobierno fenomenal, que contribuye, más que todo otro factor, á hacer de este país el más atrasado y comprometido del mundo civilizado. La política es en el Perú lo peor que puede imaginarse; la mayor parte de los problemas sobre que versa son cuestiones de personas, no cuestiones de principios. Los presidentes tienen un poder demasiado extenso y se sirven abiertamente de su situación para enriquecerse; sus amigos políticos obran de igual manera, y desde los ministros hasta los más humildes empleados de aduanas, cada uno se ocupa, sobre todo, de *tirer son épingle du jeu,* mientras está colocado. Los gobernadores provinciales sólo tienen una obligación, y es servir al Gobierno central en toda cuestión política; mientras llenen esta condición, se les deja libres de administrar su provincia como mejor les plazca."

Advertimos al lector que no confunda al Perú con otras naciones... en que sucede igual.

En cuanto al ejército, no se muestra tampoco muy suave. "Los soldados y sargentos son indios, *cholos* y aun negros, que en su mayor parte han sido alistados contra su voluntad y no dejan perder ocasión de desertar, principalmente en las guarniciones rurales. De ahí resulta la necesidad de tener, casi al pie de la letra, más oficiales que hombres, de manera que los primeros tengan sobre los segundos no solamente la autoridad de la disciplina, sino también la del número. En las aldeas y haciendas, en que los soldados están encargados de la policía rural, los oficiales son de ordinario uno más que los hombres á quienes mandan. Esos soldados indios y cholos, á quienes se encuentra en las esquinas de las calles de Lima ejerciendo las funciones de agentes de policía y sacando melancólicos sones de sus pitos de guardias, forman, en verdad, un triste ejército, como demostró la última guerra. Esos seres miserables, ignorantes, superiores apenas al bruto, no estaban en ningún modo interesados en la causa que estaban encargados de defender: baste decir que la impresión general era, entre ellos, que Chile era un jefe revolucionario; el enemigo nacional era para ellos "el general Chile". Esas gentes no tenían ninguna afición á la carrera de las armas: eran soldados por fuerza. Batíanse pasablemente cuando les era imposible escapar al enemigo."



No es de extrañar, en vista de cuanto llevamos expuesto, que la inmigración sea escasísima y que las legaciones recomienden que no vaya nadie á establecerse en el antiguo imperio de los Incas. ¡Lástima grande que contando el Perú con una riqueza mineral tan maravillosa deban verse privados de explotarlas los hombres de iniciativa, por culpa de los malos Gobiernos que imposibilitan la franca marcha del país por la senda del progreso!



CAPITULO XXII Y ÚLTIMO

Guayaquil, Panamá y Colón

Dí el adiós á Lima con cierta melancolía que no había experimentado en ninguna otra parte de Sud-América, quizá por conservarse más española en su modo íntimo de ser que las capitales de los demás Estados, invadidas, ellas y ellos, por elementos exóticos, con predominio del anglo sajón sobre el latino.

La costa hasta el Ecuador es árida, no perdiéndose nunca de vista la gran cordillera andina. Después de haber hecho escala en Salaveray, continuamos rumbo al N., dejando á babor á Huanchaco, Puja, Pascamayo, Guadalupe, Chilete, Pimentel, Lambayeque. Doblamos luego el Cabo Punta Aguja, divisamos allá lejos á Payta; doblamos Cabo Blanco, cruzamos el vasto golfo de Guayaquil, y, por fin, á los cuatro días de navegación anclamos en el Valparaíso del Ecuador, caldera de Pero Botero, pero nada inhabitable.

El célebre puerto ecuatoriano carece en absoluto de toda condición estética; casas é iglesias son de madera, lo mismo en la ciudad nueva que en la vieja; tiene un buen arsenal, numerosos astilleros, escuela de navegación; fondean en su rada centenares de buques, ora de vela, ora de vapor, y cuenta 26,000 habitantes. Y, sin embargo, á pesar de tanta prosa, es Guayaquil un paraíso, por dos razones potísimas: en primer lugar, por la extremada belleza de la generalidad de las guayaquileñas; y, en segundo lugar, por sus magníficos alrededores cruzados por el ancho y majestuoso río que lleva el nombre de la ciudad. Justo es decir, sin embargo, que lo mismo puede decirse de las ecuatorianas en general, habiendo llamado la atención de los más graves viajeros la nobleza

de los tipos, la variedad de los trajes, el buen gusto innato que hasta en las clases inferiores preside en el corte de los vestidos y en la combinación de los colores, formando un conjunto tan pintoresco como armonioso. Cabe á esas ecuatorianas el privilegio de poseer, en tan alto grado como no se vea ni aun en las razas mejor dotadas, el más refinado sentimiento artístico.

Después de un largo período de violentos trastornos, hace ya bastantes años que el Ecuador va haciendo su camino hasta ser una de las Repúblicas de más brillante porvenir entre todas las de la América del Sur. Instaurada en 1831, al disolverse aquella gran *Colombia* fundada por Bolívar, ocupa una extensión de 650,000 kilómetros cuadrados, si bien sólo cuenta con 1.300,000 habitantes. El país es de lo más interesante del mundo: en el centro, montañas á cuyas alturas no puede alcanzar la vista; los más elevados volcanes del globo; el Pichincha, el Cayambe, el Antisana, el Cotopaxi, el Chimborazo; vastas mesetas, entre los Andes y el Pacífico, y á orillas del mar llanuras cubiertas de la más admirable vegetación, contrastando así con las áridas playas del Perú.

Las riquezas del país, en punto á minas y productos agrícolas, serían inagotables si se explotasen; pero ni se explotan, ni habrán de explotarse en siglos. "Cantidad de árboles preciosos,—dice M. E. Charton,—están prontos á brindar el tributo de sus suculentos frutos los unos, de sus maderas, buscadas por la ebanistería y la construcción, los otros; aquí se levantan el algodonero, el ebenuz, el cedro, el cascal, de majestuosos troncos, por entre los cuales se entretejen la sabrosa granadilla ó la vainilla odorífera; allí el canelo, el caucho, las plantas que dan las especias y los aromas, los bálsamos medicinales, las resinas, las gomas, las lacas, que se confunden con el tabaco, el tamarindo, el laurel de Indias; las oquedades de los árboles encierran abundantes panales de miel, y á sus pies crecen, á menudo, tubérculos y raíces alimenticias. Todas esas riquezas son producciones espontáneas del suelo. El reino vegetal crece y fructifica sin el concurso del trabajo. El hombre parece ignorar ó desdeñar esos dones de la Naturaleza."

Y en efecto: por espacio de luengos siglos ha sido como si no existieran tales riquezas. Faltan brazos y faltan medios de transporte. Pasa como en España, donde tenemos una porción de Edenes... incomunicados con el resto de la cristiandad.

Podríamos comparar el Ecuador con la vega de Granada. Hay aquí todos los climas, desde la temperatura *senegal* á la siberiana. Abajo, las palmeras de que se hacen los famosos sombreros de *jipijapa* (del nombre de esta ciudad, vecina á Guayaquil); arriba, los helechos y musgos, la nieve eterna.

El Ecuador goza hoy de mucha tranquilidad, bajo la presidencia de D. Luis Cordero, dominando por completo el partido clerical, simboli-

zado en Quito; mientras que Guayaquil es la ciudad liberal por excelencia. La Constitución vigente es la de 1843, última que haya conocido hasta hoy este país y obra de su primer presidente, general D. Juan José Flores. El Poder Ejecutivo está confiado á un presidente que desempeña sus funciones por seis años (desde 1869), y no puede ser reelegido hasta transcurrido otro plazo. El presidente no puede disolver ni prorrogar las dos Cámaras. El presidente está asesorado de un *Consejo de Administración,* compuesto del ministro del Interior, presidente, y vicepresidente, por derecho propio, de la República; el presidente del Tribunal Supremo y un obispo.

El Poder Legislativo reside en dos Cámaras: Senado (18 sujetos) y Congreso (30 diputados). Reúnense las Cámaras, por sí y ante sí, el 15 de septiembre de cada año.

El Poder Judicial está ejercido por el Tribunal Supremo, las Audiencias, los jueces de distrito, los alcaldes y los jueces de paz.

El Jurado entiende en las causas criminales y el Tribunal de Comercio en las civiles.

El clero es muy numeroso. Hay un arzobispo en Quito y obispos en Cuenca y Guayaquil. Existen actualmente 36 conventos de frailes y 11 de monjas. La enseñanza está entregada á los jesuítas, á los salesianos, á los redentoristas, etc.

Militarmente, está dividido el Ecuador en las comandancias generales de Quito, Guayaquil y Cuenca. El ejército se compone de 2,000 veteranos y 12,000 guardias nacionales.

Acuden á las escuelas 75,000 niños, á cargo de 1,000 maestros.

La República del Ecuador está cruzada por una red telegráfica, y cuenta ya con un comienzo de vía férrea de Quito á Pailón.

Las ciudades interandinas están en comunicación por buenas carreteras (300 kilómetros), y no faltan numerosos caminos de herradura (400 kilómetros), aunque en invierno, á causa de la naturaleza volcánica del terreno, quedan convertidos en verdaderos cauces torrentuosos. Esta falta de cómodas vías de comunicación, así como la existencia de mortíferos pantanos en la costa, son causa de que el Ecuador avance poco en la senda del progreso. Baste decir que para ir de Guayaquil á Quito (á 100 leguas de distancia) hay que andar sesenta horas á caballo. Con todo, han pasado ya á la historia aquellos antiguos columpios de bejucos con que se salvaban los precipicios, y hay ahora en su lugar numerosos puentes colgantes de alambre.

En 1890, la balanza mercantil del Ecuador arrojaba el siguiente resultado:

Importación.	10.016,350 duros
Exportación.	9.671,634 »

El movimiento intelectual, aunque sometido á la influencia clerical

hoy dominante, es notabilísimo, contándose en toda la República cerca de 60 imprentas.

"La sociedad culta del Ecuador, á que pertenece la raza blanca,—dice el alemán Wolff.—conserva los hábitos y las costumbres generales de toda la raza hispanoamericana, en los cuales no se oculta la descendencia de la raza española. Los vestidos, alimentos, gustos, son, más ó menos, los mismos que los de todos los pueblos cultos; y en los salones de la alta sociedad de Quito y de Guayaquil, el extranjero encontrará poca diferencia con lo que se ve en los de las ciudades grandes europeas; y si la hay es para sorprenderle agradablemente, pues tanta cortesía (hasta el exceso), tanta franqueza y amabilidad con que reciben al forastero no es común en los países del Mundo Viejo. Muchas personas de las mejores familias han recibido su educación, ó á lo menos viajado, por algunos años, en el extranjero, hablan varias lenguas y tienen ideas nada mezquinas... El pueblo ecuatoriano es de índole buena, dócil, comunicativa... Crímenes atroces, como el asesinato, son muy raros entre el pueblo... Habrá pocos países en el mundo en que se pueda viajar con mayor seguridad..."

Según la Constitución, todos los ecuatorianos son iguales ante la ley; pero no falta quien me asegura que la existencia que llevan los indios equivale á una verdadera servidumbre ó esclavitud, pues se les obliga á fatigosísimos trabajos y se les deja que continúen sumidos en la ignorancia ó se embrutezcan con el uso del *chibcha,* licor fermentado que componen en sus montañas y bosques.

"La posición estratégica de su capital,—dice un viajero,—la dulzura de su clima, la fertilidad de su suelo, igual en riqueza al del Perú, las comunicaciones que el Amazonas le permite abrir con Europa, todo le promete al Ecuador un porvenir brillante. Pero es menester, por una parte, que el pueblo sea arrancado al estado de estúpida ignorancia y de superstición en que está mantenido por curas y frailes intolerantes, y por otra, que nuevas inmigraciones vengan á secundar ó reemplazar la población primitiva diezmada ó dispersa por una administración ininteligente. Los ecuatorianos están dotados felizmente para los trabajos manufactureros. Por procedimientos enteramente primitivos ejecutan alfombras notables por la cualidad del tejido, la belleza de los dibujos y la vivacidad de los colores.

"La introducción de las máquinas ha permitido utilizar las aptitudes de ese pueblo, por harto tiempo reducido á suplir con la paciencia, la destreza y la aplicación, la insuficiencia de los instrumentos y de los medios de fabricación.

"La agricultura, para la cual se ha fundado una escuela, progresa lentamente; pero las vías de comunicación que enlazan las elevadas mesetas de los Andes con diferentes puntos de la costa del Pacífico á través de los bosques y de los valles, permitirán introducir los procedimien-

tos de cultivo en la roturación de nuevas tierras. Repitámoslo una vez más: la República del Ecuador no puede fundar ninguna esperanza seria sino en la colonización. La inmigración, rechazada por largo tiempo, parece que debería ser fomentada."

Debería serlo, á todas luces, pero no parece que sea ése el camino que se proponga seguir el actual Gobierno, calificado por alguien de "camarilla asustadiza, que encarna y declara sin ambages las doctrinas católicas en el Poder, en tanto que el pueblo, honrado é inteligente, no puede avenirse á una vida sin aspiraciones y sin derechos."

Respecto á la historia política de la República del Ecuador, puede dividirse en dos períodos: el de la organización (1831-1861), doloroso y movidísimo, y el de 1861 1883, que podríamos llamar período de progreso, iniciado con la primera presidencia del célebre García Moreno, *el mártir católico*. Definitivamente triunfantes los conservadores desde 1883, se han venido sucediendo con toda regularidad en las presidencias.

En suma: es hoy el Ecuador una nación pobre, pero con la gran fortuna de no tener compromiso alguno que le ciegue sus numerosas fuentes de recursos; puede poner 90 000 hombres sobre las armas; no tiene escuadra; pero el día que la necesite podrá adquirirla *mediantibus illis;* su crédito exterior es excelente por la religiosidad con que el Gobierno cumple sus obligaciones, y en caso de apuro saben los *moderados, liberales* y *conservadores* olvidar sus diferencias en aras de la patria.

Abandoné á Guayaquil dando, como quien dice, el último adiós á América, y llegué á Panamá, en Colombia, pisando el suelo de la séptima república sudamericana que he visto, faltándome sólo Bolivia y Venezuela para haberlas visto todas.

Panamá tiene mucho de ciudad europea, pues si bien hay muchas casas de madera ó de paja, abundan las de tres pisos, aunque siempre de madera. La policía urbana no brilla precisamente por su perfección.

La población se divide en alta y baja, siendo esta última la más poblada, pero por negros. El puerto es... nominal.

La ciudad está edificada sobre una península, y goza de un calor horrible y de unas lluvias horrendas. Las calles son muy estrechas, y las tiendas y almacenes (en su mayoría de ingleses) contrastan por su aseo con la suciedad del arroyo. Las tabernas y cafés son legión, lo cual se comprende por el grandísimo movimiento del puerto, donde vienen los vapores correos de la mayor parte de las ciudades del Pacífico. *Vía Panamá* es el sobre obligado de la mayor parte de las cartas de Chile, Perú y las Repúblicas de la América Central.

Colombia, llamada hasta 1861 *Nueva Granada* (por la semejanza entre la meseta de Bogotá y los alrededores de Granada), ocupa, incluyendo los vastos territorios en litigio con Venezuela y el Brasil, una superficie de 1.164,000 kilómetros cuadrados; pero si se mira solamente la

superficie reconocida de hecho, no pasa de tener 830,700, de los cuales hay despoblados más de las dos terceras partes. La población *útil* está repartida en una superficie que no excede de unos 350,000 kilómetros cuadrados.

Divídese naturalmente Colombia en tres regiones: la de los Andes, los llanos y el istmo. Su río principal es el *Magdalena*, que ocupa el inmediato lugar después del Amazonas, el Orinoco y el Plata. El Magdalena recibe más de 500 afluentes, entre ellos el Bogotá, célebre por su famosa cascada del *Salto de Tequendama*, el Sogamoso, el Lebrija, el César, el Cauca. Desemboca el Magdalena en el Pacífico, más abajo del puerto de Barranquilla. Sigue al Magdalena, en orden de importancia, el Atrato (700 kilómetros), navegable durante 500 kilómetros desde su desembocadura en el golfo de Urabá, aunque sólo para embarcaciones de poco calado.

Tiene Colombia 2,390 kilómetros de litoral en el Pacífico, y 2,250 en el Atlántico, con excelentes puertos, aunque en su mayor parte aún sin utilizar. El istmo de Panamá se lleva, sin embargo, la mitad de las longitudes que hemos dicho, contando en el Pacífico con los golfos de Montijo, Parita, Panamá y San Miguel, y en el Atlántico con los de Chirique y San Blas; el primero encierra un archipiélago de más de 400 islas é islotes, y el segundo otro de 227 islas, cubiertas de cocoteros.

Al S. del istmo hay las grandes islas de Coiba y las Perlas, y al N. los archipiélagos de San Andrés y la Providencia.

El clima varía de un extremo á otro: picos nevados, altas mesetas, valles y llanos. Los únicos parajes insalubres son los que se encuentran en el istmo y en algunas partes de los Estados de Bolívar y Magdalena.

Alternan la estación lluviosa con la seca, siguiendo el curso del sol.

La temperatura es, como ya se comprenderá, variadísima: en Mosquera (en el interior) el termómetro llega á señalar 40° á la sombra; en las mesetas, 25°, 15° y 10°; en la costa del Atlántico, 27°.

Las nieves eternas yacen sobre picos que se elevan de 4,688 á 4,900 metros sobre el nivel del mar. La vegetación arbustácea cesa á 4,000 metros.

El último censo (1871) arroja la cifra de 3 millones de habitantes, ó sea 3 habitantes por kilómetro cuadrado; proporción débil, pero que, en realidad, no es así, pues en ciertos Estados, como los de Boyaca y Santander, es más densa que en España, y aun que en Francia. La generalidad vive entre los 800 y 3,100 metros de altitud. El resto vive en el litoral.

La población se compone de cuatro elementos: blancos, mestizos, negros (pocos) é indígenas.

La instrucción pública, atrasadísima.

El Gobierno es una república federativa. Cada uno de los nuevos Estados (Panamá, Magdalena, Bolívar, Santander, Antioquía, Boyaca,

Cundinamarca, Tolima y Cauca) es una república libre y soberana, unida con las otras por el lazo federal. Cada Estado está dividido en provincias y subdividido en distritos. Los espacios despoblados constituyen siete territorios, anexos á distintos Estados. La capital de la confederación es *Bogotá* (cuidado con decir *Santa Fe)*, enclavada en un distrito neutro.

El Gobierno se compone de tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial. El primero está ejercido por dos Cámaras: Senado (tres senadores por Estado) y Cámara de Representantes (un diputado por cada 50,000 habitantes.)

El presidente de la República es elegido por dos años. Cada Estado tiene un voto para esta elección.

El ejército, en pie de paz, consta de 2,585 hombres. En tiempo de guerra, cada Estado debe proporcionar el contingente de un 1 por 100 de la población, la cual supone 30,000 hombres.

El presupuesto en 1875 (último conocido) era como sigue:

Gastos.	13.275,000 francos.
Ingresos.	19.425,000 »

Deuda pública (interior y exterior), 75.000,000 de francos. Pago de intereses, 6.300,000.

Los principales recursos del Estado son las Aduanas, el monopolio de la sal y la venta de bienes nacionales.

La industria se reduce casi exclusivamente á la minería y á los sombreros de jipijapa, ó Panamá. El comercio consiste en la exportación de azúcar, vainilla, quina, bálsamos, materias tintóreas, maderas, cochinilla, añil, zarzaparrilla; pero no en grande escala.

En estos últimos años, la balanza comercial arrojaba el siguiente resultado:

Importación.	62.500,000
Exportación.	55.500,000

Este movimiento se efectuó por medio de 2,185 buques (veleros y vapores). En estas cifras no se incluye el movimiento de tránsito á través del istmo, donde no existe ninguna aduana.

El ferrocarril de Panamá á Colón es uno de los más importantes del globo. Dióse principio á su construcción en 1850, y quedó terminado en 1855. Su longitud es de 77 kilómetros, y el punto más elevado á que llega es á 48 metros, con una pendiente máxima de 12 milímetros. A mitad del camino crúzase el Chagres por un puente de hierro de cinco arcos, de 190 metros de longitud. Este ferrocarril costó 40.000,000 de francos, ó sea más de 500,000 por kilómetro. En su construcción murió infinidad de gente, por lo insalubre del clima. Hoy da productos enormes.

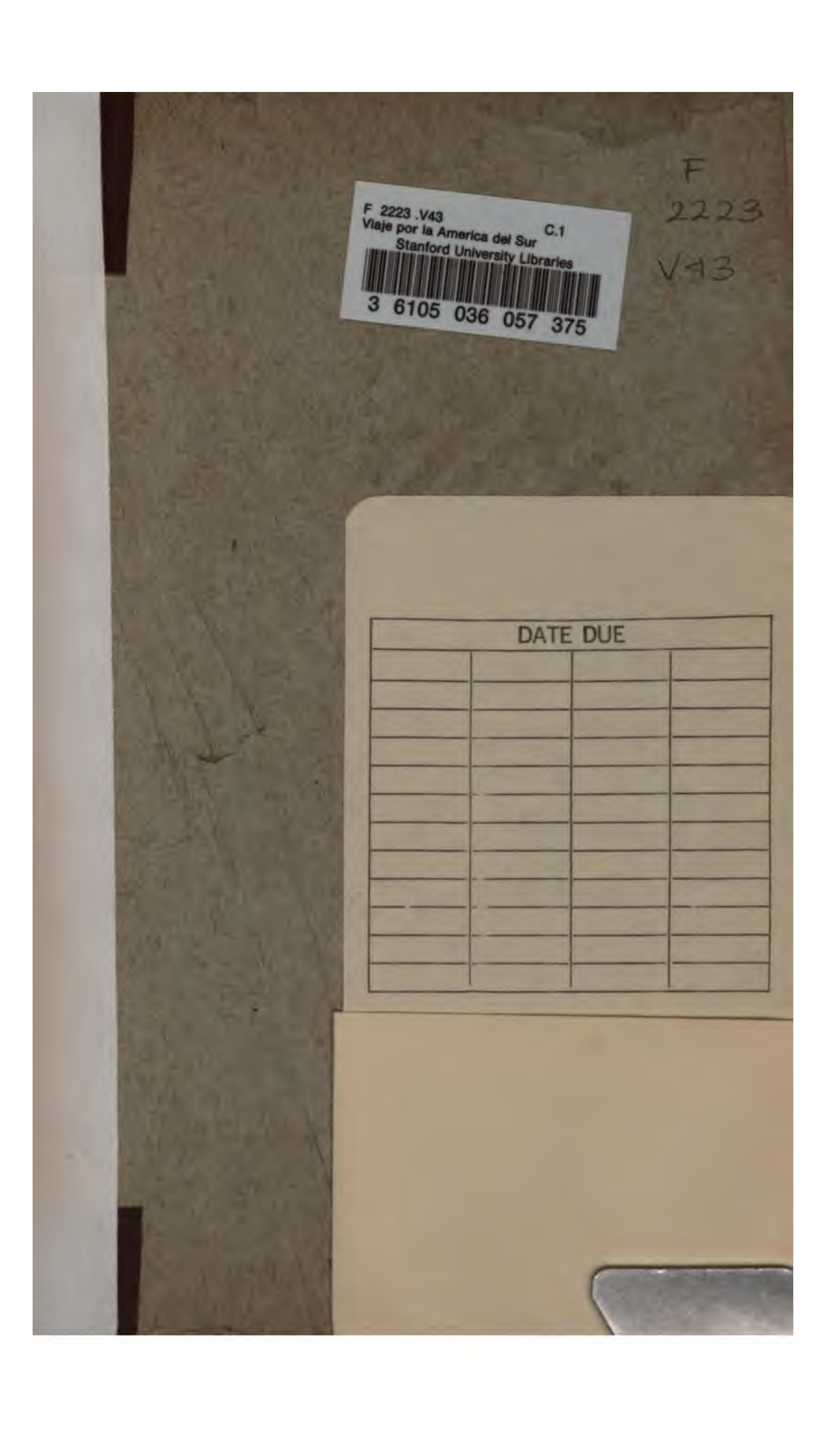
Después de una cortísima permanencia en Panamá, tomé el tren para :olón ó Aspinwall, recordando que mi tía, la de Lima, había pasado por llí, en 1853 á lomo de camello... y no se murió. En Colón hay una es- atua... de Colón y una vasta bahía. Algunos edificios son de hermoso raquito. El puerto es una Babel de vapores, procedentes de las Antillas, le los Estados Unidos y de Europa.

Tomo pasaje en el *Filadelfia,* y ¡á Europa!

Viaje muy entretenido para referirlo; pero, ¡ay de mí!, terminado lesastrosamente para mis proyectos. ¡Ni siquiera puede contar uno con que se le muera en el Perú un tío sin sucesión legítima!

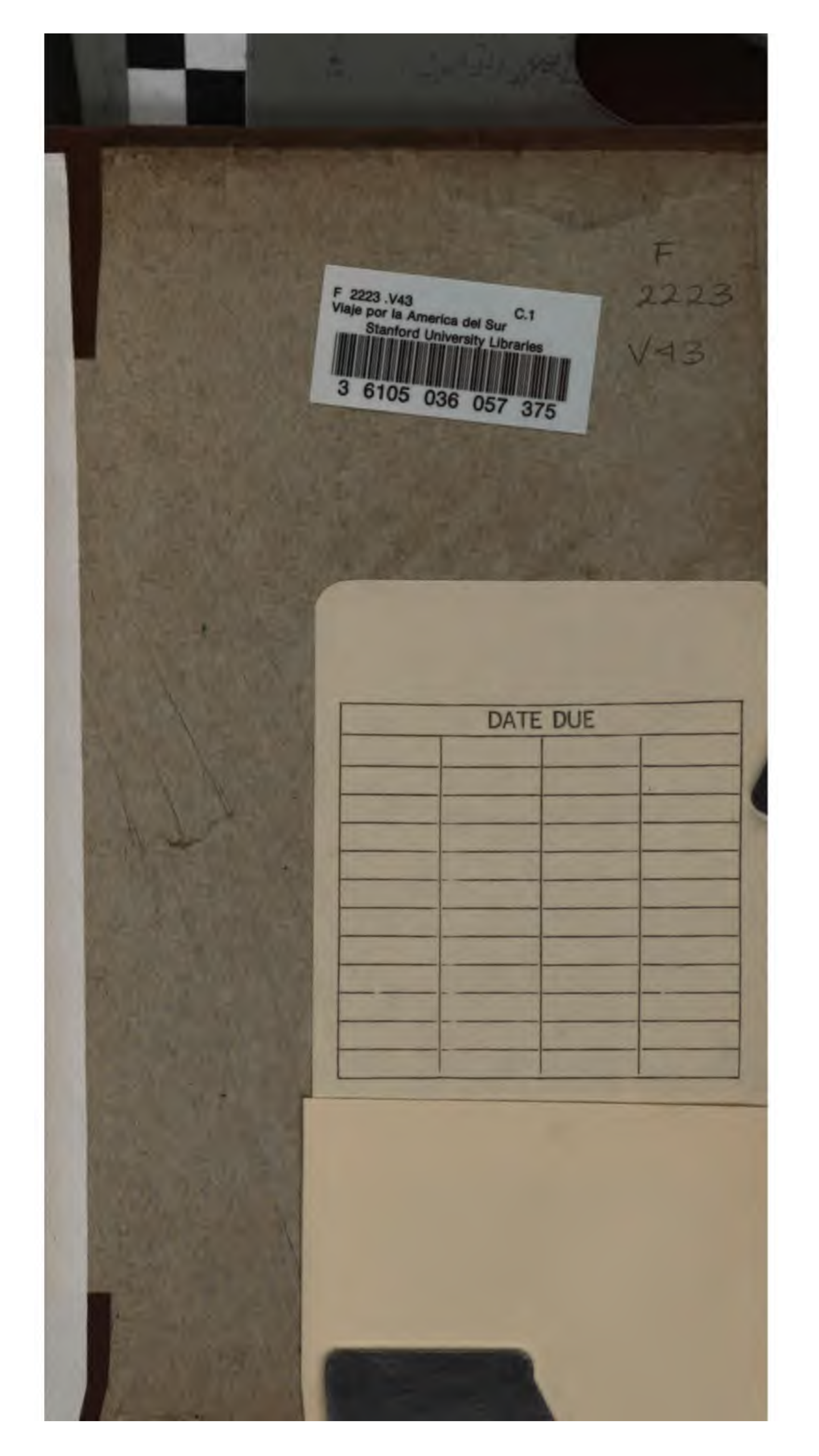
FIN DEL VIAJE

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO



F 2223 .V43
Viaje por la America del Sur
C.1
Stanford University Libraries
3 6105 036 057 375
F
2223
V43
DATE DUE




F 2223 .V43
Viaje por la America del Sur
C.1
Stanford University Libraries
3 6105 036 057 375
F
2223
V43
DATE DUE


EDITOR